BIOGRAFÍAS EXTRAORDINARIAS

Tres mujeres valientes y rebeldes de su tiempo



ALFREDO DE BRAGANZA

Biografías Extraordinarias

Tres mujeres valientes y rebeldes de su tiempo.

Alfredo de Braganza

Título: *Biografías Extraordinarias*

Del diseño de la portada y edición: Alfredodebraganza.com



Suscríbete a mi lista de correo para obtener una copia GRATIS de *El operativo* y mantenerte informado sobre noticias y futuras publicaciones. Haz clic **AQUÍ**

Contenido

OBJETIVO MADELEINE


Agradecimientos

Braganza cuenta magistralmente la historia de la artista indo-húngara Amrita Sher-Gil, que utilizó su pincel para pintar a la mujer india de los años treinta del siglo XX.

Una novela que retrata una época convulsa y el destino de una artista atrapada entre dos mundos, y que hoy es conocida como la Frida Kahlo de la India.
Javier Moro, premio Planeta por 'El imperio eres tú'.

El arte es largo; la vida, breve
Hipócrates

La vida o es una aventura atrevida o no es nada
Helen Keller

Primera Parte

Todos los placeres de esta vida no son sino aparejo que se hace para el dolor de ser pasados

Plauto, *Amphitrion*

1

Era un hombre de edad avanzada, encorvado y lleno de arrugas, de ojos negros y bigote blanco, nariz formalmente alargada y tez muy pálida. A pesar de sus años, se mantenía en forma. László Guttman era de origen húngaro, aunque había vivido en París durante la mayor parte de su vida. Tuvo una juventud muy intensa, marcada por la repentina muerte de su padre y el arresto de su madre por los nazis debido a su condición de judía; un día se la llevaron y nunca más se supo de ella.

László se unió a la Resistencia y poco después fue deportado al campo de concentración de Buchenwald. Durante sus días como prisionero realizó numerosos esbozos a carboncillo de los horrores que le rodeaban. Los más conocidos fueron las escenas de fusilamientos y torturas. Tras la liberación del campo gracias a la división Rainbow del ejército norteamericano, sus dibujos fueron utilizados como prueba contra los nazis en los juicios que se celebraron después de la contienda.

Al terminar la guerra finalizó sus estudios en Bellas Artes y desde entonces trabajó como profesor en la Escuela de París hasta su jubilación, hacía ya diez años. Vivía en el barrio de Montparnasse, solo. Todos los domingos salía por la mañana temprano, compraba el periódico, cogía el autobús y se bajaba a la altura de las Tullerías, por cuyos jardines paseaba con su sombrero y su bastón.

Aquel día se acercó por curiosidad hasta una plaza en la que se organizaba un mercadillo dominical. En él se podía encontrar de todo, en especial antigüedades y libros, pero también sellos, juguetes de coleccionista e incluso ropa y pequeños electrodomésticos de segunda mano. Ayudado por su bastón, con su pasito ligero y menudo, dejándose llevar a través del gentío, observó los productos expuestos a la venta. De repente se detuvo; algo le llamó profundamente la atención en un puesto de reproducciones de pinturas clásicas y cuadros antiguos. El vendedor discutía con un posible cliente que llevaba de la mano a una niña pequeña y se había encaprichado con la pintura de un joven en un columpio. Era una reproducción barata del famoso cuadro de un pintor de época Rococó. László se quedó a un lado, observando con astucia y sumo cuidado y manteniendo la distancia que le permitía oír y ver lo que ocurría. Se dio cuenta de que el vendedor, un señor regordete de unos cuarenta años que llevaba una ridícula boina con la que pretendía ofrecer la imagen de artista bohemio, no sabía nada de arte ni del origen de la mercancía que vendía. Así, László se decidió.

Después de preguntar el precio de lienzos, esbozos y reproducciones digitales que en realidad no le interesaban, László esperó a que el vendedor se sintiera agotado por las preguntas de un viejo senil para señalar el cuadro que le había llamado la atención y, con la habilidad de un buen comprador, lo adquirió por un precio irrisorio. El vendedor, que quería deshacerse del anciano lo antes posible, le hizo incluso un descuento del cincuenta por ciento por dejar el marco antiguo, ya que lo consideraba más valioso que la pintura en sí. Lo que desconocía era que el retrato representaba al propio László cuando era joven y que la autora del lienzo era Amrita Sher-Gil. Con la tela envuelta en una edición atrasada de *Le Figaro* y enrollada bajo el brazo izquierdo, el anciano se abrió camino entre la multitud pensando en su buena suerte. ¿Milagro? ¿Destino? ¿Karma?

Al día siguiente, en la Embajada de la India en París situada en el edificio número 15 de la calle Alfred Dehodencq, László esperó sentado en una sala abarrotada de gente de todo tipo: sijs con sus coloridos turbantes y barbas negras, musulmanes con sus gorritos blancos y largas camisolas, jóvenes hindúes alardeando de madurez con bigotillos posadolescentes… Todos eran inmigrantes indios con un denominador común: la esperanza de obtener ayuda para poder permanecer más tiempo en Francia.

En la sala se distinguían también empleados de agencias de viaje especializadas en la India cargados con montones de pasaportes de clientes, jóvenes estudiantes vocingleros con ganas de finiquitar el lento proceso burocrático para viajar al país asiático, mochileros con sus guías de viajes *low cost* enfrascados en la lectura de panfletos exóticos que anunciaban lugares bajo el epígrafe *Incredible India* y personas de apariencia *hippie* con pelo largo, descuidado y entrelazado.

En ese momento sonó un fuerte pitido, apareció un número en pantalla y una voz grabada llamó al 148. Era el turno de László, que se dirigió a la ventanilla correspondiente. Le atendió una joven francesa, a quien expuso su deseo de entrevistarse con el agregado cultural o el cónsul y le argumentó el porqué. La impaciente mujer no prestó atención a la estrafalaria historia que le relataba el anciano mientras le mostraba la pintura que había comprado el día anterior. Un joven estudiante que hacía cola en la ventanilla vecina, expectante ante la pintoresca aparición del anciano con su rocambolesca explicación, le sacó una foto con su móvil. Esto impacientó más aún a la empleada, que suspiró y lanzó una mirada de súplica a una compañera en busca de ayuda, pero esta le respondió alzando los hombros, como diciendo “haz lo que mejor te parezca”. Así pues, le dijo a László que se volviese a sentar y decidió llamar por teléfono.

Después de esperar casi una hora, le llamaron de nuevo. La

empleada le invitó a que se dirigiera a un edificio adyacente, donde después de unos minutos se le permitió entrar en la oficina del agregado cultural. El joven funcionario indio parecía una persona apacible y tranquila. László hizo una breve introducción acerca de su pasado como profesor de arte, le enseñó el retrato y le aseguró que había sido pintado por la propia Amrita Sher-Gil, ya que él mismo era el modelo. Nervioso y acelerado, como si se le acabara el tiempo que le habían destinado, explicó al agregado cultural la importancia de Amrita para la historia del arte y la necesidad de que aquella pintura que le mostraba fuera trasladada a la Galería Nacional de Arte Moderno de Nueva Delhi, para ampliar la colección de la pintora que allí se conserva.

La serenidad del joven funcionario lo tranquilizó y, convencido del interés que despertaba su relato, siguió trastabillando sobre el estilo y composición de la pintura. Terminó reiterando que, en su opinión, aquel lienzo debía estar junto al resto de obras de la autora. De repente, interrumpiendo la conversación, sonó el timbre de un teléfono fijo que había en una esquina de la mesa. El indio dejó pacientemente que sonara cuatro veces antes de contestar y cuando lo hizo su semblante se destempló: se dirigió a su interlocutor en tamil, parecía alterado y violento, lejos de la apariencia que le había dado a László al principio. Mientras hablaba, un móvil con música fragorosa de una película de Bollywood empezó a sonar a la vez que vibraba sobre el escritorio, acrecentando aún más la impaciencia del funcionario. Cuando colgó el auricular del teléfono fijo, contestó la intermitente llamada del móvil y, con desgana, con la intención de despedir al anciano y su ridícula e inverosímil historia, le dijo a László que dejase la pintura en un rincón, encima de unas revistas apiladas en una estantería. Alejando el teléfono móvil del oído, le pidió que tuviese paciencia y que en el próximo correo diplomático enviaría el lienzo a Nueva Delhi para su estudio. Al ver el desorden y la suciedad que se acumulaban en aquel rincón, László entendió que el indio no se había creído una sola palabra de su relato. Se levantó con tranquilidad y mientras se dirigía a la puerta, se excusó con voz pausada y baja, diciendo que se llevaba la pintura porque quería mostrársela a uno de sus colegas de la Sorbona. El indio se reclinó en su sofá de cuero de imitación y al mismo tiempo que sujetaba el móvil, le contestó haciendo un gesto de indiferencia con la otra mano. Con un profundo alivio, salió a toda prisa del edificio.

Tras este episodio, se detuvo a tomar un café para infundirse ánimos y energías, y se encaminó a la Embajada de Hungría con acopio de fuerzas. Había menos gente que en la anterior y el turno llegó antes, pero la respuesta fue más tajante, rápida y denigrante. Al enseñarle el retrato, el funcionario húngaro, pensando que el anciano

trataba de venderle un cuadro que había pintado él mismo, no pudo evitar la risa. László se sintió tan avergonzado que volvió a enrollar la pintura con nerviosismo y al salir de la sala, oyó a sus espaldas la carcajada del funcionario mientras explicaba a su secretaria que aquel carcamal pretendía hacerle creer que esa pintura infantil podía valer en el mercado casi medio millón de euros.

Se sentó en una parada de autobús cercana rodeado de colegiales alegres y uniformados con mochilas a la espalda. Con los brazos apoyados sobre el bastón y con la cabeza inclinada, sintió desprecio al recordar el trato recibido. Inmerso en un triste silencio, su teléfono móvil empezó a sonar en uno de los anchos bolsillos de su pesado abrigo de color verde oscuro: su sobrina le avisaba de que le visitaría a la mañana siguiente para administrarle su medicación.

De camino a casa, mientras miraba la ciudad desde la ventana del transporte público, pensó en cómo debía sentirse la gente al escuchar su historia, porque si él fuese alguien del siglo XXI y le contaran tan extraordinario relato, pensaría que quien hablaba era un viejo parisiense, burgués y baladrón que había perdido la cabeza. Sumido en sus recuerdos, le invadió de pronto la melancolía.

2

László decidió quedarse el lienzo. En una habitación iluminada por grandes ventanales, habilitada como taller, llena de pequeñas esculturas sin acabar, pinturas, pinceles, herramientas y demás utensilios de bricolaje, le puso un marco decente y lo colgó en el lugar de su apartamento que consideraba más privilegiado: el estudio, repleto de libros y fotografías.

Empujó el sillón de ruedas y se acomodó para admirar el cuadro mientras se sumergía en sus recuerdos. Toda una época pasada comenzó a bullir en su cerebro. Al cabo de un tiempo se levantó pausadamente, se sentó frente al ordenador y comenzó a escribir con dedos temblorosos: "Amrita era una mujer…". De inmediato se detuvo y contempló el cuadro, recordándose a sí mismo que no era más que un viejo que se había comportado con precipitación. Si hubiese dado la pintura a los húngaros, a los indios o él hubiera acabado enloquecido, el mundo seguiría su curso. Después de una breve pausa, borró lo escrito y continuó: "Amrita era una artista excepcional. La conocí en la Escuela de Bellas Artes…". Se detuvo de nuevo. Se sintió fatigado por aquel enorme esfuerzo. La tarea de manejar el ordenador se le hacía tediosa. Se dio cuenta de que no quería escribir sus memorias. No deseaba comunicarse con nadie. Perdió el interés.

Con mano trémula se quitó las gafas, se puso en pie y se relajó con sopor en el sofá. Enseguida se adentró en el mundo de los sueños, aquel en el que transcurre un tercio de la vida de los hombres y que algunos pesimistas consideran una premonición de la eternidad.

Conoció a Amrita hacia el año 1930 en la Escuela de Bellas Artes de París, donde él entonces era estudiante. El día que ella entró en clase por primera vez hubo un enorme silencio; su gran presencia emanaba atracción. László tenía trece años, aunque aparentaba ser mayor, y ella quizá dieciséis o diecisiete. Se quedó tremendamente sorprendido por lo bien que pintaba. "*Mon nom est Amrita*", le dijo dengosamente, como si fuese una emperatriz francesa de algún siglo pasado. Se enamoró de ella al instante. László solo estuvo un año en aquella escuela. Tuvo que cambiarse por motivos económicos, pero durante ese tiempo posó en varias ocasiones para ella. Por aquel entonces, él era pobre y vivía con su madre, que había enviudado siendo muy joven. Dado que aparentaba más edad por su estatura y su físico enjuto, mintió al inscribirse en la escuela y nunca fue descubierto. Pertenecía a un mundo distinto al de Amrita, pero aun así entablaron cierta amistad.

Una vez, Amrita le invitó a su casa, que era conocida por las

tertulias de intelectuales que sus padres organizaban. Por su condición social, la madre de Amrita, sin que nadie lo oyese, le dijo refiriéndose a su hija: “No la toques”. Por aquel tono y aquellas palabras, supo que jamás habría nada entre ellos excepto una breve y limitada relación. Amrita solo le apreciaba porque era pobre y diferente a sus otros amigos, con los que frecuentaba los clubes y restaurantes bohemios famosos entre los artistas de la época. Eran ambientes que él no se podía permitir, aunque más de una vez se vistió como un joven artista de la alta sociedad para ir al barrio latino con la intención de encontrarse con Amrita como por casualidad y poder entablar una relación más allá de la mera amistad. En aquella vida nocturna nunca consiguió dar con ella.

Amrita, por su parte, solía aprovechar la atención que le prestaba László para coquetear con él. Antes de irse de vacaciones a Hungría, como hacía todos los veranos, iba a su casa para dejar allí el gramófono y sus discos. Incluso la madre de László había posado para ella en más de una ocasión. Recordó la tristeza de su madre cuando supo que Amrita había muerto tan joven, a los veintiocho años. Según se rumoreaba, fue su propia madre, Marie Antoinette, quien la envenenó, aunque también había quien decía que había sido su marido húngaro, Víctor Egan, quien le había causado la muerte al obligarla a someterse a un aborto ilegal en la India.

László se acordaba de la hermana pequeña de Amrita. Era muy guapa, aunque menos atractiva que esta, y se llamaba Indira. Y de la madre… ¡La madre tenía un carácter feroz! Antes de cambiarse de escuela, él quiso revelarle sus sentimientos, pero Amrita le interrumpió diciendo que estaba enamorada de un primo suyo de Hungría que estudiaba medicina. Era muy lista y al percatarse del afecto que el chico sentía hacia ella, impidió que se sincerase para no herirle. Fue mejor así. László no se arrepintió de no haber insistido ni tampoco tuvo remordimientos.

Ya despierto, frente al cuadro, rememoró su pasado con enorme y secreta admiración. Había conocido y enamorado a muchas mujeres bellísimas. “Si tuviese la oportunidad de volver a nacer, repetiría mi vida sin cambiarla un ápice”, se dijo. Cómo le gustaría ser historiador para revivir el pasado en el presente, involucrar a los que no estuvieron allí e inducirles a comprender o provocarles curiosidad. Porque cuando se cuenta la verdad de lo ocurrido, no se suele contar la verdad ocurrida. Hay que esperar a que otro narrador quiera o sepa contar esa verdad, pero surge el cronista y tampoco nos dice lo cierto: así es la historia de Amrita Sher-Gil.

3

Nació en Buda, en la parte occidental de la capital de Hungría, el 30 de enero de 1913, en un edificio neoclásico de color gris, vasto y sólido de siete plantas, con azulejos pintados en su parte inferior. Era el número 4 de la calle *Szilágyi Dezsö*, político y jurista fallecido en la década anterior. Desde las ventanas del apartamento, cubiertas en parte por la nieve, se podía contemplar la iglesia al otro lado de la acera. Más allá se divisaban las montañas remotas que parecían de porcelana blanca. Esa mañana, el viento silbaba desde el Danubio y las hojas de los robustos árboles temblaban ligeramente con alegría.

—Es una niña preciosa —gritó el doctor con entusiasmo hacia una figura alta y delgada apostada junto a la ventana. La enfermera llevó al bebé envuelto en un manto a su madre, Marie Antoinette. El hombre, tocado con un turbante blanco y con una barba larga, venerable, se acercó a la parturienta con la serenidad calmada de un sabio socrático.

—Se llamará Amrita —dijo el padre—, el néctar de los dioses.

Amrita significa literalmente 'inmortalidad' y proviene de la palabra sánscrita *amrit,* el néctar o ambrosía de los dioses. Para los sijs es el agua bendita que se utiliza en el bautismo; en las doctrinas del yoga, el líquido que fluye desde el chakra del cerebro a través de la garganta en estados profundos de meditación; y en la mitología tibetana se relaciona con la muerte del monstruo Rahu. Así pues, el nombre estaba predestinado a conciliarse con el individuo.

Las campanas dominicales de la vecina iglesia gorjeaban con lentas y solemnes vibraciones, como si de una bendición se tratase. Un nuevo ser había venido al mundo y sus primeros lloros se empezaron a oír. El bebé no mostraba en sus rasgos, todavía abocetados, una gran semejanza con su pelirroja madre; tenía el cabello y los ojos negros, y la tez de un moreno pálido.

Junto a la cama, el padre de la recién nacida contemplaba la escena con un inmenso placer. Era un hombre alto, delgado, con turbante y barba canosa. Se llamaba Umrao Singh Sher-Gil. Nunca perdía la calma ni trataba a nadie con aspereza a pesar de que detestaba la ordinariez de la gente, la ignorancia y la superstición, además de ser muy estricto en sus principios y costumbres. Eran cualidades que respetaban quienes le conocían. Otros, en cambio, lo aceptaban simplemente como un estrafalario millonario.

Umrao había nacido en 1870 en Amritsar, una ciudad del norte de la India, en lo que entonces era la provincia del Punyab. Su abuelo había muerto en el campo de batalla a las órdenes del maharajá y su

padre había sido nombrado rajá por el Imperio británico en reconocimiento a su valor tras ser herido de gravedad por unos rebeldes durante un motín contra los intereses de la Corona. Los británicos, además, le premiaron con extensos terrenos en la región, donde la familia construyó la mayor fábrica de azúcar de toda la India. No hay duda de que, pese a ser grandes defensores de la comunidad sij, no dejaron de mostrarse leales a los británicos de por vida, hasta el punto de que el patriarca consideraba que las crónicas de la rebelión de los cipayos —el sangriento motín de los soldados indios del ejército británico ocurrido en 1857— debían ser la Biblia en la India, con prioridad frente al texto sagrado hinduista Bhagavad-gītā.

Por decisión paterna, Umrao recibió una educación británica y basada al mismo tiempo en la cultura tradicional india. Estudió sánscrito, persa y urdu, y acabó convirtiéndose en un gran amante y apasionado de la cultura en general. Llegó a definirse como un estudiante de literatura, de historia y de los textos sagrados hindúes, además de seguidor de la escuela filosófica del yoga. A la muerte de su padre, por ser el mayor de los hermanos y como reza la tradición, recibió en herencia el negocio familiar e innumerables bienes, aunque en su juventud no había puesto un pie en la fábrica de azúcar, dado que su padre había querido que el primogénito recibiese la educación a la que él nunca pudo acceder. Los negocios los administraban empleados debidamente cualificados y familiares, como su hermano menor.

Así, Umrao siguió cómodamente y sin estrés la vida de erudito, estudiando culturas extranjeras de toda índole. No solo se interesó por la carpintería, la astronomía y la caligrafía, sino también por la fonética del sánscrito e incluso profundizó en la filosofía renacentista de los siglos XV y XVI. Cualquier tipo de arte novedoso y singular de la época despertaba su curiosidad, como la fotografía. Amante de la música, conoció a su esposa, Marie Antoinette Gottesman, durante un concierto en Lahore. Se quedó prendado en cuanto la vio tocar el piano. Contrajeron matrimonio y poco después viajaron a Budapest para pasar un tiempo con la familia de ella.

Marie Antoinette procedía de una familia burguesa de origen judío, con antepasados franceses e italianos, que llevaba varios años asentada en Hungría. Era cantante y una brillante pianista. Había estudiado música en Roma, hablaba diferentes idiomas y había viajado por el mundo. La pasión por el arte que ambos compartían fue un aliciente más para que acabasen comprometidos. Poco después nació Amrita y luego su hermana pequeña, Indira. Marie Antoinette, a pesar de su origen judío, decidió bautizar a sus hijas en la fe católica romana, como había hecho su admirado Gustav Mahler. Así, haciendo

gala de su excentricidad, su primogénita fue bautizada con el nombre de Amrita Antonia Sher-Gil.

Budapest, llamada la 'perla del Danubio', era a principios del siglo XX una metrópoli moderna y vanguardista, llena de edificios majestuosos, universidades, teatros y museos. Muchos extranjeros se habían establecido en ella seducidos por su vida cultural, social y bohemia. Los teatros programaban funciones de obras innovadoras, los escritores introducían nuevas tendencias en la literatura y los compositores estaban en su mayor apogeo creativo. Los intelectuales de la época frecuentaban la casa de los Sher-Gil, donde a menudo se daban fiestas y organizaban tertulias con los personajes más importantes y variopintos de la cultura y la sociedad de la ciudad. Dadas las diferentes nacionalidades de los artistas, predominaba el francés —la lengua de la diplomacia— como el idioma comunicador.

Era una casa con espléndidos muebles, cuadros, tapices, espejos, plantas y lámparas, en la que reposaban sobre las numerosas estanterías retratos enmarcados en nácar, objetos de arte y muchísimos libros de temas diversos y en distintos idiomas. El enorme salón rojo y dorado, cubierto de alfombras caras y sillas de cuero, junto con la decoración de las habitaciones y las vidrieras de pequeños rectángulos de las ventanas, ofrecía la imagen de una residencia de lujo ultramoderno, fría y glacial a la vista. Ese fue el ambiente en el que nació y creció Amrita, y ya desde niña la dejaban pulular por la casa a sus anchas haciéndose eco de la conversación de los mayores.

4

En la India, la situación sociopolítica cambiaba con mucha rapidez, en especial en la zona del Punyab. El año 1907 fue crucial. Los ingleses aprobaron una ley que incrementaba los impuestos a los campesinos y se sucedieron las revueltas, en las que los líderes de las manifestaciones prorrumpían consignas contra el dominio británico.

Desde Europa, Umrao ignoró imprudentemente la lealtad que su familia había mantenido hacia el Imperio británico y los enormes beneficios económicos con los que habían sido recompensados. Pecó de ingenuidad y tras leer en periódicos nacionalistas y antibritánicos lo que acontecía en la colonia, decidió que su deber era simpatizar con los agitadores y así lo hizo. Aceptó la propuesta de un periodista de Budapest y le concedió una entrevista que se publicó con el titular "Un cacique indio entre nosotros". A pesar de todas las precauciones que había tomado y la promesa por parte del periodista de ser un entrevistado anónimo, sus respuestas sin tapujos acerca de lo que realmente pensaba sobre el dominio británico provocaron que su nombre fuera expuesto públicamente. Los revolucionarios en el exilio, concentrados en Berlín, al ver que Umrao compartía abiertamente la misma ideología, le invitaron a participar en la causa revolucionaria contra el yugo británico y le tentaron con una paga mensual si utilizaba su influencia en la India para propagar el nacionalismo indio y la cultura alemana en el país asiático.

Marie Antoinette estaba en completo desacuerdo con el camino que había escogido su marido. Sin embargo, Umrao hizo caso omiso de los consejos de su esposa y obnubilado por las adulaciones de diversos intelectuales, aceptó la oferta de los insurrectos y viajó a Alemania, donde escribió un artículo para el *Continental Times* acusando a los británicos, entre otras cosas, de explotación económica y robo sistemático de materias primas y productos básicos de subsistencia, como arroz, trigo y azúcar.

Pronto se dio cuenta de que aquella exaltación era un tremendo error que podía suponer consecuencias nefastas para su familia: la administración británica, al comprobar que se estaba convirtiendo en un agitador, tomó represalias y le confiscó diversas propiedades en la India. Por miedo a ser acusado de sedición y con la amenaza de ver a su familia implicada, Umrao se retractó, negó su participación y se desligó de la organización revolucionaria. Pero ya era tarde: los ingleses habían tomado la decisión de restringirle las transferencias de dinero desde la India. A partir de aquel momento, la familia Sher-Gil tuvo que decir adiós a las bondades del lujo y ajustar su economía.

Umrao se sentía abatido. Había sido una imprudencia dejarse encandilar por ideas románticas y aventureras, y aunque trató por todos los medios de enmendarse y ensalzar los avances que los británicos habían llevado a su país con la Revolución Industrial, el daño estaba hecho y la sentencia dictada: su hermano solo podía enviarle una restringida pensión mensual. Por aquel entonces, un desalmado nacionalista serbio cometió un atentado terrorista y asesinó a un príncipe austríaco; la rueda de la matanza se puso en marcha. Tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, a mediados de 1914, el dinero que desde la India transfería la familia de Umrao fue menguando cada vez más.

Había comenzado la Gran Guerra. En medio de terribles presagios, Umrao intuyó que iba a perjudicarles calamitosamente en las transferencias de dinero, ya que los bancos interrumpían el flujo de divisas, los créditos, las cuentas y los depósitos bancarios. Era una catástrofe que agravaba aún más su ritmo de vida, en la que jamás había tenido preocupaciones financieras.

Antes de que se pudiera dar cuenta, casi toda Europa estaba en pie de guerra, pero el ingenuo Umrao todavía decía confiado: “Tal vez se arregle todo pacíficamente en el último instante, como ha sucedido otras veces… Al igual que el hombre ha vencido otros obstáculos durante la historia de la Humanidad, desde la caverna a la tierra labrada, esto también se solucionará en cuestión de tiempo”. Aun así, y por razones económicas, la familia decidió mudarse a las afueras de Budapest, al pueblo de Dunaharaszti.

Allí vivieron una vida campestre e idílica. Mientras Marie Antoinette se divertía ordeñando las vacas, Umrao cortaba madera para la leña de la cocina y las chimeneas de las habitaciones, y llevaba a la casa cubos de agua del pozo. Se convirtió en vegetariano y siguió al pie de la letra las ideas propagadas por León Tolstoi: “Un hombre puede vivir y estar sano sin matar animales para comer; por ello, si come carne, toma parte en quitarle la vida a un animal solo para satisfacer su apetito. Y actuar así es inmoral”. Apasionado por los libros del autor ruso, empezó a vestir como él y se dejó crecer aún más la barba, ya completamente blanca, rasgo que mantuvo el resto de su vida junto con el turbante de indio sij. Con este aspecto se paseaba por el pueblo con sus hijas de la mano, vestido con largas camisas hechas por sastres húngaros que le llegaban hasta las rodillas y que se ajustaba a la cintura con un cinturón, un lazo o un cordón. Transmitía armonía, como si hubiera restablecido la concordia entre los productos de Oriente y Occidente, tanto los psíquicos como los físicos, y ya nada pudiera alterarlo.

Las niñas también disfrutaban en su nuevo entorno jugando con ranas, perros, gallinas, conejos y demás animales domésticos de

granja. Era un ambiente de calma, la paz del campo.

Amrita, que ya tenía siete años, sabía leer y escribir húngaro con fluidez. Acudía al colegio del pueblo, donde sorprendió a todos con su habilidad para pintar ilustraciones de bailes tradicionales húngaros. Con inaudita paciencia, copiaba y coloreaba ilustraciones grabadas de cuentos de los hermanos Grimm y de Hans Christian Andersen, a la vez que empezaba a esbozar cuadros con precoz destreza. Dibujaba todo lo que veía a su alrededor. En aquel ambiente de sosiego, los momentos más alegres llegaban con las visitas de sus primos, sobre todo cuando iba Víctor Egan, el hijo de una hermana de su madre y que tanto Indira como Amrita adoraban.

5

La Revolución de Octubre en Rusia convirtió Hungría en un hervidero de agitación antibelicista al estilo bolchevique. Los trabajadores de las fábricas, los campesinos y los soldados estaban hartos de la guerra, y se produjeron huelgas y mítines masivos.

A finales de 1918, tras la extinción del Imperio austrohúngaro, se proclamó la República de Hungría, y a principios de 1919 tuvo lugar la reunión de los Aliados después del armisticio para acordar las condiciones de paz con los países de las Potencias Centrales —Alemania, Turquía, Bulgaria, Austria y Hungría—, lo que se conoció como la Conferencia de Paz de París de la que surgió el Tratado de Versalles, en el que se disponía que Alemania y sus aliados, como responsables de la Primera Guerra Mundial, debían indemnizar a los vencedores.

La revolución comunista que instauró la República Soviética Húngara fue sofocada meses más tarde por las tropas anticomunistas rumanas. Durante este estado de anarquía, el almirante sin flota —en un país sin costas— Miklós Horthy, con elementos esenciales del fascismo, tomó el poder como regente —en un país que no tenía rey— del reino de Hungría hasta casi finales de la Segunda Guerra Mundial.

El nuevo régimen político se caracterizó por su anticomunismo, nacionalismo, antisemitismo, militarismo y propensión a la violencia y al terror como instrumentos políticos. Se aniquiló la vida creativa y se organizaron ejecuciones de disidentes. Sin ninguna duda, Hungría fue uno de los grandes perdedores de la Gran Guerra.

La situación política del país y la penuria que había originado la contienda obligaron a Umrao a hablar con Marie Antoinette sobre la conveniencia de trasladarse a la India hasta que se normalizaran las cosas. Por un lado, estaba la cuestión práctica: la escasez de alimento y de carbón para el invierno eran un problema serio y más si cabía para ellos, acostumbrados a llevar una vida de estilo burgués. Por otro, existía un motivo más importante: la seguridad. La sarta de majaderías contra los judíos que se habían repetido durante décadas salió a la palestra de manos de aquel gobierno antisemita de Miklós Horthy. Hungría no tardó en promulgar leyes de discriminación contra su población judía. Así, durante un paseo alrededor de la casa, donde los árboles silvestres tenían un encanto del que carecían los urbanos de Budapest, se atrevió a exponer el tema.

—Date cuenta de que tu familia es judía. No solo tú corres peligro, sino también Indira y Amrita. Todo el círculo de intelectuales de Hungría nos conoce y sabe que tenemos en casa la estrella de David —

dijo pacientemente.

—Pero saben que somos apolíticos, que no somos seguidores de una religión en concreto. Toda mi familia es judía pero tú eres sij, y yo, al igual que nuestras niñas, bautizadas en el catolicismo. ¿Qué problema hay? —contestó Marie Antoinette con incredulidad y desdén, alzando los hombros como si hubiera oído lo más estúpido del mundo.

—Marie Antoinette, te digo que nos tenemos que ir a la India. No es nada nuevo, ya hemos vivido allí de solteros. Allí hay una libertad de la que no podemos gozar aquí. Además, yo soy ciudadano británico. Aquí estamos muy mal económicamente y esto se agravará con el paso de los meses. Cada vez restringen más el dinero que envía mi familia y ya sabes que la comida se está empezando a racionar en la ciudad… En los periódicos se habla de una peste que se está extendiendo y está causando muchas muertes. —Después de una breve pausa, prosiguió—: Piensa que nuestras niñas gozarán de una libertad y unos estudios que ahora no tienen ocasión de disfrutar en ningún sitio de Europa. Allí, nuestra situación económica es menos onerosa y más complaciente.

Marie Antoinette sabía que su marido tenía razón. Por mucho que prefiriera la intelectual Europa a la tradicional India, las cosas en el viejo continente no estaban bien y se convenció de que era la decisión más acertada.

Así, en 1920 dejaron Hungría. Budapest había quedado envuelto por un color marengo y espectral; era una ciudad deslucida, ocupada por soldados que deambulan por calles solitarias. Antes de viajar a la India visitaron París. Marie Antoinette y Umrao querían enseñar a sus hijas el Louvre. Amrita se quedó cautivada con el cuadro *La Gioconda*, que anteriormente su madre le había enseñado en reproducciones de libros de arte. Y también vieron cómo en las calles de la ciudad desfilaban militares de otros países de Europa al son de aires marciales.

Desde París fueron a Marsella, donde emprendieron rumbo a su nuevo destino. El ambiente de la ciudad no era mucho más halagüeño: las tiendas estaban desabastecidas y los cafés medio vacíos, no había gente por la calle. Decididamente, Europa estaba revuelta. Embarcaron hacia la India en un buque enorme de ocho mil toneladas, el S.S. Malva. Atrás dejaron una Europa convulsa y amenazada todavía por la gripe española de 1919, una de las pandemias más letales de la historia de la Humanidad, que recibió ese nombre porque los medios de comunicación de España —que no tomó parte en la Primera Guerra Mundial— no habían censurado la información sobre el virus mortal.

El octavo cumpleaños de Amrita tuvo lugar en alta mar y lo

celebraron con una gran tarta y ocho velas. La pequeña, haciendo gala de la generosidad que la acompañó toda su vida, compartió los dulces con los demás niños del viaje. Eran todos hijos de una población marina de lo más variopinta: misioneros, familias de colonos con destino a Pondicherry y Goa, y numerosos funcionarios coloniales franceses e ingleses imbuidos en su superioridad racial y cultural.

6

En el horizonte se adivinaba Bombay. Los Sher-Gil estaban a punto de llegar a un subcontinente en proceso de cambio, distinto al que la familia había dejado atrás. Durante la Primera Guerra Mundial, millones de soldados y trabajadores indios sirvieron en Europa, en África y en el Medio Oriente, luchando por la causa probritánica. Los maharajás no solo enviaban miles de soldados de entre los habitantes de sus provincias, sino también enormes cantidades de dinero y municiones. Del mismo modo, la administración de la colonia mandaba grandes suministros y alimentos para las tropas, pero después de la contienda esta actitud por parte de los indios se transformó en agravio debido al elevado número de bajas, el aumento en los impuestos, una epidemia de gripe que se extendió por todo el país y las pérdidas en el comercio que afectaron seriamente a la economía de la India. Todo esto agravó la situación de la población y alentó la causa nacionalista india.

En 1919 se promulgó la Ley Rowlatt, por la que se conferían al virrey extraordinarios poderes para reprimir cualquier acto que pudiese ser considerado como sedicioso, silenciar la prensa, detener a activistas políticos sin orden judicial y arrestar a cualquier persona que fuese sospechosa de rebeldía. Ese mismo año tuvo lugar la masacre de Amritsar, en la región del Punyab. El comandante militar británico y general de brigada Reginald Dyer ordenó disparar contra un grupo de unos diez mil indios —entre los que se incluían mujeres, niños y ancianos— que se habían congregado para celebrar una festividad hindú. El militar y sus cincuenta soldados dispararon indiscriminadamente hasta que toda la munición de repuesto fue consumida. Murieron centenares de personas e hirieron a más de un millar.

Este suceso marcó el preludio del movimiento de no cooperación que encabezó Gandhi y acabó con la buena voluntad de la mayoría de los indios hacia los británicos después de la Primera Guerra Mundial, con la excepción de los maharajás, que siendo leales a la metrópoli, aún querían ostentar sus lujosos privilegios y caprichos arcaicos.

En el puerto les recibió un enorme bullicio. Apoyados en las barandillas de cubierta, percibían un intenso olor a mar, a hierro oxidado y humedad. Aquí y allá se veían buques cargando y descargando mercancías. Había numerosos barcos de pasajeros amarrados; unos, dispuestos a salir con sus alargados baupreses desafiantes; otros, recién llegados de ultramar o aguardando a que las grúas terminasen de vaciar sus bodegas. El calor era de plomo. Se oía

el fragor de los martillazos procedente de los astilleros, el chirrido de las sierras, el ruido de máquinas y a marineros de distintas nacionalidades que gritaban ininteligibles maldiciones a los tripulantes de las pequeñas embarcaciones, que contestaban de igual forma y con idénticos gritos furiosos. Ya en tierra firme, el olor del mar parecía haber pasado por terrenos ferruginosos. Las calles olían a alimentos descompuestos, a barro y a lodo formados en las aceras. Todo el conjunto despedía un hedor penetrante al que se unía un fuerte olor a incienso y creaba un tufo a podredumbre que iba directamente a la garganta. Por las calles cercanas al puerto, decenas de náufragos famélicos vagaban en busca de comida y trabajo. Marie Antoinette no evitaba sus gestos de asco hacia todo lo que veía, a la par que se tapaba la boca con un pañuelo blanco que la prevenía de sus continuas arcadas. Las hijas, por el contrario, mostraban un carácter jubiloso.

Una vez que consiguieron salir del puerto, Amrita e Indira observaron sorprendidas los llamativos tranvías de dos pisos bajo los señoriales edificios de estilo victoriano. De camino a la estación de tren vieron el hotel Taj Mahal Palace, un edificio que representa un mundo aparte dentro de la ciudad.

Al llegar a la estación ferroviaria de Victoria, construcción caprichosa en piedra arenisca con una minuciosa ornamentación —ejemplo notable de la combinación del estilo neogótico victoriano con la arquitectura india tradicional—, el barullo era enorme y el griterío ensordecedor. Alrededor de sus muros, los mendigos dormían acurrucados y envueltos en trozos de tela. Una vez dentro, Marie Antoinette caminaba deprisa con sus hijas de la mano, manifestando abiertamente su repugnancia, mientras Umrao se abría paso torpemente por delante de ellas siguiendo a los porteadores.

—No te sulfures tanto. Ya verás como salimos adelante —le dijo carraspeando.

Sortearon la multitud tirada en el suelo y anduvieron por el andén hasta llegar al vagón de primera clase en el que viajarían. Atrás habían dejado los vagones de los maharajás, muestra del máximo lujo. Ya en su compartimento, Marie Antoinette cerró de inmediato las persianas con la esperanza de aislarse del bullicio exterior: el hormigueo loco de animales, niños, pobres infelices, mujeres, soldados, famélicos *coolies* que arrastraban cestos, maletas de viaje y fardos sobre sus hombros o en carretas al mismo tiempo que eran hostigados a bastonazos por sus guardianes o policías, y demás elementos de aquel conjunto que consideraba triste, maloliente, pobre y sucio. Umrao pagó con gesto mecánico y altivo a los porteadores que ya habían colocado en su sitio maletas y baúles, y ocupó su asiento.

—¿Cómo es posible que la Corona británica administre tan

eficazmente este gigantesco puzle? —se preguntó en voz alta cuando arrancó el tren.

Mientras tanto, Amrita, ajena a las preocupaciones de sus padres, observaba encandilada el espectáculo de la estación. Viajaron en tren de Bombay a Delhi y de allí a la provincia del Punyab, donde Umrao tenía que reunirse con los familiares que administraban las propiedades y el negocio de la fábrica de azúcar.

Tras su labor administrativa, y un mes después de haber llegado al país asiático, se mudaron finalmente a un pueblo situado a los pies del Himalaya, Shimla, que los británicos habían convertido en su capital de verano porque allí escapaban del calor infernal de la llanura. Gracias a sus numerosas diversiones, su atmósfera era siempre frívola y desenfadada. Se instalaron en un bungaló que Umrao había heredado de su padre. Estaba emplazado en un lugar muy codiciado por la gente rica e influyente de la época. Con pisos desiguales, había sido diseñado y construido para albergar nada menos que al virrey británico. Era una construcción enorme sobre una colina verdosa que además tenía un gran jardín alrededor. Aquella pincelada verde resaltaba sobre la suave entonación violeta de las montañas y más abajo, entre los árboles, se podía divisar el sendero que serpenteaba hacia el pueblo y que conducía a la zona residencial de Shimla.

Allí podían hacer uso sin restricciones de la fortuna heredada de Umrao y Marie Antoinette, sin más dilación, se puso a trabajar en la decoración de la casa: vitrinas con vajillas de porcelana que habían traído cuidadosamente desde Hungría, numerosos portarretratos de plata y marfil, alfombras, muebles antiguos, cuadros y demás enseres elegantes y objetos ostentosos propios de una clase alta adinerada.

En ese ambiente de lobreguez señorial, los objetos del pasado se amoldaban con facilidad a las paredes blancas de las habitaciones de aquella casa enorme de arquitectura inglesa, más propia de la campiña de Warwickshire, Leicestershire o incluso del célebre bosque de Sherwood, en Nottinghamshire, que de las inmemoriales tierras indias, pero… ¿acaso no pertenecían a Inglaterra aquellos cimientos?

Los Sher-Gil iniciaron su vida social asistiendo al teatro en el club e invitando a casa a amigos y conocidos. Como había profesores británicos, inscribieron a sus hijas en clases de piano y música clásica europea, pero Amrita pronto se desinteresó; seguía dibujando sus trazos en cualquier papel que estuviera a su alcance. Ya fuera un panfleto publicitario o un periódico, ella lo llenaba de retratos de las personas que tenía alrededor. Se volvió introvertida. Disfrutaba con la lectura y prefería la compañía de los adultos que frecuentaban la casa durante las numerosas e interminables tertulias sobre filosofía, arte, historia e incluso literatura, a jugar con otros niños de su edad. En ocasiones, se sentaba sola en un rincón del salón para ser espectadora

privilegiada de aquel ambiente ufano y bohemio.

A medida que pasaba el tiempo, Marie Antoinette se sentía más relajada y complacida. Estaba contenta con la educación de sus hijas, que mostraban grandes avances con el inglés, lo que les confería mayor prestigio social dado que ya dominaban el húngaro y el francés, y mostraba orgullo por Indira, que tomaba clases de danza clásica y participaba en funciones para apoyar actos filantrópicos que celebraba la comunidad británica.

La felicidad de la madre solo se veía empañada por la debilidad de Amrita, que parecía no tener defensas suficientes para afrontar el clima. Tuvieron que operarla primero de estrabismo y poco después de una glándula que se le inflamó en la garganta. Durante estas convalecencias, llenas de largas horas de inmovilidad y soledad, Amrita pasaba el tiempo leyendo. Se convirtió en una lectora compulsiva. Sus atentas lecturas le hacían abrir los ojos ante el espectáculo del mundo y sembraron en ella un fermento de ideal, pasión y nerviosismo. Sin compañeros de juegos, encontró un enorme tesoro en la biblioteca del estudio de su padre. Allí había libros de todo tipo: grabados sobre las hazañas de Hernán Cortés, los viajes de Cristóbal Colón o el descubrimiento del Pacífico por Núñez de Balboa. Descubrió la mitología y se fascinó con Océano, un dios de luengas barbas y cornuda cabeza que vivía en una caverna submarina con Tetis, su mujer, y con sus trescientas hijas, las Oceánicas. Tenían un hermano, el prudente Nereo, de barbas azules y ojos verdes con nada menos que cincuenta hijas, las Nereidas, que llevaban sus órdenes a través de las olas o jugueteaban en torno a las naves, enviando al rostro de los marineros la espuma levantada por sus brazos.

“¡Cómo me gustaría ser una gran conquistadora o una heroína espada en mano, como Juana de Arco!”, pensaba mientras blandía una enorme regla de madera y movía el telescopio apuntando hacia la ventana, como si fuese un cañón de guerra a punto de ser disparado contra una fila de torres rojizas, las fortificaciones de una batalla entre moros y cristianos por el dominio del mar azul, una lucha entre hombres mediterráneos en la que todos habían tenido algo de piratas o de contrabandistas, incluso los fenicios, judíos metidos a navegantes que difundían las primeras obras de la civilización y se cobraban este servicio llenando sus barcos de mujeres raptadas, mercancía rica y de fácil transporte.

No se cansaba nunca de estas orgías imaginativas, estremecimientos y fantasías. Ocho meses sin salir de su encierro dieron para mucho. Primero no podía moverse de la cama, luego de la casa y más tarde se le permitió un breve tiempo al aire libre. Durante aquellos días no dejaba de copiar ilustraciones en cuadernos de dibujo. Aunque eran simples esbozos, mostraba un talento precoz. Así

lo observó Umrao, que tras hablarlo con Marie Antoinette, decidió contratar a un profesor particular.

El profesor de pintura se llamaba Christopher Petman. Había dado clases en la Escuela de Arte en Londres, realizaba retratos de mujeres de la alta sociedad de la época e impartía clases particulares a niños de afamadas familias en la India colonial. Enseguida apreció el talento de Amrita, que sin ningún esfuerzo absorbía todas las materias teóricas y prácticas que le enseñaba. Y así se lo transmitió a sus padres: les dijo que Amrita estaba dotada para el arte y que si se moldeaba de forma adecuada podía llegar muy lejos.

El profesor Petman fue clave en la formación artística de Amrita. Era riguroso con ella, pero también procuraba que sus clases fueran amenas para que la niña no perdiera el interés. Ella siempre le miraba con sus grandes ojos muy abiertos, maravillándose por las nuevas técnicas de pintura y con un creciente afán de conocimiento. Amrita esperaba cada día con entusiasmo sus clases particulares. Él, muy paciente y respetuoso, siempre se dirigía a ella como “mi querida princesa”.

7

—Estás echando a perder la salud de tus hijas, igual que mi padre destrozó la suya al comer carne y precipitando su muerte —gruñía Umrao a su esposa cada vez que veía a Indira y Amrita ante un plato de carne.

Se obsesionó tanto con el cuidado de la salud y con su defensa acérrima del vegetarianismo que con los años se convirtió en fanático, haciendo meticulosas anotaciones en una libreta sobre lo que comía y las calorías de cada alimento. Una vez al mes, pesaba a toda la familia y tomaba sus medidas, que más tarde trasladaba a una tabla gráfica. Mantuvo su personalidad obsesiva de *yogui* indio durante el resto de su vida. Cuando guardaba días de ayuno, se fotografiaba para ver los cambios físicos que experimentaba su cuerpo y registraba en su cuaderno sus reacciones psíquicas y físicas con detalles precisos.

La mayoría de las veces cocinaba él mismo la comida con una olla a vapor que llevaba siempre consigo. Había temporadas en las que se alimentaba solo a base de frutas, como mangos y plátanos, pues eran abundantes, diversas y baratas. Además, en la India colonial eran la bendición de los pobres. Durante su estancia en Shimla estudió orfebrería con los artistas locales e invitaba a su casa a carpinteros, con los que trabajaba la madera en el jardín cubriendo la tierra con un alfombrado de virutas, lo que exasperaba a su esposa Marie Antoinette, que se quejaba de la ruina causada a sus preciadas plantas.

En su despacho, aparte de dos telescopios, su máquina de escribir y varias pinturas de gran valor, tenía catalogados más de cuatro mil libros en varias lenguas. Una de sus mayores ocupaciones era el estudio de una variedad de problemas fundamentales acerca de cuestiones como la belleza, la existencia, el conocimiento, la moral, la verdad, la mente y el lenguaje. Es decir, estaba enfrascado en la búsqueda de una disciplina que diera una visión amplia de la inteligencia, de sus capacidades, de sus limitaciones y del significado de las creaciones humanas, llamada Filosofía desde el griego Pitágoras de Samos.

La vida matrimonial entre Marie Antoinette y Umrao no era del todo feliz. Aunque él ya sabía que su irascible esposa no le era fiel, no quiso hacer nada. Ya fuese por su edad, que rondaba los sesenta años, o por cualquier motivo externo, asumió que era una unión que había acabado en amistad y que, bien por conveniencia para sus hijas, bien en atención a su avanzada edad, tenía que continuar casado, aunque solo fuese de cara a la sociedad.

La vida desenfrenada con la que se complacían en la llamada *hill*

station pasó factura. Hacía un tiempo que Giulio Cesare Pasquinelli, un joven escultor italiano afincado en Shimla, frecuentaba las reuniones de intelectuales y artistas que se organizaban en casa de los Sher-Gil. Desde el principio, Marie Antoinette, que en su juventud había estudiado en Roma y hablaba perfectamente italiano, congenió con él y poco después se convirtieron en amantes. El idilio acabó cuando Pasquinelli tuvo que volver a Florencia por asuntos familiares, ya que estaba casado y había dejado atrás a su esposa e hijos. Marie Antoinette estaba tan prendada de él que con el pretexto de que Amrita ampliase sus conocimientos de arte y pudiese estudiar el Renacimiento italiano con mayor detenimiento, propuso a Umrao mudarse a Italia por una temporada. De mala gana, el patriarca aceptó pensando en la educación de su hija.

Marie Antoinette marchó tras su joven amante, como Isolda en busca del caballero Tristán. Así, mientras Umrao se quedaba en la India con Indira, que continuaba con sus estudios de música, Marie Antoinette viajó a Italia y matriculó a Amrita en la Escuela de Arte de Florencia.

Allí, en su tierra, el italiano la cortejaba como el dios Krishna adentrado en el bosque para tocar la flauta y hacer bailar a su amante Rhada. Pero el destino decidió que el romance se acabara pronto. Amrita y su madre —que no sentía remordimiento ni vergüenza por haber acosado al joven florentino hasta la saciedad— volvieron a los pocos meses a la India. Durante aquella estancia, Marie Antoinette conoció al compositor Giacomo Puccini, quien le dedicó una foto firmada y fechada en marzo de 1922, y que conservó desde entonces bien enmarcada sobre el piano de la casa, en Shimla.

La difícil relación entre Umrao y Marie Antoinette, plagada de continuas y sonoras riñas, acabó afectando a Amrita, que empezó a dibujar esbozos y garabatos como muestra de su disconformidad con aquella atmósfera de fingimientos, peleas y discordias. La madre, consciente del impacto emocional que la situación provocaba en su hija, decidió internarla en un colegio de monjas católicas. El internado estaba dentro del convento y Amrita pronto se sintió angustiada, oprimida y sofocada por aquel régimen. Harta de aquella vida, remitió a su padre una acervada crítica de los ritos católicos: describía la cerrazón de sus mentes, prodigaba insultos a las monjas, con las que no tenía buena relación, y se declaraba una atea ferviente. Para sorpresa de Amrita, la carta fue interceptada por la madre superiora y, en consecuencia, fue expulsada del colegio.

De regreso en Shimla, la vida desaforada de sus padres seguía su ritmo acelerado, especialmente la de su madre. Todos los años, antes de Navidad, se celebraban recepciones, carreras de caballos y partidos de polo. La principal preocupación de las *ladies* era estrenar en público

los últimos modelos procedentes de París y Londres confeccionados por sastres indios con fastuosos tejidos y brocados procedentes de Madrás y Benarés. Marie Antoinette, acompañada de sus aduladoras amigas, asistía siempre a las fiestas de disfraces que celebraban los maharajás.

Estos reyezuelos no querían ver cómo se volatilizaban sus vetustos privilegios y su arcaica imagen a causa del nacionalismo indio, pero ya por entonces se habían convertido en rémoras del pasado en peligro de extinción debido al imparable auge del Partido del Congreso, que pregonaba la independencia de la India bajo el liderazgo de Gandhi y un destacado líder y político hindú llamado Jawaharlar Nehru.

Los maharajás se mostraban hastiados ante este tipo de manifestaciones nacionalistas, ya que ellos y sus intereses estaban protegidos por el paraguas británico que les garantizaba sus prebendas y la supervivencia de las fronteras de sus provincias, además de recibir suculentas concesiones por parte de la administración y la metrópoli como resultado de un condescendiente carácter recíproco. Así, cuando la ocasión era propicia, como en las fiestas de la capital en verano de la India inglesa, no escatimaban la oportunidad de mostrar una imagen exterior de parafernalia ostentosa, llena de riqueza y fantasía sin límites.

Mientras tanto, Amrita e Indira participaban en eventos sociales organizados por el club para recaudar fondos benéficos. Este era un pasatiempo de la clase alta adinerada que, con la excusa de reunir dinero para los más necesitados, celebraban fiestas entre ellos, espectáculos y funciones de teatro. Amrita y su hermana se disfrazaban y mostraban a los espectadores bailes húngaros que aún recordaban de su infancia en Budapest. Otras veces, cansadas de estar en casa, salían a correr por el enorme jardín junto con Bina, una vieja perra San Bernardo que las dos hermanas sacaban de su amodorrada vida, ya que tenía la costumbre de estar tirada todo el día en el suelo obstruyendo el paso en mitad de un pasillo del bungaló. La habían adoptado después de que sus dueños holandeses la abandonaran al dejar la India. Allí, entre los árboles, las niñas reían y jugaban con la perra, que hacía mil zalamerías a su alrededor sin dejar de retozar arduamente debido a su gran tamaño.

8

Amrita se sentía fascinada por el cine desde que era una niña y con solo doce años iba de forma asidua al cinematógrafo del club de Shimla. Tenía un cuaderno en el que apuntaba los títulos de las películas que más le habían gustado e impactado. *El jeque* (1921), con Rodolfo Valentino; *Carmen* (1918), con Pola Negri; *El prisionero de Zenda* (1922), con Ramón Navarro y Barbara La Marr; *Cyrano de Bergerac* (1925), con Pierre du Magnier; y *Quo vadis?* (1925), con Emil Yannings y Rina De Liguoro, estaban entre sus favoritas, así como *Savitri Satyavan* (1923), interpretada también por Rina De Liguoro y basada en el relato épico-mitológico hindú *Mahabharata*.

En su cuaderno solía escribir los nombres de sus actores preferidos: Conrad Veidt en el papel de Lord Nelson en *Lady Hamilton* y *Lucrecia Borgia*; Paul Wegener en las películas expresionistas alemanas; o la actriz de origen húngaro Lucy Doraine, cuyo marido fue el director judío nacido en Budapest Manó Kertész Kaminer, más conocido en la historia del cine como Michael Curtiz, director de *Casablanca* (1942), entre otras películas memorables.

Con trece años, Amrita mostraba una capacidad intelectual muy superior a las jóvenes de su edad. Ella estaba dotada, por encima de todo, de talento para la asimilación y gozaba del privilegio de esos genios afortunados que lo absorben todo con facilidad, como absorbe la abeja el polen de las flores. Además de apuntar los nombres y títulos en aquel diario cinematográfico, Amrita pintaba esbozos de los personajes que más le habían llamado la atención y escribía reflexiones acerca de las sensaciones que experimentaba. Como los personajes de Dostoievski, sentía que el héroe musical de Chaikovski persistía al explorar el significado de la vida mientras se está atrapado en un triángulo fatal de amor, muerte y destino. “Quien haya escuchado a Jascha Heifetz, el más grande violinista del mundo, tocando la *Serenata melancólica* de Chaikovski, es capaz de describir mis sentimientos. ¡Oh! Sus perfectos, únicos, magníficos tonos ricos y gloriosos. La tristeza, la pasión... parece que desgarran tu alma y te hacen llorar, principalmente por ese ardor que se desliza en tu cuerpo al escuchar esos exquisitos tonos profundos y perfectos de violín que parecen provenir del latido del corazón del joven violinista... ¡Ah! Pero yo me expreso muy mal debido a la plenitud de mi corazón. Y quién no lo haría si se dejase llevar por la pasión como yo... Pasión por la música.

Benno Moiseiwitsch supera a los demás al piano, incluso a Paderewski, y eso que este es 'el poeta del piano', como mamá lo llama

correctamente cuando toca a Chopin en casa. Moiseiwitsch también es único tocando bellamente *Claro de Luna*, de Debussy, con la que te hace percibir la plateada luz de la luna y sentir como se siente una persona cuando se queda admirando la luna en una noche de atmósfera plateada".

Una de las impresiones más intensas que quedaron grabadas en el carácter de Amrita durante aquella estancia en Shimla fue su asistencia a una boda hindú. Aquella noche, su hermana fue a buscarla a su habitación sin que Marie Antoinette se enterase, ya que últimamente estaba muy atenta a las actividades de Amrita porque consideraba que su actitud social estaba desembocando en la rebeldía.

—Deja lo que estás haciendo, ven conmigo. Te voy a enseñar algo que nunca has visto —dijo Indira con aire cómplice mientras ponía un dedo sobre sus labios en señal de silencio.

—¿Qué es? Ya sabes que mamá no nos permite ir a estas horas al pueblo —respondió Amrita extasiada por la turbación de su monotonía, como si le hubiesen dado un premio por haber pasado todo el día haciendo sus trabajos de pintura.

—Tú calla y sígueme. Te va a sorprender. Ven.

Las dos hermanas se abrigaron bien y salieron por la puerta de atrás, la reservada para el personal de servicio. Llegaron a un pequeño hotel que tenía en la parte trasera un enorme jardín destinado a las ceremonias, como bodas, cumpleaños y otras fiestas típicas. Amrita reconoció el lugar enseguida, ya que había estado hacía poco con su hermana en el cumpleaños de un escritor inglés amigo de sus padres.

—¿Otra fiesta? —preguntó Amrita—. No tenemos invitación.

Indira, con ojos brillantes de impaciencia, sonrió y volvió a hacer un gesto con el dedo índice indicando que guardase silencio. Cuando entraron en el recinto, se dio cuenta de que era una boda por la forma en la que iban vestidos los invitados. La gente hablaba animada en pequeños grupos. Al final del jardín estaba el podio del futuro matrimonio: dos enormes asientos tapizados en terciopelo rojo, con forma de herradura y reposabrazos de metal. En uno de los sillones estaba sentado el novio, al que un fotógrafo retrataba sin parar. Mientras avanzaban, Amrita trataba de averiguar qué podía ser lo que llamaba tanto la atención de su hermana como para justificar que las dos estuvieran allí. Para ella, aquello era una boda de lo más típica, quizá no tan ostentosa como otras a las que habían asistido, ya que entreveía que los asistentes eran gente de una clase social no tan pudiente como la que sus padres poseían. La única peculiaridad era la relativa madurez del novio, que no era apreciable en la distancia debido a su suntuosa vestimenta.

Aquel era un señor de más de cincuenta años y, como Indira le dijo al oído, ya había estado casado anteriormente tres veces. Solo había tenido hijas, razón por la cual su astrólogo le había recomendado fervorosamente volver a contraer nupcias para tener un varón, futuro heredero de su empresa, y recuperar así su salud y prosperidad económica. A un lado, un sacerdote hindú preparaba el ritual del matrimonio entonando mantras en sánscrito, lengua de los instruidos que nadie comprendía en aquel lugar, ni siquiera el propio brahmán que los vociferaba. Indira le tiró de la mano y las dos se fueron a una habitación que había junto al jardín.

Guardando la puerta se encontraban unas mujeres que sollozaban y algunos niños pequeños. Amrita pensó que, indudablemente, eran los familiares de la novia, pero al entrar se llevó una sorpresa: la novia era una niña asustada de unos doce o trece años. Sus tobillos, adornados con prominentes ajorcas de plata, tintineaban criminalmente cada vez que se contorsionaba sobre el enorme almohadón en el que estaba sentada en forma de flor de loto. La aleta de su nariz estaba atravesada por un largo aro dorado y tenía los ojos grandes e hinchados como platos por las horas de llanto, además de llevar un grueso maquillaje que, claramente, intentaba ocultar el enrojecimiento causado por las lágrimas y aparentar más edad.

Indira, que no podía esconder su congoja, le preguntó al oído si podía identificarla. Amrita, prestando más atención, la reconoció con aflicción: era la hija de una de las criadas que iban a su casa a limpiar por las mañanas y con la que habían estado jugando en alguna ocasión en el jardín junto con Bina. A partir de ese momento, los inconscientes adultos habían decidido que los juegos infantiles se habían acabado para ella. No solo había acompañado a su madre a las casas para ayudarle a realizar los trabajos domésticos, sino que también había cuidado a sus propios hermanos desde que eran bebés, los había criado, había representado el papel de mamá sin ser todavía madre, y así, desde una edad infantil, había sido educada para el único motivo de su existencia: el matrimonio. Era evidente que el empresario hindú la había comprado a sus padres y estos, satisfechos con la dote recibida, no habían objetado lo más mínimo sino al contrario, lo habían visto como una bendición celestial. Incluso habían mentido a las autoridades británicas sobre su edad para obtener los permisos administrativos requeridos para la celebración pública de la ceremonia.

Los dos eran conscientes de que algún día serían juzgados —como pensaban en su mayoría los padres hindúes— no por los poderes judiciales, ni mucho menos, sino por el comportamiento de la hija en casa de su esposo y por los hijos que engendrase. La madre, sentada en aquella habitación, embebida en solitarios rezos a los dioses,

imploraba insensatamente para la procreación de un bebé varón por parte de su hija.

9

Marie Antoinette sufría trastornos de ansiedad que muchas veces se transformaban en reacciones violentas. La relación con su marido no iba a mejor y esta atmósfera no pasaba desapercibida para las ya adolescentes Indira y Amrita. Por entonces, el futuro periodista Michael Stockwood vivía en la India y ejercía como profesor en elitistas colegios británicos. Un día, después de impartir una conferencia sobre historia de África en un salón del club, Umrao le invitó a casa a tomar el té.

Promovido por la curiosidad de conocer mejor a aquel hombre inmensamente rico y de estrafalario aspecto, Michael aceptó la invitación. El aspecto de Umrao le recordaba la frase que no se cansaba de repetir en sus numerosas conferencias y tertulias: “Nunca olvides que solo los peces muertos van a favor de la corriente”.

Cuando llegó a la mansión, se llevó una gran sorpresa ante la extravagante familia. Las hermanas, después de saludar a Michael, siguieron jugando con Bina mientras tiraban frutas cortadas a los langures, los monos arbóreos de cola larga que se acercaban en tropel desde el interior del bosque. Y Marie Antoinette, a la que no le gustaban mucho los ingleses pedantes, le saludó con frialdad y se comportó con él de manera despectiva. El recibimiento fue tan huraño que el propio Stockwood escribiría años después: “El bungaló de los Sher-Gil era enorme y estaba construido en lo alto de una colina. A su puerta principal se accedía por una escalera empedrada que tenía una barandilla de hierros a los lados con el ancho pasamanos de madera de mango y en sus ángulos lucían enormes bolas de piedra rojiza del Rajastán. Según me dijo Sher-Gil —el padre de Amrita—, aquella barandilla la hizo diseñar y forjar en Budapest.

Las hijas jugaban como niños salvajes en el jardín junto con una perra enorme de raza San Bernardo a la que llamaban Bina. Recuerdo que atrajeron a más de cincuenta monos tirándoles sin mesura fruta cortada. Yo me horroricé al ver a tantos monos gritando, hacían un ruido ensordecedor, incluso había varios que copulaban con entero albedrío delante de las niñas. Miré a mi alrededor y nadie parecía sorprendido por aquella actividad. Las hermanas se reían de mí al darse cuenta de mi impresión de espanto mientras subía con ligereza las escaleras para entrar cuanto antes en la casa. Más de una vez pude ver cómo la joven Amrita conseguía dar en la cabeza con un plátano a uno de aquellos grandes monos que tenían una altura superior a la suya.

La madre, aparte de ser una judía húngara antipática, era

extremadamente vulgar. Su carácter algo agresivo a primera vista se acentuaba con sus fuertes brazos de machote, las mejillas encendidas y el color rojizo de su pelo. La 'señora', al evitar darme la mano cuando entré al salón, me dio a entender de inmediato que no era bien recibido por ella. Una vez dentro, en aquellas estancias laberínticas, pude darme cuenta de que aquella familia no era nada común: por todos lados había libros en distintos idiomas. Vi libros, muchos libros, libros por todas partes: en el suelo, sobre mesas, en los rincones e invadiendo sillas, taburetes y estanterías. En el salón predominaba la belleza de un majestuoso piano, tan primoroso, situado junto a la ventana.

La gran barba blanca de Umrao, además de darle un aire a Tolstoi, recordaba a la de un gnomo alargado. Su estudio parecía una maravillosa tienda de antigüedades: telescopios, muchísimos libros, un enorme globo terráqueo… Si alguna vez tuviese que ilustrar el estudio del capitán Nemo en su *Nautilus*, tan solo tendría que rememorar la decoración de aquella habitación. Tenía una pequeña chimenea muy bonita; sobre sus bordes había azulejos pintados que representaban las corridas de toros de España, en uno de ellos estaba escrito 'Plaza de Toros de Linares'. En la pared se encontraban la escoba, la horquilla y una pela de rabera desmesurada, colgados de ganchos de cerámica en forma de tortuga. En una esquina había un montoncito de leña bien dispuesta y cortada. Nos sentamos en dos anchos sillones *bergère* de orejas, como sacados de la Francia del siglo XVIII. Sus respaldos y laterales estaban bellamente tapizados de tejido *chenille* con un bonito diseño *jacquard* de largas hojas blancas, rojas y rosáceas sobre un fondo gris.

Hablamos sobre cosas triviales, ya que yo cambiaba de tema porque cada dos por tres él denostaba vehementemente cualquier asunto que yo consideraba interesante para una conversación. A decir verdad, era admirable la lúcida manera con que Umrao enhebraba un relato con otro, aun sin venir a cuento, durante el tiempo que estuvimos reunidos en su estudio: teología, filosofía, la situación política en Europa, historia… Parecía un sabio que se hubiese pasado toda la vida leyendo libros. Mientras hablaba, yo observaba hipnotizado aquel carácter enérgico que expresaban sus manos nervudas y la compañía tan adecuada que le hacía su enorme y descuidada barba blanca, incluso los largos pelos que, como hierbajos, le salían por los lados de su turbante a la altura del cuello y caían con total promiscuidad y descuido.

Su esposa nos sirvió el té junto con unos *snacks*. Él, pacientemente y tras un prolongado silencio como pausa, apuntó a la tetera, después a los chocolates y después de mantener el dedo índice en el aire casi un minuto en dirección a los pastelitos, con un arqueo de cejas me

dijo con agravio y patetismo: '¿Ves? Aquí no hay nada que llevarme a la boca'. Me dio a entender que su mujer ponía el té y tales aperitivos adrede, porque sabía que le disgustaban.

Umrao tenía fama de ser un hombre culto, amante del progreso y occidentalizado. Recuerdo que pasaba casi todas las noches solo en la terraza, mirando las estrellas con su telescopio. Su larga figura podía ser vista desde el camino que llevaba al pueblo. Singular y curiosa familia".

La mala relación entre sus padres marcó para siempre a Amrita. Hay emociones en la niñez que subsisten toda la vida. Continuamente, a lo largo de los años, perdura en lo más profundo de la memoria la remota visión de los acontecimientos pasados. Mientras Umrao optaba por una vida tranquila cada vez con más ahínco, Marie Antoinette prefería las reuniones interminables de amigos, las fiestas y las conversaciones con té y pasteles de crema. Mientras él seguía haciendo acopio de su vestimenta arrugada y descuidada, ella iba a la moda y bien vestida con falda lisa hasta los tobillos, con blusa de muselina a juego, y si estaba en el jardín cuidando de sus plantas se ponía una camisa de algodón y un sombrero de paja ancha, como si fuese a ser retratada de un momento a otro para una revista de moda parisina.

La incompatibilidad era cada vez más notoria. Mientras él se recluía en su biblioteca, ella salía a visitar amigos o se marchaba esporádicamente de viaje con sus amigas —o eso decía ella— a Calcuta, Bombay u otras ciudades de la India. Mientras él cuidaba la comida, siendo un acérrimo vegetariano, ella llenaba la casa de carne, tanto de cordero y de ternera como de búfalo y de pollo. Mientras él requería silencio, ella montaba una algarabía con sus amigos en el salón al son del piano y con cantos hasta altas horas de la noche. Mientras él se declinaba por una lectura sustanciosa, ella prefería una tarde de amor intempestivo y promiscuo con una nueva conquista.

Pronto Marie Antoinette, moralmente corrompida por su vida frívola y concupiscente, apostató del judaísmo y del catolicismo. Esto creó angustia en sus hijas y desde luego dejó una huella psicológica en Amrita determinante en sus futuras relaciones, ya que siendo la mayor era más consciente de lo que sucedía entre sus padres y, además, desde aquel episodio con el amante italiano, fue testigo del continuo adulterio de su madre a lo largo de los años.

Marie Antoinette decidió que se separasen por unas semanas y se fue de viaje por el este de la India con sus hijas y la excusa de comprar telas y alfombras para redecorar el bungaló. La primera parada fue Benarés, después Calcuta y Darjeeling, y ya de regreso se detuvieron en Lucknow. En esta última ciudad contemplaron una clamorosa

bienvenida a un hombrecillo llamado Gandhi, que había transformado el Partido del Congreso Nacional Indio en un movimiento de masas contestatario contra la dominación británica. Era la década de 1920, después de la Primera Guerra Mundial, y Gandhi consideraba que mediante la práctica de la no violencia los ingleses llegarían a considerar la inutilidad de la opresión y abandonarían su país.

La India, colonia inglesa debilitada físicamente, estaba siendo instigada por aquel espíritu independentista. Los líderes emergentes del Partido del Congreso como Jawaharlal Nehru, educado en la Universidad de Cambridge, se convirtieron en seguidores de Gandhi y expresaron públicamente sus aspiraciones nacionalistas —Nehru alcanzaría la presidencia del Partido del Congreso por primera vez en 1929—. Se elaboró una nueva Constitución, cuyo objetivo final era el *swaraj*, es decir, la independencia.

Sus acciones consistían en medidas de no colaboración y de abstención a través de huelgas de hambre, protestas pacíficas, no participación en las elecciones e incumplimiento de leyes injustas. Gandhi también impulsaba el retorno a la industria artesanal, como el hilado manual, en señal de boicot a las industrias británicas, a las que acusaba de ser las causantes de la ruina económica de la India. El dominio británico había acabado destruyendo los cimientos de la economía tradicional india. En esto, la conquista británica difería de toda conquista anterior, pues mientras los anteriores conquistadores extranjeros no alteraron las bases económicas y finalmente aceptaron su estructura secular, la conquista británica destrozó esas bases y permaneció como una fuerza extranjera, actuando desde fuera y llevando su tributo al exterior. El saqueo directo de la Compañía de las Indias Orientales era colosal.

Poco a poco, ese hombrecillo de piernas delgadas y gafas metálicas que vitoreaban a su llegada al andén en la estación de tren de Lucknow, ante la mirada perturbada de Marie Antoinette y sus hijas, acabaría con la soberbia británica que representaban sus privilegiados clubes, en los que se prohibía expresamente la entrada a los perros y a los indios. Sus ideas acabarían poniendo en jaque a la 'joya de la Corona', que terminaría cayendo años más tarde como un castillo de naipes.

A su regreso a Shimla encontraron a Umrao, que les sonrió y saludó efusivamente desde el andén de la estación junto a otra persona que llevaba puesto un distintivo salacot británico, pero que les parecía extranjero por su vestimenta, y que no podían distinguir desde la ventana del vagón del tren. Al bajar y acercarse a ellas aquel señor con aire jubiloso, los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja, reconocieron a su tío Ervin, al que no habían visto desde que dejaron Budapest cuando eran niñas.

El tío Ervin era un hombre de ademanes suaves que siempre pensaba en agradar. Hablaba inglés con un fuerte acento norteamericano debido a sus largas estancias junto a su hermano en los Estados Unidos. No solo era un apasionado de la antigua literatura hebrea y de la sabiduría de la cábala, sino también un entusiasta de la cultura india. Había escrito un libro sobre el afamado tratado sexual *Kamasutra* y otro sobre yoga. Fue él quien popularizó la cultura india en Hungría, hasta el punto de que durante los primeros brotes del fascismo y tras el levantamiento nazi, muchos judíos húngaros que habían leído y escuchado comentarios acerca de la colonia británica a través de sus libros, publicaciones en periódicos y charlas universitarias, prefirieron emigrar a la India. Aquellos inmigrantes acabarían siendo dueños de muchas tiendas de artesanía en Bombay, especialmente en el barrio rico de Colaba, en Lower Parel, y adquirirían terrenos en la zona de Worli. Años después las venderían a parsis y musulmanes de la zona para emigrar de nuevo al recién fundado Estado de Israel.

10

La historia del tío Ervin era, sin duda, muy peculiar. En 1910, él y su hermano József viajaron juntos a Estados Unidos movidos por el romanticismo de la historia norteamericana, y en concreto por los folletines y libros históricos que habían leído sobre la conquista del Oeste.

La primera parada que hicieron fue en Boston, donde conocieron al profesor de sociología e historia, y a la vez activista por los derechos civiles, W. E. B. Du Bois. Aunque a Ervin la personalidad de este señor, vestido siempre pulcramente como un dandi europeo, no le agradó particularmente, admiraba su lucha por conseguir la igualdad de derechos para los negros afroamericanos y su apoyo al movimiento sufragista femenino. Los dos hermanos escribieron una sólida y positiva crítica para un periódico húngaro sobre el libro que Du Bois había publicado unos años antes, *Las almas del pueblo negro*. Fue una de las primeras obras sobre la historia afroamericana que no solo hacía referencia a la música negra, sino que también defendía el derecho de los negros a votar, a ser tratados con justicia e igualdad y la abolición de la discriminación en la educación.

Con el fin de documentarse y escribir sobre las tribus indígenas, se unieron a una expedición del Departamento Forestal del estado de Montana, donde los indios americanos hicieron su último esfuerzo por mantener su tierra en la batalla de *Little Bighorn*, en 1876, una de las muchas que mantuvieron y sin duda la más conocida del 7.º Regimiento de Caballería, comandado por el teniente coronel George Armstrong Custer. Escribieron varios estudios sobre el folclore de las distintas tribus: los crow, en la zona centro-sur; los cheyennes, en el sureste; los pies negros; los assiniboine y los atsina en el centro-norte; y los kootenai y los salish en el oeste. Estuvieron viviendo más de un año en la reserva india de los pies negros —llamados blackfeet— junto a la frontera con Canadá. Esta era una tribu dedicada tradicionalmente a la caza del búfalo, pero debido a los colonizadores blancos, la especie se fue extinguiendo dramáticamente. La escasez de estos animales provocó la muerte de cientos de indígenas, que a causa de la afluencia de ganaderos, granjas y cercas no encontraron tierras con las que abastecerse.

En sus escritos criticaron con sumo detalle la política agresiva del gobierno de Washington, con sus leyes y decretos hacia los indios, y las dramáticas transformaciones que estos se veían forzados a asumir con la consecuente pérdida de la cultura tradicional de estos pobladores autóctonos, que eran obligados a vivir en parcelas de

tierras llamadas 'reservas'.

Mientras que József decidió quedarse, su hermano Ervin quiso continuar explorando el mundo, lo que le llevó a seguir viajando y descubrir la cultura de la India, por la que se sintió profundamente cautivado. Se introdujo, durante los años veinte, en la Escuela de la Sabiduría, fundada por el escritor y filósofo alemán Hermann Graf Keyserling en la histórica ciudad alemana de Darmstadt. A principios del siglo XX, esta ciudad cercana a Fráncfort era conocida por ser un importante centro del movimiento artístico modernista llamado *Jugendstil* —variante alemana del *art nouveau* francés—, y, sobre todo, porque en 1933 se convirtió en la primera ciudad de Alemania en obligar a los comercios judíos a cerrar sus puertas bajo el pretexto de poner en riesgo el orden y la tranquilidad de la comunidad. Esta escuela de filosofía idealista con elementos kantianos fue creada con el propósito de introducir una nueva reorientación intelectual en Alemania tras la Primera Guerra Mundial, basada en la sabiduría ancestral india y budista. Promovía una cultura planetaria, más allá de conceptos nacionalistas y culturas etnocentristas que rechazaban, motivo por el que sería cerrada por los nazis una década después de su fundación. Intelectuales reconocidos de la época fueron invitados a pronunciar charlas en ella, como Carl Jung, Hermann Hesse y el indio Rabindranath Tagore.

El tío Ervin se encontraba en la colonia británica con motivo de un estudio que había estado realizando en Calcuta sobre la vida y la obra del bengalí Rabindranath Tagore, quien en 1913 recibió el premio Nobel de Literatura, convirtiéndose así en el primer escritor no europeo en obtener este reconocimiento. Debido a su pasión por el arte, se llevaba muy bien con Umrao ya desde los tiempos de Budapest, y con él discutía horas y horas sobre filosofía y religión. En sus memorias describió muy detalladamente el ambiente artístico de la India de finales de los años veinte: “La India, de un modo u otro, se ha olvidado de sus antiguas tradiciones y valores culturales y se ha convencido de que copiando las tendencias y formas de Occidente puede hacer servir al arte con sus mejores disposiciones. La peor representación del naturalismo del siglo XIX está establecida en la India. Si un artista local indio considera que debe sentirse inspirado en la teoría artística clásica india, sus colegas le tachan de demasiado primitivo y nadie le presta la menor atención.

Por otro lado, artistas europeos de segunda clase vienen a la India llamados por el exotismo de la colonia y producen empalagosos e insípidos retratos y paisajes, y luego vuelven a sus países de origen para vender sus obras a precios exorbitados. A estos los llamo yo ladrones culturales con huecas obras de arte. Es una pena darse cuenta de que los artistas indios con formación y los autodidactas se hayan

olvidado de los trabajos de Oriente y solo sepan inspirarse en la basura artística que se realiza en Occidente".

Su hermana Marie Antoinette le había escrito sobre la situación familiar y la tensa relación con su marido Umrao, así que Ervin se había propuesto echarles una mano. Él era una persona con un gran sentido del humor, siempre encontraba el lado más positivo y divertido de una situación con un chiste o una broma que acababa en carcajada de todos los presentes. Su presencia dio un nuevo aire a la casa. Con su comicidad no solo les hizo pasar los días más agradables en merma del aburrimiento familiar y la monotonía doméstica, sino que hizo entender a Amrita e Indira que debían tomar las experiencias de la vida en la India con una actitud positiva aun cuando fuesen amargas.

Como el profesor particular de Amrita, Christopher Petman, había tenido que volver a Inglaterra para ocupar un puesto en la Universidad de Londres, fue Ervin, mientras estuvo en Shimla apaciguando el ambiente tenso que se vivía en la casa, quien introdujo a Amrita en los principios teóricos de la Escuela de Arte de Budapest. La animó a que desarrollase un carácter autónomo para valerse por sí misma y no dejarse arrastrar negativamente por los sentimientos que le causaban los excéntricos comportamientos de sus padres y sus continuas peleas. Así que, mientras compaginaba el trabajo minucioso de la escritura del ensayo sobre Rabindranath Tagore, ocupando como estudio una de las múltiples y acomodadas habitaciones del bungaló, impartió clases a Amrita. Le inculcó cómo poder expresar sus estados de ánimo y disposición emocional en sus dibujos, tomando cuerpo aquello que necesitaba ser plasmado, deshaciendo sus tensiones internas y acogiendo las imágenes que pudiesen surgir. Con él aprendió a observar el ambiente a su alrededor y transformarlo en esbozos. Sus enseñanzas sedujeron a una imaginación tan ardiente como la de Amrita, que empezó a utilizar modelos reales para sus pinturas con prácticas al aire libre junto al jardinero y las criadas de la casa.

El tío Ervin marcó un antes y un después en la forma y el estilo de Amrita. Durante los meses que estuvo dando clases a su sobrina, con el aplomo con que los biógrafos más pertinaces persiguen la infancia de las grandes personalidades de la historia de la Humanidad, Ervin se sumió en un mudo éxtasis ante las cualidades artísticas de Amrita y auguraba un gran porvenir a su sobrina. El contraste de sombras y la brillantez del colorido de sus dibujos le dejaron asombrado por su precocidad y pronto se dio cuenta de que era una niña dotada para el arte.

Con la misma firmeza con la que un judío ortodoxo cree en el

origen divino de la Torá o un cristiano en la Trinidad, habló con su hermana y Umrao, recomendándoles que matriculasen a la niña en París. Como artista, consideraba que era necesario que Amrita aprendiera en la capital cultural por antonomasia para poder triunfar y sacar fruto de su enorme talento.

En aquella época era inconcebible que una familia india se mudase al extranjero para la educación de una de sus hijas, ya que las mujeres, por tradición, estaban relegadas a un segundo plano, concebidas tan solo para un casamiento temprano. Además, era totalmente inaudito incluso mencionar que sería Arte la educación que se le inculcaría.

Umrao se mostró reacio en un primer momento, ya que pensaba que su etapa europea había quedado atrás con la Gran Guerra y no quería recordar los episodios difíciles que habían experimentado en Budapest con el surgimiento del antisemitismo. El conflicto bélico, con su cortejo de muerte y destrucción, acompañado del virus fantasmal de la gripe española, le había hecho darse cuenta de la fragilidad y brevedad de la vida. Umrao, por muy occidental y abierto que pareciese, en el fondo era un indio muy corriente que no olvidaba los valores tradicionales. Pero la ciudad de París y el resto de Europa eran muy diferentes a como los habían dejado hacía ya casi diez años.

Tras la Primera Guerra Mundial hubo una transformación social considerable en Europa. Las mujeres adquirieron un nuevo lugar en la sociedad surgida durante la contienda, ya que habían sido indispensables durante toda la guerra: en el campo, en las fábricas, en las oficinas y, sobre todo, en las escuelas, para compensar la marcha de numerosos profesores. A finales de los años veinte, el feminismo progresaba y el nivel artístico era rico, amplio, disperso y muy heterodoxo. Umrao, tras encerrarse en su estudio, salió al salón y comunicó su decisión, a pesar de sentir un nudo en la garganta y el corazón latir con ansiedad por no saber si estaba tomando una resolución de la que podría arrepentirse en el futuro. Con ademanes y entusiasmo teatral, frente a todos los presentes congregados alrededor del gran sofá que lideraba el salón, prorrumpió:

—Nos mudaremos a París. ¡A París! ¡La ciudad del Moulin Rouge, de la Torre Eiffel! ¡La Babilonia del pecado! ¡A París se ha dicho!

Al son de una canción húngara, Marie Antoinette bailaba con su hermano mientras Amrita e Indira saltaban de alegría sobre el sofá y Umrao se retiraba a empaquetar su mejor colección de libros y su querido telescopio. Era finales de 1929.

11

Cuando los Sher-Gil se trasladaron a París, Amrita tenía 17 años. A comienzos de la década de los años treinta, la capital francesa era la ciudad más influyente en la cultura mundial. Era el epicentro del mundo del arte, el núcleo de ideas y formas modernistas, el origen de los nuevos inventos y sofisticaciones, además de la fragua de innovadoras tendencias y experimentos artísticos. Se respiraba aire de libertad en una sociedad no solo entregada a la exploración de toda manifestación artística, sino también garante de la libertad de expresión.

A pesar de la economía limitada por las restricciones de transferencias al exterior de la India y gracias a las inversiones de Umrao en el extranjero en años anteriores, los Sher-Gil se instalaron en un lujoso y gran apartamento cerca de los Campos Elíseos. La residencia tenía un amplio salón de relucientes paredes, abundaba la madera de teca y la luz natural entraba a través de los grandes ventanales. Las mesas redondas cubiertas de fina mantelería bordada y las grandes estanterías acabaron repletas de libros y revistas. Las cortinas eran ostentosas y las finas alfombras de seda sobre el parqué procedían de Persia e India. Del techo del salón principal colgaba una enorme lámpara *chandeliere* de cristal que confería un aspecto de lujo contemporáneo al apartamento, con reminiscencias de una época de nobleza arcaica. Las habitaciones, conforme las llenaban de muebles y demás objetos de diversas procedencias que parecían proclamar a gritos su enorme coste, iban tomando un aspecto más propio de un almacén de antigüedades que de una residencia familiar.

Toda esta extravagancia y opulencia de mobiliario contrastaba con la incipiente crisis económica que se les avecinaba, debida a las grandes cantidades gastadas por Marie Antoinette durante aquellas primeras semanas. Más que nunca comenzaron a depender del hermano menor de Umrao, que administraba la fábrica de azúcar y demás propiedades en el Punyab.

Marie Antoinette, al ser advertida del precario presupuesto con el que tenían que afrontar los meses venideros durante esta etapa de sus vidas en Francia, tuvo que viajar ocasionalmente a la India para presionar a la burocrática administración británica y poder subsanar momentáneamente las restricciones de envío de dinero al extranjero. Pero no por ello dejó su vida social, pues aun con tintes de fingimientos y con una imagen de riqueza más bien aparente, seguía recibiendo invitaciones para el teatro y para la ópera, asistiendo a salones de té y organizando tertulias y fiestas con viejas y nuevas

amistades.

Mientras tanto, Umrao continuaba cada vez más imbuido en su introvertido carácter, dedicando su atención al estudio de las culturas orientales, sobre todo del sánscrito y de la literatura persa. Quedaba enmudecido por los diseños de los parques y atendía con asiduidad a lecturas en diferentes colegios y universidades, como la histórica Sorbona. Frecuentaba los museos, el Instituto Pasteur, galerías de arte y la Biblioteca Nacional, donde estudiaba parsimoniosamente y con profunda devoción los enormes volúmenes de obras en sánscrito. Umrao estaba obcecado por todo lo francés. La ciudad de París le había seducido de inmediato y se rendía irresistiblemente al gusto y refinamiento galos. A través de Ervin, se puso en contacto con un amigo suyo en París. Gracias a su recomendación, Amrita consiguió plaza en la Escuela de Bellas Artes aun sin tener la mayoría de edad exigida. Por otro lado, Indira seguía con sus estudios de música en un conservatorio cercano.

Un día Umrao, acompañó a su hija mayor a clase. En el centro se encontraba un modelo desnudo. Todos los estudiantes se afanaban por copiar de una manera realista la figura. Amrita, al contrario, hacía trazos alejándose de toda fisiatría. Umrao, gran admirador del arte clásico griego y del naturalismo, no se pudo contener y señalando el dibujo de uno de los alumnos, que se encontraba intimidado por la cercanía física de tan extravagante personaje, dijo:

—¡Me hubiese gustado que tú pudieses pintar así de bien! ¿Es que no has estudiado al retratista inglés Thomas Lawrence? Decía este pintor romántico: “Encontrad el rasgo característico del retratado y no os preocupéis de lo demás”. Pero tú, hija mía, por lo que veo no lo has encontrado todavía…

Sin embargo, ella consideraba que el rasgo más característico era el descubierto por el propio artista, fiel a su propia inspiración y no a los dictámenes imperantes de la moda o impuestos por otras personas. Aun cuando lo apreciaba mucho y entablaba eternas discusiones sobre literatura y filosofía con él, Amrita impidió que su padre la acompañara a más clases a fin de evitar cualquier tipo de influencia.

En esta escuela aprendió bajo la supervisión del famoso profesor Lucien Simon, considerado uno de los mejores en la rama del arte. Se centraba en hacer pensar a sus alumnos más que en enseñarles mediante una retórica pedante y aburrida. Su metodología radicaba en provocar en sus discípulos el deseo por aprender cada día más con la singularidad de fomentar el individualismo: “Cada estudiante, cada uno de vosotros es diferente, cada uno debe tener un acercamiento al arte a través de distintos caminos. Por lo tanto, cada uno debe sacar de sí mismo sus propias cualidades y que estas se vean representadas en sus pinturas o esculturas”.

12

Con la excusa de ir al teatro o a conciertos, Marie Antoinette intentaba encontrar pareja a sus hijas. Ella hacía de su vida social el centro de su existencia y, además, tenía planes para el futuro inmediato: la boda de Amrita. Según ella, estaba destinada a casarse con un hombre de una clase social de rancio abolengo, pero ella se rebeló tan pronto supo de las pretensiones de su madre y buscó refugio en los tugurios de París. Acompañada de sus amigos de clase, frecuentaba el Barrio Latino, un lugar lleno de vagabundos, estudiantes y artistas. Era el nervio de París, con cafés, librerías, restaurantes, tabernas, calles estrechas, vendedores ambulantes que empujaban sus carros gritando su mercancía, reparadores de cristales, afiladores de cuchillos con la rueca a sus espaldas, vendedores de pescado y el río enfrente, con sus barcos y botes de pesca tocando sus campanas y marineros dando órdenes a voz en grito o haciendo sonar sus silbatos y sirenas.

En aquel ambiente, Amrita pasaba muchas noches enfrascada en conversaciones animadas e interminables con sus amigos. Se quedó seducida por el ambiente nocturno de la ciudad. Compraba libros a precios económicos en librerías de lance y en las cajas de los *bouquinistes* instaladas sobre los parapetos del Sena. Era una gran admiradora de los poemas de Charles Baudelaire:

El demonio se agita a mi lado sin cesar;
flota a mi alrededor cual aire impalpable;
lo respiro, siento cómo quema mi pulmón
y lo llena de un deseo eterno y culpable.

A veces toma, conocedor de mi amor al arte,
la forma de la más seductora mujer,
y bajo especiales pretextos hipócritas
acostumbra mi gusto a nefandos placeres.

Así me conduce, lejos de la mirada de Dios,
jadeante y destrozado de fatiga, al centro
de las llanuras del hastío, profundas y desiertas,

y lanza a mis ojos, llenos de confusión,
sucias vestiduras, heridas abiertas,
¡y el aderezo sangriento de la destrucción!

A principios de los años treinta, la cinematografía alemana era la única capaz de competir con el cine norteamericano, pero quedó desmantelada con el advenimiento de los nazis al poder, en 1933. La mayoría de sus grandes cineastas eran de origen judío, que debido al antisemitismo reinante se vieron obligados a salir del país y emigrar al resto de Europa y, sobre todo, a los Estados Unidos de América. Solo se quedaron algunos adeptos al nuevo régimen, como Leni Riefenstahl.

Con la cinematografía alemana en crisis, el cine francés se convirtió en el más importante en Europa. Aunque había perdido su inicial posición a la cabeza del cine universal tras la desaparición de Pathé Gaumont, Francia seguía teniendo la industria cinematográfica más sobresaliente del Viejo Continente. Aparecieron directores que cultivaban un cine más convencional y otros más vanguardistas, como Jean Renoir, René Clair y Jean Vigo. Al público francés le gustaba mucho su propio cine, lo cual ayudó bastante al desarrollo y a la consolidación de la industria cinematográfica francesa como la única en Europa capaz de oponerse un poco al predominio norteamericano.

Ese momento de expresión creativa en el que también vivía Amrita tuvo un momento concreto: el 7 de abril de 1933, cuando asistió con sus amigos al estreno de *Cero en conducta*, de Jean Vigo. El retrato del sistema educativo represivo y burocrático resquebrajado por actos de rebelión surrealistas llamó poderosamente la atención de la joven, que por entonces era una pertinaz lectora de Dostoievski, Thomas Mann y Marcel Proust. De ellos quería aprender el modo en el que trataban los perfiles psicológicos de sus personajes, el estado de ánimo y el carácter.

Aplicándose el dicho popular "la rebeldía es el único refugio digno de la inteligencia frente a la imbecilidad", Amrita se rebeló contra el estilo de vida convencional de la clase alta burguesa —el que su madre quería que adoptase—, y se refugió en aquellos bajos arrabales admirando, como el poeta francés de *Las flores del mal*, a la gente desposeída, a las clases más bajas de la sociedad, a los explotados, a los borrachos, a los pobres y a los mendigos que pululaban por las calles llenas de suciedad y podredumbre.

Como Baudelaire, parecía buscar soledad en medio de tan ruidoso y tumultuoso ambiente:

A veces siento mi sangre correr en oleadas,
lo mismo que una fuente de rítmicos sollozos;
la oigo correr en largos murmullos,
pero en vano me palpo para encontrar la herida.

A través de la ciudad, como un campo cerrado,
va transformando las piedras en islotes,

saciando la sed de cada criatura,
y coloreando en rojo toda la natura.

A menudo he pedido a estos vinos
aplacar por un solo día el terror que me roe;
el vino torna el mirar más claro y el oído más fino.

He buscado en el amor un sueño de olvido;
pero el amor no es para mí sino un colchón de alfileres,
hecho para dar de beber a esas crueles mujeres.

Amrita se empapó de lo que la rodeaba, tal y como le había enseñado el tío Ervin, y empezó a reflejarlo en su pintura. *La modelo profesional*, en 1933, fue su primera gran obra. Escogió deliberadamente a una mujer con problemas pulmonares que representaba el sórdido mundo de los bajos fondos parisinos en contraposición al glamour de la clase adinerada. Era la pintura de una mujer con el torso abatido y los pechos flácidos, a la altura de las costillas; la piel apergaminada del cuerpo dejaba visibles las aristas y oquedades del esqueleto, y su rostro, con una mandíbula marcada por el óseo relieve del enflaquecimiento, mostraba una expresión desgarradora en sus ojos.

El espíritu rebelde y el afán de independencia llevaron a Amrita a alquilar un estudio, que compartía con una compañera de clase para abaratar costes. Enseguida, el apartamento se convirtió en un ir y venir de amigos y conocidos a los que les daban permiso para entrar a cualquier hora; el estudio quedó reservado para pintar y realizar esculturas con modelos desnudos. Además, Amrita casi siempre dejaba las llaves a la portera para que sus compañeros entrasen cuando quisieran.

El estudio en *Notre-Dame des Champs* era un piso enormemente amplio con las paredes originalmente pintadas de blanco inmaculado que pronto quedaron cubiertas tanto con cuadros colgados como pintados en la misma pared. Entre los estudiantes que frecuentaban el lugar estaba László Guttman, un joven muy alto aunque enclenque, de cabellos negros y lacios, y con unos hombros estrechos y puntiagudos que se curvaban hacia dentro y provocaban que se le hundiera el pecho y se le hinchara la espalda. A Amrita le llamó la atención su carácter introvertido y que fuera de origen húngaro, y al poco de conocerlo lo introdujo en su círculo de amigos.

László hizo de modelo para Amrita en varias ocasiones, como en la obra *Joven con manzanas* (1932), que se exhibió en el *XII Salon des Tuileries* de 1934 con un enorme éxito. Desde el principio, László se sintió atraído por Amrita pero esta no le prestaba la más mínima

atención, tan solo cuando posaba para ella como modelo o para conversar sobre Hungría o sobre el devenir del arte. Amrita era su única amiga en la escuela. Al resto de compañeros les angustiaba su continua y molesta tos, además del fuerte a olor a ajo y cebolla que emanaba su enjuto cuerpo.

Cada lunes, en una esquina del bulevar de Montparnasse, tenía lugar el mercado de modelos para pintores y escultores. En general, los modelos cobraban por horas, aunque había quienes trabajaban de manera asidua para ciertos artistas, los preferidos, y cobraban un salario mensual fijo.

Pintores prácticamente sin dinero, escultores, escritores, poetas y compositores vinieron del mundo entero para prosperar en tal atmósfera creativa, y también atraídos por los bajos alquileres, viviendo sin agua corriente, en estudios llenos de humedad, sin calefacción, raras veces sin ratas y donde muchos vendían sus trabajos por unos francos para poder seguir alimentándose.

Entre 1910 y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, los círculos artísticos parisinos migraron a este barrio de Montparnasse, convirtiéndolo en una especie de comuna bohemia en el corazón de la vida intelectual y artística de París, donde la creatividad era acogida con todas sus excentricidades y la llegada de cada nuevo miembro era bienvenida sin reservas por quienes ya pertenecían a ella.

En su estudio, Amrita podía embadurnar paredes a su gusto, experimentar con la mezcla de colores e incluso realizar prácticas de escultura. Hizo decenas de dibujos en carbón, sobre todo desnudos. Aunque eran simples ejercicios de aprendizaje, cada vez se veía más segura de sí misma y con más desahogo. Durante esta etapa empezó a utilizar óleos. Una de sus primeras pinturas con esta técnica fue *Chicas jóvenes*, con la que consiguió ganar la medalla de oro en el *Grand Salon-Section Nationale des Beaux-Arts* y entrar a formar parte de la institución como miembro asociado.

Había sido todo un logro, no solo por su condición de extranjera sino también por su juventud, y Amrita se convirtió en una pintora conocida. Las modelos de *Chicas jóvenes* habían sido su hermana Indira y Denise Protaux, una de sus mejores amigas durante esta etapa estudiantil. Indira y Denise posaron muy ufanas, entre bromas por tener que mostrar una de ellas los pechos.

Amrita quería representar el contraste entre la mujer oriental y la occidental, ambas en busca de su posición igualitaria como individuos de la sociedad. Hacía ya tiempo que sentía la necesidad de expresar el poder colonial del blanco y el dominio sobre el sujeto de raza oscura, una situación que había visto y vivido en la India y que quería denunciar.

Aunque admiraba y había intentado imitar reproducciones de

Gauguin, Van Gogh y Modigliani en esbozos al carbón, quien más le había influido era el llamado padre de la pintura moderna, el pintor posimpresionista Paul Cézanne, que había sido ignorado en vida y había trabajado en un completo aislamiento personal. Al igual que Émile Zola con el realismo literario, Cézanne manifestó un interés progresivo en la representación de la vida contemporánea, pintando el mundo tal como era captado por su mente sin preocuparse de idealizaciones temáticas o afectación en el estilo. De Matisse admiraba su utilización del color, y de Picasso desarrolló su estructura de la composición plana para crear su famoso estilo cubista.

13

En el París de la década de los treinta, la vida bohemia se manifestaba no solo en el arte, sino también en las relaciones sexuales. Era muy común mantener relaciones esporádicas como práctica heterodoxa. Amrita sentía el acicate de la mujer que lucha por su propia individualidad y buscaba liberarse de las convenciones sociales, lo que la llevó a experimentar su sexualidad de manera desinhibida. Muchos se quedaban prendados por su belleza, frescura y elocuencia, y pronto empezaron las especulaciones, en la Escuela de Bellas Artes y entre su círculo de amigos, acerca de una relación lésbica con su compañera de estudio.

Se llamaba Marie Louise. Era guapa, de mediana estatura, pelo castaño, con carácter inestable y trastorno bipolar. Tenía tendencias exhibicionistas. Cuando estaba en el estudio solía quitarse la ropa interior y vestir una camisa a medio abotonar que dejaba entrever sus pechos y una falda que le permitía mostrar sin pudor su sexo a quien quería complacer, intimidar o incluso asustar hasta el punto de salir corriendo, como le sucedió a László Guttman. Un día, el joven húngaro se presentó en el estudio para reunirse con Amrita y trabajar en unas prácticas de la escuela, pero ella se había marchado a Hungría para pasar las vacaciones de verano sin avisar. Marie Louise, con ganas de incomodarle y a la vez excitarle, no le reveló que Amrita no se encontraba en París y le hizo esperar dentro del estudio con el falso pretexto de que iba a llegar de un momento a otro. De este modo, mientras ella pintaba, se exhibía de tal manera que el tímido e introvertido László acabó avergonzado, intimidado y no tuvo más remedio que salir corriendo, olvidándose incluso de cerrar la puerta tras de sí. Mientras echaba a correr escaleras abajo, Marie Louise se reía a carcajadas. Su vida sería tan corta como la de Amrita, pues murió a los veintisiete años por un tumor cerebral.

Cuando Marie Antoinette se enteró de las supuestas relaciones lésbicas de su hija, se alarmó sobremanera. Estaba segura de que aquella inclinación sexual echaría a perder sus esfuerzos por buscarle un pretendiente de alta alcurnia y acabaría con la imagen que los Sher-Gil habían establecido entre la flor y nata de la intelectualidad parisina. A pesar de que Amrita negó su relación con Marie Louise al ser interrogada por su madre, Marie Antoinette habló con Umrao y decidió ultimar el matrimonio de su hija lo antes posible.

Eligieron como futuro marido a un joven aristócrata perteneciente a una familia millonaria que tenía muchas propiedades en la India, emparentado con un maharajá. A Marie Antoinette le brillaban los

ojos al oír hablar de la generosa dote. El joven en cuestión se llamaba Yusuf Ali Khan. Era muy extrovertido, un dandi con carácter chulesco, siempre inmaculadamente acicalado. Lo que desconocían es que era un joven perdidamente libidinoso. Se decía de él que tenía muchas pretendientas y que lo habían casado siendo apenas un niño; de su primera esposa tenía ya cuatro retoños.

Marie Antoinette, con las miras puestas en la clase social y la economía, pensó que era el yerno perfecto y así se lo hizo saber a Umrao, que consintió, pues le pareció un joven muy agraciado físicamente y una persona seria, aunque con un aire algo sombrío, eso sí. Tras el primer intento de querer mostrar su disconformidad, Umrao le espetó a Amrita:

—Las hijas deben, desde su infancia, seguir el camino que sus padres deciden por ellas, no deben oponerse ni cuestionarlo, sino acatarlo. Ya está bien de tanta rebeldía y escándalo continuo. Todo tiene un límite, Amrita.

La ceremonia de compromiso se celebró en el salón de casa. Amrita, aunque asumía la elección de sus padres, no estaba convencida. Veía a Yusuf como un *playboy* y así se lo confirmaron sus amigos: tenía fama de frecuentar incluso los burdeles más patibularios de París.

Aquellos días empezó a circular el rumor de que Yusuf había metido a las diez mujeres más codiciadas de un conocido prostíbulo en su habitación, lo que desató el malestar entre otros asiduos clientes, que irrumpieron en su *suite* y le retaron a un duelo con pistola para el día siguiente por la mañana. El joven, que sabía que no podía ganar, porque además de presumido era cobarde e inexperto con las armas, se levantó desnudo de un salto y tras asir un candelabro se lo estrelló en la cara al que le había desafiado. Los demás acompañantes que estaban en la puerta se abalanzaron sobre él pero este, haciendo cabriolas por la habitación y gracias a la ayuda de las mujeres, consiguió saltar por la ventana y se adentró en las calles de París como vino al mundo.

Amrita se sinceró con Indira, ya que sobre este tema era imposible poder discutir con su padre y mucho menos con su obcecadísima madre.

—Es musulmán y ya verás como tarde o temprano me deja en la India con un tropel de hijos. Me han dicho mis amigos que ya está casado, pero que su familia lo guarda en secreto.

—Amrita, tiene muchísimo dinero y es pariente de un maharajá. Si te casas con él, será un gran partido. Es como un cuento de hadas, ¿no te das cuenta? Vivirás en la India como una princesa —dijo Indira jaleando a su hermana y haciendo caso omiso de las malas lenguas, ya que ella misma se sintió atraída por el encanto femenil de Yusuf la

primera vez que lo vio.

La única persona de la familia que se opuso tenazmente al matrimonio de Amrita fue el tío Ervin, no porque considerase al novio un *goy*, un no judío, un incircunciso, sino porque vio el matrimonio concertado como una acción oportunista por parte del padre de Yusuf de cara a sus aspiraciones políticas en la colonia británica. Aun no siendo practicante de ninguna religión particular, Ervin era un entusiasta del movimiento religioso judío de los *hasidim*, entre otras cosas por ser un apasionado de la historia del judaísmo y de sus cuentos, parábolas, leyendas y literatura en general. El hasidismo, aparte de hacer hincapié en las doctrinas de entusiasmo religioso y de humildad y pureza de corazón, alentaba la devoción por el estudio y el intelectualismo, pasión que fascinaba a Ervin tanto como subir cincuenta escalones y luego otros cincuenta, hablar a la gente tumultuosamente aun no conociéndola, infundir ánimo jovialmente a sus jóvenes estudiantes o comerse un bizcocho con leche. A él lo que le importaba era el ímpetu generoso, el arrebato lírico, la espontaneidad, cantar, reír, ser apasionado… Le repelía el nacionalismo, la cerrazón, la injusticia, la política… Pero cuando supo de verdad los motivos por los que el arribista padre de Yusuf, siendo un musulmán acérrimo, tenía interés en casar a su vástago con un miembro de la familia Sher-Gil, sabiendo que tenían sangre judía, inmediatamente desaprobó la decisión adoptada por su hermana y Umrao.

Ervin expresó su descontento a su hermana Marie Antoinette y se negó a viajar a París para la celebración. Aquel matrimonio concertado de su sobrina con una familia musulmana que obraba por mero oportunismo significaba para él la ruptura total con los Sher-Gil. Y así lo dejó claro a la familia.

14

La ceremonia de compromiso se celebró en la casa de los Sher-Gil. Vehículos de lujo aparcados en la entrada reflejaban la opulencia ostentosa de los ricos convidados. Los coches flamantes en el aparcamiento y estacionados en las aceras cercanas exhibían las marcas de moda. Todos los residentes del edificio estaban convocados. Asistieron tantos invitados que tuvieron que dejar la puerta del apartamento abierta de par en par e incluso montar mesas de aperitivos desde el rellano del edificio hasta la tercera planta que ocupaban. Las escaleras estaban llenas de gente sentada en los escalones, de pie, apoyada en la pared o simplemente en la barandilla. Por todos los sitios había gente bebiendo, conversando y comiendo canapés de las bandejas que ofrecían los camareros profesionalmente ataviados.

Aunque algunas mujeres llevaban faldas cortas, otras muchas llevaban vestidos de corte extremadamente largo con mangas *evasé*. A imitación de las divas del cine que cifraban toda la majestad de la belleza, muchas jóvenes amigas de Amrita y de Indira llevaban prendas entalladas, prominentes escotes, el pelo cortado a lo *garçon* y fumaban con desenfado. Se respiraba el aire de libertad y desahogo típico de la época.

Mientras, Marie Antoinette, más oronda, charlatana y jovial que nunca, atendía a los invitados y daba instrucciones con fiereza a los criados.

El introvertido Umrao quedó preso de la conversación de Abdul Basir, el pedante padre de Yusuf, un viejo gordo, alcohólico e inculto funcional, hablador, satisfecho y deshonesto que no había trabajado en toda su vida. No solo pensaba que la mujer era un subgénero destinado a producir el mayor número de musulmanes posible, sino que sus costumbres eran conservadoras hasta el extremo de pensar que la esposa debía caminar en público cinco pasos por detrás del marido. Con sus ojos hundidos y desagradablemente penetrantes y maliciosos, marcaba una mirada enérgica e intensa, impositora de disciplina bajo unas cejas negras espesamente pobladas y erizadas. Su frente despejada se complementaba con la calvicie oculta bajo un gorrito de piel que indicaba a los presentes su condición de indio mahometano. Compartía con Umrao la opinión de que el matrimonio era un deber y una obligación, y no debía realizarse por cuestiones de amor, sino por conveniencia y decisión de los padres.

Abdul Basir había consentido casar a su hijo con Amrita, pese a su sangre judía, porque le convenía políticamente. Él era un miembro

importante de la Liga Musulmana Pan India, una formación política que aspiraba a conseguir un estado musulmán en el subcontinente indio. Por este motivo, hecho previamente conocido por el tío Ervin, había decido concertar esta unión en aras de las amistades de Umrao con personas muy influyentes en el norte de la India y especialmente por su cercana relación con la familia del maharajá de Kapurthala.

Raja Sir Daljit Singh de Kapurthala no solo era un persona muy influyente y enriquecida, sino también primo del maharajá Jagatjit Singh, cuya quinta esposa fue la cantante malagueña de cuplés Anita Delgado, conocida en la India como Prem Kaur. Raja Sir, como era llamado coloquialmente, era muy amigo de Umrao, pues ambos compartían el placer por el estudio del sánscrito. Además, entre 1916 y 1918, se aventuraron juntos por toda la cuenca del río Ganges para realizar una investigación sobre las aguas que se consideran sagradas y realizar una tesis sobre sus propiedades. Fueron comisionados por laboratorios alemanes y húngaros, pero fue incierto lo que pudieron concluir, ya que sus cualidades son de un carácter más divino que material.

—¿Para qué otra cosa nace la mujer? Te pongo un ejemplo, querido hermano Umrao —le dijo Abdul Basir mientras le oprimía el hombro con sus dedos peludos y crispados al tiempo que soltaba un largo y sonoro eructo como cumplido a la exquisitez de los pequeños canapés que engullía febrilmente—. Si una mujer ya mayor de edad no está aún casada, un hombre musulmán tiene el deber, aunque ya esté casado, de hacer uso de la poligamia. No se debe permitir que se pudra sin haber recibido los gozos de Dios. Engendrar hijos varones, cuidar de la casa, servir al marido… ¿para qué otra cosa nace una mujer?

Al mismo tiempo que realizaba su pregunta en voz alta ante la perplejidad de Umrao, un invitado tropezó con la alfombra de seda persa y un canapé salió despedido de su plato para aterrizar en la pierna del viejo musulmán, que tras darse cuenta de la procedencia religiosa del indio por el modo mecánico de su disculpa, prorrumpió orgulloso con su voz profunda:

—Estos hindúes descuidados… ¡No tienen ni idea de cómo comportarse en sociedad!

Umrao, que era alguien que encontraba tan amena la lectura de un ensayo de heráldica como la de un tratado sobre orfebrería, intentaba en vano, y con algo de contenida irritación, mantener una conversación coherente con tan obcecado futuro consuegro. Pero cuando le refutaba sus ideas políticas, el millonario sarraceno se exasperaba y Umrao acababa desistiendo, levantaba los ojos hacia el techo con resignación y, ya cansado, le dejaba proseguir con sus estériles argumentos. Aquel individuo era de tal estolidez que acabó

calificándolo de gobernante sátrapa y déspota si un día consiguiese obtener sus anhelos políticos.

—El viejo problema que corroe el corazón de todas las civilizaciones, querido hermano Umrao, es la falta de sencillez, el afán de poder… —decía con pedantería Abdul Basir, mientras le volvía a poner una mano sobre los hombros y agregaba con tono solemne—: ¡Pero la India será una nación! ¡Sin extranjeros de ningún tipo! ¡Musulmanes y sijs se unirán! —Y, extendiendo su brazo sobre los hombros del cansado Umrao, gritó ante la consternación de los presentes—: ¡Hurra por la India! ¡Hurra! ¡Hurra!

Más de un invitado respondió a sus gritos con algún que otro *¡hurra!*, pero con tono algo más patético y debilitado. Tras sus palabras enardecedoras, hizo callar a todos con el repiqueteo de un cuchillo sobre su vaso. Sus facciones cobraron de pronto visos de seriedad y frunció el ceño. Ante la estupefacción de Umrao, con el pavoroso rostro de un sacerdote que ve su templo profanado, observó cómo el nuevo Felixmarte de Hircania se subía a una silla tapizada de un grueso y bello tejido de cachemira con la intención de arengar a los invitados: el futuro consuegro, en su creciente embrollo mental, iba a hablar. En su enternecedor discurso sobre la unión de ambas familias, el alcohol le ayudó considerablemente y pronunció una perorata en alabanza a los estudios de Umrao sobre los valores de la India, el expolio del Imperio británico y demás asuntos que le salían por la boca.

Mientras tanto su hijo Yusuf, como un simio excitado, iba encaminado a poseer a Amrita. En ese momento solo quería a la chica, de la que se encaprichó como un niño con un juguete. Ella estaba radiante, simpática y divertida, con el pelo negro en bucles, con sus grandes ojos, labios carnosos y un vestido ajustado que daba una imagen de ser una joven de maneras desenfadadas. Indira se percató de que Yusuf, desde su entrada en el apartamento, no prestó más atención que a su hermana y los espió ávidamente.

Ella se dejó seducir. Una vez que coincidieron en el pasillo, mientras servía bebidas a los invitados, Yusuf le dijo algo al oído. Amrita se estremeció, dejó la bandeja y cogiendo su mano lo llevó a su habitación. Ante la mirada de Indira, desde el otro lado del salón, Yusuf y Amrita se encerraron dentro. No era amor, sino un instinto animal incontrolable lo que arrastraba a Amrita. El ruido de jadeos, golpeteo de muebles e intercambio de empujones al otro lado de la puerta de la habitación hizo que Indira subiera el volumen del gramófono para desviar la atención de los invitados, que acabaron bailando todos juntos en el salón.

Agitando los pies con un frenesí tan constante como el de los poseídos de la Edad Media, el tango se había apoderado de la atención

de todos, dando fin al discurso de Abdul Basir, que los estaba hundiendo en el sopor. Este seguía trasegando vino francés mientras espolvoreaba sobre su mujer, su suegra y los pocos que ya le escuchaban un sermón incongruente. Al celebrar cada chiste se reía él solo a carcajadas tras la hinchazón de su robusta cerviz y con unos ademanes de general que arenga en el vivac a sus compañeros devotos del islam.

—Y que sepáis que los brahmanes argumentan ahora que fueron los ingleses quienes les arrebataron la India. ¿Os lo podéis creer, amigos míos? Fijaos en la majadería de los hindúes, ¡que les arrebataron la India a ellos! ¿No existió el estado islámico? Y de las glorias del emperador Akbar, ¿nada? Esta gente extremista ha sobornado finalmente a los hombres blancos para que así aparezcan en los libros de toda la India… Yo os digo una cosa: que los brahmanes están detrás de esta conspiración para que lo aprendan así las nuevas generaciones en las escuelas…

Apenas le prestaban atención. Solo algunos lo hacían, los que se quedaban petrificados y con los ojos abiertos con desmesura antes sus irreverentes ocurrencias. Su acartonada mujer, siguiendo el manual de buenas maneras para una esposa musulmana, seguía dócil e inmóvil en un rincón con su enjuta y sorda madre, una anciana encorvada y con más arrugas que una nuez. Umrao había desaparecido de su vista y Marie Antoinette y el resto de los invitados se habían puesto a bailar con el ritmo vibrante de la contagiosa música.

El tango se había convertido en el himno heroico de los invitados ajenos a toda sinrazón nacionalista. Concentraban sus aspiraciones en el armónico contoneo de las caderas, midiendo la inteligencia por la agilidad de los pies. La fiesta duró hasta altas horas de la noche, acompasada por el jubiloso ambiente de la música latina, a la que más tarde sucedieron las melodías y los ritmos afroamericanos del *jazz*.

15

Después del primer encuentro, mantuvieron la misma relación física durante los siguientes días. En sus desenfrenadas citas, dejaban correr el placer de las fantasías sexuales. Para Yusuf, su atracción hacia Amrita había adquirido la majestuosa entidad del hecho consumado. Amrita se convirtió en un elixir capaz de nublarle completamente los sentidos. Se creía avezado en asuntos de mujeres, pero nunca se había sentido apocado por la presencia de una de ellas: había sufrido por primera vez la dentellada de un amor verdadero. Quería estar siempre al lado de Amrita, ansiaba desesperadamente aquel momento del día en el que podía tumbarse desnudo junto a ella, acariciarla, sentir el ímpetu de sus jadeos y el latir galopante de su enérgico corazón. Se sentía ofuscado, deslumbrado por su presencia.

Cayendo en una rutina propia de un personaje de *Madame Bovary*, con la eterna monotonía de la pasión, siempre con las mismas formas y el mismo lenguaje, Yusuf acabó refugiándose de siete a diez de la noche en el sexto piso de la *rue Notre-Dame des Champs*, donde Amrita tenía su estudio. Para ella, Yusuf era una persona con carácter voluble y antojadizo, pero lo cierto es que no podía resistirse al placer sexual que este le brindaba. Era ella quien dominaba, quien determinaba las posturas, el dónde y el cómo realizarlo.

Yusuf, tras el paso de los días, se convirtió en un bebé que necesita el pecho de su madre. No quería separarse de ella y estaba sorprendido; pensaba que iba a ser una de las muchas chicas que había conocido, pero quedó prendado de su fuerte personalidad y su carácter independiente, no tan común entre las jóvenes de entonces.

Desde el principio, ella había tomado la decisión de no casarse con él, ya que le parecía un hombre intelectualmente poco interesante, una persona tremendamente untuosa y dependiente. Más de una vez había llegado borracho a su estudio.

Al poco tiempo, Amrita se cansó de él y dio orden a la portera de que no le permitiese entrar. Yusuf, con ojos humedecidos por la humillación, se quedó de pie en la calle, despreciado como un perro al que su amo ha echado de casa.

Mientras las cortinas revoloteaban en la ventana del apartamento, él, desde abajo, miraba patéticamente hacia arriba con la vana esperanza de que su amante se asomase y le permitiese entrar. Se sintió tan desdichado como un pedigüeño con las manos enhiestas a la puerta de una iglesia de París.

En tal estado de perturbación, y mediante una carta entregada en

mano por la gruesa portera, amenazó a Amrita con suicidarse tirándose desde el puente Mirabeau al Sena si continuaba con la decisión de no querer volver a verlo.

Ajenas a la relación entre los dos jóvenes, las familias continuaban proyectando la boda, y unos días después volvieron a reunirse en casa de los Sher-Gil para concretar la fecha y el lugar del enlace.

Marie Antoinette ya se veía con un hermoso vestido de colores claros, con cadenas y sortijas de escandaloso brillo en la basílica de Saint-Denis, al norte de París —comparada con la londinense abadía de Westminster—, o quizá humildemente sentada en un tapizado taburete frente a un magnífico órgano Cavaillé-Col mientras observaba a su hija caminar por el pasillo hacia el altar de la catedral de Notre Dame. En el interior del templo sonaría la quinta sonata *Choral et Fuge,* de Alexandre Guilmant, y las voces de los cantores harían su aparición con una melodía dulzona y voluptuosa, acompañada de las bocanadas de perfume de las flores y el olor de la cera.

En pocos segundos, sus encandiladas visiones se vieron sacudidas por una inesperada noticia, porque fue entonces cuando Amrita vio la oportunidad de comunicar a los presentes que el matrimonio no se celebraría. Al terminar de anunciarlo, el silencio, acompañado de un aire contrito, reinó y estremeció a toda la casa. Solo Indira conocía con anterioridad la determinación de su hermana.

El rostro de Abdul Basir mostró una ligera contracción, como si sintiera los efectos de una úlcera, mientras que en el de su hijo se apreciaban los síntomas de una afección producida por un mal de estómago.

El viejo musulmán, después de frotarse los ojos siempre sanguinolentos e inflamados por el abuso de la bebida, suspiró con imprecación de calma para después pasarse su pañuelo de seda por la frente, como para desvanecer una pesadilla.

—Me podréis llamar loca —añadió Amrita a todos los presentes—, pero no pienso retractarme, ni mucho menos amedrentarme.

Marie Antoinette miró a su hija con ofendida piedad, como si estuviera observando a un ser trastornado. El patriarca musulmán, con un respingo, miró a su cenceña esposa mientras señalaba en dirección a Amrita:

—Y esta niña… ¿quién es para decidir por sí sola?

Los dos miraron a Umrao a la espera de su última palabra. Este, en un primer momento, se quedó cabizbajo, pensativo, hasta que alzó la cabeza coronada por su distintivo turbante.

—¿Nunca ha oído el proverbio urdu “Amor que se va, amor que llega, amor que se queda, muerte que llega”? —preguntó impertérrito Umrao, con un aplomo extraordinario después de meditar por unos segundos sin saber qué decir.

Abdul Basir se quedó quieto, mirando de nuevo a su esposa, luego a su hijo, después a todos los presentes uno a uno, sin saber cómo reaccionar. Intentaba dar un aspecto aguerrido ante la mirada de todos. Mientras se mantenía el silencio en el salón, presentía que se volatilizaban sus aspiraciones políticas.

De repente, se oyó a Yusuf resollar. Tras aquella luctuosa noticia le había entrado un miedo atávico que se transformó en pánico. La embarazosa situación alcanzó su paroxismo: con un salto extraordinario, Yusuf se tiró al suelo agarrando la alfombra fina y delicada de seda y comenzó a sollozar en posición de feto ante la perplejidad de los presentes. Marie Antoinette se quedó fría, sin saber qué hacer o decir.

Abdul Basir, con expresión de digna ruindad, notó que su presencia se hacía cada vez más vergonzosa, ¡y en casa de la chica! Era inconcebible que se hubiesen rebajado tanto, sintió estar muchos peldaños por debajo de la consideración social. Levantándose de súbito con el vaivén de sus piernas cortas, empezó a golpear a su hijo primero con las manos, luego con los puños y, por último, con el bailoteo de su grueso abdomen semejante al de un buda, comenzó a patearle mientras gritaba:

—¡Imbécil! ¡Desgraciado! Llevas a tu familia a la ruina, mira cómo nos has avergonzado a mí y a tu madre. Desvergonzado, levántate, te mandaré a la India y de allí no te moverás, ¡desgraciado de hijo! Te casarás con quien yo decida. Levántate te digo, levántate. ¡Sinvergüenza!

Indira se cogía del brazo de Amrita, por un sentimiento sobrecogido ante los sollozos tan fragorosos del amante herido, pero luego le entró una traqueteante risa ante el patetismo de la escena que representaban en medio del salón.

Mientras su padre lo intentaba levantar, Yusuf, agarrado fuertemente a la alfombra, hacía caer los floreros de las mesitas. Marie Antoinette, espantada, se tapaba la boca con las dos manos prorrumpiendo lacónicos "¡oh!, ¡oh" para después tocarse la frente, mirar al suelo y, acto seguido, negar con la cabeza y alzar la mirada al techo, como si presintiese que la lámpara *chandelier* fuese a caer de un momento a otro sobre ellos. Visiblemente horrorizada, con los brazos extendidos, prorrumpió:

–¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!

Umrao, tras respirar hondo como si hubiera efectuado una parada en el camino de un frondoso parque de París y volviera a seguir caminando, lanzó un suspiro. Como buen indio que evita la confrontación, se levantó para encerrarse en su estudio. Con esta actitud subrepticia, el patriarca daba a entender a todos los presentes que el compromiso se había deshecho sin posibilidad alguna de

retractarse. Esto agravó más el estado de ánimo de Abdul Basir, que después de ordenar a su esposa que esperase fuera del edificio, empezó a tirar más vehementemente de su hijo, hasta que este finalmente soltó la alfombra y se cubrió la cara mientras continuaba sollozando con estruendo brutal. Cuando Yusuf ya estaba siendo arrastrado violentamente por el suelo resbaladizo de parqué, empezó a gritar con voz desgarradora y gesto patético:

—¡Amrita! ¡Amrita! ¡No me dejes! ¡Me mataré! ¡Saltaré de un puente!

A lo que el irascible aristócrata musulmán replicó con voz de carraca mientras lo dirigía con fuertes empujones hacia la puerta del apartamento:

—Cállate, desgraciado, no nos avergüences más. Te voy a meter en el manicomio de Agra. ¡Desgraciado! El Taj Mahal vas a ver tú desde allí. Si quieres suicidarte, hazlo desde el Qutub Minar y así nos limpias la conciencia por haberte engendrado. ¡Desgraciado! Sal de aquí. Te arrastraré así hasta la calle. ¡Imbécil! ¡Levántate!

Salieron de la casa y una sirvienta asustada cerró de súbito la puerta, tal y como le indicó Marie Antoinette, que intentaba disimular su rabia por la situación causada por su hija. Aun así, se podían seguir escuchando los coléricos gritos de Yusuf procedentes del rellano de las escaleras y las amenazas de encierro por parte de su padre.

16

Atrás quedó para siempre Yusuf y su incumplida amenaza de suicidio, como irrealizado fue para Amrita el sentimiento positivo que se desprende del poema de Apollinaire:

El puente Mirabeau mira pasar el Sena,
mira pasar nuestros amores.
Y recuerda al alma serena,
que la alegría siempre viene tras de la pena.

Amrita contrajo una enfermedad venérea en los escarceos con Yusuf. Años más tarde, a pesar de su tratamiento crónico, la sífilis fue uno de los motivos aducidos como causa de su prematuro fallecimiento.

Marie Antoinette la responsabilizó de echar a perder a tan buen partido y su hija la criticó por haberla presionado para casarse, como si Yusuf fuera uno de sus muchos amantes. Fue un golpe bajo por su parte. Este caluroso enfrentamiento verbal acabó cuando Marie Antoinette la abofeteó tan fuerte que la tumbó en el suelo.

Amrita, que acababa de descubrir que estaba embarazada, se marchó a Budapest al día siguiente, donde se reunió con su primo Víctor Egan, estudiante de medicina. Tras abortar, Amrita se sintió deshonrada y desolada. Durante la convalecencia reflexionó acerca de sus últimos meses en París y lo que había sucedido, y decidió que debía esforzarse por cambiar el rumbo de su vida, pero no sabía cómo ni de qué manera hacerlo. Había desarrollado su personalidad y se había dejado llevar por sus pasiones explorando los límites. La experiencia sexual con Yusuf la marcó profundamente y le reforzó la necesidad de tener escarceos amorosos tanto con hombres como con mujeres.

Por otro lado, aquel capítulo de su vida la había acercado a su primo Víctor, con quien tenía una relación cercana y de confianza desde que eran pequeños. Desde entonces, Indira y Amrita pasaron con más asiduidad las vacaciones de verano en Budapest, en el pueblo de Zebegény, a orillas del Danubio. Allí fue donde Amrita inició sus relaciones con Víctor.

Umrao y Marie Antoinette no deseaban ir a Hungría durante el verano, pues pensaban que ya habían padecido bastante aquel ambiente de violencia y antisemitismo que brotó tras la Primera Guerra Mundial. Además, la relación con Ervin se había enfriado supinamente debido al infructuoso plan de emparentar con aquel *goy*

musulmán. En París se encontraban muy cómodos y podían evitar el calor. Tenían muchos sitios a su disposición donde pasar el período estival, juntos o por separado, como Niza o Marsella.

Además Marie Antoinette, siempre diligente y solícita a raíz de las numerosas fiestas que organizaba en casa con artistas y miembros de la alta sociedad parisiense, había iniciado un *affaire* con el escritor judío italiano de novelas *pulp* Dino Segre, que firmaba con el seudónimo Pitigrilli.

En Zebegény, Ervin organizaba campamentos de verano para estudiantes en los que participaban las dos hermanas y Víctor. Cualquiera, por pesimista o melancólico que fuera, se quedaba absorto al conocer al entusiasta 'tío Ervin', como todo el mundo lo llamaba aun sin tener relación de parentesco. Inculcaba sanas lecciones a sus estudiantes: "Ante un árbol vigoroso y lozano, o ante un animal del bosque que se mueve libremente, o ante un perrito joven que retoza lleno de confianza, debemos sentir que la madre Naturaleza nos está dando una profunda lección de vida".

En sus campamentos había un rico ambiente cultural poblado por artistas y jóvenes estudiantes de toda Hungría. Había formado 'El club de la tribu de los indios pieles rojas', donde los jóvenes se disfrazaban de indios norteamericanos. La finalidad era que el estudiante se sensibilizara y entablase una relación armoniosa con la naturaleza, a la vez que aprendía a apreciar el medio ambiente. Incluso comían al aire libre en barbacoas, construían canoas y tiendas cónicas, tipis de cuero para dormir en el campo, tal y como los indios estaban estereotípicamente retratados en la cultura popular.

Allí, entre magníficos árboles, podían apreciar por qué las plantas perennes son tan diferentes a los seres humanos: porque son incapaces de matar a otros árboles, todos son hermanos y nadie discrimina a nadie en su reino terrestre.

El hermano de Ervin, que vivía en Norteamérica, mandaba al campamento artículos, libros y trajes originales de los pieles rojas. Por las noches, alrededor de la hoguera, leían en voz alta novelas sobre el lejano Oeste y se prendaban de su romanticismo y de los personajes. Más de un joven fantaseó con la idea de comprarse un fusil y trasladarse a los Estados Unidos de América con la intención de hacer fortuna a base de búfalos, terneras y caballos salvajes. Organizaban juegos y obras de teatro al aire libre, utilizando como escenario alguna de las pequeñas islas del Danubio. Disfrutaban muchísimo con la continua representación del legendario tiroteo de O.K. Corral y las hazañas de Buffalo Bill Cody y Toro Sentado.

Durante aquellas vacaciones, Amrita estudió el trabajo de los artistas locales y nacionales que iban a Zebegény en busca de soledad e inspiración. El paisaje no podía ser más llamativo para una artista

con la sensibilidad de Amrita. Disfrutó de aquellos meses de estío gracias a sus encuentros con los gitanos y las largas y entretenidas conversaciones que mantenía con ellos sobre su cultura y tradiciones, al tiempo que zumbaban las guitarras con melancólicos quejidos acompañados de un continuo palmoteo. Brindaban con fogosa oratoria por la supervivencia de sus costumbres nómadas y, alrededor de un enorme fuego, se mecían y ensanchaban las curvas femeniles con el vaivén de sus bailes al runrún de acordeones, violines y demás instrumentos musicales que se caracterizaban por reflejar el sufrimiento y el dolor en sus canciones, mientras que en los rincones, detrás de los árboles y arbustos, sonaban besos y gemidos, y se rompían botellas tras beber con esa voracidad salvaje de las fiestas nocturnas en las que se participa con un propósito firme de excederse en todo, buscando embriagarse cuanto antes para atrapar la alegría del aturdimiento.

De la experiencia de Amrita con esta etnia surgiría su pintura *Chica gitana de Zebegény*, fechada en agosto de 1932, en la que representó a una muchacha gitana portando una cesta con frutas.

Algunos días, cogía el tren y se iba a Budapest a asistir a charlas sobre filosofía, escritura y pintura, tal y como le aconsejaba su tío Ervin.

Amrita siempre prefirió el idioma húngaro al inglés o el francés y así se lo hizo saber a su padre. Desde el campamento no cesaba de escribir a Umrao sobre sus descubrimientos culturales y le sugería perfeccionar el húngaro para disfrutar de su literatura.

Aunque las vacaciones estivales en Hungría se acabaron, Amrita, a finales de 1932 y comienzos de 1933, seguía viajando con mucha frecuencia de París a Budapest para seguir con el tratamiento de la sífilis, ya que en Francia la cura de la enfermedad venérea era mucho más cara y se veía como un padecimiento producido por comportamientos ilegales. A menudo se reunía con una amiga húngara de París, Klara Lang. Klara estudiaba medicina, era rubia, alta y muy atractiva. Sus citas en Budapest eran una excusa para comenzar una relación amorosa fuera de su círculo de amistades de París, ya que Marie Louise las sorprendió un día juntas en el sofá del estudio, lo que le supuso un gran daño sentimental. Amrita ya se había cansado por entonces de los pretenciosos exhibicionismos de Marie Louise, además de estar enfadada por la certera sospecha de que ella había propagado públicamente la relación amorosa que habían mantenido, con todo lujo de morbosos detalles.

Klara conocía a los coleccionistas privados de arte más famosos de Hungría. Gracias a ella, Amrita tuvo la fortuna de admirar pinturas que había visto solo en reproducciones. Pudo observar íntimamente obras del Greco, Gauguin y Degas, y también de Courbert, Tiziano,

Goya, Tintoretto y otros. Vio lo que estaba al alcance de muy poca gente en aquellos días. Se sintió una privilegiada al estar ante obras que pocos habían tenido ocasión de ver. Cada vez que ella viajaba a Hungría, Klara, perdidamente enamorada de su amiga, la seguía desde París. Sin embargo, Amrita no correspondía a este amor, pero disfrutaba de su compañía y de su atractivo sexual.

Durante toda su vida, Amrita alternó relaciones con mujeres y con hombres. Su primo Víctor Egan conocía a Klara y era consciente del vínculo que mantenía con su prima al mismo tiempo que estaba con él. Sabía que Amrita tenía relaciones lésbicas, pero él aceptaba sus aventuras amorosas. Su tolerancia era respetuosa y consciente de que una rabieta o cuestionamiento en este aspecto habría puesto fin a su cordial amistad; sabía que su permisividad la unía a ella.

Los viajes a Budapest eran costosos y su economía solo le permitía realizarlos en vagones de tercera clase. Solía escribir a su padre para contarle sus avances, pero también para pedirle dinero. “Por favor, mándame dinero para comprarme un abrigo porque casi toda mi ropa es de verano. Blanka, la madre de Víctor, tiene un restaurante siempre lleno de clientes y a mí me deja comer gratis, lo que es un alivio, porque se me va el dinero en el alquiler y en el tratamiento. Ella es muy bondadosa y muestra mucho afecto hacia mí, y además me ha enseñado recetas de cocina. El doctor me ha dado medicinas más fuertes para combatir la enfermedad, pero tengo que protegerme del frío. En casa se me hielan los pies. Necesito comprarme ropa nueva urgentemente, no puedo permitirme una enfermedad en mi estado y bajo el tratamiento médico que persevera. Mándame los siguientes libros: *Hombre y Superhombre*, de Shaw; *Tragedia de un hombre*, de Madach; *Fausto*, de Goethe; y cualquiera de Mark Twain, Ibsen y Szabó Dezső.

Me encuentro mejor, aunque algo débil. Estos días estoy siguiendo el protocolo impuesto por el doctor y debo guardar cama debido a las fuertes inyecciones. Mi única satisfacción y refugio actual son las lecturas. Tomo antibióticos. Según el especialista, este tratamiento intensivo podrá eliminar la bacteria que ha causado la sífilis y evitará daños en el futuro, pero no remediará los daños ya ocasionados... Tu amor, Amrita”.

La situación financiera de la familia estaba algo más holgada gracias a la actuación del hermano menor de Umrao, que a diferencia de este, se oponía a todo levantamiento nacionalista contra los intereses del Imperio británico. La rebeldía de Umrao era difícil de olvidar. El nacionalismo estaba creciendo en Alemania bajo el liderazgo de Hitler, y los miembros de la organización india en el exilio, que lo invitaron y tentaron a participar desde Berlín, eran progermánicos

que pretendían divulgar en la India la ideología nacionalista alemana, aparte de abogar por la violencia en el proceso independentista de la India.

Gracias a la intervención de su hermano y por su aquiescencia con la administración británica, con el subterfugio de motivos humanitarios, consiguió que los británicos levantasen algunas restricciones de transferencias monetarias a Umrao.

17

A comienzos de 1934, Amrita exhibió su trabajo en el *Salon des Tuileries*, donde un artista solo podía mostrar su obra por invitación exclusiva. El día de la *petite vernissage* —la recepción del día anterior a la apertura de una exposición de pintura—, Amrita se vistió por primera vez en público con un sari de la India. Arjuna, en marcha sobre su carroza hacia la guerra, en el *Majabharata,* no hubiera despertado más expectación. Su vestimenta atrajo considerablemente la atención de los visitantes. Perturbada por la reacción del público ante un atuendo tan llamativo, Amrita tuvo que refugiarse en un café cercano con sus compañeros. Su belleza acaparó tanto la atención que hasta un diplomático de la Embajada de Holanda en París escribió a Marie Antoinette proponiendo matrimonio a su hija.

Amrita tenía un aura especial que impactaba en la gente. Cuando entraba en una habitación, todo el mundo se quedaba mirándola. No era solo efecto de la singularidad de su belleza, sino también porque su intensa presencia dejaba huella en los presentes aun cuando se despedía.

Durante sus prácticas en la Escuela de Bellas Artes se autorretrató muchas veces vestida de diferentes formas. Lo hizo de mujer tahitiana en 1932 para *Autorretrato*, con el pelo suelto como las musas de Gauguin, y con la mirada puesta en el espectador, como queriendo atraerle. Mantener su atención de forma hipnótica con una sonrisa algo siniestra a la vez que cautivadora consiguió un dramatismo conmovedor.

A finales de ese mismo año, Amrita sintió que su etapa en París tocaba a su fin. Quería volver a la India y, al terminar sus estudios, encontró apoyo en su profesor de la Escuela de Bellas Artes, Lucien Simon, que la animó a emprender el viaje. Ella, conocedora de la cultura india, quería materializar obras que plasmaran temas del país. Anhelaba la renovada visión de aquellas tierras con ojos distintos de los de la niña de Shimla. Consideraba que París pertenecía ya al periodo inmaduro y académico de su vida, y lo había superado. Había crecido intelectualmente durante esos años y se sentía más madura. Había estudiado en profundidad el arte moderno occidental y esto le impulsaba una enorme curiosidad por observar en persona el arte de la India en toda su variedad. En su etapa en la Escuela de Bellas Artes no solo había aprendido teorías, prácticas, técnicas y formas en la especialidad de la pintura, sino también en la de escultura, e incluso había realizado grabados en cobre.

Ahora reflexionaba sobre cómo concebiría las tonalidades de la

India; cómo encontraría el color del cielo, de la naturaleza salvaje, de la piel de sus gentes; cómo apreciaría las pinturas y esculturas en museos y en talleres de artistas locales; y con qué ojos críticos los juzgaría. ¿Le causaría una gran impresión? ¿La cambiaría como artista? Con estas preguntas y multitud de pensamientos se sentía cautivada y expectante por el regreso. Un sentimiento novedoso, a medio camino entre la laxitud y la excitación, que la empujaba a tomar esta decisión.

En París, muchos de los esbozos y retratos que había pintado reflejaban su estado emocional. Durante años careció del cariño de unos padres comprensivos y afectuosos, llegó incluso a dudar de que ellos tuvieran algún sentimiento de verdadero amor hacia ella. Sentía que el mínimo esfuerzo que habían realizado se debía a la resignada ausencia de hijos varones.

El carácter de Amrita se vio afectado desde la adolescencia por la inestable relación de sus padres, por sus continuas peleas, por sus extravagancias y comportamientos tan fuera de lo común, por los numerosos *affaires* de su madre, muchas veces ni disimulados ni escondidos, y, en general, por esa incompatibilidad profunda entre sus progenitores de la que se dieron cuenta ya desde muy jóvenes las hijas. Umrao era totalmente ajeno a la extraversión y el autoritarismo de Marie Antoinette.

Recordaba con pesar aquella boda a la que la llevó su hermana Indira en Shimla, donde vio con sus ojos la irracionalidad de una madre capaz de vender a su propia hija de trece años a un hombre rico de cincuenta con el primordial destino de engendrar prematuramente un varón, y con total indiferencia hacia las desazones psíquicas y físicas de su hija menor. Hacía memoria y no recordaba ningún momento en toda su infancia en que sus progenitores la hubiesen acariciado con amor o ternura. Sus padres habían tomado como prioridad absoluta la enseñanza, desde pequeña, de no defraudar a profesores, amigos e intelectuales; de no decepcionar a quienes habían hecho público el talento precoz que tenía para la pintura y que le habían augurado un futuro próspero como artista.

Desde los episodios con Marie Louise y Yusuf, Marie Antoinette le imponía volver pronto a casa, impidiéndole pasar las noches en su estudio con la excusa de terminar prácticas con modelos. Sus movimientos y su libertad se vieron cercenados con un trato excesivamente dominador.

No solo con sus padres, sino también la relación con su hermana se había enfriado y ya no compartían confidencias. Indira se había hecho mujer y se había creado un círculo de amigas del conservatorio. Apenas pasaban tiempo juntas en casa, excepto las tardes en que coincidían en la cena. Mientras que Amrita había crecido

desarrollando un carácter chispeante, vital y extrovertido, Indira, por el contrario, conforme se había desarrollado como mujer, se había vuelto introvertida, intimidada por la figura de Marie Antoinette, y muy circunspecta con los deberes sociales que se esperaban de ella.

Umrao se entristecía cuando pensaba en su hija, ya que su ruptura con Yusuf había causado una brecha en la relación con los miembros de su círculo de amigos de París. Tenía miedo al escándalo público y a la ruina de su buen nombre en sociedad. Pensaba que su munificencia paternal le había pasado factura. Tras la ruptura del compromiso matrimonial, aumentaron los rumores sobre las inclinaciones sexuales de su hija y se empezó a especular sobre el posible aborto de Amrita tras quedarse embarazada. Imbuida por los chismes más impúdicos, la gente murmuraba que Umrao, según la costumbre india, la había forzado a abortar para no manchar el nombre de la familia y que él mismo había preparado un jarabe con misteriosas y secretas hierbas para causar la muerte del feto.

La familia de Yusuf también echó leña al fuego con la más infernal hipocresía, culpando de la ruptura del casamiento al carácter odioso, lúgubre y extraño de Amrita. Incluso Abdul Basir fue más allá con el argumento de que los Sher-Gil solo iban detrás de su dinero, ya que Umrao y Marie Antoinette, alegaba, les habían ocultado la mente inestable y tortuosa de su hija para pedir, con premeditación del padre, compensaciones económicas por un divorcio según las leyes francesas. Ante tanta habladuría, Marie Antoinette decidió apartar a su hija de su lado; la quería lejos del círculo de amistades que se había granjeado y que ahora veía cómo se reducía.

Pero Amrita no se dejaba vencer por las dificultades y no se arredró por las vilezas vertidas en público. Nunca se sintió intimidada por las insidias que quisieron sembrar hacia ella a lo largo de su vida. Cada vez se manifestaba en ella un deseo más intenso de autonomía, ansiaba pasar página, retroceder para tomar impulso y dar un salto de enorme magnitud. Como Gauguin, que se había marchado a Tahití con el propósito de buscar inspiración artística en los pueblos primitivos enraizados al margen de la civilización occidental. Eso haría ella: se marcharía a la India para empaparse de su cultura. Además, Asia estaba de moda y ocupaba un lugar de honor en la fantasía de los parisienses. *La splendeur de l'Orient!* Vivían con auténtico fervor el descubrimiento de templos exóticos en las colonias. Los orientalistas eran las estrellas de la pintura y los exploradores en la península del sureste asiático, especialmente en Laos, Camboya, Annam, Tonkín y Cochinchina, avivaban la imaginación popular francesa.

“Me ha entristecido saber que antepones tu reputación al cariño a tu hija —escribió Amrita a su padre desde Budapest, donde proseguía

con su tratamiento—. Me ha decepcionado saber la importancia que concedes a las hablillas de la gente. Pero déjame decirte que ahora puedes soslayar tu miedo estando yo lejos, en la India. Como dijo Baudelaire: 'Los viajeros saben que la meta cambia siempre de lugar y, sin saber por qué, dicen una y otra vez, vamos allá'. Te comunico mi decisión: he decidido emprender viaje a la India.

Sobre todo lo sucedido en París, quiero dejarte claro que ¡yo! no me considero una persona inmoral. Yo no soy inmoral, *et c'est tout!* Pienso que habéis dramatizado la situación. Hay mentes estrechas, prejuiciosas y fanáticas en todas partes del mundo. Pocas cosas hay tan estúpidas como la malicia y una persona inteligente no se deja arrastrar por lo que dicen, conspiran o juzgan".

Umrao se sintió herido y aprobó de inmediato que su hija se marchase sola a la India con una holgada pensión anual. La relación con ella se vio enquistada por estos desencuentros. Siempre quiso que Amrita fuese como él y no tan extrovertida como su madre, pero se dio cuenta de que su hija había ido demasiado lejos, se había vuelto muy rebelde.

Por otro lado, argumentaba a su esposa Marie Antoinette:

—Quizá la India cambie a nuestra hija con su batiburrillo de razas y religiones, con su explosión de vida y caos. Allí todo se basa en la calma y la tolerancia, y una actitud rebelde no sirve absolutamente de nada, más bien es contraproducente. Allí hay que tener mucha paciencia porque las cosas funcionan a su propio ritmo.

Amrita decidió emprender el viaje con solo la voluntad de su hermana en contra, ya que se entristeció soberanamente por la idea de verse separada de ella de forma indefinida.

18

Amaneció el día lluvioso. Aquella mañana, László Guttman esperaba a su sobrina. Ella no solo le hacía compañía, sino que además ejercía de enfermera. A la espera de recibir su inyección, según lo prescrito por el médico, se acomodó en el sofá frente al cuadro. En su estudio, la luz era opaca. Desde la ventana se podían observar los tejados parisienses mientras el agua resbalaba por el cristal. Se sentía abrumado con la evocación del pasado, pero aquel periodo de su vida vinculado con Amrita, ¿no era una época de alegría? Aún rememoraba aquella sensación de fragilidad que ella le infligía.

En la Escuela de Bellas Artes pensaba con zozobra que un accidental choque con Amrita en un hombro, en el codo, en la mano... podía fulminar su cuerpo. Había días que evitaba encontrarse con ella para no sonrojarse en público, incluso en clase hacía lo posible por intentar no sentarse a su lado. ¿Pero no fue este el hecho insólito que transformó su vida? ¿No fue este su primer amor verdadero, ese primer amor en la vida que deja en el recuerdo momentos alegres, suaves, llenos de ternura, sensualidad?

—¿Es que acaso el amor no tiene sus dulzores y ponzoñas? —se dijo así mismo.

László sonreía mientras miraba fijamente el cuadro, recordando aquel día en clase con modelos, cómo aquella mañana en la que fortuitamente se sentó al lado de Amrita solo se le ocurrió sonreír estúpidamente, con una sonrisa de disculpa o de conmiseración. Entonces ella, apercibida, le devolvió otra con tal jovialidad que le causó un rubor de oreja a oreja para regocijo de los demás compañeros.

El sentimiento de ser víctima de su apacibilidad e indulgencia en aquellos días le hacía capaz de convertirse en un moderno Diógenes. Por ella hubiera estado dispuesto a vagabundear por las calles de París y practicar la alquimia de convertir la pobreza extrema en virtud. Cuentan que cierto día, el Diógenes delirante —como le llamaba Platón— se estaba masturbando dentro de la gran tinaja que utilizaba como vivienda y quienes le reprendieron escucharon una queja tan amarga como escueta: “¡Ojalá frotándome el vientre el hambre se extinguiera de una manera tan dócil!”. László recordaba que así satisfizo más de una vez sus fantasías eróticas con Amrita.

El teléfono móvil empezó a sonar sobre la mesa de estudio y, desde la entrada principal del apartamento, alguien tocaba el timbre con impaciencia, pero ambos sonidos quedaron inadvertidos. László, frente a su retrato pintado por Amrita, había sucumbido a sus recuerdos.

Dijo adiós a la vida mientras un fuerte gotear marcaba un sonoro ritmo. La lluvia, esa mañana gris, continuaba con su llanto en los cristales.

Segunda Parte

Un artista debe tener confianza en sí mismo y solo escuchar a su maestro: la naturaleza

Auguste Renoir

19

La ciudad de Bristol, donde predomina el arte urbano y Banksy pone el nombre propio, amaneció soleada, para gratitud de sus habitantes.

Emily-Christine Kestenholz Wilkinson había enviudado hacía ocho años. A pesar de su longeva edad, se mantenía en forma y con excelente salud física y mental. Su doctor le había recomendado mantenerse ocupada y hacer ejercicio al aire libre. Entre semana, por las mañanas jugaba al *bridge* con sus amistades, y al mediodía comía en *Clifton Village*. Más tarde, con ayuda de su bastón, iba andando muy despacio a *Clifton Arch* pasando por *Boyce's Avenue*, donde tomaba el té mientras leía los periódicos en una de sus callejuelas. Después cogía un taxi y volvía a casa.

Aquella mañana era fin de semana y, como tenía costumbre de hacer todos los sábados, fue a dar un paseo a *Ashton Court*. De camino pasó por un edificio de arquitectura georgiana, destruido hacía muchos años en un incendio pero reconstruido y reformado posteriormente. Su atención recayó en la fachada del peculiar edificio, donde un enorme cartel, con la enjoyada imagen de un barbudo maharajá con turbante, anunciaba: "El cuerpo y el alma de la India quedan retratados en la mayor exposición de arte indio".

En la parte inferior del cartel se podía apreciar que el evento estaba patrocinado por instituciones gubernamentales, organizaciones culturales privadas, plataformas digitales, la Embajada de la India en Londres, British Airways e incluso Channel 4. A simple vista, auguraba rigor y seriedad. Decidió entrar.

Se exponían innumerables artefactos de época colonial británica, haciendo hincapié en la comunidad sij y el exótico mundo de los ricos y complacientes maharajás de la época: numerosas fotografías, uniformes militares, vestidos de princesas y de maharajás con sus brocados de seda y cartas antiguas emitidas por soldados británicos que reflejaban amor, pérdida, humor y desesperación durante la vida diaria en la colonia. En varias salas emitían diferentes documentales, imágenes visuales que describían el dominio de la Corona británica sobre el subcontinente indio entre 1858 y 1947, acompañadas de la voz de un narrador. También imágenes visuales coloreadas digitalmente que resaltaban la suntuosa vida de los maharajás, los reyes hindúes que gobernaban sus estados bajo tutela británica, los llamados Estados Principescos.

Emily no tardó en percatarse de que todo aquello era puro consumismo cultural desmedido. La exposición sobre el arte y la civilización de esa nación, o más bien conglomerado de religiones,

lenguas y culturas, como anunciaban en el enorme cartel exterior, era simplemente pura comercialización y *marketing* de la época del raj británico que vendían al público como una época de exotismo desacerbado. Ni las pinturas y esculturas que exponían de artistas indios la conmovieron en absoluto.

—Hoy en día se ha perdido la capacidad de epatar. Ya no existe la naturalidad para transformar en extraordinario cualquier detalle cotidiano —se dijo a sí misma.

Tras recorrer los numerosos pasillos, llegó a la salida, donde estaba ubicada una tienda de *souvenirs* por la organización del evento. Había a la venta tazas de distinto tamaño y uso (para té, café o incluso lapiceros) con el rostro impreso de maharajás embutidos en grandes turbantes y desmedidas joyas. Había también platos decorativos, bolígrafos y camisetas estampadas. Todos los artículos tenían diseños *vintage* relacionados con la exposición: retratos de maharajás, imágenes de antiguos Rolls-Royce, pósteres de emblemas militares durante la India británica, estampas de los virreyes, fotografías en blanco y negro de británicos con salacot en la caza al tigre, elefantes cargados de suntuosas decoraciones, hombres a caballo jugando al polo y en pícnics en el desierto con castillos, fortalezas y palacios del Rajastán y de otras ciudades al fondo. Había a la venta hasta ensayos de historia, biografías y muchos libros, finos y gruesos, ilustrativos de pintura, escultura y arquitectura de la India, incluso carcasas para teléfonos móviles con la imagen de robustos maharajás y del archiconocido Taj Mahal.

Salió del edificio, cogió un taxi y se dirigió a su casa. Durante el trayecto no dejó de pensar con amargura en la figura estigmatizada de su amiga, la artista Amrita Sher-Gil. No podía evitar la fuerte reminiscencia del tiempo vivido con ella. En su momento, salvó de la destrucción por terceros varias cartas privadas que Amrita envió y recibió de su padre y de críticos de arte, amantes y conocidos. Durante años había conservado todo aquel material como un tesoro, pero ahora había decidido que era el momento de sacar a la luz toda aquella correspondencia y darla a conocer.

Sentada en el taxi, era ajena al paisaje urbano. Con tantas películas hechas en Hollywood y México, estaba claro que la artista Frida Kahlo había consolidado su posición como la principal artista latinoamericana del siglo —Georgia O’Keefe se refirió a ella como “la mejor artista femenina del siglo XX”—, y su rostro icónico se había elevado al estrellato. Uno no puede vivir en el mundo moderno sin encontrarse habitualmente con imágenes y autorretratos de Frida Kahlo. En tazas de café, camisetas, pósteres, grafitis o en artículos de decoración, el exquisito rostro de Frida con flores en el cabello y gruesas cejas prácticamente unidas resulta familiar para la mayoría

del público, incluso si la gente no sabe quién era realmente. Pero como Emily pensaba, era desgarrador que en el caso de Amrita Sher-Gil, la India no hubiera hecho nada. Ni si quiera el centenario de su nacimiento fue suficiente para redimir su figura.

Tras entrar en su casa, se quedó de pie paralizada en medio del salón por un instante, cavilando qué era lo que debía hacer primero. Su gato se aproximó y se frotó contra sus piernas. Ya sabía por dónde empezar. Fue a su estudio, descorrió las cortinas para que entrara la luz de la soleada mañana y encendió el ordenador portátil. Entonces, se acordó. Fue a la estantería y extrajo dos cajas de zapatos. Se sentó en el escritorio y desparramó sobre la mesa el contenido: muchas cartas con sellos antiguos y recortes de periódicos con la fotografía de Amrita. Tras ordenar la correspondencia en pequeños montones, se quedó sentada pensando que su mente estaba tan en blanco como la página de Microsoft Word que tenía frente a ella.

De entre un grupo de cartas, cogió la primera de un lote. Miró el remitente: Salvador Pérez Mombrú. Eran varias hojas arrancadas de su diario personal. Tras la muerte de Amrita, el español se las envió a Emily, ya que supo de ella a través de un crítico de arte de la India. La abrió, la leyó por encima por primera vez desde hacía mucho tiempo, y la dejó a un lado, observándola con los codos sobre la mesa y el mentón sobre los puños.

De repente, la ansiedad de no sentir inspiración la empujó a escribir rápidamente: "El día en que conocí a Amrita me sentí apoteósica…". Leyó en voz alta lo que había escrito. Reposó la espalda sobre el respaldo de la silla y soltó un suspiro de hastío. Con el índice derecho apretó la tecla de borrado y comenzó de nuevo: "El día en que conocí a Amrita Sher-Gil cambió mi vida. Había sido invitada al estudio de su casa para observar cómo pintaba. Mientras ella trabajaba, había un silencio reverencial. Me llamó la atención su cabello recogido, liso, brillante, muy negro y abundante. Era mayor que yo. Era muy guapa. Yo, aun estando casada, era una pipiola en los devaneos que te presenta la vida. Ella me recordaba a las mujeres españolas retratadas por los maestros clásicos. También reparé en sus ojos negros…".

Con las manos en el teclado y de manera impetuosa, expulsó sus recuerdos y escribió su pasado, como si hubiesen brotado ramas verdes en un árbol que pensó que estaba carcomido. Resucitó zonas muertas de su interior. El deseo de escribir un libro sobre la artista la invadió por completo.

Durante días, evadió la rutina diaria que había seguido hasta entonces: las partidas de *bridge* con sus amistades, las comidas en restaurantes y el té de la tarde en *Boyce's Avenue*. Estuvo ocupada transcribiendo al ordenador la antigua correspondencia que mantuvo

muchos años atrás con personas que conocieron a Amrita para añadirla a su libro.

Emily se propuso dar a conocer al mundo la vida de Amrita con pretensiones de publicarla. Había encontrado un nuevo estímulo en su vida.

20

El puerto de Bombay emergió de la neblina. Amrita volvió a experimentar por el olfato la sensación de algo indefinible que le hizo recordar su primer viaje con sus padres y hermana: era el olor de la India.

Junto con los demás pasajeros, contempló la maravillosa escena del sol que despuntaba en el horizonte sobre el mar de Arabia. La suave luz anaranjada bañaba los barcos de la rada y las velas en forma de triángulo invertido de las pequeñas embarcaciones. Enseguida se apreciaron los edificios que bordeaban el puerto y su paseo marítimo. El buque llegó a su término después de una larga travesía.

Unos enflaquecidos estibadores empezaron a sacar cajas, baúles e incluso caballos árabes del buque.

Amrita llegó a la India en diciembre de 1934 a bordo del *S.S. Sunrise* de la *Peninsular & Oriental Navigation Company*, la principal línea marítima entre Inglaterra y la India. Hacía escala en los mayores puertos europeos, en particular el de Marsella, donde ella subió a bordo. Poco a poco tomaron tierra los cientos de pasajeros y se dirigieron a la aduana. Niños de piernas delgadas como palillos y vestidos con harapos, con la esperanza de recibir alguna limosna de los recién llegados, se acercaron en multitudes a los primeros en pisar tierra, los de primera clase. A pesar de tener los rostros marcados por el hambre, los ojos de los niños brillaban con entusiasmo. Guardias con uniforme de color caqui los dispersaron a golpes utilizando sus *latís*, unos largos y pesados palos de madera, generalmente de bambú, a veces entreverados de hierro. A pesar de todo no cundió la animosidad, sino curiosamente la alegría. Burlándose de los gendarmes, los niños corrieron para desaparecer de brinco en brinco tras la valla del puerto.

En la India, dentro del desorden había un orden establecido, como en cualquier metrópoli asiática.

Golpeada en el rostro por la brisa ligera de la mañana, Amrita se sentía pletórica. Embriagada por la barahúnda, la hediondez y la profusión de colores, le dio la impresión de que aquel tráfago de gentes era mayor que en la década anterior, cuando llegó por primera vez con sus padres. Por lo demás, aquel ambiente era idéntico, parecía como si la India se hubiese detenido en el tiempo. Después de desembarcar en Bombay, esa inmensa ciudad que Occidente había construido y abandonado con desesperación, Amrita viajó en tren a Shimla, donde se instaló en el antiguo bungaló familiar.

Al llegar, encontró el lugar tremendamente descuidado. Aquella

residencia donde había pasado tantos momentos alegres en su infancia, junto con la desaparecida Bina, estaba tan llena de recuerdos como de hierbas silvestres que habían crecido sin mesura desde que la casa estaba deshabitada. Las paredes estaban doradas por los años y el tiempo había echado abajo varias losetas. El follaje de varios arbustos dejaba caer sus tallos leñosos sobre la ancha puerta principal. El jardín, que años atrás Marie Antoinette cuidaba con sumo esmero, estaba ahora lleno de matojos para mayor alegría de ardillas y monos.

Amrita se instaló en la casa anexa, que reformó y convirtió en su estudio. Junto con trabajadores locales, pintó todas las paredes de color blanco y colgó algunas reproducciones japonesas y húngaras encima de la chimenea.

Dentro del bungaló, a pesar del polvo que lo invadía por doquier, todo se encontraba en perfecto estado, ya que Marie Antoinette había hecho uso de la residencia en alguna ocasión durante sus breves viajes desde París, entre otras cosas, con ocasión de la firma de documentos y su absolución ante la administración británica con el fin de recaudar dinero de las propiedades de Umrao, ya que este se había negado por entonces a dejar Francia.

Se sentía exultante. Era maravilloso entrar y salir, ir y venir sin dar explicaciones a nadie. En aquella enorme casa se sintió como Robinson Crusoe cuando se metía en su fortificación y elevaba la escalera. Contrató a un nuevo criado, que tocó a la puerta para ofrecer sus servicios, aludiendo que sabía cocinar, lavar, limpiar, incluso podar setos y arreglar parterres, entre muchas otras tareas. A Amrita le pareció singular. Se hacía llamar Bibhu, era un hombre pequeño y muy musculoso, de mediana edad, con bigotito fino bajo la nariz y ojos achinados. Provenía de un regimiento *gurkha* y le faltaba el dedo de una mano, que había perdido siendo soldado. Los *gurkhas* eran conocidos por ser feroces combatientes originarios de Nepal. Durante la rebelión de los Cipayos, en 1857, combatieron junto a los ingleses y pasaron a formar parte del ejército indio británico.

Una vez establecido el salario, que aceptó con suaves movimientos laterales de cabeza —gesto típico indio que despista a los extranjeros porque no siempre significa negación—, Bibhu empezó a trabajar como encargado del mantenimiento del bungaló.

Amrita se acercó al pueblo para comprar abastecimientos y por el camino se percató de cómo había cambiado desde su última estancia.

Su opinión acerca de los británicos de la India era firme. Los consideraba unos habitantes que se arrodillaban ante un virrey y se rebajaban intelectualmente al pensar que la divinidad de un monarca era transmisible, como si viviesen en la época de las tribus mayas o aztecas. “¿Cómo puede una mente abarcar un país semejante? Lo han intentado generaciones enteras de invasores y las ciudades que

construyen no son más que retiros", pensaba mientras caminaba.

Notó que había muchos más británicos y también más extranjeros de otras nacionalidades. Además, se habían ampliado las construcciones de residencias en las laderas de las colinas.

Mientras deambulaba por el conjunto de casas dispuestas en forma de parrilla, le pareció que ella era tan dueña de esa tierra como el que más. A lo lejos vio un grupo de personas enjutas, de tez morena, que trabajaban en la construcción de un nuevo bungaló. Se fijó en una de las jóvenes mujeres; le pareció muy atractiva, tenía la solidez y belleza que a veces se prodiga entre los indios humildes, esa extraña categoría que llaman "intocables", etiqueta de los grados descendientes y ascendentes de la división de castas en la escala social india y que crea seres ególatras, pero que se pierde en cuanto se tiene un poco de educación. Esa mujer de caminar recto y sensual hubiese sobresalido en cualquier otro lugar del mundo. El perfecto contorno de su cuerpo parecía el de una cortesana salida del friso erótico de algún templo de Khajuraho. Podría haber sido una modelo de revistas francesas de moda y su cuerpo no hubiera desentonado como modelo desnudo en la Escuela de Bellas Artes. No paraba de divagar mientras la escrutaba con la mirada: "Una lástima que su belleza vaya a ser tan corta como su vida. Es una mujer condenada por el destino, se alimenta de la inmundicia colonial y terminará en alguno de sus basureros", pensó.

Amrita seguía observando a aquella fascinante mujer que caminaba con uniformidad mientras transportaba ladrillos sobre su cabeza. La joven paria, con su sari colorido y grandes ojos negros centelleantes, con pavesas de pasión y melancolía, al notar que Amrita la miraba se paró de inmediato, como si le hubiesen llamado la atención para cumplir un deber protocolario. Dejando a un lado los ladrillos, la saludó con las manos juntas a la altura del pecho y se inclinó en señal de respeto. Amrita respondió desde la distancia de igual modo.

La visión de aquella mujer de talle grácil, cuya figura revelaba un hábito de fastuosa sensualidad con su piel morena cetrina, la atrajo tanto que soñaría con ella durante mucho tiempo.

Al otro lado de la calle, un grupo de señoras inglesas se engolaban ante la presencia de Amrita. Vestidas de blanco, caminaban bajo sombrillas ante un sol ni horrible ni sofocante, sino más bien de una intensidad decadente, e iban enfrascadas en sus conversaciones, precediendo a una fila de criados que transportaban las cajas de la compra. "Debe de haber algo universal en la India, algo que una a sus gentes de un modo positivo, ni espiritual ni religioso, pero ¡algo! Este es un país de extremos. ¿Cómo se echarán abajo las barreras y se llegará al término medio de la balanza social?", pensaba Amrita.

A pesar del día estupendo que hacía, las señoras se cubrían decorosamente con un chal. Una inglesa regordeta que llevaba del

brazo una cesta de paja trenzada con la forma del gran sello de Inglaterra, al tiempo que se exhibía junto a sus acompañantes con el envanecimiento de la propiedad, notó la persistente actitud escrutadora de Amrita y se lo hizo saber a sus amigas, mientras la desairaba en voz baja con el logro de una risotada cursi en el grupo que se alejaba por el declive del camino. Amrita se sentía vigorosa, demasiado segura de sí misma para que le molestaran los cuchicheos o habladurías, y se alegró sinceramente de que le hubiesen prestado atención.

Siguió su camino, que llevaba nombre de un militar victorioso y que se cruzaba con otros similares en ángulo recto, simbolizando la red que el Imperio británico había arrojado sobre la India pero que, poco a poco, se estaba rompiendo debido al avance del Partido del Congreso, que se había convertido ya en una nueva organización que aspiraba a encabezar el futuro gobierno democrático de una nueva India.

21

Una mañana de esos primeros días, mientras desempaquetaba su abultado equipaje y colocaba con esmero su ropa en los armarios, le vino un pensamiento a la cabeza. Se sentó en la cama y se echó a reír. De entre toda la ropa que había traído consigo, separó la que consideraba indispensable del resto, y metió pantalones, faldas, camisas, camisetas, chaquetas y demás prendas propias de Occidente en los baúles de nuevo.

Amrita había decidido no identificarse con las mujeres occidentales que vivían en la India. La etiqueta de extranjera no se la quitarían de por vida, entre otras cosas por ser de tez algo más clara que las locales, casi olivácea, y por su físico, su forma de expresarse y su condición social, pero lo que quería evitar era la mentalidad de las mujeres tan mezquinas y pretenciosas en lo relacionado con los indios autóctonos. Se avergonzaría mortalmente si llegara a parecerse a ellas. Desde esa mañana, insignia del invierno con el aire fresco que anticipaba las bajas temperaturas de las semanas próximas, decidió vestir únicamente con saris el resto de su vida, con la bisutería tradicional comprada en un mercado local tibetano y con un ligero maquillaje en los ojos y quizá en los labios, pero su ropa no sería ni ostentosa ni cara.

Frente al espejo, al contonearse para verse mejor, se dio cuenta de que le quedaba muy bien. Vestida de aquella forma estaría siempre atractiva, tal como le había sucedido con anterioridad en París, pero ahora lo era entre tantas personas arrogantes imbuidas de superioridad racial y mentalidad victoriana. El sari realzaba mucho las curvas de su figura y, además, no era habitual lucirlo con unas piezas de bisutería que contrastaban por la procedencia. Amrita se sintió guapa y renacida.

Desde su nueva residencia escribía a su primo Víctor Egan, con quien seguía manteniendo una relación íntima y secreta. Él le había propuesto matrimonio durante el último campamento de verano del tío Ervin, pero ella consideró que entonces no era el momento. En sus cartas, Víctor le hablaba de sus esfuerzos por avanzar como estudiante de medicina. Su madre y sus amigos querían que se decantase por la oncología, pero a él no le satisfacía esa opción.

En la larga correspondencia que mantenía con Víctor, escribiendo con franqueza y pasión acerca de sus propias apreciaciones sobre la India, sobre la sociedad y la situación política, también hablaba sobre su obra, pues sus pinturas eran diferentes a la opinión que tenía formada de la península. Amrita parecía haber encontrado un lugar

romántico empapado de pobreza, pero estéticamente agradable.

“Un día conseguiré ser lo que muchos me han encomendado desde pequeña: 'Serás una famosa pintora'. Lo mismo te deseo a ti, que tus deseos se hagan realidad. Decide por ti mismo qué elección tomar profesionalmente, no dejes que otros influyan en tus decisiones. Si esto último se consumase, sería penoso que tuvieses que realizar un oficio contra tu voluntad y atracción. Escoge tú solo, no te inclines por una vida supeditada. Siempre has sido honesto; no me gustaría verte sometido a la voluntad de los demás.

[…] Yo nací con la necesidad de los colores y en Europa los colores son pálidos. El color del hombre blanco es diferente al color del indio, que brilla bajo la luz. A mí me gusta mucho el amarillo. Como Van Gogh, que dijo que el amarillo es el color dilecto de los dioses, y estoy de acuerdo. Van Gogh evitaba pintar de memoria, como le escribió a su amigo Bernard: 'Yo siempre me nutro de la naturaleza. Exagero, a veces cambio el motivo, pero no invento todo el cuadro, al contrario, me lo encuentro completamente hecho, pero sin desbrozar en la naturaleza'. Aquí pinto de una manera muy diferente, con más desenvoltura. Empleo conjuntamente colores muy enérgicos: el limón, el amarillo y el naranja. Este último color es el de la armonía, ¡qué inmensa fuerza! Todo me viene más fácilmente. No hubiera podido alcanzar este *summum* de complacencia en París. No acepto los valores establecidos. Si yo digo que el azúcar es dulce y la sal es amarga, no quiero decir que el azúcar sea más importante que la sal. La gente convencional, sin convicción alguna, toma partido por la versión de que el azúcar es más importante que la sal tan solo porque es dulce. Ahora me doy cuenta de que solo puedo apreciar a las personas sencillas que mantienen sus raíces. Aunque suene romántico, creo que la bondad es nuestro sacrificio por los demás y la maldad es el sacrificio de los demás en nuestro favor. Y este último proceder es moneda corriente entre los artistas de hoy a fin de conseguir sus metas a cualquier precio. Pero te puedo asegurar que yo nunca compartiré esta actitud.

No solo quiero existir, sino vivir al máximo. Tengo la necesidad de expresar mis emociones. Por ejemplo, hace unos días quería trabajar, pero no podía hacerlo a mi gusto y quise romper a llorar. El arte de la pintura me permite generar esta clase de emociones, quizá hay algo que merece la pena en mí. Yo no dudo acerca de mi talento, pero albergo ciertas dudas sobre la dirección en la que voy. Bueno, esto no es un problema, la gente tiene que pasar por muchas experiencias antes de llegar a donde uno se propone. Yo creo que aquí, en la India, tengo una ocasión magnífica. Sé que puedo producir mejores trabajos que antes. En París, cuando estaba trabajando y no obtenía los

resultados que quería, me frustraba y tiraba los pinceles con furia. Ahora he aprendido a tragarme mi enfado y empiezo a trabajar calmada y diligentemente. El resultado es sobresaliente. Creo que por eso siento que el matrimonio no es para mí, ya que nací solo para el arte. ¡Oh, Víctor! Ya te puedes imaginar que no soy la misma de antes, cuando estábamos juntos en Hungría. Ya sé que parezco hecha de vidrio, de quebradizo vidrio… Esta sensibilidad que tengo, tan mía, tan aguda y a la vez tan irritable, sé que es algo enfermizo y doloroso.

Veo ahora cosas en las que no me fijaba antes, percibo matices del mundo que antes estaban escondidos para mí. A veces pienso que las ignominias que dicen mis padres sobre mí son verdad. Entonces me siento abatida, horrorizada por la verdad incontestable de que fue solo mía la culpa de lo sucedido en París. Sobre el compromiso de matrimonio, aunque nunca estuve convencida, no di mi consentimiento, no fue por mi carácter el hecho de que no se llevase a cabo. Bien es verdad que quise alargar la relación, explorando y experimentado mis pasiones, pero no es justo que me señalen con el dedo como un monstruo horrible por la cancelación de la ceremonia con el subterfugio de mi 'extraña' personalidad.

Víctor, tú eres una persona tan honesta que sinceramente te digo, y sin falsa modestia, que no te merezco. He tenido muchas oportunidades de mostrar mi talento y sé que valgo como artista, pero no como persona. Soy consciente de que tengo muchas imperfecciones y de que mi carácter interpone obstáculos ineluctablemente. La única cosa que sé es que soy muy consciente de mis debilidades, sobre todo de mi pronunciada y doble propensión al entusiasmo y al abatimiento”.

En aquellos primeros días, ella veía a la gente y a los paisajes como una turista a través de las lentes de una cámara fotográfica. Intentaba captar solo lo bonito y así lo reflejaba en sus esbozos; seguía confusa sobre cuál sería el modo más apropiado de acceder al corazón de la India.

Unos meses más tarde, la *Shimla Fine Arts Society* organizó una exposición colectiva y Amrita decidió enviar varias obras. Tras conocer el fallo del jurado, se sintió defraudada: le habían dado el primer premio por una obra que consideraba de menor calidad. Amrita lo devolvió con una carta en la que les explicaba que sus otras obras eran mejores que la premiada, que sentía como si el premio fuera el resultado de una lotería entre sus cuadros y que pensaba que la habían recompensado por su estilo general sin considerar la calidad individual de cada una de las otras pinturas. El revuelo entre los intelectuales de Shimla no se dejó esperar. “¿Qué se cree esa joven? Le dan un premio y lo devuelve diciendo que el jurado no es

competente”, murmuraba la gente en el club. Amrita había llegado a la conclusión de que no quería que la asociasen a pinturas que ella consideraba mediocres o dejaban entrever un vago amateurismo. Durante la muestra, un crítico le preguntó con curiosidad:

—¿Por qué ha elegido recrear solo el lado triste de la India en sus pinturas?

—Quise interpretar la miseria atroz, que me impacta muchísimo —contestó Amrita sin pensar la respuesta.

Se estaba dando cuenta de que para obtener los resultados artísticos deseados no tenía más remedio que conectar con las raíces de la tierra, apreciar sin prejuicios lo que la India le mostraba.

The Illustrated Weekly of India, una de las revistas en inglés más importantes en la India, publicó esta reseña premonitoria de la calidad de su futura obra: “La señorita Sher-Gil ya es bien conocida en París, donde es miembro asociado del *Grand Salon*. En sus pinturas se puede observar su iniciación en la temática india, nada en común con lo que se ha realizado hasta ahora. Su mérito reside en la sobriedad de su construcción, naturalidad, candidez y sencillez de diseño. Brillantes pinceladas. Realmente tiene unas composiciones maestras”.

22

Por aquellos tiempos, el pueblo de Shimla era una juerga continua. Las desenfrenadas fiestas permitían conocer a gente nueva y los bailes de disfraces en el club selecto y con más asiduidad en los bungalós privados —lejos de la comidilla de los más pulcros—, eran el escenario ideal para flirtear, seducir o simplemente para conseguir relaciones sexuales. Señoras inglesas, funcionarios, oficiales británicos, indios de la alta sociedad e incluso maharajás con sus mujeres, pompa y boato, disfrutaban de ese ambiente loco y desenfadado hasta el amanecer.

En tan estimulante entorno, una persona llamativa y lujuriosa como Amrita no pudo evitar la tentación. Bella y carismática, Amrita fue invitada por muchos hombres tanto a carreras de caballos y partidos de polo como a fiestas y cenas. Aunque la mayoría le resultaban aburridos, algunos la estimulaban intelectualmente. Había permanecido en Francia durante años sin pronunciar una palabra en inglés, hablaba perfectamente el francés y pensaba en su idioma materno, el húngaro, pero al trasladar las ideas al idioma británico salpicaba irremediablemente el inglés con palabras francesas y un acento sensual, llamativo y placentero para el oído de sus interlocutores. Sus amenas conversaciones y sus observaciones, siempre gratas y agudas, complacían extraordinariamente a los hombres.

La mayoría de los que la cortejaban eran sijs o musulmanes, que aceptaban con mayor facilidad sus coqueteos y eran más receptivos a sus encantadoras conversaciones. Su carácter, belleza, juventud y gracia la hicieron muy popular en aquel mundo exótico a la vez que vulgarmente pintoresco.

No pasó mucho tiempo desde que llegó para que ella se desfogase. Había llovido durante el día y la tierra olía a humedad. Esa noche Amrita, al volver a su casa después de una fiesta en una residencia cercana, abrió las ventanas del salón, se desnudó, se tumbó frente a la chimenea y comenzó a masturbarse. El diseño *rajasthani* de la alfombra, el reloj de pared suizo que resonaba en la distancia con su tictac, los jarrones de cerámica de Jaipur sobre el mueble recibidor, la lámpara de cristal colgante en el techo con una espiral de reflejos amarillos y rojos procedentes del fuego de la chimenea… Todo el conjunto daba un toque de confort y voluptuosidad. Los destellos de las llamas dulcificaban la intensidad de la luz tenue en aquel enorme salón que ella misma había decorado con detalle.

En el jardín, un extranjero de origen alemán desconocido para ella,

proveniente quizá de alguna otra juerga vecina, se sintió atraído por los centelleos de luz misteriosa que salían del bungaló y entró de un salto tras mirar por la ventana. Por la semiclaridad del salón, caminó sobre la alfombra amortiguadora de sus pasos hasta que llegó al lugar donde yacía el cuerpo desnudo de Amrita. Transportados a una de esas regiones de ensueño, sin pronunciar palabra alguna, hicieron el amor perdiendo la noción del tiempo. En vano, el tosco reloj suizo sonaba reciamente con su incesable tictac. Ya no volvieron a verse. Amrita creyó que el visitante estaba de paso en Shimla, ya que nunca más supo de él.

Otra tarde, un periodista de Karachi que estaba de vacaciones en Shimla y había conocido a Amrita en una fiesta, se encontraba en su apartamento escuchando a Bach cuando Amrita, sin decir nada, entró, se desnudó y se tumbó frente a la chimenea.

Este tipo de exhibicionismo acabó siendo frecuente en ella, hasta el punto de que creaba fantasías en los hombres, que se imaginaban a la joven artista desnuda en el suelo y con los brazos abiertos a la espera de varones. Uno de los motivos por los que Amrita era tan admirada entre los hombres era su continua inquietud por conocer, por explorar. Experimentaba hacia ellos una actitud de libertad desposeída de cualquier prejuicio propio de aquella mentalidad victoriana: "No hay daño alguno en engañar a la sociedad siempre que la sociedad no nos descubra, porque solo hacemos daño si llega a descubrirnos", explicó en una ocasión a un furtivo amante británico.

El magnetismo de su personalidad era capaz de echar abajo por sí solo las barreras artificiales impuestas por los censores de la moral victoriana. Era franca y directa, hablaba sin ambages y decía lo que le placía, cuando y donde dictaba su mente. Para ella, la vida no tenía un manual científico. "Todos tenemos que morir un día u otro, por eso las relaciones personales con las que tratamos de vivir durante nuestra existencia física son meramente temporales".

Amrita se entregaba a todas las sensaciones. Gozaba del aire de las montañas, del cielo, del paisaje, de sus nuevas amistades, de sus relaciones carnales y de todo lo que la rodeaba. Pintaba, leía, reía, tocaba el piano de su madre… Allí, en aquel lugar de la India, se le abría un nuevo mundo, parecía que sus sentidos despertasen. No quería ya únicamente los libros tal como la absorbieron en el pasado, durante su infancia y adolescencia: "La sabiduría está en la vida, no en los libros. Además, es necesario que mis sentidos se llenen ahora de sensaciones", escribió en una carta a su primo Víctor.

Siempre tan extrovertida, pronto empezó a relacionarse no solo con artistas, sino también con la gente más influyente. Se rodeó de maharajás y sus familiares, de funcionarios británicos, de indios de clase adinerada y de extranjeros de diferentes nacionalidades. Algunos

hombres se sentían intimidados por aquella joven mujer de atractivo porte. Quien osase fijar en ella atrevidamente la mirada, acababa inmediatamente bajando los ojos amedrentado por su graciosa, bella, seductora y atractiva sonrisa.

Pero a ratos necesitaba inexcusablemente estar sola, ya que una actividad social y de expansión constante la hubiera hecho *no ser ella*. Y cuando tras un baño de soledad en su estudio o en alguna casita alquilada en las montañas volvía al tráfago cotidiano, entonces… ¡con cuánta fruición gozaba de los placeres de la vida y de las conversaciones con gente nueva!

23

En Shimla, capital de verano del Imperio británico, las casas estaban muy bien alineadas y organizadas con cartelitos en el exterior que indicaban el nombre del inquilino y su puesto como funcionario. En la calle, las mujeres con sus blancas sombrillas y los caballeros con sus sombreros representaban la imagen social inglesa. Uno de los puntos de encuentro de la sociedad de entonces era el club, donde las señoras jugaban al *bridge* o al *whist*, o simplemente charlaban sin jugar a nada. Los miembros veteranos se sumían en una apacible y discreta conversación hasta bien entrada la noche sobre los acontecimientos del día. Otras veces, simplemente evocaban recuerdos juveniles en la metrópoli. Aquel opulento club era el centro social de entretenimiento para la élite colonial: se proyectaban películas, se organizaban fiestas, eventos y cumpleaños... Todas las tardes, los residentes acomodados se enfrascaban en sus charlas usualmente anodinas mientras bebían o se entretenían jugando a las cartas o al billar. Para otros residentes, en cambio, era un lugar sereno donde ir por las tardes y encontrar un sillón en una esquina para enfrascarse en la lectura de revistas y periódicos ingleses mientras se disfrutaba pausadamente del tabaco o del alcohol frente al fuego de leña de la chimenea, que era mucho más barato que el carbón metropolitano.

Se celebró un baile en honor a un importante funcionario británico que había sido convocado en Londres y ponía fin a su permanencia en la India. Como de costumbre, se podía disfrutar de los placeres del ocio esnob desconocidos en Occidente, donde o bien se trabajaba o bien se holgazaneaba.

Aunque el oficialismo británico seguía existiendo, tan omnipresente y desagradable como el sol de la llanura, y los miembros del club eran partidarios de que mahometanos e hindúes no compartieran mesa con ellos, algunos privilegiados no británicos eran aceptados en sus fiestas. Una inocente acotación era que la mayoría de los individuos de raza blanca admitidos en el club eran, en realidad, de la gris rosácea.

Aquel día, Amrita lucía un sari negro y plateado que llamó la atención de un periodista español, Salvador Pérez Mombrú, nacido en Cuba de emigrantes valencianos. Su familia, tras amasar una inmensa fortuna en el archipiélago gracias a los negocios de licores, velas y jabones, volvió a Valencia antes del levantamiento independentista cubano, a fin de pasar al comercio en el sector textil. Se había educado en las mejores universidades de Francia e Inglaterra. Era un

hombre de unos cuarenta años, ancho de espalda, alto, delgado, con nariz alargada, con el cabello cuidadosamente cortado y echado hacia atrás descubriendo una frente lisa y despejada.

Salvador había llegado a la India hacía ya unos siete meses, después de una parada en Alemania en la que entrevistó al ministro de Propaganda nazi, el maestro de la mentira Joseph Goebbels, al que había descrito en su reportaje sobre el nacionalsocialismo alemán como "un tipo tan ridículo como desagradable y cínico, vestido con su gabardinita…". En su rotundo y comprometido trabajo periodístico, alertaba sobre el ambiente prebélico de aquel gobierno alemán, sobre las vejaciones a los judíos y sobre los alardes de superioridad de los nazis al portar ostentosamente en el cinto una pistola mientras caminaban por la calle.

Acababa de pasar unos días calurosos y húmedos en Ahmedabad, al noroeste de la India, donde había convivido con Gandhi y sus seguidores en un *ashram* —lugar de meditación y enseñanza en el que los alumnos cohabitan con sus maestros—. Un acaudalado hombre de negocios indio afín al movimiento independentista le había cedido su excelente bungaló de Shimla para disfrutar de unas semanas de vacaciones y escribir relajadamente antes de volver a su querida España. Con conocimiento de que su estadía iba a ser francamente breve y consciente de la remota posibilidad de volver por aquellos lares, se dedicó a gozar de los placeres que podía permitirse con el usufructo de su alta posición, tales como jugar al golf en el valle de Cachemira y asistir a las innumerables fiestas que daban los británicos.

El español había oído hablar de Amrita y deseaba conocer a tan fascinante mujer. Vio que ella se movía por la fiesta como si el mismo club fuese de su propiedad y todos los presentes sus propios invitados. La gente entablaba conversación con ella con muchísimo respeto y no menos admiración. Las mujeres se engolosinaban con su sari y su peinado, mientras que los hombres se enzarzaban por conversar con ella, bien fuese de política, de arte o de cualquier tema irrelevante con tal de apreciar su cercanía.

Después de tomarse un par de copas de *whisky*, Salvador le dijo a su acompañante que los presentase y, tras esto, la invitó a bailar. Se comunicaban en francés, idioma que les resultaba más confortable que el inglés.

—Puedo estar bailando y bailando hasta desmayarme —comentó el español al son del vals.

—Yo nunca me desmayo —afirmó categórica Amrita con una sonrisa tan cínica como provocadora.

Ella intuyó que el español, afanoso por cortejarla, bailaba grave y reflexivo como un matemático en pleno problema, quizá para no

decepcionarla con aquel baile ancestral y con cuya música evidentemente no estaba habituado. Este, para ocultar su torpeza, sonreía enseñando los dientes como un niño que quiere ser amable, mientras alcanzaba a distinguir unos ojos fijos en él con una expresión entre acariciadora e irónica.

En el club, las ventanas del salón de baile estaban cerradas para evitar que los sirvientes espiaran desde fuera a sus *memsahibs* —como se llamaba a las señoras de clase alta—. Dos ventiladores giraban como pájaros heridos y otros tantos no funcionaban, lo que acarreaba un calor abrasante.

—Toda la península parece una ópera cómica —dijo Salvador con la mirada puesta en uno de aquellos ventiladores que traqueteaba sobre un grupo de señoras sofocadas—. Creo que el clima es lo único que cuenta en la India. Es el alfa y el omega.

—Sí, pero no seré yo como las mujeres que acatan órdenes de quedarse en la llanura mientras sus maridos disfrutan del clima fresco de las montañas —declaró Amrita con mirada de glauca lechuza.

—Yo no soy de ese tipo de hombres —rio Salvador, divertido por la pulla recibida mientras columbraba que era una mujer de armas tomar —. De hecho, está en España.

Los ojos de Amrita le estudiaban como si estuviesen realizando un paseo anatómico con sincera admiración. Le dio la pronta impresión de que tenía ante sí a un verdadero héroe hispánico: bueno de corazón, tímido, honesto y simplote, como todos los fuertes.

El salón se estaba llenando de gente. Desde la pista de baile, pudieron oír a una de las tres señoras sofocadas bajo uno de los ventiladores que zumbaban y chisporroteaban. Por su ostentosa y ridícula vestimenta, daba la impresión de haber llegado recientemente a la colonia. Era una mujer graciosamente obesa y de pelo rizado y canoso, y tenía una voz débil y ajada. Al mismo tiempo que señalaba con descaro a Amrita, quizá pensando que no la entendería si llegase a oírla en un idioma distinto de aquel en que conversaba con Salvador, dijo:

—¡Fijaos! No olvidéis que vosotras sois superiores a este tipo de mujeres. De hecho, nosotras somos superiores a todas las mujeres de la India, excepto quizá alguna que otra esposa de algún maharajá, que está al mismo nivel, pero nada más. Cortesía, sí la merecen. Intimidad, nunca, nunca, nunca…

El comentario, oído por Salvador, parecía sugerir que estaba mal visto que una mujer con aspecto indio bailase en el club, como si fuese un privilegio reservado a la raza dominante.

—¡Bah! ¡Qué más da! Valoro tanto este halago por prestarme atención como si fuese una palabra amable susurrada al oído —comentó Amrita mientras alzaba los hombros con indiferencia.

—*Mademoiselle*… concedidas las excepciones al caso, considero a las mujeres inglesas arrogantes y carentes de urbanidad. De hecho, la altivez y la egolatría son los viejos vicios que corroen el corazón de todas las culturas —expresó jovialmente el español—. La estupidez abraza todos los estamentos sociales.

Amrita se percató de que tal comentario incisivo era mencionado impulsivamente por su condición de nuevo en aquella exquisita colonia de Shimla.

El baile se detuvo, los hombres apagaron sus cigarrillos y salieron de la sala de billares. Detenidas las conversaciones, los rostros se pusieron anormalmente inertes. El silencio más absoluto reinó; ni una mosca, por pequeña y negra que fuese, se movía en el aire.

Empezaba a sonar el himno del Ejército de Ocupación que, aunque se tratase de una precaria melodía insuflada con arrojo por los músicos, les recordaba que los ingleses iban a perpetuarse, que su acuartelamiento en la colonia tenía el mismo sentido que el hecho de que fuesen dioses o no: a la India le agradaban los dioses y a los ingleses fingir que lo eran.

—Fíjate, ¡qué efecto produce en los británicos! —comentó Salvador al admirar tan pintoresco espectáculo.

Los miembros del club, en su mayoría, añoraban la atmósfera rancia de la metrópoli, pero les satisfacía personalmente recordar que vivían en el exilio; una expatriación de lujo envuelta en comodidades. Estaban rígidos ante el triste ritmo de una orquesta algo novata, inelegante y estrafalaria, dirigida por un caballero pulcramente uniformado pero de semblante aturdido y con una cabellera gris tan enmarañada como si no encontrase manera de poner orden a las cosas. Parecía que los componentes del grupo musical hubiesen sido improvisados esa misma tarde.

Aquella situación se le antojó cómica al español.

—No dudo de que los músicos intenten infundirles vigor para aguantar un día más, pero… ¡qué imagen más patética de orquesta de aficionados! —susurró a Amrita, que rio con la mano en la boca para no ser advertida.

A Amrita, el español le parecía un hombre afectuoso, ocurrente y simpático. Tras el himno, un viejo empleado del club con bigotito blanco en forma de cepillo e impecablemente uniformado hizo tintinear una alegre campana. Los camareros, no menos pulcros, hicieron su aparición y comenzaron a servir en las largas mesas laterales grandes fuentes de copioso condumio que disponían solícitamente con el miramiento de no ensuciar los manteles de cuadros. El menú, lógicamente, era el del exiliado británico, tan corriente en ese tipo de celebraciones de salón social, un festín alejado del mimo bucólico y más cercano al carácter populista del *fish and*

chips. Cocinada por sirvientes que no la comprendían, la minuta estribaba en guisantes de lata duros como piedras, chuletas de cordero, sardinas sobre grueso pan tostado y bizcocho inglés con almendras molidas y sabor a limón. Para beber, mucho ponche, porque para las mentes de los veteranos miembros del club esta bebida estaba asociada *ad hoc* al rosbif de la vieja Inglaterra.

Amrita y Salvador salieron al jardín. Esa noche, calma y oscura, apenas era alumbrada por dos o tres cometas que aparecían y se ocultaban con ostentación. La temporada del plácido verano de las montañas seguía acercándose. Salvador, con su elegante y argéntea pitillera en mano, so capa del clásico formalismo británico, le ofreció un cigarrillo con ademanes cómicos que ella rechazó con una sonrisa.

—En España, la luna parece muerta, lejana… Más bien ajena, pero aquí se encuentra envuelta en la noche, se puede percibir. La tierra, la luna, las estrellas… Aquí en la India todo da sensación de unidad. Como diría un poeta español: “La tarde ha ido declinando y el lucero vesperal fulge en el cielo límpido…” —dijo con admiración y la mirada fija en algún punto de la bóveda celeste mientras expulsaba el humo de su cigarrillo con delectación.

—Yo sentí eso mismo cuando desembarqué por primera vez en el puerto de Bombay. Entonces todo me parecía maravilloso, pero… ese glamur superficial desapareció enseguida.

—Quizá sea por tu condición de artista por lo que ves las cosas de diferente manera —sentenció Salvador mirándola atentamente.

—Sí, o quizá me cansé muy pronto de conocer cosas pintorescas que me pasaban por delante como en un friso… Pero sí, es verdad, aquí la vida está llena de una extraña savia. A veces parece parte de un sueño. Cada día suceden cosas nuevas, como Shiva Natajara, cuando pergeñaba el mundo cada mañana para destruirlo más tarde al anochecer, y al día siguiente todo aparecía trasmudado.

Al pronunciar estas palabras con su característico acento francés, junto al olor suave de un perfume que Salvador no pudo identificar del todo, pues parecía formar parte de su piel joven femenil, surgió toda la furia de hidalgo español con el pulso a galope. Envalentonado como el mismísimo Alonso Quijano, alias don Quijote, tiró el cigarrillo a un lado, tomó con delicadeza los brazos de Amrita y la besó apasionadamente como si fuese la mismísima joven virtuosa, emperatriz de la Mancha, de sin par belleza, Dulcinea del Toboso.

Desde el jardín se escuchaban distintos sonidos. Desde dentro del club, la comunidad inglesa no dejaba de hablar, cantar y reír, pero frente a ellos, en la distancia, se percibía el tamborileo de un ritual hindú. El ritmo creciente acabó por resquebrajar el apasionado placer, era un sonido triste, lúgubre y desagradable, como el planto a un muerto. Uno junto al otro, los dos callaban, con el silencio admirativo

y temeroso que la magnificencia de la noche india impone a sus observadores.

—¿Qué pensarán allá arriba de los hombres? ¿Sabrá alguna estrella de la existencia de Gandhi y del Imperio británico? —dijo con la vista puesta en el cielo—. ¿Sabrán que un bello lugar se llama España, país de noble pasado y caracteres altivos? —preguntó mientras la acariciaba como un experto en hacer la corte mientras la besaba con lentos picoteos en sus labios carnosos, en camino descendente hasta el cuello.

Sin dejarse llevar por una súbita sensación de excitación, Amrita sugirió volver al salón, pues de lo contrario acabarían complaciéndose en el jardín. Los miembros de la orquesta habían acopiado fuerzas tras la comida. Sin arruinar del todo el goce auditivo a los más entendidos, continuaban con el cumplimiento a trancas y barrancas de las leyes de la armonía y el ritmo.

Amrita y Salvador siguieron amarrados en el baile hasta que la mayoría de los invitados se habían despedido. En una ocasión, ella se pegó del todo a él de manera inesperada, moviéndose seductoramente a un lado y otro, provocando de esta manera a Salvador, que sintió la tentación inmediata de inclinar su cabeza y acercar los labios para rozar el cuello elegante y joven que se prolongaba hasta la nuca. Para ella, el español era un hombre hermoso y lleno de elegancia, dulce, afable y siempre sonriente, con una larga mirada que al detenerse daba la impresión de decir “déjate amar, que yo soy maestro en el arte del amor”. Al terminar el baile, ella se despidió cortésmente. Salvador le ofreció tomar el té al día siguiente como pretexto para estar otra vez junto a ella. Conocer a Amrita le causó un efecto turbador. Su imaginación se enredaba en los denuedos de cómo seguir cortejándola.

Inglaterra tenía el poder supremo y a sus ojos representaba la fuente de la civilización moderna. Por aquel entonces, en esa mezquina sociedad aún regía una estricta moralidad victoriana acusadora de tácitos crímenes estigmatizadores. Las celebridades de alta alcurnia de Shimla, a pesar de sus veleidosas fiestas nocturnas de máscaras y tramoya erótica, tenían un miedo cerval al escándalo público. La moral catoniana impuesta por los colonizadores veía con azoramiento la publicidad de los asuntos amorosos y sexuales cuando sucedían entre individuos de religiones, razas o clases diferentes. Aun así, Amrita se dejaba llevar por hombres de una personalidad fuera de lo corriente y situados en los márgenes de la sociedad, con acrimonia a la hora de aceptar convencionalismos y con inquebrantable oposición a las normas hipócritas imperantes en la época.

Aquella noche, Salvador apenas había dormido. No podía apartar sus pensamientos de la juvenil, cautivadora y alegre Amrita. Encontró en ella los atributos más fascinantes que jamás hayan perdido y arrastrado a un hombre a la esclavitud más desesperada. Su diario de viajes contenía muchas páginas dedicadas a Amrita: “Anteayer vino a cenar conmigo. Fuimos de nuevo a una fiesta y bailamos elegantemente ante los invitados. Mucha gente se giraba para mirar a Amrita con admiración. Intento ser liberal y respeto su independencia, pero a veces no esconde sus relaciones con otros y me resqueman los celos y la posesión. Creo que ella tiene consciencia de esto.

El otro día fui a su casa y la encontré leyendo cartas de amor remitidas por amantes desde el extranjero o quizá desde aquí mismo. No tuvo la menor vergüenza en dejarlas al alcance de mi vista, sobre la mesa. Desde luego, sus pullazos hacen que me sienta como un novillo en una plaza de toros. Sé que no la tendré mucho tiempo. En un paseo por el bosque de detrás de su casa, me confesó que el dueño del mejor hotel de Shimla la quiso cortejar:

—¿Sabes que esta mañana ha venido a verme el señor Warden? Cuando volví de la cocina se me tiró a la cintura. ¿Y sabes qué me dijo?

—No —contesté algo molesto.

—Dijo que quería chuparme los dedos de los pies.

Amrita empezó a reírse a carcajadas. No pude contenerme, la agarré de los brazos y la besé en sus gruesos labios. Ella era consciente de la relevancia de su provocación. No se resistía, me di cuenta de su voluntad de saber los límites de mi atrevimiento, al aire libre, con la

inquietud de poder ser vistos impunemente. Ya no pude contenerme y rompí su blusa, la empujé a un lado del sendero y allí sofocamos nuestro ardor, de pie, entre fuertes jadeos y sin importarnos que alguien se pudiese percatar de nuestra presencia.

Allá, en el bosque, recuerdo la sensación de que ese mundo compartido y circundante estuviera en celo y Amrita y yo formáramos parte de las nupcias de aquella tierra ancestral. No sé si se trataba de un país de hadas, pero desde luego yo sí estaba en uno. Había caído cautivo y esclavo. Ella era una sílfide, un hada. Bueno, no sé lo que era. A día de hoy, la sonrisa me aflora al rememorar aquella época, entremezclada con alguna lágrima dulcemente vertida".

Con la excusa de permanecer más tiempo en la India, Salvador decidió mandar un telegrama a su familia con el argumento de que tenía entre manos una serie de artículos y entrevistas sobre el entramado político indio ya que la colonia, argüía, estaba en plena efervescencia, y debido al bochorno sofocante de la ciudad se había refugiado unos días en la estación de verano de Shimla para poder escribir con mayor tranquilidad. En verdad, estaba tan embelesado con Amrita que la política le parecía una idiotez insufrible y la colonia inglesa le causaba la misma ternura o inspiración poética que una lechuga.

Consciente de la brevedad de su estancia y tras su creciente dependencia física de Amrita, se volvió hostil hacia todo lo que Inglaterra representaba, quizá llevado por un sentimiento de celos, puesto que presentía el fin de su relación en aquel rincón colonial del subcontinente asiático: "Un día le dije a Amrita: 'Voy a dejar huella en ti y me vas a recordar más que al resto de tus amantes'. Ella estalló de risa, con incredulidad. Sabía que yo solo estaba de paso, que nuestra relación pronto tocaría a su fin. Mi matrimonio y mis hijos eran garantía para ella del carácter efímero de nuestro amor. Además, intuía la llegada del día de mi partida de Shimla por motivos más o menos profesionales y mi separación de ella.

Una tarde, sobre las 19:00 horas, como era habitual, me duché, inundé mi pelo de brillantina y me peiné con tan sumo cuidado y esmero como un torero con cierto respeto al largo mechón que corona su occipucio. Me puse el traje gris, la corbata azul y esa camisa radiante que tanto le agradaba a Amrita.

Ella llegó a mi casa una hora más tarde, ataviada con elegancia por un sari verde de bordes dorados y bermejos. Empezó a hablar de sus amantes y de su influencia en las obras de su etapa parisina. Mientras hablaba, se quitó las joyas, se soltó el pelo y entretejió su parlería con la naturalidad que mostraría en su propio bungaló. Caminaba por el salón al tiempo que se desprendía de la tela alargada de su sari y al

llegar a la chimenea se quitó la blusa y la ropa interior. En silencio, se tumbó desnuda en el suelo, frente al contumaz fuego, con la naturalidad de una bestia salvaje.

—*Pourquoi triste*? —pregunté mientras hurgaba el fuego de la chimenea con el atizador y contemplaba las brasas—. Porque estás cansada de mí, ¿no es eso?

Pero no me contestó. Siguió callada. Entonces, alzó los brazos y compulsivamente acudí a su encuentro. Me sumergí al instante en un abismo de pasión".

Salvador se encontraba cegado como un torero español por el orgullo de su fuerza, de su destreza y por las ansias de gloria. Se imaginaba en una plaza irguiéndose al andar con su chaquetilla deslumbrante, de enormes realces, pesada como una armadura medieval, de puntillas, como queriendo ser más alto, moviéndose con una arrogancia de conquistador. Miraba al público con aire triunfal, como si nadie más existiese, ni el temible toro bravo, ¡porque todo era suyo! Se sentía capaz de matar a todos los toros que existiesen en todas las dehesas del sur de España. Todos los aplausos eran para él, estaba seguro de ello, sin duda. Se encontraba en otro mundo, un mundo de leyenda: "Me encuentro como si estuviese en una de esas praderas que se ven en los tapices", pensaba mientras degustaba un cigarrillo al lado del cuerpo desnudo y dormido de Amrita.

Se imaginaba una escena de libros de caballerías: él, el paladín con la lanza al hombro, y ella la amazona, viajando juntos, enamorados y en busca de aventuras y peligros. "Defendiendo Constantinopla… ¡Pero qué digo yo! Ganando torneos, batallas con monstruos, ordalías, duelos, pueblos paganos, gigantes de un ojo… ¡Ah! Pero tú no entiendes de esto, bestia de mi alma. ¿Verdad que no me comprendes?".

25

En la vida de Salvador hubo un antes y un después de conocer a Amrita. Allí, en la India, sus hábitos le recordaban a sus años de soltería, previos a la promesa de amor a su esposa ante el altar de himeneo. Quiso rejuvenecer nuevamente con el presentimiento melancólico de que la belleza de la mocedad desaparece paulatina e imprevistamente. Antes, su existencia le parecía insustancial, su vida matrimonial se había vuelto hastiada con el paso de los años. Sus frecuentes viajes al extranjero solo constituían una huida al mismo tiempo que le ilusionaba encontrar algo de interés que diese razón de ser al hilo de su vida. Una de las cosas que más le cautivó de su relación con Amrita, en la que estaba involucrado hasta los huesos, era la asistencia al proceso de creación de una de sus obras.

“Tenía su estudio junto a su casa, muy bien ordenado. Recuerdo que, aun con el hálito de mi presencia, no dejó de trabajar cerca de tres horas largas con una concentración animal y un solemne silencio. Sentado, bebía yo el incandescente té, azucarado y fuerte, servido por su llamativo criado, portador del pueril nombre de Bibhu, hombre silencioso en sus movimientos y ágil de manos, imponente y ceremonioso, como si estuviera habituado a los hechos más extraordinarios y no pudiera asombrarle nada de su señora. Sus ojos inquietantes, pequeños y triangulares en aquella cara de apariencia bondadosa, me recordaban a los de un rechoncho sacristán de pueblo, pero con la característica de que este indio tenía unas pupilas malignas que le daban un cierto carácter sombrío, además de tener un dedo de la mano amputado. Nunca pareció reparar en mi presencia, limitándose tan solo a hacer su cometido, pero con una solemnidad sensacional.

Estuve bebiendo té y más té con especias hasta que debió de destruir todo mi sistema nervioso (si es que conservaba alguno por aquel entonces). Era una experiencia fascinadora verla trabajar, otear la manera en que imprimía colores al lienzo, las instrucciones que daba a sus modelos: determinante, pero afectuosa. Recuerdo que en una ocasión iba a pintar a una señora con su hijo y cuando Amrita le dijo que desnudase al niño, esta se horrorizó e intentó poner pies en polvorosa. Amrita, sin un signo de disconformidad o crispación, ¡qué palabras tan bellas le dijo a la madre! ¡Cómo la convenció! Tal escena me hizo recordar la cita del Evangelio *qui se humiliat exaltabitur* —quien se muestre humilde, será exaltado—. Yo no entendía el idioma hindi, tan solo algunas palabras de cabecera para defenderme, pero su modo de expresarse, la sencillez, el ademán con que la cogió de la

mano, la pronunciación de las palabras, a mí me parecieron extraordinarios y acabaron por convencer a la aldeana, y su hijo acabó posando junto a ella resuelta y cómodamente. De pie frente a su caballete me parecía tan bella… Su dulce rostro y su coronilla cubierta por un pañuelo me recordaron a la Virgen María en la *Pietà*, cuando sostiene en sus rodillas a su hijo descendido de la cruz. Leí en un libro que la crítica de aquel entonces reprochó al artista italiano que hubiera representado a la madre casi tan joven como al hijo, pero Miguel Ángel argumentó que María era virgen y la castidad del alma mantiene la frescura del cuerpo. Dios, para mostrar la pureza de la madre de Cristo, tuvo que conservar por mucho tiempo la hermosura de su nubilidad y el vigor de su belleza. En aquel momento, en el estudio de Amrita, deseaba que el tiempo se petrificase como aquella estatua, que se paralizase, que los segundos, minutos, horas, meses y años se detuviesen, que nos conserváramos tal como éramos sin envejecer, que Dios me concediese un mayor plazo en la vida para gozar de aquella lozana joven tan sensualmente hechizante".

Salvador supo que la discordia entre los padres de Amrita era la causa de su carácter errático. Ella padecía un conflicto interno que intentaba expresar en sus pinturas bajo distintos ropajes. Mientras que los colores y sonidos de la India estimulaban su sensibilidad, la pobreza reinante despertaba en ella una profunda compasión fraternal. Su éxito en la pintura radicaba fundamentalmente en la consecución de algo antisentimental y antipictórico, que fue más lejos de la mera representación estética de la pobreza. Su propósito no era alcanzar la popularidad, sino conseguir el reflejo de la dignidad de los menesterosos curada de todo sentimentalismo melodramático.

La situación social de la India bajo el yugo británico era un asunto que les atañía a ambos con especial interés. Desde la terraza del bungaló, mientras contemplaban el atardecer acomodados en sillones de bambú, conversaban hasta bien entrada la madrugada, animados por el *whisky* escocés porque, como decía Salvador: "En este triste país colonizado donde no hay vides, se sustituye el vino con líquidos que abrasan la garganta y que jamás han sido bendecidos".

—Un escritor español ha publicado un ensayo sobre el autor de *Don Quijote*. Según él, unas palabras de Cicerón han gravitado sobre toda la vida de Cervantes: *Nisi sapiens, liber est nemo*. Es decir, aparte del sabio, nadie es libre. ¿Quién es sabio? El que es práctico en la vida. La sentencia quiere decir que los prudentes, los acuchillados por la adversidad, son libres.

—Efectivamente, sabio es quien sabe vivir con ecuanimidad. Más aún, yo diría que sabio es aquel que ignora o desprecia las cosas que

la mayoría persigue —expuso apasionadamente Amrita—. Me refiero a ese campesino que labra su tierra y que habla con palabras calmas, heredero de una experiencia milenaria. En suma, si los ingleses aprendiesen a razonar en la India, reducirían bruscamente sus dogmatismos. Ahí radica el poder escéptico de la sabiduría congénita de esos campesinos indios que los británicos desconocen. Su filosofía vital, el conocimiento que ha circulado de boca en boca durante generaciones mediante mitologías, leyendas… Ellos, los analfabetos, hacen inteligible la cultura de la India, ese inabarcable legado.

—Muy bien. ¡Exacto! Y seguramente ellos ni siquiera han oído hablar de Platón, Montaigne, Kierkegaard o Spinoza —dijo Salvador mientras encendía un cigarrillo a la vez que sentía el entusiasmo por el modo en que la conversación derivaba con tanto interés como deleite—. Básicamente lo que viene a decir Gandhi, y aprendí en su *ashram*, es que el campesino no debe ser solo un trabajador al servicio de los británicos y arar la tierra para que ellos hagan uso de sus frutos o los exporten a la metrópoli, como sucede, por ejemplo, con el té y las especias, sino alguien capaz de plantearse su sentido, un aventurero de la libertad.

—De hecho, una virtud reseñable de estas personas humildes es su capacidad de cuestionarse lo obvio, lo que la gente común da por descontado, de preguntarse no solo '¿por qué?' sino '¿estás seguro?'. O su variante, '¿y si no...?'. Ellos son los sabios porque entienden para qué quieren saber lo que saben y para qué saben hacer lo que hacen… Cuando entablas conversación con ellos, en el campo o en sus parvas viviendas, te das cuenta de su capacidad para hacerse preguntas sin respuestas sencillas, de razonar y analizar conceptos complejos, como los de libertad y justicia.

—No, vamos a ver, yo lo veo así. Son sabios sin la necesidad de haber leído un libro, pero sabios cansados del trato recibido. Ellos viven en una burbuja, saben para qué trabajan, para producir para los ingleses. Y ya está. Esa pericia en la interpretación de los textos hindúes desde luego es enriquecedora, pero no los hace mejores personas, ya que todavía no son libres, incluso reciben persecución al reivindicar sus derechos. Deben utilizar esa sapiencia transmitida oralmente durante décadas en la toma de conciencia de su papel en esta colonia del Imperio británico. No te olvides que ellos son como aquel alfarero de quien habla Horacio, que pensaba ánforas y producía pucheros. “Hemos empezado a hacer un ánfora, la rueda gira, ¿por qué nos sale un cántaro?”. Porque por mucho que trabajen y produzcan, sus condiciones socioeconómicas van a ser las mismas, las de los oprimidos. Es decir, les faltan líderes locales que les arenguen para ingeniarse una auténtica revolución social, porque son un pueblo encerrado, pisoteado, sofocado. Lo que he aprendido de la lucha de

Gandhi es la importancia que asigna a los seres que la administración británica y las clases superiores indias consideran insignificantes: a ese gañán explotado, a esos sujetos de casta ínfima o sin casta alguna… Ahí reside su grandeza, en dignificar a ese sabio, al paria, al intocable, al denostado por los anglosajones... Los gobernantes siempre parlotean sobre lo inútil y desdeñan lo esencial. El consuelo para los oprimidos no tiene lugar ni en los proyectos de los maharajás ampulosos al mando de sus provincias como autoproclamados soberanos y divinos, ni mucho menos es algo prioritario en la mente de los ingleses. ¿Sabías que el opio es tenido por arma de guerra y que la adicción que genera ha sido un método para debilitar a los resistentes frente a la expansión del Imperio británico? Los políticos de Gran Bretaña han estado al tanto de ello. Lo he denunciado en mis artículos. Recientemente publiqué uno en un periódico argentino que trataba de la principal razón del hambre en la India, la forma en que las compañías británicas masacraron por sistema la agricultura de subsistencia y también la industria tradicional, preferentemente la textil. Los indios fueron forzados a abandonar el cultivo de sus alimentos básicos, reemplazados por el laboreo de vegetales exportables a Inglaterra, el té y la adormidera. Esto produjo la gran hambruna del siglo pasado: casi treinta millones de indios muertos entre 1876 y 1898. Inglaterra implantó el cultivo masivo del opio, con especial intensidad en Bengala desde mediados del siglo XVIII. El llamado 'puerto libre' de Hong Kong en realidad fue construido como eje del tráfico consentido de drogas a Gran Bretaña y eso continúa siendo. Hace años, los británicos fundaron el *Shanghai Hong Kong Bank of Commerce*, más conocido por las siglas HSBC, con el objetivo de gestionar los suculentos beneficios del tráfico mundial de opio. La gloria del Imperio británico es debida, en parte nada desdeñable, al negocio criminal del narcotráfico, del que tienen el dudoso honor de ser sus primitivos beneficiarios. Como le he escuchado decir a Gandhi, en la India, al contrario de lo que comúnmente se piensa, no había hambre antes de la invasión británica.

Amrita, tras un silencio y atraída por el cordial hechizo del elocuente español, añadió:

—Entonces, y en resumidas cuentas, aquel sabio campesino es un hombre prudente, tolerante y bondadoso porque estima que la acción violenta no tiene para él un valor comparable al del pensamiento. Sin razonar la acción no es nada. Gandhi, como un *sadhu* en su cueva de las montañas, genera más energía y es más útil a la Humanidad con sus doctrinas que la más insigne fábrica de Mánchester.

—Te diré más: existe una similitud entre Cervantes y Gandhi. Si Cervantes no hubiera soportado el cautiverio de Argel, nunca hubiera escrito el Quijote; si Gandhi no hubiera sido encarcelado, el

movimiento de la resistencia pacífica y de la no cooperación con el gobierno británico se hubiera desvanecido. En ambos casos, las ideas fermentaron en la malandanza de una prisión “donde toda incomodidad tiene su asiento y donde triste ruido hace su habitación”.

El español había bebido ya mucho y Amrita mostraba hacia él gestos de comprensión y afectuosidad a la vez que de indulgencia. Realmente, Salvador se encontraba si no beodo, sí en ese estado fronterizo entre la lucidez y la ebriedad.

—La vida se acaba paso a paso, todo se termina en el mundo —continuó argumentando Salvador—. Todo tiene su aumento y su merma, las minucias al igual que los grandes imperios. Como dijo Tito Livio: *Quod difficillimum videtur, eo ipso facillimum sepe est*. Es decir, 'Lo que parece más difícil, es por ello mismo muchas veces lo más fácil'. En suma, el Imperio británico tiene los días contados por los actos de un hombre minúsculo que abandonó su casa y partió en busca de aventuras...

—Entonces, brindemos por eso, *L’Chaim!* ¡Por la vida! —sentenció Amrita mientras alzaba su bebida.

Al dejar el vaso sobre la mesita, desabrochó su blusa e insinuó en la penumbra sus curvados pechos. Los ojos de Salvador se animaron con un fuego sublime. Se había esfumado el intelectual locuaz para dar paso al amante tempestuoso en pleno esplendor de su genio. Amrita, con las mejillas arreboladas, lo cogió de la mano y este, churruscado por el lacerante ardor, se dejó conducir al salón.

—Si fuese escultor, esculpiría la Venus en su más casta desnudez —susurró Salvador mientras la besaba de pie ante la chimenea y descubría gradualmente el cuerpo que le había causado tanta exaltación—. Con su cuello exquisito…, pechos duros como el mármol…, caderas trazadas con tiralíneas... Crearía una obra de arte divina, la Venus de Médicis tendría su igual. Sería incluso más bella que la misma Afrodita desnuda que surge de la espuma del mar.

—¡Miradme pues, maestro! —exclamó Amrita con una ruborosa sonrisa al tiempo que se deslizaba desnuda sobre el sofá en postura idéntica a la de la Venus de Tiziano.

Salvador, cual don Quijote redivivo, con meditada decisión de ir a galope tendido hacia los molinos de viento, comenzó a desprenderse frenéticamente de su armadura. Fuera, las estrellas refulgían en la noche callada. La primavera llegaba. Al día siguiente, las ramas de los árboles empezarían a vestirse, engalanándose de verde.

26

La industria cinematográfica británica mantenía por entonces una estrecha colaboración con la de Hollywood, con un constante intercambio de directores, guionistas y actores. En los años treinta, las figuras más importantes fueron, entre otros, Alfred Hitchcock, quien en su etapa inglesa realizó *Treinta y nueve escalones* (1935), y el director y productor de origen húngaro Alexander Korda, que pocos años después efectuó la versión cinemática de *El libro de la selva*, de Kipling, dirigida por su hermano Zoltan y con el atlético actor indio Sabu Dastagir como protagonista. También magiar de origen era Peter Johann Weissmüller, más famoso como Johnny Weissmüller, que encarnó a Tarzán en la versión de 1932, y que Amrita vio en Budapest durante el tratamiento de la sífilis. Aunque los hermanos Lumière visitaron por primera vez la India en 1896, y se discute si la primera película india fue *Pundalik*, del pionero realizador Dadashaheb Torne, en 1912, no fue hasta 1913 cuando se produjo y editó la primera película autóctona digna de mención, titulada *Harishandra* y rodada a las órdenes de Dadasaheb Phalke sobre un tema mitológico, materia central del cine indio. Algo más tarde, el cine sonoro tomó carta de naturaleza entre los indios con el filme *Alam Ara*, de 1931.

En aquellos años treinta, el número de películas producidas superaba ya el centenar al año. Los temas discurrían desde la mitología a las tradicionales historias de amor, siempre ribeteadas de bailes y cantos. Aun así, la industria estaba controlada por la censura británica que, por ejemplo, no reparó en prohibir *Ira* en 1930, del cineasta R. S. D. Choudhury, por su figuración de actores indios como líderes locales, con la argumentación de que desafiaba a la autoridad indirectamente con motivos nacionalistas indios. Los estudios de cine pronto empezaron a surgir en las grandes metrópolis de Madrás, Calcuta y Bombay. Ya en 1935, el cine era un oficio establecido en la India y Amrita disfrutaba de él. No era extraño verla en estrenos o pasando la tarde en alguna sala de proyección.

“Una vez fuimos a una sala, ponían una película india muda. No me acuerdo de qué trataba, pero sí que era un dramón en blanco y negro capaz de hacer llorar hasta a las piedras. Nos tuvimos que salir antes del final, ya que Amrita no dejaba de cacarear en la platea. Recuerdo sus críticas a la trama desde el inicio. Era contraria a ese tipo de dramas con aquellos tristes argumentos de karmas, mitologías, etcétera. Ella deseaba que un día los productores pudiesen reflejar en sus cintas la verdadera belleza de los campos de la India y de sus

habitantes sin artificios.

Me decía que quería reflejar la vida de los indios mediante la pintura, particularmente la de los pobres; que se sentía especialmente atraída por la mirada de los aldeanos, de los pobladores rurales y de los más descastados. Para ella, la pérdida de la libertad equivalía a una pulmonía, a la rotura de un miembro o incluso a un ataque cerebral. Encontraba una belleza subrepticia en la corrupción de esa gente.

Yo comprendía sus sentimientos. Amrita odiaba el sentimentalismo de saldo hacia los necesitados y quería evitar, según me repitió varias veces, hacer una propaganda lóbrega de la India a través de composiciones de carácter meramente popular para complacer sin trabas al público.

Su punto de vista era transgresor, a contracorriente. Esta era una de las razones por las que Amrita causaba tal atracción en la gente, porque desprendía dinamismo y dejaba entrever su seguridad en sí misma. Recuerdo que sus temas eran, sobre todo, aldeanos o granjeros que araban el terreno o llevaban de retorno a sus bestias de carga. Más que cosas bonitas, pintaba un híbrido entre lo bello y lo moribundo, algo que se marchita y descompone. Al menos en las pinturas y esbozos que yo pude ver personalmente, ya que otras, muchas vistas posteriormente en reproducciones, no las conocí en la India.

Tan solo una vez la vi melancólica. Las más de las veces era obscena; en otras, podía ser tremendamente vulgar, incluso sádica, pero casi siempre era la Amrita radiante, jovial, positiva y vivaz que conservo en mis recuerdos. Del tiempo que pasé a su lado, pese a nuestra intimidad, nunca acabé por conocerla del todo. Le gustaba el filete medio hecho, el *curry* muy picante... Eso era: ¡puro fuego! Aun siendo una lectora selecta, muy cultivada, consideraba que el mejor libro era la vida. Sus escritores favoritos eran Thomas Mann, Aldous Huxley, Virginia Wolf, Bernard Shaw, Stefan Zweig, Sinclair Lewis y, por encima de todos, Dostoievski. Pero no llegué a conocer a Amrita Sher-Gil como a una persona normal con la que, después de pasar mucho tiempo, eres capaz de anticipar sus acciones o pensamientos. Con Amrita era distinto, un completo misterio. A veces el trato personal destilaba una soberbia semejante al ímpetu con que Alonso Quijano emprendía la demanda del yelmo de Mambrino o la liberación de los galeotes. La comparaba con Greta Garbo o Marlene Dietrich, rebosante de un misticismo romántico que enloquecía a los hombres. Nunca me pareció tan enigmática como al oír sus carcajadas cuando escuchaba de mí estas ocurrencias sobre ella. Repetía a menudo una frase que me gustaba sobremanera: 'El que teme la soledad no comprenderá jamás el misterio de la vida'.

En Shimla consiguió un cierto aire de notoriedad, no solo debido a su temperamento, sus saris, las hablillas y su producción pictórica —que era cada vez más admirada—, sino por su modo tan curioso de desplazarse. Tenía unos sirvientes muy fieles que guardaban con sumo secreto lo que acaecía en su casa, las entradas y salidas. Una vez le pregunté a Bibhu, acicaladísimo y fibroso como un forzudo circense, que quién había visitado a Amrita últimamente y me respondió con el silencio y con una honda, pertinaz y granítica mirada desafiadora. Su carro, conducido por este curioso personaje de ojos achinados, era una calesa amarilla, tan llamativa que todos los ciudadanos de Shimla la reconocían cuando Amrita se desplazaba para ir a comprar al mercado. Su diseño estaba muy *á la page*, no había otro carro de tiro decorado así en toda la India.

Invoco con placer las noches que pasábamos sentados en el balcón de su casa, o más frecuentemente frente a su hermosa chimenea, escuchando el chisporroteo del fuego que ardía lentamente, en ese momento suave y calmado tras su primera intensidad en la que había calentado el aire y solo ardía con menor ímpetu para que se le observase en silencio. Lo acompañábamos con conversaciones sobre arte, política o cualquier tópico mundano, los dos juntos, arropados por una manta mientras las sombras y espíritus mitológicos hindúes se congregaban ante las ventanas, escudriñándonos oscuramente en silencio…”.

27

Siglo tras siglo de abrazos carnales y, sin embargo, el hombre no está más cerca de sus semejantes.

Durante su estancia en la India, Salvador Pérez Mombrú aprendió lo importante que es el afán de conocer gente y que con los nacionalismos imperantes, los políticos y monarcas habían mostrado mucha alharaca estúpida que solo tuvo el resultado de dividir a las personas según sus creencias y origen geográfico.

Volvió a la convulsa España de mediados de los años treinta, pues no pudo aguantar más tiempo en la India ya que tanto su familia como los diarios de noticias que lo contrataban habían requerido su presencia.

Esta resolución salvó su inestable relación con Amrita. Por una parte, sintió un alivio, en tanto que no sabía cómo darle fin. Por otra, deseaba ser el mismo hombre familiar y recuperar el sosiego interior conseguido antes de su encuentro con la artista. Quería apagar el fuego de la pasión que le consumía por dentro y no le dejaba continuar viviendo. Se sentía orgánicamente unido a ella y no le resultó nada fácil la despedida: “Pienso que la civilización es algo más que la fuerza, que la política y que las estadísticas... ¡y que acaso la cultura! La vida consiste en escuchar y comprender… He decidido marcharme porque encuentro aquí una agresividad, un furor, una frivolidad y una deshonestidad que me zahieren en lo más hondo. Poco a poco, en mí se ha formado un estado de ánimo que no logro equilibrar ni tampoco neutralizar. ¿Por qué existe esta brusquedad en la atmósfera? He decidido marcharme con profunda aprensión. Siento hacerlo, pero… ¡me alegro! Si no me alegrara no me iría, pero al mismo tiempo me duele la aflicción que me invade en estos días de *spleen*.

La inseguridad y el desorden me entristecen mortalmente. Quizá sea una cuestión de renuncia, de abnegación y de voluntad. ¿No podrá sucederme esto mismo en otros lugares, en cualquier parte del globo? Lo dudo, probaré, pero por ahora tengo que cambiar este paisaje espiritual por otro más sereno y verosímil”.

La despedida fue una mañana a la suave brisa de la aurora. El cielo carecía de brío, un pálido sol aclaraba su basamento dibujando siluetas entre sus pliegues y anunciando la entrada de aquella liviana frescura. Salvador se había levantado muy temprano. Se sentía anonadado. La inquietud que le aguardaba desvaneció por completo su somnolencia. Anduvo inquieto por el salón de su bungaló

encendiendo otro cigarrillo con los restos del que acababa de consumir. Vagaba por la habitación con paso nervioso. Se detenía para contemplar lugares que le rememoraban apasionados momentos con Amrita y después se dejaba caer en el sillón, como si le acometiese una repentina flojedad la decisión de su partida. Varias veces miró el reloj... ¡con qué rapidez pasaba el tiempo!

Al andén llegaba un revoltijo de olores de humedad y tabaco. Había tipos con turbante y sin él, y otros se limpiaban los dientes con ramitas de árbol. Llegó en tropel un voraginoso grupo que ocupó los vagones de tercera clase; parecían devotos peregrinos de camino a algún santuario del interior. Pronto, uno de ellos empezó a alborotar escupiendo su tabaco rojizo desde la ventanilla y otro, con la cintura abombada hacia fuera, comenzó a enjuagarse la boca con vehemencia.

Salvador estaba triste; Amrita también, un poco. Los dos, en la estación, callaban, no sabían qué decirse en aquel evento tan enjundioso: se separarían para siempre.

“Amrita llegó a la estación temprano, justo al despuntar el alba, con su peculiar carruaje espoleado por Bibhu. Era una hora inusitada para verla despierta. Paseamos a lo largo del andén a la espera de la salida del tren estacionado. Mi voz se consumía junto a una punzada de dolor y lágrimas embalsadas. Parecía que abandonaba no únicamente a alguien querido, sino a parte de mi ser. Quise besarla, estrecharla, llevármela conmigo como un adolescente enamorado. Sabía que nunca más nos volveríamos a ver y que con mi adiós se ponía punto final a nuestro *affaire*.

Un nuevo capítulo iba a empezar en nuestras vidas, al menos en la mía, dado que Amrita tendría muchos más pretendientes, indudablemente. Le sonreí y le dije algo así como:

—Espero haberte dejado una huella indeleble que me distinga de tus queridos amantes.

Recuerdo que ella reclinó su cabecita sobre mi pecho y me contestó:

—Hemos pasados unos bellos momentos. No te olvidaré.

Al tiempo que pronunció sus palabras, sonó un campanilleo largo, persistente y apremiante, seguido del silbato del tren que inició su movimiento con un parsimonioso traqueteo.

—¡Sube! No cometas una estupidez, vete de aquí —me dijo mientras yo seguía de pie en el andén, agarrado a sus brazos.

La obedecí como si atendiera el mandato de una divinidad hindú a su fervoroso creyente. Mientras el tren se despedía con lentitud de la estación, ella seguía caminando por aquel andén sucio y yo la miraba por la escotilla con ojos sollozantes. Al final fue más poderosa la zozobra que atenazaba mi corazón: repentinamente brotó en mis ojos un caudal incontenible de lágrimas que rodaron por mis mejillas

empapándolas.

Aún puedo rememorar que, de improviso, se detuvo con una mueca compasiva hacia mí como diciendo 'Qué niño eres, lloras por una mujer con sari, morena e insignificante en este mundo'.

En aquel instante, mientras avizoraba por última vez aquel paisaje, me vino a la mente una famosa copla de moda que rezaba algo así:

Hasta los suspiros míos
son más dichosos que yo.
Ellos se quedan y yo me voy,
ellos se quedan y yo no.

A veces pensaba que hubiera preferido más firmeza en mi esposa a la hora de apoyarme, que fuese mi consejera, que hubiese sido capaz de llenar la oquedad que parecía oculta en algún lugar de mi conciencia, que me perfeccionase como marido, como hombre… En aquel largo trayecto ferroviario hasta el puerto de Bombay, y luego naval hasta el Viejo Continente, meditaba sobre este enredo acunado por los recuerdos de Amrita. ¿Ha sido verdad todo lo que he experimentado? Sentía como si hubiese sido desvelado de un sueño y llegué a la conclusión de que esa clase de felicidad era imposible de alcanzar en esta vida, porque no existía.

Sabía que nunca más volvería a verla. Me acordé de un incidente durante mi infancia: mi padre conocía a un ganadero sevillano y gracias a él, durante las fiestas de Valencia, pudimos ver una corrida de toros desde un lugar privilegiado en la plaza. Era un circo de ladrillo rojo, con ventanales arábigos, en cuyas inmediaciones vivían individuos astrosos, parásitos, vagabundos que dormían de limosna en las cuadras, sustentándose con la caridad de los aficionados y las sobras de los que comían en las tabernas inmediatas. Este señor opinaba que los que vociferaban contra este arte en nombre de la protección de animales eran unos ignorantes porque solo distinguían a los animales por los cuernos y consideraban lo mismo a un buey de matadero que a un toro de lidia. Aquel día aprendí que el torero estaba destinado a morir en la plaza de una cornada y este era el motivo por el cual veía a mi alrededor que le aplaudían con entusiasmo homicida. Aquella persona no tenía más guía que la temeridad; valor y audacia eran lo necesario para vencer. Aquellos tremendos cuernos que podían dar la muerte con solo un leve movimiento no le daban miedo. Como a Amrita en la India, la gente admiraba al torero en la plaza por lo mismo, porque tenían su desgracia como cierta.

Años más tarde leí que falleció misteriosamente, cuando solo contaba veintisiete o veintiocho años. Me transmitieron el rumor de

que fue su propia madre quien le quitó la vida con algún veneno tradicional. No me sorprendió que el inconstante vivir y humor sanguíneo de Amrita la hubiesen empujado a ese fin en medio de aquel imperante cinismo civil porque, como a ella, aquel público que se enardecía con infame entusiasmo ante la ceguera con que desafiaba el torero a la muerte y le azuzaban con la bestialidad de los que presencian el peligro en lugar seguro, a aquel héroe español le creían un suicida con suerte, murmurando: 'Mientras dure…".

Salvador escribió numerosos artículos sobre los acontecimientos políticos de la India, desconocidos hasta entonces por los lectores españoles. Sus reportajes eran más bien sociológicos por la lucidez retrospectiva de sus escritos. Se impuso la tarea de ser portavoz de los indios oprimidos por la anacrónica colonia. Sus artículos brillaron con luz propia tanto en territorio ibérico como en Latinoamérica, donde fueron reproducidos y elogiados con ardor.

El desconocimiento hispano sobre aquel movimiento emancipador se debía a la crisis política en la que España estuvo inmersa desde la Primera Guerra Mundial hasta los albores de la Guerra Civil, y también a causa de los tentáculos de la propaganda británica. La publicación de esas columnas, en las que tomaba sin tapujos una postura simpatizante hacia el Partido del Congreso, le valió la negación del permiso para volver a entrar en la India, incluso se atentó infructuosamente contra su vida.

Salvador hizo lo que estuvo en su mano para extender las ideas de Gandhi, de quien fue admirador incondicional. Conjeturaba que la finalidad de los ferrocarriles era solo la de apropiarse por la fuerza de las riquezas naturales y tesoros artísticos de la India. "Los ingleses que van deprisa, sabiendo que la línea recta es la más corta, atropellan cuanto encuentran; siguen su camino, no avisan a nadie y dejan caer a cuantos hallan por delante".

Describía la violencia con que los británicos implantaban sus colonias y sus procedimientos inquisitoriales con el ejemplo del *sport* llamado 'la caza humana'. Casi todos sus escritos daban una imagen tremebunda de la India colonial, pero siempre quiso exponer la racionalidad del nacionalismo indio en contraste con el imperialismo inglés. Narraba los acontecimientos que la todopoderosa censura británica intentaba esconder a toda costa y así presentaba a sus lectores la imagen de una India que definía como el país esclavo que está redimiéndose.

28

En 1937, Amrita escribió para la revista *The Indian Ladies' Magazine*: "Se operó un cambio en mi pintura desde que puse los pies en la India. Me di cuenta entonces de mi misión artística: interpretar la vida de los indios y particularmente la de los pobres; pintar esas solitarias imágenes de infinita sumisión y paciencia; representar sus cuerpos angulares extrañamente bellos en su fealdad; reproducir en el lienzo la impresión de tristeza que me ha impactado; interpretar esos cuerpos más allá de un nivel emocional barato y sencillo mediante una nueva técnica, mi propia técnica; ser estéticamente sensible para ser percibida por el espectador perspicaz y, por último, poder conllevar y trascender esas sensaciones al espectador".

Amrita se mantuvo ocupada pintando durante todo el día. Trabajaba entusiasmada. El recuerdo de Salvador sentado en su estudio le hacía sentir más inspirada y ágil. Para trabajar, para crear, necesitaba un apoyo íntimo y espiritual. Tenía que existir en ella una realidad interior para sentirse viva. No le importaba que los demás estuviesen o no conformes con ella, opinasen lo que quisiesen o viesen o no aquella realidad que la hacía vivir. Amrita se sentía apoyada en sus convicciones, en su realidad innegable, y en virtud de ella vivía, producía, trabajaba, seguía la sucesión del tiempo, aquel que Salvador tanto deseaba que se detuviera.

En aquellos días, su propósito era hacer un *tour* por la India, especialmente por el sur, participando en exposiciones y, al mismo tiempo, con la intención de vender alguno de sus cuadros. Su mano febril mezclaba color sobre color en su paleta. Poseía a fondo la ciencia y la magia de los contrastes, ya fuese en una nariz, una boca, unas piernas, un cuerpo desnudo o animado; en todo quería infundir luz y vida, energía y vigor.

Por las mañanas pintaba a un niño, después de comer tenía como modelo a una joven, por la tarde pintaba el retrato de un anciano y antes de anochecer se dedicaba a pintar y retocar paisajes. Sentía una especial repulsión por las grandes ciudades. En su opinión, eran una desgracia para la cultura tanto oriental como occidental. Sin embargo, fue en Bombay donde comenzó a apreciarse muy seriamente el trabajo artístico de Amrita a este respecto. Los edificios, árboles y avenidas parecían moldeados con la misma pasta marrón. Allí los ingleses terminaron de construir algo más de una década anterior, en 1924, un Arco del Triunfo para conmemorar la primera visita de los soberanos británicos al subcontinente.

Fue en el año 1911 cuando el rey Jorge V y la reina María pusieron

un pie en la colonia, celebrándose la coronación de ambos como emperadores de la India. En aquella ocasión, además, se anunció el traslado de la capital india de Calcuta a una nueva ciudad que sería construida al sur de Delhi y que se llamaría Nueva Delhi. Aquel Arco del Triunfo, monumento de basalto, símbolo de poder y majestuosidad del Imperio británico, fue bautizado como *Gateway of India*, es decir, Puerta de la India. Desde entonces fue lugar de llegada y bienvenida para los viajeros que arribaban a la ciudad por barco, pero sobre todo para recibir a virreyes y gobernantes. La ironía de la historia haría que este fuera el lugar elegido por los británicos, años más tarde, para decir *goodbye* a la India tras conseguir esta su independencia.

Durante la última oleada de calor previa al monzón, Amrita llegó a la ciudad para exhibir varias de sus obras en el salón principal del prestigioso hotel Taj Mahal Palace. Justo enfrente, el mar de la ciudad chocaba como caldo contra las rocas que hacían de pared. El dueño del lujoso hotel era un empresario indio llamado Jamsetji Tata, de quien se dice que decidió construirlo en la región de Colaba de Bombay, al lado de la Puerta de la India, después de que se le negase la entrada a uno de los grandes hoteles de su tiempo, el Hotel Watson's, cuyos servicios eran exclusivos para blancos.

La exhibición de Amrita atrajo numerosos visitantes, artistas y críticos. Entre ellos estaba el experto en arte del periódico *Sunday Standard*, el señor Ravichandran. Era pequeño y delgado, de piel muy morena, algo apocado y meticuloso: "Entré al salón y me quedé estupefacto al ver las pinturas —recordaría el crítico de arte—. Nunca había visto nada de ese estilo. Pensé que, desde luego, llegaría a ser la artista más relevante que jamás había existido en la India. Yo iba tomando notas, como de costumbre, cuando de repente oí unos pasos que se acercaban a mí. Al girarme, vi una joven atractiva vestida con un sari que resaltaba mucho su figura: era Amrita.

Había oído hablar mucho de ella y visto su fotografía en periódicos y en alguna revista literaria donde habían publicado artículos suyos sobre arte, pero nunca la había visto en persona. Recuerdo que era de piel morena, pero no el color de piel típico indio. Dudé en un primer momento si era de verdad Amrita o una huésped extranjera del hotel con indumentaria india. Del sobresalto, se me cayó el cuaderno al suelo, que ella recogió amablemente al mismo tiempo que me dirigía sus primeras palabras: 'Mi nombre es Amrita, he observado desde el otro lado de la sala que usted ha estado tomando notas sobre mis obras'.

Me presenté. Al instante hubo química entre nosotros. ¡Ojalá hubiese sido más joven entonces! Cuando la conocí, yo tenía 53 años y ella creo que tenía 23 o 24… Pero por su forma de comunicarse parecía mucho mayor y madura. A pesar de su juventud, era una

mujer muy dotada y culta. Además, me pareció que aun siendo tan joven, había vivido muchas experiencias amargas en la vida que la fortalecieron, dándole esa seguridad en sí misma tan dominante que tenía. Me acuerdo de que ese día en que nos conocimos hablamos durante muchísimo tiempo de temas tan diversos como la literatura, la religión y, sobre todo, la pintura, ¡cómo no! La verdad es que yo no tenía dudas de que aquella mujer, que tenía toda la vida por delante, llegaría a ser una de las mayores artistas del mundo. No solo era llamativo el modo de expresión en sus pinturas, sino que había algo enigmático y tremendamente hechizante en su persona.

La invité a mi estudio, ya que tenía especial interés en conocer mi colección privada de miniaturas. Entonces yo era el crítico de arte más popular de la India y el más respetado (ambas cualidades eran difíciles de reunir), y aun así, esta joven me trataba como si nos conociéramos íntimamente desde hacía años y con un respeto reverencial, como el de una hija hacia un padre. Siempre, siempre elegante y con una educación finísima. Por lo menos hacia mí, ya que de las habladurías que circulaban sobre ella y todas esas cosas que vertían sobre su carácter o actividades sexuales que pude oír de la gente años más tarde, ni experimenté ni fui testigo, la verdad.

Le hablé del sur de la India y me sorprendió que ella lo desconociese; de la rica cultura de Tamil y Malayalam, de los templos, de las obras esculpidas en roca y de las pinturas de Thanjavur. Ella escuchaba como si fuese una alumna aventajada de una clase de la universidad sentada en la primera fila, toda anonadada, llena de insaciable curiosidad y con afán por saber más, preguntado y preguntando. Tal fue su interés que le di un mapa. Días más tarde, me mandó una postal muy simpática desde el sur: era una reproducción de una mujer en pose de baile *bharatanatyam*. A pie de foto escribió: 'No pierdas el día en el que pudiste bailar'.

Ya no la volví a ver, pero mantuvimos una larga correspondencia. Me solía escribir a menudo comentándome libros que había leído o exposiciones en las que había participado. Recuerdo que intentamos vernos cuando ella vino a Bombay para coger el barco con destino a Europa. Me había escrito para decirme que contraería matrimonio en Budapest con el doctor de medicina Víctor Egan, pero en aquella ocasión yo me encontraba trabajando en la catalogación de los documentos y libros de la biblioteca privada del maharajá de Hyderabad.

Al inicio de la Segunda Guerra Mundial estuve destinado en el Servicio Postal de Calcuta y allí fue donde recibí la noticia de su fallecimiento. Un amigo cercano a Amrita me mandó un telegrama diciéndome que había sido asesinada, pero luego supe que no había pruebas contra nadie, aun cuando su muerte estuvo envuelta en el

misterio. Hasta el día de hoy no creo que nadie haya podido con seguridad certera confirmar cuál fue el motivo de su muerte”.

29

Durante los primeros días de la exposición, Amrita vendió uno de sus cuadros por la suma enorme de mil rupias. El comprador fue un millonario, hijo de un ministro, que se sintió encandilado por la obra; cuando vio el cuadro, se sentó durante media hora impasible frente a él, se fue y al día siguiente volvió y lo compró. El último día de la muestra, un maharajá acompañado de todo un séquito estrafalario le compró nada menos que tres obras expuestas. Ya podía emprender el viaje al sur que tanto había querido realizar sin preocupaciones económicas. Estaba contentísima.

A los pocos días de dejar Bombay, el periódico *Times of India* se hizo eco del premio al cuadro de Amrita *Grupo de tres chicas*, galardonado con la medalla de oro. Este premio, junto a la crítica elogiosa más envanecedora que había escrito hasta entonces Ravichandran, ayudó mucho a Amrita, no solo a lanzarla como una artista reconocida sino también dándose a conocer a un público más amplio.

Su primera parada fue el pueblo de Ajanta, célebre por sus grutas artificiales pintadas y esculpidas inicialmente para el culto budista a partir del siglo II a. C. Allí pudo apreciar los frescos y otras pinturas rupestres parietales. Por aquel entonces, las obras tenían un buen estado de conservación, pero luego fueron sistemáticamente muy degradadas, particularmente por culpa del turismo masivo.

Amrita lo encontró fascinante, el lugar del mundo más silencioso que jamás había visitado; nada le había impactado tanto desde su llegada a la India. Tras esa parada, visitó el pueblo de Ellora, conocido por su arquitectura rupestre, monasterios, templos budistas y sus cuevas excavadas en un precipicio de los montes.

El maharajá de una remota región del sur había visitado la exposición de Amrita durante su estancia en el hotel Taj Mahal Palace de Bombay por motivos de negocios. Era ingenioso, jovial y gordo a más no poder, poco benévolo con los pobladores de su miniprovincia y nada filántropo. Viajaba acompañado por su séquito y su enjoyada esposa, pequeña, flaca y delicada, que había comprado tres cuadros de Amrita tras finalizar la muestra para colgarlos en su palacio. Al saber que la artista se encontraba de viaje por la zona, la invitaron a visitarles para que pudiese admirar la colección privada que poseía, formada por 43.000 objetos de arte y más de 50.000 libros en su biblioteca. El maharajá dio una fiesta en la que expuso, por todo su salón principal, sus más valiosas posesiones de arte, la mayoría costosas obras realizadas por pintores del país del amo que le daba de

comer, el virrey, gracias al cual se sustentaba su poder en aquella pequeña región donde podía seguir haciendo acopio de sus caprichos extravagantes bajo la permisividad de los administradores de la colonia. Los invitados disfrutaban de sus bebidas y aperitivos mientras conversaban y admiraban las pinturas. El engreído maharajá, que no dejaba de recibir felicitaciones y admiración por su colección privada, se acercó a Amrita entusiasmado y, como muchos indios, sobrevaloraba la hospitalidad convirtiéndola en intimidad sin percatarse de que está corrompida por el sentimiento de posesión.

—¿Qué te parece, *querida hija mía*? —le preguntó coquetamente en espera de recibir un cumplido por parte de la joven artista.

—Pues… me hacen sentir enferma —contestó de sopetón.

Al oír esto, el maharajá, de carácter imperioso, altivo, inflexible, de vasta ambición, ávido de poder, despótico con su pueblo e implacable con cualquier impertinencia, se atragantó mientras le temblaba la copa esperando una explicación ante tan abrupta réplica. Reteniendo una cólera impetuosa que le hizo enrojecer sus abultados mofletes, experimentó la sensación que se padece cuando se pasa por un puente de tablas que se tambalea: desvarío.

—Perdón… —acertó a decir el maharajá—. No sé si la he entendido bien…

—¿Quién diablos es el tonto que va a comprar Leightons, Bougerans y Watts cuando puede adquirir en el mercado Cézannes, Van Goghs y Gauguins? —espetó Amrita lejos de mostrarse una joven tímida y apocada, sin importarle una reacción adversa.

Inmediatamente, el maharajá le dio la espalda y no volvió a dirigirle la palabra durante toda la noche. Los acérrimos aduladores del monarca le hicieron tal vacío durante la velada que Amrita entendió que, indirectamente, la invitaban a marcharse. Al día siguiente, recibió de vuelta en su hotel los tres cuadros que le había comprado la mujer del maharajá, sin pedir ni querer que ella le reembolsase el dinero.

Ya Ravichandran, el crítico de arte, había notado ese detalle en la personalidad de Amrita durante su exposición en Bombay: "Sus ventas hubiesen sido mucho más numerosas si ella hubiese tenido el debido cuidado; un poco de tacto aquí y allá con la gente… No era de ningún modo lo que se llama una persona diplomática, decía lo que pensaba sin importarle la reacción de su interlocutor, ya fuese una muestra de admiración o un desagrado, no pasaba por alto nada. Yo, al principio, me ruboricé y pensé que aquella joven me hablaba tan francamente porque aún no conocía la repercusión mediática que mis críticas podían adquirir. Pero estaba equivocado, aunque hubiese sido un monarca o aristócrata europeo me hubiese tratado de igual modo.

Amrita era extremadamente educada, pero esto no quitaba que de su boca saliese una sinceridad y honestidad tan punzantes que, inconscientemente, ignoraba que podía dañar el ego de la persona con la que estaba conversando. Lo noté en Bombay, cuando unos ingleses quisieron comprar una de sus obras para un museo británico. Ella, en vez de hacer todo lo posible por manifestarse propensa a la venta y así obtener una remuneración, empezó a cuestionar la calidad e importancia de tal museo, dejando perplejos a los posibles compradores, que se fueron como si hubiesen sido expulsados de un examen por hacer trampas. De hecho, me di cuenta en aquellos días de que el precio que ella ponía a sus obras era inferior a lo que en verdad podrían valer entonces en el mercado. Es decir, a ella no le importaba a qué precio se vendiesen, sino quién era el comprador y dónde irían a exponerse. No tenía dotes de venta ni de negocios y si hubiese sido así, durante su corta vida hubiese disfrutado de una cuantiosa fortuna. Se lo hice saber y no me prestó ninguna atención, cambiando súbitamente de tema”.

30

Queriendo explorar más el sur de la India, viajó a la ciudad de Madurai, que posee un patrimonio cultural de más de 2.500 años. En aquella ciudad, cientos de peregrinos originarios de diversas partes geográficas de la India deambulaban alrededor de sus templos.

Amrita observó que allí tienen la piel más oscura y los saris de las mujeres son mucho más coloridos. Por aquellos lugares encontró muy molesto el graznido de los cuervos que rasgaban el aire cargado de una bruma calurosa. Visitó el templo de Meenakshi dedicado al dios Shiva y a su consorte Meenakshi, avatar de la diosa hindú Parvati, una enorme estructura construida en el siglo XVI y considerado el edificio más alto y grande de la India desde su época hasta la época contemporánea. Prosiguiendo su viaje, Amrita decidió visitar el extremo sur, la tierra de los malayalis, donde los portugueses, antes de ser expulsados por los holandeses, inauguraron la colonización europea de la India.

Por aquella época, Amrita sentía la necesidad de establecerse como pintora comisionista de retratos, como muchos otros artistas hacían por motivos económicos. Desde aquel lugar escribió al crítico Ravichandran: “El rajá de Kollengode —un principado malayali muy pequeño de la región sureste— me ha pedido que pinte su retrato. Si acaba bien, seguramente reciba alguna que otra propuesta de ser comisionada por algún otro maharajá. Por cierto, este rajá es como un niño pero con 63 años, un niño senil, tanto física como mentalmente: posa ante mí como si fuera un papa entronizado a punto de recibir la extremaunción… ¿Será un augurio del fin de la era de estos engreídos reyezuelos?”.

En la ciudad de Cochín, cuyo nombre deriva de la palabra sánscrita *goshree*, que significa ‘próspero con vacas’, encontró imponentes edificios frente al mar, así como mansiones coloniales y un puerto lleno de vida con sus bulliciosos bazares llenos de tiendas y puestos de comida, telas y joyas. Visitó la sinagoga y el mercado del barrio judío, donde vendían antigüedades y, sobre todo, muchas especias.

Se quedó fascinada por la rica vegetación de aquellas tierras, el color verde y las palmeras llenas de cocos y plátanos. Le llamó la atención la extrema belleza de la gente. Vestían principalmente ropa de color blanco, que en el norte es símbolo de la muerte, pero allí tanto hombres como mujeres vestían así a menudo.

Estando en la ciudad de Trivandrum, intentó vender sin fortuna alguna de sus pinturas a la familia del maharajá, pero estos consideraron que no eran dulces a la vista y, según ellos, no seguían

las normas y los gustos de entonces.

En cabo Comorín, una derivación del nombre tamil Kanniyakumari, que significa ‘lugar de la princesa virgen’, Amrita se decidió a pintar al aire libre, utilizando como modelo a una vendedora de pescado. Hacía tanto viento en la playa que tuvo que contratar a un pescador de la zona para que le sujetase el caballete. Aquella fuerza del aire, acompañada del olor del mar, le proporcionaba una sensación embriagadora.

Un hecho insólito galvanizó la curiosidad de los habitantes de la zona. Pescadores inquietos se acercaron al hombre que le sujetaba el caballete y tras hablar en el idioma local, este le tradujo a Amrita de forma entrecortada, en inglés y con cierta ansiedad, lo que decían:

—Amigos dicen que señor Gandhi dar discurso muy cerca de aquí y organizar momento de oración.

Por aquel entonces, un maharajá del sur proclamó la no exenta de controversia declaración por la cual se permitía la entrada a los templos a todas las personas sin distinción de clase y condición. Gandhi, movido por este gesto del monarca, viajó para celebrarlo y caminó por las calles que en su momento estaban vetadas a los intocables con un gran número de ellos hasta el interior del templo principal del lugar. Después, organizó una gran reunión cerca de la playa.

Amrita dejó lo que estaba haciendo y se unió a ellos para ir al encuentro de Gandhi. Allí se encontró con una muchedumbre impresionante que desprendía un guirigay tremendo en distintos idiomas tribales ininteligibles. Nunca había visto tanta gente congregada en un mismo lugar. El pescador, con su hablar entrecortado, le dijo que lo siguiese, pero ella acabó separada forzosamente de él y fue sacudida de un lado a otro. Intentaba infructuosamente parar y abrirse paso, pero era zarandeada como un objeto que flota y es empujado por las olas del mar. De repente, impulsada por aquella masa de gente, se encontró en una zona fuera del gentío y, cuando se giró, un señor pequeñito y muy delgado, con unos brazos y piernas desproporcionadamente largos comparados con su torso, gafas de montura redonda, calvo y con bigotito blanco, le espetó con sorpresa:

—Tú no eres de aquí… ¿Periodista?

En ese mismo momento, unos miembros de la organización se apresuraron a coger del brazo a Amrita para llevársela donde estaba congregada la gente y desde donde había sido empujada, pero el cálido señor mayor les hizo un gesto que indicaba que no hiciesen nada.

—No, soy pintora y actualmente… —dijo pausadamente mientras observaba con total pasmo a ese señor pequeño y frágil, de arriba

abajo, ataviado con tan solo unas sábanas blancas de algodón hilado y tejido a mano, denominada *khadi*.

La multitud, inquieta, lanzaba gritos y silabeaba eslóganes repetidos a pleno pulmón. De inmediato, empezaron a corear "¡Gandhi! ¡Gandhi! ¡Gandhi!" con tanta intensidad que las siguientes palabras de Amrita se quedaron en el aire sin ser oídas. Cuando terminó de hablar, y en señal de respeto, Amrita se inclinó y le tocó los pies desnudos con una mano para luego llevársela a la frente. El señor, algo encorvado, sonrió, se acercó y, mientras ponía su mano encima de la cabeza de Amrita como gesto de bendición, prorrumpió tan pausadamente que casi no se hizo audible:

—Porque son los méritos y acciones lo que distingue a unos de otros.

Físicamente era exactamente igual a como ella lo recordaba. Lo vio por primera vez junto con su hermana y su madre en la estación de Lucknow, hacía ya unos diez años. Amrita se quedó allí, de pie, perpleja, mirando a ese señor tan delgaducho y tan majestuoso, como si fuese Jesús de Nazaret entrando en Jerusalén en medio de un bullicio de carnaval propio del Domingo de Ramos. Solo faltaba que agitasen ramas de olivo y gritasen *¡Hosanna!*

Se quedó extasiada contemplando cómo Gandhi desaparecía entre aquella multitud de miles de personas de color tizón y de rancio abolengo, originarios de pueblos dravídicos del interior de la India que vivían aislados del mundo, que habían sido llamados por aquel 'mesías' que les hablaba de sus derechos como seres humanos que eran. Ella, mujer desconocida e insignificante entre tanta gente, había tenido el privilegio de estar unos segundos, que parecían eternos, con el hombre al que inmortalizarían como Mahatma —gran alma—, título reservado para los más grandes sabios.

31

De vuelta en el bungaló de Shimla, Amrita vistió a las empleadas del servicio con saris y ropa tradicional para que posaran para ella. Durante sus viajes había comprado muchas de estas prendas en tiendas locales, así como *dhotis,* una especie de sábana que utilizan los hombres en el sur de la India como única vestimenta y que se enrolla a la cintura, se pasa entre las piernas y se deja colgar hasta los tobillos, pudiéndose sujetar al cinto para subir escalones o caminar con más facilidad. Estaba tan animada después de su periplo que dejó de asistir a fiestas y de acostarse tarde. Decidió seguir un horario y ser más disciplinada consigo misma.

“Hemos cometido el error —escribiría en el periódico *The Hindu*— de alimentarnos exclusivamente de tradiciones mitológicas y demás romances de historias y leyendas tradicionales. El arte no puede imitar las formas del pasado porque, por una parte, la imitación es una forma de debilidad y el trabajo creado a través de ella será flojo y endeble. El arte debe sacar su inspiración del presente para crear las formas del futuro.

Yo soy individualista y desarrollo una nueva técnica que no es necesariamente definida como 'india' en el sentido tradicional de la palabra, pero sí es fundamentalmente india en espíritu. Con el eterno significado de forma y color, yo interpreto la India, y principalmente la vida de los indios pobres en el plano que transciende el nivel del mero interés sentimental”.

Durante esta etapa de 1937, pintó su famosa trilogía del sur de la India, compuesta por *La novia acicalándose*, *Los brahmacharis* y *Mujer en la playa*. Aquel viaje al sur había supuesto una gran experiencia para ella, pues había descubierto nuevos lugares fascinantes que antes no había presenciado. Las cuevas y grutas pintadas y esculpidas de Ajanta y Ellora, donde se percató de las posibilidades inmensas que existían en cuanto a la forma en relación con el espacio, fue para ella realmente impactante.

Cuando deseaba pintar algo nuevo, Amrita pensaba en ello y, a grandes rasgos, realizaba unos primeros esbozos. Durante el resto del día se ocupaba de otras cosas: leía, escribía cartas, paseaba por el jardín alrededor del bungaló… A la mañana siguiente todo estaba ordenado: el cuadro aparecía pintado en su cerebro, limpio y cuajado de detalles. Era entonces cuando no se ocupaba de nada más, excepto de ir trasladando las imágenes del cerebro al lienzo.

Durante aquellos días leyó el libro *Cartas a Theo*, del pintor posimpresionista Vincent Van Gogh, con cuyas palabras sentía una especial identificación. El pintor neerlandés escribió a su hermano: "Para triunfar hay que tener ambición y a mí la ambición me parece absurda". Escritas a lo largo de veinte años, el artista incomprendido por muchos tenía la necesidad de expresar a su hermano infinidad de temas como el amor, la pobreza, el analfabetismo y la humildad. Por otro lado, quería hablarle sobre el arte y los artistas, la religión, sus pasiones, etcétera, que siempre desembocan en lo mismo: en una filosofía de la vida que afecta a todo lo demás. Mostraba sus dudas sobre si de verdad él servía para algo. Quería llegar a ser un buen pintor, era su gran meta, para lo que él pensaba que servía y con lo que algún día se podría ganar la vida. Aunque no fue así.

Amrita dio permiso a su criado Bibhu para dejar entrar a cualquier persona que quisiese admirar su proceso de trabajo. Viajeros que estaban de paso, residentes, curiosos e invitados, todos podían ser testigos excepcionales de cómo Amrita trabajaba en su estudio. Así pues, una mañana, una conocida señora del club social de Shimla irrumpió en el estudio de Amrita junto con una acompañante. Estuvieron sentadas durante cerca de una hora admirando el trabajo que realizaba frente a la pose de sus criados, vestidos con unas indumentarias que no eran propias del lugar ni del clima tan frío que reinaba fuera. Tras su minucioso trabajo, Amrita ofreció té a sus invitadas. La señora del club le presentó a Emily-Christine Kestenholz Wilkinson, una mujer muy atractiva, de piel blanca y fina, con ojos azules y pelo rubio abundante y sedoso recogido en un moño que resaltaba la finura de su cuello; sus manos eran suaves y carnosas. Era de origen suizo y esposa de un millonario diplomático y abogado británico que tenía grandes propiedades en Delhi, en cuyos terrenos estaban construyendo la nueva capital de la colonia.

Emily había oído hablar de Amrita y tenía una inmensa curiosidad por conocerla: "Aquel día nunca se me olvidará. Estaba sentada en su estudio junto con una señora inglesa muy simpática que trabajaba para la administración del club de Shimla —recordaría Emily—. Como yo era nueva en el lugar, me estuvo presentando durante mis primeros días a la gente conocida e influyente que residía por la zona donde mi marido y yo teníamos nuestra residencia. Estuvimos sentadas un largo tiempo observando cómo Amrita pintaba. Desde luego, la vista se recreaba contemplándola mientras trabajaba frente al lienzo. Yo la miraba bien y la volvía a mirar. Sí, decididamente iba viendo algo en el rostro de aquella desconocida. Poco a poco me iba sintiendo atraída, hechizada. '¿De dónde y de qué proviene este hechizo?', me

preguntaba a mí misma. De pronto, sin saber por qué, ella volvió instintivamente la cabeza, como adivinando mis pensamientos, y mis ojos tropezaron con su mirada. Yo me ruboricé. Descubrí entonces, realmente, una atracción profunda. Se apoderó de mí la extraña sensación (a la que tal vez nadie sea ajeno) de que aquella situación ya había ocurrido antes, en algún momento indefinido del pasado… Por aquel entonces leía con asiduidad las cartas del tarot y sabía desde mi primer día que aquel lugar de la India me deparaba algo que cambiaría mi vida, y así me lo corroboró un famoso astrólogo hindú. Desde aquel momento, desde aquella mirada, supe que ese *algo* estaba relacionado con Amrita".

Ella también se sintió atraída físicamente por su invitada. Aunque Emily no era una intelectual, se parecía mucho a su amiga francesa Denise Proutaux, con la que tuvo una relación lésbica fugaz e hizo de modelo junto con su hermana para su obra *Chicas jóvenes*. Emily mostró interés por seguir conociendo el trabajo y obra de Amrita y quedaron para el día siguiente. De este modo empezó una relación sexual y amorosa entre las dos que fue más allá, porque la joven artista encontró un tesoro: amistad. A Amrita le atraía su inocencia y su gran sentido del humor, en contraposición a su propia seriedad y exceso de pragmatismo.

En aquellos días se estableció para siempre el contacto entre dos sensibilidades bien distintas. No solo fueron amantes, sino confidentes y grandes amigas. Cenaban juntas a menudo y jugaban a las cartas, al *backgammon* o al *bridge*, juego en el que Amrita era muy hábil.

A pesar de que Emily era una mujer acomodada de clase alta, con muchísimo dinero que había heredado de su familia y casada con un no menos rico marido, su falta de cultura en música y literatura agradaba a Amrita, ya que no entraba en los cánones del círculo de intelectuales en los que desde pequeña se había introducido con conversaciones interminables sobre temas culturales. Emily era incapaz de comprender la profundidad de Van Gogh, la belleza sutil de Degas, sentir y comprender al Greco, detectar la calidad de Bach —cuya música era la favorita de Amrita—, llegar a alcanzar a Beethoven o percibir la superioridad de Dostoievski frente a Chéjov. Era intelectualmente vacía para Amrita, pero rica en compasión, sentimiento y cariño, valores personales que Amrita apreciaba y anteponía. Aquella amistad, dulce y profunda, era el coloquio de dos almas que se comprendían.

32

“Amrita exhibía en una sala de arte en Delhi —mencionaría Emily años después—. Para la inauguración, hice de relaciones públicas invitando a toda la gente conocida del círculo de amistades de mi marido, además de la gente influyente con la que tenía una relación cercana. Entre los que asistieron se encontraba Jawaharlal Nehru, que años más tarde sería el primer ministro de la India independiente. Días después, cuando nos encontramos a solas ya de vuelta en Shimla, frente al calor de la bella chimenea de ancho humero que Amrita tenía muy bien cuidada en su bungaló, le pregunté por qué estaba triste. Entonces me reveló lo que yo ya sabía de oídas: que había tenido un *affaire* con Nehru.

Por lo visto, el día de la inauguración, él no la dejó ni por un instante, pues hacía de anfitrión presentando a Amrita a la flor y nata de Delhi. La mayoría de los invitados influyentes de la vida social y política estaban presentes gracias a mí, pero tras el anuncio de la presencia de Nehru en la exposición se llenó completamente la sala y se tuvo que disponer de un salón adyacente al edificio. 'Pienso que yo le gusto mucho. ¿Sabes lo que me dijo? 'Me gustan mucho tus pinturas porque muestran mucha fuerza y no se parecen a las pinturas indias que intentan reflejar la realidad y que carecen de vida propia’. Y yo le contesté: ‘Creo que no son mis pinturas lo que te interesa...’. Él esbozó una sonrisa picarona diciendo en voz baja para que no nos oyesen los demás invitados: ‘Me gusta tu cara, es sensible y sensual al mismo tiempo, es india, pero con rasgos occidentales, cosa que me atrae'.

Según me contó Amrita, desde aquel día intercambiaron muchas cartas. La correspondencia entre ambos fue muy extensa, hasta el punto de que cuando Amrita viajó a Europa, se llevó consigo en la maleta todas las misivas con el propósito de salvaguardarlas en la habitación privada del apartamento que sus padres tenían en París. ¿Qué pasó? Por lo visto, antes de viajar a Budapest para casarse con su primo Víctor, las envió dentro de una caja para que su padre las guardase. Ella siempre tenía el cuidado de guardar toda su correspondencia, fuese con quien fuera. Amaba escribir cartas tanto como recibirlas. ¡Qué triste fue para ella saber que sus padres, poco más tarde, quemaron todas esas misivas! Por aquel entonces, estaba comprometida con su primo de Hungría, Víctor Egan. Se iban a casar y sus padres, aunque supieron por Amrita que se trataba de la correspondencia con Nehru y fueron advertidos reiteradamente de que las mantuviesen a salvo, vieron todas esas cartas como algo escandaloso y comprometedor por el contenido tan íntimo y sexual

que describían. Ella les rogó que las guardasen, pero no le hicieron caso. ¿Quién iba a pensar que el político petimetre que sus padres desestimaban acabaría siendo el primer ministro de la India? Menudo jugo hubiesen sacado los futuros biógrafos de Nehru si hubiesen dado con toda esa correspondencia íntima y privada. Una vez le pregunté por qué no retrató a Nehru. Hubiese quedado inmortalizado entre todas las obras maestras de Amrita que han quedado para la historia del arte. Ella me contestó: 'No lo conseguiría, porque cuando está conmigo se muestra demasiado inquieto, gracioso y, además, lo considero atractivo'. Así pues, parte de la correspondencia que mantuvieron durante años fue destruida por Umrao y Marie Antoinette y, después del fallecimiento de Amrita, su marido Víctor Egan hizo desaparecer las cartas restantes. A pesar de todo, se conserva como testimonio de su relación una fotografía de Amrita y Nehru en una estación de tren a la que ella fue a despedirle un día del mes de octubre de 1940, un año antes de su trágica muerte”.

33

Amrita se sentía a gusto e inspirada en Shimla. Además, le agradaba la compañía de Emily, que pasaba casi todas las tardes en su estudio observando cómo pintaba. La mayoría de los días cenaban juntas y solían compartir las noches que el marido de Emily se marchaba de viaje, lo que se producía con frecuencia.

Era mediados de octubre. La noche estaba iluminada por la luna, ese creciente exhausto que precede al sol, y por numerosas velas encendidas por doquier. Se celebraba la festividad de la luz, lo que se conoce popularmente como *Diwali*, pero que originariamente se llama *Deepavali*. Es la festividad más importante del año para los hindúes y, en menor medida y con diferente significado, también para indios de otras religiones. Se había convertido en aquellos años en un evento social, no solo porque señala la llegada oficial del invierno, sino también porque significa la victoria de la luz sobre las tinieblas. El simbolismo de esta celebración estriba en la necesidad del ser humano de avanzar hacia la luz de la verdad desde la ignorancia y la infelicidad, es decir, obtener la victoria del *dharma* —la virtud—, sobre el *adharma* —la falta de virtud—. Es una celebración que en el mundo occidental se correspondería en importancia con la Navidad.

Abajo, en las zonas residenciales y alrededores, la alegría se había transformado en jolgorio. Una oleada de cantos, petardos y música inundaba la noche, confirmando que, en la India, las celebraciones casi siempre van acompañadas del desenfreno sonoro más exagerado. Estaba empezando el espectáculo pirotécnico. Amrita y Emily salieron al jardín atraídas por la repentina iluminación y el sonido de los cohetes. Desde el bungaló, situado en la cumbre de un alcor verdoso, podían divisar el pueblo de Shimla, que se había convertido en una auténtica mancha de luz en la que las casas parecían bailar.

Emily, en estado de placidez bajo los efectos del alcohol, se sentía dicharachera.

—¿No has pensado nunca en el matrimonio? —preguntó mientras hacía tintinear los hielos de su vaso.

—No me gustan los niños —respondió Amrita, recostándose en el sillón de bambú acolchado.

—El gusto no tiene nada que ver con esto.

—¡Bah! —exclamó Amrita, acompañando tan desdeñosa interjección con un perfecto movimiento de cabeza en sentido negativo—. Emily, querida, el matrimonio es algo completamente absurdo. —Y agregó como proposición axiomática, madre del desaliento—: Es más un asunto social que teológico. Además, yo no

quiero niños llorando a mi alrededor. En esta vida, prefiero dejar una idea antes que hijos.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo con tono condescendiente—. Quizá en la mayoría de los casos sucede por azar, como mi matrimonio, que empezó y continúa por razones tan leves… Es más bien por conveniencia que por amor. Aun así, nos entendemos y compenetramos, no tenemos remordimientos, nos conocemos el uno al otro tan bien que cuando estamos juntos somos felices. Tal vez en ser permisibles con la vida privada de cada uno está la razón de nuestro matrimonio. —Tras una pausa en la que estuvieron en silencio admirando el espectáculo de luces, Emily continuó—: Por cierto, quería comentarte algo... Recuerdo una historia de la mitología nórdica sobre la diosa de la fertilidad, del amor y del matrimonio llamada Frigg. Esta diosa tenía dos hijos, uno que se llamaba Baldr y otro que era ciego, llamado Höðr. Frigg tenía la capacidad de predecir el futuro, así que tuvo sueños proféticos sobre la muerte de su hijo Baldr. Para protegerlo de todo mal, recorrió el mundo e hizo prestar juramento a todas las personas y cosas de que no le harían daño alguno. Y como en todas las historias siempre hay un malo confabulando, en esta historia se llama Loki. Este personaje, que era malo, muy malo por naturaleza, era también un maestro en el engaño y se convirtió en mujer para preguntarle a la diosa Frigg si se había olvidado de tomar juramento a alguna cosa en este mundo. Ella le reveló que había considerado al muérdago muy joven como para hacerle jurar. Loki, después de conocer el secreto, hizo un dardo de muérdago y lo colocó en las manos del inocente e ingenuo Höðr que, siendo ciego y sin saber dónde lo lanzaba, lo arrojó dando muerte involuntariamente a su hermano. Lo que vengo a decir es que a tu alrededor existen fuerzas negativas que te desean el mal, Amrita, y que por conseguirlo harían las confabulaciones que fuesen necesarias para conseguir sus propósitos. —Mirando a su amiga, absorta en la contemplación de las luces del pueblo, preguntó—. Pero ¿me prestas atención?

—¡No! —contestó al mismo tiempo que rompía a carcajadas ante la seriedad de su amiga.

—Muy bonito —dijo Emily mientras hacía una mueca de rechazo ante la reacción de Amrita, pero sin enfado alguno.

Al mismo tiempo, el espectáculo pirotécnico llegó a su punto más álgido con explosiones de cohetes de mayor intensidad que dibujaban en el firmamento palmeras de colores. El cielo se convirtió en nubes de polvo y el olor a quemado inundó el aire.

—Quizá las mil Indias de los maharajás, de los británicos, de los Punyabis, gurkhas, rajputas, marathas, sijs... de todos los que se la disputan tan tediosamente no son más que una, como el universo —

dijo pensativa Amrita.

—Entonces, la vida en la India acabaría siendo misterio y no simple confusión —sentenció Emily esbozando una sonrisa.

Pero Amrita estaba ya invadida por sus pensamientos, que se escapaban siempre hacia el futuro, tan manejable, y hacia la vida que había decidido asumir lejos de las ataduras y el dominio de sus padres. Había aprendido a administrar su vida y a luchar por obtener de ella los mejores resultados posibles. No tenía tiempo para hacer caso de agüeros o supersticiones que ella consideraba tontos y sin sentido.

34

“He viajado a Allahabad porque me habían invitado a la ceremonia de inauguración de una exposición —escribió Amrita a Ravichandran —. ¡Fue una recepción impresionante! El decano de la Facultad de Bellas Artes hizo un largo y maravilloso discurso sobre mi obra, resumiendo todas las exposiciones en las que he participado y yo estaba ahí, en el escenario, junto a él, frente a un auditorio de nada menos que de unas setecientas personas. ¿Te puedes imaginar lo estúpida que me hizo sentir?

La Universidad ha publicado un catálogo con las reproducciones de mis obras más significativas hasta el momento. Te mandaré uno por correo. ¡Se pusieron a la venta y se vendieron cientos de ellos! Los estudiantes me rodearon queriendo que les firmase mi autógrafo. Nunca hubiese pensado que un día sería rodeada de una multitud entusiasta dispuesta a arriesgarse a ser aplastada por verme de cerca y tener mi autógrafo. ¡Todavía no me he acostumbrado a tomarme en serio a mí misma!”.

Amrita seguía pintando de vez en cuando al aire libre, sacando su caballete y a sus modelos al jardín. Cuando sus criados tenían que posar desnudos o semidesnudos, para su tranquilidad y resguardo de miradas, ordenaba a su criado nepalí Bibhu poner una larga tela que cubría todo un lado del exterior, para evitar que cualquier persona que caminase por la calle se percatara de lo que sucedía al otro lado. Aquellos días trabajaba intensamente para una exposición que se celebraría en Lahore en invierno.

Shimla era la capital de descanso de la India británica y Lahore, en aquella época, durante la década de 1930, era la capital cultural de la colonia, donde artistas e intelectuales se congregaban. Era conocida por ser la ciudad más tolerante y abierta de la India, donde las mujeres vestían en sociedad como las aburguesadas parisienses y los hombres como galanes del cine mudo. Los ricos comerciantes y aristócratas ofrecían sus magníficas mansiones de los barrios residenciales para fiestas y celebraciones sociales. No existía discriminación por raza o religión, excepto para la administración inglesa, que seguía con sus cartelitos de “Solo para europeos” colgados a la entrada de sus clubes favoritos, ya que empezaron a considerar que mezclarse demasiado con los nativos podría poner en peligro al Imperio, puesto que amenazaban con crear una clase colonial de angloindios capaces de desafiar al poder británico.

Muchos musulmanes repudiaban sin más las desgracias en general

y despreciaban a los dolientes o maltrechos ya que, por ejemplo, consideraban que la ceguera era una maldición. También rechazaban y excluían a las personas con malformaciones físicas. Por otro lado, para los hindúes, la desgracia física o estigma social era el resultado de actos que se habían cometido en vidas pasadas y había que aceptar el karma para volver a renacer bajo mejores auspicios. En cambio, para los hijos de relaciones de mujeres indias sin casta con militares británicos sin graduación, ser cristianos significaba estar libres de tabúes hindúes y, por lo tanto, el uso de su posición les hacía ser más libres para situarse por encima de la mayoría. De este modo creció el número de pequeñas élites e instituciones que conferían a esta minoría cristiana una influencia en la India desproporcionada con el número de sus miembros. A esta comunidad se les acabó englobando con la denominación de "angloindios". Desde la metrópoli los miraban con suspicacia, ya que podrían cuestionar el dominio británico reclamando la independencia, como les ocurrió en Norteamérica. Esto llevó a la administración británica a dar orden de guardar estrictamente las distancias y hasta el hábito que tenían los blancos de fumar el narguile se extinguió.

Amrita iba a exponer en una gran sala muy conocida del famoso hotel Faletti de Lahore. Construido en 1880 en el corazón de la ciudad, este hotel era un lugar muy de moda durante la época anterior a la independencia de la India. En 1940, un empresario indio llamado Rai Bahadur Mohan Singh Oberoi lo compró a sus dueños ingleses, pasando a formar parte del grupo Oberoi hasta la guerra indo-pakistaní de 1965. Tener una exposición en ese lugar era un desafío artístico y la culminación de todo un esfuerzo realizado.

Amrita llegó al hotel una semana antes de la exposición. Tras instalarse en una de las habitaciones más acomodadas —por invitación de la organización—, empezó a desempaquetar cuadros y a organizar la distribución de la sala. Lo estudió todo minuciosamente: qué pintura poner en determinado sitio y dónde colocar las mesas para las bebidas y tentempiés. Habló con los electricistas y se aseguró una determinada iluminación para la sala, controlando la densidad de las bombillas y dónde colocarlas, y escribió y diseñó los pósteres de publicidad a la vez que firmaba invitaciones que mandaba a través de su fiel criado a la élite social e intelectual de la ciudad.

Fue muy cuidadosa a la hora de conocer de antemano cómo aparecerían las reproducciones fotográficas de sus pinturas en los catálogos, actitud que ningún artista hasta entonces había tenido en consideración. Sabía por experiencia que la impresión podía alterar el color original que el artista había utilizado, por lo que pidió con antelación las muestras del catálogo, que cambió una y otra vez hasta

que le satisfizo. Seleccionó personalmente hasta la calidad del papel y su color, y dio órdenes continuas hasta que consiguió las reproducciones fotográficas más exactas de los colores de sus lienzos originales.

“El arte de un país refleja la psicología de su pueblo —escribió Amrita para una revista de arte—. La calidad de ese arte refleja la riqueza o la pobreza de su fuerza creativa. Y la calidad de la apreciación de ese arte, a su vez, es una indicación de la evolución estética e intelectual de ese pueblo. La calidad del arte en la India, sobre todo la actitud apática de los ciudadanos hacia el fomento de la cultura, es deprimente. Se debería hacer un esfuerzo para educar el gusto del público y, por lo tanto, dar un impulso a la producción de verdaderas obras de arte. Mientras la gran mayoría de los artistas tengan que decantarse por satisfacer el gusto del público para ganarse la vida, no habrá ninguna mejora notable en la calidad de arte en nuestro país [...] Hay cosas tan maravillosas, tan gloriosas en la India, tantas posibilidades no explotadas pictóricamente que es una lástima que seamos tan pocos los que hayamos ido a buscarlas, ya que la mayoría 'aun teniendo ojos, no ven; aun teniendo oídos, no oyen”.

Durante su breve estancia en Lahore antes de su exposición, Amrita fue invitada por la organización *Punyab Motion Pictures* para participar en unas charlas sobre cine en la Casa Literaria del *Punyab Literary League*. Cuando le llegó el turno de su discurso, y fiel a su carácter, no se amedrentó: “Dije tantas cosas feas sobre el cine indio —escribió Amrita más tarde a su amigo crítico de arte, Ravichandran — que los organizadores y demás invitados escribieron cartas abiertas a los periódicos locales desligándose de mis opiniones y criticando mis puntos de vista, además de acusarme de ser una visionaria idealista o de todo lo contrario. La cuestión es que les herí en el sentimiento llamando a los productores de cine 'meros fotógrafos' y no como poéticamente habían esperado que yo les denominase en público, 'los que ven con los ojos del alma' y demás adjetivos empalagosos por el estilo. Esto les pareció imperdonable”.

Amrita hizo un sincero y duro discurso sobre el cine indio de la época. Por la pasión que puso en sus palabras parecía que estuviera declamando el *Ramayana* de Valmiki. Nadie había oído hablar así sobre el cine, nadie lo había cuestionado tan radicalmente y de una manera tan sincera. Amrita se había adelantado a su tiempo.

Desde luego, la cultura cinematográfica que había desarrollado desde su juventud le había proporcionado un conocimiento excepcional, ya que había visto muchas y variadas películas de

producción extranjera en París y Budapest, así como las británicas que ponían en el club de Shimla. Criticó hasta el más mínimo detalle, como el abrupto cambio de planos en la misma secuencia, argumentando que hacía que las imágenes no tuviesen conexión alguna entre ellas, sin sentido de continuidad y armonía en la historia anacrónica de la película. Acusaba a los productores indios de cuestionar la capacidad intelectual de los espectadores haciendo repetidamente hincapié en símbolos, obsesiones y sentimientos de los personajes de la historia de una manera tan grotesca como si la audiencia no lo hubiese captado y entendido.

“Uno de los defectos más evidentes que se puede apreciar con facilidad en una película india es que se habla mucho, ¡demasiado! Y esto es un defecto. Otra monstruosidad del productor indio es su actitud permisiva ante el uso inmoderado de la música, que casi siempre es de una calidad de tercera categoría. Parece ser que los productores desconocen, o no quieren experimentar o ver, la belleza, melancolía y vida de hoy en día, y se refugian en historias basadas en mitologías y leyendas de hace dos mil años. Deberían ir al campo y alejarse de los interiores de sus estudios. Deberían conocer cómo se mueve por el campo un animal de carga, cómo son los cultivos, qué apariencia tienen los agricultores y los habitantes de los pueblos, cuáles son sus penas, bellezas e ilusiones. Esto les ayudaría a evitar la farsa de sus incoherentes historias donde, por ejemplo, el protagonista se pone a bailar y cantar a lágrima viva tras el fallecimiento de su madre. Otro ejemplo estridente es la heroína, que a la más mínima provocación, sobre todo física, se pone también a berrear y cantar ante la muerte de su amado esposo, o como vi recientemente en una película, a cabriolear entre los árboles de una colina tras el nacimiento de un niño e incluso tras recibir un beso en la mejilla de boca de su prometido”.

35

La exposición en el hotel Falleti se inauguró el 21 de noviembre de 1937. Amrita se quedó en la entrada para recibir personalmente a los invitados. Vestía uno de sus saris favoritos, que tenía una cenefa de color amarillo dorado. Lo había comprado en su viaje al sur de la India pero lo llevaba puesto según la costumbre del norte, es decir, con la cadera cubierta dos veces por la tela. Además de un poco de maquillaje en los ojos, como era su costumbre, llevaba bisutería de bronce tibetana. Estaba radiante. Más que la autora de las obras parecía una joven modelo exuberante contratada para dar la bienvenida y eso pensaron de ella muchos invitados.

Los hombres vestían trajes oscuros de franela y camisas lisas de cuello almidonado. Las señoras iban a la última moda, con soberbios brocados y tejidos de seda de Benarés. Alguna mujer, acompañando a su esposo mahometano, vestía según la práctica del *purdha* para esconderse de las miradas lascivas de otros hombres.

Entró en la sala el ministro de Finanzas del Punyab, seguido de todo un séquito de secretarios y aduladores. Era un señor muy gordo, con turbante y una gran barba negra. Con el carácter ufano propio de un político melifluo, quiso presumir de ser un entendido en arte y empezó a describir patéticamente, rozando lo cómico, las obras de Amrita. Ella aguantó el tipo, pero quien se reía sin disimulo era un crítico de arte llamado Peter Kovacs, un joven elegante, de cuerpo atlético y de origen húngaro nacionalizado británico. Mientras sostenía su copa, seguía al grupo del ministro y este se iba sintiendo cada vez más incómodo por las risas que oía tras sus comentarios fatuos sobre composiciones pictóricas. “¿Quién es ese advenedizo maleducado que se atreve a reírse del terrateniente Punyabi más importante del distrito?”, pensó el orondo señor que, sin ser ilustrado, seguía obcecado en exponer opiniones cultas.

La ignorancia del político era notable y no dejaba pasar la oportunidad de proclamarla. Cuando se detenía frente a un cuadro para decir algo importante, su séquito de aduladores callaba y, abriendo los ojos, tendían el oído hacia él al mismo tiempo que hacían gestos de profunda admiración. Cuando proseguía con ademanes orgullosos con su lento y pesado caminar, sus acólitos le seguían con suma disciplina mientras comentaban entre sí y con elogio sus explicaciones acerca del cuadro expuesto. Detrás de ellos, Peter podía oír a la comitiva decir, sin poder evitar que se le soltase alguna que otra carcajada: “¡Qué claridad! ¡Qué agudeza! ¡Qué tino en su juicio! ¡Qué descripción!”.

Por fortuna, las críticas al cine indio que había realizado Amrita el día anterior no afectaron a la inauguración de la exposición, que fue un éxito rotundo del que todos los medios se hicieron eco. Esa mañana temprano, Amrita desayunó en la cafetería del hotel mientras leía todos los periódicos de Lahore que había traído su criado personal, Bibhu. En la primera página de la sección de cultura del periódico con más difusión de Lahore se leía “Un regocijo para los ojos”. En otro “Esencialmente moderno sin ser fantástico. Nosotros demandamos de una artista de hoy en día conciencia del mundo que nos rodea, enfocando su atención en la lucha económica y en la injusticia social. Es difícil contestar a una pregunta relacionada con un artista contemporáneo si el artista no es tan franco como Diego Rivera. Pero las figuras reflejadas en las bellas pinturas de la señorita Amrita Sher-Gil deben tener preferencia en la actitud de los artistas de la India”. Otro de los titulares decía “Simplificación es la llave del arte”.

La crítica más detallada sobre su obra estaba escrita por Peter Kovacs, que no solo era crítico de arte sino también el director del museo de Lahore, además de arqueólogo y profesor de Arte Contemporáneo en la universidad. En muchos aspectos, representó para Amrita lo que fue el crítico Ravichandran en Bombay, pero con Peter, además de una relación de amistad, mantuvo otra de amante.

Peter Kovacs volvió esa misma mañana al hotel con el propósito de conocerla personalmente, ya que el día anterior, debido a la afluencia de público, no pudo entablar conversación con ella y solo pudo conformarse con un breve y formal saludo. Siempre sonriente, tenía un bigote marrón de pelo lacio que le caía sobre el labio superior y cada vez que curvaba la boca hacia arriba se asomaban por la pelambre de su mostacho dos dientes puntiagudos a los lados de sus encías. El criado nepalí le guio hasta la cafetería y le mostró el lugar donde estaba sentada Amrita. Se presentó y se rieron juntos recordando las tonterías que había proferido el ministro de Finanzas para presumir delante de los invitados como un eximio conocedor de arte.

A pesar de tener un acento marcado muy *british*, por su pulcritud y modales impecables, Peter no era el tipo de inglés que el Imperio solía exportar a las colonias, además de que su aspecto robusto y moreno y la nariz prominentemente alargada indicaban más bien sus raíces de Europa central. Mientras conversaban confortablemente en el idioma materno de ambos, el húngaro, tomaron té y prosiguieron la amena charla en el salón de la exposición, que continuaba por su segundo día y que se iba llenando de gente joven universitaria y de entusiastas del arte.

La conversación entre ambos se interrumpía cuando Amrita atendía la curiosidad de los estudiantes, comunicándose con ellos en su inglés

impregnado de acento francés: “Solo los falsos artistas, los hombres de oficio, los ejecutantes de pensamiento se preocupan del colorido y otras ranciedades”, les decía.

Le preguntaban sobre las nuevas tendencias, Europa y las técnicas de pintura, pero su atención estaba distraída por la presencia, a escasos metros de ella, del perfecto caballero británico de origen húngaro.

“Amrita Sher-Gil —recordaría Peter—, era mitad occidental, mitad india, nacida para llegar a ser un puente entre el arte occidental y el indio. Tengo que decir que hoy en día se la identifica y reclama como 'totalmente india', pero eso es un error. Hija de madre húngara judía y de padre indio de religión sij, al nacer la bautizaron católica romana con el nombre compuesto de Amrita Antonia. Ella fue, de hecho, el milagroso matrimonio entre la India y Occidente. Creció como artista bajo la disciplina de la pintura occidental y supo mezclar estas cualidades con los sentimientos y actitudes que experimentó en la India.

Un escritor artista es un escritor que tiene un respeto y un amor al lenguaje, y esto le lleva a apreciar otros lenguajes artísticos, como el lenguaje de la música, el lenguaje de la pintura… De este modo, como la excelente y bella literatura, así es la pintura: el estilo no es el vocabulario y la riqueza del léxico no es lo importante. El estilo es la construcción, el estilo es la transición, el estilo es el movimiento, el estilo es la lisura del lenguaje… Amrita tenía un estilo excepcional y único.

Lo que me sorprende es cómo compañeros de profesión, como el crítico indio Ravichandran, se afanan en 'vender' a Amrita como enteramente india. Yo les pido que se disculpen. Que tengan la intención, tras su fallecimiento, de propagar a Amrita como artista únicamente india, negando sus raíces intelectuales y de nacimiento, me parece que no es respetar su persona, a la que amamos por sus profundas cualidades personales y profesionales. Además, pongo en duda el testimonio escrito por la gente que dice que la conoció personalmente. Los pongo en duda a todos. Incluso dudo de mi disponibilidad y posición a escribir con fidelidad sobre ella. Yo mismo me siento incapaz de poder juzgarla o expresar mis puntos de vista sobre ella de una manera justa y objetiva, sin dejarme llevar por mis sentimientos. Cualquier juicio que provenga de alguien que es juez y parte me parece sospechoso e imprudente. Todos estamos muy implicados con ella sin que podamos evitar los efectos narcóticos de la adulación y pongo en duda la veracidad del testimonio de los críticos de arte sobre su persona. Amrita Sher-Gil era encantadora, amable, con una personalidad fascinante. Fue siempre una mujer joven

imponente. Me es imposible no reaccionar emocionalmente ante la personalidad de aquella maravillosa mujer, tal regalo divino, tan asombrosamente versátil y tan brillante en cualquier campo en el que se entablase conversación con ella, ya fuese sobre pintura, música, literatura o incluso astronomía. Me parece imposible que cualquier persona que la conociera en vida pueda permanecer sentimentalmente separada de la imagen de Amrita Sher-Gil para poder juzgarla o hablar de ella objetivamente”.

Peter Kovacs fue, si no la única persona, de las pocas que habló, defendió y escribió sobre Amrita apasionadamente y con sinceridad. Por ello recibió muchas críticas de sus colegas. Era demasiado franco y honesto para mentes tan estrechas, narcisistas y, cómo no, nacionalistas. Se habían propuesto *indianizar* a Amrita tras su muerte y esto era lo que más le irritaba y detestaba.

36

“Por supuesto, yo me daba cuenta de que tenían una relación —recordaría Emily-Christine Kestenholz Wilkinson—. Para ser sincera, lo que me despertaba curiosidad y un poco de celos era imaginarme morbosamente a Amrita desnuda encima de él, saber quién era el que dominaba en sus actos sexuales. El día que llegué a Lahore para su exposición y me presentó por primera vez a Peter Kovacs supe, por su mirada, que Amrita le había hablado de nosotras. Esto me hizo pensar que la relación que tenían ellos sería pasajera, que no duraría mucho tiempo, pues de lo contrario Amrita no le hubiese contado nada sobre sus relaciones personales o sexuales.

Él era un hombre ancho de espaldas, tenía bigote, era atractivo, de pelo castaño, como salido de algún pueblo del interior de Hungría. A primera vista no parecía un intelectual sino más bien un agricultor. Sus manos eran venosas y anchas, y contrastaban con unos dedos algo gruesos. Tenía los ojos vivos, de color verdoso, como yo había visto en alguna ocasión en Suiza, cuando un grupo de nómadas gitanos llegaron a Grindelwald, el pueblo natal de mi madre. De húngaro tenía el físico, porque sus modales, su comportamiento y su modo de hablar eran muy, muy ingleses. Y él era judío, al igual que Amrita. Recuerdo que se le veía a gusto con ella. Siempre llevaba puesto, de forma muy elegante, un pañuelo de seda al cuello. De hecho, parecía un híbrido entre Rodolfo Valentino y Ronald Colman.

Si le gustaba un hombre, Amrita no tenía la más mínima inhibición en tener una relación física con él, aunque estuviese casado, fuese amigo de una amiga o pretendiente de una conocida. Si a mi propio marido no lo sedujo, desde luego no fue por respeto hacia mí sino porque no era en absoluto su tipo, más bien mi marido estaba en las antípodas del canon que una mujer joven como Amrita pudiese buscar para sentirse complacida sexualmente. A decir verdad, ni yo sé cómo acabé casándome con él, pero esta es otra historia…

Por otro lado, los hombres la consideraban atractiva y ella se dejaba admirar y cortejar. Amrita no pensaba que sus relaciones fuesen promiscuas y, efectivamente, no lo eran en el significado obsceno. Tenía un carácter firme y fuerte, y un gran dominio de sí misma, como el de un personaje de una película de Greta Garbo, como en *La reina Cristina*, enamorándose del embajador español Antonio, cinta que proyectaron por aquel entonces en el club de Shimla para mi mayor deleite.

Recuerdo que al tercer día de la exposición de Amrita en el hotel Faletti de Lahore, mientras ella atendía a los visitantes que la llenaban

de preguntas, Peter y yo paseamos por el salón mientras me hablaba sobre la importancia de Amrita como artista y por qué sus pinturas tenían que ser reconocidas. Me daba cuenta del afecto que él sentía hacia ella. La amaba y reverenciaba al mismo tiempo, sin duda, pero conociendo a Amrita sabía que estas cualidades tan positivas le causaban un distanciamiento emotivo. No le gustaba sentirse presionada ni atada emocionalmente. Yo sabía cuándo tenía que guardar las distancias para que nuestra relación no se volviese tediosa o se acabase repentinamente. Ella no estaba enamorada de él y yo ya presentía que Peter le habría expresado sus sentimientos. Lo recuerdo como un hombre sumamente encantador, cortés y generoso.

Al día siguiente Peter nos llevó a las dos de visita al museo de Lahore. Allí había una exposición enorme de pinturas y Amrita había visto muchas de ellas solo en reproducciones. Recuerdo que se quedaba absorta mirando una y otra vez el mismo cuadro, y yo le pregunté:

—¿Qué haces? ¿Por qué miras tantas veces la misma pintura? Así no vamos a salir nunca de aquí.

—Porque quiero ver cómo fue realizada, cómo el artista pudo realizar tal efecto atrayente —me contestó sin apartar su mirada de una de las obras colgadas.

Recuerdo que en su búsqueda por realizar un esbozo o retrato a su completa satisfacción, trabajaba sin descanso durante el día y la noche hasta dar con el color que andaba buscando y lo que ella llamaba 'la exacta y correcta figura interesante'.

Fue en la cena que la dirección del hotel organizó en su honor cuando la relación con Peter llegó a su punto final. El hotel había tenido bastantes ganancias debido al numeroso público. Por lo visto, muchos visitantes no solo consumieron en el restaurante, sino que mucha gente se hospedó durante los días que duró la muestra. Hubo incluso un miembro de la familia real de Kaphurtala, amigo del padre de Amrita, cuya presencia llamó muchísimo la atención en la exposición con un toque de distinción y extravagancia.

El caso es que el día de aquella cena en honor a Amrita, ella había oído que Nehru estaba en la ciudad y se encontraba un poco nerviosa por verlo otra vez después de varios meses. Sabía que él asistiría a la cena y así fue: se sentó en nuestra mesa y no dejó de hablar con Amrita, a quien le cogía de la mano durante la conversación. Pienso que quiso utilizar la presencia de Nehru para acabar sentimentalmente con Peter y zanjar para siempre la relación fugaz que habían mantenido. Sabía que si rompía con él verbalmente causaría una confrontación y decidió que si se dejaba ver con otro hombre, Peter se daría cuenta de que daba por finalizada la relación. Cuando la orquesta empezó a tocar, Nehru y Amrita se animaron de inmediato.

Muchas parejas se apartaban un poco para mirarlos con admiración y envidia, y aprovechando la multitud congregada, se alejaron de la gente que bailaba hasta que desaparecieron de la vista.

Al día siguiente, Amrita y yo cogimos el tren de vuelta para Shimla. Peter no fue a la estación a despedirse. Supe de él que durante la Segunda Guerra Mundial se alistó en el Ejército y, tras la contienda, fue condecorado por las tropas británicas. Después de la guerra volvió a Lahore como director del museo, pero tras la partición se fue a Delhi y se casó con una diseñadora india. Allí trabajó en un periódico durante el resto de su vida y, según leí, fue fundamental para dar a conocer la danza *odissi* como baile tradicional.

Peter siempre la defendió y la trató en sus libros con suma profesionalidad y respeto. Escribió uno en el que dedicó un capítulo a la obra de Amrita, defendiéndola como artista occidental y como india, por lo que recibió muchas críticas. Según parece, ningún historiador o crítico había cuestionado antes que Amrita fuese una artista únicamente india”.

37

Después de su viaje a Lahore, Amrita se sintió regenerada, lista para emprender una nueva etapa. Su hermana se había casado con un apuesto y prometedor funcionario. Indira había deseado el matrimonio para emular al resto de sus amigas y conocidas de su edad, así como para adquirir el respeto que su madre buscaba para ella y la libertad de una mujer casada, aunque al principio solo sentía un vago agradecimiento hacia su marido. De este modo, la hija pequeña había cumplido con las expectativas de Marie Antoinette, quien siempre había estado pendiente de buscar la mejor pareja para sus hijas. A pesar de ser un matrimonio concertado, Indira estaba contenta y satisfecha. Desde entonces, toda la familia esperaba que Amrita, estando en edad y siendo la mayor, tomase la decisión de asentarse en la vida y dejase atrás las aventuras y devaneos esporádicos que, según ellos, tanto les estaban degradando e hiriendo socialmente.

Así, al regreso de Lahore, Amrita consintió en contraer matrimonio y escribió a su primo Víctor Egan. Habían estado en contacto por correspondencia desde su llegada a la India, también durante su etapa en París, y habían tenido una relación física y sentimental durante las vacaciones en Hungría. Víctor profesaba un carácter tierno, tranquilo y encantador. Sería con él con quien se casaría. De hecho, durante uno de aquellos campamentos de verano de tío Ervin, vestido ridículamente de indio piel roja, le había expresado la decisión de casarse con ella, pero Amrita en aquellos días no estaba lista ni decidida, ya que quería y deseaba viajar a la India.

Amrita vio el modo de complacer a su familia y amigos casándose con quien ella decidiese. Escribió a Víctor expresando su consentimiento, si él aún deseaba contraer matrimonio con ella. Tras su inmediata y entusiasta aprobación por telegrama urgente, eligieron una fecha para la boda en Budapest.

En París, cuando Marie Antoinette y Umrao se enteraron de la noticia, después de que Amrita informara en un primer momento a su querido tío Ervin, se negaron rotundamente a la consumación del matrimonio. Marie Antoinette estaba escandalizada. No solamente lo desaprobaba por razones sanguíneas, pues eran primos, sino porque consideraba que el estatus económico de Víctor pertenecía a la clase obrera. Según sus padres, Amrita debía ser lo suficientemente ambiciosa como para casarse con un joven rico. Pensaban que era lo bastante conocida en el círculo de intelectuales de la India como para atraer mejores proposiciones que la de su primo, al que tenían por

inculto, chapado a la antigua y de pueblo.

Marie Antoinette no quería que su hija tuviese su misma amarga experiencia. Cuando conoció a Umrao era un joven apuesto, simpático, muy culto y procedente de una familia india millonaria, muy lejos del anacoreta en que se había convertido. Tras el matrimonio, ella vio cómo se volvió introvertido hasta causarle irritación. Cuando se casó con él, tenía unas expectativas que no se cumplieron. En vez de casarse con un rico aristócrata extrovertido, acabó por darse cuenta de que era un filósofo con carácter reservado al que no le importaban las cosas materiales, más próximo a un célibe y ermita sadhu, con sus grandes barbas y encerrado en una cueva, que de una persona sociable. Con los años vio que su marido, en vez de querer frecuentar el círculo de la rica clase aristócrata, como a ella tanto le gustaba, se refugiaba solitariamente en su estudio. Marie Antoinette, desde luego, anteponía la clase social e imagen pública a los sentimientos personales de un familiar, fuese su marido o sus propias hijas.

Durante todo ese período de incertidumbre y correspondencia entre sus padres y Víctor sobre el matrimonio, Amrita se dedicó a satisfacer sus deseos en los brazos de un británico llamado Richard Campbell, que veraneaba en Shimla con sus hijas y su mujer. La atracción física fue mutua e instantánea cuando se vieron por primera vez en el club. Era alto, de ojos grandes y azules descoloridos por la ansiedad, prematuramente envejecido y de pelo rubio canoso. Vestía con pantalón y chaqueta tipo *sport* de tejido *tweed*, como si fuese a emprender de un momento a otro un paseo por algún monte de Gales. El británico siempre llevaba unas lentes colgadas de una cinta negra y un reloj de bolsillo con cadena, objetos que le infundían una ridícula actitud y andares resueltos para dar a entender a sus compatriotas asentados en la colonia que él procedía de la metrópoli y que en aquellas tierras estaba solo de paso. Cuando sonreía, se le marcaban sobre las sienes una serie de prominentes arrugas que le daban a su figura un aire taimado y pícaro. Para él, Amrita representaba la figura de una mujer bella, joven, segura de sí misma, independiente y con una fuerte personalidad que desprendía una dignidad de joven emancipada, inusual por entonces en aquella mezquina sociedad.

Por el contrario, Amrita lo encontraba interesante porque simplemente era la única persona con la que en aquellos momentos podía apagar su fuego interior: era un hombre físicamente fuerte y atractivo y se encontraba disponible. Con el tiempo, ella lo consideró racista, demasiado inquisitivo, posesivo y vano. Vio en él la inmadura actitud de Yusuf pero en versión fina y delicada de súbdito de la Corona británica. Era una persona intelectualmente muy distinta a aquellas con las que Amrita se había relacionado. Durante una

conversación, el inglés argumentó que los problemas políticos que tenían lugar en Europa eran causados por un solo hilo conductor: los judíos.

—Además, los indios son inútiles en caso de conflicto. Sus sentimientos sediciosos hacia el Imperio les harían huir del enemigo. Imagínate que aquí entramos en guerra para sofocar una rebelión… Serían los soldados nativos, ¡ellos!, los primeros en echar a correr chillando —dijo Richard con un impecable acento de Oxford en un restaurante lleno de gente—. Fíjate en aquel grupo de la mesa de al lado de la ventana. Intentan imitar con sus ropas occidentales una actitud británica. Quieren parecer ingleses de clase media, ¿no es eso tener una actitud hipócrita frente a la vida? Tú al menos vistes con bellos saris, tienes mentalidad occidental, ya que eres europea, y eres de los nuestros porque tienes carácter. Pero es la envidia la que aflige a los nativos. La envidia es el más terrible y vil pecado de los indios. La envidia hierve en el fondo de sus ideas radicales contra los intereses del Imperio, causando la sedición y revueltas en los pueblos del interior.

—¿Y con qué argumentos justificas a Inglaterra para seguir dominando la India? —le preguntó Amrita visiblemente irritada, con su inglés impregnado de acento francés y un tanto cansada de aquella diatriba.

—Un escritor británico ha dicho recientemente: "También los extranjeros son seres humanos, pero los ingleses tenemos propensión a olvidarlo" —contestó prorrumpiendo con una sonora carcajada, para después continuar con un semblante algo más serio—. Solo hay un argumento: los ingleses estamos aquí por el bien de la India. Haciendo justicia y conservando la paz entre tanta miniprovincia de ricos maharajás, más preocupados por sus nuevos automóviles y la caza de tigres que por sus propios compatriotas, a los que tratan de súbditos y esclavos. Los dejarían morir de hambre antes de cuestionar los privilegios que ostentan y que les permitimos. Sin nosotros, los maharajás se vendrían abajo como un castillo de naipes, por eso nos apoyan y nosotros les correspondemos haciendo la vista gorda a sus extravagancias y delitos criminales.

Amrita intentaba no entrar en conversaciones fatuas, más bien las evitaba y pensaba: "Si pudieran los indios sacudirse los pies de la tierra hostil de la India inglesa, escapar de su opresión social y volver a las costumbres…". Pero había momentos en los que encontraba insoportables sus comentarios, como en aquel instante.

—A vosotros los ingleses, aquí en la India, lo que de verdad os gusta es mantener el caprichoso sistema del palo seguido de la dádiva.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el inglés un tanto divertido por

haber causado tal reacción entusiasta en su joven amante, que estaba visiblemente irritada.

—Pues quiero decir una cosa muy sencilla, lógica y comprensible: que es muy difícil pensar bien del que entra en tu propia casa a quedarse con el producto de tu trabajo.

—¡Ah! Tú todavía no lo has entendido porque no quieres ver más allá de la sensualidad que la India aporta a tu arte, a tus pinturas —le contestó Richard repantigándose en su silla, mientras jugaba con la cadena del reloj de un modo que parecía indicar ser muy dueño de sí mismo—. Mira, hay dos clases de personas según la conformación de su cráneo: los dolicocéfalos y los braquicéfalos. Los primeros representan pureza de raza, mentalidad superior, como nosotros, los ingleses y los alemanes. Los segundos son todo lo contrario: una raza impura e inferior, como los nativos indios. Nosotros, al igual que los germanos, somos los dolicocéfalos por excelencia, los únicos herederos de la raza aria.

—¡Ja, ja, ja…! ¡Qué necedades! ¡Pero si todas estas teorías sobre la raza son antiguallas! ¡Ja, ja, ja…! —. Amrita se reía sin tomárselo en serio, como una ocurrencia graciosa procedente de una persona inmadura a pesar de su edad.

Dio por finalizada la relación con él un día que asistieron a una función de teatro. Richard había acudido acompañado de su familia, estaba sentado en una de las primeras filas y, desde allí, no dejaba de lanzar miradas hacia atrás, donde se encontraba Amrita. Su esposa Madelaine se daba cuenta de la atención que suscitaba en su marido. Antes de anunciarse el descanso tras la primera parte de la obra, Amrita salió de la sala y Richard la siguió. Se excusó alegando que iba a saludar a un amigo del club. Hicieron el amor de pie, en un rincón de un pasillo sumido en la oscuridad. Después, Amrita le anunció que habían terminado: no habría más encuentros, se marchaba a Europa para casarse con su prometido.

La cara pálida de Richard adoptó un gesto violento. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, como si acabase de recibir un ataque traicionero. Le pidió más tiempo, que esperase por lo menos hasta que él se hubiese marchado de Shimla. Le argumentaba que no podría soportar estar en la India sin su presencia; las tardes le parecían insípidas cuando no tenía a su lado a su joven amante porque Amrita se había convertido en la confidente de su vida diaria.

Ella se rio de sus súplicas infantiles, más propias de un adolescente enamorado que de un hombre ya maduro en los cincuenta. Richard, ante la actitud tan mordaz de Amrita, se sintió cohibido y temeroso, y continuó implorando patéticamente con el fin de provocarle compasión. Estaba pálido, con una palidez sudorosa semejante a la de los enfermos. Harta de su reiteración, Amrita insistió dándole a

entender, una vez más, su decisión tajante: la relación se había acabado. Él no quiso admitirlo y siguió rogando al tiempo que subía el tono de voz. Estaba visiblemente ofendido, no permitía que fuese ella quien decidiese que la relación se hubiese terminado y continuaba hablando en voz alta sin percatarse de que su actitud empezaba a llamar la atención de la gente, que pensaba que discutían. Él, con ojos suplicantes y empeño infantil, estaba cada vez más acalorado, mientras ella intentaba tranquilizarle para que pudiesen hablar de forma más racional. Pero Richard seguía y seguía exaltándose, jadeando y resoplando, y no quiso entrar en razones.

Madelaine, tras buscar a su marido por el *lobby* y los pasillos adyacentes, los encontró. Richard se vio en una situación embarazosa y la transformó en agravio insultando a Amrita, acusándola de querer seducirlo allí mismo, durante el entreacto, tras saludar a un amigo. Amrita lo abofeteó tan fuerte que cayó de espaldas y empujó a su esposa, que lo siguió al suelo dando un sonoro grito. Un viejo inglés de piel sonrosada y patillas anchas y canosas que observaba el espectáculo, se pasó lentamente los dedos por el bigote engomado mientras señalaba a Amrita y decía a su acompañante: “¡Menuda zorra!”.

La discusión racial se impuso, la piel morena *versus* la blanca, atrayendo así a un mayor número de personas que formaron un círculo. Un grupo de guardias indios llegaron corriendo para dispersar el gentío que se había formado y que estaba retrasando la apertura del segundo acto de la obra de teatro. El criado nepalí Bibhu, espectador de la escena desde la ventana que daba al jardín, donde los vehículos estaban estacionados, apareció empuñando su cuchillo de guerra. Los guardias, al ver al imponente *gurkha* blandiendo el arma y decidido a hundirla en el estómago de cualquiera que se atreviese a tocar a su *memsahib*, dieron un paso más. Se miraron unos a otros y decidieron no mezclarse y formar un pasillo entre la gente para que pudiesen salir del edificio lo antes posible.

Mientras Amrita desaparecía entre la multitud, Richard la miró por última vez con unos ojos mansos y tristes. Intentó balbucear algo, pero no pudo. Ella se refugió en su calesa y no pudo evitar las lágrimas amargas que corrían silenciosamente por sus mejillas. Por una vez, Amrita había sido la víctima. Su seducción y complacencia sexual se habían convertido en compunción y dolor.

Tercera Parte

El cuervo es el paria de las aves; y el asno, el paria de los cuadrúpedos; y el hombre, el paria de los parias, puesto que desprecia a sus semejantes

Proverbio hindú

38

Finalmente, Amrita decidió ir a Europa y así lo planeó. Víctor la esperaría en el puerto de Nápoles, irían a Génova y allí cogerían juntos el tren a Budapest, donde se casarían con el consentimiento de sus padres o sin él. Esperarían un tiempo, hasta que Víctor obtuviese sus documentos acreditativos como médico especializado, y viajarían a la India, a Shimla, donde el fiel criado Bibhu se había quedado al cuidado del bungaló.

Una vez en el barco de camino al Viejo Continente, Amrita se sintió enferma, con vómitos.

En el puerto de Bombay notó el aire del buque como un baño caliente al que se añade de forma constante agua más caliente todavía. La temperatura subía y subía. El doctor del barco le confirmó que estaba embarazada. Amrita, a punto de tener un colapso nervioso, intentó convencerlo de que le practicase un aborto. El médico italiano se negó, ya que no tenía el equipo necesario y realizar un aborto en aquellas condiciones pondría en peligro su vida. El capitán del barco también se opuso, pues consideraba que una muerte a bordo de su buque MB Victoria traería mala suerte.

Amrita se sintió infeliz. Durante toda la travesía padeció náuseas y vértigos, y no dejó de pensar en qué pasaría entre ella y Víctor cuando este conociese la noticia. Llegó a pensar incluso en tirarse al mar. No se consideraba merecedora del cariño y el afecto que Víctor le había estado profesando. ¿Llegaría a echar a perder las expectativas y el amor que Víctor sentía por ella? Intentaba recobrar la lucidez, o quizá la locura, pues ya no sabía muy bien dónde estaba la frontera. Sus constantes mareos y sensación de malestar en el estómago no la abandonaban ni en las horas más tranquilas.

Con ansias de pisar tierra firme y después de meditar sobre su situación, recostada sobre una tumbona de teca y mimbre mientras contemplaba el mar por la banda de estribor, decidió callar y no decirle nada. Pero era difícil poder engañar a Víctor, no solo porque había acabado recientemente su doctorado en medicina, sino porque Amrita no pudo ocultar los síntomas durante la travesía a Budapest y él pudo deducir enseguida su condición. El joven médico quedó devastado. Se sintió enojado y maltrecho. Las numerosas relaciones que tuvo con hombres no eran relaciones sólidas ni reales, pero su falta de conciencia ante la posibilidad de herir a las personas que la rodeaban era meramente la expresión de su propio hedonismo.

Víctor se sentía repelido por el escándalo y pedantería con que en Europa catalogaban los hechos relacionados con el sexo, pero el

episodio de Amrita con Richard le había afectado personalmente, causándole una enorme ansiedad y desconcierto. Finalmente, gracias al sentido común y su buena voluntad, decidió seguir adelante con los planes de matrimonio.

Como los hechos parecían haberse enredado, decidieron acomodarlos como se arregla la tierra después de arrancar un hierbajo. Él se sentía incapaz de realizar un segundo aborto, así que habló con un compañero suyo de medicina. Fuera de la habitación, Víctor, al que la ciencia parecía discutírselo todo, lloraba de tristeza e impotencia.

Tío Ervin, al enterarse de que su sobrina estaba en Budapest y de los últimos acontecimientos, apoyó con optimismo a la joven pareja, no solo porque ambos fuesen judíos o estuviesen dispuestos a cumplir la Torá, sino porque los quería como si fueran sus hijos. Esta era la característica más sobresaliente de Ervin hacia la vida, un hondo instinto de bien y optimismo, natural, fresco, vivo. Siempre ante los acontecimientos de la vida, ante la adversidad, ante el rencor humano, ante todas las cosas, adoptaba la actitud de un niño que ve por primera vez el mundo. No dejaba en su espíritu huella de melancolía, prejuicio ni odio. Así se comportaba con su sobrina y con Víctor. En él siempre había un gesto espontáneo hacia Amrita, desde que era pequeña, de bondad que no se cansa, de sincero afecto y cordialidad.

Emily, que había sido espectadora de la relación con Richard, lo recordaba del siguiente modo: “No llego a comprender cómo Amrita se permitió quedarse embarazada. No se la veía atraída hacia Richard Campbell y, además, no lo consideraba un amante íntimo como otros. No solo porque el británico estuviese en Shimla con su mujer e hijas sino porque, conociendo a Amrita, no era el tipo de amante con el que pudiese tener una relación fugaz, espontánea o seria. Me lo presentó en una cafetería llamada Davicos, un sitio donde ella solía ir a comer y leer en el hermoso jardín que tenían en la parte trasera. Recuerdo que aquel sieso británico me pareció un estúpido mayúsculo. Tenía la irritable peculiaridad de que cuando hablaba en su perfecto acento inglés, susurraba las letras *S* y *R* con tanta claridad que parecía usarlas con más asiduidad que cualquier otra persona.

El que no adoptase medidas para evitar quedarse embarazada causó un enorme malestar en Víctor, que la esperaba en Italia para ir a Budapest. Estaban comprometidos. Entonces, ¿por qué lo hizo? Amrita no era ninguna ninfómana. A pesar de las acusaciones que recibió, ella no se acostaba con cualquiera y si lo hacía, tomaba las precauciones debidas.

De toda la maraña de amantes que tuvo, este, desde luego, era el

más sectario y de mayor cerrazón mental. Ahora lo que pienso es que su relación con aquel imbécil descomunal fue más allá de querer satisfacer un placer físico o emocional. En mi opinión, esa relación fue para olvidarse, evitar o retrasar el matrimonio con Víctor, no porque no le quisiese sino porque después de haber tomado aquella decisión y pensarlo con calma, empezó a temer al futuro una vez casada. Tenía dudas personales que me expresó cuando se despidió de mí antes de emprender el viaje a Europa. ¿Tendría que fingir serle fiel el resto de su vida? ¿Sería feliz? ¿La limitaría en la expresión de sus sentimientos a través de la pintura? ¿Cómo vería la vida? Estas y muchas otras incertidumbres le causaron un estado de ánimo que, tras ser cortejada, hizo que se dejara llevar físicamente".

Por otra parte, el crítico Peter Kovacks, ya en su vejez, recordaría esta época en la vida de Amrita: "En la complejidad psíquica de Amrita había un deseo de búsqueda de amantes inadecuados para rebelarse contra el empeño de su madre por encontrar para ella lo que llamaba 'el joven apropiado'. Por esta razón pienso que su matrimonio con su primo húngaro, el doctor Víctor Egan, fue motivado por su ansia de verse liberada de la personalidad dominante de su madre. Poco después de la muerte de Amrita, conocí en Nueva Delhi a su madre, Marie Antoinette, en una exposición dedicada a su hija, y me causó un sentimiento más que de tristeza, de desprecio, debido a su carácter huraño y antipático. Cuando me presenté y le dije que había conocido a Amrita durante su exitosa exposición en el hotel Faletti de Lahore, tuvo la osadía de atribuirse el mérito de las obras de su hija ya que, según presumía, fue ella quien la animó y apoyó económicamente a la hora de seguir la carrera de artista. No había visto expresión más rufianesca en la vida. Hubo gente por entonces que hablaba de que fue ella quien la llevó a la muerte. Después de conocerla personalmente, no me pareció improbable".

39

A pesar de su apariencia modesta, Víctor procedía de una familia de aristócratas irlandeses. Su apellido familiar era O'Egan; sus antepasados emigraron de Irlanda a España y de allí a Hungría. Su abuelo, y posteriormente su padre, perdieron la fortuna familiar en desastrosos negocios que, a pesar del esfuerzo y entusiasmo que ponían, fracasaron uno tras otro.

Víctor vivía solo con su madre, Blanka. Su padre había fallecido hacía unos años por un cáncer de garganta, motivo por el cual tuvo que compaginar sus estudios de medicina con trabajos temporales. Con el poco dinero que tenían ahorrado, y con la ayuda económica de tío Ervin, Blanka invirtió en montar un restaurante pensado para obreros y trabajadores de las zonas industriales. Un menú barato y comida típica casera fueron los ingredientes para que ese pequeño negocio les reportase el dinero suficiente para subsistir.

Víctor había terminado recientemente sus estudios *cum laude* y trabajaba con un horario intensivo en un hospital. Era muy simpático, un poco apocado, nervioso y no sabía hablar; se azoraba cuando tenía que expresarse en público, aunque solo fuese para decir tres o cuatro palabras. No era un joven especialmente dotado de atractivo físico, ni de idiomas o de una amplia cultura, pero —y al parecer este era un *pero* muy notable para Amrita— era un ser humano muy cariñoso, comprensivo y bondadoso.

Se casaron el 13 de agosto de 1938 en la oficina municipal del Distrito VIII de Budapest. Era un día cálido de verano. Además de contar con la presencia de Blanka y de tío Ervin, Víctor llevó a varios amigos como testigos a la oficina de registros. Algún que otro invitado pudo percatarse de la pasividad, falta de entusiasmo y alegría del futuro matrimonio, hasta el punto de que después de rellenar los formularios burocráticos y firmas, no hubo ni convite ni celebración. Se casaron sin música, ni arroz, ni baile: todo fue un mero trámite. Amrita llevaba puesto uno de sus saris preferidos, muy brillante y llamativo, con la cenefa dorada. Seguía la costumbre que había tomado en la India y dado su carácter rebelde, en Hungría decidió vestir únicamente así, importándole poco, o más bien nada, lo que la gente murmurase u opinase. Llamaba la atención, ya que por entonces ese tipo de vestimenta exótica y extranjera no era nada común en Europa.

Se instalaron en el apartamento en el que Víctor vivía con su madre que, a diferencia de Marie Antoinette, trataba a Amrita con absoluta complacencia. Aprobaba el matrimonio y adoraba tenerla

como hija. Decidieron que pasarían una temporada corta en ese apartamento, hasta que Víctor terminase su trabajo intensivo de prácticas en el hospital y entonces pudiesen viajar a la India.

A Umrao y Marie Antoinette les pilló la boda por sorpresa. Viajaron a Budapest para hablar con Amrita. La intención que tenían era dar a su hija un ultimátum, pensando que quizá se retractase de la decisión tomada. Marie Antoinette, temiendo el ímpetu natural de su hija, estaba horrorizada pensando en si sería demasiado tarde y Amrita estuviese embarazada de Víctor. Al llegar a la casa, Marie Antoinette no prestó mucha atención a su hermana Blanka, que había procurado que la presencia de los invitados fuese de lo más confortable. Así, hizo comprar dulces exquisitos para tomar con el café, pero ni Umrao ni Marie Antoinette probaron sorbo ni bocado, sino que fueron directamente a por su hija y se encerraron con ella en el dormitorio. Esto hizo que la atmósfera resultase aún más enrarecida. Umrao esperaba que su hija aceptase sus argumentos fríamente, aun con un ligero tinte de ironía filosófica. Rompió el hielo diciendo pacientemente mientras se sentaba en el borde de la cama:

—Tu madre te llevó en el vientre durante nueve meses. Te hemos cuidado desde tu nacimiento, te hemos ayudado a crecer y te hemos apoyado hasta el día de hoy. Hemos financiado tus estudios en París, ¡extremadamente caros! Te hemos pagado desde profesores particulares hasta tus viajes de verano a Hungría y los realizados a la India. Te hemos financiado durante tu independencia mandándote una pensión. Y pese a que te hemos dado todo cuanto tenemos, amor, cariño y dinero, ¿es así como nos lo agradeces? ¿No piensas que nosotros, como padres, después de haberte dado tanto, tenemos puestas ciertas esperanzas en ti?

Amrita, sentada en una silla y aun queriendo dar una imagen de completo dominio de sí misma, movía la pierna con la punta del pie apoyada en el suelo.

—Nosotros estamos muy contentos de vivir juntos. Somos personas ya adultas, conscientes de nuestra decisión. Nos conocemos muy bien los dos. No estoy haciendo nada erróneo. Nos queremos mucho y somos extremadamente felices. Pienso que si me apreciarais tanto hubieseis tenido un mínimo de respeto por Blanka, que no solo es la hermana de mamá y la madre de Víctor, sino mi suegra. En cuanto a la financiación de mis estudios, desde hace ya tiempo os he estado dando muchos detalles del fruto y rendimiento que han tenido, pero si aún no estáis completamente satisfechos, en el futuro próximo os haré ver más resultados. De momento no son económicos, pero mis exposiciones me están dando a conocer, ya lo sabéis por los recortes de prensa que os he estado mandando por correo. No os preocupéis

por eso.

—¡Oh, qué orgullosa eres! ¿Por qué eres tan injusta? ¡Imagina mi espanto y mi estado de angustia cuando me dieron la noticia! ¡No me lo podía creer! —exclamó Marie Antoinette con voz plañidera mientras caminaba inquieta de un lado a otro de la habitación, haciendo crujir deliberadamente una uña entre sus dientes con enérgica expresión negativa.

—No uses palabras tan exageradas, por favor, mamá.

—¿Como cuáles? —contestó con nerviosismo.

—Como las de *espanto* y *angustia*…

Marie Antoinette ya no se pudo contener y mostró su verdadero carácter. Sus movimientos violentos le hacían retemblar un poquito la gruesa papada que acababa de redondear su rostro. Dejándose ya de remilgos, colérica, con una voz enfurecida que se pudo oír por todo el apartamento, prorrumpió:

—¡Eres una testaruda! ¡Con el tonto de tu primo! ¿Qué te crees, que estáis hechos el uno para el otro y que vais a vivir una vida tan dulce como la de los dos muñequitos de encima de la tarta? ¡Escúchame, descarada! Me cuesta creer que tú estés dispuesta a pasar el resto de tu vida con un médico de pueblo. A ti, que no te ha faltado nada, que has vivido a todo lujo y te has permitido todas las comodidades que has querido, ¿ahora vas a rebajarte y luchar por sobrevivir? ¿Quién va a ser quien sostenga a quién? Porque con la venta de un solo cuadro tuyo seguro que cubre el salario de un año de Víctor ¡o más!

Umrao, tras hacer un gesto a su esposa llamándola a la calma al mismo tiempo que esgrimía un dedo hacia Amrita imponiendo silencio, dijo:

—Será este tu deseo de sufrir todo tipo de privaciones en tu futura vida. De acuerdo, de acuerdo… Pero que sepas que Víctor, como doctor, no podrá sostenerte a ti ni en Delhi ni en Shimla. Tienes que olvidarte de volver a la India. Tan seguro estoy como que de dos y dos son cuatro, y de que el emprostótonos sucede al opistótonos. Allí tu etapa se ha acabado. ¡Con lo que cuestan los alquileres! Imposible abrir allí una consulta médica. Además, que yo sepa, prácticamente no sabe hablar inglés. No eres realista. ¿Tú has pensado en todo esto o te has dejado llevar por impulsos juveniles? Te digo una cosa… —se detuvo ahí para dotar de solemnidad las palabras que iba a pronunciar, como si pretendiera subrayarlas. Se levantó, miró de soslayo a Marie Antoinette como indicando que lo que iba a decir tenía trascendencia y continuó—: Te digo una cosa, aún tienes tiempo de retractarte. Tu madre y yo tenemos contactos en el gobierno aquí

en Budapest y podemos lograr la nulidad del papel que habéis firmado…

A pesar de las distintas demostraciones de disuasión con todas las armas de la persuasión, de la oratoria y de la retórica que emplearon, Amrita no se amilanó, no desistió ni sucumbió a los argumentos e intereses de sus padres para que terminase con su reciente matrimonio. Más que nunca quiso a Víctor como marido, entre otras cosas, porque había superado el obstáculo más importante, la confrontación con su madre, y esta circunstancia estimulaba una mente que siempre se había sentido oprimida y coaccionada por su progenitora.

Tanto Amrita como Víctor estaban en la plenitud de sus facultades, hablaban el mismo idioma, el húngaro, eran razonables y, sobre todo, sinceros. Empezaron la convivencia de su matrimonio con una serie de acuerdos. Primero: no tendrían hijos, no por la cuestión de sangre, dado que eran primos, sino porque no querían tener niños a su alrededor. Segundo: Amrita seguiría con su devoción por la pintura y Víctor la respetaría y apoyaría. Tercero —lo más inusual de toda convivencia matrimonial—: Amrita podía tener relaciones con otros hombres o mujeres. En esto último, Víctor no pareció verse molesto, ya que hacía mucho tiempo que había aceptado este comportamiento como parte de la personalidad de Amrita: su necesidad de tener una vida sexual variada.

40

Tras la Primera Guerra Mundial, el atropello e iniquidad cometidos con Alemania fue tan grande que, a pesar de la incredulidad y cerrazón de muchos, a nadie con sentido común podía escapársele que sucedería otra guerra tarde o temprano. Dominados por la insensatez y la demencia ensalzadora del nacionalismo, los nazis, hinchados de ensueños ambiciosos, alardeaban de una dialéctica pedantesca. Su razonamiento favorito para justificar su absurda idea de pertenecer a una raza superior era ejercitar sus cabriolas mentales con un acrobatismo intelectual pesado y tortuoso, con el fin de demostrar que Alemania debía ser la señora del mundo y que el supremo ideal de la felicidad consistía en que los humanos vivieran regidos por el pangermanismo, “la aristocracia de la Humanidad”.

Aquel nacionalismo necesitaba un pilar sobre el que sujetarse, uno que representase un sentimiento fuerte de rechazo, antipatía, aversión y de intensa repulsa: los judíos. Detrás de aquella faramalla sobre razas, odio y recuperación de territorios perdidos tras la Primera Guerra Mundial, había un proyecto político que consistía en el exterminio sistemático de los judíos. Por aquella época ya había empezado a brotar la soberbia que anida en los corazones humanos: lo ario era virtuoso, exento de imperfecciones y hermoso, mientras que lo judío era depravado, corrupto y mefistofélico. El yidis, que era una lengua viva, pasó a ser el lenguaje de los muertos. La existencia de los judíos asquenazis en Europa Central y Oriental se empezaría a volatilizar al calor de los hornos crematorios.

Los nazis habían impuesto la Ley de protección de la sangre y honor alemán que hacía que los matrimonios interraciales, como los de judíos y arios, fuesen ilegales. Bajo este tipo de leyes impuestas en los países dominados por la influencia nazi, Amrita se encontraba amenazada. En Hungría, el nacionalismo debía extenderse en cada una de las manifestaciones de la vida. En los periódicos todo eran soflamas encendidas sobre la deuda histórica, la unión de los pueblos húngaros bajo una sola nación y reivindicaciones nacionalistas, ya que tras la Primera Guerra Mundial habían perdido nada menos que un 70 por ciento de su territorio. Hungría pronto se alinearía con la Alemania nazi, entre otras razones por querer ser recompensada con aquellos territorios donde presuntamente había una mayoría de población húngara, como en Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia. Atrás quedarían la belleza, la libertad y el resplandor artístico húngaros. Atrás quedaría también el recuerdo del 'Club de la tribu de los indios pieles rojas', que con tanto entusiasmo tío Ervin organizaba

todos los veranos entre aquellos magníficos árboles que acabaron, después de la guerra, derribados, tronchados y quemados por la fuerza de vehículos en forma de oruga y por los frutos que caían de los pájaros motorizados que surcaban el cielo. Los nazis no solo se contentaron con utilizar los troncos de madera para alimentar sus hornos, sino que quisieron quitarles también el alma, porque no se entendía la vida sin los árboles. Murieron muchísimos de ellos mientras el viento los buscaba y el mundo valía un poco menos.

Una vez que Hungría y Checoslovaquia empezaron las escaramuzas previas a la Segunda Guerra Mundial, el tío Ervin les aconsejó dejar Budapest, pero Víctor fue llamado a filas y Amrita tuvo que quedarse sola en casa con su suegra. Durante su ausencia, Amrita visitó a su antigua amante Klara Lang. Tras este nuevo reencuentro, pintó el cuadro *Dos chicas* (1939), en el que representó a dos jóvenes desnudas, una de piel blanca y otra oscura, como si quisiese enfrentar la superioridad colonial blanca contra la fuerza oscura de un país sumiso al mismo tiempo que representar la interacción entre dos culturas.

Poco tiempo después, Klara se marchó a Hollywood atraída por el mundo glamuroso del cine, pero en el trayecto hacia el puerto de San Francisco y debido a los últimos acontecimientos de la guerra, el barco tuvo que ser atracado indefinidamente en Shanghái. Klara decidió quedarse y encontró empleo en un conocido cabaré al que asistían personajes de los bajos fondos: espías, nazis y soldados de las fuerzas aliadas. Durante el resto de la contienda, participó en ambos bandos pasando información tanto a unos como a otros sin saber el contenido ni el motivo de tales mensajes secretos. Se vestía elegantemente al estilo oriental y pronto tuvo reputación de afamada prostituta de lujo entre los numerosos clientes del suntuoso cabaré. Después de la guerra abrió una *boutique* en la trabajó hasta que murió, víctima de un cáncer, antes de cumplir los cuarenta años.

En la primavera de 1939, Ervin les aconsejó por segunda vez dejar Hungría con la mayor celeridad posible. Esta vez sí le hicieron caso, ya que la situación de tensión racial y antisemita había crecido en la calle hasta el punto de temer por la vida de Amrita. En agosto del mismo año, Hitler firmó un pacto con Stalin, pero a los pocos días empezó a reclamar una parte de Polonia y dio comienzo la Segunda Guerra Mundial. No pocos pensaron que al firmar aquel pacto con Rusia habría paz.

Umrao, desde París, como ingenuamente creyó en un principio leyendo los periódicos durante la época previa al estallido de la Primera Guerra Mundial, creía que las amenazas beligerantes afectaban a los demás y que las apetencias territoriales de los nazis ya se habían acabado con Polonia. De este modo escribió a su hija diciéndole que, en su opinión, lo mejor que podía hacer era quedarse

donde estaba. Él y su círculo intelectual de amigos pensaban que el mundo acabaría adaptándose a sus deseos: “Todo es propaganda, todo son rumores. Hace años decían que los alemanes fusilaban en la calle por cualquier nimiedad y clavaban sus bayonetas en los vientres de los niños. Los que dicen que ahora habrá una nueva guerra se basan en informaciones inciertas, meras divulgaciones de noticias falsas. Ten en cuenta que hay una fuerte oposición en Budapest de ultraderecha y Miklós Horthy tiene muchos extremistas en su ejército. Quizá sean ellos quienes estén alentando tantos rumores falsos para asustar a la comunidad judía. Todos los que se van a Ucrania se marchan para trabajar con el motivo y principal propósito de mandar a sus familiares alimentos y ropa, igual que los que ya se han marchado a Polonia”.

Ervin era más racional y, sin perder un ápice de tiempo, les preparó los documentos pertinentes para cruzar la frontera y viajar hasta Génova, donde tomaron un barco con destino a Ceilán. En el buque, el microcosmos de pasajeros de las más diversas nacionalidades parecía un boceto ilusorio y utópico del mundo del porvenir sin fronteras ni antagonismos de razas.

Una vez recibida la noticia de la partida de su hija hacia la India, Umrao le escribió informando de que había hecho limpieza en los cajones de su habitación de París. Siendo consecuente con su juicio y el de su madre, le comunicó que ambos habían destruido la mayor parte de sus cartas. Las que consideraron que debían guardar debido a su contenido y nivel intelectual las ataron con un distintivo cordel, pero las que consideraban sin ningún interés cultural las quemaron en la chimenea. Amrita solo pudo protestar escribiendo duramente a sus padres por tomar tal decisión sin su consentimiento. Años después, tras su muerte, Marie Antoinette y Víctor destruyeron lo que quedó de la correspondencia que mantuvo a lo largo de los años, desde su adolescencia y juventud, con amigos, amantes, conocidos y familiares. Actualmente tan solo existen unas pocas cartas escritas por Amrita de su puño y letra, pero se han conservado casi todas las de su padre. Umrao, siguiendo su peculiar carácter, tenía la costumbre de escribir siempre a máquina y con papel carbón para guardar copia de sus escritos.

41

Por su ubicación en la encrucijada de las principales rutas marítimas, Ceilán era considerada un vínculo naval estratégico entre Occidente y el sureste asiático, además de un centro de la religión y cultura budista desde la antigüedad. Durante aquella época de comienzos de la Segunda Guerra Mundial, y tras el posterior ataque a Pearl Harbor, fue una base muy importante para las fuerzas aliadas en la lucha contra el Imperio japonés. Allí visitaron los museos y templos que alentaban la fantasía de la joven artista. Podían ser de cualquier credo: hindú, musulmán, budista, cristiano, judío o griego, pues ningún templo la habría aburrido. Despertaban en ella un sentido de belleza, una actitud hacia la vida perdurable y exquisita donde su cuerpo y sus ideas encontraban un hogar. Amrita no pudo evitar hacer a Víctor grandes exaltaciones del espectáculo; no había nada como observar aquella lucha de sombras dentro de un templo, la colorida decoración, la serenidad, la paz, la muchedumbre, la dualidad entre tradición y modernidad, las ofrendas de los devotos, sus rezos, los cánticos... El conjunto entero simbolizaba para Amrita la búsqueda de alguna verdad salida de la religión o del amor verdadero que algunos llaman devoción ciega, sumisión incondicional, confianza o abnegación absoluta.

Habrían podido quedarse más tiempo, pero decidieron llegar cuanto antes a Shimla. De camino, visitaron el sur de la India. Durante la travesía por mar pudieron admirar la cadena de arrecifes que separa la isla del subcontinente, que geológicamente indica que antiguamente había una conexión terrestre con Ceilán, pero un ciclón en el siglo XV rompió el puente de Adán, la cadena de arrecifes y bancos de arena que une las costas indias y ceilanesas. Como en la India todo es simbólico y se busca sentido mitológico a lo desconocido, se discute por interés religioso la veracidad de la ciencia que trata de la historia de la tierra y de la constitución, origen y formación de los materiales que la componen. De este modo, ya desde los libros antiguos, como en las leyendas del *Ramayana*, se menciona que el puente fue construido por el dios Rama, que quiso cruzar el mar y rescatar a su mujer Sita, que había sido secuestrada y puesta en cautiverio en la isla por el dios Ravana. Pero la geología, que mira más allá de la religión, cuestiona que el río sagrado Ganges sea muy antiguo, ya que hubo un tiempo en que ni el Himalaya que lo alimenta existía, y que los lugares sagrados del Indostán se hallaran cubiertos por un océano. Al erigirse las montañas, sus desechos cubrieron el mar y así es como más tarde los dioses ocuparon sus puestos 'inventando' el río, naciendo así la India

que hoy en día los más audaces llaman “inmemorial”.

Una vez que desembarcaron en el extremo sur de la India, prosiguiendo su viaje, Amrita quiso enseñarle a Víctor los templos de la ciudad de Madurai y las esculturas realizadas en piedra del pueblo de Mahabalipuram, cerca de Madrás. Todo lo encontraron nutrido y henchido de leyendas e historias mitológicas, como el nacimiento del dios más venerado en el sur de la India, llamado Murugan: tras caer una gota de semen de Shivá en las llamas, este le dijo al dios del fuego que lo depositara en el río Ganges, donde la diosa Ganga lo nutrió y un bebé con forma humana salió del río. En otro lugar de oración hindú, Dios se había encarnado en mono; en otro dedicado a Shivá, este invitaba a la lujuria con apariencia de eternidad; y en otro, la divinidad se había convertido en un paquidermo majestuoso. Llamarlos 'sobrenaturales' hace pensar en fantasmas, por lo que más bien serían 'deidades extraordinarias', como si el dios creador Brahma, desde el cielo sobre el crisol indio, hubiese gritado “¡extraordinario!” y la palabra hubiese echado raíces en el aire para ser inhalada por los más devotos del país asiático.

En la tierra, los más nobles propósitos rara vez son oídos, pues el destino se divierte al torcerlos y desviarlos. Al llegar a Shimla, el fiel criado Bibhu les esperaba en la estación dándoles la sorpresa, más bien la inesperada noticia, de que Marie Antoinette estaba en el bungaló. En cuanto lo oyó, Amrita intuyó con horror gruesos nubarrones en el horizonte.

Al enterarse en París de que su hija y Víctor tenían pensado ir a la India, y con la excusa de pasar el verano allí, dejó a Umrao sumido con su programa de estudios de literatura persa en la Sorbona y decidió adelantarse a la joven pareja viajando en una línea marítima distinta de la que ellos habían tomado. De este modo había podido llegar antes.

Amrita y Víctor tenían grandes planes que habían hablado y discutido durante el largo trayecto desde Europa. Ella le había insistido en que era su deber aprender a hablar correctamente inglés, ya que especialmente en Shimla era la lengua dominante, sobre todo por la presencia mayoritaria de ingleses y extranjeros de diferentes nacionalidades que se comunicaban en la lengua del Imperio. Él abriría una clínica y Amrita se centraría en sus pinturas, pero la presencia de Marie Antoinette nubló el ambiente y ensombreció los futuros planes, bruscamente agriados. Amrita sintió un escalofrío. Sabía que la presencia de su madre en la casa familiar no era fortuita ni casual, sino minuciosamente planeada y motivada: evitar que los recién casados se instalasen en la casa y poner obstáculos a su felicidad. Así se lo expresó a Víctor, que se mostraba incrédulo y pensaba que exageraba.

Pronto pudo darse cuenta de que ella estaba en lo correcto. Marie Antoinette, fiel a su carácter, no dudó en dar a entender a Víctor que no era bienvenido en *su* casa, aunque siempre se aseguraba de hacer sus comentarios en ausencia de su hija. Víctor, para no enfadar a Amrita, se guardaba sus asperezas y resentimientos, y aparentaba que nada sucedía. Sin embargo, ella percibía el malestar de su marido aun encerrándose a diario en su estudio, intentando encontrar en vano una atmósfera estimulante.

42

Invirtieron todo el dinero que tenían ahorrado en la compra de instrumental y aparatos para la clínica de Víctor. Marie Antoinette, consciente de la precaria situación económica de la joven pareja, no dejaba de darles la espalda descaradamente cuando hablaban acerca de gastos y aprovechaba el momento oportuno para realizar comentarios sobre los numerosos y costosos utensilios de jardinería importados de Inglaterra que había adquirido recientemente. No solo se había propuesto no ayudarles financieramente, sino que pretendía que llegase el momento de que se hartasen de la vida en la casa y se fuesen de Shimla, ya que no podrían instalarse en otro sitio de la misma zona debido a los costosos alquileres.

En las plantas y en los insectos se puede observar, como en la especie humana, inteligencia, cuerpo erguido y lenguaje articulado. Como seres vivos que son, las plantas se adaptan al medio. Hay una energía que recibe diferentes nombres y es definida de diferentes formas que mueve tanto a las plantas como a la especie humana, y que les da la vida y los lleva también a su final. Hay plantas buenas y plantas malas: unas tienen saludables jugos mientras que otras son tóxicas; las hay que crecen sobre raíces ajenas y viven a costa del prójimo, como también hay las que disfrutan de una vida libre y agreste y crecen a gusto en las montañas; unas se dejan criar con trato cortesano en los huertos y en los jardines, y otras crecen en macetas dentro de una vivienda y se dejan seducir por los halagos de la vanidad. Todas viven, mueren, disfrutan, sufren... En la India existen muchas variedades de plantas, desde coníferas hasta rododendros, desde mangles hasta orquídeas, desde cúrcuma hasta albahaca. Así como en la especie humana y ante tanta dicotomía de clases, no es raro que existan plantas que tengan sus odios y desavenencias, sus amores y sus veleidades. Las pasiones que pensamos que solo anidan en el ser humano, anidan también en las plantas, en la naturaleza.

En la especie humana, la persona que tiene afecto, comprensión y compasión, y se comporta de modo digno y bueno con los demás seres que la rodean anhela la bella criatura que palpita de amor al nacer y crecer como tallo de su ser. Pero las hay que ya de por sí son plantas de mala complexión, que tienen cogitaciones malignas, malas inclinaciones y malas cualidades. Este género avieso se personificó en Marie Antoinette. Ella era de carácter ligero y frívolo y amaba la vida por los placeres y satisfacciones que proporcionaba. Era capaz de cometer las mismas indecencias que una pelandusca. A pesar de su apariencia un poco desaliñada y descuidada, se rodeaba en Shimla de

amigas inglesas aduladoras que declaraban que una mujer que se precie no podía salir a la calle con un vestido y sombrero que no estuviese de moda. En su círculo de amistades era respetada por su ostentación de riqueza, dureza y carácter irascible, así como por ser la esposa de un excéntrico millonario indio que muchos confundían como un fastuoso y estrafalario maharajá. Pero sobre todo era admirada por las numerosas amistades influyentes que se había granjeado durante años —muchas incluso habían sido sus amantes—, tanto funcionarios y políticos británicos como franceses y húngaros e intelectuales o artistas de lo más diverso: escritores, pintores, historiadores, compositores, periodistas, escultores... En los días de fiesta se pasaba largas horas al piano evocando sus recuerdos musicales, siempre los mismos, ante la atenta mirada del portarretrato firmado y finamente enmarcado de Giacomo Puccini.

Umrao se sentía impotente. Quería mucho a su hija, pero desde la distancia había empezado a pensar que la guapa, cariñosa y juguetona niña que guardada en sus recuerdos no era la adulta Amrita, esposa de Víctor. Desde la distancia veía las cosas de distinta manera y no admitía las quejas de Amrita hacia Marie Antoinette. Pensaba que todo eran exageraciones y malentendidos. Escribía a su hija, pero la correspondencia era interceptada. Pasaron las semanas y los meses, y Amrita se dio cuenta de por qué no recibía respuesta por parte de su padre, por lo que decidió usar la dirección de Emily como remitente. Tras recibir la primera carta en la dirección de su amiga, supo que su padre no estaba enteramente de su lado, quizá no solo por su amargo pasado y porque no estaba de acuerdo con su matrimonio, sino también porque estaba influido en exceso por el cinismo de una sacerdotisa ajada y confabuladora, Marie Antoinette. En su carta, con la sensibilidad embotada por tantos libros, Umrao minimizaba la deteriorada relación madre-hija, esperaba que las cosas se enderezaran y consideraba a Víctor como el epítome del problema. Y, además, aun mencionando la posibilidad de que pudiesen establecerse en el entonces Principado de Kapurthala, el inconveniente seguía siendo Víctor debido a su nulidad con los idiomas: "Estoy totalmente de acuerdo con que Víctor aprenda inglés. Es fundamental para ejercer su profesión. Como te dije muchas veces, yo tengo muy buenos contactos con la familia del maharajá de Kapurthala, pero allí anteponen el francés a cualquier otro idioma y solo tú podrías residir allí. Soy consciente de que le será muy difícil y complicado aprender un nuevo idioma a la edad que tiene, pero no tiene otra opción si quiere ejercer en Shimla. Recuerdo haberle oído hablar en inglés y no le entendía nada. Desde luego, tendría que empezar desde cero, con la fonética, con la forma de pronunciar las palabras correctamente.

Os debéis de estar gastando una considerable cantidad de dinero

entre sus clases particulares, su equipo médico y la remodelación de tu estudio. Espero que al menos pronto generéis ingresos. En referencia a que mamá ha querido ampliar el jardín rompiendo parte de la pared de tu estudio, me siento con las manos atadas, no puedo hacer nada al respecto, solo pedir que sea más considerada y atenta. Le escribiré sobre este asunto”.

43

La turbulenta relación con su madre fue poco a poco erosionando no solo la convivencia del joven matrimonio, sino creando principalmente un efecto pernicioso en la mente de Amrita. Marie Antoinette, ese monstruo con atuendo humano, jugaba con los sentimientos de su hija. Su ternura había desaparecido para convertirse en dureza. Su mente se convirtió en un torbellino de impulsos contradictorios deliberados con mala idea y, al mismo tiempo, con afán de parecer escrupulosamente inocente. Por la mañana se podía mostrar alegre y comprensiva con su hija, pero por la tarde era todo lo contrario: huraña, irascible y mal hablada. Cuando Amrita no estaba presente, no dejaba de hablar a Víctor con medias palabras sobre el pasado amoroso de su hija, de sus aventuras sexuales con mujeres, de la ruptura con Yusuf y de cómo contrajo la sífilis. Había días en que se hacía la víctima y disimulaba un ataque de ansiedad o nerviosismo. Tal era su comportamiento teatrero que hasta llamaba al doctor y contrataba enfermeras para estar a su lado durante dos o tres días, argumentando que nadie en la casa se preocupaba de ella ni la cuidaba.

Consciente de la precariedad de la pareja, seguía ostentando con orgullo su capacidad financiera y llevaba a casa a un peluquero. Otras veces también llamaba a una esteticista para esmaltar sus uñas y hacerle masajes de cabeza o cuerpo entero, que procuraba que fuesen al aire libre, en el jardín y a la vista de todos. Otras veces, el blanco de su ira era el apacible y sumiso criado nepalí Bibhu, pues lo consideraba leal a su hija, que se oponía a sus demandas de despedirlo. Marie Antoinette lo quería fuera para ser ella misma la encargada de controlar el servicio doméstico.

—¡Miradlo! —exclamó Marie Antoinette con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca mientras Bibhu se afanaba en servir el desayuno de la forma más complaciente y servicial posible—. ¿Sabéis cuál es la estrategia de los nativos que se creen educados? Se comportan de manera servil hacia nosotros, los invasores desalmados, pero por detrás confabulan demostraciones de crímenes y asesinatos.

Indiferente hacia lo que pasaba por la mente de este antiguo guerrero *gurkha*, Marie Antoinette señaló las mangas sucias de su camisa, que se acababan de manchar con el curry que había salpicado del cuenco que portaba, y continuó su agravio:

—¿Veis? Aquí tenéis la caracterización perfecta del indio, ¡la negligencia! El descuido por la limpieza e higiene. Esta es la esencia de la raza india. ¿Qué os parece si al *hermano indio* lo empezamos a

vestir con salacot y polainas? —prorrumpió con estruendosas carcajadas, envanecida de soberbia y superioridad. Aquel comentario le pareció tan ocurrente que se reía con todas las fuerzas que le permitía su ser, repitiendo—: ¡Con salacot y polainas!

Cuando era domingo, que en Oriente siempre es un día ambiguo y de excusa para holgazanear, vociferaba que iba a morirse y gemía hasta crear un ambiente irritable y malintencionado durante toda la mañana que invitaba a todos a salir de la casa. Otras veces, ordenaba intencionadamente a las criadas empantanar los suelos de las habitaciones para fregar por la mañana temprano y se mostraba muy quisquillosa con la limpieza y la higiene. Su pretensión iba más allá del deseo de verlos trastabillar en su vida matrimonial: se trataba de evitar a toda costa que se sintieran cómodos en la casa y decidiesen quedarse. El hecho de pensar que Víctor, como esposo de su hija, pudiese heredar en un futuro parte del enorme patrimonio de su marido, la exasperaba y le causaba irritación. Se propuso impedir que pudiera tener éxito profesional en Shimla, con el fin de que su esposa le siguiera a otro destino sin otra opción que la vuelta a la convulsa Europa. Ajena a la generosidad, se había transformado en un miserable reptil con su nariz respingona.

Amrita sentía que una masa de locura trataba de arrollarlos, pero no sabía cómo esquivarla porque no entendía la locura. Se había enfrentado a los problemas siempre con buen juicio y sosiego, pero la situación en la que se encontraban en la casa era insostenible. Además, no sabía qué otro destino tomar con Víctor.

El ambiente tenso en el que vivían era cada vez más acuciante. Marie Antoinette, siempre rígida e intrigante, seguía elucubrando planes para conseguir erosionar la relación entre marido y mujer. Cuanto más los veía juntos, más lacerante se sentía.

Emily-Christine Kestenholz Wilkinson recordaría así este ambiente de aquellos días: “Su madre, desde luego, era una auténtica plaga bíblica. Aquella situación en la que vivían era insostenible, llena de tensión, era como estar sobre un montón de paja seca colocada en un establo y solo faltaba alguien que con mala intención entrase con una antorcha y prendiese fuego. Por eso era de esperar que ese *algo* fuera a suceder. Cualquier persona en su sano juicio podía intuir que llegaría el momento en el que *algo* sucedería.

Yo ya era considerada una más de la casa, entraba y salía con toda confianza. Aunque nuestra relación física se había vuelto más distante, nuestra mutua amistad era tan fuerte como antes. Por supuesto que Víctor sabía de nuestra relación, pero él era un ser encantador, apacible, tranquilo y, sobre todo, comprensible con Amrita. Más que un marido parecía un hermano mayor al que se le había asignado la

tarea de cuidar de su hermana pequeña. Jamás lo vi enfurecerse, tirar cosas o escuchar de su boca palabrotas o insultos. Nunca. Y esto lo puedo decir certeramente. Jamás habló de Marie Antoinette a sus espaldas como ella hablaba de él. En cambio, ella no solo le faltaba al respeto sino que le criticaba en público sin rebozo alguno. Su nivel de inglés era muy pobre, incluso a mí me costaba entenderlo al principio. Tampoco sabía francés, que era como me comunicaba con Amrita. Yo entendía casi perfectamente el húngaro, pero no lo hablaba porque me costaba mucho expresarme, con lo cual, cuando me hablaba en inglés con ese acento húngaro tan fuerte los primeros días, le pedía que me volviese a hablar más despacio porque balbuceaba. Noté que se sentía avergonzado al no ser entendido y entonces fui yo quien tomó la iniciativa de prestar más atención a lo que decía cuando se quería expresar. Finalmente le dije que si no encontraba la palabra adecuada, utilizase el húngaro.

Víctor se encontraba en un dilema. Se habían gastado casi todos sus ahorros en comprar muebles e instrumentos para su clínica, pero no tenía clientes, llegaban con cuentagotas. Creo, mejor dicho, estoy convencida, de que fue por Marie Antoinette, que a través de personas influyentes que ella conocía evitó que la gente adinerada de Shimla visitase la clínica. Había ruindad e ingratitud en el trato de Marie Antoinette hacia todo lo que se relacionase con su hija. Era un ser miserable y lacerante. A mí siempre me evitaba y no creo recordar que mantuviéramos una sola conversación. Al principio, cuando nos cruzábamos en el jardín o dentro de la casa, nos limitábamos a un simple 'hola' de forzada cortesía, pero al cabo de poco tiempo evitó dirigirme incluso la mirada.

Amrita y Víctor tenían grandes planes. Ella estaba ilusionada, pero la inesperada presencia de su madre en el bungaló lo frustró todo. Estoy segura de que si no hubiese llegado a Shimla y se hubiese quedado con su marido Umrao en París, todo habría cambiado y Amrita no hubiese acabado en aquel trágico desenlace. Todo se frustró, se desmenuzó, se tronchó con aquella mujer de carácter misterioso. Diré más, la madre de Amrita era una mujer muy rara, a veces se paseaba por la casa hablando sola, incluso delante de la gente, no sé si actuando o pretendiendo, pero no dejaba de conjeturar en voz alta sobre el futuro, como si practicase la nigromancia. Se paseaba por la casa con una parsimonia y un silencio propios del fantasma de Hamlet. Cuando hacía estas locuras se vestía únicamente de negro, incluso con un chal sobre su cabeza, y llevaba en la mano una planta que no dejaba de mover a su alrededor, como si fuese una hechicera o practicase la brujería. Estoy convencida de que era mentira y lo hacía para amedrentar. Rozaba lo absurdo. En fin, que tenía un carácter pérfido que me recordaba a una de esas brujas

surgidas del caldero en *Macbeth*, cuya representación vi por aquellos días en el club de Shimla. 'La araña', así es como yo la llamaba cuando hablaba con mi marido acerca de lo que sucedía en el bungaló de Amrita. Con toda la paciencia de su especie, yo era consciente de que era capaz de todo y creo que si no llegó a envenenarlos, estoy segura de que lo intentó, ya que como el aspecto de las silenciosas tegenarias, que son malas por naturaleza, desde luego no inspiraba confianza alguna. Con su presencia, aquella casa exudaba el odio, la antipatía, la aversión y la inquina más vil.

Mi marido pensaba que una mujer así debería ser utilizada como prueba del nuevo sistema carcelario británico, que por aquellos días se leía en los periódicos. Según este nuevo método penitenciario, el convicto debería estar en aislamiento completo de los demás prisioneros, así no sabría nada de nadie. Al parecer, estar reducido en una celda incomunicada le conduciría a un estado mental sano, a una contrición y arrepentimiento sinceros. Aquellas celdas deberían tener el suelo barrido todos los días y bien fregado, para que molestase la limpieza, para que la humedad, filtrándose a través del petate, se le metiera al prisionero en los huesos. En aquellas paredes no se permitiría una sola mota de polvo. Soledad completa. Hasta la compañía de la suciedad le quitaban al preso. Pero estoy segura de que aunque se aplicase en Marie Antoinette el último procedimiento ultramoderno y vanguardista de disciplina carcelaria, aunque se le aplicase el mejor e infalible medio para conseguir que los presos se transformasen en auténticos conversos, aunque la internasen en confinamiento solitario por una década, aquella huraña mujer no cambiaría su forma de ser.

Como solía hacer casi todas las tardes, iba al estudio, me sentaba y mientras Amrita pintaba, yo la miraba realizar su trabajo, leía, me tomaba un té masala servido y hecho deliciosamente por su fiel criado Bibhu, y me quedaba allí, en silencio, observando o sumida en la lectura durante horas. Por cierto, tengo que decir que poco a poco me fui dando cuenta de que aquel señor nepalí de edad indefinida por sus rasgos faciales, bien pudiera tener unos cincuenta años o diez menos, había desarrollado una inclinación hacia Amrita más allá de la obediencia y devoción de un simple criado a su *memsahib*. El nepalí era pequeño pero muy, muy musculoso, silencioso, con una mirada lenta y penetrante que posaba de manera profunda en las personas y los objetos. Prácticamente no hablaba, como si hubiese adoptado esa práctica como una dádiva hacia un dios o vete tú a saber el porqué, pero quizá para pagar o redimirse por algún pecado bárbaro que habría cometido durante su participación en el ejército donde, como me dijo Amrita, perdió su dedo índice. Su lema parecía ser '*No sorry, no thank you*': mutismo completo. Cocinaba excelentemente. Había

aprendido de Amrita recetas de comida típica húngara que la madre de Víctor le había enseñado cuando vivían en Budapest. Hacía un bizcocho de nueces y pasas bañado en ron y servido con chocolate fundido y nata... ¡impresionante! Aún puedo recordar su sabor en mi paladar. Todos los fines de semana comíamos en el jardín un riquísimo estofado de carne llamado *gulash*. Amrita nunca estuvo preocupada por engordar, a ella le encantaba la buena comida tradicional. Bibhu era muy ingenioso cocinando ese tipo de comida. De hecho, ante el espanto de Marie Antoinette, fabricaba en el jardín unos hornos que hacía de barro y arcilla, y que después destruía y otro día volvía a construir. A Víctor sí que le recuerdo engordar por entonces, ya que era muy comilón y sedentario.

Con la presencia de Maria Antoniette en la casa, Amrita se encontraba atada de pies y manos. Europa estaba en guerra y no tenían otro sitio donde ir, ni siquiera en la India. Su madre era un auténtico incordio de tomo y lomo. Yo había desarrollado una aversión terrible hacia aquella mujer y era consciente de los sentimientos de Amrita en aquellos días, porque me daba cuenta de que vertía lágrimas silenciosas y secretas, que es el modo más amargo de llorar. Bastaba verla para darse cuenta de que estaba sufriendo enormemente. Yo misma me sentía embargada por una pesada tristeza al ver a mi amiga en tal estado. A Marie Antoinette no le importaba lo más mínimo dañar los sentimientos de su hija y, desde luego, la profesión de Víctor aún le importaba menos… Una tarde, recuerdo que reinaba el silencio en el estudio, solo se oían algunos pájaros y a lo lejos algún perro ladrar. De repente, pudimos oír desde el estudio que Víctor entraba en el salón de la casa con su fuerte caminar patoso e, inmediatamente, oímos que Marie Antoinette le recriminaba por llegar tan temprano, cuando aún la cena no estaba hecha. Además, le acusó de dejar la clínica desocupada a esas horas.

—Por hoy no tengo más clientes —le contestó Víctor.

—¡Pues los buscas! ¿Cuánto tiempo quieres estar viviendo con el dinero de mi hija? ¿Es que no tienes vergüenza alguna? ¿Qué se puede esperar de un hombre que a una edad adulta no lee nada más que libros de Julio Verne y quiere el periódico tan solo para ver las viñetas?

Pude notar cómo Amrita, al oír los gritos de su madre, se sintió impotente. Recuerdo que siempre se quedaba callada y aguantaba su ira cuando su madre hablaba así a Víctor. El caso es que ella no se atrevía a intervenir en favor de su marido porque era consciente de que su madre estaba esperando *ese* momento, *esa* confrontación cara a cara, que le diese un motivo, por nimio que fuera, para expulsarlos definitivamente de la casa. El clímax de sus comentarios llegó cuando Marie Antoinette le insultó duramente: “¡No eres más que un joven

bastardo húngaro, hijo de unos padres obreros que no mereces ser el marido de mi hija!". Oímos cómo Víctor prorrumpió un grito desgarrador de impotencia y corrió hacia el otro lado del salón para encerrarse en el cuarto de baño con tal golpe que enmudeció los comentarios de Marie Antoinette a sus espaldas y dejó la casa como antes, en un silencio absoluto. Amrita estaba a punto de llorar. Su madre hablaba en voz alta para que todos la oyeran, más bien gritaba. Yo creo que era consciente de que Amrita la podía oír desde el otro lado del tabique, desde su estudio, porque su tono de voz no era natural. No era la primera vez que yo era testigo de este tipo de incidentes. Otro día, Marie Antoinette le acusó de dormir demasiado y levantarse tarde.

Víctor era el objeto de crítica por parte de Marie Antoinette por haber decidido casarse con su hija. Lo criticaba duramente por todo: si le veía fumar, decía que fumaba mucho; si le veía comer, decía que no paraba de comer y que estaba más gordo que la semana anterior... Así con todo. Víctor se callaba y se marchaba cuando este tipo de comentarios surgían. El hecho de que él la ignorase y no le replicase como se hubiera merecido daba a Marie Antoinette carta blanca para extralimitarse con sus comentarios.

El colmo, la gota que hizo que el agua se derramase del vaso, fue una mañana en la que Amrita y yo estábamos en el jardín. Ella estaba realizando una escultura y yo estaba posando para ella cuando, desde la ventana de la cocina, nos llegó la voz de su madre gritándole a Víctor:

—Te tendría que dar vergüenza permitir a Amrita tener relaciones sexuales con una mujer. ¿Es que no te das cuenta de que te está siendo infiel? Ya sabes a quién me refiero. ¡A esa Emily!

—¿Qué te hace pensar eso? Mi esposa es una mujer maravillosa, responsable y adulta. Sabe lo que hace y es libre de hacer lo que ella considere oportuno. No vivimos con ataduras ni condiciones. Además, Emily es una maravillosa persona a la que tengo mucho aprecio.

—Que sepas que no son higiénicas y que su principal interés en esta vida es satisfacer sus anormales deseos sexuales tanto con mujeres como con hombres. A Umrao le daba vergüenza salir a la calle en París por ser blanco de comentarios acerca de su hija. Cuando caminaba por la calle sentía que sus amigos, al saludarle, le miraban con unos ojos en los que se transparentaba la repugnancia. ¿Lo sabías? Se avergonzaba de ella por su promiscuidad ilegal. Aunque dudo de que te des cuenta, porque nos estás dando a entender que no eres un hombre con el debido respeto.

Amrita hizo una pelota con todo el molde de barro con el que había hecho la figura de la cabeza. Ya no aguantó más. Su decisión, según me dijo en aquel momento, fue dejar la casa cuanto antes".

La situación llegó al *summum* de aquella mala convivencia cuando el fiel y precavido criado Bibhu encontró trozos de cristal en la comida.

“El tono frío de tus cartas ya no me sorprende —escribíó Amrita a su padre—, especialmente cuando yo sé que tu actitud hacia mi hermana Indira siempre ha sido más cariñosa y llena de afecto. No comprendo cómo no mencionas nada sobre todo lo que te describo del comportamiento que tiene mamá hacia nosotros y sobre sus confabulaciones. Te escribí detalladamente en mi última carta sobre las acusaciones que no deja de verter hacia Víctor y no mencionas nada. Basta decir que nos acusa de cometer vicios y actos criminales de lo más sucios y anormales. Según ella, nuestro matrimonio es tan solo una farsa para satisfacer nuestro apetito sexual anormal y no deja escapar ocasión para criticar directamente o indirectamente la profesionalidad de Víctor en la medicina. Te llevo diciendo que mamá tiene un deseo sádico de ver nuestra relación dañada y herirnos emocionalmente pero tú, debido a la influencia que te domina, no quieres darte cuenta. ¿Hasta cuándo vamos a soportar esta situación?”.

Umrao, ya sombrío y taciturno por los años, tras los últimos exabruptos y episodios calculados de Marie Antoinette que Amrita le contó por telegrama y dándose cuenta de la tensa situación en la que estaban conviviendo bajo el mismo techo, así como por temor a que algún trágico incidente sucediese, recomendó a Víctor como médico en la clínica de la fábrica de azúcar que su familia tenía en la provincia del Punyab. Una vez que recibieron por correo su carta de recomendación para entregar personalmente a los familiares administradores de la fábrica, vendieron todos los objetos y el equipo médico al hospital de Shimla, además de varias enciclopedias francesas que la biblioteca del club adquirió a un módico precio. Obtuvieron en conjunto una cuantiosa suma de dinero.

Cuando llegó la despedida, todos se sentían desafortunados y enfadados. Era como si la tierra emanara odio e irritación al mismo tiempo.

44

Un pueblo pobre es un pueblo que carece de libertad, porque no puede haber independencia ni fortaleza de espíritu en quien se siente oprimido por la miseria que conlleva la falta de alimentos básicos para poder sobrevivir. Tuvieron que ser personajes como Gandhi y Nehru quienes reiteraran a sus compatriotas indios que la vida no es dolor, no es padecimiento, no es sumisión, no es rendición, no es tristeza, no es esclavitud, no es servilismo, no es acatamiento y no es violencia. A pesar de que en la década de los años treinta los dos habían conseguido galvanizar a las masas alrededor del Partido del Congreso, las personalidades de Jawaharlal Nehru y Mahatma Gandhi eran tan distintas como sus puntos de vista sobre cómo dirigir la India cuando esta fuese independiente de los británicos. Nehru miraba al futuro; veía en las sociedades desarrolladas de Occidente el modelo a construir por la India. Tenía fe en la modernidad y cerraba la puerta al pasado, aquel pasado que Gandhi, con su rueca —instrumento típicamente femenino—, no quería cerrar, ya que soñaba en un desarrollo no basado en la industrialización sino en las sinergias de las aldeas, quedando así atado a las glorias ancestrales de la civilización india.

El mérito indiscutible de Nehru, como se vio más tarde, residió en haber dotado de un sector industrial moderno a un país pobre y atrasado como la India. Sin embargo, para él, en consonancia con las ideas de Gandhi, la libertad política no tenía sentido si no llevaba consigo la autosuficiencia económica y mejora de las condiciones de vida. Nehru reconoció que una pobreza de las dimensiones de las de la India era incompatible con la esencia de la democracia. De este modo, el Partido del Congreso siempre obtuvo, desde sus inicios, un apoyo diversificado, tanto urbano como rural. Así, entre los segmentos sociales más sensibles a su atracción, estuvieron siempre las minorías religiosas como los musulmanes, los sijs y los grupos más bajos de la escala social hindú, símbolos del atraso económico y de la discriminación social, como los intocables y los tribales.

Los intocables —cuya definición está acuñada por los occidentales —, que desempeñan trabajos ínfimos y humillantes, son definidos en hindi como *panchamas* —*panch* significa ‘cinco’, de ahí que sean vistos como una quinta casta—, y son denominados con otros nombres, como oprimidos, parias o *dalits*. En cuanto a los tribales, que es como se denomina a los habitantes indios de piel muy oscura originarios del subcontinente a los que la conquista aria y las sucesivas invasiones empujaron hacia las selvas y las tierras más pobres, también son

llamados popularmente *adivasis*, es decir, habitantes originarios, y pertenecen a centenares de tribus diferentes por etnia, lengua y estilo de vida.

Aun así, la India seguía siendo una realidad predominantemente agraria, con la mayoría de su población viviendo en el campo. Los ingleses, entre tanto crisol de creencias y mientras adquirían pedazo a pedazo el control de la India, habían tenido el cuidado de no dañar el orden que garantizaba la estabilidad entre la tierra y la población, es decir, en no romper la división de clases.

La religión sij, mayoritaria en las tierras del Punyab, al norte del subcontinente indio, había nacido como una síntesis del hinduismo y del islamismo, pero indudablemente la tendencia histórica había sido la de desarrollar las semejanzas con el primero. Durante siglos, aquella región había dado testimonio de un estilo de vida tolerante y complejo. Los matrimonios entre sijs e hindúes eran vistos con simpatía e incluso podía suceder que en la misma familia los hijos fueran educados en la práctica de religiones diferentes.

Era una tierra próspera y dinámica por sus características hidrográficas y por la calidad de los suelos, pero la partición, años más tarde, acabaría destrozando aquella floreciente y rica provincia, penalizando fuertemente a los sijs y precipitando la fase más terrible de matanzas en el Punyab. Sus tierras quedaron divididas geográficamente entre los dos nuevos países.

Cruzando aquellas extensas tierras en tren, Amrita observaba desde la ventanilla figuras altas y corpulentas en los campos de trigo empujando sus arados o tirados por bueyes descarnados que, en conjunto, parecían haberse escapado de algún episodio del *Majabharata,* la gran saga épica del hinduismo. Ya habían llegado al Punyab, una de las regiones más bellas y fértiles de la India. Los campos estaban dorados de trigo y cebada. Por la ventana opuesta del vagón de segunda clase, Amrita y Víctor observaban otra vista: un mar impresionante de caña de azúcar atravesado por pequeños riachuelos y poblado por campesinos con turbantes de colores y camisas largas hasta las rodillas. Eran los pobladores originarios de esas tierras, los punyabis. A lo lejos se apreciaban las cúpulas blancas de los *gurdwaras*, los templos sijs, ondeando en lo alto la distintiva bandera de color anaranjado.

Espectador silencioso ante aquel maravilloso paisaje, se encontraba, en un vagón más atrás, el fiel criado Bibhu, que había sido encomendado como criado personal del joven matrimonio, ya que se había negado a permanecer en el bungaló de Shimla bajo el mando de la avinagrada Marie Antoinette. Sentado sobre una maleta raída y apoyando los brazos sobre un saquito de tela blanca, miraba al horizonte con todas las posesiones de su vida.

Un hermano de Umrao les esperaba en la estación junto con varios empleados encargados de transportar el equipaje. Al descender del tren les pusieron guirnaldas de flores de color naranja alrededor del cuello como gesto de bienvenida. De allí fueron a la casa, donde les esperaban todos los miembros de la familia en la entrada para recibirles con grandes muestras de estimación y deferencia. Con miradas cálidas de curiosidad y sonrisas, unieron las manos a la altura del pecho prorrumpiendo educadamente al unísono *namaste*. Después de agasajarlos con más guirnaldas y dulces, las mujeres de la casa, vestidas con sus ropas típicas y tradicionales, los *shalwar kameez*, les enseñaron la habitación donde vivirían, un cuarto bien amplio con ventana al exterior.

Amrita se dio cuenta de que poca o ninguna intimidad tendrían en una casa compartida con tanta gente: tíos, tías, abuelos, abuelas, yernos, nueras, sobrinos, nietos, criados, etcétera. Todos vivían en la misma casa enorme de dos plantas y con un gran patio interior donde hasta los animales domésticos correteaban con impunidad. No existía la vida privada y tanto el aseo como el baño, ubicados en habitaciones separadas, se compartían. Para desayunar y cenar había horas determinadas para que todos coincidiesen en la alargada mesa, con lo que el condumio se convertía en una algarabía total. Primero, siguiendo la costumbre tradicional, comían los varones, servidos siempre por las mujeres, y solo entonces, cuando los hombres de la casa hubiesen terminado de comer copiosamente, ellas y los niños podían proceder a ello.

Amrita y Víctor, de momento, no tenían nada de qué quejarse. Acababan de salir de una situación en Shimla que si se hubiese prolongado, hubiera podido acabar en tragedia. Lo que no habían tenido en cuenta era el clima. El verano se aproximaba y era una temporada insalubre, cuando se disparaban las infecciones, se despertaban virus de toda índole penetrando impacientemente en los cuerpos como enjambres de abejas en busca de su colmena y se desperezaban los mosquitos, que atacaban a placer tras sus incansables zumbidos en la oscuridad de la noche, mientras pululaban por las piernas e irritablemente por el rostro. El calor del verano y el comienzo de la etapa húmeda del monzón se convierten en el catalizador de todos los males en la llanura de los campos del Punyab. Lo que creían ingenuamente que iba a ser una simple anomalía, les pareció que iba a convertirse en una presencia permanente. El termómetro pronto empezaría a enloquecer.

45

Víctor salía de la casa muy temprano. Un coche de la fábrica lo esperaba en la puerta todos los días a las cuatro de la mañana. Allí tenía un trabajo enorme. El inglés, aunque lo seguía chapurreando, no era tan necesario como lo era en Shimla, ya que los trabajadores a los que atendía prácticamente no lo hablaban. Víctor trataba principalmente a los obreros y era un capataz quien le traducía a un inglés sencillo y básico las dolencias de los trabajadores. Todas las mañanas compartía el coche con uno de los muchos parientes de Umrao. Al principio, Víctor andaba perdido, no conseguía diferenciarlos, ya que se parecían mucho entre sí: delgados, muy altos, anchos de espalda, con turbantes y con barbas, blancas algunos y negras otros, pero todas crecidas y descuidadas.

Mientras que Víctor estaba ocupado todo el día con su trabajo en la fábrica, Amrita exploraba los pueblos de alrededor, visitaba a los aldeanos en sus casas, en las granjas, y entablaba conversaciones interminables con los ancianos líderes de las aldeas, los *panchayats*. Los pavos reales la recibían con sus peculiares chillidos —tan útiles para los campesinos, ya que les prevenían de la presencia de tigres y cobras en la cercanía—, y la gente hindú le daba la bienvenida con respeto repitiendo el nombre popular con el que se invoca al dios Rama: Ram, Ram. Muchas veces la invitaban a comer dentro de las humildes casas de adobe; otras veces, los campesinos, siempre hospitalarios, como una pequeña refacción a media mañana, le ofrecían un vaso de leche o una fruta mientras le expresaban sus problemas sobre la cosecha, el clima o sus familias. Incluso por las tardes, cuando se sentía con ganas de caminar, iba a tomar el té con las señoras que trabajaban en los campos y la recibían con honores y un entusiasmo tal que rozaba la veneración.

Después de estas primeras experiencias, Amrita decidió colaborar cada vez que iba a casa de los aldeanos. Les llevaba paquetes de azúcar o incluso leche en grandes tarros de metal que portaba cuidadosamente Bibhu, siguiendo fielmente a su *memsahib*. Una de las cualidades más positivas del carácter de Amrita era que siempre se sintió con la necesidad de dar y en aquellos campos ella nunca tomaba un retrato o hacía una labor de investigación sin dar nada a cambio, sin agasajar a las personas humildes y más desfavorecidas. Muy parecidas unas a otras, aquellas casas de adobe tenían siempre a su entrada un aguazal donde las mujeres lavaban la ropa y los hombres aseaban a los animales. Los perros pululaban al sol junto a cabras, gallinas, búfalos y vacas. Niños con los ojos pintados de color negro

para protegerse de los rayos del sol y desnudos, con un lazo tizón alrededor de la cintura para evitar el mal de ojo, corrían y jugaban con la algarabía infantil propia de la edad. Mientras tanto, las mujeres recogían los excrementos de los animales domésticos y mezclando el estiércol con la paja y otros vegetales, lo aplastaban y amasaban para crear una especie de torta que solían dejar secar al sol. Una vez secas, les servían de combustible en los hogares. Las aldeas del Punyab olían al humo de estas tortas.

Amrita se levantaba muy temprano y se iba, seguida por Bibhu con el caballete sobre sus hombros, a explorar la zona, donde se quedaba pintando en lugares aislados y remotos hasta bien entrada la tarde.

Víctor, con su estetoscopio colgado del cuello y su maletín, volvía casi siempre de madrugada con un tufo a éter y cloroformo y empapado en un sudor que le chorreaba por la espalda, como si acabara de tomar un baño y no hubiera tenido tiempo de secarse.

Poco a poco se fue fracturando la relación entre ambos, ya que había días que prácticamente no se veían. Tras el paso de los meses, Amrita sintió que iba perdiendo el contacto con él. Presintió que Víctor posiblemente se estaría cansando de la relación y la evitaba, o que todo era debido a su situación en la fábrica, que quizá no era ni cómoda ni esperanzadora, y por eso él no decía nada y se lo callaba, como había sucedido anteriormente en Shimla.

Víctor ganaba al mes muy poco dinero, a pesar de que su trabajo era tedioso y cansino. Diariamente tenía al menos cincuenta trabajadores en su dispensario con alguna fractura, vacuna que inyectar o enfermedad que atender. A esto tenía que añadir la atención sanitaria a los familiares de los trabajadores que vivían alrededor de la fábrica. En las estanterías de su dispensario se alineaban una hilera de frascos, tubos, tarros de cristal y algunos de metal. En un anaquel tenía su farmacopea de medicina tradicional, a través de la cual consultaba los métodos de identificación y valoración, el modo de prepararlas y combinarlas y las dosis de administración de las sustancias medicinales más corrientes de aquella zona de la India. Allí preparaba medicamentos mediante mezclas de polvos cuidadosamente pesados en una balanza con astil. Su profesión le fascinaba, pero en aquel lugar no le proporcionaba excitación. Usaba con precisión el bisturí, sabía recetar las mejores medicinas disponibles en la zona para sanar cada tipo de enfermedad y, además, conocía los sueros más recientes, que manipulaba con destreza. Pero pronto el aburrimiento del sistema, el ambiente pútrido, el aspecto patibulario de los trabajadores que inundaban su clínica a diario y la falta de higiene, que lo repelía, empezaron a hacer mella en su estado de ánimo.

La lentitud del tiempo se sentía. Fuera de la casa, los ojos y la cara

picaban como si se tuviese arenilla. El aire abrasador resecaba continuamente la garganta y la rutina de la vida diaria se iba haciendo cada vez más insoportable a medida que aumentaba el calor. Al final de un sofocante día, cuando la ropa se le pegaba al cuerpo como una mortaja vaciando toda energía física y el disco ardiente y rojizo de Surya, el dios del sol, finalmente se marchaba por el horizonte, Amrita acababa inapetente, desganada y mustia.

Repentinamente se dio cuenta de que el mes de junio pertenecía al verano. El tiempo pasaba y tras un día llegaba otro. El curso de las estaciones era para ella, en aquellos momentos, algo embrollado que exigía cálculos, cosa que no pasaba con el clima llevadero y agradable de las montañas del pequeño pueblo de Shimla al que estaba acostumbrada. Cuando al final del día coincidían en la casa y tenían algún momento de intimidad, Víctor se quedaba completamente callado, leyendo uno de sus libros de Julio Verne. Más tarde, después de bostezar sonoramente, se quedaba dormido como un tronco. Ambos estaban exhaustos.

Los días eran infernales y por las tardes el aire era denso como una sopa espesa. Había algunos fines de semana en los que jugaban juntos al ajedrez o a las cartas, pero Víctor enseguida acababa abatido y se iba a dormir.

Cada miembro de la familia vivía su vida y no había nadie con quien Amrita pudiese compartir confidencias o una cercana amistad. Las señoras estaban muy ocupadas todo el día en dar órdenes a los criados, cuidar de las labores de la casa y, sobre todo, procurando que las comidas estuviesen excelentemente cocinadas a gusto de los varones y listas para servir copiosamente a las horas determinadas.

Como de costumbre, el cielo lo dominaba todo, pero ya en pleno julio el clima caluroso se acercó de manera insana y se convirtió en una horrible barrera de fuego. Despedía ardor afanosamente y pronto aparecieron tormentas de arena que hacían que Amrita y Bibhu tuviesen que volver a la casa corriendo con el caballete y demás utensilios de pintura. Ella se refugiaba en la lectura durante el resto del día, bajo un antiguo ventilador que daba indicios de agotamiento a cada giro de sus palas. Incluso cuando se entraba en las habitaciones de la casa, uno sentía que penetraba en la sofocante fragua de un herrero. Había que cambiarse de ropa a menudo a lo largo del día, ya que el sudor creaba una situación de total incomodidad que se agravaba con la sensación de picor por la arenilla que había en el aire.

Durante aquella estación del año, los campos estaban amarillos, la tierra agrietada y los animales domésticos exhaustos. Hasta los pavos reales, soberbios y caprichosos, se subían a los tejados lanzando agudos gritos. De vez en cuando se veían algunas de sus largas y bellas plumas verdes y azules en el suelo, como si hubiesen dejado

desdeñosamente una tarjeta de visita. Apareció en sus vidas la desidia y la lentitud de una rutina monótona. Amrita empezó a caer en una depresión, pues no veía salida a la situación en la que se encontraban. Se dio cuenta de que Víctor cobraba muy poco, aunque más de lo estipulado, ya que le pagaban de más por ser familiar de Umrao, no por sus cualidades o la cantidad de trabajo que tenía. Por otra parte, en la casa todos colaboraban económicamente en los gastos, pero a ellos nunca les pidieron dinero, a pesar de que Amrita se dispuso a compartirlos desde un principio.

También estaba la cuestión de la comida. A ella no se le permitía cocinar. Cuando quiso hacer un plato húngaro para todos los familiares, notó por las miradas que la escrutaban un estado de malestar y disconformidad entre las numerosas mujeres jóvenes y no tan jóvenes de la casa, arraigadas en sus timoratas costumbres, como si al entrar en la cocina hubiese rebasado una línea de división de cuya existencia no se hubiera percatado al principio. Esta situación le causó un sentimiento de impotencia y, sobre todo, de dependencia, que le hacía recordar que la presencia de ambos era la de unos meros invitados temporales. "Pero ¿a dónde ir?", se preguntaba.

Guarecida en su habitación, le venían a la cabeza sensaciones y emociones que el arte de la poesía evoca, pero por mucho que anhelase que la pena tuviese nobleza y el infinito forma, se daba cuenta de que la India no otorgaba dichos placeres. "La vida continúa al mismo ritmo aletargado de siempre y de nada sirve perder los nervios, ya que uno se desgasta y acaba frustrado", recordó Amrita las palabras de su padre, y acabó dándose cuenta de cuánta razón tenía el viejo Umrao acerca de la vida diaria en la India.

Durante semanas, por uno u otro motivo, Amrita no podía pintar nada, ni tan solo coger un pincel. Aquel clima era como vivir en un montón de arena bajo un espejo ustorio. El paisaje tan humilde se volvió visiblemente monótono y tedioso. Hasta la comida tradicional de aquella zona, que antes tanto le entusiasmaba, ahora le resultaba intragable y la enervaba. Acabó quedándose encerrada todo el día dentro de la habitación. Su depresión se agravó hasta que Víctor admitió que la situación en la que vivían no era sana para ninguno de los dos, ni en los aspectos personales ni en los profesionales.

A mediados de agosto, el calor seguía igual de intenso y todos los miembros de la familia, preocupados tan solo por la cosecha, empezaron a escrutar diariamente el cielo a la espera de las primeras nubes del monzón. "Lo que más impera es el desconcierto cuando se ausenta el orden —escribió Amrita a Emily—, pero después vienen las dudas y este no saber qué camino escogeremos para llegar a buen puerto, ya que dudamos de que haya puertos donde atracar sin ser atracados".

Finalmente, decidieron buscar un sito al que mudarse. Hablaron de volver a Europa, a casa de Blanka, la madre de Víctor, pero tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, Hungría se había vuelto un país envilecido al verse implicada en el conflicto como aliada de los nazis y lo descartaron al darse cuenta de que la situación en Budapest estaba peor que cuando la dejaron. La única opción que vieron viable era la de mudarse a la ciudad de Lahore.

Como augurio de fertilidad a la decisión tomada, empezaron a caer las primeras gotas del maná celestial: había comenzado el monzón. Los niños se pusieron a cantar en el patio mientras daban brincos de un lado a otro y las mujeres empezaron a bailar, dejándose empapar las ropas mientras que en los hombres de la casa, que vivían pendientes de las necesidades de la tierra y las variaciones del cielo, aparecieron las sonrisas en medio de sus hirsutas barbas. En lugar de guarecerse, todo el clan participaba bajo la lluvia de aquella euforia. A semejanza del fuerte aguacero que caía, todos bailaban y reían a carcajadas.

46

Decidieron que Víctor, junto con el criado nepalí, iría en primer lugar a Lahore, llevándose consigo la mayor parte del equipaje, y miraría apartamentos que se adecuasen a sus intereses. Debían de tener no solo una residencia, sino un lugar cercano donde él pudiese practicar la medicina y otro sitio, habitación o anexo, donde Amrita pudiese instalar su estudio. Mientras Víctor buscaba hogar, se alojaría en casa de un amigo médico que practicaba en la zona.

Aprovechando que su hermana Indira y su marido acababan de llegar a Shimla para pasar una temporada y Marie Antoinette había regresado a París, Amrita decidió viajar hasta allí con el fin de quedarse hasta recibir noticias positivas de Víctor y, ya de paso, recoger las pertenencias que dejaron y que no pudieron llevarse consigo tras la última estancia. Al llegar a Shimla se llevó una gran decepción que la entristeció como si las viejas tensiones y animosidades hubiesen fermentado: Indira y su marido, siguiendo los consejos de Marie Antoinette, habían derribado el muro de su estudio, ampliando el salón, y habían construido dos habitaciones para futuros hijos. Intentó que esto no le hundiera el ánimo durante el tiempo que durase su estancia y decidió visitar a sus amigos y gente conocida de Shimla.

“Amrita no era ajena a la atención que causaba —recordaría Emily-Christine Kestenholz Wilkinson—. Por ejemplo, en el restaurante más popular de Shimla en aquella época, llamado Davicos, solo su presencia en la entrada hacía callar todas las conversaciones. Los clientes se quedaban mirándola como hipnotizados, los camareros se apresuraban a encontrar una mesa libre e indicarle el camino, el *maître* le aconsejaba qué comida era la mejor del día y le informaba, con tono de deferente confidencialidad y con ademanes de conspirador, que no pidiese tal o cual plato porque el alimento no era fresco. Todos se giraban para admirar a aquella mujer con un color de piel que, a primera vista, hacía dudar de si era india o no y que vestía con un sari del sur y con joyas de plata tibetanas, algo inusual, moderno, atrevido e inaudito en una mujer de la época. Además, había veces que se sentaba en la mesa a comer sola. Amrita era la personificación de una deidad rompiendo barreras sociales.

Resultaba verdaderamente cómica aquella disposición hacia ella en público, pero es que la admiraban no solo por su porte y carisma, sino por su amistad con las grandes personalidades del momento. Un día podía estar en el jardín sentada con el joven hijo de un maharajá llamando la atención en público mientras se tronchaban de risa por las

ocurrencias joviales tan frecuentes en Amrita, como otro día tomaba el té con el más alto funcionario inglés de la zona y al siguiente se la podía ver comiendo un sándwich y bebiendo cerveza con el heredero de una de las más grandes fortunas de la India.

Cuando decidía tomar asiento en la terraza frente al jardín del patio trasero del restaurante con vistas a las montañas del Himalaya, los camareros llamaban a sirvientes para que se apresurasen a cubrirla con sombrillas que la protegieran del sol y un plumero para espantar a posibles moscas o insectos que pudiesen tener el atrevimiento y osadía de zumbar alrededor de aquella mujer exultante. Esta continua y frecuente actitud de deferencia y respeto hacia ella, cordialidad y servilismo, no la tenían con ninguna otra señora, lo que causaba irritación y envidia a las esposas de los oficiales y funcionarios británicos.

Me contaron la siguiente anécdota: un día fue a sentarse en una de esas sillas de hierro de la terraza con el fin de enfrascarse en la lectura al amparo de unas plantas cuando aparecieron un grupo de *hijras,* la comunidad transgénero de la India. Ante tal presencia escandalosa, todos los británicos sentados afuera entraron al salón con prisas. Los sirvientes dejaron las sombrillas en el césped y también se volatilizaron del lugar. El *maître*, sintiéndose con el deber de mostrar públicamente coraje y determinación, les invitó a largarse con malos modales. Ellas, en respuesta, se levantaron las faldas enseñando su sexo ante el espanto de los presentes y los que miraban con asombro, perplejidad y a la vez intimidados desde las ventanas del interior del restaurante. Amrita no dejaba de reírse. Las conocía muy bien porque habían ido a su bungaló con asiduidad durante su estancia antes de marcharse a Europa. Incluso recuerdo que una vez, estando con Víctor en el jardín, Marie Antoinette, escandalizada por el ruido y algarabía que montaban mientras se acercaban a la casa, puso al criado nepalí en el camino de la entrada con una escopeta de Umrao que conservaba en su estudio. Desde entonces, no se atrevieron a pasar por la zona por miedo a que les disparasen.

Miembro de un tercer sexo, intermedio entre el género masculino y femenino, el cabeza de aquel grupo de eunucos con un círculo rojo ostentosamente grande en la frente, llamado *tilak* —que invoca al tercer ojo, el que sirve para ver más allá de las apariencias—, entró en el jardín del restaurante, se acercó sonriendo a Amrita y le tocó los pies, llevándose las manos a la frente en señal de respeto. Ella le dio una limosna. El hombre castrado, que vestía como una mujer, la bendijo poniendo la mano sobre su cabeza mientras musitaba una oración en sánscrito, posiblemente una plegaria a la diosa venerada por esta comunidad para que la protegiese de cualquier mal. Pero lo triste y veraz es que ni aquella diosa pudo evitar el final tan trágico de

mi amiga”.

47

Desde su regreso, Amrita se codeaba con la gente importante e influyente de Shimla y era demandada no solo entre el círculo de intelectuales con sus interminables tertulias y exposiciones, sino también en las numerosas fiestas nocturnas. Esto irritaba y desagradaba a Indira, que carecía de la belleza y el carisma que tenía su hermana, así como del encanto personal y el rico conocimiento intelectual. Sentía por ella una mezcla de admiración y envidia.

En cambio, Amrita la quería mucho, pero no podía evitar que su matrimonio con su primo Víctor y los escándalos tanto en París como en la India la hubieran distanciado de su hermana. Indu —como cariñosamente la llamaba Amrita— vivía como una mujer acomodada, no le faltaban privilegios ni caprichos. Su marido indio era lo contrario de Víctor: lector de literatura clásica, hablaba perfectamente el inglés y era extrovertido, gracioso, siempre alegre y divertido pero, sobre todo, adinerado, pues tenía un puesto de trabajo seguro y fijo en una empresa en la que, tras los años, le iban ascendiendo en el escalafón, así como mejorando su salario. Además, provenía de una familia rica con grandes propiedades en Delhi. Indira se aprovechaba de la diferencia económica entre ambas para hacérselo notar y presumir ante su hermana mayor en cuanto se le presentaba la ocasión. Así empezaron a salir a la palestra disputas y rencillas, y se creó una atmósfera de tensiones y envidias entre ellas.

Amrita ignoraba los comentarios llenos de inquina de su hermana y no les daba importancia alguna, pensando que eran debidos a su falta de madurez por ser una mujer advenediza en aquella sociedad elitista en la ciudad de veraneo por antonomasia del Imperio británico. Quizá también por sus primeros años de matrimonio, pues la falta de hijos le estaría causando aquel carácter irritable e irascible contra ella, tan parecido al de Marie Antoinette. Por ello, aunque era una relación fría y tensa, Amrita no le replicaba e intentaba que no le socavase el ánimo.

Una noche, Indira dio una fiesta en casa para celebrar el regreso de su marido de un largo viaje de negocios. Todos eran indios excepto tres extranjeros que, al enterarse de la presencia de Amrita, no se alejaron de ella ni un solo instante, entablando juntos animadas conversaciones hasta bien acabada la fiesta. Los extranjeros, además, mostraron su interés por ver sus pinturas. Indira, que se sentía ninguneada por el magnetismo y la actividad social de su hermana, no pudo contener su colérico estado de animadversión hacia ella, acumulado desde tiempo atrás. Tras la fiesta, una vez que los

invitados se hubieron marchado, Indira explotó y acusó a su hermana de querer siempre llamar la atención y de dejar a los demás en un secundario y despreciable plano.

—Si es así como tú lo sientes, si es así como verdaderamente crees que soy, pienso que es mejor que me vaya y no estar las dos bajo el mismo techo ni un momento más —espetó categóricamente Amrita mientras un rictus de odio se apoderaba del rostro de su hermana.

—Muy bien, fuera, lárgate. Lárgate de aquí. Fuera, ¡vete! —contestó Indira gritando, visiblemente nerviosa.

Sin subir a su habitación ni empaquetar sus pertenencias, Amrita salió por la puerta tal y como iba vestida para no volver nunca más a vivir en aquella casa. La noche todavía estaba oscura, pero ya había adquirido ese aspecto temporal que presagiaba su fin. Después de pasear durante horas por las calles extremadamente frías y desiertas, llamó aturdida a la puerta de su amiga Emily. "A mí no me extrañó nada que acabase la relación con su hermana de aquel modo. Cuando la vi bajo el umbral de mi puerta... ¡Dios mío! Con el frío que hacía fuera. Y estaba ya amaneciendo... Yo creo que estábamos bajo cero. El frío en Shimla había empezado y la nieve pronto iba a caer. ¿Cómo es posible que la dejasen marchar vestida con tan solo un sari y un chal como abrigo? La administración, por entonces, no recomendaba salir de las casas por las noches y menos de madrugada o incluso muy temprano al amanecer, ya que fieros leopardos bajaban de las colinas y había habido muchos casos de ataques no solo a niños de las aldeas, sino también a adultos en las zonas residenciales. ¿Era posible que la hubieran dejado salir sola en la noche en aquellas condiciones esperando que ocurriese un accidente en las calles desiertas y así se desembarazaban de la oveja negra de la familia? Desde luego, mi marido y yo estuvimos encantados de que se quedase con nosotros durante el resto de su última estancia en Shimla.

Siempre me pareció que Marie Antoinette estaba ferozmente del lado de Indira, la hija pequeña. Incluso estoy segura de que utilizó la fama artística de Amrita para buscarle a ella un buen marido. Aunque sus pinturas no le habían reportado beneficios económicos, ya era admirada por los conocedores del arte, intelectuales y gente del mundo de la cultura de por entonces. Marie Antoinette envidiaba muchísimo el talento y la belleza de Amrita y, desde luego, era capaz de cualquier vileza con tal de lograr sus propósitos. Ella inducía incluso a su marido Umrao a que actuase del mismo modo: poniendo más atención en la hija pequeña. Aquella mujer tenía un poder de persuasión verdaderamente impresionante".

"A pesar de que Amrita y yo éramos íntimas —recordaría su hermana Indira años más tarde—, tengo que confesar que siempre

tuve celos. Intenté sobreponerme a esto, pero no lo conseguí. Es más, mis sentimientos de inferioridad crecieron a lo largo de los años. Por aquellos días me dejé llevar por un sentimiento aciago hacia mi vida personal de inutilidad absoluta, de vacío… Comparada con Amrita yo no era nadie y aquella disposición emocional de envidia me resultaba muy dolorosa. Pensaba que mi vida había fracasado, que pude ser alguien y no pude evitar ser nada. ¿Por qué? ¿Por qué el destino jugaba conmigo de ese modo? ¿Por qué yo? Estos pensamientos me corroían. Lo que sucedió en nuestra casa de Shimla no solo fue porque estaba pasando por una depresión en aquellos días, sino porque mi actitud fue agravada debido a una enfermedad que padecía entonces. Ahora me doy cuenta de que Amrita fue muy paciente conmigo, me aguantó muchísimo, no me respondía como me merecía. En aquel período de mi vida estaba sumida en un desánimo moral. Mi marido viajaba mucho, dejándome sola con mi hermana y, según el médico, yo tenía que pasar un tiempo de reposo. Estando en cama, desde mi habitación, podía oír a Amrita en el piso de abajo recibiendo a hombres a altas horas de la noche y de la madrugada; podía escuchar sus conversaciones, sus risas, incluso sus jadeos de placer cuando hacían el amor mientras yo contemplaba en silencio la pálida ventana en el suelo, pintada por la luz de la luna. Caí en tal estado de abandono que no puedo recordarlo sin sentir compasión de mí misma.

Durante el día, venía mucha gente a ver sus pinturas y entablar conversaciones con ella sobre arte y literatura. A pesar de que ella me subía la comida todos los días e insistía en quedarse para hacerme compañía leyéndome un libro, yo me mostraba huraña y la despedía sin mostrar interés. Para mí era más importante pensar que yo no existía para ninguno de aquellos visitantes y que mi presencia era ignorada. Como mi marido se encontraba entonces de viaje y yo estaba confinada en la habitación durante días, mi resentimiento y depresión fueron creciendo paulatinamente. Yo reconocía que eran sentimientos muy tontos y sin sentido, ¡hacia mi propia y única hermana! Pero no podía evitar que siguiese incomodándome y corroyéndome la envidia tanto por su éxito social y con los hombres como por los resultados de su trabajo artístico, que yo no encontré en la música. Su presencia siempre me recordaba lo que yo nunca logré ser.

Cuando mi marido volvió de su viaje, hicimos una fiesta en casa. Se suponía que era *nuestra* fiesta, con *nuestros* amigos y con *nuestros* invitados, pero toda la atención se centraba en Amrita. Ese día estallé, sin control ni dominio de mí misma. Le dije a mi hermana que ni mi marido ni yo la queríamos en la casa. Nunca olvidaré su mirada de sorpresa al escuchar mis palabras. ¿Acaso no era también su casa?

Guardó silencio todo el tiempo que duraron mi ira y los exabruptos que solté gritando aquella noche en el salón. Entonces abrió la puerta y salió. Se fue tal y como iba vestida. Consciente de que fuera hacía un frío tremendo, no evité que saliese, la dejé ir. Para mí fue un momento terrible, pues no debí permitir que mis emociones predominaran sobre mi razón.

El día que se marchó de Shimla, entró a casa, me dio un beso de despedida y se fue. Ya no la volví a ver con vida. Perdí la ocasión de pedirle perdón, perdí la ocasión de poder reconciliarme con mi propia hermana y este remordimiento me ha perseguido durante el resto de mi existencia".

48

Pasaba el tiempo y Amrita no tenía noticias de su marido hasta que un día, desde Lahore, Víctor le escribió sugiriendo que quizá sería mejor volver al Punyab, que él prosiguiese su trabajo en la fábrica de azúcar y esperar allí hasta el final de la guerra para volver entonces a Europa. “Víctor se está dejando influir por alguien, no hay duda”, le dijo Amrita a Emily, incrédula tras leer su carta.

“¿Quién te está aconsejando que nos quedemos en el Punyab? —le escribió desde Shimla—. Si consideras oportuno quedarnos allí, no lo dudes y dímelo de una vez, pero sin circunloquios. Quiero que sepas que no volveré con los familiares de mi padre ni aunque te mejoren el salario en la fábrica. No soporto ese lugar. ¿Por qué demonios tenemos que esperar allí hasta que la guerra acabe? Me da la sensación de que tus ánimos para que continuase con la pintura fueron solo para mantenerme ocupada y no caer en el abatimiento de una vida monótona y aburrida, y no sinceramente por ver una nueva obra realizada por mí. Te pido que no fuerces esta actitud. ¿Por qué echarnos atrás ahora? Ya tomamos la decisión de establecernos en Lahore. Cuando hay que arrojarse al agua no sirve de nada estar pensándoselo en la orilla”.

Víctor desistió de sus pretensiones y, finalmente, le notificó por telegrama urgente que había encontrado en Lahore el lugar perfecto para ellos. Pesimista y supersticiosa, Emily acompañó a Amrita a la estación. Tenía el presentimiento de que tras todos los infortunios que se habían sucedido en tan poco tiempo, algo le ocurriría a su querida amiga. Por el camino, el sol claro de octubre subía sin esplendor por detrás de los árboles. Entró la brisa mañanera en la estación, acompañada de la frescura de las montañas.

Con las escamas de colores vivos en sus alas, las mariposas revoloteaban impacientemente con su vuelo sinuoso al mismo tiempo que segregaban sus perfumes para atraer al sexo opuesto —la complejidad extrema y la gran precisión de sus dibujos hacen de estas mariposas animales bellísimos—. Tres ardillas cruzaron la senda y desaparecieron en lo alto de un árbol, y allí arriba, con sus chillidos, parecían ser los únicos animales en armonía con el infinito mientras que de lugares vecinos procedían sonidos más atractivos, como el de los pájaros, que aleteaban y chirriaban entre los árboles en busca de insectos o con la esperanza de encontrar seres de su comunidad. El elefante, con el andar soberbio y majestuoso propio de su especie, apareció cruzando las vías y sosteniendo una rama recién cortada entre los labios; sobre su lomo, sin importarle ni molestarle, colgaban

baúles y cajas. Una vez que se acercó el mamífero a la entrada del andén, entre gritos y golpes, dándose órdenes los portadores unos a otros, empezaron a descargar el equipaje de Amrita para ir poniéndolo adecuadamente dentro del vagón estacionado.

—¿Cuántas veces te he dicho que no seas tan supersticiosa? —le dijo cariñosamente Amrita, cogiéndola de los brazos y besando sus mejillas. La India había desarrollado rasgos de su carácter, como la ternura y la complacencia, que durante su etapa europea no se había dado cuenta de que existían dentro de ella. Allí brotaban como un fuego interior. Emily se encontraba visiblemente preocupada por un sentimiento aciago hacia su amiga.

—Ya sé que la superstición es terrible, horrible… El mayor defecto de la India. Pero solo te digo que tengas precaución —respondió llevándose las manos al rostro conforme empezaron a aparecer lágrimas en él—. No sigo al pie de la letra todo lo que augura, pero fue mi astrólogo quien predijo que una mujer de origen extranjero, mitad india, entraría en mi vida. Y aquí te tengo, querida... Pero tengo un presentimiento desde que me dijo que algo grave te pasaría. Estoy intranquila, Amrita —sentenció en tono apesadumbrado, con la voz empañada por la emoción.

—¡Ah! ¡Tonterías! Como el chiste de Freud: “Querida, si uno de los dos muere antes que el otro, creo que me iré a vivir a París”. ¡Ja, ja, ja! —rio Amrita con sorna.

—El chiste no me hace ninguna gracia —musitó Emily frunciendo el ceño.

—¡Oh! Vamos, querida, la India no progresará jamás si no se libra de las supersticiones, ya me lo dijo Nehru… Mira, todo va a mejorar, tengo que trabajar, tengo que trabajar rápido porque mi tiempo es corto y este sí que es un presentimiento que siempre he tenido. Pero… ¡no pongas esa cara! No somos dueños de nuestro destino, ni está escrito, aunque desde luego seamos responsables de nuestras acciones. Lo que tenga que pasar, pasará. Y no me pongas esa cara de pesadumbre... Además, tengo a Víctor a mi lado. ¿Qué mejor persona que él? No te olvides de venir a visitarnos, ¿eh?

El tren ya se ponía en marcha. Emily, viendo que su amiga y amante se alejaba, no disimuló su congoja y allí en el andén, en medio de un barullo de gente, no pudo evitar que las lágrimas resbalaran por su rostro.

—¡Te mandaré la lista de pinturas que debes recoger del bungaló y enviármelas a Lahore! —gritó Amrita desde la ventanilla, sonriendo con cariño al ver el estado tan visible de pesadumbre y desazón que invadía a su amiga.

A medida que el tren circulaba por valles e inmensas llanuras,

desprendía con su presencia una imagen de solidez y modernidad. Cruzaba vertiginosamente aquellos campos abiertos cuyas tierras estaban siendo hostilizadas desde hacía ya muchísimos años por un sistema de explotación que no contribuía a fortalecerla, sino que la conducía inexorablemente al agotamiento sin remedio. Campesinos, aldeanos, agricultores e incluso niños que corrían al oír su silbido largo y bronco admiraban maravillados el espectáculo tan portentoso que causaba presenciar ese largo gusano metálico echando humo por la chimenea y escuchar de cerca el hondo traqueteo sobre las vías, chirridos de herrumbres y atalajes tan mohosos como herrumbrosa se encontraba ya la colonia del Imperio británico.

Pasó la mañana y empezó la tarde. Desde el tren, con su formidable estrépito mientras bordeaba un corto tramo en el que descendía el río Yamuna a los llanos de los valles, se podía percibir cómo los árboles se abrían paso entre múltiples templos descuidados buscando luz, aire y vida con más fuerza que el hombre y sus obras religiosas. En sus ramas habitaban múltiples monos y pájaros. Todo a la vista era hermoso y complaciente.

Desde la ventanilla, Amrita percibió en aquellas aguas sagradas objetos enredados flotando con guirnaldas de flores marchitas. “Qué río tan horrible y a la vez tan cautivador”, pensó. De repente, observó con atención a un hombre sentado en la orilla, contemplando el agua y absorto frente a las corrientes fluviales. “¿Qué hace mirando con tan atención correr el río? Qué simplicidad. ¿Quién será ese hombre, un sadhu, un gurú, un devoto filósofo o un loco?”. Le pareció ver que aquella persona se giraba hacia ella, la miraba y quería decirle algo, pero el tren cambió de dirección dejando en Amrita un súbito escalofrío ante aquella misteriosa imagen que pretendía comunicarse con ella. “¿Qué querría decirme?”.

El color del sol empezó a palpitar y extenderse por detrás de la silueta de los árboles y más allá del río, que ya iba quedando atrás y al otro lado de las vías debido al nuevo rumbo que tomaba la locomotora. La luz rojiza del sol, en su ocaso, allá en el horizonte, se hacía cada vez más intensa y profusamente llamativa. El cielo se encendía con violentos resplandores de incendio. Amrita, en estado de exaltación ante tan maravilloso espectáculo, admiraba con sumo placer aquel momento mágico de la naturaleza que duró tan solo unos minutos.

49

Era un edificio de tres plantas, situado en una zona privilegiada y afamada por sus residentes: abogados, intelectuales y compositores de música. No faltaba el agua corriente ni solía haber cortes de luz. Los juzgados estaban justo al lado y detrás del edificio solo había campo con búfalos, vacas, cerdos, perros y gallinas que iban de un lado a otro en medio de niños que jugaban con grandes aros de metal. Decidieron habilitar la segunda planta como vivienda para evitar las temperaturas extremas, ya que era muy amplia y soleada. En la primera planta haría mucho frío en invierno y, por el contrario, la tercera sería un auténtico horno de panadería durante el verano. De este modo, establecieron la clínica de Víctor en la planta baja, mientras que el estudio de Amrita lo instalaron en el último piso, utilizando también la terraza y el ático para tener más frescura y ventilación. Desde allí podía ver los campos y las casas de barro de los aldeanos con sus animales domésticos.

Al otro lado del edificio se encontraban los aglomerados juzgados llenos de gente y abogados con sus togas negras y camisas blancas, siempre caminando con prisa, con aire de aburrimiento y con carpetas rebosantes de papeles bajo el brazo, queriendo justificar por sus acicaladas apariencias que la justicia es un lujo al alcance de muy pocos: solo los que se pueden permitir pagarla. Abogados, muchos abogados, que en la India todo lo sutilizan, enredan y confunden bajo las múltiples interpretaciones de las leyes inglesas.

Amrita sonreía viendo tan complejo y cómico espectáculo, en contraposición al calmado y pacífico paisaje de los aldeanos justo al otro lado: personas pacientes de rasgos suaves, trabajadores del campo, lo que algunos llamaban la India verdadera.

Durante los primeros días, vecinos, amigos, conocidos y curiosos les hacían visitas a cualquier hora y veían a la joven pareja vestida con ropas viejas llenas de pintura, que iba transportando escaleras arriba el forzudo criado Bibhu en grandes cubos de metal. No quisieron contratar a ningún pintor local, preferían hacerlo todo ellos mismos. Los muebles se los regalaron algunos amigos y otros los compraron en mercadillos locales de segunda mano.

Finalmente, acabaron instalados en Lahore. Estaban entusiasmados. El colofón de tanta felicidad fue cuando un amigo de Víctor, que había sido destinado al extranjero y debía salir de la India debido a la guerra en Europa, decidió venderle a muy bajo precio su pequeño coche Ford, casi regalado. Víctor llegó tocando la bocina escandalosamente. Amrita se asomó con disgusto para ver quién era y, desde abajo, él le

hizo ademanes para que saliese. El automóvil arrancó zumbando por una carretera de polvo construida a lo largo de campos de aspecto melancólico. El escenario, a diferencia de las montañas de Shimla, resultaba algo sombrío y los árboles de acacia bordeaban los caminos dando a entender que no admitían excelencia alguna. Dieron una vuelta por los alrededores de la ciudad ante la mirada perpleja de los viandantes, sorprendidos por las risas de la joven y llamativa pareja, y algunos atemorizados por la velocidad con la que circulaban.

El abogado Khushwant Singh, que por entonces ejercía en Lahore y vivía justo al otro lado de la calle, recordó cómo conoció a Amrita: "Su fama la precedía. La mayoría de la gente culta de aquella época había oído hablar de Amrita. Se había casado hacía un par de años con su primo húngaro Víctor Egan, un doctor en medicina que quería instalar su clínica en Lahore. De Amrita decían que era muy promiscua y muy bella. Se hablaba de que incluso Pandit Nehru había sucumbido a sus encantos. Historias de su apetito sexual se narraban exageradamente con todo tipo de detalles de boca en boca. Decían que daba cita con antelación a sus amantes: tres o cuatro o cinco en un solo día, con un intervalo de dos horas. Llegaban, hacían su trabajo y se iban, así hasta la noche. Era insaciable, decían. Yo no sabía qué había de verdad en su fama de ninfómana pero, desde luego, sabiendo que vivía en el edificio que había justo enfrente de mi casa, me llenaba la curiosidad de verla y, por supuesto, ansiaba tener la oportunidad de conocerla.

Una tarde llegué a casa a comer. Aquel día mi esposa no estaba, se había marchado con nuestro hijo de visita a casa de un familiar. Al entrar al salón, vi en la mesa unas botellas de cerveza vacías y un bolso de mujer. Mientras pensaba en quién podía ser, pude apreciar que, quien fuese, sería una mujer que pretendía llamar la atención además de exquisita, ya que el salón olía fuertemente a perfume extranjero, desde luego no indio, quizá francés, extremadamente excitante, como el olor de un incienso estimulante. Entré en la cocina y pregunté a mi criado de entonces (que parecía que estaba imbuido en una anodina existencia) quién estaba en mi estudio.

—No lo sé, *sir*. No dijo su nombre. Es una señora muy elegante, vestida con un sari espectacular. Ella preguntó por usted. Le contesté que vendría para comer. Se dio una vuelta por la casa, se metió aquí en la cocina, se preparó algo de comer y cogió un par de cervezas… Ahora creo que está en el cuarto de baño de dentro del estudio.

No cabía duda de que era Amrita. Ninguna mujer era capaz de invadir la propiedad privada de un abogado como yo, al que no conocía, y de un modo tan soberanamente tranquilo y tan dueña de sí misma. Me había enfrentado con frialdad, dureza y determinación a

gente de toda calaña en los juzgados: criminales, asesinos, ladrones y un larguísimo etcétera. Y aquí estaba yo, intimidado y tembloroso en el salón de mi casa, incapaz de entrar en mi propio estudio y enfrentarme con la joven artista de la que tanto había oído hablar. Ahí estaba yo, con el criado detrás de mí, comportándonos con un miedo infantil sin que ninguno de los dos tuviera el coraje necesario para entrar en una habitación de nuestra propia casa, como niños que tienen terror y pánico a toparse con un monstruo o con el lobo feroz de camino al cuarto de baño.

Ella debió de oírnos hablar, salió de mi estudio y se presentó. Cuando alzó su mirada hacia mí, me quedé sobrecogido, embrujado… Recuerdo que yo no podía mantener la mirada puesta en ella por mucho tiempo. Tenía una mirada atrevida, fuerte y muy dominante, que cuando la tenías cara a cara te hacía minusvalorar tu propia persona como por una fuerza extrañamente intimidadora. Enseguida comprendí por qué mi criado la había dejado entrar. Esto en una mujer de la época era algo único. Desde luego, pude darme cuenta de lo que decían de ella, que su presencia no dejaba a nadie indiferente.

Dijo lo que yo ya sabía, quién era y que se había mudado a un apartamento en el edificio de enfrente. El motivo de su inesperada visita era que quería saber si le podía recomendar carpinteros, ya que era nueva en el vecindario y le estaba siendo muy difícil encontrar trabajadores competentes por sí misma. Le recomendé el mejor ebanista de la zona, que recientemente me había instalado unas estanterías en mi estudio y me había cobrado muy barato; él y su ayudante eran unos auténticos maestros con la madera.

Le dije con timidez que había oído hablar de ella y, señalando algunos cuadros alegóricos que estaban colgados en la pared, representando no sé qué ensueño inspirado en la filosofía de Platón, le comenté:

—Los ha pintado mi esposa —dije. Después de una breve pausa, como queriendo dar una explicación, continué con una leve sonrisa— Está aprendiendo…

—Eso es obvio —dijo de sopetón.

Desde luego, la finura no era una de sus virtudes, como pude advertir, pero esto hacía que me agradase más aún su presencia. No era consciente de que su sinceridad pudiera ser hiriente, ella decía lo que sentía, sin pensar que podía ofender o dañar a los que la rodeaban, pero no intentaba ser maleducada ni lo hacía con mala intención, ni con el propósito de molestar a los presentes, era su carácter, su personalidad: ella era simplemente genial. Había que saber conocerla y no todo el mundo tenía en aquellos años una mente abierta ni estaba predispuesto a conocer a personas con aquel tipo de carácter tan fuera de lo común, más bien diría que fuera de la época,

ya que ella se comportaba como una joven del siglo XXI.

Ya no la volví a ver. Al cabo de unos meses, en ese mismo año de 1941, celebramos una comida en casa e invitamos a varios amigos, intelectuales reconocidos del mundo de la cultura de Lahore, y también a Amrita. Todos estábamos pasando un momento agradable. Las conversaciones eran acerca de política y cultura sin salirse de tono, todo muy tranquilo. Aquel apacible y coloquial ambiente se vio interrumpido cuando mi hijo pequeño apareció caminando por la alfombra; todos los invitados desviaron su atención hacia el chico y empezaron a cumplimentar a mi esposa y a mí por tener un niño tan guapo y alegre. La verdad es que, además de ser regordete y sonrosado como un melocotón, tenía unos rizos muy llamativos, unos ojos muy redondos y una cara muy bonita, con unos hoyuelos que le salían en los mofletes cuando se reía que hacía que su risa fuese contagiosa. Todos estaban riendo mientras las señoras decían: "Qué niño más gracioso". Amrita dijo:

—¡Oh! Pero qué gordito churumbel, tan zalamero y simpático... Sin duda, ha salido tan entrometido como su madre.

Mi esposa interpretó una actitud de indiferencia y desprecio, pues pronunció aquellas palabras en hindi con un tono propio de un dialecto de las castas más bajas, como lanzando una pulla o queriéndose burlar de nuestros pudientes invitados. La verdad es que su forma de hablar no cayó demasiado bien, sobre todo a las amigas pedantes y esnobs de mi mujer, que utilizaron esta salida de tono para acuciar aún más los cotilleos que vertían sobre su vida personal. Todos los presentes se callaron avergonzados, como pensando: '¿Habremos oído bien?'. Yo, la verdad, no le di importancia alguna. Su comentario no me llamó la atención, no me pareció desdén alguno, pero recuerdo que mi mujer se quedó quieta en medio del salón, con el niño cogido de la mano y sin saber cómo reaccionar. Amrita siguió bebiendo sus cervezas tan tranquilamente, sin preocuparse por la situación que había causado. Más tarde pude saber que, a través de una criada, Amrita supo que mi esposa la había llamado 'jodida puta' y que ella, como respuesta, le dijo a su informadora que le daría una lección a esa mujer seduciendo a su marido. Desgraciadamente, ese día nunca ocurrió, porque mi esposa prohibió terminantemente su presencia a todo el personal de la casa. Ya no volvería a ver a tan carismática persona".

50

“Una editorial me ha ofrecido escribir un libro sobre el arte contemporáneo de la India —escribió por aquellos días a su amigo Ravichandran, el crítico de arte de Bombay—. Es interesante y la paga es tentadora, porque la necesito… Aunque, la verdad, es un poco difícil este trabajo, ya que no hay pintores o escultores realmente merecedores de tal categoría. No les he respondido todavía ni sí ni no. Me cuesta tomar una decisión, ya que desde luego me haré más enemigos de los que tengo ahora escribiendo exactamente lo que pienso de sus vacías obras. Hay grandes pintores reconocidos que ya me odian, especialmente los de las generaciones anteriores. ¡Imagínate! Algunos de ellos claman que los 'horrores' que pinto son solo el resultado de mi incapacidad e ignorancia para saber dibujar incluso a lápiz y que lo que se considera bueno de mi obra durante mi etapa en París es porque mi profesor, Lucien Simon, lo dibujó. Incluso van más allá, pregonando la calumnia de que mis obras realizadas en Francia no fueron pintadas por mí. Pero, por fortuna, hay personas que piensan diferente, por ejemplo, la maravillosa persona que es el director del museo de Lahore, el señor Peter Kovacs, actualmente alistado en el Ejército, que me ha escrito desde Europa lo siguiente sobre ese tipo de personas: 'Ellos te odian porque saben que tú eres el futuro y ellos tan solo el pasado muerto. Sus obras son vulgares y anodinas, son una repetición del arquetipo ya creado'.

Estoy segura de que dentro de cien años, los críticos e historiadores pondrán las cosas en su punto y me harán justicia. Porque si Europa pertenece a Picasso, Matisse, Braque y muchos otros, la India me pertenece solo a mí.

Acabo de leer otra vez *Carta de una desconocida*, de Stefan Zweig. Tengo un gran apego y respeto por este gran escritor austriaco, que creía que las mujeres somos seres muy superiores a los hombres por nuestra capacidad de sentir, de amar, de emocionarnos con las cosas que deseamos. Este es un escritor comprometido y extremadamente sensible hacia el sentimiento femenino. Te mando un poema de otro de mis escritores predilectos, D. H. Lawrence:

Mientras vivimos somos transmisores de vida.
Y cuando no logramos transmitir vida, la vida
ya no logra fluir a través de nosotros.
Es parte del misterio del sexo, es un flujo que avanza.

Las gentes asexuadas jamás transmiten nada.

Y cuando al trabajar logramos transmitir vida a nuestro trabajo,
la vida, ya más vida, corre a nosotros para compensarnos,
para estar preparada
y ondeamos vivientes a través de los días.

Ya sea una mujer haciendo un pastel de manzana
o un hombre un taburete,
si la vida penetra en el pastel, bueno será el pastel
y bueno el taburete,
contenta estará ella, ondeando de vida fresca,
contento estará él.

Da y te será dado,
esta es aún la verdad de la vida.
Pero dar vida no es tan fácil.
No significa dispensarla a cualquier necio
ni dejar que los muertos vivientes te devoren.
Significa encender el principio de vida allí donde no estaba,
incluso si es tan solo en la blancura de un pañuelo recién lavado.

Era finales de noviembre de 1941. Amrita había decidido realizar una exposición en Lahore y estaba preparando una nueva obra con la que estaba entusiasmada. Desde su estudio podía observar el atardecer: campesinos con sus aperos al hombro que volvían a sus chozas de adobe cubiertas de bálago; cerditos pequeños, grises y peludos que iban gruñendo de un lado a otro con su corto trotecillo nervioso mientras hociqueaban por los suelos; perros que ladraban y buscaban comida husmeando por la tierra mientras niños alegres y desenfrenados jugaban correteando fuera de las casas, con ropas tan sucias que era difícil adivinar su color original… El olor del humo de la madera que salía de los infiernillos donde las mujeres preparaban la cena invadía su estudio, estimulando sus sentidos. Estaba pintando un cuadro que representaba a los aldeanos volviendo a sus casas, con sus turbantes de colores y pantalones anchos y holgados de bombacha sucios de fango.

Amrita se encontraba llena de satisfacción. Desde su estudio, más parco y sencillo que el que pudo disfrutar trabajando en Shimla,

pensaba cómo los libros, todos los libros que había leído hasta entonces, no eran más que falacias: "¿Por qué nos gastamos en leerlos? Porque aquellas fuerzas de nuestra juventud pudieron haber sido empleadas en el amor y en la alegría, pero somos tan inocentes que ansiamos conocer mucho, saber, ser sabios. Y cuando llegamos a viejos, cuando los años ya han pasado secando nuestro cuerpo y mente, miramos atrás, ¿y qué vemos? Que los libros no nos han enseñado nada para mejorar ni ampliar de entusiasmo nuestra vida, y entonces… queremos, gritamos, exigimos, solicitamos, rogamos por la felicidad y el afecto apasionado hacia una persona, pero ya es tarde para nuestro agotado cuerpo, triste y cansado".

Decidió realizar la exposición de sus pinturas en el salón del conocido *Punyab Literary League*, donde unos años atrás había realizado sus polémicos comentarios sobre el cine indio. Este centro cultural fue fundado en 1930 con el fin de servir de plataforma a jóvenes promesas. Pronto se convirtió en el lugar de encuentro para los artistas más importantes de la época. Sin discriminación de raza, casta o religión, los amantes de la cultura encontraban allí una hermandad llena de poetas, periodistas, escritores y artistas que colaboraban con sus escritos en una revista literaria que la organización publicaba mensualmente. Los organizadores, además, habían pedido a Amrita que diese una charla y ella lo aceptó; se titularía "Los efectos de la guerra en el arte".

51

Amrita escribió una lista a Emily para que le mandase unas pinturas que había dejado en casa de sus padres en Shimla. Ella, por su parte, quiso dar una sorpresa a su amiga viajando personalmente a Lahore con las obras. “Decidí viajar sin informar a nadie. Ya había hablado con el círculo de periodistas de Lahore para que se hiciesen eco de la exposición de Amrita y, además, llamé a mis conocidos y amigos para que asistiesen a la inauguración. Quería todo lo mejor para ella, se lo merecía.

Nada más llegar a la estación, mandé las cajas que contenían los cuadros al *Punyab Literary Leage*, donde se iba a celebrar la exposición la semana siguiente. Una vez hecho, fui a la dirección que me había escrito como remitente en su carta. Recuerdo que el aire era tonificante y fresco, el sol esparcía gran abundancia de luz, pero no de calor, y todo lo veía lozano y lleno de vida…

Al llegar, en el piso de abajo, vi la placa de la clínica de Víctor, toqué el timbre, pero no tuve respuesta. Después de esperar un tiempo, decidí subir las escaleras. Llamé a la puerta del apartamento, pero tampoco contestó nadie, bajé a la calle y miré hacia arriba; vi que las ventanas estaban abiertas y los blancos visillos finos ondeaban hacia fuera por el viento, pero alguien de repente las cerró. Grité su nombre: '¡Amrita! ¡Amrita!'. No tuve respuesta. Decidí subir otra vez y, cuando crucé otra vez el umbral del edificio, oí unos sollozos en el rellano. Me acerqué un poco temerosa en la oscuridad y vi que allí estaba Bibhu, el fiel criado de Amrita, llorando en cuclillas. Me entró un escalofrío por todo el cuerpo, algo había pasado, algo grave había pasado, de lo contrario aquel hombre que había sido tan fiero en la batalla, cometiendo atrocidades en el salvaje regimiento indio llamado *gurkha* donde, según me comentó en una ocasión Amrita, habían matado cruelmente con sus cuchillos a muchas personas en pueblos del interior de la India, no estaría ahora en tal situación por algo que no pudiera resolver. Le agarré de los hombros con determinación y lo zarandeé, a la vez que grité: '¡Amrita!'. Le pregunté qué pasaba, dónde estaba Amrita. Le hablé en hindi y en inglés, incluso en nepalí, ya que había aprendido algunas palabras básicas gracias a una criada que venía a mi casa a limpiar. Pero él no contestaba. Enseguida se levantó entre sollozos, señaló con el dedo hacia arriba. Quiso decirme algo, pero los lloros se lo impedían. Yo no entendía sus palabras, hablaba en un inglés quebrado, supe que algo serio había sucedido y lo intenté tranquilizar, pero enseguida se puso a correr escaleras arriba. Yo le seguí. De la velocidad con la que iba y lo fuerte que era, echó abajo de

un empujón la puerta principal del apartamento del segundo piso. ¿Qué vi? No se me olvidará jamás aquella imagen: de pie, con las manos y la camisa ensangrentadas, estaba Víctor, inmóvil, en estado de perturbación, perdido en sí. Lo primero que me dijo fue: 'Se está muriendo'.

Aun pasando por alto la razón de tanta sangre en la ropa de Víctor, dentro de mi ingenuidad, en un principio pensé en un accidente debido a la picadura de una serpiente o de una escolopendra, que podía ser tan venenosa como la de un escorpión, e incluso pensé que quizá habría sido víctima de un ataque de leopardo o tigre, ataques que recibían muy frecuentemente las personas que se aventuraban solas por el campo, como hacía Amrita, pasando todo el día en aquellos parajes solitarios, leyendo o pintando, o incluso que hubiese sido víctima de un atropello…

En un primer momento me quedé quieta, sin saber cómo recorrer la distancia entre la puerta y la cama; respiré hondo mientras me daba cuenta de que Amrita no reaccionaba ante mi presencia. La habitación estaba en penumbra, olía fatal, como a productos químicos. Al no moverse, la sensación de nerviosismo que había comenzado a atenazarme se agudizó. La llamé entre sollozos con un cariñoso pero no menos lacónico 'Amrita', pero seguía con la cara hacia el techo, sin girarse… Entonces, presa del pánico, fui corriendo donde yacía su cuerpo inerte. Estaba… estaba completamente llena de sangre. Había sangre por todos lados. Me entró miedo, escalofríos. Pero ¿qué había pasado? No pude reaccionar. Víctor estaba como obnubilado, drogado, impotente, no decía nada; se quedó allí de pie, inmóvil, mirándome como si esperase que se me ocurriese a mí alguna solución. Entonces, cuando vi a Bibhu masajeando sus pies con una insistencia feroz, como dando calor a una persona con problemas de congelación, por su vehemente e impulsiva actitud me di cuenta de que no solo intentaba ayudar en la medida de lo posible a recuperar la circulación de la sangre en Amrita, sino que pensé con horror, por un instante, que pretendía devolverle la vida… Reaccioné con espanto, retrocediendo hacia la pared de la habitación, dándome cuenta de la gravedad de la situación, aún sin saber qué había pasado, si estaba viva o no y el porqué de tanta sangre. Le dije a Víctor que iba a buscar un doctor inglés amigo de mi marido. Al pronunciar el nombre, recuerdo que dijo algo así como: 'Sí, él lo solucionará'.

Cuando volví a entrar en la habitación con el mejor médico de Lahore, las sábanas estaban cambiadas y varios utensilios ensangrentados ya no estaban. Recuerdo que el doctor, después de examinarla, dijo textualmente:

—¡Dios mío! ¿Quién ha hecho esta barbaridad?

Poco podía hacer el mejor cirujano de Lahore o de la India entera o

de todo el Imperio británico… ¡Era demasiado tarde! Según el doctor, los intestinos de Amrita habían sido perforados y la hemorragia interna le había llevado a la muerte. Tras su certificación, Bibhu saltó del suelo y agarró del cuello a Víctor, gritándole en su idioma nepalí:

—¡Asesino! ¡Asesino! Le dije de buscar a un doctor y usted siempre me contestaba que sabía lo que hacía. ¡La ha matado usted!

Pronto llegó gente corriendo y entre todos sostuvieron al criado, que no dejaba de repetir sus acusaciones contra él; lo habría matado allí mismo. Yo, la verdad, pensé que lo mataría, porque Víctor no oponía resistencia, estaba pálido. Yo lloraba inconsolablemente de impotencia, de tristeza, de dolor, de incredulidad… Grité, caí de rodillas al suelo y seguí gritando con todas mis fuerzas. Todo había sucedido tan rápido… Recuerdo incluso que cuando salí del edificio a buscar al doctor, la luz del día me pareció menos diáfana que al entrar. Tras el paso de los días siguientes perdí la noción del tiempo. Me sentía mareada, como si me hubiese levantado de madrugada hacía una semana o dos y aún no me hubiese acostado. Me sentía como si me estuviera aproximando a alguna región helada desconocida que hacía que toda mi existencia se entumeciese. Llegué a pensar que no había futuro para mí, que mi energía, que mi vida había acabado, que solo podría encontrar consuelo en la tumba. Durante mucho tiempo estuve sumida bajo una tremenda depresión de la que me costó recuperarme. En los meses siguientes, mi vida fue una auténtica zozobra. Ansiaba conservar los buenos recuerdos. Intentaba engañarme visitando el bungaló que entonces fue ocupado por sus padres y la familia de su hermana. Me sentaba sola en el jardín y rememoraba con ternura a Amrita, pensando inconscientemente que quizá apareciese de un momento a otro llamándome desde una ventana o viniese corriendo a mi encuentro. Vivía el día a día con una sensación de enorme desconsuelo, como si todo el mundo a mi alrededor se hubiera convertido en una masa envolvente y agresiva. Veía enemigos por todas partes, incluso pensé que me iban a asesinar.

Me volví paranoica porque hubo conjeturas sobre un posible complot, causante del fallecimiento de Amrita. Por lo visto, el motivo político se vio alentado entre los más cercanos a Amrita porque justo el día en que el periódico *The Tribune* se hizo eco de su muerte, este publicó en la misma página una bella imagen de Amrita junto a una fotografía de Jawharlal Nehru que ilustraba la noticia de su salida de la cárcel tras haber sido apresado por los británicos debido a su iniciativa de desobediencia civil. Desde luego, yo creo que no hubo motivos políticos, y dudo que pudiese haber sido una confabulación de sus seguidores afines al partido político, pero Nehru, en las cartas a su hija Indira Gandhi, que se publicaron póstumamente, menciona que cuando salió de la cárcel y se enteró de la noticia, la muerte de su

amiga le parecía 'rodeada de misterio'.

La sensación de pena y pérdida que tuve al principio se fue transformando en el reconocimiento poseído de desesperación, de todo aquello que había perdido en tan súbito tiempo; amistad y amor. ¿Qué me quedaba? Nada. Tan solo tenía aflicción y vacío. Viajé a mi pueblo natal en Suiza, Gstaad, pensando en no volver nunca más a la India, pero los recuerdos me vencieron. Cuando menos me lo esperaba, algún hecho relacionado con la India, alguna noticia, algún sonido musical, alguna imagen o palabra me traía a la mente a Amrita. Por aquellos días, por consejo de unos amigos, intenté sobreponerme incluso utilizando la hipnosis, pero no obtenía resultados positivos. Además, no lograba asentarme en un lugar determinado; vagaba de un lugar a otro llevando mi carga conmigo. No reconocía entonces que eran sentimientos egoístas que no quería compartir. Fue la persona que ignoré durante tanto tiempo en el pasado quien verdaderamente me ayudó a sobreponerme: mi marido confiaba en mí. Aquella persona de la que en los últimos tiempos me había apartado tanto, acudió en mi ayuda. Él me hizo entender que la pena que sufría me fortalecería, que mi aflicción contribuiría a que fuese más diligente y firme, que me daría el coraje para ser mejor, que aquella pérdida no podía ser una flaqueza sino una fuente de reciedumbre.

Mi marido y yo decidimos, después de la guerra, instalarnos definitivamente en Bristol, Inglaterra. Me di cuenta de que tenía no solo un marido, sino un amigo, un consejero. Obtuvimos en nuestras vidas algo bueno tras la tristeza que nos causó la pérdida de Amrita y que anteriormente asumíamos ciegamente que no existía entre nosotros: amistad y felicidad”.

52

Cuando se marchó el doctor, Víctor, sentado en el suelo, seguía llorando como un desconsolado en la habitación de al lado. Una suave y complaciente brisa entraba por las ventanas, que acompañaba al olor de los palillos de incienso que el criado nepalí quemaba en silencio en un rincón de la habitación mientras murmuraba unas oraciones incomprensibles. Las moscas pequeñas y negras se volvieron molestas, revoloteando por el cuerpo inerte.

Emily se apresuró a espantarlas manoteando violentamente. Observando la pintura inacabada sobre el caballete que Amrita había bajado de su estudio el día anterior, le vino a sus pensamientos cómo en general se cree que las llamadas 'cosas' superiores se hacen lentamente y que las llamadas 'inferiores' se hacen con rapidez. El sol, que pocas horas antes bañaba vivamente el edificio, se había ido debilitando; poco a poco, la ancha banda de luz disminuía paulatinamente. La poesía del atardecer, susurros del ramaje de las acacias bajo el último rayo solar, graznidos moribundos de cuervos, ladridos lejanos de perros y alguna bocina de un vehículo fatigado... Por la ventana abierta de par en par empezaba a entrar la claridad tenue de una noche serena.

Amrita se había llevado toda su belleza y la alegría del mundo al Paraíso. “¿Sentiste, querida amiga mía, venir la muerte justo a tiempo para mirarla cara a cara sonriendo? ¿Habrá un lugar en el más allá donde podremos volver a encontrarnos?”. Su creencia en la vida más allá de la muerte palidecía mientras pasaban las horas en aquella habitación hasta volverse simple esperanza. De repente, Emily se sintió presa de una sensación extraña: *esto ya lo había visto ella otra vez*. Tenía la profunda sensación de que aquellos momentos ya los había vivido. La emoción de aquel misterioso fenómeno le oprimió la garganta. “¿Cómo es posible que este momento lo haya experimentado antes?”. Amrita estaba allí, muerta ante sus ojos, y sin embargo ella la había visto ya. Y quiso rezar como mil veces había visto a su madre: “Padre nuestro que estás…”, repetía mentalmente sin darse cuenta de ello. El dulce Hipnos, el dios del sueño, saludable y bienhechor, que da tregua en las adversidades y en los dolores, embargaba a Emily en un estado de somnolencia después de tantas y tantas lágrimas vertidas. Suspendió la lucha por el momento; mañana continuaría, mañana el dolor y el sufrimiento volverían a afligirla.

Cuando empezó a soplar por la ventana la brisa del alba, tenía los ojos enrojecidos, el pelo en desorden y una fatiga que la sumía en un estado semejante a la catalepsia. La noche había gravitado sobre su

existencia con un peso de muchos años. El silencio hacía renacer afuera el murmullo de la hojarasca. Una vez despierta, dirigió su mirada perdida hacia la ventana. El verde de los árboles, el amarillo del suelo, el cielo grisáceo… Todo le parecía en aquel momento algo difuso. Bajo el sol del invierno empezaba a sonreír la naturaleza: "¡Ciega! ¡Sorda! ¡Insensible! Que ignoras nuestra existencia y acoges indiferente la muerte de mi amada", pensó Emily con desasosiego. Con los ojos enrojecidos y entre sollozos, besaba las manos frías de Amrita. Al ver a Umrao fuera de la habitación hablando con Víctor y oír a gente congregada en la entrada del edificio, sintió de repente una angustia por la amenaza próxima de tener que separarse para siempre del cuerpo físico de su amante. Apretó tan fuerte su fría mano que las venas de color violeta se hicieron más prominentes. Acarició con ternura y cariño el pelo negro, besó delicadamente su frente y comenzó a musitar palabras a su oído. Mientras tanto, la brisa continuaba palpitando las cortinas.

Durante aquellos días, en un ambiente de incredulidad tras la muerte de la joven artista, se podía leer en medios escritos y escuchar entre aquellos que la conocieron personalmente diversos motivos y opiniones de cómo Amrita pudo morir. Las personas cercanas a ella argumentaron, en un primer momento, la teoría del asesinato, diciendo que era la más probable debido a intereses políticos por su *affaire* secreto con Jawaharlal Nehru; otras hablaban de intereses económicos; otras del odio que suscitaba en su madre la relación de su hija con Víctor y los escándalos sociales acerca de su sexualidad; y otras argumentaban que todo había sido una conjura entre Víctor y Marie Antoinette.

Desde hacía una semana, un empleado del Punyab Literary League visitaba todos los días el estudio de Amrita para catalogar sus obras y transportarlas bien embaladas hasta el salón de la exposición. Según su versión, Amrita se encontraba muy bien de salud e incluso de ánimo. Estaba pintando un nuevo paisaje que representaba la vista desde su ventana. Durante esos días, aquel empleado no encontró nada alarmante en su salud o carácter. Todo lo contrario, pues cada día la veía sentada ante su caballete y quedaba asombrado por el vigor en su trabajo y la vivacidad en su conversación. Pero el viernes, cuando llegó por la mañana temprano, la encontró tumbada y abrigada con una manta en el sofá de su estudio. Le dijo que se encontraba un poco mareada y que volviese al día siguiente. Cuando regresó el sábado, no la encontró y bajó al apartamento. El criado Bibhu, con gesto de estupor, le dijo que estaba muy enferma en su habitación y necesitaba guardar reposo. Bajó a la clínica de Víctor esperando una explicación y este le dijo, minimizando la situación, que sufría de disentería, que le había dado unas medicinas y que al día

siguiente estaría mucho mejor. El domingo estaba muerta. ¿Qué pudo causarle la disentería? Por lo visto, un matrimonio inglés que era muy cercano a Marie Antoinette y Umrao los había invitado a su casa. El jueves, Víctor insistió a Amrita en ir. Días antes de una exposición siempre comía a deshoras debido al nerviosismo y esos días se encontraba algo intranquila por querer terminar a tiempo su última pintura. En la casa de los amigos de sus padres, con el té, sirvieron unos aperitivos llamados *pakoras* —verduras fritas envueltas en harina —. Según los presentes, Amrita comió en abundancia, lo que le produjo la disentería bacilar que le causó la muerte. De este modo, la mayoría de los amigos cercanos y conocidos de Amrita intuyeron la posibilidad de que hubiera sido sido envenenada. ¿Cómo fue posible que solo ella cayese enferma? Siendo el matrimonio que los había invitado de clase adinerada, ¿por qué sirvieron unos *snacks* realizados con tan abundante aceite frito, poco común en gente de su estatus social? ¿Qué tipo de ingredientes utilizaron? Si querían causar una buena imagen a los invitados al tomar el té, el ingrediente que alguien pudiente emplearía en los *pakoras* sería *paneer*, queso fresco o incluso berenjenas, que son alimentos sanos.

Amrita, que había viajado por toda la India y había comido con aldeanos en innumerables ocasiones, bebido innumerables veces té hecho de distinta forma e ingredientes, y servido tanto en vasos de barro como de metal, con y sin jengibre, con y sin especias, con diferente tipo de leche y agua, servido por señoras que trabajaban en el campo del Punyab y alimentada por familias de pescadores en lugares remotos del sur de la India, que había vivido en lugares de la India bajo distintas circunstancias y carencias… ¿murió tras comer verdura frita en la casa de unos amigos ricos de sus padres, cuando son ellos quienes toman precauciones extremas para prevenir cualquier tipo de enfermedad a través del agua o de los alimentos? Pero, por otro lado, ¿por qué Víctor, que era tan habilidoso en mezclar sueros y conocedor de las medicinas locales disponibles, pues había tratado a tantos trabajadores de la fábrica de azúcar, no pudo curar o atajar debidamente un simple caso de infección abdominal?

El cirujano al que acudió Emily dijo que la muerte de Amrita se debió a una peritonitis y deshidratación causada porque se le había administrado sal de Epson —compuesto químico de sulfato de magnesio—. Pero, ¿por qué tenía los intestinos perforados? ¿Por qué Víctor, antes de que llegase el cirujano, limpió la habitación e hizo desaparecer sus ensangrentados instrumentos quirúrgicos?

53

Amrita tenía veintiocho años cuando murió el 6 de diciembre de 1941. Ese día, tras ser informados, Marie Antoinette y Umrao, que estaban entonces en la casa de Shimla porque habían huido recientemente de Europa, se apresuraron a viajar a Lahore de inmediato. La mañana había aparecido tenuemente fría y con el cielo grisáceo. Cuando fueron a sacar del apartamento la camilla con el cuerpo de Amrita envuelto en una mortaja blanca hacia el crematorio, el criado Bibhu se dio cuenta de que nadie había puesto flores sobre ella, como era la costumbre. Junto a Emily, se apresuró a ir detrás del edificio y arrancaron flores de aquel campo de agricultores que ella tanto quería inmortalizar en su última e inacabada pintura. Diligentes, las depositaron sobre su inerte figura, mientras la comitiva seguía su camino por las calles y las nubes de polvo se movían titubeantes sobre la tierra amarillenta.

Como el rostro de una contemporánea Medea, sacerdotisa y arquetipo de hechicera que segó la vida de sus propios hijos, Marie Antoinette, con los ojos inundados por las lágrimas nunca derramadas y la conciencia cobarde como en Hamlet, no fue al entierro de Amrita. Se quedó en el apartamento con su cuerpo agotado por la vejez, la pesadumbre y, quizá, por el dolor del remordimiento. El lado oscuro del amor es la máscara del rechazo, del odio; es la máscara de la Gorgona, de Medusa, como la de Bernini, aquel maestro escultor con la piedra del barroco que la inmortalizó coronada con las serpientes venenosas de la culpa y la vergüenza.

En cuanto a Umrao, cuando llegó al apartamento y vio a Amrita, la mirada de espanto que le produjo fue como la de Iván el Terrible en el óleo del pintor ruso Ilía Repin, Iván el Terrible y su hijo, en profundo contraste con la expresión de serenidad de su hija. La tristeza ablanda el ánimo y hace buscar como una sombra refrescante la amistad de los humildes. Observando al criado nepalí disponer con sumo cuidado el cuerpo de Amrita sobre los troncos de madera y paja para su inminente cremación, Emily pudo apreciar el cariño y devoción que profesaba Bibhu hacia su amante y amiga. ¿No dicen que el afecto de un amigo es el mayor aliento en la desgracia? Como si su observación hubiera sido aplaudida por una divinidad, se escuchó la campana de un templo hindú de la vecindad. Emily se acercó a la pira y depositó una última flor recién arrancada sobre el cuerpo muerto de su amiga: “A ti, que tanto amaste la vida por sus sensualismos y bellezas. A ti, eterna conquistadora de cuanto encontrabas hermoso”.

Víctor, inerte, sin musitar palabra alguna, con el insomnio en sus

ojos, tan solo hacía acopio de fuerzas para seguir manteniéndose en pie después de noches sin dormir.

Se recubrió con leña la pira hasta quedar la figura de Amrita completamente tapada con ramaje. Entonces, el empleado de la cremación derramó aceite entre la madera. Ya solo se veía un poco del blanco de la mortaja dentro de aquella jaula de leña de color oscuro.

Tras una breve y triste ceremonia religiosa según los ritos sijs, el cenceño Umrao, con su cuerpo abatido y una honda melancolía en sus ojos, encendió la pira funeraria. La hoguera prendió enseguida en medio de un crepitar de chispas. Bibhu tuvo que coger del brazo a Emily para hacerla retroceder y salvaguardarla de las próximas llamas. Ella se arrodilló con las manos recogidas junto al pecho, con la mirada fija en el fuego, con los ojos enrojecidos que no podían llorar.

Amrita era una mujer desmedida, una mujer ardiente y apasionada, una mujer que subyugaba y de cuyo hechizo era imposible despegarse. Lo mismo que le sucedió a László Guttman, ninguno de los presentes conocería jamás a otra persona tan enigmática y maravillosa; la huella que dejó en ellos se mantuvo durante el resto de sus vidas.

El color seguiría existiendo, los movimientos de las hojas se prolongarían mientras hubiese una brisa. El agua se encerraría en las preñadas nubes y los truenos seguirían retumbando. Tras el amanecer, el olor fresco y dulce de la mañana continuaría en las montañas. El tiempo, sin compasión, persistiría en avanzar cada nuevo día con ardillas, pájaros, vacas, elefantes y almas vivientes, envejeciendo poco a poco el cuerpo moreno indostaní, el plomizo rosado angloindio y el del extranjero recién llegado. Esa mañana, en aquella zona descampada y reservada para las incineraciones al aire libre, se podía oír a lo lejos a una persona recitando versículos del Corán o quizá llamando a sus fieles a la oración. Más cerca, se distinguía un “Om… om… om…” salmodiado por un viejo sacerdote mientras la campana de su templo hindú tañía con aspereza. Más fuerte que la muerte es el amor que salta por todo y a todo se atreve. “Te amo. Jamás te olvidaré”, murmuró Emily entre sollozos.

Sus palabras ondearon por el aire para llegar a engrosar el enfebrecido ambiente de un país que se encontraba en su fase de incipiente ebullición. La India había comenzado a galvanizarse tras el concepto de resistencia no violenta y de desobediencia civil. Pocos años después, el 15 de agosto de 1947, obtuvo la independencia del dominio británico, pero con la violencia religiosa, terrorismo, clasismo e insurgencias de regiones separatistas, no consiguió que su crisol de razas y religiones se compenetrase en aquella realidad que soñaba Gandhi, la que Alonso Quijano encontró solo en su lecho de muerte, ya curado de sus fantasías: simplicidad y visión humilde de las cosas.

54

Días después de la muerte de Amrita, su madre señaló públicamente a Víctor como el responsable. Escribió numerosas cartas a periodistas y conocidos de la élite política y cultural, acusándolo de haber provocado la muerte de su hija, pero la teoría de Marie Antoniette contra su yerno cayó en saco roto. Umrao se disculpó por la actitud de su esposa, aludiendo a que estaba bajo los efectos de una crisis nerviosa y que en modo alguno acusaban de incompetencia médica ni de mala intención al marido de su difunta hija. Por iniciativa e influencia de los padres, se registró oficialmente el fallecimiento debido a una peritonitis. Y aquí también se abre otra contradicción, ya que los periódicos de la época publicaron que la causa de la muerte de Amrita fue una neumonía. ¿Hubo un intento mediático o conspiración para tapar lo que verdaderamente sucedió?

Años más tarde, surgió una nueva especulación sobre lo que pudo ocurrir: un aborto fallido y una clara imprudencia por parte de Víctor al intentar él mismo realizar la intervención. Víctor Egan declaró que Amrita estaba embarazada. Esto contradecía sus propias versiones, como que fue disentería, según dijo en un primer momento, o que falleció debido a su enfermedad venérea. Ahora añadía una nueva versión. Según él, Amrita tuvo un amante y quedó embarazada. Como ella no quería tener hijos, ocultó su estado y fue a un curandero de Lahore para que le practicara un aborto, pero este realizó una chapuza. Entonces Víctor, según su versión, hizo lo posible para curarla, pero Amrita insistió en querer seguir pintando en el ático del edificio y no hizo el reposo que le fue aconsejado, con lo cual su estado se agravó y le causó la muerte.

La versión del criado nepalí Bibhu lo contradice, ya que dijo que Amrita nunca fue a un curandero y que fue solo Víctor quien la trató. Según él, Víctor tenía miedo de llamar a otro doctor más experimentado y decidió acudir a un colega suyo, con quien estuvo discutiendo sobre una transfusión sanguínea que necesitaba Amrita. Su amigo se negó, diciendo que no podían realizar una transfusión sin saber el grupo sanguíneo de la paciente, y alarmado por lo que estaba siendo inevitable, se marchó del apartamento con prisa diciéndole que no quería verse envuelto en tal situación. Horas más tarde llegó Emily y vio las sábanas ensangrentadas y los instrumentos quirúrgicos encima de una mesa de la habitación. Según la ley británica, el aborto estaba totalmente prohibido, incluso penalizado con cárcel. Que un médico lo realizase, además, ponía en peligro su licencia para practicar la medicina de por vida. ¿Qué pudo suceder? Que Víctor,

para no poner en peligro su licencia, llevase a Amrita a un curandero, sin la atención del precavido y fiel criado. El aborto que realizó fue una auténtica chapuza y Víctor, de regreso al apartamento, no pudo impedir que muriera debido a su ineptitud en este campo de la medicina. Pero esta versión también abre muchas preguntas que la ponen en cuestión. En primer lugar, Víctor era un médico que había estado practicando la medicina con éxito en zonas del campo donde los especialistas estaban a cientos de kilómetros. Él había atendido numerosos nacimientos y había realizado exitosamente operaciones en condiciones penosas y poco higiénicas. Era un médico experimentado y, además, no hubiera sido el primer aborto de Amrita que hubiese presenciado. En segundo lugar, ¿cómo fue posible que Amrita, en su sano juicio, decidiera abortar cuatro días antes de inaugurar su exposición, confirmada y programada con muchas semanas de antelación? Y, en tercer lugar, si tenía tanta confianza en su amiga Emily, ¿por qué no le hizo saber a ella su embarazo, como tantos otros secretos íntimos le revelaba y compartían?

De este modo, aun no descartando que Amrita estuviese embarazada, se hizo más sólida la versión de quienes aludían al asesinato tras el envenenamiento de la comida. Argumentaban los amigos cercanos de Amrita que todo había sucedido con la complacencia de Víctor. Los más próximos sentimentalmente a Amrita, y que conocían muy bien tanto a su familia como a Víctor, dieron a conocer los mismos argumentos que opinaba Emily al respecto: “Por lo visto, él no podía seguir viviendo en la India porque tenía nacionalidad húngara y esto lo convertía en un simpatizante nazi dentro de territorio británico, ya que Hungría no solo se alineó con la Alemania de Hitler, sino con las otras potencias del Eje, Italia y Japón. Su permanencia en la colonia pendía de un hilo. De hecho, un amigo mío de Lahore me comentó unas semanas antes que se le había notificado que debía permanecer en un campo de internamiento en la India por ser considerado prisionero político. Él tenía un miedo terrible a esta situación, incluso en verse forzado a tener que volver deportado a Hungría y no poder ejercer nunca más la medicina. Hablé con el círculo de amigos de Amrita y se inclinaron, ya desde un primer momento y ante mi absoluta incredulidad, por el argumento de que todo apuntaba a un contubernio entre Marie Antoinette y Víctor, antaño enemigos, que vieron la ocasión del inesperado embarazo de Amrita para dejarla morir tras un aborto forzado al ingerir algún veneno. Además, tras el ataque de los japoneses a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, un día después del fallecimiento de Amrita, Víctor fue finalmente deportado a un campo de detención como ciudadano de una nación hostil, pero fue liberado gracias a la influencia de la familia probritánica de Umrao. Tiempo más tarde, él y un miembro de

la familia real de Kapurthala, íntimo amigo de Umrao, inauguraron con carácter póstumo la exposición en la que Amrita tanto deseaba participar”.

¿Pudo ser que Víctor, por cobardía, se dejara influir por Marie Antoinette para salvaguardar su propia vida y profesión? ¿Fue una farsa premeditada querer parecer que había perdido el juicio acusando a su yerno para crear una cortina de humo sobre las especulaciones que argumentaban los amigos cercanos de su hija sobre su muerte?

“En el *Quijote* hay despedidas inolvidables —escribiría Salvador sobre Amrita desde Argentina cuando supo de su fallecimiento, dos meses más tarde, a través de un periódico francés en el que le dedicaban una breve necrológica—. Hay algo en el arte de Cervantes que nos conmueve: las despedidas. En la vida, en cualquier vida, el despedirse, despedirse para emprender una aventura, un viaje, despedirse de un amigo, de un familiar o de un amante, decir adiós para acaso no verse nunca más, es algo que puede ir del dócil desánimo a la franca desesperación. Hay una deidad que se llama Cronos: es un dios que nadie ve y que todo el mundo siente. Acabo de enterarme del fallecimiento de mi amiga Amrita Sher-Gil. El invisible y terrible Cronos ha decidido que la vida de este ser querido entre en una nueva fase. Descarto retomar de nuevo mi propósito de volver a la India, ya que si vuelvo por aquellos parajes, que en otro tiempo iluminaron tanto mi existencia, ya no será lo mismo. Como don Miguel de Unamuno, a quien tuve el privilegio de conocer personalmente en Hendaya, al describir los paisajes castellanos, me sentía yo al contemplar aquellos maravillosos parajes indios de las montañas de Shimla. El bilbaíno decía: 'Conviene mirarlos a menudo en ayunas y aun con algo de sed'. Con la desaparición de Amrita, no volveré a ver ni sentir aquella luz que veía en la India; aquella luz brillante, enardecedora, compasiva, inspiradora, sugestiva, apaciguadora, confortable, provocadora, dulce, cariñosa… Aquella claridad se ha apagado, ya es oscura, pero aún perdura radiante en mi corazón porque, de todos los momentos de mi vida, que el tiempo ya tiene en sus manos, no hay ninguno que, en retrospectiva, me haga sonreír tanto.

Amrita Sher-Gil guarda un lugar muy especial dentro de mi corazón donde, como escribió san Mateo, 'ni la polilla ni la herrumbre lo enmohecen, ni los ladrones pueden perforar las paredes y robarlo”.

Siete años después del fallecimiento de Amrita, la vida desengañada venció a su madre Marie Antoinette. El dolor que llevaba en su interior desde la muerte de su hija era un tormento que la afligía, que la martirizaba, que amargaba su existencia… Llevada por la inestabilidad mental, se suicidó con la escopeta de caza de su

marido. Este golpe fue mortal para el alma ya ulcerada de Umrao; viejo, achacoso y sin amparo de nadie, se quedó viviendo en Shimla, acompañado de su hija Indira. Acumuladas las aflicciones, acabó sucumbido, renunciando a todo: al mundo, a sus libros, a sus recuerdos dilectos y a la vida. Tras la muerte de su esposa, su salud se debilitó drásticamente. Con aspecto desastrado y con sus barbas trágicas, fue perdiendo la memoria por un avanzado alzhéimer. Sus ojos, que en su día parecían estar forjados en bronce bruñido, se volvieron vidriosos y con una mirada ausente amaneció sin vida una mañana.

En cuanto a Víctor, volvió a la clínica de la fábrica de azúcar del Punyab, evitando su internamiento en el campo de prisioneros políticos. Unos seis años más tarde, tras la partición e independencia de la India en 1947, se casó con una mujer india y decidió quedarse allí para el resto de su vida, ya que no era su deseo volver a Hungría bajo el dominio comunista.

A Emily, su amor eterno dejó en su alma un sedimento voluptuoso, aun creyendo en un principio que Amrita seguiría viviendo en su memoria, sin darse cuenta de que el hecho de amar a los muertos incrementa su irrealidad y que cuanto más se añoran, más se apartan de nuestra mente.

Epílogo

Amrita había estado en el mundo sin preocuparse en absoluto de la situación sociopolítica tan convulsa que reinaba en la India por aquellos años. Estando viva, el mundo no presenció su existencia y la actualidad aún rehuía considerarla en el panteón de los grandes artistas, en alzarla al estatus de pintora importante en la historia. Sentada frente al ordenador en el estudio de su casa de Bristol, Emily entendía ahora el porqué.

Amrita Sher-Gil luchó por conseguir el éxito, pero no quería sentirse imprescindible como artista, complaciendo a críticos de arte o queriendo demostrar su valía a los más exigentes y detractores. Anteponía su desarrollo personal a su evolución artística. Deseaba vivir al máximo, según sus convicciones y criterios. Su estilo de vida fue un escándalo. A esto había que añadir su exhibicionismo, que por aquella época, según la mentalidad social, era algo característico de mentes enfermas. Amrita era consciente de la importancia de su trabajo. Siempre tuvo fe en sí misma. A pesar de que tuviera días de baja autoestima, no era indiferente a la importancia de su creación artística, porque ansiaba mejorar y seguir perfeccionando su devoción.

El gato saltó sobre el escritorio buscando atención y Emily lo acarició con ternura. El solícito animal ronroneó y se fue a tumbar al alféizar de la ventana, aprovechando lo que quedaba de sol en una ciudad donde el tiempo nublado y la lluvia eran lo más frecuente a lo largo del año. Emily encendió la lámpara del estudio. Alzó la mirada y observó a través de la ventana el fondo anaranjado de las nubes. Después de un instante, bajó la mirada hacia el teclado de su ordenador portátil y puso toda su atención en la escritura.

“Los antiguos lo definían como 'estado melancólico'. Ejemplos de ese temperamento biliar (melancólico significa ‘bilis negras’) fueron Durero, Rembrandt y no me extrañaría que también lo fuera Goya. Amrita quizá fuese de personalidad bipolar, como su madre. Los bipolares, según creo, se caracterizan por tener sus facultades hipersensibilizadas en estado de euforia y perciben 'a través de las paredes'. Son muy inteligentes y extremadamente sensibles, por lo que están especialmente dotados para la poesía, el arte y, en general, lo creativo. Pero en el aspecto negativo tienen como característica que su convivencia es imposible y propio de este trastorno es el exhibicionismo o la promiscuidad. Esta enfermedad o trastorno, según dicen, es genética y suele ser hereditaria, lo que en Amrita se

confirma por su madre. Generalmente, cuando están en estado de euforia viven como en un sueño sin poderlo detener y se desnudan... Están dotados de una extrema agudeza y pueden dar en donde más daño hacen con gran facilidad, por la capacidad de penetración psicológica que tienen y la ausencia de empatía con el resto. Como cuando Amrita causó daño a Víctor viajando a Europa para casarse con él, estando embarazada de otro hombre. Al final son seres indefensos y muy vulnerables, por lo que es frecuente que mueran prematuramente y en situaciones poco claras... También, aunque no lo parezca, son personalidades muy dependientes y Amrita tenía una madre con otro trastorno mental, por lo tanto, su indefensión vital era superior".

Emily se sintió alborozada. Se dio cuenta de que había caído en un excesivo tono autobiográfico. Presintió que se debía a su senectud. Solo tenía palabras de entusiasmo desbordante hacia la vida de su amiga. Era consciente de que si Amrita siguiera con vida, desaprobaría que pusiera por escrito los momentos vividos juntas.

Su sobrina llegaba al día siguiente con su marido y sus tres hijos a pasar cuatro días con ella. Ejercía de profesora de arte en la Universidad de Cambridge y le donaría todo el material sobre Amrita. Igual que todas sus propiedades, además de dos cuadros pintados por Amrita que, hasta la fecha, nadie sabía que tenía bien guardados en el desván del ático. Así lo tenía escrito en su testamento. No iba a mandar todo el material a ninguna editorial. Sintió que las horas y los días dedicados a transcribir sus recuerdos y los de las personas que la conocieron en vida habían sido una traición póstuma hacia su amiga. Amrita estaría cargada de razón y convencida al desaprobar que ella escribiera un libro sobre su vida personal. Quien escribiera sobre Amrita tendría que ser alguien con una visión objetiva sobre su persona, con una visión y actitud distintas, no influida por recuerdos íntimos y personales.

Emily nunca le había mencionado a su sobrina su relación con Amrita, sería una auténtica revelación y sorpresa. Era consciente de que cuando ella falleciese y su sobrina supiese los hechos, le generaría tal interés que se convertiría en una auténtica experta en la obra y vida de Amrita Sher-Gil. Había revivido con mucha intensidad y desazón lo que había sentido años antes. En cierto modo, Gandhi tenía razón al decir que las civilizaciones iban y venían, convirtiéndose la historia en la gran constructora de ruinas. Sin pensárselo dos veces, movió el cursor hacia el lado superior derecho de la pantalla y clicó en 'seleccionar todo'. Resopló resignada, se encogió de hombros y pulsó el ratón. Guardó todo lo escrito en un fichero con el nombre de su sobrina, titulado 'Leer después de mi muerte'.

Aquella noche, lo último que pensó antes de quedarse dormida fue que se sentía la mujer más afortunada del mundo por toda la experiencia vivida en una India que nunca volvería a existir.

Nota del autor

Actualmente hay una calle en Nueva Delhi que lleva el nombre de Amrita Sher-Gil, pero como el autor de este libro ha presenciado, los conductores habituales de la parada de taxis, viandantes y la mayoría de los residentes de la zona, tanto extranjeros como indios, no saben exactamente quién fue Amrita. Piensan, en su ignorancia, que ese nombre de mujer con el que se denomina esa calle le fue dado porque debió de hacer *algo* importante en la historia, que pudo ser una gran política en el pasado durante aquellos años convulsos tras la independencia de los británicos. Otros opinan que fue una diplomática, otros dicen que periodista, otros una escritora, una deportista… Los hay que afirman con íntegra seguridad que fue la esposa de un ministro de Indira Gandhi. Cada cual dice lo que le parece porque, en verdad, les importa un ardite.

Ni el gobierno indio ni el húngaro han podido crear un museo dedicado a su obra. Hay pinturas de Amrita en paradero desconocido y la mayor parte de las ciento cuarenta pinturas que se conservan, sin incluir esbozos, está en posesión de descendientes de su hermana pequeña. El resto, unas cuantas que poseía su marido Víctor y algunas que tenía su padre, Umrao Singh Sher-Gil, fueron donadas a la Galería Nacional de Arte Moderno de Nueva Delhi.

Hay que destacar que sus pinturas han sufrido deterioros debido al poco cuidado que se ha tenido al transportarlas de un sitio a otro y necesitan ser restauradas. La excusa común que se esgrime es que algunos lienzos y pigmentos de los colores utilizados originalmente eran de mala calidad, pero esto no les redime del descuido e impericia con que las procesan. También la ubicación de sus obras en la Galería Nacional de Arte Moderno ha distado mucho de la que debería ser asignada por las autoridades a una artista relevante en la India, como fue comprobado durante la investigación preliminar a la escritura de esta novela. Postergadas al fondo de una de las plantas y negándole un lugar meritorio, sus obras, como las que representan cuerpos desnudos, parecen escondidas para no provocar o, quizá, motivar un sentimiento de vergüenza en la mente del visitante e incluso evitar herir susceptibilidades religiosas.

Hoy en día, su obra pictórica es una de las más cotizadas de la India. No es habitual que sus obras se vendan en el mercado, pero cuando en raras ocasiones se ha puesto a la venta alguna de sus pinturas, han alcanzado precios astronómicos. Resulta irónico, pero al igual que Van Gogh —cuyas *Cartas a Theo* Amrita admiraba por su

sencillez y belleza—, durante su corta vida no tuvo acceso ni a una sola porción del valor actual de su obra. Incluso hubo períodos en los que vivió en escasez. No se hubiese imaginado nunca que después de muerta, su vida y su trabajo se convertirían en leyenda. Aun así, si lo hubiese sabido, como su amigo László Guttman, no hubiese dudado en vivir y luchar por sobrevivir de la misma forma que hizo.

Según dicen, llegan más adentro en el espíritu y en la sensibilidad los hechos narrados limpiamente que los enojosos e inexpresivos superlativos. Paul Gauguin, rotundo y seguro de sí mismo, solía decir: “Soy un gran artista y lo sé”. Amrita, impertinentemente franca, predijo en vida: “Europa pertenece a Picasso, Matisse, Braque y muchos otros, pero la India me pertenece solo a mí”.

Agradecimientos

Este libro tiene sus orígenes en un encuentro que mantuve con el escritor Javier Moro en una cafetería de Khan Market en Nueva Delhi, junto con Priyanka Gandhi (hija de la política india de origen italiano Sonia Gandhi, que ejerció como presidenta del Partido del Congreso, uno de los más poderosos de la India) y su marido, Robert Vadra. Javier Moro fue el primero en animarme a escribir una historia y construir una trama narrativa. Con el transcurso del tiempo nació esta novela biográfica.

La apasionante y desconocida vida íntima y personal de Amrita Sher-Gil es una historia épica, exótica, trágica, intensa, política y única en todos los sentidos. Está basada en gran parte en hechos reales, pero también contiene una dosis de ficción. Me he reservado en todo momento el derecho de apelar a la invención de personajes, diálogos y circunstancias. Lo que más me ha importado en la consecución de una atmósfera y en la creación de unos personajes basados en amigos y amantes que Amrita mencionó en sus diarios y en las correspondencias a su padre, es que fueran cobrando cuerpo y alma.

Consulté diarios personales, correspondencias, artículos, libros y me entrevisté con periodistas y con la única persona con vida que hasta entonces trató personalmente con Amrita, Khushwant Singh, que me cedió una serie de informaciones que supusieron un regalo en el cielo. Otras personas me aportaron asesoramiento, ayuda, experiencias e incluso me sirvieron como guías en los interminables pasillos y recovecos burocráticos y administrativos de la India: su contribución merecen mi gratitud. Les doy las gracias ahora anónimamente, que es como ellos las prefieren. Sería un descuido de mi parte no mencionarlo.

Tengo un recuerdo muy especial para el antiguo miembro del Parlamento de la India, periodista y escritor Khushwant Singh, que nos dejó en marzo del 2014 con 99 años; sin él no hubiera podido escribir este libro o, más bien, hubiera podido ser algo muy distinto. La mayor parte de toda la información obtenida durante los largos años que duró mi investigación, fue gracias a su ayuda y generosidad. Khushwant Singh era hasta entonces considerado la única persona viva que conoció y trató a Amrita Sher-Gil. Echaré de menos la disponibilidad y generosidad que me brindó durante los días que me contó sus recuerdos llenos de anécdotas y sobre todo el placer de su amistad. Fue él quien me dijo: “Alfredo, debes pensar que para la

época en la que le tocó vivir, Amrita era muy rebelde. Ella vivió por delante de su tiempo. Ella debería ser considerada como la Frida Kahlo de la India”. Esa frase quedó acuñada desde entonces, y posteriormente utilizada como reclamo por Suma de Letras-México en la publicación de una primera edición de esta novela. Lo dicho, su visión, amistad y extraordinaria dedicación a lo largo de mis muchas reuniones en su residencia de Sujan Singh Park en Nueva Delhi, se hicieron tan esenciales para este libro como sus personajes.

Quiero expresar mi profunda gratitud a Rahul Singh, hijo de Khushwant Singh, por su ayuda inestimable y hospitalidad; sus recomendaciones me abrieron muchas puertas durante mi investigación. A Vivan Sundaram por su paciencia, colaboración y compartir el archivo familiar. Mi más sentido agradecimiento al escritor Ashokamitran por su apoyo. Gracias a la Galería Nacional de Arte Moderno de Nueva Delhi.

En España, el autor desea expresar su agradecimiento a Nuria Ochoa por su fe e ingenio como lectora y consejera, ayudándome a pulir el manuscrito. A Pilar Fernández, que persiguió fallos y erratas con sus ojos de águila; cualquier error o fallo tipográfico recae sobre mis hombros. Mi agradecimiento quedaría incompleto si no incluyese a mi amigo Fernando Moreno y su incansable actividad para divulgar y compartir Arte y Cultura en fórums literarios y cinematográficos; con su ejemplo ha mejorado al autor.

Para mi amigo Ernest Seinfeld, superviviente de los campos de concentración nazis de Auschwitz y Dachau.

Aunque le arranques los pétalos, no quitarás belleza a la flor.
Rabindranath Tagore

Tendrás confianza porque hay esperanza,
mirarás alrededor de ti y dormirás con seguridad.
Job, 11, 18

Soy mi propia jefa. Pon eso en tu pipa y fúmatelo.
Greta Garbo en Anna Christie (1930)

Prólogo

por César Vidal

Me llegó una amable solicitud de tierras indias al objeto de que escribiera un prólogo para esta novela. Confieso que ese tipo de peticiones se encuentra entre las que me colocan en un serio compromiso que desearía eludir.

Por un lado, resulta obvio que no puedo atender a todos los ruegos —a los prólogos se suman la lectura de originales o incluso la colaboración—, por la sencilla razón de que su volumen me privaría de unas horas que me resultan preciosas.

Por otro, me encuentro con el problema nada sencillo de la calidad de la obra en cuestión. Asociar el propio nombre a un bodrio es circunstancia nada deseable y que yo evito como algunos huyen de la peste. Por todo esto, cuando Alfredo de Braganza me pidió que escribiera el prólogo para su libro me tenté la ropa.

Por supuesto, lo primero que le pedí fue examinar el original y le aclaré —procuro ser lo más justo posible con todos— que según viera la obra lo escribiría o, sintiéndolo mucho, rechazaría semejante posibilidad. Ahora puedo decir —estas líneas son una clara muestra— que leí la novela con interés y agrado creciente.

Alfredo de Braganza ha conseguido entretejer hasta lograr un artesonado recio de distintas historias poco conocidas, pero más que relevantes, relacionadas con la Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, se encuentra uno de los episodios más culpablemente ocultados en la historia de las atrocidades de la terrible conflagración. Me refiero al papel de la Iglesia católica, desde el mismo Vaticano hasta las órdenes religiosas, en el exterminio de judíos y cristianos no católicos que tuvo como escenario la antigua Yugoslavia.

Lejos de intentar reducir las atrocidades cometidas durante la ocupación, la Iglesia católica se sumó a ellas como parte activa y en no pocas ocasiones fue incluso más lejos en crueldad y vesania que los propios nazis. Fue esa matanza masiva y sistemática de serbios ortodoxos y de judíos —matanza en la que destacaron algunas órdenes religiosas como los franciscanos— la que explica muchas atrocidades de la posguerra, el papel de la Santa Sede cuando Yugoslavia comenzó a cuartearse tras la muerte de Tito y la espiral de exterminio despiadado en que se vio envuelta una nación creada tras la Primera Guerra Mundial y aniquilada al final de la Guerra Fría. Colocar el foco sobre personajes como el arzobispo Stepinac —siempre respaldado y protegido por el Vaticano—, Ante Pavelic —criminal de guerra que

encontró refugio en la España de Franco— o los sacerdotes genocidas es, sin duda, un riesgo, pero merece la gratitud de los que deseen conocer la historia de Europa como realmente fue y no como se cuenta —o se oculta— interesadamente.

No menos interesante que ese terrible episodio son las tramas en torno a un personaje tan fascinante como Noor-un-Nisa Inayat Khan.

Su figura nos permite acercarnos al mundo anticolonialista previo a la Segunda Guerra Mundial, pero también a un universo pespunteado por figuras de primerísimo orden, como Rabindranath Tagore, Isadora Duncan o Cole Porter, aquí mencionadas porque, efectivamente, fueron parte indispensable de un periodo de entreguerras convulso, aunque no exento de belleza.

Pero la extraordinaria Noor nos permite también —no deseo desvelar detalles— conocer el mundo de la Resistencia contra el invasor nazi.

A través de los capítulos de la novela, el lector se verá llevado de la India a las celdas de la Gestapo, de la Inglaterra enfrentada con Hitler a las escenas horribles del Holocausto, de las sacristías donde se fraguaba el crimen en masa a la esperanza de la libertad.

Con seguridad, al surcar estas páginas sufrirá, se angustiará, quedará impresionado por el horror, pero, a la vez, descubrirá un canto a la lucha contra la tiranía, a la fe en algo que sobrepasa a la muerte y al amor. No es, desde luego, poco. Y no les entretengo más. La novela les espera.

Prefacio

En la noche del 8 de julio de 1943, el arzobispo católico de Zagreb, Aloysius Viktor Stepinac, que antes de su actual cargo fue el obispo católico más joven del mundo, vio interrumpida la cena con sus hombres de confianza —líderes extremistas croatas muy influyentes en Yugoslavia— al recibir una llamada telefónica en la que se le comunicaba que un grupo de partisanos, junto con dos agentes británicos, habían sido arrestados cuando pretendían escapar a Francia con documentación comprometida para su persona: la incriminación de la Iglesia católica croata en las masacres que se estaban produciendo en el campo de concentración de Jasenovac.

En los documentos incautados aparecían nombres de testigos locales y se mencionaba la permisividad que el papa Pío XII le concedía, entre otros motivos porque el arzobispado había estado expoliando de Yugoslavia cantidades inmensas de oro que se enviaban a Roma.

Asimismo, en la documentación estaba escrito el nombre clave de una operadora de radio con la que pretendían reunirse en París para que transmitiese a Londres las coordenadas de la localización geográfica del campo de concentración, de cara a un posible bombardeo por parte de los aliados. La agente británica, operadora de radio del grupo de la Resistencia francesa Prosper, se llamaba Madeleine…

Capítulo 1

Dos guardias la escoltaban por el pasillo en dirección al despacho del intérprete y jefe de sección Karl-Maria Steinbrinck. Los duros suelos y las paredes desnudas hacían que los pasos resonaran como si estuvieran recorriendo el interior de una catedral.

Mientras caminaban por los angostos pasillos, escuchaba a lo lejos un constante griterío, así como llantos, golpes, portazos y más pisadas de botas. Ella aún experimentaba un tremendo temblor por todo el cuerpo que no podía ocultar. Su rostro era pálido y los ojos, oscuros y cansados por la falta de sueño, reflejaban su mirada ansiosa. El pelo, teñido de forma irregular debido al continuo cambio de color que se había aplicado durante los últimos días para evitar ser reconocida, era marrón claro. Tenía miedo y era consciente de que estaba dejando ver su debilidad. Intentaba controlar sus sentimientos, pero no lo conseguía.

Probablemente le quedaran algunos minutos de vida. Había oído hablar de las brutalidades que la Gestapo cometía en sus interrogatorios y no podía evitar que se exteriorizase su sensación de angustia por lo que pudiesen hacer con ella.

—Vamos a empezar. ¿Su nombre como agente clandestino? —preguntó Steinbrinck con voz tranquila y firme, de barítono, acostumbrada a dar órdenes; sujetaba una estilográfica sobre un documento.

El oficial alemán estaba cruzado de piernas mientras apoyaba un codo sobre la mesa. Observó a la joven prisionera al tiempo exhalaba muy despacio el humo de su cigarrillo.

—No diré nada, nada, ¡nada! —contestó subiendo el tono de voz, todavía temblando y con respiración profunda.

Era guapa, Steinbrinck se daba cuenta ahora. Ese estado de cólera le agrandaba sus ojos negros almendrados y le coloreaba las mejillas. Creía saber que su nombre real era Nora Baker, alias Madeleine. En el momento de su arresto recogieron una libreta llena de claves y mensajes, la misma que tantas veces sus compañeros le habían advertido del peligro de llevarla consigo a todas partes y le habían aconsejado destruir.

Los miembros de su grupo fueron detenidos uno tras otro y solo había quedado ella. Todos sus compañeros del circuito Prosper fueron capturados, interrogados y torturados hasta la muerte; unos fueron fusilados y otros enviados a campos de concentración en Alemania. Incluso aquellos cuya obsesión por la seguridad rayaba en la paranoia,

finalmente cayeron en emboscadas como fichas de dominó tras ser delatados por sus propios compañeros, quienes fueron sometidos a formas tan intensas de tortura que los métodos empleados por la Inquisición española no eran sino simples amonestaciones.

Todos los agentes de Prosper y la mayoría de los componentes de subgrupos de la Resistencia desaparecieron en tan solo un mes por las delaciones, incluso el jefe del grupo acabó cediendo y colaboró con los nazis. “En la guerra, cuando los jefes se equivocan, siempre muere gente”, pensó para sus adentros Steinbrinck.

Desde hacía días, el departamento de Steinbrinck y ella habían estado como el gato y el ratón por todo París. Aun siendo la menos experimentada de su grupo y por cuya supervivencia en la Francia ocupada Londres no había apostado ni una semana, sobrevivió porque era organizada, meticulosa, inflexible y reaccionaba con rapidez. Sin embargo, en Inglaterra habían desestimado sus posibilidades. Aquel ‘patito feo’, considerado una oveja de sacrificio con el fin de mantener la atención de la Gestapo en París mientras los aliados atacaban a los alemanes en otros frentes, se había convertido en felino.

Sabía todos los nombres y todas las direcciones de los miembros de la Resistencia francesa que dieron apoyo al circuito británico Prosper. Ella no pudo destruir su libreta porque tenía numerosos códigos apuntados que necesitaba para transmitir sus mensajes a Inglaterra. Además, en el momento de su detención, estaba esperando el mensaje de un agente clandestino procedente de Yugoslavia, conocido con el seudónimo de Buckthorn.

Steinbrinck quería ganar tiempo para conocer a la prisionera y estudiar cómo conseguir que hablase antes de presentarla en el sótano del edificio, antes de la agonía de la tortura. Su meta era que una célula lo condujera a otra y así, en cadena, causar irreparables daños a la Resistencia y sus circuitos de agentes británicos que operaban en suelo francés. Una vez conseguido su propósito, sería como matar ratones dentro de un agujero utilizando una escopeta.

Era indudable que la prisionera tenía información privilegiada y el mero hecho de que fuera una mujer siempre era muy útil. Normalmente se desmoronaban, hipaban, sollozaban, murmuraban palabras ininteligibles, pero enseguida se ponían a hablar y hablar sin parar, tan solo interrumpidas por sus tartamudeos y su nerviosismo al estar muertas de miedo; daban detalles nimios e incluso muy precisos pensando que así saldrían con vida de la infame avenida Foch.

Ningún individuo soportaba el dolor eternamente aunque, por desgracia, durante el tiempo de detención e interrogatorio no había nada garantizado. Steinbrinck había visto cómo prisioneros curtidos por el sol, que parecían sacados del pueblo más rural del interior de Francia, estaban lo bastante bien preparados como para inventarse

mentiras imposibles de descubrir. También tenía mucha experiencia con agentes extranjeros a quienes se les ocurrían ingeniosas formas de cometer suicidio cuando la tortura empezaba a resultarles imposible. Pero con Noor era diferente. Aquella mujer daba una imagen de sofisticación exótica en su modo de expresarse y encontraba inusual su movimiento corporal. Su acento al hablar francés resultaba musical, dulce y armonioso a los oídos. Por mucho que se esforzaba, no adivinaba el lugar de donde provenía esa persona. Daba gusto escucharla hablar aunque sus palabras fuesen parcas. Si la audacia de la prisionera era tan exquisita que había evitado ser arrestada desde hacía días, quería decir que aquella joven estaba realmente entrenada y, de forma premeditada, podía dar información falsa en caso de ser detenida por la Gestapo. Si había sido así, cuando la tortura la doblegara, todo lo que dijera formaría parte de un engaño perfectamente planeado por Londres.

—Quiero saber con quién trabajaba, quiero saber quién le conseguía los apartamentos desocupados para transmitir por radio y con quién se reunía usted a diario —dijo Steinbrinck de manera paciente mientras apagaba el cigarrillo en un grueso cenicero de cristal lleno de colillas.

De pie en medio del despacho, guardó silencio y miró en dirección a la ventana. Steinbrinck la observaba con asombro de arriba abajo mientras vaciaba el cenicero en una papelera situada a sus pies. Sin duda, era alguien especial, pensó. Su aspecto era singular. Nunca había visto una agente británica con ese color de piel, ni mucho menos con ese carácter.

—¿Su nombre? –inquirió de nuevo señalándole con la estilográfica.

—Reden ist silber, schweigen ist gold[1] —dijo de súbito en alemán, ante la sorpresa de Steinbrinck y del soldado de élite de las SS que se encontraba a su izquierda y que dio un respingo al oírla hablar tan correctamente en su idioma materno.

—¡Ufff! Vaya con la madame…—dijo Steinbrinck, soltando la estilográfica sobre el tablero de la mesa, poniéndose un nuevo cigarrillo en la comisura de los labios y reclinándose hacia atrás. Soltó un suspiro y sonrió satisfecho por el conocimiento de la prisionera—. Es usted una mujer de muchos talentos. Su pronunciación es muy buena. De hecho, ese acento alemán es de Frankfurt, quizá de la ciudad de la que procede su profesor de idiomas en la escuela de entrenamiento en Inglaterra, ¿no es así? Bueno, es inútil que guarde silencio acerca de la Resistencia. Por lo pronto no podrá delatar a ningún compañero, como sabe usted… Todos han sido arrestados. Usted es el último miembro del grupo.

De pie frente al escritorio del oficial alemán, no podía ocultar su nerviosismo, que se evidenciaba por el temblor de su cuerpo. Llevaba

un vestido que había perdido el color y la forma de tanto lavarlo a mano con pastillas de jabón barato durante los últimos días. La solapa izquierda de la blusa estaba manchada de sangre ya seca y desde donde se hallaba sentado el oficial alemán se percibía incluso el fuerte olor a orín que desprendía su ropa sucia.

—Tenemos a un agente doble en Baker Street —añadió Steinbrinck inclinándose y poniendo un fichero encima de su mesa—. Su jefe, el encargado de la sección F, nombre que recibe el departamento británico dedicado a Francia, se llama Selwyn Jepson y lo han entrenado en Beaulieu, en Hampshire. También sabemos que ha recibido entrenamiento de paracaidismo en Manchester. Mire, estas son fotografías del campo donde entrena —dijo, y le mostró una imagen aérea de gran tamaño—. Como verá, lo sabemos todo. No le estoy pidiendo que nos revele nada. De hecho sabemos que se hace llamar Nora Baker y que su alias en la Resistencia es Madeleine. Quiero que admita que tiene usted conocimiento sobre la Resistencia dándome datos precisos, como nombres y direcciones, para que nosotros podamos verificarlos. Esto es todo.

Aquí cometió un error: ella nunca recibió tal entrenamiento en Manchester, sino en Escocia. Según las técnicas de interrogatorio que había aprendido durante su preparación como agente operativo, Steinbrinck intentaba ganarse sus simpatías al decir que conocía todo sobre su organización. Estaba siendo persuasivo con la prisionera. Su desliz era de manual básico y el alemán se comportaba de forma muy ingenua con ella.

Aunque transcurrieron solo unos segundos, el silencio de la joven hizo que Steinbrinck se diera cuenta de que, aun muerta de miedo, iba a ser muy difícil conseguir información de aquella extraña joven sin utilizar medios de tortura física. Así lo decía su larga experiencia con prisioneros, quienes al mínimo contacto y dominados por el miedo habían dicho todo cuanto quería. Pero ella era diferente. Leyó en su cara que se dejaría matar antes que decirles algo, por nimio que fuera. Se acordó de que en el momento de su detención prefirió morir matando y que después, cuando no tuvo escapatoria, fue directamente a por la pistola en vez de tragarse la píldora de cianuro que, a diferencia de los partisanos franceses, los agentes británicos llevaban consigo en caso de arresto.

Los prisioneros siempre acababan hablando. No había conocido a uno que no lo hubiese hecho. A veces, con los más tercos, la Gestapo había perdido la paciencia y en el sótano, en un exceso de adrenalina y entusiasmo, los habían matado. Pero su jefe, Otto Kramer, esperaba que él consiguiese la información de manera más persuasiva antes de mandarlos abajo donde, decididos a obtener resultados, los agentes podían hacer que la persona más firme y entrenada traicionara a sus

mejores camaradas.

La arrestaron el día anterior; una conocida suya la traicionó. Habían estado buscando a la escurridiza agente Madeleine por todo París. Su habilidad para cambiar de apariencia y de sitio al transmitir mensajes con su radio les impidió dar con ella antes. “Como siempre, el enemigo suele estar dentro”, pensó Steinbrinck, y tuvo que ser uno de los suyos quien la delatara. Por fin había dado con la agente británica más buscada durante los últimos días y ahora tenía todo el tiempo que quisiese para hacerla hablar.

Todo ocurrió cuando la furgoneta, con un letrero en ambos costados que decía “Blanchisserie Dauphin”[2] y que recorría con sigilo las calles para captar señales de transmisiones, confirmó la dirección que les habían dado con antelación, tras el chivatazo de que Noor transmitiría por radio desde ahí. Alertaron a Steinbrinck —que iba detrás en otro vehículo— en el momento en que captaron la señal y cuando esta aumentó de intensidad, justo en el instante en que se acercaron al edificio. Pasaron los minutos. El silencio fue absoluto. Fumaban con nerviosismo cuando el receptor soltó un pitido agudo. Un hombre forzudo de la Gestapo que ocupaba el asiento delantero llevaba un grueso mazo sobre las rodillas por si había que reventar alguna puerta. Dieron la vuelta a la esquina con rapidez y aparcaron el coche frente a la entrada principal. Cuando él y los soldados irrumpieron de golpe en el apartamento, ella intentó ir por un Colt automático calibre 45 que se encontraba en el cajón de la cómoda, pero no tuvo éxito. Sobre ella cayeron dos soldados que intentaron inmovilizarla en el suelo. No se dejaba agarrar; con fiereza mordió profundamente la mano de uno y otro mientras gritaba y pegaba patadas de manera histérica.

Steinbrinck miró el espectáculo tranquilamente: se sentó en la cama, se cruzó de piernas, abrió su pitillera y encendió un cigarrillo. Observó el comportamiento de la joven, que reaccionó como un animal salvaje, como una tigresa que se resiste a ser llevada al zoológico y da zarpazos y mordiscos a sus atacantes para no ser apresada. Cansado de tantos gritos y viendo que el forcejeo no cesaba, dio un golpe sonoro con la palma de la mano sobre la mesita de noche. El soldado Teichmann, de las SS, entendió de inmediato lo que su superior le mandaba hacer: le pegó un bofetón tan fuerte que la hizo caer sobre una mesita de madera y la dejó tiesa como un clavo.

Steinbrinck escuchó algo pesado que se balanceó dentro del mueble: abrió el cajón, introdujo su mano y esbozó una sonrisa cuando sacó una granada de mano Mills No. 36M.

—Mira qué preciosidades se encuentran en este pequeño apartamento —dijo. Steinbrinck mantuvo su gesto irónico mientras mostraba a los presentes el artefacto explosivo.

La pusieron de pie con las muñecas atadas a la espalda. El cabello le caía sobre la cara y su nariz sangraba a borbotones.

Ahora, un día después de su detención, la veía de pie frente a él en su despacho. Esa misma fiereza que mostró cuando luchó con los soldados en el suelo estaba aún latente y sabía por experiencia propia que no se calmaría. Tendría que utilizar otros métodos. De momento, encontró inútil seguir interrogándola.

—Fuera. Llévensela de vuelta a su celda —ordenó tranquilamente mientras se reclinaba hacia atrás.

Los pesados sonidos de las botas de los soldados que la custodiaban se hicieron oír de nuevo por el pasillo, como si fueran martillos golpeados contra las losas del suelo de mármol del edificio —por su aspecto, daba la impresión de haber sido construido para las personas más influyentes y ricas del mundo— ubicado en el número 84 de la avenida Foch.

Tras su arresto en aquel apartamento desocupado, la transportaron en un Citroën Traction Avant negro, de los que la Gestapo solía usar en Francia, hasta aquel edificio elegante de cinco plantas rematadas por un tejado alto lleno de buhardillas que habían escogido como cuartel general. En la cuarta planta estaba la oficina del Waffen-SS Sturmbannführer, líder de la unidad de asalto, Otto Kramer, la máxima autoridad del servicio de inteligencia durante la ocupación nazi en Francia. En un piso superior se encontraban el despacho de Steinbrinck, además de una habitación para los centinelas, un lavabo, una habitación con baño y, a ambos lados de un largo pasillo, miniceldas para los prisioneros. A primera vista, debido a su escaso tamaño, aquellos cubículos parecían estar destinados a albergar animales y no a personas. En las demás plantas estaban las centralitas y operadores de radio. En el sótano había salas de tortura y todos los sistemas de telefonía automática y amplificadores imprescindibles para líneas de larga distancia. Los edificios colindantes, los números 82 y 86, estaban ocupados por el servicio de inteligencia, los Sicherheitsdienst des Reichsführers-SS (SD), y también por la Gestapo.

La avenida daba nombre al mariscal de campo francés y comandante en jefe de los ejércitos aliados durante la Primera Guerra Mundial, Ferdinand Foch, que aceptó la rendición alemana en 1918. Vengándose de aquella derrota, Hitler eligió simbólicamente aquellos edificios como cuartel general para la Gestapo. Pronto, a oídos de los parisienses, se convirtió en un lugar infame, pues si una persona era llevada a la avenida Foch significaba su tortura y desaparición.

En su solitario confinamiento en aquella sucia celda, la joven prisionera recordó la anécdota que le contó su padre cuando era niña sobre su pariente lejano el sultán Fateh Ali Tipu, más conocido como el Tigre de Mysore y por su abreviación, Sultán Tipu. Este fue de caza

al bosque con un amigo francés. Se adentraron en un lugar lleno de tigres. Después de que los rastreadores avistaran a uno, Tipu se bajó del elefante y caminó solo al frente para mostrar su valentía. Se topó cara a cara con aquel felino salvaje. Su fusil no funcionó y se dio cuenta de que, debido a su nerviosismo, había dejado caer su daga al suelo a pocos metros de donde estaba el tigre. En el momento en que el animal saltó sobre él, de inmediato pegó un brinco, rodó sobre la tierra, alcanzó la daga y la clavó con fiereza una y otra vez en el cuerpo del animal hasta quedar exhausto. Por ello, el sultán tenía la imagen de un tigre en su bandera.

Rezó más que nunca para que su padre y su valeroso antepasado indio le diesen fuerzas. Por ahora ella creía que solo sabían que se hacía llamar Nora Baker, alias Madeleine, y que nadie conocía que su verdadero nombre era Noor y que era una princesa india descendiente del famoso Sultán Tipu del siglo xviii. No tardaría mucho en darse cuenta de lo equivocada que estaba.

Capítulo 2

Nació en el monasterio Vusoko Petrovsky de Moscú el primer día de enero de 1914. La llamaron Noor-un-Nisa Inayat Khan. Su madre, de nacionalidad estadounidense, se llamaba Ora Ray Baker (sobrina de Mary Baker Eddy, fundadora de la Ciencia Cristiana en Estados Unidos), y su padre, nacido en la India, Inayat Khan.

Inayat Khan era un devoto sufí, fundador del movimiento Sufismo Universal, prédica que deseaba transmitir amor, paz, armonía y libertad espirituales a Occidente y que estaba en contra de que otra religión interfiriese con su mensaje. Él era descendiente del sultán del reino de Mysore, llamado Sultán Tipu, miembro fundador del grupo de los jacobinos en Francia. El reinado de este gobernante acabó tras ser derrotado por los británicos en la India del siglo xviii, donde convergían los intereses de las economías expansionistas europeas y que era territorio disputado por daneses, holandeses, mogoles, franceses e ingleses. Desde entonces, los supervivientes de la familia real vivieron en el exilio y se asentaron en la región de Guyarat, en el norte de la India, donde nació el padre de Noor.

Desde muy joven, Inayat Khan divulgó la música tradicional folclórica, a la que consideraba el mejor camino para el desarrollo espiritual, e incluso introdujo en ella técnicas tradicionales de meditación. Debido a su influencia de la filosofía vedanta, Inayat Khan creía en la tolerancia religiosa, en buena medida inspirado por la tradición mogola en la que los creyentes, especialmente hindúes y musulmanes, podían vencer sus diferencias en pos de lograr la unidad espiritual.

Siguiendo las directrices de sus maestros, que le aconsejaron combinar los ritmos tradicionales y la filosofía sufí para que hubiera un mejor entendimiento entre el este y el oeste, viajó a Estados Unidos junto a un grupo de familiares músicos que se hicieron llamar los Músicos Reales del Indostán. Ofrecieron conciertos en la Universidad de Columbia y diversas ciudades del país. Durante su estancia en California, dio conferencias en la escuela Ramakrishna de San Francisco, donde conoció a su futura esposa, una joven rubia llamada Ora Ray Baker. Ambos quedaron cautivados por el amor, aunque sus familias desaprobaron la relación. El grupo de Inayat Khan lo apremió para viajar de vuelta a Europa y, antes de partir con destino a Inglaterra, le hizo saber a su joven prometida que la llevaría con él una vez que se hubiese instalado.

En Inglaterra, los Músicos Reales del Indostán no recibieron una

calurosa recepción y, en septiembre de 1912, decidieron viajar a Francia pensando que en ese país la música tradicional india tendría una mejor aceptación. No se equivocaron: fascinados por todo lo oriental, los parisienses pronto dejaron sin respiro a los músicos, quienes dieron conferencias y charlas sobre sufismo y conciertos por toda la ciudad. Incluso la famosa bailarina Mata Hari los contrató como parte de su grupo musical, presentándolos como "mon orchestre". Durante aquella estancia en París, Inayat Khan entabló amistad con numerosos miembros del mundo cultural, como el actor Lucien Guitry, la actriz Sarah Bernhardt, el escultor Auguste Rodin, el escritor y compositor Edmond Bailly, la bailarina Isadora Duncan y el músico Claude Debussy.

Con el paso del tiempo decidió romper con el grupo e ir al encuentro de su prometida. Se reunieron en Inglaterra, donde contrajeron matrimonio civil. En aquellos días, por decisión propia, Ora Ray Baker rompió toda relación con su familia norteamericana, la cual se oponía a aceptar a aquel príncipe indio sin reinado y músico itinerante. Además, se cambió el nombre por Amina Shrada Begum y decidió llevar a partir de entonces ropa tradicional india, haciendo del sari su vestimenta principal.

En Londres, Inayat Khan solía reunirse por las mañanas con gente influyente en la cultura, la política y la vida social, y por las tardes daba conciertos con su instrumento musical de madera llamado veena, uno de los más antiguos de la India y algo más grande que el sitar. Desde Moscú recibió una invitación para tocar música clásica india en un local nocturno llamado Maxim's. Una vez ahí, se sintió cautivado por el mundo cultural de Rusia, país que quedó encantado por sus recitales y sus conferencias sobre sufismo. Hizo amistad con Sergei Tolstoi, hijo del novelista León Tolstoi, quien se convirtió en el representante de la sección musical de la orden sufí en Moscú, donde convivían el lujo sofisticado y la pobreza extrema, tal y como sucedía en la India colonial, llena de extravagantes maharajás. Por mediación de su amigo Sergei Tolstoi conoció al zar Nicolás II e incluso al místico Rasputín.

Noor nació en el monasterio Vusoko Petrovsky, situado a escasa distancia del Kremlin. Su madre quedó horrorizada cuando vio que la enfermera daba de beber café negro a la recién nacida y la masajeaba con un cepillo de pelo duro. Pero más allá de eso, amigos y conocidos les visitaron ofreciéndoles cantos y música. En cambio, en la calle, el espectáculo no era tan alegre ni festivo. La violenta atmósfera social estaba en ebullición: comunistas y anarquistas alentaban una revolución contra el zar. Debido a su conocida amistad con Nicolás II, viendo que corrían peligro y aconsejados por sus amistades, decidieron viajar a Francia, pero tras el estallido de la Primera Guerra

Mundial, el patriarca decidió que debían mudarse a Inglaterra, donde pasaron los siguientes seis años.

En Londres, al contrario que en Moscú, Inayat Khan se sintió decepcionado porque no encontró ningún local al que acudiera una gran afluencia de público para escucharlo. Los efectos de la Gran Guerra hacían cada vez más difícil el sustento de su familia. Incluso los prejuicios imperantes en la sociedad inglesa por los matrimonios mixtos entre una mujer blanca y un hombre de origen indio con piel cetrina, llevaron a la madre de Noor a desprenderse de vez en cuando de su vestimenta india para no llamar la atención en la calle. La familia sobrevivía a diario con una ración de arroz y lentejas, hubo días que tan solo una barra de pan era la única comida que había encima de la mesa.

Aun así, Inayat Khan tocó durante una recepción al líder de la independencia de la India, Mahatma Gandhi, a quien, según testigos presenciales de la época, se le derramaron lágrimas por las mejillas al escucharlo tocar la veena con tan profunda devoción. También ofreció numerosos conciertos de caridad a los soldados indios hospitalizados, un gesto que llevó al gobierno británico a sospechar de él y a considerarlo un artista promotor de la independencia y, por tanto, un posible criminal al que había que vigilar. Un día, tras un recital en un hospital ante cientos de soldados de origen indio, llevado por su entusiasmo, empezó a cantar canciones patrióticas de su país ante el júbilo de los enfermos y heridos, lo cual provocó que los británicos le prohibieran celebrar más conciertos en público.

En junio de 1916, nació en Londres el hermano de Noor, a quien llamaron Vilayat. Desde la infancia, estuvieron siempre unidos. Cuando no podían dormir, su padre cantaba y tocaba su instrumento, que pronto les enseñó a interpretar. Según él, a ninguna persona se le debía despertar de su sueño súbitamente por lo que, pensando en el efecto que la música tiene en la psique y en la salud de las personas en general, Inayat despertaba a sus hijos por las mañanas con suaves cánticos en sánscrito.

La constante situación de angustia, pobreza, muerte y demás efectos que implicaba aquella guerra mundial, llevó a Inayat Khan a convertirse en conferenciante. Empezó a dar aliento a los más desfavorecidos y necesitados, se centró en hablar con la gente sobre el significado de la muerte, la meditación y el rezo. Personas que buscaban paz interior y respuestas espirituales que les ayudaran a seguir viviendo durante aquellos días de guerra se convirtieron en su público, que gradualmente fue aumentando en número.

Noor y su hermano vivían en un apartamento abierto de par en par a todo visitante. La casa siempre estaba llena de gente, de estudiantes, músicos, discípulos y curiosos que deseaban aprender sufismo o

cualquier filosofía hindú. Noor jugaba en el jardín y los visitantes sonreían al verla hablar con amigas imaginarias; ella les decía que jugaba con sus queridas amigas las hadas. Un día, una niña del vecindario se encaró con ella, argumentando que Santa Claus no existía, que los regalos los ponían los padres y que las hadas eran una mentira, por lo que, para ella, Noor solo pretendía hablar consigo misma. Tras preguntar a su padre sobre la existencia de sus amigas las hadas y de Santa Claus, este frunció levemente el ceño y permaneció inmóvil, pensativo. Sintió por su hija una suerte de lejana compasión y se dijo para sí: "¡Qué cosas tiene esta criatura!". Finalmente exclamó:

—Cuando existe algo en la imaginación de cualquier persona, ten por seguro que hay un lugar donde su existencia es real.

Aunque aún era muy joven para comprender el significado de tales palabras, Noor sabía que su padre le había pregonado una sabia sentencia que debía ser positiva y se marchaba tan feliz como satisfecha, porque él le había asegurado que las hadas de verdad sí existían y estaban ahí, con ella.

* * *

Sentada en el suelo junto a la pared de la húmeda celda del edificio número 84 de la avenida Foch, sonreía amargamente al recordar la figura de su padre, fallecido cuando ella apenas era una adolescente.

Recordó a sus compañeros de la Resistencia, que habían sido detenidos y posteriormente habían desaparecido, quizá muertos después de intensas torturas o enviados a campos de trabajo forzado. Pensó en sus familias, martirizadas por la angustia y el dolor de no saber dónde estaban o qué trabajo realizaban, y que nunca sabrían cómo murieron, tal vez en el más completo anonimato y con nombres clave, lejos de casa, de los suyos.

Se prometió que su sacrificio no sería en vano.

No colaboraría con la Gestapo.

Arrellanándose en la gélida pared, cerró los ojos y comenzó a musitar un canto védico como herramienta de meditación. El poder del sonido resonaba en todo su cuerpo, fortaleciendo su habilidad física, mental y emocional.

Capítulo 3

Karl-Maria Steinbrinck nació en Suiza, en el seno de una familia humilde. Sus padres eran inmigrantes procedentes de Hannover. Cuando cumplió trece años, se mudaron a Berlín. Su padre regentaba una panadería y el joven Steinbrinck trabajó desde su adolescencia como mensajero. Para financiarse sus estudios, hizo de camarero horas extras en una popular cervecería. Después de estudiar medicina, su familia vio con espanto que se convirtiera en policía, algo poco habitual entre los jóvenes universitarios de entonces, pero él sabía que tenía talento, tal y como comprobaron en el departamento de investigación criminal de la policía de Berlín.

Al comienzo de la guerra, un impulso lo llevó a alistarse en el ejército y, por su experiencia policial, fue reclutado para realizar contraespionaje militar. Desde 1940 fue auxiliar civil, traductor e intérprete para la Gestapo: hablaba inglés con fluidez; alemán, español, italiano y francés a la perfección. De este modo, le encomendaron interrogar a los prisioneros en la avenida Foch. Al principio sentía un orgullo inmenso por su trabajo, ya que pensaba que ayudaba a su país, pero pronto sintió asco y repugnancia cuando vio a su jefe, Otto Kramer, torturar despiadadamente, una y otra vez, a hombres, mujeres, adolescentes e incluso ancianos que poco, o más bien nada, sabían sobre la Resistencia y que solo le servían como instrumentos de desahogo para satisfacer su mente enferma.

De entradas pronunciadas, llevaba el pelo castaño aplastado contra el cráneo y tenía las mejillas marcadas por cicatrices de acné. La boca era pequeña y mantenía los labios muy apretados, tensos. Evitaba siempre recurrir a la violencia. Sabía que las personas se encontraban muertas de miedo por el simple hecho de estar detenidas por la Gestapo en aquella dirección infame. Si tenía que alzar la voz, lo hacía frente a algún obstinado prisionero que pretendía ser agresivo, pero nunca, ni con las personas más reacias a hablar, recurría a la tortura física.

Era un hombre discreto en la avenida Foch, aunque decidido. Disfrutaba de su posición porque le permitía mirar a los demás por encima del hombro, tanto a los parisinos como a sus propios compatriotas. No le gustaban ni las sorpresas ni las decisiones tomadas a la ligera; más bien analizaba, estudiaba y entonces actuaba. Prefería persuadir a las personas antes de que su jefe las hiciese llamar y las llevaran al sótano, donde el despiadado sargento Hermann Grimminger literalmente las machacaba en la habitación destinada a

las torturas. Muchas veces Steinbrinck había tenido éxito, sobre todo cuando los prisioneros habían 'cantado' información trascendental, y por este motivo había sido felicitado, ascendido en la Gestapo y hasta condecorado por el mismísimo Himmler. En cambio, en otras ocasiones, los miembros de la Resistencia mejor entrenados no le revelaron nada y, a su pesar, fueron llevados de inmediato al sádico Kramer, quien hacía desaparecer los cuerpos poco después.

Steinbrinck era uno de los no pocos alemanes que pensaba que el Führer había cometido una gran estupidez en Stalingrado, cuando el ejército sufrió una de sus mayores derrotas y donde hubo cientos de miles de muertos y unos noventa mil prisioneros alemanes, incluyendo numerosos generales.

En alguna ocasión cometió la imprudencia de expresarle a su amante francesa en privado, tras una noche llena de alcohol y de frenesí sexual sin límites, algo al respecto.

—No deja de meter la pata una y otra vez. Que él siga vivo es un problema para Alemania. Podríamos haber ganado esta maldita guerra en el 40, en Dunquerque, aplastando a los aliados durante su llamada Operación Dinamo. Pero no, con sus malas decisiones el Führer no dio su permiso para que los Panzers rodaran por la playa. Allí hubiésemos humillado a las tropas aliadas. Hitler no deja de resbalar una vez tras otra.

—Te entiendo, mon chéri… —dijo su amante apoyada en la cabecera de la cama, desnuda de cintura para arriba, con una mano sosteniendo un cigarrillo y con la otra una copa de champán—. Bien sûr, cualquier persona con sentido común lo comprendería.

El primer día de su llegada a la avenida Foch, el Sturmbannführer Otto Kramer le soltó la siguiente arenga en su despacho:

—¿Usted sabe cuál es nuestro cometido en este edificio y lo que las SS esperan de su trabajo? Aquí estamos porque el Reichsführer Heinrich Himmler nos ha encomendado esta misión. No consideramos a los prisioneros de este edificio hombres como nosotros. Ellos son una raza inferior, de segunda clase, son cerdos, animales, y no es nuestro cometido tratarlos de modo humano. Desde el Tratado de Versalles hemos aguantado su criminal naturaleza, pero ahora nosotros tenemos el poder. Tenga en cuenta que si esos cerdos de la Resistencia y agentes británicos operando aquí en Francia nos hubiesen sometido, nos habrían cortado a todos la cabeza, no le quepa duda. Por ello no debemos tener miramientos. Ellos son terroristas, que no se le olvide. Ellos no hacen prisioneros: atrapan a un francés que colabora con nosotros y lo ejecutan sin miramientos. Repito, son terroristas sin escrúpulos que han elegido vivir en constante peligro. Y si usted es incapaz de infligir un castigo corporal a una persona y piensa que le puede sonsacar información sin la utilización de una buena golpiza,

allá usted; yo quiero resultados. Si no consigue obtener ninguna información relevante, me los envía abajo de inmediato. Cuantos más de esos perros matemos, menos tendremos que alimentar en este edificio.

Una vez, ante la cruel tortura que el ayudante de su jefe, el sargento Grimminger, aplicaba a un prisionero que no era más que un adolescente detenido por participar en un sabotaje contra un cuartel militar alemán, no pudo evitar intervenir.

—¡Herr Kramer! —gritó desesperado al no soportar un segundo más los espantosos gritos del chico—. Debo protestar. No tenemos pruebas acusatorias contra este niño.

—¡Póngase firme cuando hable conmigo! —le ordenó.

Steinbrinck hizo lo que se le ordenaba y por sus venas volvió a borbotear la exigente disciplina de hierro de las SS.

—Usted hizo un juramento al unirse a las SS y juró obediencia a Himmler y a quienes fueran nombrados para mandarle. No me equivoco, ¿verdad?

—Jawohl, herr Sturmbannführer.

—Muy bien —dijo Kramer muy enfadado y moviendo ligeramente la cabeza de arriba abajo—. Me gusta que no se haya olvidado. Que no se lo tenga que volver a recordar porque las consecuencias podrían ser desastrosas.

Tras hacer en el aire un gesto con el índice hacia el sargento Grimminger, este dejó caer la porra con tanta fuerza sobre la cabeza del joven que lo mató al instante.

Capítulo 4

Noor tuvo un sueño: hablaba con un hombre armado que pertenecía a la odiada milicia francesa, aliada de los nazis. El hombre la paraba en la calle y le preguntaba por sus documentos de identidad. Ella se mostraba amigable y le enseñaba sus papeles, pendiente de no cometer errores que pudieran delatarla. El miliciano no dejaba de hablar; ella, temblando, contestaba una a una a sus preguntas: qué llevaba dentro de la maleta, cuál era el motivo de su viaje a París, cuál era la dirección de sus familiares, si era judía... De repente, se dio cuenta de que se expresaba en inglés, de que había contestado a todas sus preguntas en ese idioma y no en francés, por lo que esperaba que la detuviera en cualquier momento. No sabía si echar a correr. El miliciano sonrió con aspecto macabro y tocó un silbato para llamar la atención de sus compañeros. Todos la apuntaron con sus fusiles. De pronto se vio junto a una enorme pared de ladrillos. Frente a ella se encontraba una columna de fusilamiento que le apuntaba, dispuesta a dispararle.

Se despertó súbitamente tras abrirse la pesada puerta de su celda. Los guardias la llevaron de vuelta al despacho de Steinbrinck.

Noor se fijó en los bellos muebles de la oficina y en la espectacular lámpara chandelier que colgaba del alto techo. Las cortinas estaban recogidas y en la habitación entraba una abundante luz resplandeciente. Sentía una sensación de placer al pisar la alfombra de hilo fino, probablemente proveniente de algún país musulmán, quizá de Persia. Recordó que cuando era niña habían tenido una alfombra parecida en la casa familiar. Respiró y cerró los ojos intentando recordar el olor y el aire puro de los parques de París, el sonido de las hojas secas al pisarlas y el canturreo de los pájaros. Hizo memoria de cómo sonaba el arpa cuando la tocaba acompañando a su profesora, Henriette Rénie, en recitales públicos en aquellos parques. Recordó a su hermano y sus largas caminatas por el zoológico de Londres, durante las cuales hablaban sobre lo que harían en el futuro, cuando la guerra hubiese terminado; ella expresó su deseo de tener hijos y formar una familia. ¿Sería posible ahora? ¿Moriría asesinada de la forma más cruel? ¿Volvería a Inglaterra, donde su madre vivía sola en un apartamento? Ni su hermano, ni su madre, ni sus amigos ni sus conocidos sabían su paradero y menos aún que era agente británica del Special Operations Executive, mejor conocido por sus siglas como SOE.

A Steinbrinck se le veían grandes bolsas oscuras bajo los ojos.

Durante los últimos días no había dormido bien debido al incesante arresto de los numerosos miembros de la Resistencia francesa asociados al circuito Prosper. Su cerebro metódico no lo había dotado con la capacidad necesaria para apuntar y apretar el gatillo de una pistola al rostro de una persona, menos aún golpearla con un garrote. Por este motivo, Steinbrinck era consciente de que, durante el interrogatorio a un prisionero, la Gestapo requería una persona con su experiencia para distinguir la diferencia entre la desinformación y la verdad. Tenía que obtener de Noor información relevante y para eso debía actuar diligentemente, pasar la arena por el cedazo hasta encontrar las pepitas de oro.

La experiencia le había enseñado a leer las emociones de los demás. Vio caminar a muchas mujeres hermosas prisioneras en la avenida Foch, pero muy pocas con la gracia y el estilo de aquella joven de piel color miel, marrón o morena, no sabría decirlo, que parecía cambiar de tono según la intensidad de la luz. Sus ojos negros tenían reflejos dorados que parecían brillar ¿Quizás habría llorado en la celda? Reclinado detrás de su mesa, percibía su hedionda vestimenta, su respiración y el ritmo irregular de su corazón. Consciente de sus sentimientos, la hizo volver a la realidad.

—No sea tan obstinada. Como le dije, sabemos que su nombre oficial es Nora Baker, alias Madeleine —dijo el alemán mirándola fijamente—. Desconozco su procedencia. Su acento francés es excepcional y, como he podido darme cuenta, también su alemán. Quizá provenga usted de alguna colonia inglesa, ya lo sabremos. De momento quiero que me diga sus contactos con la Resistencia aquí, en París. Quiero saber quién proporciona los apartamentos desocupados desde donde transmitía a Inglaterra. —Steinbrinck mantenía el cuerpo de perfil, como un luchador de esgrima mirando a su oponente por encima del hombro. Levantó el brazo y, apuntando el índice como un florete, continuó—: No es necesario que nos pongamos nerviosos, pero es la segunda vez que se lo pregunto. Usted sabe perfectamente que la Gestapo tiene medios más persuasivos para hacerle hablar y quiero evitarle esa amarga experiencia.

Noor cerró los ojos, tenía que aguzar su ingenio para sortear el interrogatorio. A veces, el propio temor da osadía, pero dudar y pensar demasiado era peligroso en su situación porque el miedo podía llegar a paralizarla. Sabía que el antídoto contra eso era la acción. “Tengo que evitar la compasión”, pensó. No podía controlar el ligero temblor de la mandíbula. El miedo le causaba una perturbación angustiosa. “No le des el placer de ver tu miedo, Noor. No seas estúpida. ¡Maldita sea, deja de temblar!”. Abrió los ojos.

—Necesito ir al baño —balbuceó, temblando al hablar por temor a lo que le pudiese ocurrir de un momento a otro.

Los dos soldados que la custodiaban se miraron. Uno de ellos alzó las cejas, dando a entender que aquella persona era un caso perdido, mientras que el otro hizo una mueca y un ademán e inclinó levemente la cabeza, pensando que ya habían sido bastante pacientes con la prisionera y que era hora de utilizar medios más eficaces.

—Quiero, quiero… quiero lavarme —volvió a decir con síntomas de nerviosismo.

Steinbrinck estaba sorprendido con las reacciones de la joven. Le resultaba un caso singular. Nunca había sentido tanta paciencia con un prisionero y mucho menos con una mujer. Anteriormente nadie, absolutamente nadie, le había pedido lavarse, porque estaban más preocupados por conservar la vida —debido al pánico que les causaba saber que iban a ser torturados— que asear el cuerpo o sentirse sucios por haberse orinado en la ropa.

—De acuerdo —sentenció Steinbrinck con un aire de suspicacia. Su boca pequeña esbozó una sonrisa fría. Era obvio que el alemán disfrutaba con el azoramiento de su prisionera—. Oler menos no cambiará en nada su destino.

Acto seguido, ordenó a los guardias en alemán que la llevasen al aseo situado en el pasillo.

Los soldados la empujaron hacia dentro. Había un lavabo, una ducha pequeña y, en lo alto, una ventana.

—No, no… ¡Quiero estar sola! —dijo alzando la voz—. No puedo lavarme el cuerpo si ustedes están aquí de pie, mirándome.

Uno de los soldados la tomó del pelo con una mano, mientras que con la otra la asió por el cuello y la empujó contra la pared. En previsión de lo que estaba seguro de que iba a suceder, ya que los soldados siempre estaban sedientos de sexo, Steinbrinck apareció de repente y cruzó la puerta pacientemente.

—Bien, déjenla sola —dijo chasqueando los dedos hacia los guardias para que saliesen del baño. Tras ellos cerró la puerta.

Noor se sentó en el suelo, cerró los ojos para evitar que se le derramaran las lágrimas, respiró profundamente, movió despacio el cuello, en semicírculos, y miró hacia la ventana. Se puso de pie, abrió el grifo, dejó correr el agua y, agarrándose a la alcachofa de la ducha, se aupó hacia la estrecha ventana, abrió el cristal y, aunque rasgó la ropa que llevaba puesta, consiguió salir fuera. Frente a ella se encontró con una pendiente; observó y calculó con fría objetividad los pasos que debía seguir. La brisa le golpeó la cara con toda su frescura. Si conseguía seguir adelante, con cuidado y sin caer al vacío, podría escapar saltando a la azotea de un edificio colindante, forzar alguna ventana y huir por la calle.

Con el corazón palpitante y los músculos en tensión, comenzó a arrastrarse por el tejado. La sangre le fluía por el cerebro como agua

en ebullición.

Cuando estaba a mitad del tejado, oyó con sorpresa que Steinbrinck la llamaba desde la ventana de una buhardilla, justo detrás de ella. Había estado observándola mientras se fumaba un cigarrillo y esperaba a que la prisionera decidiese entre continuar o volver otra vez al cuarto de baño, ya que su plan de huida era una locura sin ninguna posibilidad de éxito, ni siquiera para el prisionero mejor preparado físicamente.

—No sea estúpida, no puede salir con vida si persiste en escapar. Con facilidad uno de mis soldados la puede abatir con su rifle, y eso si llega hasta aquel ático —dijo señalando sobre lo alto—. Porque tiene muchas posibilidades de caerse al vacío y morir aplastada en la calle como un perro.

Noor se quedó inmovilizada en la pendiente cuando comprobó que un soldado la apuntaba con un rifle. Presa del pánico, miró hacia abajo, hacia las amplias escalinatas que conducían al edificio, y divisó aquel exclusivo bulevar de la avenida Foch. Los coches circulaban entre señoriales mansiones. A lo lejos caminaban personas por el pavimento, seguramente pertenecientes a la Milicia, la odiada policía de seguridad francesa que hacía el trabajo sucio del régimen con su ropa distintiva de estilo militar: boina, camisa azul de algodón, corbata azul oscuro y pantalones negros con los bajos metidos en botas altas. Podía ver el Arco del Triunfo, el Bosque de Boulogne y las hileras de jardines ornamentales. Se giró, miró a Steinbrinck y este adivinó de inmediato lo que pasaba por la mente de la joven: saltar y suicidarse.

—Madeleine escúcheme, venga aquí conmigo —le dijo con cierto tono de autoridad—. Si quiere ver a su madre una vez más, no se le ocurra saltar, venga y tome mi mano.

Estaba aterrada, no sabía qué hacer, pero la imagen de su madre pudo más. Claro que quería volver a verla. Pero ¿cómo sabía sobre su existencia y el lazo tan fuerte entre ambas para que la mencionase como método de disuasión? Retrocedió, subió en cuclillas por la pendiente y se agarró a la mano de Steinbrinck, que la levantó y la asió por la cintura para, finalmente, empujarla dentro de la habitación.

De vuelta en la sucia celda, después de que los soldados la aventaran contra el suelo y cerraran la puerta con un portazo parecido al estampido de un cañón, Noor comenzó a llorar y a maldecirse por no haber saltado. Pero deseaba vivir porque amaba la vida. Un sentimiento interior le decía que no fuera fatalista. Quería hacer muchas cosas después de la guerra: tener hijos, escribir libros para niños, seguir tocando instrumentos musicales como el arpa y la veena, aprender a tocar la guitarra española, pasear con su madre… Era

consciente de que quizá no viviera para verlo, pero si iba a morir lo haría con dignidad, en silencio, sin revelar ninguna información sobre el SOE ni delatar a miembros de la Resistencia francesa. Que hicieran con su cuerpo lo que quisieran, porque su mente no conseguirían corromperla.

Se sentó, con la espalda erguida y las piernas cruzadas en forma de flor de loto, y se dispuso a meditar, tal y como su padre le había enseñado a hacer siendo niña.

Capítulo 5

Después de que el poeta y premio Nobel Rabindranath Tagore devolviese su título de sir al gobierno británico, un gesto denodado de apoyo a la iniciativa independentista de la India, y tras la masacre de Jallianwala Bagh, el sentimiento nacionalista indio en el extranjero fue creciendo y ganando adeptos para la causa.

Amigo del poeta bengalí, el padre de Noor también había ofrecido un concierto en honor al Mahatma Gandhi durante su estancia en Londres, así como un recital ante el líder nacionalista Sarojini Naidu. De este modo, cuando un grupo de amigos musulmanes le pidió participar en una colecta a favor de soldados indios hospitalizados, la policía británica pensó que era un elemento peligroso: extremaron más la vigilancia hacia Inayat Khan y mantuvieron el apartamento familiar bajo constante vigilancia.

Ante el seguimiento continuo y las prohibiciones incesantes para hablar y recitar en lugares públicos, lo cual lo privaba de ganarse la vida, numerosos discípulos hicieron una colecta para costearle a él y a su familia unos billetes a Francia. Era la primavera de 1920. Se asentaron en una casa a las afueras de un pueblo llamado Tremblaye, al norte de París. No tenían calefacción y la comida era muy escasa; vivían prácticamente de la caridad de los vecinos. El patriarca consiguió dar recitales en la población vecina, pero sin ningún éxito. Abrumado por las necesidades que pasaba su familia, decidió viajar solo a Génova para recibir las colectas que, con generosidad, sus discípulos querían ofrecerle. Tan pronto como regresó, trasladó a toda la familia a otro pequeño pueblo al sur de París, pero esta vez a un lugar ideal para la meditación y el estudio, un sitio en el que había un puñado de edificios arracimados al borde de la carretera, unas cuantas granjas, una panadería que abastecía a los pocos habitantes y unas casitas de agricultores alrededor.

A Inayat Khan le encantaba el clima benigno de Francia, los paisajes verdes fuera de París, su literatura y su pintura, pero también la cultura que tenían sus habitantes. Sus discípulos, conscientes de su precariedad económica, lo instaron a crear centros sufís en ciudades europeas donde residían sus estudiantes y a continuar viajando. Así, junto con sus hermanos, antiguos miembros del grupo musical familiar, comenzó a realizar cursos de verano para sus numerosos seguidores, provenientes de diversos países, y los instruyó en música india, en meditación y en filosofía.

Una millonaria viuda danesa llamada madame Egeling, seguidora

suya, le ofreció comprarle una residencia donde pudiera vivir con su familia y que además fuera el centro de su enseñanza filosófica. Mientras practicaban senderismo a las afueras de París, vieron una enorme propiedad detrás de una colina rodeada por frondosos árboles y decidieron instalarse en ella. Llamaron a la casa Fazal Manzil, la Casa de las Bendiciones. A la distancia, desde las ventanas del último piso, se podía apreciar la catedral de Notre Dame e incluso la Torre Eiffel.

Invitaron a la anciana danesa y discípula sufí a vivir con ellos y a hacerse cargo de la educación de los niños. La mujer aceptó y se convirtió en un miembro más de la familia hasta su fallecimiento, pocos años después. Decoraron la casa con muebles y artículos de toda procedencia pero, en conjunto, se cuidó que el diseño fuera más bien exótico, con alfombras del norte de África, espejos con marcos tallados de madera de mango de la India y lámparas del Medio Oriente, entre otros objetos y muebles que donaron los seguidores de Inayat Khan. En el salón celebraban —sentados en el suelo, rodeados de velas y envueltos en el olor a incienso que se propagaba por el aire— sesiones de mediación que llamaban 'adoración universal'. El padre de Noor creía que todas las religiones eran en realidad una sola, aunque las personas las denominaban de diferente modo, ya que los diversos cultos practicados por ellas tenían el fin último de acercarse a un único Dios. Aquella idea de tolerancia religiosa influyó en la educación de la joven Noor y fue la causa de que en el futuro tomara ciertas decisiones que tenían que ver con este tema.

Como la madre era norteamericana y además habían pasado los primeros años en Inglaterra, los niños se comunicaban entre sí en inglés, pero como el padre hablaba con sus familiares indios en hindi y en urdu, pronto aprendieron ambos idiomas.

Todos los sábados, Inayat Khan se subía a la terraza de la casa a meditar con la intención de alcanzar el estado de trance. Noor y su hermano subían sigilosamente y lloraban en silencio al verlo sumido en aquel estado, con los ojos traspuestos. Incluso muchos días, durante el verano, Noor se despertaba antes del amanecer escuchando el rítmico e hipnótico murmullo de las oraciones desde la ventana de su habitación.

Como eran muy traviesos, Inayat Khan les aplicaba una disciplina peculiar: organizaba juicios en las escaleras de la casa y tras hacerles comprender a sus hijos por qué sus acciones no habían estado bien, les dejaba elegir su castigo. Los hermanos decidían cuál era la 'pena' que merecían, desde dar diez vueltas corriendo alrededor de la casa hasta saltar en cuclillas de un lado a otro del jardín, sentarse en un rincón sin moverse o guardar silencio durante unas horas. El padre pronunciaba la sentencia en voz alta y golpeaba el suelo con un

martillo. Acto seguido, el pequeño Vilayat bajaba las escaleras seguido por su hermana.

Noor todavía no se había formado una opinión sobre la religión, pero se daba cuenta de que no creía en un Dios de reglas vacías y castigos vengativos, y esto era precisamente lo que su padre pretendía inculcar en sus hijos. Los niños crecieron en aquella casa comprendiendo que compartían el amor de su padre con el mundo entero. Inayat Khan era un hombre joven —no tendría más de cuarenta años—, pero con su larga barba y su camisón como vestimenta tradicional de gurú indio tenía el aspecto de alguien mucho mayor.

Desde muy pequeña, Noor acompañaba a su padre cuando este dictaba conferencias sobre filosofía sufí en universidades y museos, como el Guimet de París. Se sentaba entre el auditorio como una más y escuchaba las intervenciones del público que comentaba la charla de su padre. En casa, él mismo le enseñaba cómo sentarse en la postura adecuada para meditar —con las piernas cruzadas y la espalda recta —, pero también cómo cantar ragas y tocar la veena con paciencia y dedicación.

Cuando Noor cumplió ocho años, su madre insistió en que era el momento adecuado para que fuese al colegio cercano y entablase amistad con niños de su edad. En el Collège Moderne de Filles, situado en la región de Suresnes, Noor tuvo problemas de adaptación debido, principalmente, al idioma.

A pesar de vivir en Francia desde hacía tiempo, había estado aislada, como en un oasis, en un mundo imaginario cuyo eje era su padre. Aunque comprendía el francés, no lo hablaba con fluidez y mucho menos podía escribirlo. Tampoco sabía cómo comportarse con las chicas de su edad. Otro problema, y que fue la causa de que la ignorasen durante los primeros días, fue que los niños de entonces no estaban acostumbrados a relacionarse con extranjeros, por lo que cualquier persona con piel cetrina o mínimamente morena era clasificada de inmediato como proveniente de las lejanas colonias francesas de África o Asia y se le impedía integrarse con facilidad en la clase. Pero gracias a su coraje, a su persistencia en seguir yendo al colegio todos los días con el fin de superar estos obstáculos, la pequeña Noor se fue adaptando poco a poco.

Tras entablar amistad con niños de su edad y comunicarse con sus profesores, estos se dieron cuenta de lo madura que era, a diferencia del resto de sus compañeros —sobre todo en el momento de tomar decisiones—, de su carácter disciplinado y de su forma de analizar y dialogar sobre temas sociales y religiosos.

Entabló una profunda amistad con una niña llamada Raymonde Prénat, de padre francés y madre española. En los cumpleaños de su

compañera, Noor le escribía poemas y cartas de felicitación como regalo, en las que también incluía ilustraciones que dibujaba con mucho cuidado. La madre de su amiga preparaba pasteles especialmente cocinados para Noor, ya que la apreciaba por el lazo tan sincero que la unía a su hija, por su gran determinación y su personalidad fuerte e inusual, a pesar de su corta edad.

Desde muy joven, Noor siempre sintió el deber de ayudar a los menos favorecidos y por este motivo, los días en que sus compañeros del colegio cumplían años, les escribía poemas de amistad ilustrados como regalo. Al acercarse el día de Navidad, Noor escribió esto en su carta dirigida a Santa Claus:

Ven, trae rayos de sol brillantes
para regocijar nuestro hogar feliz.
Da a cada niño sus más dulces sueños.
Entonces, yendo entre las ambulantes dulces hadas,
ves a los pobres de las chabolas;
para alegrar cada corazón cansado,
donde todo el mundo está hambriento,
pon en la mesa un pastelillo de mermelada.

Cuando cumplió doce años, Noor se enamoró por primera vez. El chico, Gustav van Baron van Pallandt, tenía diecisiete años y era hijo de un discípulo danés de su padre. Inayat Khan notaba que su hija bajaba corriendo las escaleras cada vez que la familia danesa los visitaba y se quedaba en la puerta conversando con el chico.

La familia de Noor, conservadora en este sentido, desaprobó la relación.

Cansado por la forma de actuar de su hija, que consideraba muy inmadura, y desde el rellano de las escaleras, Inayat Khan intentó hacerle comprender que, entre otros motivos, los padres de Gustav querían que su hijo fuese sacerdote católico, por lo que ella tenía tajantemente prohibido bajar corriendo a abrirle como si fuesen dos enamorados. El joven, que en aquel momento esperaba detrás de la puerta, escuchó la regañina de Inayat Khan hacia su hija. A pesar de que sabía que el maestro indio nunca aprobaría su relación, el chico seguía visitando la casa con la excusa de aprender la filosofía sufí. Cuando Noor le dijo que su familia desaprobaba su relación, Gustav la amenazó con suicidarse.

El hermano de Noor consideraba que el joven danés era inmaduro e inestable. Una vez más, la familia sintió que Noor debía terminar la relación con él, a pesar de que dar ese paso supusiera perder a importantes discípulos de gran poder económico, como eran sus padres, y a influyentes amistades de Alemania.

Noor comprendía el amor enrarecido de Gustav hacia ella y sabía que era capaz de suicidarse, por eso sintió que para ayudarlo debía mantener su amistad con él.

El padre de Noor había escrito recientemente un estudio sobre la India islámica, en el que mantenía la tesis de que el subcontinente indio sufrió la humillación y la destrucción por parte del islam, tal y como las sufrió África. Según comentaba, el imperio islámico diezmó las grandiosas civilizaciones hindú y budista con la masacre de miles de personas y el envío de mujeres y niños a los mercados de esclavos de Arabia. En cambio, las hijas de las familias hindúes nobles altamente culturizadas y civilizadas fueron vendidas a los iletrados y bárbaros afganos. Dejó a un lado las descripciones engoladas de las bellas arquitecturas musulmanas y escribió sobre la destrucción de la civilización india clásica durante la Antigüedad y el nacimiento de la era medieval, del oscurantismo islámico en la India, de la manera en la que, en el siglo xi, el sultán asesino y saqueador Mahmud Ghaznavi arruinó totalmente la grandiosa civilización india y despojó de sus bienes a la mayoría. Desveló que su intención no era convertir a nadie al islam, sino arruinar templos hindúes. Describió cómo los nuevos instrumentos militares del califa islámico, los turcos y los mongoles, diezmaron la capturada ciudad de Delhi y convirtieron la totalidad de la India en un enorme campo de esclavos al aire libre. Pero en sus escritos daba justo crédito al emperador mongol —agnóstico, humanista y de mente secular— Akbar el Grande, quien potenció la tolerancia entre religiones e intentó reconciliar las diferencias. Aunque el emperador era analfabeto, Inayat Khan quiso resaltar que Akbar supo rodearse de sabios, además de hacer énfasis en que era amante del conocimiento, mecenas de talentos literarios y patrocinador del arte. Incluso describió cómo invitó a sacerdotes jesuitas cristianos de Goa para que viajaran a su palacio, entablaran discusiones ideológicas e intercambiaran puntos de vista.

Pero a pesar de tener una mente abierta en el ámbito cultural, Inayat Khan no estaba de acuerdo con que su hija Noor hiciera amistad con jóvenes extranjeros y quiso terminar de una vez por todas con la relación que seguía manteniendo con el chico danés. Una tarde, los dos jóvenes se encontraban sentados en el jardín. Con su cortaplumas, él inscribía su nombre y el de Noor en el tronco de un árbol.

—Nosotros dos nos casaremos —dijo Gustav, cogiéndola de la mano—. Porque he decidido no ser sacerdote. No iré más al seminario de Roma.

—Me dejas asombrada. ¿Lo dices en serio?

—Seré abogado y así podré mantenerte con toda clase de lujos.

—¡Pero tú estás loco! —replicó Noor—. ¿Y qué dirá tu padre? ¿Lo

aprobará?

—Mira, yo no tengo vocación. Además, he visto las porquerías que hay en los seminarios. Al principio me dio asco todo lo que vi. Hay mucha gente que está ahí sin saber por qué o simplemente porque quieren vivir una existencia cómoda. Leyendo he aprendido lo que es la vida. He leído libros que me han hecho pensar, sufrir, y ya no creo ni en Jesucristo ni en la Santísima Virgen.

—Mi padre me comentó un día que el tuyo está muy decidido a que, en el futuro, obtengas un alto cargo en el Vaticano.

—Porque mi familia tiene amistad con mucha gente influyente del Vaticano y también con personajes de la política. Quieren que tenga un doctorado, que predique, que sea canónigo, obispo y un día papa. Mira, no es que los sacerdotes católicos sean malos, es que la religión es mala ya de por sí. De verdad. Para mí fue como una bofetada cuando lo descubrí. Te lo digo en serio, Noor, mi decisión es inquebrantable. Después del verano no volveré al seminario.

—Pero sin la aprobación de tus padres, ¿cómo vas a vivir?

—El mundo es grande, ¿no es así? —agregó encogiéndose de hombros cándidamente.

—Despierta, Gustav. Todo eso que dices no son más que niñerías.

En aquel momento, Inayat Khan, que había estado observando desde la ventana de su despacho a los jóvenes tomándose de la mano, salió fuera y desde las escaleras llamó a su hija. Una vez a su lado, le ordenó que entrase dentro de la residencia. Inayat Khan se dirigió hacia donde estaba el joven danés. De manera tajante, le prohibió volver otra vez a aquel lugar y le pidió que se lo comunicara a su padre. Le dolía tomar esa decisión, porque lo apreciaba y sentía gran estima por él, sobre todo por el interés personal que mostraba en aprender literatura hinduista y filosofía vedanta. Noor no volvió a verlo nunca más.

* * *

Se oyó el sonoro crujido de los cerrojos de la sólida puerta de hierro retumbando dentro de la celda. Noor levantó la cabeza y miró hacia fuera. Erguido militarmente, el centinela se situó frente a ella mientras mantenía abierta la gruesa puerta. Desde el pasillo se oían los pasos de dos personas que se aproximaban.

—Tiene usted un compañero de celda, Nora Baker —dijo el flemático Steinbrinck.

Un hombre rubio, de pelo liso y peinado hacia un lado, uniforme negro de las SS, con la Cruz de Hierro de primera clase colgando de la solapa izquierda de su chaqueta, entró a la celda y se quedó de pie

observándola con incredulidad.

Se observaron mutuamente. Noor presentía que lo conocía. Lo había visto con anterioridad pero ¿dónde? Se levantó del suelo para verlo más de cerca. Él le mostraba una sonrisa que le resultaba familiar. Aun así, a ella le costaba reconocerlo.

—Cuánto tiempo… —susurró de forma casi inaudible el extraño visitante, al mismo tiempo que Steinbrinck, que se hallaba en el pasillo, hacía un gesto al centinela para que cerrase la puerta. Los dos se quedaron en la penumbra.

Ese rostro, esa voz le eran familiares.…

—¿Eres tú…, Gustav? —preguntó Noor asombrada.

Capítulo 6

Los matrimonios de conveniencia eran muy comunes entre las familias de origen indio. Sin pensárselo dos veces y después de la ruptura de aquel amorío juvenil, Inayat Khan comenzó a buscar un posible candidato para Noor. Decidió que el prometido debía ser el hijo de una rica familia arraigada en la India con la que tuvieran mucha amistad. Una vez concertada la unión, convenció a su hija para que le escribiese a su futuro esposo. La correspondencia, según la costumbre tradicional, a pesar de estar dirigida al joven novio, debía enviarse directamente a sus padres, quienes después de leerla y de no encontrar nada objetable, aprobaban su contenido y se la daban al hijo. Al pasar el tiempo, Noor asumió su compromiso de matrimonio con aquel indio llamado Alladutt Khan. El principal motivo de aquella alianza era que la familia del novio era millonaria, por tanto, el interés del padre de Noor en esa unión era el beneficio económico que obtendría su organización sufista y la independencia de los donadores y devotos europeos.

Para entonces, Inayat Khan había estado viajando extensamente y ganado discípulos en Alemania, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza, Estados Unidos y Escandinavia. Durante su último viaje a Inglaterra, a finales de 1925, cayó seriamente enfermo debido a su actividad frenética sin descanso y a los numerosos viajes. Sintió que su fin estaba cerca, presentía su muerte, y decidió que su último deseo en la vida terrenal era volver a la India para morir ahí. Como un sadhu hindú, decidió romper no solo con todo lo material, sino con cualquier lazo emocional que le causara un debilitamiento espiritual. Por eso, a pesar del dolor causado a su esposa e hijos, se despidió para siempre de toda su familia. Conscientes de que nunca regresaría, se quedaron con el corazón destrozado viéndole partir.

La joven Noor tuvo un sueño premonitorio: el panadero local que hacía la entrega en su casa se marchaba volando en una avioneta. Noor interpretó que esa persona del sueño que dejaba el pan y se iba para nunca volver, era su padre. Días después de su llegada a la India, Inayat Khan perdió el conocimiento y falleció poco después. La premonición de Noor se había cumplido.

La esposa de Inayat Khan quedó tan afectada psicológicamente que no pudo realizar ninguna actividad física, por lo cual el mantenimiento de la casa recayó en Noor, que entonces tenía trece años. Al cabo de cuatro meses, viajaron a la India para visitar la tumba de Inayat Khan. Fue el primer viaje de la joven adolescente a

aquel país exótico que conocía por sus lecturas y por lo que había escuchado de su padre y sus tíos. Aquella experiencia tan intensa fortaleció su ascendencia real; tenía el título de princesa, según la dinastía del Sultán Tipu. Descendientes y parientes lejanos que custodiaban las propiedades la trataron con profundo afecto: le mostraron la vasta biblioteca y demás inmuebles ancestrales que todavía conservaban. En la ciudad de Baroda, fue presentada a su prometido indio, el aún adolescente Alladutt Khan, con quien su padre anhelaba que contrajese matrimonio. Ambos jóvenes entablaron amistad enseguida, sobre todo por el gusto en común de la música clásica india.

Aquel viaje tomó un cariz amargo cuando un familiar propuso que los jóvenes contrajeran matrimonio tan pronto como terminasen los estudios en un colegio de prestigio en Katmandú. La madre de Noor se horrorizó y se angustió al saber que la forzaban a desprenderse para siempre de su hija. Los familiares intentaron convencerla de que no era solo un deber familiar y el deseo de su difunto esposo, sino también el acatamiento del destino, por lo que debía renunciar para siempre a la adolescente Noor y asumir que nunca más volvería a Europa. Su hija era su único sustento para continuar viviendo después de la pérdida de su marido. Temiendo que se la arrebatasen de un día para otro o que la raptasen en la India —país en el que ella no se sentía cómoda para vivir ni en el que tampoco quería ver a su hija instalada para siempre, con una familia de costumbres arcaicas y ancestrales, alejada del mundo occidental y civilizado—, decidió regresar a Francia, dando por terminado el compromiso matrimonial de Noor con el joven Alladutt Khan y los lazos familiares con la India.

De vuelta en casa, toda la responsabilidad de los deberes diarios siguió recayendo en Noor: el jardín y el cuidado de las plantas, la limpieza, la lavandería, las comidas y la atención y cariños a su madre, quien aún no estaba repuesta de la pérdida de su marido. Mientras tanto, los hermanos de Inayat Khan, instalados en una de las plantas de la residencia, instruían al joven primogénito Vilayat y seguían difundiendo las enseñanzas del difunto maestro realizando cursos sobre filosofía sufí a lo largo del año. Por motivos administrativos, tuvieron que pedir un certificado de defunción a la administración francesa, ya que el gobierno británico en la India les demoraba innecesariamente el documento debido a sus anteriores relaciones con el movimiento independentista indio. Cuando al fin lo recibieron, el nombre del patriarca familiar, Inayat Khan, estaba escrito de forma errónea: decía Vilayat Khan, que era el nombre de su hijo. Los funcionarios franceses pensaron que si seguían las costumbres indias, entonces tanto el padre como el hijo llevarían el mismo nombre. Así pues acreditaron al difunto y como enmendar el

error hubiera supuesto más gastos y tiempo, decidieron dejarlo tal cual.

Los devotos visitantes se quedaban admirados al ver a la joven hija de su gurú trabajando con tanta dedicación en el mantenimiento de la residencia. Por sugerencia de la anciana madame Egeling, Noor debía continuar sus estudios superiores en el Lycée de Jeunes Filles Saint-Cloud. Su asignatura favorita era literatura inglesa y francesa. También comenzó a estudiar con mucho entusiasmo nuevos idiomas, como español y alemán, además de destacar en ejercicios físicos. Un día, tras volver de la escuela, Noor notó que el albaricoquero que plantó su padre, y bajo cuya sombra solía sentarse a leer, estaba seco, muerto. Tanto ella como su hermano aceptaron el hecho como causa de su repentino fallecimiento.

Su madre, por su parte, se sentía profundamente dolida por haber sido abandonada y lo repetía una y otra vez, preguntándose a ella misma y a los demás por qué su marido la había dejado para ir a morir a la India, por qué había cortado de tajo la relación con sus seres queridos, por qué había optado por morir en soledad en un país tan lejano. Ora Ray Baker había renunciado a su familia de Estados Unidos para marcharse a Inglaterra y casarse con él por amor. Se había cambiado de nombre e interrumpido la comunicación con su propia familia por devoción a su marido, quien finalmente la había abandonado. Pronto evitó todo lazo con el mundo exterior, incluso salir de su habitación. Noor la consolaba leyendo en voz alta historias breves que escribía para la escuela y, una y otra vez, intentaba hacerle comprender que su padre los protegía y estaba con ellos, y que su deber fue marcharse a la India y morir en paz espiritual, como había sido su deseo. A pesar de que días después la madre consintió en andar fuera del dormitorio, no lo hizo fuera de la casa, y convirtió el interior de la residencia en su mundo. Rehusó salir al exterior, ni siquiera para ir al colegio de Noor y hablar con las profesoras sobre sus estudios o asistir a las celebraciones, entre ellas a la entrega de un premio por uno de sus trabajos literarios.

Noor era una lectora voraz gracias a la extensa biblioteca que poseía su padre. En los poemas e historias que escribía para la asignatura de literatura, incluía como personajes a pequeñas criaturas siniestras que convivían con mariposas, flores, hadas, bosques y mundos imaginarios. Muy pronto, a los dieciséis años, dio un paso vital en su formación: comenzó a leer libros de filosofía e historia, además de devorar biografías y novelas de aventuras. Su personaje histórico favorito era Juana de Arco.

A los diecisiete años, Noor terminó su formación en el liceo. Apasionada de la música, habló con su madre sobre su deseo de matricularse en la École Normale de Musique de París, entre cuyo

profesorado destacaba la famosa Nadia Boulanger. Era 1931. En los siguientes seis años estuvo estudiando solfeo y diversos instrumentos —como piano y arpa, que le entusiasmaban sobremanera— y asistía a clases particulares impartidas por una profesora llamada Henriette Rénie, de quien aprendió durante un periodo de dos años y a quien, con su arpa, acompañó en recitales públicos en diversos parques de París.

Los hermanos del padre de Noor consideraron que los estudios de la joven eran una cosa secundaria y no les prestaron atención por el hecho de ser mujer ya que, según la tradición, ella debía casarse y unirse a otra familia. Así pues, la atención y cuidado sobre la educación académica recaía solo en su hermano, Vilayat.

Además de estudiar música, la joven sintió inquietud por un curso de psicología infantil y juvenil que se impartía en la Universidad de la Sorbona. Siempre se interesó por los niños y quiso profundizar en el conocimiento de las fases del desarrollo psicológico de los más pequeños. Sentía curiosidad por saber cómo identificar problemas de conducta que sucedían en la vida cotidiana y cómo resolverlos; cómo gestionar y aplicar las técnicas necesarias en casos de ansiedad, depresión, retraso mental, trastornos de alimentación y otros problemas mayores. Con el paso del tiempo, presintió que los familiares de su difunto padre no contaban con ella como futura heredera de su legado sufí, pero su carácter se fortalecía cada vez más, así como su personalidad independiente y su decisión de seguir estudiando y obteniendo conocimientos.

En la École Normale de Musique se enamoró de nuevo. El chico, llamado Jakob Pardo, era un joven judío de origen turco. Al igual que Noor, no tenía padre y vivía solo con su madre, que trabajaba en una lavandería. Casi diez años mayor que Noor, el joven era bastante tranquilo. De pelo negro tizón y piel morena tostada por el sol, siempre tenía una ligera sonrisa en los labios que agradaba a la gente y un aire de confianza en sí mismo que ella admiraba. Sus medios económicos eran tan escasos que a Jakob le costaba mucho pagar a tiempo las matrículas de la escuela. Realizaba con asiduidad viajes esporádicos que duraban un máximo de tres semanas para costearse sus estudios: a principios de verano viajaba a España para recoger almendras; a finales de agosto, durante la vendimia, trabajaba al norte del valle del Ródano, en Francia, recolectando uvas en el viñedo de la Borgoña; y en invierno volvía a España para la recolección de la oliva en los campos de señoríos andaluces y en las tierras de Murcia.

Noor lo invitó un día a su casa y Jakob, con la intención de conocer más sobre la filosofía del sufismo, se interesó por la meditación y las charlas que ahí se llevaban a cabo. Le dieron incluso el nombre indio de Huzoor Nawaz durante aquellos días de iniciación,

pero uno de los hermanos del patriarca fallecido, cuya mente era muy cerrada, viendo que la relación con su sobrina iba en serio y se prolongaba, concluyó que Noor nunca contraería matrimonio con alguien que estuviese por debajo de su linaje real y menos aún con un judío.

Los familiares de Noor determinaron que el joven Jakob jamás sería admitido en la familia, no solo por su religión, que era muy distinta a la de ellos, sino porque ella provenía de un linaje indio de monarcas mientras que él descendía de una familia itinerante de origen judío otomano. La mayoría de los discípulos que vivían temporalmente en aquella casa y asistían a los cursos procedían de familias ricas y aristocráticas, pero aquel chico provenía de la más absoluta precariedad. Cuestionada al respecto, su madre también dijo que desaprobaba la relación y argumentó que no era amor lo que Noor sentía por el joven, sino simpatía debido a su pobreza.

A Raymonde Prénat, su amiga de la infancia, le comentó que Jakob era una persona única entre miles y que su familia ni si quiera sabía apreciar que el joven tocase tan brillantemente el piano. No obstante, su amiga sintió que Noor era todavía muy joven para tomarse una relación tan en serio y le dijo que, por su procedencia de un país como Turquía —el cual le daba la impresión, nada mas de oír su nombre, de ser tan misterioso como incivilizado—, el joven no le convenía:

—Y es que, además, es judío —añadió su amiga.

Noor hacía grandes progresos en sus estudios de música. Cuando visitantes sufís de todas partes del mundo asistían a los cursos de verano en la casa, tanto ella como su hermano organizaban recitales con arpa, piano, violín o incluso chelo. Como estudiante de música y discípula de Nadia Boulanger, recibía entradas gratuitas para asistir a conciertos. Acompañada de Jakob, acudía a numerosas representaciones musicales de jazz y de música clásica. Tuvo la suerte de conversar con el virtuoso violinista Joseph Szigetti y conocer al grupo de origen húngaro Léner String Quartet. Además, Noor componía muchas partituras como práctica, la mayoría inspiradas en obras de clásicos famosos a las que daba un toque personal y contemporáneo.

Su presentación en el mundo cultural supuso un cambio en su físico, sobre todo en el vestir. Queriendo mostrarse moderna, según las costumbres de la época, y ya que había cumplido los veinte años, comenzó a maquillarse ligeramente cuando asistía a la escuela. La imagen que daba era la de una joven elegante, con carácter y de personalidad fuerte, la cual también se manifestaba en su manera de andar y de comunicarse abiertamente con la gente. Pronto, los hermanos de su padre desaprobaron el vestir de Noor y le llamaron la

atención por ir sola a clase y volver tarde de los conciertos de música. Ella, aunque respetuosa con los mayores, supo evitar que la manejasen o la influyesen en el desempeño de sus actividades diarias.

Aparte de la música, tenía especial interés por la literatura y muchos días invitaba a su casa a los hijos de los vecinos para leerles en voz alta historias fantásticas inspiradas en libros épicos, como el Ramayana, el Mahabharata y el Jataka. Los niños nunca faltaban, les encantaban aquellas historias que para ellos resultaban exóticas, llenas de aventuras y de misterio, con personajes increíbles en un mundo muy lejano.

La relación con su madre se estrechó a medida que pasaba el tiempo. Noor era la fuente de su existencia, se había convertido en su sostén diario. También le leía a ella las historias para niños que escribía en su cuaderno y le dedicaba poemas. Iba mejorando mucho y saliendo de la depresión que le causó la muerte de su marido. Ahora se cambiaba diariamente de ropa y se aseaba sin ayuda de su hija, incluso empezó a vestir al modo occidental y se hizo llamar oficialmente con su nombre anterior, Ora Ray Baker, cambiando sus documentos de identidad.

Madame Egeling, quien en su día había financiado la residencia, le daba a Noor tres mil francos mensuales para cubrir los gastos del mantenimiento. Toda la responsabilidad en la administración del lugar recaía sobre Noor, que debía ajustar el presupuesto para pagar los servicios de fontanería, arreglar el jardín, comprar la comida, la lavandería y para la ropa de las camas, que cada día se tendía muy temprano por la mañana. Pero además de la presión por mantener en orden la vida doméstica, Noor tenía que lidiar con la insistencia de la familia para que acabara su relación con Jakob Pardo. Su hermano Vilayat le indicó que debía terminar con aquella amistad y dejar de invitar a Jakob a las conferencias y recitales de música que se llevaban a cabo en la residencia. Además, le reiteró que Jakob nunca sería admitido por ser judío.

Finalmente, el noviazgo terminó drásticamente y no por decisión de Noor o de sus familiares, sino porque Jakob y su madre tuvieron que dejar Francia para reunirse en Italia con unos familiares alemanes que habían huido de Berlín, después de que se vieran obligados a cerrar sus tiendas de comestibles por las represalias que estaban sufriendo. La llama de la persecución política y económica a la población judía había sido encendida. Poco a poco se iría propagando hasta culminar aquella serie de pogromos y ataques combinados en la llamada Kristallnacht —la Noche de los Cristales Rotos—, el paso previo al inicio de la Solución Final y del Holocausto.

Capítulo 7

—Está en contra de la normativa encerrar en una celda a un hombre con una mujer, pero esta vez haremos una excepción —dijo Steinbrinck desde la mirilla, para añadir con un tono complaciente—: Hasta que encontremos un lugar mejor abajo en el sótano para este traidor extranjero que actuaba como agente doble.

Tras quedarse solos en la semioscuridad de la celda, Noor no pudo contener las lágrimas y se abrazó a Gustav. Él pasó el brazo sobre ella, le dio unas palmaditas en el hombro y dejó que ocultara el rostro en su abrigo mientras le daba pequeños besos en la cabeza.

—Vamos, vamos, Noor… —dijo Gustav con un ligero temblor en la voz—. Entereza. Ahora más que nunca tienes que ser fuerte.

—Nunca dudé de tu bondad y cariño, Gustav, aunque nunca pensé que llegarías tan lejos como para convertirte en un agente doble —susurró Noor con lágrimas en las mejillas—. Estoy muy orgullosa de ti.

El hombre volvió la cabeza y la miró a la cara.

—¡Por el amor de Dios! Yo sí que estoy sorprendido al conocer que tú eres una agente británica. Nada menos que operadora de radio. ¿No nos habíamos visto por última vez en aquella casa de tu padre, cerca de París?

—Sí, pero ¿cómo sabes que trabajo para los británicos?

—Me lo ha dicho ese asqueroso oficial de Steinbrinck, que me puso en una celda junto a una famosa agente británica llamada Nora Baker, cuyo nombre en clave es Madeleine. Nada más verte te he reconocido. No has cambiado nada. Excepto en que estás hecha una mujer —agregó Gustav, quien la observó de arriba abajo con detenimiento. Y agregó—: Y muy atractiva, por cierto.

—Tú sí has cambiado. Has ganado mucho peso. Me acuerdo de que antes estabas muy delgado —comentó Noor, que se incorporó y se sentó frente a él en el suelo—. Dime, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Llevo operando como agente doble para los británicos desde noviembre del 42. Mi mascarada ha sido perfecta hasta hace unos días, cuando un miembro de la Resistencia polaca dio mi nombre durante un interrogatorio. Ataron cabos sueltos sobre mi incorporación a las SS, cómo había llegado hasta ahí… Y me arrestaron.

—¿Qué van a hacer con nosotros?

—Te seré muy sincero, Noor: a ti te torturarán hasta conocer lo que ellos quieren saber y a mí me fusilarán mañana mismo, dentro de unas horas o quizás en unos minutos.

—¡No! —exclamó ella. Se abalanzó sobre él y lo volvió a abrazar.

—Sí, Noor. Yo soy un espía que trabaja para los aliados y llevo un uniforme del bando enemigo, lo cual es ya una traición. Estoy sentenciado a muerte. En cuanto a ti… —añadió con voz quejumbrosa, mirando hacia un lado—, te han arrestado con esta ropa de civil y si cooperas con ellos serás trasladada a un campo de concentración en Alemania. Si no lo haces, temo que tendrás que sufrir las infames torturas por las que son tan famosos los miembros de la Gestapo en este edificio.

—No diré nada aunque me torturen —sentenció enfurruñada, mirando fijamente a Gustav.

—Este lugar tiene muy mala fama. He oído cosas horripilantes, sobre todo acerca de mujeres de la Resistencia que han estado arrestadas aquí. No quiero que fuercen este cuerpo y lo destruyan salvajemente con palos y electrochoques, Noor.

—Abandonaré mi cuerpo. Físicamente estaré muerta, en trance. Nunca sentiré nada y moriré sin dolor.

—¡No digas tonterías! Este no es el momento de predicación sufí, misticismo tantra o de meditación sadhu hindú —dijo Gustav agarrándola de los brazos y mirándola a la cara con seriedad—. No tienes ni la menor idea de lo que pueden hacer contigo. Tienen barrotes con los que, de un solo golpe, te rompen los huesos, suficiente dolor como para hacerte despertar de ese ridículo estado de meditación que dices. Hasta golpean en el pubis a las mujeres, rompen todos sus huesos y las dejan sangrando como animales en un matadero. ¡Olvídalo! A la mínima provocación te aporrearán tanto la cara que tu rostro será irreconocible.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Darme golpes en la cabeza contra la pared hasta que tenga una hemorragia y consiga suicidarme?

—¿Y por qué no lo hiciste antes, Noor? —preguntó Gustav mirando hacia otro lado—. Si todos los agentes británicos tienen píldoras letales, ¿por qué dejaste que te arrestaran con vida?

—Porque no la tenía en el bolsillo, donde debería haberla tenido, sino en un cajón junto a mi pistola. Cuando entraron en mi apartamento me había duchado, cambiado de ropa y había estado transmitiendo a Londres mensajes por radio. Tenía tiempo de salir de aquel piso desocupado para no ser detectada por los radares de los alemanes. Me traicionó alguien que tenía relación con la Resistencia. Quizá tras las torturas debió de hablar, dando direcciones y nombres, y supongo que estuve bajo vigilancia en aquel apartamento. Cuando vi a los alemanes entrar, fui directamente al cajón, porque lo primero que pensé fue morir matando.

—¿Morir matando? ¿Es esto lo que te enseñó el pacifista de tu padre? Pudiste haber tomado la píldora y elegiste ir por la pistola.

¿Has matado alguna vez a alguien, Noor?

—No, nunca —dijo ella con seriedad—. Pero no dudaría en hacerlo. Estoy muy bien entrenada.

—Yo sí, así que sé de lo que hablo. La primera vez te impacta, pero después de hacerlo siete o nueve veces, qué importa ya el número… —dijo Gustav intentando hacerla entrar en razón para continuar con voz más imperativa—: Noor, ahora tienes una segunda y última oportunidad. No decirle nada a la Gestapo significará mucho dolor y sufrimiento, será interminable… Suplicarás que te maten. La única opción que tienes para seguir con vida es decirles lo que sabes y puede que te manden a una fábrica en Alemania a trabajar hasta que esta bestial guerra termine. De otro modo, te pueden meter en un vagón para ganado y enviarte a un campo de exterminio. Quién sabe…

—¿Me estás diciendo que traicione a mis compañeros, a…?

—¿De qué compañeros hablas? —la interrumpió Gustav—. Todos están muertos o arrestados en otras celdas, revelando lo que saben tras horas de intensas torturas. Los que han tenido más suerte estarán ahora de camino a campos de concentración. Lo sé yo, que he estado enviando información privilegiada. He estado pasando informes para el M16 y hasta para el SOE, y manejando documentos de la Gestapo en Prinz Albrecht Straße en Berlín, nada menos. Hace unos días me enteré de la detención del grupo Prosper al que pertenecías, el mayor y más importante grupo de la Resistencia que ha operado en Francia desde la ocupación.

—Si les revelo los nombres y direcciones de los miembros locales que han dado apoyo a la Resistencia los matarán, y no puedo hacer eso. No me lo pidas.

—Noor, no seas ingenua, ¡por Dios! Ellos ya lo saben todo porque obtuvieron toda esa información de tus compañeros británicos que operaban en París. Tú lo has dicho, que alguien de la Resistencia confesó dónde podrías transmitir por radio y ya te tenían vigilada. Tienes que decirles todo lo que sabes para que ellos corroboren la información que ya consiguieron previamente y, en vez de torturarte, te envíen a una fábrica a trabajar junto con otras mujeres hasta el final de la guerra. Te pido solamente que no permanezcas callada, que no guardes silencio, que hables. Además, no todos los franceses son simpatizantes de la Resistencia. No falta quien se encuentre a favor del ideario nazi. Con decirle a la Gestapo nombres clave y direcciones no vas a mandar a ningún francés a la muerte, solo les confirmarás lo que ellos ya conocen. Tampoco pienses que estás colaborando con la Gestapo, solo estás hablando, comunicando lo que sabes para no sufrir y salir de esta celda inmunda de mierda. Trabajando en una fábrica tendrás la compañía de otras mujeres, al menos comerás algo que te pueda mantener con vida.

Noor meneó lentamente la cabeza de un lado a otro. Gustav miró con apremio su reloj de muñeca e hizo un gesto de desaprobación.

—Me queda poco tiempo de vida antes de ser fusilado, quizás unos minutos. Te pido una vez más que les digas los nombres clave de las personas que les proporcionaban los apartamentos desocupados, con qué otros circuitos estaban en contacto, dónde operaban y toda la información que tengas. La Gestapo sabrá que dices la verdad porque ya tiene esa información y tu declaración será mera burocracia. Tras escucharte corroborar sus datos, te mandarán fuera de este infame edificio.

—Gustav, estoy convencida de que la mayoría de los franceses esperan una invasión de los aliados en el frente occidental. Están cansados de vivir bajo la bota nazi.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Dónde has oído hablar de una invasión? —preguntó, frunciendo el ceño ligeramente.

—He estado mandando mensajes por radio a Londres de la Resistencia francesa y de otros circuitos británicos que operan activamente en el sur de Francia para dar apoyo.

—Dile toda esa información a la Gestapo —dijo Gustav de manera ansiosa—. No pierdes nada. No seas tonta. Todos esos informes han sido tan solo contraseñas; "invasión" puede ser el nombre en clave de un aterrizaje para enviar dinero en efectivo o pistolas… Confiesa a la Gestapo lo que has estado transmitiendo. De hecho, no va a haber nunca ninguna invasión aliada. Ten en cuenta que hoy en día, aunque parezca que se los ha tragado la tierra, sobre todo después de haber quedado desilusionados porque los Panzers no aparecieron por Buckingham, en Londres sobra gente convencida de que Hitler ofrece el gobierno fuerte y renovador que necesita Europa, como Oswald Mosley y sus seguidores. Hay muchos individuos antisemitas que son miembros de la aristocracia, personas que simpatizan con el fascismo y que admiran al Führer. En este sentido, he obtenido la información privilegiada de la Abwehr, la inteligencia alemana, de que el mismo Himmler está ampliando las legiones extranjeras con reclutas de otras nacionalidades; franceses, españoles y prisioneros de guerra indios han pertenecido al ejército británico y los han destacado en el norte de África. Hasta existe una legión americana llamada la Legión George Washington, e incluso hay británicos llamados Britisches Freikorps, en cuyo uniforme portan la Union Jack y tres leopardos en el cuello en lugar de las runas de las SS. Mira en el Vaticano, ¡hasta el papa da su apoyo a los nazis!

—No, Gustav, no diré nada —contestó Noor no sin aprensión, confusa y analizando el tono de las palabras precipitadas de Gustav. Se volvió a sentar en el suelo junto a la pared—. No puedo revelarles nada…

—No seas estúpida, piensa en tu madre. ¿Quieres que la Gestapo la arreste, la traiga aquí y la torture? —exclamó Gustav, quien con un semblante diferente, con voz pausada y tono apesadumbrado, añadió —: Siento mucho la muerte de tu hermano. No se me ocurre en estos momentos decir otra cosa que el habitualmente inadecuado “lo siento”. La verdad es que lo recuerdo como un chico muy agradable, aunque no tuviese una opinión muy favorable de mí. Me ordenó que no siguiese yendo a tu casa y que rompiese mi amistad contigo, pero en aquellos momentos solo era un joven que sentía el deber de proteger a su hermana. Y de verdad siento no haber pasado más tiempo con él, de otro modo se hubiese llevado una opinión más positiva de mí. No querrás dejar a tu madre sola en este mundo…

Noor dio un respingo, se levantó y, de pie frente a Gustav, le dijo:

—Si trabajabas para el M16 y pasabas información al SOE, organización con la que he estado operando como agente, no deberías haber cometido este grave error —y le gritó—: ¡Tú trabajas con los alemanes! Mi madre está a salvo en un apartamento en Inglaterra y en lo que concierne a mi hermano, presuntamente fallecido como tú dices con tal convicción, te informo de que actualmente pertenece a la Armada británica. Has estado en Fazal Manzil tras la toma de París por los alemanes, ¿no es así?

Noor lo miró fijamente y en esos momentos comprendió su súbita aparición en la celda y el propósito de su insistencia para convencerla de colaborar con la Gestapo. Noor añadió:

—Ese documento de defunción era de mi padre, pero los funcionarios franceses se equivocaron al escribir su nombre, incluyendo por error la ‘V’ al comienzo de su nombre, Vinayat, en lugar de escribir Inayat. Dejamos ese y otros papeles en el despacho de la casa. Has estado allí, con los nazis, y me has estado engatusando. Me has contado solo mentiras —agregó. Después se puso frente a él y, con lágrimas corriéndole por las mejillas, continuó—: La mejor mentira es aquella que se ajusta todo lo posible a la verdad, ¿no es así? Pues acabas de meter la pata y casi me engañas. Tú no eres más que un sucio traidor, Gustav. Eres un cerdo. Todo esto no ha sido sino un juego para convencerme de delatar a miembros de la Resistencia. Eres uno de ellos. Eres un nazi asqueroso.

Gustav se encogió de hombros y lanzó un bufido de repulsa al darse por perdido.

—Tendrá que ser por las malas —comentó.

Noor se adelantó con fiereza y empezó a golpearlo. Él la agarró y la tiró con fuerza al suelo. Ella cayó en un rincón y volcó un cuenco con agua que le dejó la ropa empapada.

* * *

El padre de Gustav estaba obsesionado con las filosofías hindúes y todo lo asociaba a prácticas esotéricas, místicas y leyendas de tiempos oscuros. También le apasionaban las costumbres, ritos, fetichismos, reliquias cristianas católicas, ropajes y colores de vestimentas según la jerarquía, así como la arquitectura romana, el arte de los clásicos, escultores y pintores; la guardia suiza, la Capilla Sixtina, la historia de la Edad Media, la masonería y cualquier parafernalia dentro del Vaticano; sus misteriosas congregaciones y sociedades secretas y el gran poder que estas ostentaban sobre millones de personas; el mundo satánico, las conspiraciones internas, la cantidad de oro que sus miembros poseían en las arcas; sus manejos políticos, la historia de la Inquisición española con sus crueles métodos de torturas… Todo, en conjunto, suscitó en él el deseo de que su hijo tuviese un día un cargo importante en el Vaticano, que fuese partícipe de la red secreta que consideraba parte del funcionamiento del poder eclesiástico. Pero el destino tenía otros planes para su vástago.

Después de la prohibición que Inayat Khan les impuso, y tras negarse Gustav a seguir internado en Roma, viajaron a Berlín, donde el chico estudió Derecho. En la Alemania de los años treinta los tiempos eran duros, pero su familia, mitad danesa, mitad alemana, era inmensamente rica. Cuando las SS comenzaron a reclutar jóvenes cualificados recién salidos de la universidad para cubrir los escalafones de los mandos superiores, Gustav no se lo pensó dos veces. Su padre era muy amigo de Reinhard Heydrich y debido a su recomendación personal, además de ser rubio, de ojos azules y tener una complexión más o menos atlética, Gustav fue declarado de raza aria pura por la comisión racial de las SS. Asimismo, tras un metódico y exhaustivo estudio de su árbol genealógico para cerciorarse de que no había ningún antepasado judío en su familia, fue seleccionado para el Sicherheitsdienst, el servicio de seguridad de las SS, la corporación encargada de recabar información organizando una red de agentes e informantes a lo largo del Reich, así como en los países ocupados por los nazis.

El joven admiraba profundamente a Adolf Hitler y se consideraba a sí mismo un verdadero nazi. Ahora era mayor general de la policía y Brigadeführer de las SS. El día anterior, Gustav había recibido la orden de reunirse con el Reichsführer Heinrich Himmler en Wewelsburg, el extravagante castillo que el dirigente se hizo construir —influido por su obsesión hacia el ocultismo, por el rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda—, con un coste impresionante de millones de marcos.

* * *

—¡Eres una estúpida, Noor! Sí, estuve en tu casa de Fazal Manzil tras la toma de París. Odié a tu padre por la forma en la que me habló y cómo me trató en tu casa. Yo estaba inmensamente enamorado de ti, estaba loco de amor y él me humilló. “No eres digno de mi hija. No quiero que vuelvas a pisar esta casa, ni te acerques siquiera. Te prohíbo que la vuelvas a ver”, me dijo ese día en el jardín de tu casa, cuando te comuniqué que no iba a volver como interno al seminario de Roma. Aquella fue la última vez que nos vimos, ¿te acuerdas? A mí siempre me habían atemorizado las chicas hermosas y tú lo eras, mucho, con ese bronceado, el pelo negrísimo y fino como la seda. Me costó ser capaz de charlar correctamente contigo; los primeros días sudaba, tartamudeaba… Al principio me deslumbrabas tanto que tenía miedo de hablarte y mirar de cerca tu hermosa cara. Por eso tardaba en entrar en tu casa y esperaba a que tú me abrieras la puerta. Yo era un niño inmaduro, como la mayoría de los jóvenes a esa edad, pero tu padre me hizo sentir como un insignificante y desgraciado ser vivo. No solo a mí, también a mi padre, que se sintió humillado al conocer el trato que recibí. ¡Yo, proviniendo de una familia de la aristocracia! Pero, como dice el refrán, “A cada cerdo le llega su San Martín”, y me alegré cuando supe que os había abandonado para marcharse a la India. Valiente imbécil. Tanto amor universal y demás patrañas de filosofía sufí y abandona a su mujer e hijos.

»Después de que tu padre me humillara, me fui. Terminé mis estudios de Derecho y me uní al partido nazi. Gracias a los miembros influyentes de mi familia —entre ellos mi tío, que es dueño de una fábrica de armamento en Alemania—, obtuve un cargo de alta responsabilidad en las SS —relató Gustav. Después de un silencio, durante el cual se miraron fijamente a la cara, continuó—: No les revelaré quién eres tú de verdad: Noor Inayat Khan, princesa de la India. Steinbrinck sabe, por tu cuaderno incautado en el apartamento, el aprecio y el amor que tienes hacia tu madre, ya que dentro contenía el inicio de una carta que habías estado escribiendo. Cuando me cuestione mi superior, herr Ernst Kaltenbrunner, sobre la parada que he hecho en París, diré que creía que era un prisionero con información privilegiada sobre el frente de África.

—Eres un cerdo, Gustav —le espetó Noor, quien se puso de pie visiblemente enfadada —. Me da igual lo que les digas y preferiría que no hicieses nada por mí. Eres una persona llena de rencor y de odio, y esto será tu perdición.

—Bueno, he terminado mi cometido, Noor —sentenció Gustav pasándose un dedo por el cuello de la camisa y quedándose pensativo —. Soy un miembro muy importante en las SS y me dirigía hacia una

reunión de suma importancia en el castillo de Himmler en Westfalia, en la pequeña ciudad de Wewelsburg, cuando me notificaron tu arresto. Al ver la fotografía de la prisionera Nora Baker, no tuve duda de que eras tú. Aquella joven murió hace tiempo y ya no puedo hacer nada por ella, así que te dejo aquí. Por cierto, se me olvidaba: a dos de tus tíos los fusiló una patrulla móvil antes de que yo llegase a Fazal Manzil. La guerra saca lo que la gente lleva dentro: los psicópatas se convierten en soldados de primera, los sádicos en torturadores, las putas no dan abasto en Italia y en Francia, los inteligentes como yo saben lo que les conviene y las víctimas como tú, personas en el más completo anonimato, quieren convertirse en heroínas. —Tras arreglarse las mangas de su uniforme, dio un sonoro golpe con su puño derecho en la puerta metálica. El centinela, después de abrir y cerrar la mirilla, la abrió de golpe. En el umbral de la puerta, añadió en voz baja, casi como en un susurro—: Buena suerte, Noor, o mejor dicho Nora Baker, alias Madeleine…

—¡Te pudrirás en el infierno! —gritó Noor cuando Gustav salió de la celda y el centinela cerró de golpe la puerta.

—No, estás confundida —contestó él con tono siniestro y casi inaudible desde la mirilla rectangular—: Bienvenida tú al infierno.

Capítulo 8

El principal cometido del Waffen-SS Sturmbannführer Otto Kramer, jefe de la inteligencia de la Gestapo en la avenida Foch, era lo que se denominaba Funkspiel: cuando un operador de radio británico era detenido, se le proponía una alternativa para seguir con vida, que consistía en colaborar y continuar sus transmisiones utilizando sus códigos secretos para no alertar a los ingleses y enviar mensajes dictados por los alemanes. Rechazar tal proposición era sentenciarse a una muerte lenta y bajo tortura. Él fue quien reclutó al infame británico Harold Cole para trabajar como agente doble, traicionando a ciento cincuenta miembros de la Resistencia francesa, de los cuales cincuenta fueron ejecutados por la Gestapo. Por este motivo, Scotland Yard le denominó “el más sucio traidor de la guerra”.

Kramer era de mediana estatura, delgado, de pelo liso, cejas pobladas y oscuras y rasgos muy pronunciados. Tenía unos cuarenta años pero aparentaba muchos más. Si estaba en la calle, sin uniforme y sin sus insignias de las SS, parecía un hombre de la clase obrera o un vendedor ambulante de frutas o verduras. No tenía aspecto distinguido ni de poseer estilo o clase, y aun así vivía con todo tipo de lujos en un hermoso apartamento parisino junto a su esposa, con quien tenía dos hijos, aunque esto no era motivo para privarse de seducir a otras mujeres. Según él, las francesas eran las mujeres más hermosas del mundo, junto con los bulevares, los muebles y la pintura. De Francia también le gustaban la comida, el vino, el champán, las baguettes y los croissants calientes.

Noor caminaba a paso rápido por el pasillo custodiada por los centinelas. Al frente iba Steinbrinck, quien se encontró en el vestíbulo con Karl Von Grönhagen, el hasta entonces ayudante de su jefe, un individuo de inteligencia privilegiada y fría que le inspiraba respeto. Aquel día se marchaba de París después de ser transferido a un puesto de mayor responsabilidad en Berlín. Grönhagen observó de arriba abajo a la prisionera, escrutándola con la mirada. Steinbrinck sabía que estudiaba aquel cuerpo y calculaba el tiempo que duraría ante los sádicos métodos de tortura, por mínimos que fueran, por los que herr Kramer se había labrado el apodo de ‘el ángel del diablo’ entre el cuerpo de élite de las SS.

Steinbrinck entró en el despacho. El mobiliario era de apariencia más humilde que el suyo, —no tenía gusto— y se reducía a unas cuantas sillas y a un enorme escritorio de madera sólida.

—Heil Hitler! —exclamó alzando el brazo tras hacer entrechocar

los talones—. Herr Sturmbannführer, la prisionera está aquí.

En la pared había un retrato bastante pequeño de Adolf Hitler y encima del escritorio una foto familiar con unos niños pequeños. Steinbrinck se dio cuenta de que su superior llevaba la pistola y que su intención era dar a entender a los presentes que, aunque tenía un despacho con cierto aire de pretendida modestia, se tomaba muy en serio su trabajo. “Seguro que el muy imbécil no sabe ni utilizarla. Apuesto a que no daría a ningún blanco movible”, pensó para sus adentros.

—Dígale que entre, Steinbrinck —le contestó Kramer sin alzar la mirada, pero sí haciendo un ademán en alto, atento a unos documentos que estaba estudiando—. Deseo conocerla cuanto antes.

Otto Kramer era un hombre habituado a recibir a los visitantes sin moverse de su asiento.

Steinbrinck sabía que el ascenso de su superior en la Gestapo era debido a su lealtad a Hitler, a su entusiasmo por el nacionalsocialismo y a sus orígenes familiares más que por su inteligencia y profesionalidad. Además, pensaba que los altos cargos de la Gestapo conspiraban para reservarse los mejores puestos y mantener alejados de ellos a personas talentosas como él pero que no procedían de familias ricas alemanas. A Steinbrinck le molestaba que Kramer tuviese un cargo con el poder de influir en la vida de las personas y que fuese una nulidad en inteligencia. Él, en cambio, provenía de una familia alemana trabajadora, a quienes no les habían regalado nada en la vida, ni heredado títulos ni patrimonio alguno. Se afilió al partido después de terminar exitosamente sus estudios de medicina y haber trabajado en la policía, además de alistarse en el ejército alegando ya una experiencia profesional. Consideraba a su jefe un bruto inútil y amargado que tomaba la rápida decisión de mandar a un prisionero a la sala de torturas por su incapacidad intelectual y psicológica de soportar que una persona lo contrariara, mucho menos si ese individuo era un ser inferior por cuyas venas no corría sangre aria.

En cuanto Noor estuvo frente a su escritorio, Kramer percibió el sobresalto de miedo inicial que experimentaban los prisioneros nada más estar de pie frente a él. Esto lo satisfizo. Los agentes británicos infiltrados en Francia ayudaban a la Resistencia a atentar contra centrales eléctricas, descarrilar trenes, destruir fábricas de armamento alemán, cortar líneas telefónicas e incluso enviaban a los niños a echar grava dentro de los contenedores y depósitos de aceite de los vehículos e inutilizar así tanques y camiones. Pero cuando estaban frente a él, esa valentía se esfumaba y temblaban como escolares al ser reprendidos por una travesura; tartamudeaban, lloraban e imploraban por su vida. Muchos de ellos hablaban, sobre todo tras un breve inicio de lo que él llamaba “el método”.

Vio que el vestido que cubría su cuerpo menudo, pero de buenas proporciones, parecía un abrigo, y le produjo un rebosante sentimiento inusual de atracción sexual hacia la prisionera. Acto seguido, percibió con sorpresa que ese rostro exquisito de Noor adoptaba una expresión desafiante. Steinbrinck ya le había informado sobre el carácter agresivo de la mujer. Asimismo, le llamó la atención que un cargo tan importante en las SS, de camino a reunirse nada menos que con Himmler, se hubiese tomado la molestia de cambiar su itinerario y visitar la celda de la prisionera. El Brigadeführer de las SS Gustav van Baron van Pallandt, le había dado la orden de mantener con vida a la mujer y no infligirle daño físico. Al ser un oficial de alto rango, conocido por ser muy cercano al comandante en jefe de las SS, Heinrich Himmler, no lo cuestionó y ni se molestó en preguntar el motivo. Pero esto, pensó, no quería decir que no pudiese utilizar otras formas coercitivas para hacerla hablar.

—Parece usted una mujer obstinada, madame Nora, Madeleine, Noor-un-Nisa… o como diablos quiera llamarse —dijo con los ojos cerrados mientras se apretaba el puente de la nariz con el pulgar y el índice. Su tono de voz era cortés y se percibía en él una calma anormal, como la de un empleado de una casa de pompas fúnebres que ayuda a un cliente lloroso a seleccionar el ataúd para un familiar fallecido. Tras una pausa, levantó la cabeza y la escrutó con la mirada —. Sé que el SOE instruye a sus agentes durante sus entrenamientos para que hablen, pero para que lo hagan, digamos, con respuestas muy difíciles de comprobar. Aunque usted parece que no tiene imaginación: no nos quiere decir ni una mentira piadosa. Insiste en no hablar, ¿no es así?

—No les revelaré ningún código —contestó muy segura de sí misma, lanzando una mirada desafiante.

—Ja, ja, ja. ¡Código! ¿Ha oído, Steinbrinck? ¿De qué código habla esta joven? —preguntó riéndose entre dientes, al mismo tiempo que se levantaba. Situándose frente a Noor, la escrutó de manera amenazadora. Observó cómo ella mantenía su postura de pie, sin intención de retroceder, lo que le indicó que la prisionera era testaruda y no sería fácil sonsacarle información sin infligirle dolor. Sonrió, dio la vuelta, volvió a sentarse y se reclinó en el asiento con un aspecto repentinamente agradable—. Usted ya está transmitiendo a Londres. De hecho, esta mañana les ha pedido bastantes cantidades de pistolas Colt y municiones, además de metralletas Sten, cigarrillos y otras cosas que ya no son de su incumbencia. Pero le informo que la próxima semana su oficina de Londres nos arrojará en paracaídas cientos de toneladas más de armas y muchos explosivos. Conocemos sus indicativos de seguridad. Sabemos descifrar sus códigos, preguntas y las respuestas clave.

Noor lo miró asombrada, intentando entender sus palabras.

Kramer apretó un interruptor. Su secretaria, y sustituta de Karl Von Grönhagen, Erika Schneider, apareció al instante con diligencia majestuosa. Llevaba un delicado perfume francés floral cuyas emanaciones flotaban a su alrededor. Tenía cuarenta y cuatro años y era viuda de guerra. La blusa blanca y la falda negra, que le cubría hasta las rodillas, le daban una imagen de mujer atractiva y sensual.

—Tráigame a Starr —ordenó, sonriendo ante la perplejidad de Noor.

Aquella sonrisa suya, tan sádica y nociva, le aceleraba los latidos del corazón a Erika, lo cual era un motivo más por el que sostenían una relación íntima desde que Kramer tomara su cargo en París.

Steinbrinck sintió la atracción que su jefe causaba en la secretaria y se imaginó cómo se elevaría la fragancia de su piel cálida mientras aquel monstruo sanguinario le quitaba la falda, la blusa y la ropa interior. No, no podía ser, su jefe era como él; ambos habían visto suficiente en la sala de torturas como para poder seguir haciéndole el amor a una mujer como personas normales. No, ellos eran monstruos, y como tales se comportaban ante una mujer desnuda: la penetraban con bestialidad, la violaban y se comportaban de forma sádica con ella.

A los pocos segundos entró el teniente británico Bob Starr, capturado por la Gestapo a principios de 1943, y que desde entonces colaboraba con los nazis como operador de radio en la avenida Foch. Gracias a sus mensajes falsos, Kramer había recibido innumerables cantidades de dinero en efectivo, municiones, ropa y cigarrillos que los ingleses lanzaban en avión. Los británicos continuaban creyendo que agentes que habían sido arrestados, asesinados o desaparecidos, seguían con vida transmitiendo desde Francia y pedían soporte para la Resistencia. No solo la Gestapo obtuvo muchos productos y dinero, sino que detuvieron a numerosos agentes nada más haber aterrizado en territorios ocupados. Starr conocía los códigos de los operadores, sus contraseñas secretas, y en la libreta de anotaciones de Noor encontró una inmensa información.

—¡Traidor! ¡Hijo de puta! —le espetó Noor.

Con un ligero movimiento de cabeza, Kramer llamó la atención al soldado que la custodiaba, y este le pegó un bofetón tan fuerte que la tumbó en el suelo.

—Es suficiente. Levántela —exclamó haciendo un chasquido con los dedos, como si estuviese mandando una orden a un perro entrenado—. Y usted, Starr, ya puede irse y resumir su trabajo.

—Nora Baker, es mejor que colabores —susurró Starr a Noor mientras la agarraba con fuerza de un brazo—. No seas obstinada, tienes todo en tu contra. Conoces los códigos Bletchley de la A a la Z.

He leído tu cuaderno. Eres la mejor radioperadora que el SOE ha tenido hasta ahora en suelo francés. Puedes trabajar aquí cómodamente y seguir viva.

Los códigos Bletchley a los que se refería Starr eran el nombre de la ciudad localizada en Buckinghamshire, en Inglaterra. Allí, en una mansión victoriana a las afueras llamada Bletchley Park, se descifraban códigos alemanes en secreto. La primera computadora Colossus, diseñada y construida en ese lugar, permitió interpretar los códigos de la máquina alemana Enigma. Matemáticos y criptógrafos británicos (entre ellos Alan Turing), jugadores de ajedrez, de bridge y fanáticos de los crucigramas se enfrentaron a los problemas presentados por las muchas variaciones de Enigma. Tal fue el secreto alrededor de los desciframientos de códigos alemanes que realizaban en aquella mansión que sus informes se llevaban directamente a Winston Churchill en una caja cerrada, de la que solo el primer ministro tenía la llave.

—Vete a la mierda —le contestó Noor. Acto seguido, le escupió con fuerza en la cara y añadió—: ¡Sucio traidor!

—Gracias Starr, por su interés en querer reclutarla, pero ahora mismo tengo otros planes para esta jovencita —dijo Kramer con parsimoniosa actitud, disfrutando de las reacciones de Noor antes de que el teniente británico saliese del despacho limpiándose la cara con un pañuelo—. Lleven abajo a la prisionera. Quiero mostrarle algo a madame Nora Baker. Hoy es día de visita en el zoológico de la avenida Foch. —rio sonoramente de su ocurrencia, que realmente le pareció ingeniosa.

Noor caminó por los siguientes pisos del edificio y vio los vestíbulos llenos de filas de centralitas y empleados con auriculares puestos. Había un sinfín de cables que reptaban, esparcidos por el suelo de mármol, como cuerdas desenrolladas sobre la cubierta de un barco. “No dejes los cables enroscados en el suelo y desordenados como si fueran jalebis, ese dulce frito y redondo tan popular en la India”, le había comentado su jefe durante el entrenamiento en Inglaterra como operadora de radio.

Mientras bajaba las escaleras, cruzaba diversas habitaciones y recorría varios pasillos, se percató de que algunas ventanas estaban tapiadas, sin duda una medida de precaución por una posible ofensiva o ataques aéreos de la Resistencia. Los aliados tenían los pesados cuatrimotores Lancaster, pero eran poco precisos; sin embargo, la última generación de cazabombarderos, los Thunderbolt y los Lightning, podían atacar en pleno día y reducir aquel edificio a un montón de escombros. Aun así, había varias ventanas que tenían las gruesas cortinas descorridas. Noor pensó que, al igual que ella, algunas mujeres alemanas que atendían las centralitas debían de

resistirse a trabajar con luz artificial.

Steinbrinck observaba la arrogancia de su superior andando delante de él, con su porte militar tan característico, como si se esmerara en dar una impresión de eficiencia y determinación, pero sabía que esa imagen era falsa. Otto Kramer no era como él porque no tenía inteligencia. "Cómo lo odio. Le metería un bala en la nuca", pensaba mientras esbozaba una sonrisa siniestra.

Al llegar al sótano, atravesaron una pesada puerta de acero. A ambos lados del largo pasillo había habitaciones con puertas que ostentaban pulcros rótulos en alemán. A diferencia de las plantas superiores, ahí los propios alemanes llevaban a cabo la limpieza y el personal francés, por tanto, tenía el acceso tajantemente prohibido. Las dependencias tenían techos bajos, suelos de piedra y paredes desnudas. Había guardias de las SS aquí y allá y oficiales saliendo y entrando de diversas estancias con abultados expedientes y ficheros o, simplemente, un solo documento en alguna de las manos.

Cruzaron un laboratorio fotográfico. Más adelante, a ambos lados del pasillo, había celdas con pequeñas mirillas en sus puertas. "Aquí, otra sala de radio para captar señales de la Resistencia", dedujo Noor cuando distinguió un cuarto atestado de equipos de radio y una serie de operadores. Siguieron avanzando por el pasillo interminable de paredes de cemento y apenas iluminado. De vez en cuando se percibía una ráfaga de aire frío. Los ventiladores eléctricos producían un leve zumbido. Al llegar a la última sala del pasillo, Noor leyó en un letrero: "Centro de interrogatorios".

Tras un fuerte golpe, el centinela se esforzó por empujar la pesada puerta con los talones. Cuando se abrió, Kramer, Steinbrinck y los dos soldados que escoltaban a Noor entraron. Dentro de la habitación había un agente sudando, en camiseta de tirantes y con los pantalones subidos hasta las rodillas, que limpiaba el suelo con una fregona junto a un cubo lleno de agua roja.

La luz apenas iluminaba una mesa de madera, un par de sillas baratas y un paragüero con porras de madera, barras de acero y palos de distinto tamaño y grosor. A un lado había una larga mesa similar a la de un quirófano, con abrazadera para inmovilizar a la víctima, así como correas para atar muñecas y tobillos. En el lado izquierdo se encontraba un estante empotrado, en cuyas repisas había jarras y botes de distinto tamaño que contenían productos médicos como jeringuillas y, probablemente, drogas. Al pie de este se hallaba un aparato mecánico destartalado que, sin duda, utilizaban para aplicar electrochoques. En medio de la estancia había colocado verticalmente un poste rectangular de madera sólida, todavía con manchas de sangre frescas, y sobre él dos gruesos cinturones de cuero con prominentes hebillas que colgaban del techo.

Noor sintió escalofríos y se le hundió el corazón al pensar lo que podían hacer con ella. Steinbrinck intuyó el miedo que sentía. De hecho, en un principio, él pensó que aquellas torturas eran necesarias para sonsacar información que ayudaría a salvar vidas de soldados y oficiales alemanes, quienes podrían volver con sus familias en lugar de morir en atentados perpetrados por la Resistencia o de ser acribillados en plena calle mientras tomaban un café. Pero qué confundido estaba... Aquella sala no era más que una excusa para satisfacer personalmente la enfermiza psique de su jefe.

Noor oyó de pronto el golpe sonoro de una puerta que se cerraba en el fondo del pasillo. Después de escuchar durante varios segundos los pasos pesados de alguien que se aproximaba, se giró rápidamente hacia la entrada. Cuando vio aquella figura, retrocedió hasta que los soldados que la custodiaban la sujetaron con fuerza por los brazos para mantenerla quieta. Como estaba aterrada, palideció.

—¡Dios santo! —exclamó.

Por el umbral entró el sádico grandullón Hermann Grimminger, de casi dos metros de estatura y de unos ciento treinta kilos de peso. Su medio rostro destrozado hacía que su presencia resultara mucho más escalofriante. Su físico era el de un luchador, con la nariz aplastada de un boxeador. Tenía el pelo rubio pajizo y unos ojos de color verde esmeralda que siniestramente hablaban por él y que se hallaban en constante movimiento: en aquel instante le decían a Noor que estaba ansioso por empezar su trabajo. Detrás había otra persona que arrastraba una cadena, pero ella no pudo verlo desde donde se encontraba situada, ya que la luz del pasillo lo iluminaba por la espalda.

Ante la presencia de Kramer y Steinbrinck, Grimminger hizo un gesto y entrechocó los talones. Cuando la figura que tenía detrás salió de las sombras, Noor la reconoció horrorizada: se trataba de Pierre, el enlace local que la había recogido nada más aterrizar en Francia haría un mes. Fue él quien le dio una bicicleta y la acompañó hasta el vecino pueblo para tomar el tren y reunirse con su grupo en París. Pierre Armand era un hombre afable y mofletudo de unos cincuenta años, panadero de profesión y miembro de la Resistencia francesa. Había sido apresado el día anterior, tras ser delatado por un compañero. El miedo cubría el rostro de aquel hombre.

—Te presento a herr Grimminger —comentó afable Kramer, con las manos entrelazadas tras su espalda—. Su profesión, antes de la guerra, era la de carnicero, y muy bueno, por cierto. Su carnicería era muy frecuentada por familiares de importantes miembros del partido. —dijo. Se colocó frente a Noor y añadió—: Es un bruto, no piensa, ese es su defecto, a veces hay que decirle las cosas dos veces. Aun así, es muy efectivo en su trabajo dentro de esta coqueta habitación. Herr

Grimminger no tiene parangón alguno en cuanto a infligir castigos, por eso tiene la distinción de sargento.

Después de que Kramer chasqueara los dedos, ataron al hombre francés al poste. Pierre miró fugazmente a Noor y la reconoció; su acción no pasó desapercibida ni para Kramer ni para Steinbrinck.

—Por otro lado, quiero presentarle a monsieur Armand —dijo, inclinando la cabeza de forma irónica—. En el momento de su detención se le incautaron cargas de explosivos y detonadores, además de pistolas y metralletas. ¿Qué hace un panadero con todo eso? Sin duda ayudando a la Resistencia a matar alemanes. ¿No es este el propósito? Pero lo que más nos sorprendió fueron los numerosos rifles Lee-Enfield No. 4 Mark I, "canadienses", como los llama la gente dedicada al contrabando. Uno de mis cometidos aquí es limitar a la Resistencia, cuyo propósito es dañar nuestras comunicaciones. De su parte y sin romperle ni un solo dedo, ya hemos obtenido una larga historia llena de detalles precisos. Parece que monsieur Armand es un gran aficionado a los libros de Victor Hugo; si se dedicara a la escritura, quizás esa imaginación que tiene le daría más éxito profesional, en lugar de estar horneando baguettes. Nos ha dicho muchas cosas, pero no podemos dejarlo libre porque conoce nuestras instalaciones y cometidos aquí, en la avenida Foch, así que tenemos que hacerlo desaparecer, como hemos hecho con tantos otros. Pero antes, madame Nora, quiero que conozca lo que vamos a hacer con usted si no colabora, como el teniente Starr diligentemente le ha propuesto hace unos minutos.

Noor estaba conmocionada.

Decidido a mantener la calma, Steinbrinck no pudo reprimir una mueca de repugnancia y volvió a recordar que su jefe era un perro despreciable y peligroso. Aun así, tenía que ser precavido e inmisericorde. Siempre que se encontraba en la sala de tortura y presenciaba lo que sucedía, hacía lo posible para no exteriorizar sus sentimientos de asco ante aquellas acciones que desaprobaba. Hacía un esfuerzo para que no le afectase emocionalmente el sufrimiento físico y mental que estaba a punto de infligir Grimminger a aquel ser humano. Se decía a sí mismo: "Lo único importante son los resultados". Por eso, como de costumbre, empezó a expresar una indiferencia tan fría como la misma muerte.

Adivinando la sensación de angustia que corría por el cuerpo del prisionero, Kramer rompió a reír de forma tan diabólica que hizo estremecer aún más al francés, así como a Noor, que presenciaba desde un rincón, entre Steinbrinck y los dos centinelas que la custodiaban, aquel horror.

—Sargento, desnude al prisionero —ordenó.

Después de ver al forzudo Grimminger quitarle la ropa con ayuda

de una daga extremadamente afilada, dijo con voz suave y señalando el paragüero:

—Ahora, toma el garrote más grueso.

Pierre Armand estaba pálido; destilaba miedo por todos los poros de su piel. Kramer se acercó al prisionero, que respiraba con profundidad, y señaló su rodilla izquierda.

—¡Aquí! —dijo apuntando con el índice—. Dele con todas sus fuerzas.

El sargento, con evidente satisfacción, blandiendo aquel garrote semejante a dos bates de béisbol americano juntos, le dio tan fuerte que el grito que soltó el francés fue ensordecedor.

—Armand es demasiado viejo para soportar una auténtica sesión de tortura, por eso nos ha dicho muchas cosas. Ha hablado mucho —continuó diciendo Kramer con las manos en la espalda mientras se paseaba por la habitación como un profesor impartiendo clases a sus alumnos—, aunque ha cometido un error. Nos ha tomado por imbéciles. Los miembros de la Resistencia usan nombres en clave. Una mujer puede hacerse llamar Tigresa, Ratón o Relámpago cuando está con otros compañeros, pero Armand los conoce y sabe que aquel que se hace llamar Campeón es el camarero del bar de monsieur Gastón, quien se acuesta con la mujer del electricista de la Rue des Rosiers —Armand lo miró alelado, el dolor que sentía se había extendido por todo el cuerpo—. Quiero que sepa, Nora Baker, que lo que le vaya a ocurrir aquí es responsabilidad suya. Tiene usted elección, al contrario que este ser miserable. Puede decidir entre su sentencia de muerte o seguir viva. Sargento, propine otro golpe.

El sargento alzó el garrote y, con una fuerza tremenda, lo descargó sobre la cabeza del francés, produciendo un fuerte sonido al impactar contra los huesos del cráneo. Pierre Armand dio un grito horripilante.

Esposada y sin poder cubrirse la cara, Noor intentaba girarse en vano, pero uno de los soldados la mantenía firme para que presenciase la tortura.

—Usted me va a decir nombres auténticos y sus claves —dijo. Después agarró enfadado la porra que el sargento llevaba en la mano y lo reprendió—. ¡Estúpido, animal! Cuando tengamos aquí a la madame Nora Baker, no le propine un golpe tan brutal en la cabeza porque puede incapacitarla y no hablará si le rompe la mandíbula. Aunque con este ya no nos preocupa —añadió. Enojado, tiró el garrote a un rincón de la habitación y, señalando con el índice, agregó—: Coja aquella barra de hierro y concéntrese en romperle los dedos, las costillas, los tobillos, los codos…, pero evite los órganos vitales.

Grimminger asintió satisfecho. Kramer continuó mirando a Noor con complacencia.

—Uno tiene que pensar, por lo menos, con varias jugadas de

antelación. Esto es como el ajedrez —dijo abriendo los brazos sin perder la sonrisa—. Aquí, el monsieur se inventó ayer una historia llena de mentiras cuando Steinbrinck amablemente lo interrogó. Creo que subestimó la amabilidad con la que Steinbrinck tiene acostumbrado a tratar a los prisioneros y al monsieur le dio por echar a volar la imaginación. Y eso que es panadero, ¡pero qué imaginación! Por suerte habíamos torturado aquí por la mañana a un miembro más joven de la Resistencia y nos contó todo cuanto queríamos.

La brillante luz que emitía la bombilla desnuda colgada del techo permitía distinguir las salpicaduras de sangre en el uniforme del sargento Grimminger. Muchos prisioneros, ante los restos de una brutal paliza, se desmoronaban de puro pánico al ver lo que les podía ocurrir. Noor se percató de que un chorro de sangre se extendía por el suelo marcando un surco. Sintió ganas de vomitar pero cerró los ojos un instante y se concentró en dominar su miedo, en tomar fuerzas: “La mente, la mente es lo importante, no el cuerpo. Concéntrate, Noor. Domina la negatividad que hay a tu alrededor”, pensó.

—¡No le diré nada! —gritó Noor con frialdad, moviendo la cabeza.

Steinbrinck, de pie al lado de ella, percibió que Noor estaba muy asustada, pero notó que aún conservaba el coraje de la primera vez, cuando la vio de pie en su despacho.

Kramer hizo caso omiso, como si nadie hubiese dicho nada, pero se dio cuenta de que la prisionera no parecía dispuesta a rendirse. Hizo un gesto al aire, indicando al sargento que procediese. Este, jadeando y empapado de sudor, siguió dando un golpe tras otro. Armand ya no podía abrir los ojos y quizá ya no lo hiciera nunca, porque tenía la cara tan hinchada que el morado de las contusiones había sustituido el color natural de aquella piel curtida por el trabajo físico. Las gruesas cuerdas de cuero con las que estaba atado su cuerpo y los grilletes en las muñecas lo mantenían en pie. La sangre le brotaba desde la cabeza y le cubría el pecho y el vello del pubis. El sargento le tiró un cubo de agua fría y Pierre Armand se despertó del desmayo.

—Sargento —dijo Kramer alzando el brazo—. ¿Qué le dije ayer? Que cada golpe es como una conmoción imprevista, como un terrible shock. Por eso debe dejar una pausa entre un golpe y otro, así la espera del prisionero a recibir el siguiente será más angustiosa para él —añadió riéndose. Después se dirigió a Noor—. La espera se transforma en agonía, madame Nora Baker.

—Ça suffit! —farfulló Armand de una forma casi inaudible, escupiendo sangre por la boca a la vez que seguía implorando en el paroxismo de terror y dolor—: S’il vous plaît… s’il vous plaît… À Dieu…!

Kramer hizo como si no lo hubiese oído.

—Ya sé que usted, Steinbrinck, desaprueba mis métodos.

Steinbrinck lo miró fríamente. Kramer continuó con aspecto encantador:

—Pero no nos dejan otra alternativa. Tenga en cuenta que el Führer lleva sobre sus hombros la responsabilidad de esta guerra y nosotros tenemos el deber de aligerarle ese peso en todo lo posible.

—Jawohl, herr Sturmbannführer —contestó Steinbrinck con total firmeza, después de hacer un sonoro chasquido al golpear los talones de sus botas.

Kramer sonrió y la marca de la cicatriz en una de sus mejillas, reliquia de sus años de estudiante al batirse en un duelo, se pronunció todavía más y aumentó la imagen despiadada de su naturaleza.

—Espero que aquí la prisionera nos complazca en decirnos todo lo que sabe sobre otros circuitos de la Resistencia —dijo Kramer mientras caminaba de un lado a otro de la sala, ignorando los fuertes sollozos y gemidos de Armand—. En mi dilatada experiencia, madame Nora Baker, he llegado a saber que es una buena idea golpear al prisionero por segunda vez en el hueso roto. El dolor es terrible… —hizo teatralmente un chasquido con la boca, como de rechazo—. ¡Sargento! —añadió mientras sacaba otra porra del paragüero—. Tome este otro mazo, que parece muy adecuado —prosiguió. Inclinándose frente al cuerpo colgado de Armand, mostró su dedo en la espinilla de la pierna ya dislocada—. Justo aquí. Apunte cuidadosamente.

El sargento Grimminger le asestó un golpe tan fuerte que toda la pierna se balanceó tras un tremendo y audible crujido de huesos. Armand soltó un alarido de auténtico dolor. Acto seguido, perdió el conocimiento. Le volvieron a echar otro cubo de agua fría; después de recobrar el sentido, volvió a gritar, pero sus alaridos fueron debilitándose hasta convertirse en meros gemidos estremecedores.

—Madame Nora, ¿sabe por qué el sargento golpea utilizando la mano derecha? Las personas zurdas lo son porque tienen más corazón que el diestro, aunque los diestros, como aquí el antiguo carnicero, gustan corregir porque no toleran que otros tengan más corazón que ellos. A su lado tiene a herr Steinbrinck, zurdo de nacimiento —su mirada, flotante por toda la lúgubre estancia, se concentró súbitamente sobre Steinbrinck—. Una sesión de tortura es cuestión de fuerza y no de corazón, por eso se debe emplear la mano derecha, como diligentemente hace herr Grimminger.

Noor lloraba a lágrima viva. No entendía lo que decía ni le prestaba atención alguna.

Kramer estaba exultante tras haber conseguido infligir pánico y horror. “Ahora la prisionera sabe lo que le espera aquí dentro, en el sótano, pero no cuándo”, pensó con satisfacción.

—Porque la espera, la espera… La espera de no saber cuándo la

sacaremos de su celda para traerla aquí y sufrir tortura… Esa espera acabará debilitándola psicológicamente —dijo en voz baja. Acto seguido, alzando la voz, añadió mientras sacaba su pistola del cinto—: Sargento, ponga una venda en los ojos del prisionero. No hay nada como vendar al prisionero para aumentar su angustia, ya que no sabrá por dónde vendrá el dolor.

Primero le disparó en el hombro izquierdo y, después de una pausa, en el derecho. Luego le metió una bala en la pierna de la que asomaba el extremo astillado del hueso entre la carne. El francés tan solo tenía fuerzas para soltar leves gemidos tras los impactos de bala en su cuerpo completamente roto.

—Bâtard! Va te faire enculer—dijo Armand en tono casi inaudible mientras forzaba una sonrisa en la boca entre tantas contusiones recibidas en la cara.

—¿Qué ha dicho? ¿Quiere decirnos algo, monsieur Armand? —preguntó de manera sarcástica Kramer mientras se inclinaba frente al prisionero.

—Va te faire foutre! —contestó Armand. Aunque apenas levantó la voz, esta vez se oyó perfectamente. En ese momento, soltó un escupitajo en dirección a Kramer quien, a pesar de echarse hacia atrás rápidamente, no pudo evitar que el coágulo de sangre cayese en su inmaculada bota negra.

—¡Maldita sea! —prorrumpió enfadado, con una prominente vena hinchada en la frente. Apretó los dientes y añadió con autoridad—: Sargento, manténgale la cabeza en alto.

Grimminger agarró del pelo a Pierre Armand, que no perdía la sonrisa, y mantuvo alzada su cabeza. Kramer le puso el cañón de su pistola Luger en la sien y disparó, haciendo saltar un trozo de carne al mismo tiempo que la sangre comenzó a brotar como agua de un grifo abierto. Parte de la masa encefálica fue a parar a la chaqueta de uno de los soldados que mantenía de pie a Noor. Ella, con los ojos arrasados en lágrimas debido al impacto ensordecedor del disparo y el espectáculo de aquella imagen brutal, se desmayó.

—Steinbrinck, llévese de aquí a la prisionera —ordenó sonriendo de placer mientras observaba con detenimiento el agujero que había provocado en la cabeza del prisionero.

Kramer bostezó. Parecía un cirujano que se había pasado horas y horas en el quirófano solo para conseguir un resultado dudoso.

—Sargento, quiero que le corte la cabeza, vaya a la panadería que regentaba este miserable y la meta dentro de uno de esos hornos. Procure que los miembros de su familia lo presencien.

—Jawohl! —contestó Grimminger con visible satisfacción.

En cuanto Noor volvió a ser encerrada en su celda, cayó en un profundo sueño.

Capítulo 9

Noor se sintió triste después de la marcha de Jakob. Cuando su hermano Vilayat la vio llorando en su habitación quiso ayudarla y le propuso un viaje en un coche deportivo que un amigo le había prestado.

Viajaron a la bella ciudad de Barcelona, donde asistieron a un recital de Pau Casals, considerado uno de los mejores violonchelistas de todos los tiempos. A mediados de los años treinta, el músico español había rechazado una invitación para actuar en Alemania a causa de la llegada al poder de Adolf Hitler, cuya doctrina detestaba. Pese a haber sido amenazado por los nazis con quemarle las manos si no interpretaba su instrumento para ellos, el español volvió a manifestar su intención de no tocar en aquel país hasta que no hubiese un cambio de régimen político.

Noor y su hermano viajaron por el norte de Italia y en Milán presenciaron La Bohème, de Giacomo Puccini. En mitad de la representación, alguien del público reconoció la figura de Benito Mussolini en uno de los palcos principales y gritó, con apasionada y enfermiza admiración, a todo pulmón: “Il Duce è qui con noi!”, lo que produjo una inesperada situación surrealista con los actores parando la representación, los músicos dejando de tocar y el público enardecido gritando proclamas fascistas.

A Noor aquel rostro le resultaba conocido por haber visto su fotografía en los periódicos franceses muy de vez en cuando. Aun así, consideraba al carismático italiano como un mero líder popular. Mussolini tenía una expresión sombría de forma permanente y se mantenía enérgicamente erguido ante el público. Los hermanos habían presenciado los primeros brotes del fascismo.

Aquel viaje fue el momento más feliz que Noor y Vilayat pasaron juntos. Durante el trayecto de una ciudad a otra, paraban y comían en el campo o simplemente se tumbaban en la hierba y durante horas veían las nubes pasar mientras compartían sus planes para el futuro.

De vuelta a París, Noor decidió mejorar la lengua hindi y se matriculó en la École des Langes Orientales de la Universidad de París, donde también se preparó para aprobar los exámenes de psicología infantil. Tras licenciarse y acaba los estudios superiores, descartó dedicarse a la enseñanza, la música ni la psicología: ella quería escribir.

Durante las siguientes vacaciones de verano, visitantes extranjeros llegaron a su casa para participar en cursos intensivos de sufismo.

Estudiantes y devotos de todas partes del mundo se instalaron en toda la residencia e incluso acamparon en el jardín. Una baronesa de Holanda, discípula sufí desde hacía muchos años, le propuso seleccionar, según su parecer, los mejores relatos del libro épico Jataka, un compendio de quinientas fábulas breves basadas en historias tradicionales de la India que fomentan valores como el coraje, la bondad, la humildad, el perdón, la compasión, la honestidad y la paciencia.

Después de su selección, le propuso a Noor que, si las traducía al inglés, ella se encargaría de ofrecerlas a posibles editoriales interesadas. Tras seleccionar veinte, se dedicó por entero a la traducción. Se impuso un horario de trabajo de seis de la mañana a nueve de la noche. A veces dejaba de trabajar para continuar con las labores de la casa y atender a su madre; después proseguía con las traducciones, que daban un significado a su propia vida.

Cuando finalmente adaptó las fábulas a un lenguaje contemporáneo y las entregó a la baronesa, quiso continuar con el perfeccionamiento del hindi y la escritura devanagari, ya que pensó que estas lenguas le ayudarían a mejorar el sánscrito.

El compendio de cuentos clásicos que hablaban de sacrificio, lealtad y valentía fue publicado. Debido a este éxito, y por recomendación de la baronesa, mandó un breve relato original que vio la luz en la sección infantil del Sunday Figaro, periódico que la convirtió en colaboradora habitual.

En todas sus historias, dirigidas a los más pequeños, hablaba sobre el disfrute de la vida, la exploración del mundo y personajes con caracteres positivos; enaltecía al lector a la aventura y al cariño por las personas con las que convivía a diario, al familiar, al vecino o al amigo. Era una escritora prolífica, llenaba páginas y páginas con sus breves relatos. Escribía hasta altas horas de la noche y se evadía con historias fantásticas y de ficción de los problemas de su casa. Su madre, Ora Ray Baker, cada vez se encontraba mejor y ayudaba en lo posible en las tareas domésticas.

Por aquellos días, Vilayat le presentó a un joven acaudalado, aristócrata danés y discípulo sufí, llamado Peter Yohannes Eekhout Jonheer, que trabaja en el servicio diplomático y que había mostrado interés por conocer a Noor, ya que un día la escuchó tocar en un recital de música. Sin embargo, poco después de entablar amistad, el joven diplomático —que mostró sus buenas intenciones al proponerle matrimonio— fue destinado a Calcuta.

Después de consultárselo a su hermano, Noor le dio una oportunidad a esta nueva relación y decidió reunirse con Peter en la India, pero no tenía dinero suficiente para viajar y, además, hacerse cargo de sus gastos diarios. Por ello, se reunió con madame Egeling y

le dijo que tenía intención de irse a la India para contraer matrimonio con Peter. La anciana la felicitó y le dio una breve charla sobre el matrimonio; le predijo un futuro próspero, lleno de hijos sanos y preciosos, pero ella no se percató de que en realidad Noor le quería pedir ayuda económica para emprender el viaje. Sintiendo vergüenza por el solo hecho de pensar en plantearle tal pregunta a una persona tan mayor, Noor descartó viajar a la India. Desde luego, de haberlo hecho, el rumbo de su vida hubiese cambiado radicalmente. Las neblinas del amor romántico se habían desvanecido por tercera vez en su vida.

Noor siguió escribiendo cuentos breves, esta vez basados en temas mitológicos de la India y en leyendas griegas. Las historias no solo se publicaban con asiduidad y tenían gran éxito entre los lectores de Le Figaro, también eran retransmitidas por radio en el programa Heure des enfants, de Radio París. Había conseguido un grupo de fieles lectores y radioyentes. En el periódico y en la radio le comunicaban la gran aceptación que tenían sus historias, tan creativas como atractivas para el público joven. Además, le hacían llegar las críticas positivas que recibían, lo cual la llenaba de entusiasmo y ánimo para continuar escribiendo.

Debido a su inesperado éxito, decidió dedicarse profesionalmente a la escritura. Devoción, amor, cariño y sacrificio seguían siendo los ejes de sus narraciones. Asimismo, tradujo al francés historias folclóricas noruegas, cuyas tramas, a su vez, adaptó al mundo contemporáneo; incluso introdujo personajes, como el emperador Akbar o Carlomagno, y a dioses mitológicos hindúes, mezclando así elementos históricos con mitos y leyendas. Cuando se estaba estableciendo como escritora profesional, Alemania invadió Checoslovaquia.

Fue el 15 de marzo de 1939. En mayo, Alemania e Italia anunciaron su alianza. Durante aquel verano, el libro de cuentos indios en el que Noor había trabajado —y que fue traducido al inglés y adaptado al mundo contemporáneo para un público juvenil—, fue publicado en Inglaterra con ilustraciones de Henriette Willebeek Le Mair. Por mediación del editor de Le Figaro, contactó con un conocido periodista del diario Paris Soir, llamado Alexis Danan, con la idea de presentarle un proyecto para fundar un periódico exclusivo infantil que quería titular Bel Age (La Edad Bella), con ilustraciones de jóvenes artistas. Alexis se quedó entusiasmado con la idea y los cuentos orientales de Noor. Sin embargo, hubo que posponer la publicación, ya que Alemania había invadido Polonia, y Gran Bretaña, Francia, Australia y Nueva Zelanda acababan de declarar la guerra al régimen nazi.

A Noor y a su familia, así como al resto de los discípulos sufistas, la nueva situación los pilló por sorpresa. Noor estaba tan enfrascada

en su mundo literario y su hermano con los estudios de sufismo y en la propagación de las enseñanzas de su padre que no vieron venir el peligro que los acechaba. Ellos no habían seguido los acontecimientos políticos por los periódicos y se habían enterado de los últimos incidentes por terceras personas sin prestar ninguna atención ni preocuparse por lo que se avecinaba. Ni siquiera tuvieron interés ni tiempo en escuchar los boletines por la radio. “Son problemas que suceden en Alemania. Cosas de políticos”, decía su madre antes de apagar la radio después de la retransmisión de uno de los cuentos de Noor.

Cada vez eran más las noticias sobre los judíos y el avance nazi en los medios de comunicación. Noor leyó que el barco MS St. Louis había vuelto a Europa y se preguntó qué habría sido de Jakob y de su madre, dónde estarían. El caso de aquel barco fue una premonición respecto a la apatía internacional hacia los judíos. Muchos de ellos vieron desaparecer sus derechos civiles como ciudadanos en sus propios países de origen y decidieron emigrar a Estados Unidos, a Inglaterra y, en menor medida, a China e India. Por aquel entonces, el buque MS St. Louis, de la compañía Hamburg America Line, que operaba desde el puerto de Hamburgo, llevaba a bordo a unos novecientos cincuenta refugiados judíos. Tras serle denegado el acceso a Cuba el 4 de junio de 1939, el barco navegó rumbo a Florida, donde el presidente Roosevelt también les prohibió la entrada. El capitán, desesperado por los intentos de suicidio, el amotinamiento entre los pasajeros y la escasez de alimentos a bordo, decidió ir a Canadá, donde una vez más les denegaron asilo. Finalmente, el barco tuvo que volver a Europa, donde la mayoría de los pasajeros acabaron pereciendo en campos de concentración.

El periodista Alexis, entusiasmado en un principio con la idea de crear un periódico para niños con innovadoras ilustraciones por jóvenes artistas, con viñetas y con las historias tan maravillosas de Noor, tuvo que desestimar indefinidamente el proyecto.

Noor vio cómo los periódicos dejaron de publicar sus historias juveniles y la radio dejó de retransmitir sus poemas y cuentos. De un día para otro, debido a lo que los medios de comunicación consideraban como asuntos prioritarios, también cesaron las publicaciones de sus narraciones breves por “falta de espacio”.

Los días pasaban y los numerosos residentes de Fazal Manzil discutían cada vez más y con menos paciencia acerca de “aquellos alemanes”. A la preocupación por la inestable situación política y social, se sumó el trágico fallecimiento de la anciana madame Egeling, a quien enterraron detrás de la residencia, como era su deseo.

Noor sentía una repulsa absoluta hacia el régimen nazi y su ideología. A ella, aunque había nacido en una familia de origen

musulmán, nunca le impusieron o adoctrinaron en tal religión. Había amado sin ninguna consideración religiosa a un hombre judío, sin ver ningún problema en ello. Todo lo que empezó a oír sobre los nazis era totalmente lo contrario a los principios que su padre le había enseñado en cuanto a la armonía y el respeto entre individuos diversos y sus prácticas religiosas, y sintió que era su deber colaborar en la lucha contra los nazis ayudando como enfermera. Se matriculó en un cursillo de enfermería y primeros auxilios de la Cruz Roja francesa y aprendió deprisa el manual básico de auxilio.

El 4 de junio de 1940, los cañones alemanes apuntaban hacia Francia y el hospital donde Noor trabajaba fue evacuado. En el salón de la casa se reunió toda la familia. Tenían que tomar una decisión importante y rápida ante la inminente ocupación alemana.

Habían crecido como discípulos sufís, con el principio e ideología firme de la no violencia tal y como Inayat Khan, el jerarca de la familia, les había inculcado, con Gandhi y su lucha pacífica por la independencia como ejemplo. De este modo, los pocos discípulos holandeses, italianos y de origen indio que se quedaron durante aquellos días en la residencia, así como algunos familiares, acordaron crear un movimiento pacífico para hacer frente a los alemanes. Noor y su hermano Vilayat les argumentaron que estaban totalmente confundidos. Ellos conocían bien a los parisinos, tenían amigos franceses y durante los últimos días habían intervenido en discusiones en los cafés bohemios de jóvenes artistas, donde se comentaba no solo el inevitable avance alemán, sino también sus políticas de invasión, su ideología, las barbaridades y los crímenes que habían estado cometiendo a su paso. El hacerles frente, aun pacíficamente, era un suicidio y pronto así todos lo comprendieron.

—Si un soldado nazi entra aquí en la casa y toma como rehenes a diez personas y amenaza con exterminarlas porque para él no son una raza superior —proclamaba Noor en el salón lleno de gente, circulando por sus venas el espíritu de lucha de su antepasado, el Sultán Tipu—, ¿serían ustedes sus cómplices y le dejarían hacer lo que quisiera sin intervenir porque ustedes creen en la no violencia? O si tuvieran la oportunidad, ¿lo inmovilizarían en el suelo con toda su fuerza? E incluso si se diera el caso extremo, ¿lo matarían para evitar el derramamiento de sangre entre las personas que ustedes quieren? ¿Cómo vamos a mejorar espiritualmente este mundo sin participar en prevenir acciones como el derramamiento de sangre inocente? ¿Cómo vamos a quedarnos quietos y dejar hacer a los nazis lo quieran con gente inocente? Tenemos que comprometernos, no podemos permanecer impasibles.

Los hermanos llegaron a la conclusión de que no se quedarían indiferentes ante la tiranía nazi y viajaron a Inglaterra: Vilayat se

alistaría en el servicio militar y Noor trabajaría como enfermera.

Comunicaron su decisión a los miembros de la familia, así como la intención de llevarse consigo a su madre. Dos tíos decidieron quedarse en la residencia, argumentando que los alemanes no les harían nada, a pesar de las advertencias recibidas.

—Deben aprender ustedes, jóvenes de hoy en día, que puede haber más honor en la sumisión y en la obediencia que en una imprudente y no menos precipitada actitud de lucha o rebelión —argumentó uno de ellos a los jóvenes hermanos—. Quizás incluso los nazis quieran conocer el sufismo o la cultura india. De tal modo, nosotros podemos prestarles ayuda en este sentido, sobre todo ayuda espiritual. Sí, es esto lo que quizá necesiten.

Otro tío, que estaba casado y era más escéptico, decidió viajar al sur de Francia con su familia en cuanto las carreteras estuvieron despejadas, tras el súbito aluvión de gente que abandonó la ciudad de París. Los demás, devotos estudiantes extranjeros, optaron por ir al País Vasco, en España.

El 5 de junio de 1940, después de hacer el equipaje con lo indispensable y antes de subirse en el coche, miraron por última vez la casa que Inayat Khan había soñado convertir en el centro sufí en Europa. Noor echó una mirada al lugar donde estaba el melocotonero bajo el cual su padre solía sentarse a leer y a meditar. Ya solo quedaba un palo clavado como recuerdo. No pudo evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Su hermano Vilayat la abrazó y ambos ayudaron a Ora Ray Baker a entrar con apremio en el vehículo. Atrás dejaron para siempre Fazal Mandil, la Casa de las Bendiciones.

Capítulo 10

Tan pronto como se encontraron en la carretera, se unieron a la enorme caravana de coches, camiones, bicicletas y carros: todos huían del avance alemán surcando los bellos y pintorescos campos franceses. Cuando los alemanes llegaron a París, se encontraron con una población de unos ochocientos mil habitantes de los tres millones que había anteriormente.

Vilayat conducía con lentitud detrás de un carromato lleno de niños, subidos encima de bultos atados con cuerdas de un lado al otro del vehículo. Una madre que amamantaba a su bebé, mantenía al pequeño contra su cuerpo ante el continuo balanceo del carruaje de grandes ruedas de madera. Detrás del coche, en la serpentina fila, había un camión cargado de gente con sus enseres. Los vehículos circulaban despacio entre el enorme tráfico de personas y animales que componían aquel enorme convoy. Había grupos que avanzaban empujando las riendas de caballos que portaban todas sus pertenencias. Mulas, burros, vacas, caballos… Todo tipo de animales eran utilizados para la carga.

Vilayat se quedó mirando a una niña que caminaba junto a toda su familia; sujetaba en sus brazos a un conejo blanco, al cual no dejaba de susurrar en la oreja. Las caras de los ancianos transmitían ansiedad. Noor agarró del brazo a su madre y dejó caer la cabeza sobre su hombro.

Pero lo peor estaba por llegar… Desde arriba se empezó a oír un sonido que pronto les resultaría familiar: el ruido de los aviones alemanes con sus metralletas. Los niños, ingenuos, vitorearon y saludaron con una sonrisa; los adultos se quedaron quietos, petrificados. Los aviones comenzaron a lanzar bombas indiscriminadamente contra los convoyes de la gente y el pánico se adueñó de todos. El espectáculo era dantesco: neumáticos quemados, coches ardiendo y personas desangrándose, mutilados y tirados en las cunetas.

Vilayat vio cómo la niña del carro que tenía enfrente cayó y salió del coche para ayudarla, pero la pequeña había sido alcanzada por la metralla. Su madre lloraba encolerizada junto al cuerpo inerte de su hija, que agarraba con ansia, mientras que el joven padre, de rodillas junto a ellas, las observaba entre lágrimas. Vilayat, junto a ellos, se quedó atónito; nunca había visto nada igual. Ora Ray Baker se abrazaba a Noor, que se hallaba en un profundo estado de agitación y pedía que no saliese del coche y no la dejase sola.

—Juro que me uniré a la RAF —dijo Vilayat, con lágrimas en los ojos, nada más entrar en el coche y golpear el volante con violencia—. Os juro que daré a los nazis su merecido.

A través de su ventanilla, Noor vio con horror el cuerpo mutilado de la niña que había estado sujetando el conejo blanco y, a pocos metros, los cuerpos acribillados de sus familiares. No pudo soportarlo y vomitó.

—¿Qué hacen ahí adentro?—les gritó un señor vestido con un magullado uniforme de gendarme y visiblemente nervioso—. ¡Salgan del vehículo y corran!

—¡Tenemos que llegar a Burdeos! —le contestó Vilayat, asomando la cabeza por la ventana y haciéndose oír entre los tremendos gritos y chillidos de la gente que corría entre los vehículos y los bultos de equipaje abandonados.

—¡No podrán seguir por la carretera debido al bombardeo! —agregó el hombre. Antes de salir corriendo y perderse entre el gentío, añadió gritando—: ¡Los aviones van a volver!

—Tiene razón, es inútil seguir con el coche —dijo Noor—. Cojamos lo indispensable, lo que podamos cargar, y marchémonos enseguida.

El sonido de los aviones volvió a oírse con fuerza en el aire y corrieron por campo abierto hacia el bosque más cercano junto a un grupo numeroso de gente. Los aviones alemanes viraron, bajaron del cielo y ametrallaron al convoy, matando a los más rezagados y dejando más dolor y destrucción. Noor observó cómo el hombre que les había advertido del peligro que corrían, caía ametrallado y muerto después de intentar ayudar a una familia a cobijarse entre los arboles vecinos.

—No es solo un hombre valiente, sino un héroe anónimo —dijo Noor en un arrebato de furia.

Tan pronto como llegaron a la siguiente estación, se subieron con gran dificultad al concurrido vagón del tren con destino a Burdeos. El tren estaba tan lleno que cuando paraba en los andenes, algunos pasajeros se caían al suelo, empujados desde dentro por otros viajeros que cerraban las puertas con violencia o les echaban a patadas. La familia tenía la intención de abordar un barco hacia Inglaterra, pero cuando llegaron al puerto se encontraron con que la demanda para ir allí era más alta de lo que esperaban, pues el gobierno británico estaba organizando la evacuación de sus ciudadanos residentes en Francia. Había demasiada aglomeración de refugiados, pero gracias a que la madre era norteamericana, Vilayat había nacido en Inglaterra y tanto él como Noor hablaban perfectamente inglés, los tres consiguieron permisos oficiales para viajar en un barco que salía en dos días.

Alquilaron una habitación en un edificio cercano al puerto para

pasar el tiempo de espera. Deshaciendo una de las maletas, Noor se dio cuenta de que habían dejado valiosos documentos personales, como las actas de nacimiento y los certificados de estudios, entre ellos el de enfermería, que había cursado en la Cruz Roja, y la carta de recomendación del hospital de París donde había estado trabajando antes de que lo evacuaran.

—Olvídalo, ya no merece la pena —le dijo Vilayat—. Además, en aquel fichero está mi documento de defunción; por lo menos, si los nazis entran en nuestra casa creerán que he fallecido.

—Soy una descuidada —añadió Noor, caminando con nerviosismo por la habitación—. Esos papeles son muy útiles. Más aún, necesito mi certificado de enfermera para trabajar en Inglaterra.

—Olvídalo, hermana —insistió Vilayat, mirándola fijamente a la cara y tomándola con fuerza por los codos—. En dos días estaremos fuera de este caos. Allá lo arreglaremos. A partir de ahora tenemos que ser más cuidadosos con nuestros documentos de identidad y certificados, son nuestros salvoconductos, ¿de acuerdo?

Sin pensárselo dos veces, Noor se zafó de los brazos de su hermano, salió del apartamento y corrió escaleras abajo. Se quedó un momento quieta en medio de la calle, justo en el mismo instante que un joven aparcó su moto en la cuneta para entrar en una tienda. Había dejado las llaves puestas. Acto seguido y ante la sorpresa de Vilayat, que gritaba su nombre con desesperación desde la ventana, Noor se subió y arrancó la moto para desaparecer del lugar a gran velocidad.

Fuera de la ciudad, recorriendo en dirección contraria una carretera llena de gente, vio a un grupo de la Cruz Roja que le informó de que no siguiese adelante, pues había disparos en las cercanías de París y los jets alemanes no dejaban de atacar las carreteras con sus metralletas. Le aconsejaron regresar a Burdeos, donde muchos empleados de la organización estaban siendo evacuados; ellos podrían darle documentos que la acreditaran como enfermera. Dio la vuelta y se adentró otra vez en la ciudad.

Un grupo de policías la paró y le pidió su documentación. Al leer que había nacido en Moscú y haberla detenido conduciendo una moto sin papeles, los agentes pensaron que se trataba de una espía enemiga y, a punta de pistola, la metieron en el calabozo de la comisaría más próxima.

Durante las siguientes horas les suplicó y explicó, lo más convincentemente que pudo, que era enfermera y necesitaba un documento acreditativo para trabajar en Inglaterra, que pertenecía a la Cruz Roja, que había dejado su identificación en su casa, a las afueras de París... Al día siguiente, sus súplicas acabaron en llantos tan desconsolados que los agentes se apiadaron de la joven.

Los gendarmes la acompañaron al puerto, donde se encontraron con los empleados de la Cruz Roja que salían en barco con destino a Portsmouth justo en ese momento. Entre el gentío, Noor identificó a su superiora en el hospital de París y tras su rocambolesca explicación de lo que había sucedido, esta escribió, sobre unos fardos de carga amontonados en la calle, una carta de recomendación más una tarjeta de presentación sellada y firmada.

Vilayat intentaba ocultar el pánico que le causaba dejar a su hermana en tierra, pero también sentía temor de que su madre, que no estaba capacitada para viajar sola —si es que decidía que embarcara ella sola mientras él esperaba a Noor para coger el siguiente barco—, pudiera sobrevivir en Inglaterra si él se alistaba en la RAF. Llevaban esperando a Noor cuatro horas sentados sobre sus bultos de equipaje en el portal del edificio cuando Vilayat decidió ir al puerto y embarcar según lo previsto.

En los muelles había alquilado un mensajero que tenía un carro de ruedas para cargar todo el equipaje. Al cruzar la calle, escuchó que alguien gritaba su nombre. Noor, con un fichero en la mano, portando el símbolo de la Cruz Roja, bajó corriendo de una moto de policía. Dio las gracias a los gendarmes franceses, gritando hacia atrás, y al llegar abrazó con fuerza a su hermano y besó con pasión a su angustiada madre.

El pequeño ferri belga autorizado para llevarlos hasta Inglaterra se llamaba Kasongo. Una vez a bordo, salieron del puerto en silencio, viendo cómo se distanciaban de la costa francesa y de aquel concurrido muelle que poco a poco se iba empequeñeciendo.

—Volveré pronto —dijo Noor, decidida a regresar algún día al país que tanto amaba.

El 14 de junio de 1940, los alemanes se encontraron vacías las calles de París, las tiendas cerradas y las casas desocupadas. La esvástica nazi reemplazó a la bandera tricolor francesa y tanques y soldados uniformados con botas de cuero marcharon por los bulevares.

El 16 de junio, el primer ministro francés renunció a su cargo y fue sustituido por el héroe de Verdún durante la Primera Guerra Mundial, Marshal Henri Pétain. Al día siguiente, desde Burdeos, Pétain retransmitió por radio que pretendía ofrecer a Hitler un armisticio. La franja sur del Loira acabó denominándose la Zona Libre, administrada por aquel régimen de Vichy simpatizante de los nazis.

Capítulo 11

Llegaron al puerto de Falmouth después de un incómodo viaje por mar en aquel bote sucio infestado de cucarachas.

Tras desembarcar, fueron directamente a Southampton, donde vivía un antiguo amigo de Inayat Khan llamado Basil Mitchell. Su familia fue sorprendida por la mañana y sin previo aviso por la esposa y los hijos del maestro sufí, que tocaban el timbre de su portal.

La ciudad de Southampton no estaba fuera de peligro por los bombardeos, así que decidieron que Noor y su madre fuesen a Oxford a la residencia de un antiguo estudiante sufí, mientras que Vilayat iba a Londres con el propósito de alistarse en la RAF.

En agosto de 1940, la batalla de Inglaterra había comenzado. La población civil podía ver la guerra en el aire entre la Luftwaffe alemana y los Spitfires británicos. La actividad era tal que un piloto rescatado del mar se volvía a unir al combate al día siguiente con otro avión.

Noor experimentó una vez más el horror de los bombardeos, las explosiones y la ansiedad visible en los rostros de la gente. Tras las explosiones, los edificios quedaban ardiendo hasta derrumbarse del todo. Se distribuían las cartas de racionamiento entre la población civil y había carteles donde se publicitaba la necesidad de que las mujeres ayudaran en la causa como enfermeras o en otras organizaciones: "Alístate en el ATS", "Ven y ayuda con la Victoria Harvest", "Apúntate a la WAAF".

Durante la segunda semana del mes de agosto, los ataques aéreos eran de una continuidad nunca experimentada hasta entonces. Los principales se centraban en las estaciones de radares, los aeródromos del sur de Inglaterra y los puertos de Southampton y Portsmouth, mientras que Portland, Poole, Deal, Dover, Kent, Detling, Eastchurch y otras ciudades costeras eran bombardeadas violentamente por la Luftwaffe. En general, puertos, aeródromos y centros industriales eran los blancos de los alemanes.

A Noor le satisfizo saber que De Gaulle había escapado de Francia y ahora retransmitía por radio desde Londres, instalado en sus oficinas de Duke Street.

Ella y su madre viajaron a Oxford acompañadas de la señora Mitchel. De camino, se despidieron en Londres de Vilayat, quien les prometió mandar pronto noticias suyas.

Noor sentía el deber de hacer algo por Francia, de luchar contra los nazis y parar su expansión por el mundo, de realizar un trabajo que

conllevase gran responsabilidad. Aun así, no sabía cómo ni dónde dirigirse. Finalmente, se puso el emblema de Francia Libre en la solapa del abrigo y consiguió trabajo en un hospital de maternidad cercano. Al menos ganaba algo de dinero para poder subsistir, ya que el que habían traído consigo estaba menguando cada día que pasaba.

Una mañana, tras comunicárselo a su madre y ante el desagrado de esta, se alistó como voluntaria en la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina, más conocida por sus siglas como la WAAF (Women's Auxiliary Air Force).

Al comienzo de la guerra, las mujeres no eran alistadas en el Ejército sino que trabajaban mediante contrato, por lo que no tenían categoría militar. Aunque las primeras en unirse fueron voluntarias, en 1939 se creó el Servicio Auxiliar Territorial (Auxiliary Territorial Service o ATS) y la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina (Women's Auxiliary Air Force o WAAF), ambas contratadas por el Estado y sujetas a un código disciplinario similar al militar. Sin embargo, a partir de 1941, tras el decreto que establecía que las mujeres podían ser reclutadas, las integrantes del ATS y de la WAAF comenzaron a ser alistadas y alcanzaron un estatus militar, con la posibilidad de llegar a ser oficiales. Solo las mujeres al servicio de la Armada mantuvieron su carácter de voluntarias.

Las mujeres integrantes de la WAAF trabajaban en las instalaciones militares y fueron expuestas a los mismos peligros que cualquiera en el frente interno a pesar de que no participaron en el combate activo. Colaboraron en el embalaje de paracaídas y en el cuidado de los globos cautivos, también llamados globos de barrera, que no solo eran usados en ciudades, sino que también se desplegaban sobre los aeródromos, los puertos y las cabezas de playa. Esos globos servían como defensas antiaéreas, ya que al colocarlos en una zona, se evitaba que los aviones enemigos pudiesen pasar por ahí; si lo intentaban, se enredaban con los cables de acero enganchados a tierra que sujetaban los globos y acababan estrellados o, al menos, dañados por el impacto. Además, la WAAF realizaba labores de catering, meteorología, radar, mantenimiento de aeronaves, transporte y comunicación, con inclusión de telefonía inalámbrica y operación telegráfica. Trabajaban con los códigos y sistemas de cifrado, fotografías de reconocimiento y cartografía (localizando las posiciones de las aeronaves enemigas), entre otros sistemas.

Después de recibir y leer la carta de contestación, Noor se enfureció: la habían rechazado por el mero hecho de haber nacido en Moscú. Se dirigió a las oficinas del ministerio y estuvo a punto de zarandear al oficial de turno, a quien tomó por las solapas de su uniforme. Le espetó que, como persona acogida en Inglaterra y

poseedora de una tarjeta de identificación británica, tenía todo el derecho a ser admitida para ayudar a Inglaterra y liberar a los países ocupados por los nazis.

Días más tarde, recibió una carta en la que le daban la cordial bienvenida. El 19 de noviembre de 1940, Noor se alistó en la WAAF, con el número 424598 ACW2 (Aircraftswoman 2nd Class). En el formulario que tenía que rellenar con sus datos personales cambió su nombre por el de Nora Inayat Khan, pensando que Nora se parecía mucho a Noor en la pronunciación. En el apartado de religión del aspirante escribió "Iglesia de Inglaterra", y como ocupación civil, "Escritora".

ue enviada, junto con cuarenta nuevas reclutas, a un cursillo que la capacitaría como operadora de radio. Les dieron un uniforme y marchaban en grupo para los estudios, las comidas y los ejercicios físicos. Aunque de que no estaba acostumbrada a ese régimen de vida, todo lo hacía con entusiasmo, su carácter era ejemplar y siempre estaba dispuesta a cooperar con sus compañeras. Dormía en colchones de paja y a pesar del frío que hacía y la incomodidad de la estancia, estaba determinada a seguir adelante.

Tras recibir buenas críticas de sus superiores, a tan solo un mes de su incorporación en la WAAF, Noor fue destinada a Edimburgo, donde recibió entrenamiento como telegrafista durante seis meses. Una vez más, sus superiores escribieron comentarios favorables hacia ella y la calificaron con las notas más altas.

Desde el principio, Noor dejó claro que necesitaba a su madre cerca y la llevó consigo a Edimburgo, donde la instaló en un diminuto apartamento próximo al centro de entrenamiento. Estaba impaciente por ayudar a derrotar, en la medida de lo posible, al régimen nazi y liberar a Francia de su yugo. Aprendía extremadamente rápido y memorizaba el código morse con tanta facilidad que asombraba a sus profesores. Pronto entabló amistad con sus compañeras. Aprendían durante su entrenamiento bailes escoceses como método de relajación, entretenimiento y camaradería. En ocasiones, Noor introducía algún movimiento de baile indio en aquellas coreografías, lo cual dejaba a sus compañeras fascinadas por su alegría y desenvoltura al interpretar aquellos bailes ancestrales, como el Kathak. Eran breves momentos de gran alegría y humor.

En junio de 1941, Noor fue promovida como Aircraftswoman 1st Class y destinada a la comandancia de bombardeo de la RAF, en la ciudad de Abingdon. Su cometido era aprender y colaborar con el personal masculino que recibía y transmitía mensajes por radio a los pilotos. Pronto pudo asimilar todo lo que observaba con total facilidad, como el criptoanálisis avanzado y el método de cifrado. Trabajaba como nunca lo había hecho un aprendiz anteriormente y se

ganó el aprecio de todo el personal militar. También un apodo: cuando colaboraba con sus colegas operadores radiotelegrafiando con el código morse, Noor apretaba el dedo de una forma peculiar al transmitir, dejando un espacio entre letras que hacía sonar un leve chasquido perceptible al receptor. Sus compañeros le hacían bromas cada vez que se sentaba delante de la radio y empezaron a llamarla "Bang Lulú Bang", debido a aquel singular sonido que producía.

Ella se presentaba como Nora y ocultaba su pasado ancestral como princesa, así como la fe sufí de su padre y su relación con la India. De sus rasgos y el color de su piel —era más morena que sus compañeras— decía, sin más detalle, que su padre era de origen indio y que su madre era estadounidense, motivo por el cual su acento inglés sonaba distinto, ya que tenía una pronunciación algo extraña aunque tan singular como clara y agradable al oído. Ella argumentaba que nunca había estado en la colonia asiática, a pesar de haber aprendido las costumbres y tradiciones indias por parte de la familia de su padre, mintiendo que este vivía en Francia, dedicado a su negocio: una imprenta de libros en el sur de París. Incluso asistía con sus compañeros a la iglesia anglicana cercana a la localidad para acallar posibles rumores.

Encontró un trabajo para su madre como enfermera en un hospital de maternidad que además era un orfanato, así la mantenía ocupada y fuera del nuevo apartamento en la que la había instalado. En cuanto tenía libre una tarde o un día, se escapaba en bicicleta para ir a verla.

En el trabajo se despreocupaba por completo de sí misma y estaba más pendiente de ayudar a los demás y hacer algo útil. El horario laboral se dividía en dos turnos; el primero desde las 4:30 de la tarde a 8:00 de la mañana, y el segundo desde las 8:00 de la mañana a las 4:30 de la tarde. Noor operaba con tal destreza que llegó a suplantar al personal más veterano horas después de haber acabado su turno, acortando así sus horas de descanso.

A su hermano Vilayat, por el contrario, después de las arduas pruebas para entrar en la Royal Air Force —conocida por sus siglas como RAF—, le comunicaron que el resultado oftalmológico había sido negativo: tenía problemas en la vista y por tanto quedaba excluido. Por recomendación de un instructor, se presentó en la Armada, pero para entrar tenía que pasar los exámenes, por lo que se dedicó a prepararlos con ahínco.

Cuando podía, Noor pedía algunos días de permiso y se marchaba a Londres para estar con su hermano y darle ánimos. Ella dormía en su cama, él en el balcón debido al calor del verano. Noor le limpiaba la habitación, le hacía la comida y le lavaba y ordenaba toda su ropa, tal y como lo había hecho anteriormente en Francia durante años. Ambos hermanos siempre estuvieron unidos por la motivación común

de echar a los nazis fuera de Francia y así poder volver con su madre a la casa de Fazal Manzil. Visitaban el zoológico con frecuencia para ver, sobre todo, a los tigres y a los leones.

—Sultán Tipu era un tigre, nuestro padre un león, yo una gárgola y tú… un ciervo — dijo con sorna Vilayat a su hermana en cierta ocasión.

El dinero que tenían era más bien escaso. Limitaban al extremo cualquier gasto innecesario. Sin embargo, en el día de su cumpleaños, Noor le regaló a su hermano la autobiografía del político Jawaharlal Nehru, hijo de un rico abogado.

Gracias a su padre, Nehru cursó estudios en Inglaterra, a la edad de quince años, en la prestigiosa escuela Harrow, para después decantarse por las Ciencias Naturales en el Trinity College. Más tarde, el joven y futuro estadista indio siguió sus estudios en Cambridge y finalmente realizó prácticas de abogacía en el Middle Temple de Londres. Atraído por el gusto al arte y la cultura europea, tuvo una vida social activa en Inglaterra, donde frecuentaba museos, teatros y participaba en actividades políticas estudiantiles motivado por ideas socialistas y por el liberalismo. A su vuelta a la India, se unió al Partido del Congreso liderado por Gandhi. Su carácter carismático y radical, pronto lo catapultaría a la presidencia del partido.

Estando en Londres, ambos hermanos se relacionaron con muchos indios y eran conscientes de la turbulenta situación que estaba sucediendo en la India con el movimiento de independencia en alza. The India League, que operaba en Londres, era una organización formada por el llamativo y extravagante Krishna Menon, que movilizaba a los indios en el extranjero a favor de la lucha de su país y organizaba reuniones y discusiones con destacadas personalidades, indiófilos y anticolonialistas. Crearon un periódico para que la gente en toda Gran Bretaña estuviera continuamente informada del movimiento independentista; incluso muchos estudiantes de Derecho y de la London School of Economics se unieron a ellos.

Capítulo 12

La entrada de la India británica en la Segunda Guerra Mundial tenía dividida a la población, porque la decisión de arrastrar consigo a los habitantes de la colonia no había sido consultada con los representantes elegidos por los indios, es decir, los gobiernos provinciales. Varios eran de la opinión de ayudar a Gran Bretaña, porque así podía lograrse la independencia después de la guerra; otros, como los maharajás, que no querían perder sus lujosos privilegios, pensaban que si les daban su apoyo a los ingleses obtendrían de ellos concesiones al concluir la contienda en Europa, como hicieron tras la Primera Guerra Mundial; algunos alienados por el desprecio de los británicos hacia los derechos de la población india no simpatizaban en absoluto con la participación en la guerra; y otros líderes, como Subhas Chandra Bose, estaban a favor de una alianza con Alemania de cara a hacer desaparecer el imperialismo británico en el subcontinente.

Noor estaba en desacuerdo con las ideas de Bose. No compartía que, en la situación en que se hallaba inmersa Inglaterra, con una guerra de tal envergadura como la que sucedía en Europa y la sombra nazi sobre tantos países causando tantas barbaridades y horrores, fuera el momento apropiado para incitar a la independencia o pedir concesiones para luchar por la libertad. Ella opinaba que eran momentos difíciles no solo para Inglaterra, sino también para el resto del mundo civilizado, por lo que lo mejor que podían hacer los políticos en la India era apoyar, cooperar, luchar juntos y no dividir, tal y como defendía Sri Pandit Jawaharlal Nehru.

Su entrenamiento y estancia en la ciudad de Abingdon, situada en el valle del Támesis, en el sur de Inglaterra, la hizo dudar, ya que pensaba que estaba lejos de toda acción y ella creía que podía hacer mucho más por la libertad a Francia y afrontar trabajos de mayor responsabilidad. Así, pidió ser transferida a un curso avanzado de radiotelegrafista. Durante siete semanas estudió geometría y trigonometría, además de varios libros teóricos sobre radio y telegrafismo. Su madre, mientras tanto, se mantenía ocupada trabajando en hospitales de maternidad y en orfanatos, aunque estas labores eran extremadamente agotadores para una mujer que, aunque intentaba lograr su cometido lo mejor posible, no acababa de adaptarse a las circunstancias, ni su físico lo resistía. Por ello, mientras sus compañeras pasaban los ratos libres con sus novios o en salones de baile, Noor visitaba a su madre, a quien le daba casi todo el salario

que obtenía de la WAAF.

Era muy común que las mujeres se olvidaran del novio, amigo o marido que tenían en el frente luchando y se enamoraran de los militares de paso. Los establecimientos estaban abiertos toda la noche, se bebía y, en general, prevalecía una atmósfera de pura indulgencia, ya que la mayoría de los jóvenes que reían, cantaban, besaban o tocaban al otro sexo embarcaban al día siguiente por la mañana en misiones de las que posiblemente no volverían con vida.

Después de hacer el curso avanzado, pidió que la comisionaran a un departamento en el que tuviera más responsabilidad. La oficina de reclutamiento para la guerra la llamó para entrevistarla el día 29 de agosto de 1942. Como no tenía dinero para cosméticos le pidió ayuda a su hermano, pues ella no podía permitirse siquiera comprarse un lápiz para los ojos y, en esta ocasión, aplicarse un ligero maquillaje en el rostro le daría cierto aire de elegancia al uniforme que vestía.

La habían citado en un colegio para niños de primaria. Los alumnos habían sido evacuados y trasladados a un edificio más seguro en el campo. Noor sonrió con alegría al leer, en el letrero de la entrada, Fairyland School.[3] Sabía que era un augurio y que estaba yendo por el buen camino. Anhelaba hacer algo que tuviera un valor inmediato para el esfuerzo bélico y no estar sentada frente a un aparato de radio en Inglaterra o ser meramente parte de un eslabón burocrático. Todo aquel trabajo de rutina con horario establecido la hacía sentirse frustrada. Un funcionario acompañó a Noor hasta la sala del comité. Por los pasillos, el aire olía a desinfectante. Las reuniones en aquella escuela se celebraban en el aula de literatura e, independientemente de su graduación, todo el mundo por igual tomaba asiento en los duros pupitres de madera de los escolares.

—En su ficha menciona que usted practica la religión anglicana, pero su apellido es Khan. Más que hinduista creo que es musulmán, ¿no es así? —le preguntó un hombre bajo, de pelo blanco y gafas con montura de acero que, junto a una voz profunda de fumador empedernido, le daban una imagen de carácter recio.

—Preferiría contestar que creo en el amor universal. No me defino como musulmana ni tampoco soy hinduista. Me criaron en los principios de la filosofía sufí, que está totalmente desvinculada del islam.

—¿Podría explicarse brevemente? Lo encuentro algo confuso.

—Verá usted —dijo Noor, perdiendo el miedo al hablar delante de aquel comité completamente masculino—, en el suelo de la India las fisuras son infinitas. El hinduismo, como las demás religiones indias, da la impresión de ser muy firme y fuerte, pero en realidad todas ellas están divididas en sectas y formas de espiritualismo que se bifurcan y se unen como mitológicos ríos sagrados que cambian de nombre según

el aspecto desde donde se les examine. Mi padre indio era de origen musulmán, de ahí que lleve su apellido, Khan. Él era sufista, pero en el sufismo hay diferentes métodos de enseñanza, de prácticas y de especializaciones. Aun así, yo no soy sufista ni devota, ni estudiosa o seguidora de tal filosofía. A mí me criaron enseñándome a respetar la diversidad y la pluralidad de las religiones y creencias, porque todas ellas apuntan hacia lo mismo: el deseo de amor y compasión, de paz y generosidad.

—¿Cuál es su opinión sobre el movimiento de independencia en la India? —preguntó un caballero de unos setenta años con rango de brigadier, tal y como mostraba el uniforme que llevaba.

—Mire usted, hasta el siglo xvi, época en la que los diferentes colonialismos comenzaron a poner pie en el subcontinente, la India era un país avanzado y desarrollado, culturalmente al nivel de las sociedades europeas de la época, aunque inferior, eso sí, en el campo militar. Cuatro siglos después, sus riquezas han sido explotadas y dilapidadas por los conquistadores y su rica producción agrícola ha quedado poco a poco destrozada.

—No quiero que me dé una lección de historia, jovencita. Le pregunto qué piensa usted de la actual situación política en la India —volvió a decir el brigadier.

—Pues, verá usted —Noor se inclinó hacia adelante, agarrándose las rodillas con las manos con cierto atrevimiento—, que el dominio extranjero es considerado como políticamente inaceptable, moralmente inocuo y económicamente destructivo. Actualmente, la India se encuentra más pobre y atrasada que nunca.

—Quiere usted decir: primero, que no practica la religión anglicana como viene escrito en su ficha y que usted misma ha escrito al rellenar el formulario para su inscripción en la WAAF. Segundo, que apoya el independentismo indio… —se giró para sostener una taza de té que un policía militar de servicio estaba ofreciendo a todos los miembros del comité.

—Aquí tiene, coronel —dijo el oficial.

—Gracias, cabo.

—Explíquese, señorita —dijo otra persona de figura de barril y cara mofletuda, removiendo con deleite la pequeña cucharilla dentro de su taza.

—Miren, la religión no se encuentra en el Corán o en la Biblia, está en nuestros corazones, en nuestras acciones, en nuestra práctica. La religión no se halla en una iglesia anglicana, en una mezquita musulmana, en un templo hindú o una sinagoga judía, sino en la forma de relacionarnos con otros seres humanos, con los animales, con los bosques, con los pobres y oprimidos, con la gente necesitada, con los ancianos, los enfermos y moribundos. Curar al herido, compartir

con otros, escuchar a los demás, ser amables, abiertos y humildes son expresiones inmediatas y prácticas de la verdadera religión. Yo no creo en la Iglesia ni en lugares de culto, tampoco en el destino, la intervención divina, la vida en el más allá o en la fortuna que predican gurús o gitanas. Creo que las personas controlan el curso de sus vidas, de la misma manera que los engranajes de un reloj de pared controlan el movimiento de su péndulo y el de sus manecillas. En mi opinión, uno debería ser libre de practicar la religión que le plazca, pero sin el peso de la responsabilidad, de la arrogancia y la exclusividad, que es lo que fomenta, entre otras cosas, el colonialismo. ¡Porque no va a decir usted que en la India predomina la democracia!

—¿Qué papel piensa que debe interpretar la India en este conflicto? —preguntó otra persona al mismo tiempo que acercaba con lentitud la taza de té a sus labios.

—Personalmente opino que a los indios los deberían dejar armarse creando, como en Inglaterra, un Home Guard, para defenderse en caso de ataque por parte de los japoneses.

—¡Jesús, qué barbaridad! ¿No se da cuenta? Después se alzarían armados contra nosotros —dijo un hombre de constitución pesada, cuya gran papada se movía al hablar—. Jovencita, después de pasar por la academia de Sandhurst obtuve mi nombramiento de oficial en el ejército de la India y sé de lo que hablo: eso no se debe de permitir. Me da la impresión de que usted está haciendo correr el carro detrás del caballo.

—Bueno, es una respuesta sincera. Pero dígame, ¿cuál sería su propuesta para evitar la situación actual de conflicto bélico? —intervino otro oficial.

—Alguien dijo que entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz, por eso creo que se deben sustituir las religiones por la espiritualidad. Comenzando en casa, enseñando a los niños que hay una inteligencia superior y creadora y que todos somos sus hijos. Que desapareciesen las religiones y se practicase el humanismo. Enseñar que no importan las diferencias de color, pensamiento, estado económico, raza, opinión, etcétera. Porque debajo de las diferencias todos aspiramos a una vida buena. Es cuestión de educar no tanto en la tolerancia sino en el respeto a las creencias, maneras de vivir y de ser de los demás.

—¡Joven! No todos aspiramos a lo mismo —dijo un examinador de rostro nudoso, lo que indicaba que tenía la costumbre de darse a la bebida, y que había permanecido en silencio hasta ahora—. Lo que yo entiendo por una vida buena difiere mucho de la postura que los nazis están tomando. ¿Cuál es su opinión acerca del nazismo?

—Mi forma de pensar con relación a esta ideología es plenamente negativa debido a la locura y discriminación de quien la promueve,

sin mencionar el desorden psicológico que una persona debe de tener para ser partidario. Están motivados por el odio y la desesperación e impulsados por la codicia, los patrimonios y el querer imponer, dominar a Europa entera tomando a los judíos, en un principio, como chivo expiatorio.

—¿Cuál es su opinión sobre el fascismo, joven? —preguntó un hombre larguirucho, de expresión hosca y bigote erizado.

—Que siempre culpa de los problemas a una falsa causa, a las personas de otras razas.

—¿Por qué cree que hay que luchar contra el nazismo? —cuestionó otro señor de mediana edad, de aspecto malhumorado y bigote poblado mal cuidado que no le ayudaba en nada a mejorar su taciturno aspecto.

—Para liberar a Francia de su tiranía y parar el expansionismo nazi al resto del mundo.

—¿Qué es lo que cree que puede aportar usted para ayudar a Gran Bretaña a ganar la guerra contra Hitler? —inquirió otro.

—Yo he vivido en Francia, concretamente cerca de París. Conozco el país, sus costumbres, su gente y, sobre todo, soy bilingüe, hablo perfectamente el idioma. Pienso, y este es el motivo por el cual estoy aquí, que puedo trabajar ahí como agente, como operadora de radio.

—Se dice que los radioyentes de los servicios de inteligencia de ambos bandos pueden saber qué unidad del enemigo está transmitiendo en morse por la cadencia y los espacios del operador, aun sin entender el idioma materno de cada uno, y que así llegan a saber determinadas informaciones. Tiene usted todas las aptitudes que se necesitan para tal puesto de importancia.

—¿Tiene usted miedo de ser torturada? —preguntó un hombre con cara de bonachón mientras pasaba a su compañero de al lado una bandeja de galletas que circulaba entre los comisionados.

Aunque era consciente de que los examinadores desaprobaban sus ideas sobre la situación en el subcontinente indio, ella se expresó sin tapujos. Habló con determinación y muy segura de sí misma, a veces poniendo una mano en la cadera y otras con el cuerpo inclinado en la silla mientras blandía el índice admonitorio, como si estuviese dando apoyo a sus argumentos.

La situación en la India británica durante aquellos días era especialmente volátil con el movimiento Bharat Chhodo Andolan (Abandonen la India), que Gandhi impulsaba como la acción más organizada y definitiva para lograr la independencia a través de la desobediencia civil. Las protestas se multiplicaron por todo el subcontinente asiático y casi todos los trabajadores se declararon en huelga. Sin embargo, no todas las manifestaciones fueron pacíficas: varias bombas estallaron, algunos edificios del gobierno fueron

incendiados, la electricidad fue cortada y el transporte fue prácticamente paralizado. Los británicos respondieron rápidamente con detenciones en masa: más de cien mil personas fueron apresadas y diversos manifestantes fueron apaleados en público. A estas tensiones se sumaba que Japón amenazaba con una invasión por el este. Churchill prometió concesiones después de la guerra a los líderes del Congreso si apoyaban al máximo en la contienda, pero Gandhi rechazó la oferta argumentando que era un cheque sin fondo, pues las demandas del líder británico era una orden de "hazlo o muere" que debía obedecerse. Aun así, a pesar de no recibir apoyo por parte de los líderes del Congreso, cientos de miles de indios eran reclutados en masa y destinados a luchar a tierras lejanas, como la jungla de Burma, África e Italia.

Noor era consciente de las noticias al respecto, ya que leía diariamente los periódicos ingleses, pero también los que imprimían las organizaciones indias en Inglaterra para difundir los hechos sucedidos en la vasta colonia del sureste asiático. Durante aquellos días, líderes políticos indios que insuflaban el nacionalismo estaban bajo la atenta vigilancia del M15, del Secret Intelligence Service (SIS) y de la Indian Political Intelligence. Incluso una sección del M15 trabajaba en Delhi bajo las órdenes del extravagante Peter Fleming, hermano del creador de James Bond, Ian Fleming. Su trabajo consistía en crear una red de colaboradores y contactar con posibles agentes dobles en suelo indio. Otro papel que desempeñaba era tener vigilado al líder indio simpatizante de Hitler, Subhas Chandra Bose, quien, tras escaparse de su arresto domiciliario, marchó a Alemania buscando apoyo para la expulsión de los ingleses de la India.

Tras salir del aula, Noor pensó en las consecuencias de haberse expresado tan francamente como lo había hecho sobre sus opiniones políticas. Había hablado la voz de la descendiente del Sultán Tipu, con la verborrea de un líder enardecido. Pensó que lo había echado todo a perder por dejarse llevar emocionalmente, como si estuviese arengando a un pueblo indio para rebelarse. Se había extralimitado, pensó. Pero, por otro lado, pensó que había dicho la verdad, que no había mentido. Estaba convencida de que, por el hecho de hablar tan clara y directamente, sería considerada para ser telegrafista, un puesto superior y de responsabilidad. "Saben que Inglaterra me necesita", se dijo.

Capítulo 13

En la fría celda le vino a la memoria aquella pregunta pronunciada en el aula de Fairyland School: “¿Teme usted ser torturada?”. Ahora había visto lo que realmente era una tortura infligida por los nazis y sí, tenía miedo, mucho miedo. Lo acontecido en aquella entrevista le parecía que había ocurrido ayer mismo; todo lo recordaba con detalle. Hizo memoria del tacto de la madera sólida y rallada de los pupitres en la escuela infantil, al mismo tiempo que repetía mentalmente “Sol, sol, sol, mi bemol”, sin saber por qué.

De repente se quedó paralizada, se puso de pie y escuchó con atención esos cuatro golpecitos que desde hacía unos veinte minutos no cesaban de sonar. Prestó atención y se dio cuenta de que alguien estaba intentando ponerse en contacto con algún prisionero utilizando el código morse. Aquel sonido —¡pon, pon, pon, pooooon!— equivalía a punto, punto, punto, raya, lo que significaba ‘V’, de Victoria. “Maldita sea. ¡Voy a agarrar al destino por el cuello!”, dijo Noor en voz baja, sorprendida y con la piel de gallina al recordar la frase que pronunció Beethoven tras componer su Sinfonía n.º 5, también denominada La llamada del destino. La Sinfonía n.º 5 en do menor, opus 67, comienza con cuatro notas: las tres primeras ‘cortas’ y la última ‘larga’. Noor sabía que esas cuatro notas eran utilizadas por la BBC británica para introducir sus boletines europeos y no solo hacían alusión a la ‘V’ de ‘Victoria’, porque también podían traducirse como “¡Así el destino toca a la puerta!”.

Tomó el pequeño cuenco metálico en el que servían la sopa aguada, se pegó junto a la pared y lo golpeó pausadamente, produciendo el mismo sonido. A continuación Noor guardó silencio. Acto seguido, entabló una conversación en código morse.

—¿Nombre? —preguntó el desconocido.

—Madeleine.

—Buckthorn muerto. Soy Hawkbit.

Noor sintió un escalofrío. Buckthorn era el nombre en clave del agente clandestino del que esperaba un mensaje muy importante para transmitir a Londres, motivo por el cual se quedó más tiempo en París enviando información de miembros de la Resistencia local francesa. Cuando todos los componentes de su circuito que operaban en Francia fueron detenidos, desde la base de Londres en Baker Street le ordenaron volver a Inglaterra, pero Noor se negó a irse sin antes mandar tan importante mensaje de Buckthorn.

“¿Y si es una trampa? ¿Y si me están engañando? Esta gente es

muy astuta. Gustav actuó como un perfecto actor, su modo de expresarse era perfecto y le creí. Puede que estén utilizando este método para que les proporcione información”, pensó Noor. El nombre clave de Hawkbit no le decía nada, nunca lo había oído. Los golpes de metal decían en código morse “Soy Hawkbit. Responde” y siguió escuchándolos durante los siguientes veinte minutos, hasta que cesaron de sonar.

Las celdas estaban dentro del edificio, por lo que la Gestapo tenía que guardar un mínimo de higiene para evitar epidemias y enfermedades entre los prisioneros. Los presos tenían que lavar todos los días sus utensilios de la comida y en una pila ancha llena de agua y jabón, los que usaban para hacer sus necesidades.

A la mañana siguiente, con las dos manos sujetando el cazo de sopa caliente, Noor percibió un símbolo levemente rayado. Se acercó a la puerta desde donde entraba luz por un lado de la mirilla y se dio cuenta de que era la Cruz de Lorena, símbolo de la Francia Libre contra la ocupación alemana. Desde el fondo de la pila había cogido aquel cazo que procedía de otro prisionero; sin duda era el de aquel misterioso Hawkbit.

Noor se pegó a la pared y transmitió en código morse: “Madeleine. Francia Libre”. Acto seguido, recibió otros sonidos como respuesta: “Hawkbit. Francia Libre”. Noor no quiso comunicarse más por precaución, pero pensó que si realmente era un prisionero, tendría que leer un mensaje suyo grabado en el cuenco. De lo contrario, podría ser algún alemán o el mismo Starr haciendo los sonidos desde una de las celdas próximas con el propósito de sonsacarle alguna información. Se apresuró en buscar algo punzante para rayar la superficie metálica y escribir unas palabras. En el borde de la ventana fortalecida con barrotes vio que sobresalía un trozo de cemento, lo golpeó y presionó con el cazo de la sopa hasta romper una pequeña esquina punzante. Escribió utilizando símbolos, como si estuviese mandando un mensaje codificado a base puntos y rayas: “Nora Baker. Operadora radio. Escapar. Londres. Urgente”. Cuando la sacaron al pasillo para limpiar sus cuencos, dejó en el fondo su cuenco rayado en aquella pila de agua espesa y tomó otro.

Al día siguiente, en el pasillo, había un tumulto de prisioneros franceses asustados. Aquellas pequeñas celdas construidas en el ático del edificio estaban llenas. Escuchó a Steinbrinck hablar en alemán; ordenaba a un grupo de soldados que trasladasen a cuatro de ellos al sótano. Noor se estremeció al pensar qué sería de esas personas ante la violencia del sargento y los métodos del sádico Otto Kramer. Probablemente su cuenco con el mensaje codificado habría caído en manos de algún otro prisionero, pasando totalmente inadvertido.

Al mediodía, oyó que arrastraban y soltaban de golpe algo pesado

en el pasillo.

—La aspiradora no funciona —dijo en voz alta una empleada de la limpieza—. Tendrán que ayudarme a llevar la alfombra hasta la azotea.

Friedrich, un joven soldado que hacía guardia, dio un bufido de protesta. Era un joven veinteañero alto y muy delgado. Había sido reclutado por la fuerza y nunca quiso alistarse. Como no tenía nada mejor que hacer en su pueblo, decidió ir a ver mundo y tener una profesión. Soñaba con ser un alto mando en el ejército y volver a su casa con la pechera condecorada.

—Lo mejor que pueden hacer es reparar la aspiradora—exclamó Wermer desde el otro lado del pasillo—. Esa alfombra pesa una barbaridad, señora. Será mejor que llame a sus compañeras para que la ayuden.

Wermer, aunque tenía la misma edad y era del mismo pueblo que Friedrich, era todo lo contrario de él, muy gordo y un vago. De rostro rubicundo, tenía fama de oler siempre a salchichas y a sudor, y consideraba su estancia en el ejército una pérdida de tiempo. A Friedrich y Wermer no les importaba apelar al engaño o mentir descaradamente para evadir una orden o tarea. Siempre juntos, se les designaba como centinelas porque en aquel edificio, ocupado por la Gestapo en la avenida Foch, pronto los encontraron prescindibles.

—¡Yo soy técnico reparador de productos eléctricos! —gritó un prisionero desde su celda—. Seguro que es una aspiradora marca Bissel, ¿no es así?

—Pues sí, monsieur —dijo la empleada de la limpieza dirigiéndose hacia donde procedía esa voz.

—¡Usted se calla! —prorrumpió Wermer a la señora francesa—. No se permite hablar con los prisioneros —prosiguió. Después golpeó la puerta de la celda con la culata de su fusil y exclamó—: Tú, ¿sabes cómo reparar una aspiradora?

—¡Sí, claro! —contestó con entusiasmo el prisionero tras de la puerta—. Seguro que tiene un problema en el tubo conectado al depósito de la bolsa. Lo único que necesito es una caja de herramientas con utensilios para desenroscar los tornillos. Eso es todo.

Los centinelas se miraron uno al otro.

—No podemos sacarte de la celda sin autorización y tú lo sabes —murmuró Friedrich.

—Pues yo no subo hasta la azotea con esta alfombra cargada sobre los hombros —dijo Wermer.

—La caja de herramientas de monsieur Marcel está en la planta de abajo, puedo traerla hasta aquí en menos de cinco minutos —interrumpió la señora francesa.

—¿Y por qué no llama a monsieur Marcel para que la ayude a

subir esta maldita alfombra? —preguntó malhumorado el soldado Wermer, con una sonrisa forzada que dejó a la vista una dentadura a la que le faltaban unas cuantas piezas.

—Monsieur Marcel está reparando la lámpara de mesa de monsieur Kramer.

Los soldados no podían interrumpir un trabajo que había sido ordenado por y para su superior.

—¡Traiga la caja de herramientas lo antes posible! —le ordenó Friedrich.

El prisionero vestido con ropa de civil estaba arrodillado en medio del suelo del pasillo frente a la aspiradora. Wermer se hallaba de pie a su lado, apuntándole con el fusil. La señora de la limpieza apareció al fondo del pasillo cargada con una caja metálica rectangular de color azul oscuro. Conforme se acercaba, observó el rostro del prisionero: se miraron y entendieron que los unía un propósito común.

—¡Aquí esta! —exclamó con dureza la señora. De un golpe, puso en el suelo la pesada caja de herramientas y le dijo al prisionero—: Si usted puede repararla, me haría un gran favor.

Wermer la agarró del brazo y le dijo mordiendo las palabras:

—¡Cállese, le digo! No hable con él. Mientras tanto póngase a limpiar este pasillo. Coja aquella escoba.

El prisionero comenzó a abrir la caja de herramientas y pensó para sus adentros cómo podía pretender realizar tal reparación. Después de dudar qué destornillador escoger, hizo un gesto rápido, tomó toda la caja y volcó todo su contenido en el suelo.

—¿Pero qué hace? —prorrumpió Wermer, que cayó de bruces al intentar darle una patada en el costado al prisionero. Este aprovechó el momento para meterse un destornillador entre la ropa, tal y como había pretendido desde el principio. Su acción solo fue vista por la señora de la limpieza, que corrió en su ayuda inclinándose con diligencia a recoger todos los tornillos, clavos, tuercas y llaves de todo tamaño esparcidos por el mármol.

—No puedo meter la mano dentro de la caja y removerla hasta dar con el destornillador correcto —se justificó el prisionero. Señaló un instrumento en el suelo y dijo con rapidez—: Esta llave es la correcta. Sí, es esta —y comenzó a desenroscar la bolsa de la aspiradora, como si nada hubiera pasado.

La señora de la limpieza lo miró con complicidad y mientras se levantaba del suelo, simuló tropezarse para después apoyarse en el hombro del prisionero, momento en el cual deslizó un cincel dentro de su camisa. Viendo el alboroto, Friedrich se acercó corriendo desde el otro lado del pasillo, donde estaba apostado, y apuntó con su fusil a la francesa haciendo un gesto de desaprobación a su compañero.

—Un gesto sospechoso más, señora —le dijo el alemán con fiereza

—, y le meto una bala en la cabeza. Largo de aquí. Coja la escoba, como le ha dicho mi compañero, y siga limpiando.

Con pretendida agilidad, el prisionero fingió que sabía lo que hacía. Desenroscó una tuerca, sopló dentro de un tubo y lo volvió a colocar para más tarde enroscar de nuevo otra tuerca. El tiempo pasaba. Separó la bolsa hinchada de polvo y suciedad, desenroscó el tubo que unía a la cabecera y se quedó inmóvil, pensando en qué seguir haciendo y cómo acabar con esa farsa sin ganarse un severo castigo por no haberla reparado. La señora, que había barrido todo el pasillo de un lado al otro y estaba situada en una esquina sin suciedad alguna, lo miró de reojo, presintiendo la preocupación del prisionero.

—¡Ay! —gimió la mujer con las manos en el pecho tras dejar caer de golpe la escoba en el suelo—. ¡Aire! Necesito aire —dijo mientras se acercaba al prisionero con rapidez y con una mano en el cuello, fingiendo tener un ataque de asma.

Antes de que el centinela Wermer la parase, haciendo barrera con su fusil, la señora se dejó caer de golpe encima de la bolsa de la aspiradora y, de sopetón, salió, como si hubiese explotado un globo, una cantidad enorme de porquería que los ensució a todos.

—¡Imbécil! —gritó enfurecido el orondo soldado Wermer, quien movió las manos con aspavientos sacudiéndose con prisa el uniforme.

—Mete al prisionero de vuelta en su celda inmediatamente antes de que nos abran expediente —ordenó Friedrich a su compañero, que corrió de nuevo hacia ellos. Después se dirigió a la señora francesa y le dijo—: Señora, suba la maldita alfombra al ático usted sola.

La mujer fingió toser, se inclinó y agarró con las dos manos la alfombra enrollada, que empezó a arrastrar hasta el final del pasillo. Cuando llegó a las escaleras que subían al ático, estaba exhausta y sin aliento.

—¡Arriba! ¡No se detenga! —le ordenó Wermer—. Lo está haciendo muy bien. ¿Ve como no necesitaba ninguna ayuda? Ahora la extiende ahí arriba en el tejado y la sacude con la escoba. Nada de aspiradora.

La señora, peldaño a peldaño, empujó la pesada alfombra. En algunos momentos no podía más y caía sentada hacia atrás en un escalón, pero Wermer seguía increpándola y forzándola a continuar. Cuando llegó al último escalón, abrió la puerta de un empujón con la espalda y cayó por fin en el suelo del ático.

—¡Siga! No se pare —continuó increpando el centinela—. Quite la alfombra de las escaleras.

Con apremio, la mujer siguió empujando la alfombra hasta tenerla dentro del ático al aire libre. Nubes grises cubrían el cielo y comenzó a chispear. La mujer, ya exhausta, se proponía extender la alfombra en el suelo.

—No en el suelo, aquí, en el tejado, extiéndala aquí —ordenó Wermer, señalando el muro adyacente al tejado que tenía un metro de altura—, y dese prisa, que está lloviendo.

Había transcurrido casi una hora desde que empezara a llevar la pesada alfombra por el pasillo hasta donde ahora se encontraba. Cuando tenía parte de la alfombra extendida sobre el tejado y de pie sobre el muro, la señora francesa se tropezó y cayó rodando sobre las tejas, que resbalaban por la lluvia. Su cuerpo dio con el pequeño techo de una buhardilla. Varias tejas cayeron al vacío y de inmediato se escucharon improperios desde abajo. Con dificultad, hizo ademán de ponerse de pie. Inclinada, hizo un gesto para deslizarse por la ventana abierta de la buhardilla.

—¡Friedrich! ¡Friedrich! —gritó Wermer con nerviosismo.

Su compañero llegó al ático después de correr a gran velocidad por las escaleras.

—¡Dispara, imbécil! —le dijo Friedrich sin pensar lo que decía tras asomarse por el muro y ver a la francesa intentando mantener el equilibrio, como si estuviese huyendo.

Wermer apuntó con su fusil de repetición Mauser Kar 98k y, de un disparo, hizo que la mujer se desplomase. Mientras su cuerpo rodaba profería gritos, que dejaron de oírse cuando desapareció de la vista tras caer al vacío. Desde abajo se oyó un tremendo impacto de cristales rotos y gritos de horror de los transeúntes. El cuerpo de la señora había caído sobre un coche aparcado en la acera y el techo metálico se había hundido por el golpe. Un grupo de soldados de élite llegaron corriendo por el pasillo, apuntando a todas partes.

—¿Quién ha sido el listo? —preguntó Steinbrinck cuando llegó tras los soldados. Llevaba una pistola en la mano y alzaba la mirada para ver todo el ático, el tejado y la alfombra, estudiando con minuciosidad lo que verdaderamente había sucedido.

—La señora quiso huir —alegó Friedrich en posición de firmes y mirando al frente.

—¡Tú eres idiota! ¿De qué iba a huir, si trabajaba en el servicio de la limpieza?

—Yo la vi corriendo escaleras arriba, la seguí y, tras hacer gestos con la mano, escaló el muro y bajó por el tejado… Me dio la impresión de que hacía señales a alguien —contestó Wermer.

—Sí, fue eso, quiso dar apoyo a los prisioneros —argumentó con firmeza Friedrich, que interrumpió a su compañero—. Nos hizo ver que la aspiradora estaba estropeada pero al ver que no conseguía sus propósitos le entró pánico y quiso salir del edificio por el tejado.

—Seguramente pretendía avisar al enemigo dejando la alfombra extendida en el ático como señal para avisar a los aviones de la RAF y así bombardear el edificio —añadió Wermer, quien siguió con la

mirada al frente y con el pecho hinchado.

—Esa mierda de explicación tiene algo más de sentido, pero no me la creo —dijo Steinbrinck señalando a los dos centinelas con el índice —. Os las ingeniáis bien para dar explicaciones. La próxima vez que suceda algo así en este edificio, os mandaré al frente ruso. ¡Imbéciles!

Esa misma tarde, Noor oyó los sonidos en código morse del enigmático y audaz prisionero: “Mañana noche. Escapar. Utensilio lavabo. Barrotes. Ventana”.

Ella había escuchado todo cuanto había sucedido y se imaginó el porqué de las intrépidas actuaciones del prisionero y la señora de la limpieza; quizás ella también pertenecía a la Resistencia. Noor estaba intrigada y no se sentía segura. Si la veían escapando dispararían, como había pasado con la mujer francesa. Quería comprobar que todo aquello no era un juego ideado por Steinbrinck. Armándose de valor, le preguntó cuál era su verdadero nombre. El prisionero, al traducir los sonidos de Noor, respondió: “No tengas miedo. Soy amigo”.

Capítulo 14

Tras el ataque de Italia y Alemania a Yugoslavia se creó el Estado Independiente de Croacia, que no era más que un Estado a merced del nazismo que dirigía la Ustacha, una organización nacionalista, fascista y de fuerte ideología católica que renegaba de la religión ortodoxa que practicaban los serbios. La Ustacha, cuya política se basaba en la distinción racial y en el predominio étnico de los croatas, declaraba, además, su total animadversión por los serbios, cuya religión, la ortodoxa, constituía para ellos una maldición que debía ser exterminada.

Durante los primeros meses que escasearon operadores de radio en Yugoslavia, los agentes británicos eran lanzados por el país en paracaídas y, tras moverse con documentos de identidad falsos, contactaban con miembros de la Resistencia. El hombre con el nombre clave Hawkbit trabajaba en uno de esos circuitos como agente infiltrado. Tenía como misión recabar información sobre lo que sucedía entre la Ustacha y los nazis, además de dar apoyo logístico a los partisanos, a quienes les entregaba órdenes e información de las fuerzas aliadas y tomaba notas de sus quejas, respuestas y necesidades de armas y municiones. Su jefe, Buckthorn, llevaba documentos muy importantes para dar a conocer a Londres las atrocidades que se estaban cometiendo en el campo de exterminio de Jasenovac con judíos, serbios, musulmanes bosnios, gitanos, comunistas y partisanos.

Los primeros informes sobre los asesinatos en masa de judíos ya habían comenzado a llegar a oídos de todo el mundo debido a que los soviéticos estaban alertando a los aliados de las crueldades cometidas por las fuerzas alemanas conforme avanzaban en territorio polaco. Ocultar el mayor asesinato masivo de la historia no era una empresa baladí y el hedor de los cuerpos se extendía en un radio de varios kilómetros. La Solución Final, el secreto mejor guardado de los nazis, se desvelaba al mundo exterior. Ni el intento de quemar los cadáveres con lanzallamas, ni el uso de la cremación como método más efectivo, ni las enormes hogueras al aire libre para hacer desaparecer los cuerpos de miles de personas de golpe evitaban que la fetidez de los campos de concentración y de las fosas comunes se oliese desde una gran distancia. Incluso los acuíferos que abastecían de agua a las unidades alemanes acantonadas en aquellos territorios estaban contaminados por las filtraciones de las fosas.

Sin embargo, poco o absolutamente nada de lo que estaba sucediendo en territorio yugoslavo era conocido en el mundo exterior.

Los agentes Buckthorn y Hawkbit tenían, además, informes fotográficos sobre las masacres ocurridas cerca del río Sava y en los bosques de Krapje, donde la Ustacha había ejecutado a cientos de miles de civiles.

Los agentes británicos se encontraban en la playa junto con un grupo de partisanos, poniendo señales luminosas para ser recogidos por una lancha motora y llevados a un barco de pesca en alta mar que debía trasladarlos a la costa francesa. De ahí viajarían a París para comunicar la información obtenida a la agente Madeleine, quien la transmitiría por radio con carácter de urgente al SOE de Londres, y finalmente volverían a Inglaterra. Tan pronto como llegaron a la orilla, un foco de luz los deslumbró: habían caído en una emboscada y los soldados de la Ustacha los acorralaban. A pesar de los disparos, la lancha consiguió huir en alta mar y desapareció en la oscuridad.

Esa misma noche, el arzobispo católico de Zagreb, Aloysius Viktor Stepinac, fue informado por su asistente de que un grupo británico había sido arrestado con importante documentación en la que se mencionaba su nombre. En esos informes se detallaba que el religioso había realizado conversiones forzosas de serbios ortodoxos al catolicismo a punta de pistola. Además, había documentos esclarecedores sobre su apoyo incondicional a la actividad genocida de la Ustacha.

El arzobispo era un hombre alto, de rostro delgado a pesar de la barriga ligeramente curvada que le estaba creciendo por la buena vida que se daba. Tenía la piel clara y la nariz larga; en conjunto tenía la apariencia de un dóberman. Obsesionado con la higiene hasta rozar la compulsión, siempre iba muy bien acicalado: utilizaba perfume francés y en su cabello negro, peinado con gomina, siempre podía verse una raya cuidadosamente trazada hacia un lado. Su sotana estaba hecha a la medida y portaba en su dedo el brillante anillo pastoral de oro, muestra no solo de su fe católica sino también, y principalmente, de que velaba a Cristo como único esposo. Al pecho llevaba una cruz adornada con piedras preciosas, testimonio de la riqueza y la influencia que poseía. Se sentía identificado con el personaje histórico del siglo xvii conocido como la eminencia roja, el cardenal Richelieu, que utilizaba su poder de forma despiadada y se lanzaba de manera directa a la yugular de un adversario para conseguir sus necesidades y propósitos. A él le daba absolutamente igual lo que algunos pocos miembros de la curia romana pensaran sobre él, porque sabía que tenía el apoyo del papa y de sus más allegados. Si fuese necesario, sería capaz de enfrentarse por sí solo a aquellos cardenales de Roma con un látigo y una silla, sometiéndolos a su voluntad. Era muy poderoso y en su mano tenía atrapadas a personas muy influyentes en el mundo de la política y en el Vaticano,

debido a la cantidad de oro que mandaba a Roma. Seguía los dictados de Maquiavelo cuando aconsejaba que es mejor para un príncipe ser temido que amado.

Se encontraba en su enorme mesa fumando mientras hablaba con su interlocutor; antes de acabar un cigarrillo, encendía otro con la colilla del anterior. El ancho cenicero de nácar estaba rebosante de ceniza y de pitillos aplastados a medio fumar. Fuera, el viento aullaba como uno de esos malditos espectros de la literatura clásica inglesa que anuncian una muerte en la familia.

—Usted sabe muy bien lo que tiene que hacer con los partisanos —dijo el arzobispo, dejando muy clara la orden para el hombre que estaba al otro lado del teléfono. Hablaba con voz tranquila, dando profundas caladas a su cigarro y metiendo el humo dentro de los pulmones para luego expulsarlo, sin delectación alguna, en forma de chorro a través de sus labios fruncidos—. Pero en lo que concierne a esos dos agentes extranjeros me gustaría conocerlos personalmente —agregó después de una pausa—: Sí, sí, claro, con las medidas oportunas correspondientes, no quiero que nadie sepa que me entrevisto con prisioneros extranjeros —y añadió, tras escuchar a su interlocutor unos segundos—: Señor primer ministro, Ante Pavelic… —tras ser interrumpido, prosiguió—: Efectivamente, querido Pavelic, quería decir, canciller, disculpe, pero dejemos esto por ahora, lo que venía diciendo es que mi último informe enviado al Vaticano ha sido muy favorable a su política nacional. Sin embargo, me han informado de que los agentes extranjeros pretendían llevar a Londres documentos secretos donde se menciona mi nombre y tenían pruebas y testigos en el campamento de Jasenovac de que las monjas católicas utilizan bicarbonato tóxico en niños para ahorrar balas. Le pido que sea más prudente y que el personal no emplee uniformes que puedan delatar su pertenencia a la Iglesia católica —otra vez fue interrumpido—. Claro que no debe quedar rastro. Tanto mi amigo, el padre Petar Brzica, como mi estimado Filipović-Majstorović se están extralimitando y dejando pruebas sobre sus actividades. Hay que reprenderles, querido Pavelic. Tienen que utilizar métodos que no llamen la atención, como han estado haciendo para que Inglaterra mande a sus agentes a investigar lo que hacemos con judíos, serbios y demás inmundicia que debe ser barrida de la Tierra cuanto antes. Tenemos que ser precavidos, querido Pavelic. Tan solo le pido, escúcheme… Tan solo le pido que tome medidas cautelares, querido Pavelic. Por ejemplo, le sugiero que los franciscanos lleven uniformes militares y no religiosos, así evitaremos problemas… —después de una pausa de breves segundos escuchando con atención a su interlocutor, siguió—. Querido Pavelic, le digo una vez más que el oro está bien custodiado en Roma, en los sótanos del Colegio de San Girolamo degli

Illirici. Si no tenemos cuidado, el padre Krunoslav Draganović no tendrá más remedio que transferirlo todo en camiones a las arcas del Vaticano a través de la Cruz Roja, y tanto usted como yo nos quedaremos sin un gramo después de la guerra —otra vez interrumpido, aun mostrando cara de enfurecimiento y aguantando su enfado, prosiguió—. Querido Pavelic, estoy cansado de repetirle que contamos con la protección personal de Pío XII, solo tiene usted que evitar que lo que está sucediendo en el campo de exterminio de Jasenovac salga a la luz. La Iglesia es la verdad en sí misma. Como la encarnación de Cristo en la Tierra, no puede estar nunca equivocada, ni sus decisiones cuestionadas. Lo que sucede ahí dentro debe quedar a puertas cerradas.

»Como está usted enterado por sus fuentes de inteligencia, los alemanes no soportarán todo el peso de esta guerra. Los aliados ya están abriendo muchos frentes en Europa y en el norte de África. Si hay evidencias claras, como testimonios de testigos o pruebas fotográficas, los aliados pueden presionar al pontífice en nuestra contra y él, aunque nos pese, no tendría más remedio que ceder por los intereses de la Iglesia. Tanto usted como yo tendremos que dar explicaciones, sin dinero y exiliados en España o en algún país de Sudamérica tras obtener un visado gracias a un pasaporte falso proporcionado por la Cruz Roja. ¿He sido claro? —escuchó con una sonrisa forzada—: Bueno, eso no creo que le convenga, querido amigo. El pleitear suscitaría una gran cantidad de preguntas muy inconvenientes sobre el origen de todo ese dinero. Por supuesto, como se puede imaginar, si usted iniciase un litigio de esas características sería un incordio no solo para mí sino para todas las partes, sobre todo para el santo pontífice. —Guardó un breve silencio escuchando la aprobación de su interlocutor—. Bien, pues ahora quiero que me mande a los agentes extranjeros y su documentación incautada cuanto antes a mi residencia. A los que les han dado cobertura local no tengo que decirle lo que puede hacer con ellos, ya lo sabe usted muy bien, y yo no le voy a dar ideas. La Ustacha tiene mucha experiencia en tratar a los partisanos.

* * *

Cinco soldados ustachis fuertemente armados hicieron entrar a los prisioneros. Buckthorn, de pelo rubio, era el más alto y corpulento de los dos; tenía un aspecto relajado. Parecía más un boxeador de los pesos pesados. Tenía una cicatriz muy pronunciada encima de la ceja, un poblado bigote marrón y vestía un traje gabardina de color oscuro que no le sentaba muy bien. Su compañero Hawkbit, por el contrario,

respiraba profundamente. Llevaba una chaqueta oscura y un gastado y embarrado pantalón de pana de los que usaban los campesinos locales. Era más pequeño de estatura y de piel más morena, de rostro angular y labios carnosos, ojos azules y cabello negro como el carbón y sucio de arena; su aspecto era decididamente ansioso y tenía un ojo hinchado debido a la resistencia que había opuesto en la playa al ser arrestado.

—¡Bienvenidos! —dijo en voz alta el arzobispo, que se encontraba sentado en su sillón y con las manos entrelazadas debajo de la barbilla —. Precisamente estaba estudiando los documentos que les han sido incautados y que pretendían llevar a Francia, y desde ahí, a través de un correo… —se ajustó las finas gafas de montura metálica y, doblando unas hojas, prosiguió—: ¡Aquí esta! A través de una agente británica, que era su enlace en París, llamada Madeleine. Bonito nombre. Por lo poco que llevo leído de su extenso informe estoy más que sorprendido. Vamos a ver…

El arzobispo se dispuso a leer en voz alta:“El 28 de abril, una banda de ustachis atacó seis aldeas del distrito de Bjelovar y detuvo a 250 hombres, incluidos un maestro de escuela y un sacerdote ortodoxo. Las víctimas fueron obligadas a cavar una zanja y después fueron atadas con alambres y enterradas vivas. Pocos días más tarde, en un lugar llamado Otocac, los ustachis hicieron prisioneros a 331 serbios, entre los que se encontraba el sacerdote ortodoxo del pueblo y su hijo. Las víctimas fueron obligadas a cavar sus propias fosas antes de ser despedazadas con hachas. Los asaltantes dejaron al sacerdote y a su hijo para el final. Aquel fue obligado a rezar las oraciones por los moribundos mientras troceaban a su hijo. Luego lo torturaron, arrancándole el pelo y la barba y reventándole los ojos. Finalmente, lo despellejaron vivo.

»Sacerdotes, siempre franciscanos, participan activamente en las masacres. Muchos de ellos se pasean armados y llevan a cabo con extraordinario celo sus acciones asesinas. Un cierto padre Bozidar Bralo, conocido por la metralleta que le acompaña permanentemente, bailó de júbilo en torno a los cuerpos de 180 serbios masacrados en Alipasin-Most. Otros franciscanos no solo matan, sino que prenden fuego a casas, saquean pueblos y arrasan los campos bosnios a la cabeza de bandas ustachis. En septiembre de 1941, hay constancia, con testigos locales y el testimonio de un periodista italiano, de que al sur de Banja Luka un franciscano había arengado a una banda de ustachis con su crucifijo para que cometieran crímenes.

»La incapacidad de los obispos, y en especial del arzobispo de Zagreb, Aloysius Viktor Stepinac, para distanciarse del régimen fascista aliado de los alemanes, para denunciar los crímenes y excomulgar al cabecilla de los ustachis y a sus cómplices, se debe al

deseo de aprovechar la limpieza étnica en Yugoslavia para construir una potente base católica en los Balcanes bajo respaldo y apoyo del Vaticano…

»Varios miles de familias han sido deportadas a islas desiertas de la costa dálmata o encarceladas en campos de concentración… Todos los varones judíos han sido enviados a campos de trabajo, donde se les ha destinado a labores de drenaje y limpieza, y donde han perecido en gran número. Al mismo tiempo, sus mujeres e hijos fueron enviados a otro campo donde también están sufriendo horrendas privaciones.

»Según evaluaciones alemanas, hasta el momento, más de cien mil serbios han desaparecido… En un solo campo de concentración hay hasta veinte mil serbios.

»El arzobispo de Zagreb, Aloysius Viktor Stepinac, es un ferviente defensor de los ustachis, cuyas crueldades son extremas: mujeres con los pechos cortados, ojos reventados, genitales mutilados… Las milicias ustachis utilizan instrumentos de carnicerías locales, como cuchillos, hachas y ganchos de colgar carne…".

De pie y visiblemente magullado por los soldados al haberse resistido en el momento de ser arrestado, Hawkbit guardaba silencio escrutando la figura de aquella persona tan diabólica. Buckthorn, por el contrario, tenía la mirada perdida: sabía lo que les esperaba y solo aguardaba el trágico momento.

La enorme habitación tenía el techo abovedado y el suelo enlosado de tal forma que daba la apariencia de una sacristía en un convento de frailes de siglos pasados. Había muebles de roble de color oscuro y tapices en las paredes. Sobre la mesa de madera sólida del arzobispo, aparte de montones de documentos, destacaba la foto del papa Pío XII, excelentemente enmarcada en alpaca. Detrás, a un lado de la pared, había colgado un enorme crucifijo.

El arzobispo Stepinac estaba enojado. Miró al techo como si buscara inspiración divina, se levantó de su asiento con agilidad y recorrió la habitación con síntomas de agitación. Se detuvo de pronto y, con premura, como si se hubiese acordado de algo, salió de la habitación cerrando la puerta de un golpe: iba a comunicarse con alguien particularmente cercano del Vaticano. Transcurridos diez minutos, volvió a entrar con una ligera sonrisa en los labios. Consciente de que todas las miradas estaban puestas en él, andaba elegantemente, como si de un actor de cine se tratase. Cruzó la habitación vistiendo su inmaculada sotana de color negro, fajín morado y prominentes botones carmesíes, hasta que tomó asiento de nuevo detrás del escritorio, se cruzó de piernas y extendió con la punta de los dedos el tejido de su larga vestimenta, colocándola ligeramente sobre la pierna para que no se produjese ninguna arruga. Formó una pirámide con los dedos índices y los apoyó contra los

labios, bajó las manos y miró al techo durante un tiempo, como si estuviese preparándose para una lectura del Nuevo Testamento. Recuperando la compostura antes de hablar, encendió un cigarrillo.

Los soldados ustachis lo miraban con miedo, como si realmente fuera la encarnación del mismísimo diablo, mientras que ambos prisioneros lo escrutaban con odio.

—No quedo bien parado, ¿verdad? —dijo con viveza después de unos segundos de profundo silencio. Tras encender el cigarrillo, se ajustó las gafas y sacó, de la cartera de cuero que le habían incautado a Buckthorn en el momento de su arresto, un puñado de fotografías en las que se veían fosas comunes llenas de cadáveres y cuerpos mutilados, y en otras, sacerdotes católicos junto con los ustachis, dando a entender la simpatía entre ambos por los crímenes que se estaban cometiendo—. Buena calidad fotográfica. Mmm… Vaya con el descubrimiento que han obtenido ustedes. Mi admiración, caballeros —continuó mientras observaba con detalle una por una las fotografías en blanco y negro.

Después de un largo silencio, dejó las imágenes sobre la mesa con enfado, se quitó las gafas y miró los cristales en busca de alguna partícula de polvo inexistente para, acto seguido, dejarlas a un lado del escritorio. Se echó hacia atrás, se volvió a cruzar de piernas y tras exhalar profundamente el humo de su cigarrillo, con los brazos apoyados en el reposabrazos de su sillón, levantó la vista hacia los dos hombres, a quienes les dijo pausadamente:

—¿Qué voy a hacer con ustedes, eh? Solo les ha faltado mencionar con todo detalle que a veces suelo llevar puesto un cilicio atado a los muslos, regalo de un cardenal del Vaticano —comenzó a tabalear su mesa de roble con el dedo—. Caballeros, resulta extraordinario observar cómo los acontecimientos surgidos de la nada son capaces de cambiar las cosas. Me encontraba cenando con mis amigos cuando mi secretario interrumpió una agradable conversación y mi exultante ánimo anunciándome una importante llamada a última hora. A veces resulta tan extraña la convicción que sentimos de estar a punto de recibir malas noticias que ni siquiera necesitamos que nos las comuniquen. ¿Tienen ustedes la misma sensación en este mismo momento sobre el futuro que les espera, señores?

Los dos de pie, en medio de aquella sala con decoración medieval, tenían la mirada fija en el arzobispo y seguían guardando silencio. En la repisa de la chimenea había un precioso reloj de bronce que produjo un agradable sonido al anunciar la hora.

—Siguen obstinados en no querer hablar conmigo, ¿no es así? ¿No quieren decirme algo? ¿Quiénes son? ¿Cuáles son sus nombres verdaderos? ¿Qué motivo los trajo aquí, a Yugoslavia, querer descubrir lo que se hace dentro del campo de Jasenovac o difamarme?

¿De dónde son? Lo que son, ya lo sé yo. Ustedes son hombres muy duros que siempre querrán estar actuando y, por ese motivo, no se les debe dejar andar libremente por la calle. Ustedes no solo serían capaces de eliminar al mismísimo papa en el Vaticano, sino de volarme a mí por los aires nada más sentarme dentro de mi vehículo si creyeran que eso ayudaría a la causa de los aliados, ¿no es así?

Pasó otro instante de silencio absoluto. El arzobispo sintió insolencia en la mirada fija de Buckthorn. Le dio a entender que era un hombre muy inteligente, tranquilo y muy decidido. Todo lo contrario al otro, cuyo aspecto de agricultor con rostro moreno daba la impresión de estar curtido por la exposición a la intemperie al realizar trabajos físicos.

—Está bien. Esto no es una sala de torturas ni un interrogatorio —dijo finalmente. Hizo un ademán con la cabeza a los ustachis que estaban de pie a su izquierda y señaló con el índice a Buckthorn—. Dos de ustedes tomen a ese prisionero y llévenlo de paseo por detrás de la tapia del jardín. Ya saben lo que tienen que hacer con él.

En el momento que fue agarrado por los brazos, Buckthorn se quedó paralizado mirando a su compañero a los ojos intensamente, Finalmente cedió y fue sacado con prisa de la habitación. Complacido, el arzobispo sintió dentro de su vestimenta que los finos pelos de sus antebrazos se erizaban; sonrió al notar esa mirada de complicidad llena de amor y cariño entre dos amigos que nunca jamás se volverían a ver. Disfrutaba teniendo el poder de decidir sobre la vida y la muerte de un ser humano.

—Sal de este mundo, alma cristiana —pronunció el arzobispo con los ojos cerrados—, en nombre de Dios Padre Todopoderoso, que te creó; en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que padeció por ti; en nombre del Espíritu Santo, que en ti se infundió; en nombre de la Gloriosa y Santa Virgen María, Madre de Dios; en nombre del bienaventurado José, ínclito esposo de la misma Virgen; en nombre de los Ángeles y Arcángeles; en nombre de los Tronos y Dominaciones; en nombre de los Principados y Potestades; en el de los Querubines y Serafines; en el de los Patriarcas y Profetas; en el de los santos Apóstoles y Evangelistas; en el de los santos Mártires y Confesores; en el de los santos Monjes y Ermitaños; en nombre de las santas Vírgenes y de todos los Santos y Santas de Dios —y abriendo los ojos en dirección a Jakob, sentenció—: Sea hoy en paz tu descanso y tu habitación en la Jerusalén celestial. Per signum Sanctae Crucis, de inimicis nostris, libera nos, Domine Deus noster. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.

Desde fuera se escuchó la detonación de un fusil; a los pocos segundos la de una pistola. En la habitación Hawkbit, de pie como una estatua, y el arzobispo, sentado en su sillón detrás de su enorme mesa,

se miraron fijamente.

—Y ¿qué piensa que voy a hacer con usted, eh? Tengo que admitir que lo admiro, es usted también muy fuerte psicológicamente, pero su compañero era mucho mejor, parecía más realista. Me da la sensación de que usted es un soñador, ve la vida como un juego, como una diversión, como una aventura. Pero no puedo mandar de paseo al jardín a dos. Tengo que complacer a los alemanes. La política, hijo mío, como muy bien dicen, hace que a veces tengas extraños compañeros de cama —dijo mientras se encendía un nuevo cigarrillo —. Pero si por mí fuera, lo mandaría a usted directamente al infierno.

—Con mucho gusto iría —contestó Hawkbit con una sonrisa—, pero permitiéndole a usted ir delante.

—Vaya con el prisionero, si tiene sentido del humor.

El teléfono sonó. El arzobispo levantó el aparato sin esperar a que sonase una segunda vez.

—De acuerdo…, así me gusta… Bendito Pío XII. Sí, claro que soy consciente de su intranquilidad…, desde luego el Santo Padre tiene el corazón de maíz, monseñor. Como siempre, usted tan acertado con sus sugerencias, lo felicito. Pronto nos veremos en Roma —comentó el arzobispo antes de colgar el auricular y, dirigiéndose al prisionero, añadió sonriendo de forma macabra—: ¿Qué le parece un bonito viaje a Francia?

Transcurrió un interminable momento de silencio mientras ambos hombres se escrutaban con la mirada, como si fuese un duelo psicológico para ver quién aguantaba más sin pestañear. Hawkbit le guiñó el ojo, juntó los labios y realizó un sonoro ruido.

—Béseme el culo.

—Alabado sea el Señor —dijo el arzobispo en tono reprobatorio—. Es usted un auténtico ordinario. Debería tomar ejemplo de su compañero y guardar silencio, ya que denota la poca educación que ha recibido —agregó Aloysius Viktor Stepinac quien rompió el cigarrillo a medio fumar dentro del cenicero, aplastando la colilla con insistencia hasta que dejó de salir humo—. Permítame informarle de que ha sido usted invitado por la Gestapo a visitar la avenida Foch. Ahí se va a reír usted mucho con las SS —dirigiéndose al soldado ustachi que lo custodiaba, le ordenó—: Llévese de mi vista a esta porquería.

En cuanto se quedó solo, alzó el índice con el pulgar unido en dirección a la puerta y sentenció:

—Ángel de Dios, que eres mi custodio: puesto que la soberana Piedad me ha encomendado a ti, alúmbrame, guárdame, rígeme y gobiérname. Amén —se puso de pie, tiró un cojín de terciopelo color granate al suelo y se arrodilló frente al crucifijo colgado sobre la pared. Mientras se santiguaba, añadió—: Gloria Patri, et Filio, et

Spiritui Sancto. Sicut erat in princípio, et nunc, et semper, et in saecula saeculorum. Amen.

Capítulo 15

A la mañana siguiente, Noor metió su cubo metálico en la pila de agua espesa llena de suciedad. Con apremio, se puso a buscar el utensilio del que el desconocido Hawkbit le había informado hasta que, justo después de manotear con nerviosismo, dio con algo punzante y alargado.

—Fuera —le dijo rudamente Wermer.

En el momento en que la agarraba del brazo, se metió el destornillador entre la manga empapada de la camisa, por detrás de la muñeca.

—¡Vamos! —ladró el soldado.

En su celda, tan pronto como sintió que el sonido de las pesadas botas del centinela se alejaba, se acercó a la ventana.

Aquellas celdas estaban construidas de cemento y ladrillo, de manera rápida y espontánea, en aquella última planta de un edificio que originalmente era residencial y no concebido para albergar una prisión en su interior.

Clavando el destornillador alrededor de los barrotes de hierro, el cemento saltaba con facilidad.

Era media tarde cuando había comenzado. Lo sabía por la luz del sol que se estaba volviendo cada vez menos diáfana. En cuanto oyó los pasos del centinela acercarse con el plato de sopa, limpió con apremio los trozos rotos y se sentó en el suelo.

—¡El cuenco! —gritó Friedrich desde la mirilla. Cuando le llenó el cuenco con aquella sopa aguada, volvió a cerrarla.

Noor notó que el soldado seguía de pie tras la puerta, se sentó y simuló beberse la sopa.

—Así está bien, —dijo tras abrir y cerrar de golpe la mirilla—. Me gusta saber que los prisioneros se toman la sopa.

Después de oír alejarse al soldado y abrir con violencia la mirilla de otras celdas, continuó raspando el cemento.

Ya era de noche cuando consiguió tener un barrote suelto. Calculó que terminaría su trabajo antes de medianoche, quizá a las diez o las once. Lo movió con fuerza de arriba abajo y logró sacarlo. Se quedó un momento quieta, pensando que debía continuar con el plan de huida, ya que no habría forma de arreglar aquel barrote. Si la veían huyendo fuera de la celda, dispararían contra ella. Se pegó junto a la pared y emitió un mensaje al prisionero desconocido: “Dos horas más. Fuera. Confirmado”. Acto seguido, este respondió “Okey”.

Había pasado el tiempo cuando sonó por todo el edificio una sirena

de alarma por ataque aéreo. Escuchó a Friedrich y Wermer llamándose a voces el uno al otro, corriendo con prisa hacia el fondo del pasillo y cerrando la puerta de acceso de un golpe. Desde lejos se oía el retumbar de los cañones antiaéreos fuera de París, como si fueran lejanos truenos.

Tras conseguir finalmente sacar dos barrotes más, Noor vio que podía caber por el espacio de la ventana. De repente, oyó abrirse la puerta del pasillo e inmediatamente después pasos. Parecían pesados. Se quedó quieta escuchando el sonido producido por las botas acercándose por el corredor. Con la palma de la mano limpió la gravilla de cemento, la echó fuera de la ventana y colocó de vuelta y a toda prisa los barrotes en su sitio. Se tumbó en el suelo y se hizo la dormida. Le llamó la atención el movimiento inusual de las botas, que producían un ruido extraño, como si el centinela estuviese arrastrándose, y presintió que algo no marchaba bien. Esos pasos no eran del soldado alto y delgado que le servía la sopa, pero tampoco eran de su compañero gordinflón. Escuchó un golpe en la puerta, como si alguien se apoyara en ella después de haber tropezado, y esta se abrió dejando entrar la luz del pasillo en la celda. En el rectángulo iluminado apareció la sombra gigante y recortada del sargento Hermann Grimminger, que se balanceaba y sostenía en una mano una botella de Jägermeister. Despedía una peste a alcohol y a tabaco y el aire que entraba por el pasillo se inundó de ella e invadió la estancia.

Noor se levantó y se echó hacia atrás.

Grimminger entró corriendo y perdió el equilibrio al intentar agarrarla, por lo que se sujetó a la pared con el brazo izquierdo y la botella se le cayó de las manos.

—Vamos a ver, querida —balbuceó el alemán, intentando ponerse erguido. Se desabrochó el cinturón, sacó la camisa fuera del pantalón y dijo con voz cavernosa—: Sé buena chica.

De espaldas a la pared, Noor tenía al grandullón enfrente, desafiante y con ojos encendidos. Hizo ademán de esquivarlo y salir corriendo por la puerta de la celda, pero Grimminger la agarró con agilidad por la cintura, la empujó hacia sí, deslizó el brazo para inmovilizarla y, con la otra mano, comenzó a manosear sus pechos violentamente mientras la mantenía de espaldas pegada a su cuerpo. Noor gimió intentando soltarse, puso toda su fuerza en la pierna derecha y, con el talón, le asestó un golpe seco en la espinilla. El alemán lanzó un gruñido. Noor se dio la vuelta con rapidez y le propinó una patada en la entrepierna con tal fuerza que el hombre, de un metro noventa y ocho de estatura, se inclinó hacia adelante. En el momento en el que lanzaba su musculoso y largo brazo para asirla del cuello, Noor se agachó, cogió la botella de licor y, con todas sus fuerzas, la rompió sobre su cabeza. El sargento se desplomó como un

saco lleno de patatas.

Se asomó al pasillo y se percató de que nadie estaba de guardia. Pensó que se habrían marchado al refugio del sótano. Se oyeron voces de prisioneros alertados por el ruido del vidrio roto. Uno de ellos, con acento polaco, preguntaba en francés qué estaba sucediendo. Noor quitó las llaves de la puerta, volvió a entrar en su celda y cerró desde dentro.

Con rapidez quitó los barrotes y los arrojó al cuerpo tendido del sargento. Se aupó con esfuerzo y apoyó la rodilla derecha para deslizarse por la ventana, pero tan solo consiguió sacar la cabeza fuera. La noche era estrellada y había luna llena. De repente, la sombra de una persona apareció frente a ella.

—No hables —le susurró con una sonrisa el misterioso prisionero, arrodillado a un lado del tejado y con el índice en los labios. Al asomar la cabeza en el interior de la celda vio el cuerpo tumbado de Grimminger—. ¿Y eso qué es?

—Ah, nada, uno que quería propasarse conmigo —contestó Noor mientras le tendía la mano.

—Lo tendré en cuenta —dijo sonriendo.

La asió con fuerza del cuello del abrigo, empujándola hacia fuera. Noor seguía con medio cuerpo dentro de la celda, atrapada a la altura de la cadera. Miraba con curiosidad el rostro de aquel desconocido, buscando rasgos parecidos a alguien que tal vez conociera, mientras él, sentado de cuclillas en el tejado y sin perder la sonrisa, la tomaba con fuerza por las axilas y la levantaba.

—Sí que has crecido, Noor —le murmuró al oído mientras conseguía sacarla por completo de la celda.

Estando encima del prisionero, Noor lo miró fijamente.

—¡Por el amor de Dios! —susurró—. Si eres Jakob Prado.

—Alias Hawkbit —le dijo agarrándola del pelo y empujando su cabeza con ambas manos hacia atrás mientras le sonreía observando su rostro—. Sí, soy yo, princesita. Yo no he tardado en reconocerte. Venga, vámonos.

Había dos centinelas de élite de las SS a la vista en el ático: eran Friedrich y Wermer. Ninguno estaba observando el tejado, como tampoco habían acudido al sótano cuando sonó la sirena de alarma, sino que se encontraban sentados sobre unas cajas de madera jugando a las cartas y fumando. Sus voces se oían desde donde Noor y Jakob habían comenzado a deslizarse con sigilo. Él la llevaba cogida con fuerza de la mano.

—Noor —le dijo en voz baja mientras se agachaba de cuclillas—, recuerda lo que te digo: si yo caigo prisionero o herido, tú tienes que continuar. No debes quedarte conmigo. Yo te serviré como escudo si la ocasión lo requiere y tú debes seguir pase lo que pase, ¿lo entiendes?

—Sí, pero lo mismo debo hacer contigo.

—No, Noor —dijo con enfado Jakob—. Tú debes conseguir llegar a Londres e informar sobre la caída de tu circuito y de Buckthorn. Londres no deja de recibir mensajes por parte de los alemanes haciéndose pasar por agentes británicos. La Abwehr, la inteligencia militar alemana, lleva emitiendo desde hace ya tiempo a la central del SOE como si fuesen auténticos resistentes yugoslavos y agentes británicos. Los alemanes no dejan de recibir paquetes con toneladas de explosivos, miles de pistolas, subfusiles Sten, fusiles Bren, granadas, miles de cartuchos y aparatos de radio, además del cuadro de mando de la Resistencia en Yugoslavia y Francia.

—Sí, lo sé —contestó Noor—. Kramer me lo dijo y he conocido aquí al teniente británico Bob Starr.

—Dios mío, con la información que tienes es un milagro que sigas viva. Te habrán mantenido estos días con vida para deportarte a Alemania —Jakob miró abajo, a la calle.

Ya habían salido de los refugios antiaéreos y desde la distancia se veía a cuatro soldados de élite patrullando por la explanada y otros dos junto a la puerta principal del edificio.

—Tenemos suerte de que Kramer se encuentre ahora en Italia por lo que oí a uno de los centinelas, y la seguridad parece estar más relajada. Escúchame, Noor —le dijo sujetando su cara entre las manos y mirándola fijamente—. Tienes que informar a Londres de que el arzobispo Stepinac está implicado en el genocidio de judíos, serbios y demás inocentes civiles que el gobierno títere de los nazis, los Ustacha, están cometiendo en Yugoslavia bajo el mando de Ante Pavelic, y que él fue quien ordenó la ejecución del agente Buckthorn. Que lo que sucede allí no tiene comparación con lo que hemos oído que sucede en Auschwitz-Birkenau. Tienes que informarles de que el campo de Jasenovac debe ser bombardeado cuanto antes, que tanto las actividades de Stepinac como las de Pavelic son conocidas por Pío XII y que el arzobispado ha estado trasladando una cantidad enorme de oro yugoslavo a Roma. ¿Lo has entendido, Noor?

—Sí, sí que lo he entendido —contestó seriamente—. Ahora, ¿podemos largarnos de aquí? Gracias. No podremos salir con vida si amanece.

—Sígueme —le dijo Jakob con actitud decidida mientras caminaban agachados en cuclillas y cabizbajos por el tejado—. Sé cómo bajar por la parte de atrás del edificio.

Llegaron hasta la parte posterior y, rápidamente, se tumbaron sobre las tejas para no ser vistos con la luz de los focos que surcaban por las fachadas y por encima de los edificios.

—Ahora llega lo más peligroso —dijo Jakob—.Tenemos que descender agarrándonos por los tubos de las cañerías. ¿Estás lista?

—Sí.

—No mires abajo y préstame atención: al mismo tiempo que voy descendiendo por la tubería con las palmas de mis manos, muevo las piernas. Todo movimiento conjunto —dijo mientras hacía gestos con las manos en el aire—: manos, pies, manos, pies, manos, pies. Una mano abajo, un pie abajo, una mano abajo, un pie abajo. Fíjate cómo agarro la tubería y pongo mis pies en la pared.

Jakob se deslizó por el borde del tejado, se asió a la tubería y, apoyando los pies en la pared, descendió poco a poco. Después de hacerle un gesto con la mano para que le siguiese, Noor hizo lo mismo. Muy lentamente, iban bajando agarrados por la gruesa tubería del desagüe. Noor había aprendido aquella forma de descender —por una pared plana mediante gruesas cuerdas con las cuales los reclutas debían subir y bajar— durante su intenso entrenamiento físico en Inglaterra. Al día siguiente, muchas reclutas tenían los dedos de las manos llenos de callos y en las palmas, arañazos y quemaduras.

Cuando Jakob estaba a cinco metros del suelo, oyó los pasos de un soldado que, después de doblar la esquina, pasaba justo por debajo de él. Al pegarse con rapidez a la cañería, el cincel que se había guardado tras quitar los barrotes de su celda se desprendió de su bolsillo, cayó al suelo y produjo un sonoro ruido metálico en la calle. Antes de que el soldado pudiese disparar hacia arriba, Jakob había saltado sobre él y lo había inmovilizado en el suelo.

Los focos de luz alumbraron justo a la pared del edificio donde se encontraba Noor.

—¡Salta, Noor! —le gritó Jakob.

Noor descendió a más velocidad y cuando ya estaba a pocos metros, saltó al suelo. Jakob recogió el subfusil automático y le dio a ella la pistola Luger del soldado. Ambos salieron corriendo por la calle desierta y oscura. Se oyeron silbatos y una sirena.

Desde el ático, los centinelas Friedrich y Wermer abrieron fuego. Noor y Jakob se pegaron a la acera mientras corrían sin detenerse. Desde la calle de enfrente apareció un grupo de soldados que, después de tomar posiciones detrás de un coche aparcado, comenzó a dispararles. Jakob les respondió con gran habilidad y les hizo retroceder hasta la esquina para ponerse a cubierto.

—¡Pero qué maravilla es esta arma, la MP 34 Steir-Solothurn! —gritó sonriendo. Señaló a Noor un vehículo estacionado en la calle de enfrente—. Corre y métete en aquel coche. ¡Ya!

Cruzar la carretera hubiera sido exponerse como blanco a los soldados apostados en el ático, pero cuando Noor comenzó a correr, Jakob la cubrió disparando con destreza hacia arriba, lo que hizo retroceder el ataque continuo de los soldados. Cuando llegó al coche, Noor rompió el cristal con la culata de la pistola, se sentó rápidamente

en el asiento del conductor y se dispuso a unir los cables de contacto. Tras unos segundos, consiguió arrancar el vehículo.

En el momento en que Jakob cruzaba la calle, al mismo tiempo que disparaba hacia la esquina donde los soldados se habían puesto a cubierto, una ráfaga disparada desde el ático le alcanzó la pierna y cayó de bruces contra el suelo. Noor salió corriendo, apuntó cuidadosamente y descargó su Luger cuatro veces hacia arriba, en dirección al edificio, para después girarse y, con una rodilla en el suelo, en postura reglamentaria, apuntar a la esquina en la que se encontraban parapetados los soldados. Tras disparar contra los alemanes de la esquina, se guardó la Luger en el cinto, tomó el subfusil alemán que yacía en el suelo, lo aculató en el hombro, enfiló su mirada por el cañón, guiñó un ojo y apuntó hacia el ático del edificio. Su brusco tableteo moviendo el arma de un lado para otro no solo hizo que se agachasen los alemanes, sino que a ella misma la ensordeció y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Vamos, Jakob! ¡Levántate! ¡Maldita sea!

Él intentó incorporarse, pero se derrumbó.

Faltarían pocos minutos para que aparecieran refuerzos, el tiroteo arreciara y pusiera fin a aquel intento de huida.

—¡Lárgate de aquí, estúpida! —le ordenó Jakob gritando con todas sus fuerzas.

—¡Y un cuerno!

No le quedaba otra solución que matarlo. Si lo abandonaba ahí, acabaría otra vez como prisionero, lo someterían a un interrogatorio y lo torturarían, como había visto que hacían en el sótano. Sin pensárselo dos veces, disparó hacia la esquina e hizo retroceder a los soldados cuando las balas impactadas hicieron saltar fragmentos de piedra en el rostro de más de uno. De inmediato, lo agarró por los muslos y se lo cargó a la espalda. Otra bala alcanzó el cuerpo de Jakob y el impacto hizo que Noor se tambalease, pero se irguió y comenzó a balancearse en dirección al vehículo haciendo eses.

Steinbrinck, que había salido del edificio y presenciado aquella acción, gritó en alemán hacia los soldados que estaban en el ático que no disparasen a la mujer. Viendo la valentía de Noor, no le cabía duda de que representaba una auténtica amenaza. Puede que escasamente midiera un metro sesenta, pero podía dejar boquiabierto a cualquiera que la viera actuar en situaciones de peligro, manejando tan profesionalmente un arma como si lo hubiese hecho toda la vida. Al mismo tiempo, resultaba enormemente seductora. “Es dura, con genio, pero toda una mujer”, se dijo. Tragó saliva y se preguntó cómo sería deslizar la mano por las curvas de su cuerpo, rodearla con los brazos… No se parecía en nada a ningún otro prisionero que hubiera tratado anteriormente. Los criminales a quienes había perseguido durante su

etapa policial, antes de trabajar para la Gestapo, eran delincuentes estúpidos, brutales y cobardes. Esta mujer, una agente británica, era una combatiente inteligente y audaz que merecía su respeto. Si hubiera sido alemana, se habría sentido orgulloso de ella e incluso, posiblemente, se habría enamorado. Volvió a gritar a los soldados apostados en la esquina que dejasen de disparar. Pensó que aunque pudiese llegar al coche con el peso de aquel hombre, Noor no sería capaz de conducir por sí sola con un herido. Era cuestión de segundos que los refuerzos llegasen y cerrasen las calles colindantes, atrapándolos así con vida.

Noor avanzó lo más rápido que pudo hasta el vehículo y consiguió ponerse fuera de tiro. Jakob se deslizó en el asiento como un pelele. Los soldados alemanes empezaron a llegar y comenzaron a cercar la calle para que no pudiesen salir del barrio. Un grupo se puso a cubierto tras un coche aparcado en la acera mientras otros se arrojaron al suelo apuntando sus fusiles.

Steinbrinck, al ver que Noor había conseguido llegar al vehículo cargando con el cuerpo del prisionero herido, sintió admiración por ella. Solo una persona bien adiestrada podría haber mantenido la sangre fría en semejante tiroteo.

—¡Rápido Noor, rápido, acelera por Dios! —gritó de dolor Jakob, tapándose las heridas de la pierna derecha.

Después de poner la primera marcha, luego la segunda, apretar el acelerador a fondo y meter tercera con aquel viejo Renault rugiendo y recibiendo numerosos impactos de bala en toda la carrocería metálica, Noor y Jakob salieron precipitadamente en la oscuridad de la calle, tan negra como una tumba.

Steinbrinck, consternado y colérico, gritó a los soldados que siguiesen al coche de inmediato. La rabia lo consumía. Subió corriendo a su oficina y telefoneó a las patrullas de París para que cerrasen las carreteras de salida. Se sentía humillado por una mujer.

—Sigue adelante. Tan pronto como veas un callejón, para…—le dijo Jakob, balanceándose en el asiento por la velocidad del vehículo —. ¡Aquí! ¡Frena, Noor!

Tras doblar en una calle oscura, quedaron aparcados entre una furgoneta y otro Renault.

—Esperemos cinco minutos —dijo Jakob jadeando. Sangraba profusamente—. Se creerán que hemos seguido conduciendo para salir de la ciudad y escondernos en el campo. En este momento habrán informado a los puntos de revisión en las afueras y habrán puesto barricadas.

—Te estás desangrando —dijo Noor.

De inmediato rompió el pantalón y estudió las heridas de bala en la pierna. Buscó en el coche algún utensilio que le sirviera: abrió la

guantera y rastreó deprisa en el interior, pero solo sacó papeles. Se agachó buscando a tientas con las manos algo de utilidad debajo del asiento y encontró un destornillador de entre más papeles y tubos de plástico. El interior del coche estaba muy sucio, quizás había sido abandonado por sus dueños. Consiguió realizar un torniquete.

—No tienes ningún hueso roto, solo tienes dañados los músculos. Por suerte has resultado herido las dos veces en la misma pierna.

—Pues qué suerte la mía —dijo gimiendo Jakob mientras Noor presionaba con fuerza la tela sobre el muslo.

—¡Shhh! Cállate —dijo Noor—. Los vecinos podrían delatarnos.

Dos camiones alemanes pasaron por la calle paralela a alta velocidad.

—Tenemos que salir de aquí. Conozco este barrio —continuó Noor —. Tenemos un enlace local en caso de extrema emergencia bajo el nombre de Zouzou…

—¿Zouzou? ¡Ja, ja, ja, ja! Pero qué nombre en clave más ridículo. ¿Y por qué no Princesse Tam Tam? ¡Ja, ja, ja!

—Cállate, no seas tonto.

—Seguro que Joséphine Baker nos espera ahí con su famoso traje con plátanos ¡ja, ja, ja! —siguió Jakob.

—¡Por el amor de Dios, cállate!

Noor salió del coche y observó la calle principal. Una luz se encendió en una ventana del edificio de enfrente. Miró hacia arriba y vio que una silueta la estaba observando. Quizá no llamaría a la policía, pero nunca nadie era de fiar. Se asomó con rapidez por la esquina de la calle. Estaba todo en silencio excepto por las sirenas y ruidos de motores de motocicletas a lo lejos.

—Tenemos que movernos —dijo Noor, volviendo a sentarse en el coche. Vio que el hueco del copiloto estaba ensangrentado—. Tenemos que llegar al apartamento vacío de emergencia y desde ahí nos comunicaremos con el enlace local y conseguiremos un vuelo de Londres.

—Noor, déjame —le suplicó Jakob seriamente—. Sigue tú, por favor.

—Ni hablar. ¿No sabes que soy una luchadora incansable de la India exótica? —dijo sonriendo.

—Sí, ya, descendiente de aquel loco maharajá… —respondió Jakob con una leve sonrisa, recostado sobre el asiento y empapado de sudor —. El tigre de no sé qué…

—El Tigre de Mysore —apostilló Noor, volviendo a tapar con fuerza la herida para evitar que dejase un surco de sangre allá por donde fuesen—. Además, no voy a dar a los nazis el placer de que te torturen para que les ruegues y supliques después de arrancarte las uñas, ponerte electrodos en tus atractivos labios o encender cerillas

debajo de las plantas de tus sensibles pies…—se dio cuenta de que la estaba observando y dijo—. ¿Qué estás mirando?

Jakob se rio y contestó:

—A ti, naturalmente. Te pones muy guapa cuando estás en acción.

—Bueno, menudo lugar y momento para ponerse romántico.

Salió del coche, dio la vuelta al vehículo y, tras abrir la puerta del copiloto, sacó a Jakob y lo puso sobre su espalda. Él se limitó a gruñir. Noor miró hacia arriba y observó que habían apagado la luz de la ventana. Aunque balanceándose, cruzaron la calle rápidamante. Noor se apoyó en la pared para descansar un momento. Abrió la puerta de un patio trasero y entraron en el edificio por la parte posterior.

—Quédate aquí —le dijo Noor—. Voy a dejar el coche en otro sitio. Cuando amanezca y lo hayan encontrado, no nos buscarán en este barrio.

Condujo el coche por una serie de calles en la semioscuridad. Al menor ruido o presentimiento de que un vehículo fuese por la carretera, paraba en una esquina, apagaba el motor y se quedaba expectante para reanudar de nuevo la marcha.

El coche dejó de funcionar de súbito tras emitir el motor una especie de ladrido ahogado cuyos ecos sonaron por toda la calle. Sin duda, el carburador o el motor habían sido alcanzados durante el tiroteo. Lo dejó deliberadamente con las puertas abiertas y corrió con dos trozos de tela ensangrentados, atravesó una calle, después otra, subió cuesta arriba por una pendiente, cruzó una ancha avenida y tiró al suelo uno de los trozos de tela. Siguió adelante y transcurridos veinte minutos, tiró el otro trozo.

Las calles estaban desiertas y los apartamentos silenciosos y oscuros. Noor se sentía como si se encontrara en un lugar donde hubiera ocurrido algo espantoso, como una explosión o un apocalipsis, y ella fuera la única persona que hubiese quedado con vida. Para volver con Jakob decidió trazar un círculo. Caminaba con prisa en la oscuridad pegada a la pared. Sabía dónde se encontraba y conocía París como nadie. Cuando veía un coche con los faros alumbrando la calle, se inclinaba en un portal o se pegaba a los muros de los edificios: si se topaba con alguien podrían reconocerla y tendría que huir o cometer algún crimen para escapar.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó Noor a Jakob al encontrarlo semiinconsciente en el suelo. Lo cogió de la mano para tomarle el pulso.

—Bastante mareado.

—El apartamento desocupado está a dos manzanas de aquí, así que debes hacer un esfuerzo más, por favor. ¡Arriba! —dijo Noor. Lo agarró del muslo, lo ayudó a levantarse y se lo puso sobre los hombros. Jakob soltó un gemido agudo—. Cállate y no seas quejicoso.

Era un edificio alto y estrecho con un patio interior situado en un barrio elegante de inmuebles del siglo xviii. No utilizaron el ascensor por precaución y para no llamar la atención de los vecinos. Noor aguantaba el peso de Jakob apoyándose en el pasamanos de la elegante escalera. Tras media hora subiendo despacio los peldaños, consiguieron llegar al piso superior. Noor estaba sin aliento y dejó a Jakob tumbado en el descansillo. De rodillas, tanteó por el suelo en busca de una losa de mármol suelta, pero no logró dar con nada. Se puso de pie y pasó la mano por el tabique; tampoco.

—¿Dónde guardaría yo la llave si fuese la tal Zouzou? —dijo Noor mirando de frente la puerta del apartamento y haciendo esfuerzos por concentrarse.

Tocó suavemente el borde del interruptor de la luz y este se movió. Lo fue doblando poco a poco, con cuidado para que no se rompiese. Lo sacó de la pared y, con una sonrisa, vio que la llave estaba ahí dentro, entre los cables. Volvió a poner correctamente el interruptor en su sitio y al fin abrió la puerta. Con el brazo sobre sus hombros, manteniendo el equilibrio, Jakob entró cojeando.

Era un estudio para una persona que disponía de un cuarto de baño y una salita con su cocina. Había una ventana amplia en el techo inclinado, desde donde se podía ver, a lo lejos, la Torre Eiffel. Lo más importante era que no había vecinos al lado y que el suelo estaba doblemente alfombrado para evitar el ruido de pisadas y ser detectados por los residentes del edificio. La puerta, también de un grosor inusual, igualmente podría amortiguar el sonido y, en caso de un intento de asalto, parecía poder aguantar incluso el impacto de las balas.

Jakob se dejó caer sobre el sofá raído de terciopelo. Noor se apresuró a cortar el pantalón con sumo cuidado, le puso dos cojines bajo la cabeza y corrió al cuarto de baño. Mojó una toalla y se la colocó en la frente para refrescarlo y limpiarle el sudor. Tocó su cara y sus mejillas estaban ardiendo. Su aliento era caliente.

—¡Vivos! —le dijo sonriendo a Jakob, que no dejaba de sudar—. Me gustaría ver la cara de espanto del diabólico Kramer cuando le den la noticia. Al menos unas horas en libertad sientan bien, ¿verdad? —al mirarle de nuevo, tendido boca arriba, notó la gravedad y el peligro en que se encontraba si no era tratado a tiempo—. Seguro que hay un equipo médico por algún sitio.

—No me pongas esa cara, que me recuerdas al rabino que celebró mi Bar Mitzvah —dijo bromeando—. No sabes que el cuerpo de este judío, además de velludo, es inmune a las balas.

Sin prestarle atención, Noor abrió con rapidez los cajones de la cocina, recogiendo lo que consideraba necesario. Después corrió otra vez hacia el cuarto de baño y se dirigió a un armario, donde encontró

el equipo médico de emergencia. Dejó en el suelo, frente al sofá, todo lo que necesitaba, volvió a la cocina, encendió el gas y puso agua a hervir. Tenía todo listo.

—¡Ah! Mira lo que he encontrado —le dijo a Jakob, queriendo darle ánimos—. Una botella de Dewar's White Label.

—Vaya, pues sí que necesito un trago —comentó quejica.

—Toma —le dijo Noor, dándole un vaso lleno hasta la mitad—.Te ayudará.

—Bueno, espero que sepas lo que haces, ¿no? — comentó Jakob con rostro pálido, pero sonriendo al ver los preparativos que Noor había dispuesto al pie del sofá.

—Vaya, es la segunda vez en una noche que cuestionas mis habilidades —dijo Noor haciendo una mueca irónica—. Discúlpeme, lord Jakob, pero he realizado cursos de enfermería y primeros auxilios, y además he estado trabajando en el hospital de París.

—Eso me alivia… mi princesita india —agregó Jakob, cuyo cabello oscuro le caía sobre la frente empapada—. Dame otro trago, por favor.

—No, es suficiente, después te daré todo el whisky que quieras —le dijo Noor, ofreciéndole un cojín—. ¡Toma! Muerde esto, te ayudará.

Primero extendió sobre el sofá toallas y trozos de tela que había cortado de las sábanas de la cama para absorber la sangre que fluiría en abundancia de los orificios hechos por las balas. Se lavó las manos y comenzó a curar la primera herida.

Jakob evitó gritar de dolor hundiendo con fuerza su rostro en el cojín. Después de seguir hurgando en la herida, Noor consiguió sacar la primera bala; la sangre salió a borbotones. Esperó unos segundos y empezó con la siguiente herida. Cuando sacó la segunda bala, esperó a que cesara la hemorragia y aplicó un apósito.

—Has sido un chico valiente —dijo Noor sonriéndole y llenando de nuevo el vaso de whisky hasta la mitad—. Toma, lo prometido es deuda.

Jakob se incorporó y se puso de costado, observando cómo limpiaba Noor la sangre de los utensilios con delicadeza.

—Dime, ¿cómo has llegado a ser una agente del SOE?

A la luz de la lámpara, Noor observó su pelo, tan negro como siempre, su piel olivácea y sus mejillas hundidas debido a los últimos acontecimientos. Seguía siendo el hombre más atractivo que había conocido. Su voz era tal cual la recordaba, ronca e insinuante, y su mirada le hacía sentir que no había otra mujer en el mundo excepto ella.

—Digamos que fueron seis honrados servidores quienes me enseñaron cuanto sé: cómo, cuándo, dónde, qué, quién y por qué.

—¡Eh! —dijo Jakob con una ligera sonrisa irónica y una mirada llena de diversión en sus vívidos ojos azules, mientras sostenía en alto

el vaso a modo de brindis y asentía con satisfacción—. Muy lista, mi princesita india… No seré yo quien se oponga a que quieras ganar tú solita la guerra invocando el espíritu de tu antepasado —y añadió entre sarcástico y cariñoso— Quién lo hubiera dicho. Ya cuando te conocí eras independiente hasta la médula. Si sobrevivimos a esto, voy a besarte cada día durante el resto de mi existencia terrenal.

—Vaya, me siento muy complacida.

—¿De veras? —preguntó alegremente.

—Sí, es muy agradable oírlo, pero ahora cierra los ojos.

Noor le puso la palma de la mano sobre la cara suavemente y, de inmediato, Jakob cayó en un sueño febril. Respiraba normalmente, aunque su aliento estaba caliente en la mano de Noor.

El fuego de las baterías antiaéreas comenzó de nuevo a retumbar como una tormenta desde las afueras de la ciudad. Noor salió fuera del apartamento y, con unas tollas mojadas, limpió la sangre de las escaleras y el pasamanos. En la entrada había utensilios de pintura y volcó uno de ellos en el suelo. De este modo, si los residentes veían al día siguiente manchas secas en el suelo, pensarían que eran gotas de pintura derramada.

Capítulo 16

Su hermano Vilayat finalmente pasó los exámenes, después de haber estudiado día y noche concienzudamente, y fue asignado al HMS Collingwood. Tras comunicarle la noticia a su hermana, Noor viajó hasta Londres y le ayudó a preparar la ropa del equipaje, que previamente lavó a mano y planchó con mucho cariño.

Tras despedirse de su hermano, Noor sintió que una parte de ella se había ido y se sintió sola. Volvió con su madre y siguió trabajando en su puesto de ayudante de radio mientras esperaba noticias sobre el resultado de su petición de traslado como agente operativo en Francia. Ella lo desconocía, pero sus adelantos habían sido seguidos por las autoridades encargadas de la inteligencia militar durante aquellos días. Su conocimiento del código morse era excepcional.

En octubre de 1942 el SOE envió a Noor una notificación a través de un memorándum interno con el nombre de la WAAF como tapadera, en el que se mencionaban día y hora para una entrevista —10 de noviembre a las 16:00 horas— con el capitán Selwyn Jepson en la habitación número 238 del Hotel Victoria, en la avenida Northumberland.

El hecho de que Noor fuese bilingüe —porque hablaba a la perfección inglés y francés—, además de haber sobresalido tanto por su carácter fuerte e independiente como por su dedicación, sus resultados en el trabajo y su predisposición, había llamado positivamente la atención. A pesar de haberse mostrado en desacuerdo con la política de Churchill con respecto a la independencia de la India durante sus elocuentes respuestas ante el comité, los oficiales que la evaluaron habían visto algo tan diferente en ella que la propia oficina que el primer ministro había creado exclusivamente para reclutar agentes que lucharan contra el fascismo se mostró interesada en alistarla.

El día señalado Noor se presentó en el Hotel Victoria. El ambiente del vestíbulo era limpio y elegante, lo cual chocaba con la situación precaria por la que pasaba ella. Como complemento a su uniforme llevaba unos pendientes de plástico, muy de moda por entonces, y un ligero toque de lápiz labial. Normalmente era ahí donde recibía un oficial del SOE a los posibles candidatos y les explicaba la misión y el objetivo de la organización. El recluta contaba con varios días para meditarlo y, en caso de negativa, estaba obligado a guardar silencio. Fueron legión los jóvenes que aceptaron durante la contienda, tantos que se creó un departamento del SOE por cada nacionalidad, con sus

centros individuales y especiales de instrucción.

La habitación tenía un fuerte olor a desinfectante y a crema de afeitar. Los muebles se hallaban desprovistos de personalidad. Había una mesa de cocina, dos sillas y una lámpara con una bombilla de intensidad baja colgando del techo. Las ventanas daban a la calle, pero las gruesas cortinas siempre se mantenían echadas, así que el interior de la recámara estaba oscuro. Una de las paredes estaba cubierta con mapas de países europeos. En la pared opuesta había un enorme mapa de Francia y otro de París. El resto estaban desnudas, sin ningún elemento decorativo, ni cuadros ni espejos.

Quien se encargaba de entrevistar a los reclutas para la sección F —así se denominaba la sección encargada de las operaciones en Francia— era el capitán Selwyn Jepson, que había participado en la Primera Guerra Mundial y, además, era autor de muchos libros de misterio y espionaje.

Selwyn era un hombre de mediana edad, bajo de estatura y delgado, con la boca pequeña y los dientes desiguales. Las canas en las sienes le daban un toque de madurez sin envejecerlo. Hablaba inglés con un curioso acento, acortando tanto las palabras que, al pronunciarlas, daba la impresión de que su voz sonaba como si tuviera algo dentro de la boca. Tenía una especial habilidad para detectar a primera vista si un candidato era adecuado para el trabajo. Su tiempo récord en saberlo era de medio minuto durante la primera reunión. Normalmente, como parte de la burocracia interna, realizaba tres entrevistas al recluta durante días consecutivos para poder elaborar un informe completo del candidato. Él mismo fue entrevistado por el primer ministro antes de obtener su puesto como jefe de reclutamiento.

* * *

Una bomba había dañado la parte de atrás del número 10 de Downing Street, por lo que Winston Churchill estaba instalado en un edificio anexo, encima de las salas del Gabinete de Guerra. El oficial sentado a la entrada del despacho del primer ministro se llamaba Joyce Grainger. Tenía casi sesenta años y debía haber estado jubilado a aquellas alturas, disfrutando de una pensión modesta de profesor de Oxford y viviendo en su casa de retiro cerca de Brighton. Sin embargo, en lugar de eso y gracias a su relación con Adolf Hitler desde la infancia, estaba empleado como persona de confianza de Churchill.

—El viejo lo espera y está de muy mal humor esta mañana. Ándese con cuidado —le advirtió Grainger a Selwyn tras haberle anunciado.

Había días en los que el primer ministro era encantador, con una

alegre sonrisa y un suave destello en sus ojos azules, pero había otros en los que parecía estar sumido en la melancolía. Ahora estaba impaciente y nervioso. Selwyn sintió un escalofrío por todo el cuerpo al pensar en el motivo por el cual había sido citado ante la presencia del hombre que, se suponía, debía de estar muy ocupado dirigiendo al país en aquellos momentos de gran dificultad y peligro. Llamó discretamente a la puerta del despacho. Una voz profunda, que se oyó d desde el otro lado, lo invitó a entrar. Había observado de lejos y en contadas ocasiones al primer ministro y siempre había tenido un aspecto elegante, pero ahora lo veía con un rostro cansado, surcado de líneas de cansancio y apático.

—Según mis informes, escribe usted novelas de detectives. No solo eso, sino que tiene una buena hoja de servicio en el ejército —dijo Churchill, que se hallaba sentado en su enorme sillón exhalando el humo de su puro—leído un par de libros suyos y tiene usted buen ojo para la creación de personajes y

—Así es —le contestó Selwyn—. Muchas gracias.

El primer ministro se levantó y se preparó un whisky de malta.

—Bueno, ¿y qué le parecería un puesto en una nueva organización como encargado para estudiar la viabilidad de posibles candidatos? —le preguntó, volviendo a sentarse detrás de su escritorio ancho y alargado.

—Con el debido respeto…

—Con el debido respeto... ¡un cuerno! —le espetó Churchill sin más preámbulos y haciendo un ademán a un oficial sentado en una silla justo al lado de la puerta. Mientras volvía su atención sobre un puñado de papeles que se encontraban encima de su mesa, hizo un gesto en el aire con la mano y añadió—: Sargento Taylor, ¡lléveselo al Racket en Baker Street! —alzó la mirada y se dirigió a él nuevamente —. Antes de que se marche de mi vista dígame, ¿qué opinión le merece el papel de las mujeres en el ejército?

—Bueno, pues considero que son mejores en el trabajo que los hombres…

—Vaya, ¿y eso? —cuestionó Churchill, quien se reclinó en su sillón, se metió un dedo en el oído y lo sacudió como si hubiera agua en él—. No me vendrá a decir que una mujer serviría mejor al país si estuviese al frente de este gobierno, ¿no es así?

—No, quería decir…

—Usted quería decir que debo llamar a mi mujer y sentarla aquí, detrás de esta mesa, para dirigir al país y hacer frente a esta guerra, mientras yo estoy con un delantal en la cocina horneando pasteles o bordando manteles de ganchillo y tomando el té con las vecinas, ¿no es eso?

—No, señor…

—¡Explíquese, hombre, que no tengo más tiempo que perder con usted!

—Considero que las mujeres tienen más capacidad de mantener la calma en momentos de peligro que los hombres. Además, están psíquicamente mejor preparadas para vivir sobre el terreno los días en soledad. El hombre en el ejército requiere a una mujer con la que satisfacer sus necesidades sexuales y le gusta convivir entre compañeros y camaradas. La mujer, sin embargo, domina más sus instintos y es, con diferencia, más organizada y disciplinada.

—Buena suerte, Selwyn —sentenció Churchill, volviendo su atención a los documentos—. Ya puede usted retirarse.

* * *

El SOE fue creado durante la batalla de Inglaterra, durante los días que la RAF luchaba en el aire contra la Luftwaffe alemana. Churchill redactó la orden de creación de esta organización el 19 de julio de 1940. Hitler y su Tercer Reich habían invadido Austria, Checoslovaquia, Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y finalmente, en junio de 1940, Francia. Un mes después, el 16 de julio de 1940, Hitler firmó la orden número 16 Unternehmen Seelöwe —Operación León Marino— para invadir Inglaterra.

Durante aquellos días, Churchill decidió crear un grupo de servicio secreto para sabotear a los alemanes en suelo francés, servir de apoyo a la Resistencia local y ayudar al mando militar británico con informaciones sobre el terreno para ganar la guerra contra Hitler. Resumió el objetivo de la organización con la expresión "¡Prender fuego a Europa!". Tan solo un año después, a mediados de 1942, se permitió oficialmente la incorporación de mujeres como agentes del SOE. El argumento que se sostuvo fue que ellas podrían infiltrarse con mayor facilidad en los países bajo dominación nazi, ya que era más factible que pasaran desapercibidas (en las tiendas, en las estaciones de tren o en los mercados) y sin llamar la atención que un agente atlético y fortachón vestido de campesino.

Al principio, en la sección F del SOE se presentó un problema inesperado: la mayoría de los candidatos franceses que se hallaban en Inglaterra estaban siendo reclutados por la organización política y militar Francia Libre, ubicada en Londres y cuyo líder era De Gaulle. De este modo, ante la escasez de ciudadanos franceses, tuvieron que limitarse a contratar candidatos de nacionalidad británica que hablaran fluidamente el francés y que no llamaran la atención por sus rasgos físicos.

Durante los inicios de la organización, la base de operaciones del

SOE fue un edificio ubicado en el 62-64 de Baker Street. Las diferentes secciones, distribuidas de acuerdo con la nacionalidad de los miembros, se hallaban emplazadas a lo largo de aquella calle, como la sección Noruega, localizada en el edificio Chilterns Court, mientras que otros servicios del SOE fueron instalados en siniestras construcciones colindantes. Francia tenía su sede en las oficinas de los conocidos almacenes Marks & Spencer. Sin embargo, las entrevistas con los candidatos se realizaban en habitaciones de hoteles discretos, como en el número 238 del Hotel Victoria de la avenida Northumberland.

El papel de Selwyn era primordial, sobre todo en el momento de decidir si la vida de la recluta merecía ser arriesgada, si es que ella estaba dispuesta a correr tal peligro. Noor sería la primera mujer del SOE en ser enviada a Francia como radioperadora.

—Siéntese —le dijo Selwyn, que llevaba unas gafas ridículamente suspendidas sobre el puente de la nariz—. Dígame, ¿cuál cree que es su mejor cualidad como persona?

—La paciencia —contestó Noor sin dudarlo un instante y mirando fijamente a su entrevistador. Se dio cuenta de que el oficial tenía un fuerte acento inglés, por lo que tuvo que aguzar el oído para entender lo que decía.

Cuando escuchó esa palabra, Selwyn supo que se encontraba ante una futura recluta. "Ella tendrá toda la paciencia del mundo hasta conseguir su cometido", pensó mientras la observaba y se ajustaba las gafas de gruesa montura negra, que no estaban graduadas y que simplemente le servían para ocultar al entrevistado su escrutadora mirada, pero también para analizar meticulosamente los movimientos corporales y faciales y la mirada que, según él, lo decían todo de una persona.

—Es un trabajo muy arriesgado en el que no hay compensaciones económicas, nada de recompensas extras; tan solo se mantendrá su paga básica, aunque exenta de impuestos, y en caso de que no vuelva con vida, que es lo más probable, será transferida a un familiar o a alguien próximo que usted designe.

Noor lo escuchaba con tranquilidad absoluta, entendiendo la implicación que tenían las palabras del oficial.

—Estoy totalmente de acuerdo, dispuesta y capacitada para correr tal riesgo.

—Dispuesta, de acuerdo, pero capacitada… Eso lo decido yo, señorita —dijo Selwyn con un aire de altanería, pretendiendo intimidarla—. Usted ha estudiado psicología infantil y es escritora, porque, según he sabido, ha escrito numerosas historias para niños —agregó. En ese instante percibió que Noor dio un leve respingo y supo

que había dado en un lado débil de la joven. El otro punto con el que podría desequilibrarla era su madre, pero de momento se abstuvo de mencionarlo—. Algunas de ellas han sido incluso retransmitidas por radio en Francia. ¿No cree usted que sería más útil aquí, en Inglaterra, con los niños que han sufrido secuelas por los bombardeos? ¿No cree que su capacidad de entender a los más pequeños le haría ser una persona valiosa en institutos de rehabilitación y de ayuda infantil?

—Mire, estoy aquí con el único propósito de que la Oficina de Guerra pueda ofrecerme un trabajo con mucha responsabilidad y acabar de una vez por todas con el régimen nazi en Francia. Quiero luchar contra el poder destructivo de la inocencia y de los inocentes. Lo demás, son rodeos.

Percibió otro punto clave para su elección: Noor era impulsiva, pero también prudente y precavida. Hablaba muy poco, pero con honestidad. Su voz, desde luego, era melodiosa. “Tiene agallas”, pensó Selwyn.

—Si la selecciono no tendrá ningún día libre, no tendrá vacaciones, tendrá que mentir a sus familiares, ya que tiene que guardar el secreto de su cometido. Durante meses, o quizá durante un año entero, tendrá que ir a diversas escuelas de entrenamiento. Se acabarán los domingos y los días de asueto en su vida.

—Muy bien, lo acepto.

—Hay posibilidades de que caiga prisionera y sea interrogada por la Gestapo. Por este motivo, los agentes en el extranjero llevan píldoras de cianuro para…

—Estoy dispuesta a llegar a tal extremo, señor Selwyn —lo interrumpió Noor.

—Pues sería una imbécil supina y me causaría una decepción haberla reclutado, señorita. Lo que tiene que hacer es evitar que suceda, de ahí depende su habilidad como operadora. No me va a decir que quiere ser agente operadora en Francia por puro patriotismo, ¿no es así?

—No.

—Entonces, ¿por qué quiere ser agente operadora arriesgando la vida, señorita? ¿O es que le da igual que su madre no vuelva a verla nunca jamás?

Noor no pudo evitar incomodarse y se movió ligeramente en la silla.

—Le he dicho que estoy dispuesta a afrontar cualquier riesgo.

—¿Sabe lo que es el SOE y cuál es su finalidad?

—No —contestó Noor con una expresión curiosamente intensa en su rostro—, pero entiendo que necesitan operadores de radio en Francia, ¿no es así?

—¿Quiere un té? —preguntó Selwyn. Observó que, por educación,

Noor dudaba entre aceptar el ofrecimiento o no hacerlo, porque era consciente de que el té y la leche eran de calidad y, por esa misma razón, productos escasos—. Bien, prepararé dos. Este es mi sexto té del día.

La cocina no era más que un mueble, en la que no había más que una pequeña bombona de gas de butano y una estantería de dos puertas.

—El primer ministro es un adepto de las guerras irregulares porque, de alguna u otra forma, ha participado en dos de ellas: en la guerra de los Bóeres y en Irlanda —comenzó a explicarle mientras vertía el agua hirviendo en dos tazas—. De este modo, el SOE ha sido creado tomando como ejemplo la lucha ortodoxa de las guerrillas españolas que echaron a Napoleón, de las guerrillas chinas que lucharon contra los japoneses y de el Sinn Féin en Irlanda —se puso de puntillas, abrió el armario y sacó una caja de metal llena de galletas. Puso cuatro en el plato de Noor y volvió a sentarse poniendo las tazas sobre la mesa—. Las siglas SOE significan Special Operation Executive y tiene como misión el sabotaje industrial y militar nazi en los países ocupados. Las misiones son altamente peligrosas y los agentes tienen muchas posibilidades de no volver vivos a Inglaterra.

—Muy bien —dijo Noor reajustando sus ideas y opiniones a la luz de aquella nueva información—. Mi única satisfacción personal, señor Selwyn —añadió removiendo la cucharilla en su taza—, es tener un cometido de responsabilidad como agente para ayudar a que Francia sea liberada. Conozco el país, las costumbres, hablo perfectamente francés y estoy dispuesta a asumir este reto. Ojalá que mi cometido, aunque solo fuese de una manera muy humilde, pudiera servir para que se terminen de una vez por todas estos bombardeos, destrucción y muertes que están causando los nazis.

—¿Qué le parece el té? —preguntó sonriendo el oficial inglés—. Precisamente es de la India.

—Excelente, aunque demasiado azucarado…

—Dígame —señaló Selwyn, quitándose sus gafas, doblándolas y guardándolas en el bolsillo de su pechera—, quiero escuchar uno de sus cuentos, ¿podría ser tan amable de contarme uno?

—No me haga reír, por favor…

—Lo digo en serio. Quiero escuchar uno. Mire —agregó Selwyn cruzándose de piernas y sosteniendo el plato con una mano mientras que con la otra mantenía en alto su taza—, se lo pongo más fácil: tan solo tiene que seleccionar uno que piense que me vaya a gustar y ya está. Soy todo oídos.

Después de veinte minutos, durante los cuales el inglés notó que la mirada franca de la joven brillaba en inteligencia, sacó un documento de un maletín de cuero que tenía a sus pies y lo puso frente a Noor.

—Noor, si usted acepta entrar en el SOE —dijo, dándole una estilográfica—, debe firmar este Official Secret Act, teniéndome a mí como testigo, y de inmediato podrá ingresar en el centro de adiestramiento.

Noor firmó los papeles oficiales como Nora Baker, evitando el apellido indio Khan de su padre para no tener que dar explicaciones sobre su pasado. Selwyn aprobó la decisión haciendo un ligero movimiento de cabeza.

Capítulo 17

En el cuartel general del SOE ubicado en Baker Street no había nada que mostrara que en aquella dirección se hallaba un edificio perteneciente al gobierno británico, aunque sí había una placa de latón, en Norgeby House, en la que podía leerse ‘Inter-Service Research Bureau’. Como habían firmado el Official Secret Act, a cada uno de los miembros del SOE se les impedía mencionar el nombre de la organización a la cual pertenecían, de ahí que se refirieran a él con el nombre clave de ‘The Racket’.

Como los agentes del SOE necesitaban informantes que los mantuvieran al tanto de lo que sucedía en París durante la ocupación nazi, recurrieron a los servicios de personas que vivían en los lugares aledaños a la capital. Carteros o granjeros podían dar reportes fidedignos sin que los agentes que operaban en suelo francés perdieran un tiempo valioso en recabar datos que debían enviarse a Londres. Sin embargo, además de informantes seguros, los agentes del SOE necesitaban documentación y radios para llevar a buen término su labor. Al frente de este servicio técnico —cuyo cometido era proporcionar el equipo para los agentes— se hallaban el teniente coronel Elder Wills, un arquitecto y decorador de teatro, excombatiente de la Gran Guerra, y el profesor Dudley Maurice Newitt, director del Scientific Research Service.

Asimismo, este servicio abrió una imprenta en la que se elaboraban sellos, billetes de banco, cartas de trabajo de diferentes países y pasaportes, entre otros documentos que el agente del SOE en cuestión pudiera utilizar en alguno de los países ocupados.

El coronel Wills, además, encargó a un sastre judío vienés que vivía en la capital inglesa la elaboración de vestimenta propia de los lugares donde los agentes serían enviados, como París o Praga, incluso recorría las sinagogas de Londres y solicitaba las etiquetas de sus ropas a las personas que provenían de otros países europeos con el propósito de imitarlas, de elaborar otras idénticas para coserlas después en las ropas que él mismo había confeccionado. Asimismo, los agentes que iban a viajar se dirigían al Museo de Ciencias de Londres para ir por las prendas que vestirían en los países adonde se les había destinado.

En un laboratorio se elaboraban armas con materiales dispares e inofensivos, pero que en el momento de activarse resultaban muy efectivos y hasta mortales. El ingenio de los miembros del SOE les permitió utilizar desde botellas, pan o fragmentos de carbón para

fabricar explosivos, que podían activarse y estallar en cualquier lugar en el que se les colocara, hasta explosivos con forma de tornillos. Se elaboraron miles de cigarrillos que podían utilizarse para iniciar incendios en almacenes, depósitos de armamento o de combustible del ejército enemigo. También fabricaron estilográficas 'lanza gas' y otros artefactos mortales.

El SOE afrontó serios problemas para proveer de dinero a las redes y a los agentes que actuaban en los territorios ocupados por los nazis ya que Inglaterra tenía un número limitado de billetes de los distintos países de Europa. De este modo, como si fuese un guion de una película cómica, los empleados del SOE se convirtieron en falsificadores de monedas gracias a la ayuda de técnicos que se hallaban presos en las cárceles británicas.

Tan pronto como la organización fue establecida, se ganó las antipatías del SIS —Secret Intelligence Service—, más conocido como M16. Según la dirección del SIS, la misión del SOE de llevar acabo actos de sabotaje y terrorismo volando puentes y destruyendo fábricas o almacenes atraería más la atención de los alemanes, por lo que era más efectivo realizar operaciones que no despertasen su atención y que se llevaran a cabo con la ayuda de personas oriundas de los países bajo la dominación nazi adscritas al SOE. Según los miembros del SIS, al SOE pertenecían individuos sin experiencia alguna que habían sido designados a dedo.

Durante el comienzo de las operaciones llevadas a cabo por el SOE, este seguía teniendo tan mala opinión que incluso los pilotos de avión encargados de lanzar agentes a líneas enemigas les negaban aparatos a los miembros que los solicitaban. Sin embargo, la RAF puso a disposición del SOE dos pequeños Lysanders de tres plazas que recibieron el refuerzo, poco tiempo después, de un bombardero Whitley. Aunque la situación de aquella pequeña flota aérea no funcionó bien al principio, durante el transcurso de la guerra, y sobre todo tras la Operación Barbarroja, las distintas organizaciones involucradas aumentaron rápidamente su ayuda debido a la situación de necesidad en que se hallaba la Resistencia, distribuida desde los Balcanes hasta la Bretaña francesa. Era necesario luchar unidos contra el adversario que amenazaba los intereses comunes.

De esta forma, la RAF suministró un nuevo Lysander, ocho Whitley, un Maryland y dos Halifax, aviones desde los cuales se lanzó la primera escuadrilla de paracaidistas, a la que se le designó con el nombre de 'Moon' porque sus operativos se realizaban con luna llena. Estos agentes del SOE se encontraban en el pueblo de Tempsford, al este de Inglaterra. La escuadrilla, cuyo número oficial era el 138, fue reforzada posteriormente con la 161, la cual se especializó en los aterrizajes con Lysander en territorio ocupado, una de las operaciones

de mayor riesgo durante la Segunda Guerra Mundial.

Durante esos primeros meses de funcionamiento del SOE hubo un problema sobre el terreno: una confusión en los mensajes por radio transmitidos por operadores SIS y por agentes clandestinos del SOE destacados en Europa. Las radioperadoras que recibieron los mensajes en Inglaterra no sabían de qué organización procedían los enviados por unos y por otros. Por ello, en 1942, se decidió que el SOE debía trabajar de forma individual y con una red de operadores exclusiva. Pronto se establecieron oficinas del SOE por todo el mundo: desde Delhi se enviaron agentes a Burma para luchar contra los japoneses; a El Cairo para armar a los grupos de la Resistencia; al norte de África y al sur de Italia; a los Balcanes para cubrir Yugoslavia, Polonia y Rumanía; al oeste de Europa para encargarse de Francia, los Países Bajos y Bélgica; y al norte de Italia y España. Incluso en Kandy, Ceilán, tenían una base operativa.

Promovieron a Noor como oficial con el propósito de protegerla en caso de que cayera prisionera de los alemanes, ya que pensaban, ingenuamente, que teniendo un rango superior al de un soldado tendría menos posibilidades de ser fusilada por los nazis. Le dieron de alta en la organización en la que estaba empleada, la WAAF, y la inscribieron en la FANY —First Aid and Nursing Yeomanry—, con el objetivo despistar a familiares, amigos y conocidos. Absolutamente nadie debía tener conocimiento de su trabajo en el SOE.

El cuartel general para la instrucción se encontraba en Norgeby House, cuyo dirigente era el coronel J. S. Wilson, que había servido como policía en la India y en el M16. Las escuelas de entrenamiento —denominadas STS (Special Trainning School)— se asemejaban más a un campamento de boy scouts que a un cuartel militar. Mujeres voluntarias se hacían cargo de la limpieza, la cocina y el lavado de la ropa, por lo que el aspirante a ser agente podía concentrarse completamente en su preparación.

La STS estaba dividida en las Preliminary Schools —escuelas de iniciación—, de las cuales una se encontraba en la región de los Midlans y otra en el sur de Inglaterra; las Roughning Schools —escuelas de endurecimiento—, instaladas en el norte de Escocia —ahí se adiestraba también a los integrantes del SAS (Special Air Service)—, cerca del aeródromo del centro de tropas aerotransportadas y del lago Rostherne, en donde los aspirantes a agentes del SOE realizaban siete saltos acuáticos, que no siempre eran voluntarios, desde globos cautivos o desde aviones; y la Special Finishing School —escuela de especialidades—, situada al sur de Inglaterra.

En las Preliminary Schools, los futuros agentes se distribuían de acuerdo con su lugar de origen. Asimismo, en cada una de estas secciones divididas por países había una escuela, en la que se hablaba

la lengua de los reclutas. Durante el curso, de un mes de duración, se examinaba la personalidad, la competencia física y las aptitudes de los candidatos. Aunque distintos oficiales estaban a cargo de su instrucción, un oficial de mayor rango era quien supervisaba todo el entrenamiento; él era quien observaba a los aspirantes, anotaba sus características, los animaba y recibía sus confidencias. Finalmente, orientaba al jefe de cada sección —Country Section se le llamaba— para aceptar o negar la inclusión del agente examinado. Tras pasar todas las pruebas satisfactoriamente, Noor fue trasladada a la segunda escuela.

En Escocia, la Roughning School se hallaba próxima a Loch Ailort, en Arisaig House. A diferencia de las Preliminary Schools, los aspirantes de distintos países podían convivir entre ellos. A los reclutas se les entrenaba para realizar operativos en comandos y se les instruía en tiro y en el manejo de armas blancas. Disponían de una gran variedad de armas ligeras —las cuales podían conseguirse en cualquier mercado—, cuyo uso tenía el fin de entrenar a los agentes para repeler un ataque si el enemigo utilizaba esas armas. Además de realizar un intenso ejercicio físico diario, también aprendían la lucha cuerpo a cuerpo y sin armas y el manejo de explosivos.

Esta experiencia fue exultante para la joven Noor, no solo porque despertaba en su interior la adrenalina, sino también porque respiraba la lluvia y la tierra húmeda, olores que asociaba a una peculiar sensación de libertad.

El adiestramiento con tiro se llevaba a cabo en una casa abandonada que fue acondicionada con señales luminosas y maniquíes. El agente trasponía la entrada principal, atravesaba un corredor oscuro en el que se hallaba una escalera y algunas puertas, desenfundaba su pistola y disparaba al enemigo hipotético. Si no le bastaban las balas, disponía de un cargador adicional. Como el entrenamiento debía asemejarse a un combate real, los oficiales a cargo del simulacro disparaban balas auténticas cerca de los oídos del agente, con el propósito de que se acostumbrara a las detonaciones en el caso de que hubiera enfrentamientos con los nazis.

Los simulacros de combates se efectuaban casi siempre durante la noche. Se realizaban ejercicios de orientación, se analizaban exhaustivamente técnicas para tender celadas, así como formas de acercamiento e infiltración en una línea enemiga. Además, al recluta se le entrenaba en la caza de animales salvajes.

Tras haber finalizado también positivamente el curso de salto y de combate en Escocia, Noor fue transferida a la escuela de especialidades. La Special Finishing School se hallaba en el sur de Inglaterra, en el distrito de New Forrest, cerca de Beaulieu, donde alguna vez navegó el almirante lord Nelson. La escuela tenía una

fuerte vigilancia y su existencia se guardaba en el mayor secreto. Noor fue presentada a un oficial que desempeñó la función de tutor personal y su entrenamiento fue completamente individualizado.

Uno de los objetivos de las lecciones era aprender medidas para salvar las trampas de la policía enemiga. Se les enseñaba a establecer comunicación con otros agentes, a dar con refugios seguros, a confundir a un perseguidor en un lugar público, a conservar la tranquilidad cuando hubiera un tiroteo, a usar claves y tintas invisibles y a ocultar documentos por medio de algún camuflaje. También se les adiestraba en las distintas técnicas de 'buzones' y para eludir inspecciones de la policía. Asimismo, los preparaban para que se comportaran de cierta forma cuando estuvieran frente a un oficial nazi en un interrogatorio; por eso, el simulacro se efectuaba con oficiales cuyos uniformes pertenecían al ejército alemán, lo cual daba más realismo a las lecciones, sobre todo cuando se sometía al futuro agente a las torturas más imprevisibles.

Además, aprendían a reconocer y usar documentos, así como las distintas cartillas de racionamiento. Igualmente, oficiales experimentados les informaban detalladamente sobre las condiciones de vida y hábitos del lugar donde serían enviados.

A Noor se le adiestró como agente operador de radio, por lo que aprendió a manejar una radioemisora movible y su particular funcionamiento. El oficial a cargo —a quien también se le designaba 'pianista'— que ya se encontraba en territorio ocupado enviaba sus mensajes en días y horas precisos. Los mensajes eran cifrados y debían contener, por seguridad, una pregunta que se respondía de forma ilógica. Los mensajes llegaban a estaciones atendidas por hombres y mujeres del Royal Signal Corps y de la FANY.

La mayoría de las personas que trabajaban en las oficinas del SOE eran mujeres. Cifraban los mensajes, enviaban telegramas y atendían las centrales telefónicas. Como era preciso recibir mensajes de calidad, las estaciones se hallaban situadas lejos de Londres para eludir el estruendo de los bombardeos. Los encargados de recibir los mensajes enviados por oficiales ubicados en países ocupados conocían las claves que los identificaban y sabían en el momento si había un cambio repentino. Las distintas oficinas del SOE se encontraban comunicadas por teléfono y teletipos especiales con los distintos cuarteles generales de la organización. Agentes a bordo de motocicletas llevaban los mensajes cifrados al cuartel general ubicado en Baker Street, donde los expertos los descodificaban.

Capítulo 18

En cuanto Noor pasó su última fase de adiestramiento en el aprendizaje de códigos y sus formas de transmisión, fue sometida a un duro entrenamiento de cinco días para ejercitarse en técnicas de sabotaje a instalaciones marítimas, ferroviarias, centrales eléctricas y fábricas de armas, entre otros objetivos. Recibió la preparación en el pueblo de Hatfield, donde existía un centro llamado Station Seventeen (Estación Diecisiete). Allí tuvo que aprender de memoria los métodos de supervivencia urbana.

Una madrugada, sin previo aviso, la metieron en un camión con los ojos vendados, la despojaron de todos sus documentos de identidad y le quitaron el dinero que llevaba consigo. Tras horas de viaje por carretera, la dejaron en medio de un pueblo perdido en el interior de Gales y le ordenaron que fuese a una dirección en Londres, un determinado día y a una hora en concreto. Esta prueba tenía el objetivo de asegurar la destreza y perspicacia del agente, tanto para realizar un viaje sin documentos y sin recursos económicos como para infiltrarse en un lugar. En el caso de que cayera en manos de la policía inglesa, debido a una delación por parte de agentes alemanes que operaban de incógnito en el país, y no lograra evadirse a través de engaños, podía llamar a un teléfono y ser liberada. Esta prueba era decisiva, pues si el candidato no la superaba satisfactoriamente podía ser descartado como aspirante a agente del SOE. Gracias a su astucia, Noor consiguió pasarla sin problema.

Como Noor no era francesa, la enviaron a Welbeck House para visitar a un dentista que le cambió los empastes por amalgamas que los odontólogos del país solían colocar a sus pacientes. Después la llevaron al Science Museum (Museo de Ciencias de Londres), donde escogió la vestimenta que usaría a su llegada a Francia. Al día siguiente se dirigió al 57 de Wimploe Street, donde bebió té en compañía de Vivien Thomas. Su nombre real era Vera Atkins, de unos treinta y tantos años, pero con el aspecto de tener más edad debido al peinado y el maquillaje que se aplicaba con el propósito de dar una apariencia distinta. De figura atractiva que no podía ocultar, la mujer tenía el porte de una actriz de cine desempeñando el papel de soldado del ejército. De rostro agradable, parecía la hermana mayor favorita de cualquiera, razón por la cual numerosos miembros del SOE le hacían confidencias personales. Ella proporcionó a Noor los informes complementarios de su misión, así como su identidad falsa.

—Noor, tu nombre oficial en el SOE es Nora Baker, pero tu nombre

en clave será Madeleine —le dijo.

Transcurrieron varios días antes de que Noor fuera convocada otra vez. Aprovechó la ocasión para pasar más tiempo con su madre, que quedó convencida de que su hija tendría el cargo de radiotelefonista, un puesto primordial en la corporación femenina FANY. Dijo, además, que se marcharía durante dos meses como máximo.

Con el aumento de sueldo al trabajar en el SOE, Noor alquiló un apartamento para Ora Ray Baker en un pueblo de Essex llamado Brentwood. El lugar mostraba todas las señales de ser un sitio en el que vivían personas que carecían de dinero. Las paredes necesitaban una mano de pintura, pero aun así tenía la ventaja de poseer un gran jardín posterior en el que su madre podía pasar los días entretenida cuidando las plantas.

Después de que le informaran sobre la fecha de su salida, volvió al número 57 de Wimpole Street, donde Vivien Thomas le ordenó que se cambiara de ropa y se vistiera con la que usaría en Francia. Además, le dijo que debía dejar todo su dinero, documentación y demás posesiones personales.

La ropa francesa tenía muchas diferencias en relación con la inglesa, pero había una en especial muy reconocible: normalmente, la indumentaria hecha en Francia era unos veinte centímetros más larga que la realizada en Inglaterra. Noor llevaba ropa de algodón: un vestido fino de lana y una gabardina que algunos refugiados judíos procedentes de Francia habían conseguido. Además, llevaría consigo un montoncito de ropa interior con dos mudas de cada prenda; en las etiquetas podía leerse Galerías Lafayette.

El cielo tenía un aspecto negruzco, cubierto por nubes cargadas de lluvia, cuando ambas se sentaron en un potente Jaguar antes del alba para dirigirse a la base aérea de Tempsford, en el este de Inglaterra. Era la base de las escuadrillas Moon del SOE, a unos ochenta kilómetros del norte de Londres y próximo al pueblo de Sandy, en el condado de Bedfordshire. A esa hora, la fauna de madrugadores ya estaba en movimiento en los suburbios de Londres: conductores de autobús y maquinistas de camino al trabajo, así como carteros y lecheros en pleno reparto. A un lado y a otro de las calles se veían signos de la guerra: una mujer conduciendo un camión de la basura, un cartel dirigido a la población civil para que siguiera un régimen de austeridad, muchas hileras de casitas reducidas a escombros por los bombardeos y muchos letreros en los escaparates de las tiendas. Se fijó en una señora que llevaba a una niña al interior de una iglesia con el techo hundido. Aunque no era especialmente antigua, al igual que el resto de las viviendas colindantes, se notaba que había sido construida durante un periodo álgido de prosperidad victoriana, como la mayoría de las iglesias católicas en Inglaterra, que fueron edificadas después de

que se aprobaran los cambios que legitimaron esa rama de la religión cristiana en la jurisdicción inglesa. Por primera vez, Noor sintió una enorme responsabilidad. No solo Francia la necesitaba, sino también Inglaterra y su gente. Esa madre y su hija irían a rezar entre los escombros de aquel templo por algún familiar muerto, desaparecido o destinado a combatir muy lejos de allí. "A pesar de las circunstancias, tienen fe", pensó Noor. Se cruzó de brazos y sintió una gran tensión que no hizo más que aumentar su deseo de realizar su trabajo lo mejor y lo antes posible.

—Ayer vino mi novio de Irlanda —dijo Vivien, queriendo animar a Noor—. Saltó en paracaídas después de ser atacado por un avión alemán que le rompió un motor. Si un avión de la Luftwaffe cae en suelo irlandés, lo encierran en un depósito, pero si uno de los nuestros, de la RAF, se extravía o se estrella en el mismo lugar, ¿sabes cómo lo tratan normalmente? Le dan una lata de Guinness, un par de huevos fritos, un filete bien gordo y de vuelta a casa. El primer ministro de Irlanda, Éamon de Valera, ha hecho una jugada política muy inteligente manteniendo a su país al margen de esta guerra, pero no es justo, es un auténtico cerdo, debería unirse a nosotros en la lucha contra el nazismo, porque concierne a todos. Aún queda un largo camino, guapa —continuó diciendo Vivien con las manos sobre el volante y la mirada al frente—, debo tomar otra ruta más larga debido a los bombardeos. ¿Por qué no te pones a dormir un rato, eh? Y deja de darle vueltas a la cabeza.

Noor sonrió, se subió el cuello del abrigo y se recostó en su asiento, de cara a la ventana.

Tras detenerse en un puesto de guardia, donde los centinelas aprobaron los pases que llevaban consigo, continuaron camino entre los jirones de niebla. Cruzaron la aldea, la parroquia de Knedworth y el pueblo de Stevenage. El aire fresco y húmedo le recordó la brisa del campo alrededor de la casa familiar en Francia durante el otoño. Mientras se adentraban en el condado de Hertfordshire, Noor pudo contemplar las casas rurales con sus huertos en la parte delantera, los pubs ingleses con variopintos nombres —en donde se servían cervezas tibias— y los buzones de correos al borde la carretera. Pensó en su madre, quien en esos momentos seguramente estaría atenazada por la angustia, aunque le había mentido acerca del trabajo que desempeñaría. Recordó a las víctimas inocentes acribilladas por los aviones nazis durante su marcha de París y a aquella niña muerta a quien su hermano había abrazado en el suelo. No pudo más que agradecer a Dios que los alemanes no hubiesen llegado hasta aquellos idílicos, bellos y verdes entornos.

De nuevo las pararon ante un puesto de control. Volvieron a comprobar sus documentos antes de poder pasar por una gran puerta

metálica de acceso.

Vivien aparcó el coche en un terreno de gravilla y una funcionaria que vestía un uniforme cuidadosamente planchado, con el rostro ligeramente maquillado y los cabellos ordenados debajo de su gorra, salió al encuentro de Noor. Sin decir palabra, se la llevó consigo y Vivien se quedó fumando un cigarrillo mientras charlaba con un oficial.

El agente que había sido escogido para realizar una misión en territorio ocupado era enviado al lugar de donde todos partían: Farewell House, la Casa de la Despedida. Aquella gran casa de campo, una elegante mansión victoriana construida con ladrillo rojo, estaba situada en las cercanías de Tempesford. Mientras esperaba allí la confirmación del momento de su despegue, el agente inspeccionaba todo el material que llevaba consigo y ultimaba pequeños detalles. En la casa había más agentes con distintas misiones. Dependiendo de la encomienda, les eran entregados los artículos necesarios, como dinero, equipos de transmisión, comprimidos de benzedrina para tratar la bronquitis y los procesos gripales, dos cápsulas de cianuro de potasio, la nueva documentación, una pistola o una daga comando, entre otras cosas.

La funcionaria la llevó a una habitación y le dijo que eligiese el tipo de maleta más adecuado, acorde con la apariencia de una viajera de un pueblo que toma el tren con destino a París. Había muchas maletas de distintos tamaños, colores y materiales. Noor eligió una de lo más común en Francia, de fibra sintética. Posteriormente le fue entregado un neceser con un cepillo y pasta de dientes, maquillaje y un peine. También le dieron a escoger entre distintos jabones y demás complementos femeninos, como cintas para el pelo, diademas y un simple y modesto reloj de pulsera para mujer, todos productos franceses.

—Recuerde —comentó la funcionaria con distintivo de cabo—, no debe llevar nada encima que no sea lo que usted está obteniendo aquí ahora mismo, ¿me entiende? —Noor asintió en silencio—. Su vida depende de ello. Bien, ahora le enseñaré su habitación, donde podrá esperar hasta ser informada de su vuelo. Hay un bar si quiere tomar una copa.

—No, muchas gracias —contestó Noor con aplomo.

—No me las dé, joven —señaló la funcionaria, mirándola de arriba abajo y preguntándose de dónde procedería aquella mujer de extraño atractivo—. No la invito yo, las bebidas son gratis. Cortesía de Baker Street.

Cuando pasaban por el salón principal, se acercó un funcionario que portaba una maleta.

—Cabo, aquí tiene.

La funcionaria se la dio a Noor.

—Podrá inspeccionar todo su contenido arriba. Recuerde, lo que debe llevar a París es su maleta con la radio y su mochila. Esta otra maleta se la entrega a quien la reciba en tierra, ¿me comprende? Es material para la Resistencia.

—Sí —dijo mientras asentía, algo cohibida ante la naturalidad de la funcionaria.

Cruzaron el salón principal de aquella casa con aspecto de mansión campestre de algún antepasado aristócrata. Estaba lleno de humo y de gente vestida con ropas de civil de distinta procedencia: pilotos con sus distintivos, auxiliares y muchos uniformes británicos con diferentes rangos. Celebraban su despedida fumando pipas, cigarrillos y, alguno que otro, puros. Aquel salón se fue transformando en un enorme bar con risas y gente hablando en susurros; mientras unos escribían a última hora cartas de amor a su amante, esposa, hijos o madre, otros se reconocían y se daban abrazos con ademanes exagerados.

Observó que en la barra estaba Vivien con un vaso de whisky en una mano, fumando mientras conversaba distendidamente con un grupo de hombres curtidos, como si los conociese desde hacía años. Uno de ellos, un hombre joven de pequeña estatura, aspecto musculoso y con bigote muy fino y acento escocés, comenzó a contar un chiste sobre Hitler en voz alta ante la desternillante risa de Vivien y de los que los rodeaban.

Mientras, en otro lado, había hombres vestidos como provincianos de algún remoto lugar europeo. Bebían de sus copas con sus compañeros y en sus rostros serios no podía disimularse la preocupación mientras esperaban el momento de que los llamaran.

—Vamos, vuelvan a sus habitaciones —exclamó un oficial en voz alta a un grupo reunido en una esquina—. Salimos en cinco minutos.

Todas esas personas estaban esperando partir en vuelos clandestinos a distintos lugares de Europa. Noor sintió una punzada en el corazón. Lo que veía en esos instantes, mañana sería el mismo escenario pero con otros rostros. “¿Cuántos morirían en acción y cuántos volverían a reunirse para reír y beber juntos mientras contaban sus hazañas?”, se preguntó Noor. Mientras caminaba por el lugar con la funcionaria, Noor vio una enorme pizarra en una de las paredes donde figuraban nombres en clave y algunos auténticos de los que partían en vuelo esa misma noche a misiones al otro lado del Canal de la Mancha. Noor leyó entre la columna de nombres ‘Madeleine 3:00’. Consultó su reloj: faltaban tres horas.

Se metió en su habitación para esperar y puso en el suelo todo lo que le habían dado: una maleta en la que se hallaba el radio con transmisor morse, unos auriculares, antenas y todo el equipo que

llevaría consigo; otra maleta de distinto tamaño donde tenía varios artilugios para los agentes que ya operaban en Francia, quienes los utilizarían para llevar a cabo sabotajes u otras misiones encomendadas; y una más con toda la ropa y artículos personales. Fue apuntando en su pequeña libreta personal un inventario de todo lo que se llevaba consigo:

1. Emisor de radio tipo A MK III
2. Auriculares
3. Pistolas: una silenciosa, modelo Welrod, y una Colt automática calibre 45
4. Emisor miniaturizado tipo 51/1
5. Pilas
6. Receptor miniaturizado tipo 53 MK 1 con sus auriculares
7. Hilo de antena
8. Adaptador de corriente
9. Daga y su funda
10. Cámara fotográfica
11. Cámara fotográfica modelo Rege Minox
12. Fulminante a presión
13. Lápices encendedores
14. Encendedor de tracción
15. Estilográfica lanzadora de gas
16. Encendedor de descompresión
17. Tubo para detonadores
18. Linterna de bolsillo a dinamo
19. Dos blusas
20. Tres pares de calcetines

En cuanto terminó de tener todo bien organizado y listo, intentó distraerse mientras esperaba ser llamada. Se tumbó en la cama, pero no tenía ganas de dormir. Observó la habitación; el papel floreado de la pared y las luces de los muros con pantallas de seda sugerían que antes de la guerra había sido ocupada por una mujer, quizás aristócrata. Se levantó y fue a la mesita al lado de la chimenea. Comenzó a ojear de pie un ejemplar de Parade: “Día y noche, los bombarderos ingleses junto a los estadounidenses baten carreteras y vías férreas, túneles, estaciones, puentes y centros de clasificación (…) El avance continúa por el sur de Italia (…) Pronto se espera que un contingente de bombarderos alcance las ciudades de París, Berlín…”. Tiró la revista en el lugar donde estaba y se sentó en el suelo, cruzó las piernas en forma de flor de loto y comenzó a realizar meditación.

Como los saltos se planeaban con tiempo, los integrantes de la Resistencia local que recibían a los agentes debían ser informados

sobre las particularidades del lugar donde el paracaidista debía descender, pero había unos saltos llamados blind —a ciegas— en los que el agente no sabía si alguien lo recibiría o no, aunque tenía una idea aproximada del sitio donde aterrizaría. Esta clase de saltos se realizaban en misiones de sabotajes y atentados y su información se encontraba absolutamente protegida. En esta ocasión, Noor no tenía que saltar en paracaídas, la dejarían en tierra debido a que, al mismo tiempo, debían recoger a otro agente para llevarlo de vuelta a Inglaterra.

—¿Quieres un cigarrillo? —preguntó Vivien entrando de sopetón en la habitación y acercándose a la ventana.

—No, gracias. No fumo —contestó Noor al tiempo que se levantaba pausadamente del suelo y se sentaba en un sofá de terciopelo.

Fuera, el aguanieve se había convertido de nuevo en lluvia. Vivien abrió la ventana y tras escuchar la caída del agua a través de la niebla, volvió a cerrarla poniendo el pestillo.

—Parece que hoy vamos a tener niebla —emitió un suspiro y, girándose hacia Noor, exclamó—: ¡Maldito tiempo! No es precisamente el día más apropiado para tener el corazón lleno de alegría, pero si te sirve de consuelo, el piloto sabrá utilizarla en su favor. Tendrás un viaje muy seguro.

—¿En esta base también trabaja la RAF? —preguntó Noor pensando en su hermano Vilayat.

—Sí, pero solo para nuestras operaciones —respondió Vivien mientras sacaba un paquete de Players del bolsillo de aquel uniforme que llevaba puesto como tapadera, con la distinción de cabo de FANY. Sacó un cigarrillo de la cajetilla, lo encendió y exhaló con placer el humo hacia el techo, realizando círculos que se hicieron cada vez más grandes hasta que desaparecieron en el aire—. Mira, te voy a contar una cosa. La RAF solicitó la realización de una misión, por parte de agentes del SOE, capaz de dejar fuera de combate a los pilotos alemanes de las escuadrillas de Kampfgeschwader-100, ubicados en sus bases en Francia, aviones que atacaron Coventry salvajemente en aquella operación que la Luftwaffe denominó ‘Sonata de Claro de Luna’ por la cantidad de bombas incendiarias que lanzaron durante la noche.

—Disculpa que te interrumpa pero, según tengo entendido, el centro de inteligencia de Bletchley Park informó al primer ministro de que la Operación Sonata de Claro de Luna estaba en marcha con días de anticipación. Es decir, ¿solo para no divulgar que conocemos los códigos de comunicaciones alemanas, no se advirtió a la población civil?

—Bueno, vamos a ver, Nora Baker —le dijo tranquilamente Vivien,

sentándose en el borde de la cama, exhalando otra vez el humo con deleite y cruzándose de piernas—. Aquí no entramos en dilemas morales, por el simple hecho de que estamos en guerra, ¿de acuerdo? ¿Quieres contarles eso a los periodistas del Daily Express para que lo publiquen en primera página hundiendo la moral militar y civil? No creo que tal noticia nos pueda ayudar precisamente a ganar esta guerra, ¿no te parece? —frunciendo el ceño y pensando en qué lugar había sido interrumpida para continuar con el hilo de su narración, añadió—: Además, algo parecido hizo Abraham Lincoln al prolongar la guerra civil norteamericana, precisamente para tener más tiempo para abolir la esclavitud a través de su decimotercera enmienda a la Constitución de Estados Unidos. Yo no entro a debatir si se justificaba o no advertir a la población para que tomara las precauciones necesarias, sabiendo que la ciudad sería bombardeada solo para no divulgar que conocíamos los códigos de comunicaciones alemanas. Lo que quería contarte es la siguiente historia —tras dar una profunda calada a su cigarrillo y después de expulsar el humo con pausada delectación, prosiguió—: El general Gubbins tuvo bajo su responsabilidad el castigo que debía aplicarse a los alemanes por tales bombardeos, para lo cual recurrió a los documentos de inteligencia facilitados por la RAF y la Resistencia local francesa. De acuerdo con ellos, los pilotos alemanes en Vannes subían a un autobús y se dirigían al aeródromo. Lo razonable hubiera sido atrapar a esos pilotos de aviones Kampfgeschwader-100 y dar un duro golpe a la operación. Cuatro franceses estarían a cargo de la misión y operarían de forma encubierta, además de estar provistos de armas de alto poder. Los cuatro oficiales voluntarios —quienes se ofrecieron para ejecutar la misión— pertenecían a la compañía de paracaidistas de la Francia Libre y se les adiestró en el centro del SOE Station Seventeen, sitio que seguramente tú ya conoces. Estos agentes fueron el capitán Bergé, los sargentos primero Forman y Le Tac y el cabo primero Renault. Después de su preparación, el capitán Bergé cuestionó si el general De Gaulle sabía de la misión; el oficial del SOE al que le hizo la pregunta contestó que no, aunque concertaron una cita con él. En el momento en que supo de la misión, De Gaulle demandó que los cuatro enviados llevaran puesto el uniforme francés debajo de las ropas de civil. Cuando el general Arthur Harris, jefe del Mando de Bombardeo, supo que sus pilotos tenían que lanzar en paracaídas a agentes con prendas de civil dijo: “¡Un soldado que monta una emboscada contra otros soldados y se oculta en trajes de civil no es un soldado, es un asesino; jamás la RAF se verá asociada a algo que va en contra de la ética militar!”.

»Por ello, el comando francés se tuvo que cambiar la ropa, vistiendo de uniforme por encima de las ropas civiles. Una vez

llegados al lugar de la emboscada, el autobús había cambiado de ruta y tuvieron que regresar a Londres entre grandes dificultades, pero gracias a que muchas de nuestras operaciones han dado grandes resultados en la lucha contra los nazis, nuestra escuadrilla recibió varios aviones, como los cazas nocturnos Havoc y tres B-24 Liberator, para dar apoyo a la Resistencia polaca, incluso tres aviones Lockheed Hudson, bombardero y avión de patrulla marítima. ¿Té o whisky? —preguntó Vivien levantándose de la cama.

—Mejor té, gracias.

El reloj mecánico de péndulo sobre la repisa de la chimenea hizo sonar las campanadas de la media hora, después de las dos de la madrugada.

—Ojalá todos los agentes fueran como tú, tomando solo té —le dijo Vivien mientras ponía agua hirviendo de la tetera en dos tazas—. Muchos sienten angustia y nerviosismo a última hora pensando que quizá nunca volverán y se ponen a beber como cosacos —se apoyó en el marco de la puerta y observó el silencio de Noor sentada sobre el sillón en un rincón de la habitación. Se cruzó de brazos y continuó—: Hace una semana estuve aquí con un agente y estuvimos bebiendo whisky hasta la orden de despegue de su avión y cuando llegó el momento de su partida estaba en tal estado que casi no se sostenía en pie. Tuvimos que subirlo con mucho esfuerzo a la cabina.

Puso la bandeja sobre una pequeña mesa de café, situada junto al fuego de leña, y sentadas una frente a la otra, Vivien le preguntó:

—¿Cómo consigues guardar la calma? Hasta el mismísimo Abwehr, el servicio alemán de inteligencia militar, se sorprendería en saberlo. ¿Qué estabas haciendo antes de que yo entrase en la habitación?

—Estaba meditando mediante ejercicios de respiración.

—Qué interesante, a ver, explícate —señaló Vivien—. Háblame sobre ello. Tenemos tiempo.

—Pues resulta que cada lado del cerebro tiene funciones diferentes. Por ejemplo, el izquierdo tiene que ver con nuestro pensamiento racional y analítico, en especial con el lenguaje que nos permite comunicarnos y con las funciones matemáticas; es el que nos da nuestra característica racional. El lado derecho rige lo artístico e intuitivo, el izquierdo nos conecta con la realidad interior, con lo trascendente que todos llevamos dentro. Lo ideal es la correcta integración entre lo racional y lo intuitivo.

»Lo que estaba realizando es una técnica de relajación que me enseñó mi padre. Cierro suavemente los ojos y respiro en forma pausada y tranquila por la nariz, notando cómo el aire llena mi cuerpo y al espirar expulso toxinas y malos pensamientos de mi interior. Esta combinación de respiración profunda y relajación, sentada con la espalda recta y las piernas cruzadas, ayuda a calmar la mente y

eliminar la tensión del cuerpo. Después de este ejercicio, me pongo a meditar.

»Cuando meditas hay una disminución del consumo de oxígeno, que vuelve a su estado normal una vez que esta ha finalizado. El ritmo cardíaco disminuye, al igual que la cantidad de sangre que fluye por las arterias desde el corazón, que con menos esfuerzo envía más sangre a los músculos. Hay más cambios fisiológicos que hacen que podamos decir que al meditar se entra en un profundo estado de descanso mental. Mi padre me enseñó desde muy niña una meditación budista, de las más antiguas de la India, llamada vipassana. Todo el mundo puede practicarla libremente en cualquier momento y lugar, sin motivos de raza, comunidad o religión a la que la persona pertenezca; es igualmente beneficiosa para todos —concluyó mientras observaba cómo resplandecía a la luz de la leña un broche que llevaba Vivien sobre el pecho de su uniforme—: Qué bonita joya llevas puesta.

—Ah, sí, pero no es una joya —exclamó Vivien mirándose el broche—. No tiene más valor que el sentimental. Me lo dio mi madre y a ella la suya, es decir…

Un oficial golpeó con fuerza la puerta.

—¡Vivien, en quince minutos la “pianista” abajo! —gritó, y abrió con estrépito la puerta agarrando el picaporte.

—¿Qué tal el tiempo, cabo?

—De demonios. En partes del canal encontrarán vientos de hasta fuerza ocho, pero el piloto es muy bueno y experimentado y se las podrá arreglar sin ningún problema —contestó el cabo, que tendría unos treinta y pocos años y una afable sonrisa que mostraba sus dientes manchados por el tabaco.

—¿Y qué más dice el informe meteorológico de la RAF?

—Se encontrarán algo de niebla espesa al sur nada más despegar; lo normal. Luego, el suelo francés estará despejado. No tendrán ningún problema —dijo el cabo con prisa, cerrando la puerta de golpe.

El aeródromo estaba formado por un conjunto de edificios bajos esparcidos tan solo a un lado de la pista. Noor y Vivien corrieron hacia el Lysander. La niebla era acre y amarillenta, daba la impresión de que entraba al fondo de la garganta y se agarraba con fuerza en la tráquea, como si fuera ácido. Vivien le dio la mano al piloto, quien no era más que una sombra alta recortada por la luz pálida de los reflectores del hangar vecino.

—¡Toma! —le gritó Vivien, después de abrazarla con fuerza y quitarse el broche mientras lo ponía en la mano de Noor—. ¡Ya me lo devolverás! Ahora tienes un motivo más para volver sana y a salvo. Digamos que tiene algún contraste francés, así no te dará ningún problema, y si tuvieses algún momento de apuro económico lo puedes empeñar. No te olvides. ¡Que Dios te proteja!

Tras intercambiar palabras con unos técnicos de mantenimiento, el piloto saltó con agilidad a la cabina y tiró hacia atrás de la cúpula. Vivien se apartó un poco y el Lysander empezó a moverse. Cuando llegó al extremo del campo, el piloto puso el avión de cola al viento y, tras ganar velocidad, el aparato se precipitó hacia el muro oscuro de lluvia, viento y neblina instalado en la pista de despegue.

Todo fue tan rápido que Noor no había tenido tiempo para rechazar el broche y sintió que no se había despedido de Vivien con el debido entusiasmo. Protegiéndose de la lluvia con un paraguas, Vivien contempló el despegue hasta que el ruido de los motores se desvaneció en el aire.

—Por el amor de Dios —murmuró para sí, dando media vuelta e iniciando el camino de vuelta al hangar, camuflado de tal modo que parecía un cobertizo de agricultores—. ¿Dónde encontrará el SOE a esta clase de mujeres?

Vivien entró en la sala de control y vio al capitán Selwyn Jepson informándose con todo detalle del vuelo de Noor.

—Vaya, no esperaba verlo aquí —dijo ella—. En mi opinión, y ya sé que no me la ha preguntado, la joven que va en ese avión con destino a Francia no es la mejor candidata para el trabajo que se le ha encomendado.

—Mire, según nuestros agentes de inteligencia, los nazis creen a pie juntillas que los aliados realizaremos la invasión de Europa en Calais. Su opinión es válida, de acuerdo, sí, estoy de acuerdo, quizá Noor… —asintió con un leve movimiento de cabeza el oficial de reclutamiento para los agentes del SOE—, pero no tenemos otra alternativa.

—¿Otra alternativa? —dijo alzando la voz—. Usted ha mandado a una joven al matadero; no va a durar ni una semana. Con suerte los nazis no estarán esperando este vuelo y la detendrán nada más poner los pies en suelo francés. Ha utilizado a una mujer para mantener la atención ocupada de la Gestapo en París, ¿es eso? ¿Me está diciendo que los demás agentes del circuito Prosper que operan en Francia también han sido destinados para mantener ocupados a los nazis mientras ustedes realizan otros planes?

—Podrá parecerle algo amateur y hasta inocente el carácter de Noor, bueno, Nora Baker, alias Madeleine, pero es una excelente operadora de radio y creo que podrá salir adelante. Por nuestra información, sabemos que existe una enorme corrupción en el seno de muchas de las secciones del servicio secreto militar alemán. Además, parte de la Abwehr trabajaba también contra Hitler y necesitamos aprovecharnos de esa debilidad interna para hacerles frente en otros lugares de Europa. Churchill es el primero en tomarse este asunto de contrainteligencia muy en serio.

Vivien gruñó escépticamente. Aunque los presentes en la sala de radio hacían su trabajo callados, escuchaban con sorpresa a aquella mujer de armas tomar hablando tan directamente y sin tapujos a un superior. Vivien era bien conocida entre los funcionarios y soldados porque nunca se mordía la lengua.

—Sí, ya desde hace tiempo me doy cuenta de que es algo muy peculiar de la inteligencia británica su virtuosismo para reclutar y aprovechar a personas no solo sin aparente valor y hasta muy rara, sino que no están cualificadas para misiones de alto riesgo —y añadió empleando un tono de voz aún más grave que el que le era natural—: Usted está aquí no para despedirse de Noor, que no lo ha hecho, sino para esperar al agente que el piloto va a traer de vuelta de Francia una vez la haya dejado a ella, ¿no es así?

—No le diré que no. Aun así, adoro el ensamblaje de una mentira complicada. Hay una estética indudable en una buena mentira —contestó. Después, con las manos en los bolsillos y mirando hacia el techo, añadió—: Hay una belleza en el engaño. ¿No fue Rommel quien dijo que el sudor ahorra sangre, la sangre ahorra vidas y el cerebro, las dos cosas?

—Vaya, no solo es usted escritor de novelas sino que también ahora quiere ser poeta recitando frasecitas del enemigo que mata a nuestros compatriotas.

—¡Cuidado con lo que dice a un superior! —dijo alzando la voz y apuntándola con el índice—. Pero bueno, eso tiene que ver con el gusto británico por la sensibilidad hacia la vida que nos rodea, la teatralidad y lo melodramático. Además, confiesa que nos encanta la mentira —añadió esbozando una sonrisa—. La batalla del espionaje es apasionante y está llena de difíciles decisiones morales; lo importante es el fin, no los medios para conseguirlo.

—Capitán —dijo el controlador aéreo—, ya se encuentran sobrevolando el canal y todo sigue según lo previsto.

Capítulo 19

Durante las siguientes horas, Jakob estuvo sumergido en un profundo sueño. Se veía en España, en los campos murcianos recolectando almendras y haciendo bromas entre los compañeros sobre las chicas que recogían en otra parcela vecina con sus varas y redes de color verde. A él le gustaba una chica llamada Lucía. "El capataz me ha dicho que no vuelva más a España a trabajar porque no me darán ningún puesto", le dijo a su madre. "Pero ¿por qué?", le preguntó ella mientras le hacía la comida en una pequeña cocina. "Me ha dicho que los dueños de las tierras no quieren a judíos trabajando y que lo sentía…". Inmediatamente surgió una imagen en un lugar de Alemania. Judíos estaban siendo apaleados por una multitud enfurecida. Su tío salió a la calle para defenderlos, pero aquella multitud los golpeaba furiosamente mientras les gritaban repetidamente: "¡Judíos asquerosos! ¡Judíos asquerosos!". Rompieron los escaparates y su tía lloraba. Ahora Jakob se encontraba caminando por la calle entre hogueras de libros que estaban siendo quemados y comenzó a escuchar gritos en alemán: "¡Escoria judía! ¡Muerte a los judíos!". Le surgió otra imagen de jóvenes chicas judías violadas por individuos de las juventudes fascistas. Luego vio unas figuras ahorcadas colgando de farolas. Jakob se acercó a aquellos cuerpos. Nadie le prestaba atención; al parecer no podían verlo. Gente se reía y hablaba en un dialecto italiano. Apareció la imagen de un hombre con las manos velludas acariciándole el pelo. Ambos estaban caminando, agarrados de la mano, por un pueblo en Turquía. Hacía calor. Miró hacia arriba, pero no conseguía distinguir el rostro de aquel adulto. Se esforzó en verle la cara. Se concentró. La mano olía a tabaco fuerte. Le gustaba ese olor a tabaco turco. "¿Papá? ¿Eres tú, papá? ¿Por qué nos odian, papá? ¿Por qué mamá y yo tenemos que dejar nuestra casa e irnos?".

Se había despertado con el cuerpo empapado. Noor había permanecido todo el tiempo a su lado, durmiendo a trompicones en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá. La luz de la mañana iluminaba la habitación. Había amanecido con un sol radiante.

—De correo entre los partisanos, la oficina de Londres me ascendió a organizador de sabotajes —dijo Jakob tumbado en el sofá y con la espalda apoyada en un cojín mientras bebía a sorbos una taza de café —. Primero estuve operando aquí, en Francia. Luego me mandaron a Yugoslavia bajo el mando de Buckthorn. El principal problema es que los rebeldes yugoslavos no acatan la disciplina militar y tuvimos que

ganarnos la cooperación de los jefes de la Resistencia local mostrando competencia y, desde luego, mucho arrojo y firmeza. Llevábamos trabajando seis meses. Nuestra misión consistía en dar apoyo logístico a los rebeldes y en recabar información comprometedora sobre el arzobispo Stepinac. Ese hombre, si tuviera abuela, sería capaz de vendérsela a los nazis si creyera que con eso ganaría dinero. ¡Qué digo yo! —exclamó alzando las palmas de la mano derecha—. Si el capitalismo hubiese sido una religión, ese bastardo habría sido el líder de una secta extremista. La oficina de Londres opina que una vez que se consiga demostrar la implicación de Stepinac en las masacres que el régimen de los Ustacha, los aliados de Hitler, están cometiendo contra la población civil, podrán presionar aún más a Pío XII para que tome medidas contra los nazis.

Con sumo cuidado, Noor comenzó a limpiarle las heridas y a cambiar el vendaje que le había puesto hacía pocas horas. Moviendo el cuello hacia arriba, en dirección a la ventana, Jakob continuó diciendo:

—¿No crees que es arriesgado tener la ventana abierta con esa tela roja y camisa blanca colgando afuera? Alguien podría verlas desde la calle, ¿no te parece?

—Ese es el propósito —sonrió Noor—. Es una señal de emergencia, para que cuando Zouzou haga su ronda diaria paseando por las afueras de los apartamentos desocupados de seguridad sepa que estamos aquí. Como son colores muy comunes, la gente desde abajo ni se dará cuenta. Ni los vecinos podrán saber que las ropas pertenecen a este apartamento en particular, precisamente por la forma en la que está construida esta parte del tejado. Desde abajo da la sensación de que esta buhardilla pertenece al edificio de al lado. Este tipo de pisos están muy bien estudiados. El color rojo significa que dentro hay un herido, y el blanco que necesitamos ayuda lo antes posible para huir del país. Este es un refugio solo para utilizarlo como último recurso y a la espera para la confirmación de un vuelo a Inglaterra. Dentro de aquellos armarios y en los agujeros del suelo hay provisiones para algo más de seis meses, desde botes de leche condensada y carne hasta botellas de coñac.

—Todo eso valdría una auténtica fortuna en el mercado negro y hace que este apartamento sea un lugar muy codiciado por la mafia francesa —exclamó, inclinándose levemente y frunciendo el ceño—. ¿Tú conoces a la tal Zouzou?

—No. Pero será cuestión de horas o minutos que aparezca, y entonces planearemos cómo informar a Londres para que nos manden un avión que nos recoja, esta noche o la próxima madrugada. A lo mejor ella tiene un radiotransmisor.

Él la rodeó por la cadera con su brazo y ambos permanecieron así

durante un rato, mirándose el uno al otro. Jakob tumbado en el sofá y Noor sentada en el borde. Ella sintió de súbito que se sonrojaba y se llevó la mano al cuello para ocultar sus rubores, pero acto seguido experimentó una repentina sensación de tristeza.

—Siento melancolía por lo que hubo entre nosotros y los nazis nos arrebataron. Si tú no te hubieses marchado, igual… —dijo ella de forma quejumbrosa.

—¿Qué ocurre? ¿A estas horas nos vamos a volver rencorosos? Lo que sucedió ya pasó, ahora miremos hacia delante. Tenemos ocasión de reanudar nuestra relación, volver a estar juntos y libres —viendo que Noor seguía inerte con la mirada puesta en dirección a la ventana, prosiguió—: Disculpa que no lo haya preguntado, ¿tienes a alguien esperándote? ¿Te has casado o tienes un novio?

Noor titubeó.

—No, no es eso —contestó ella.

—¿Entonces…?

Jakob hizo un ademán de besarla, pero Noor se echó hacia atrás y se levantó del sofá.

—Jakob, mi amor, desde que nos separamos he visto de todo y ya no creo en nada —se volvió a sentar en el borde del sofá—. Cuando lleguemos a Londres, yo seguiré mi camino. Tengo que seguir luchando contra los nazis, ayudando a liberar a Francia, así que déjame calentar alguna lata y sigamos esperando a nuestro enlace antes de que pierda la poca cordura que aún me queda.

Jakob hundió el rostro en su vientre, sobre el gastado algodón de su vestido. Noor le acarició el cabello con suavidad.

—Bueno, vamos a animar un poco el ambiente. Veamos si encontramos algo interesante para oír en la radio —se inclinó y encendió el aparato.

Mientras sintonizaba una frecuencia, se oían frases, distorsionadas por las ondas, en francés, alemán e italiano. Escucharon un boletín sobre lo que sucedía en el frente ruso, pero Noor siguió cambiando de frecuencia levemente, hasta que oyó una melodía familiar. Comenzó a sonar, cada vez más audible, la canción Anything goes, con la voz de Cole Porter. Noor se puso de pie, sonrió a Jakob y comenzó a bailar frente a él.

Realizando movimientos de foxtrot y sonriendo, empezó a interpretar danzas clásicas indias ante la risa complaciente de Jakob que, tumbado en el sofá, la miraba con una mezcla de admiración y deseo.

…Good authors too who once knew better words
Now only use four-letter words
Writing prose.

Anything goes.
If driving fast cars you like,
If low bars you like,
If old hymns you like,
If bare limbs you like,
If Mae West you like,
Or me undressed you like,
Why, nobody will oppose.
When ev’ry night the set that’s smart is in-
Truding and nudists party in
Studios.
Anything goes…

* * *

—Mire, monseñor —el arzobispo Stepinac señaló al teléfono con tono mesurado tras su gran mesa de roble. Cruzó las piernas y se quitó una mota invisible del pantalón, gesto que denotaba ansiedad—, los aliados no negociarán la paz. Esto está muy claro: exigen una rendición incondicional y Hitler no les dará ese placer, porque el muy loco seguirá creyendo hasta el último momento que ganará esta guerra. Muy pronto se comportará como un paciente terminal ocupado en organizar su propio sepelio. Debería de haberse contentado con lo que tenía y haberse privado de meter las narices en Rusia y en Inglaterra. La codicia, la codicia… Ahora los rusos están reculando respecto a los alemanes y ¿qué significa para nosotros? —tras un momento de silencio escuchando a su interlocutor, añadió—: Excelente, muy bien dicho, que nos encontraremos con la soga al cuello —otra pausa escuchando por el aparato mientras exhalaba el humo—. Pues claro que sigo opinando que, de acuerdo con los más altos intereses de Croacia y de la Iglesia católica, esa chusma de judíos y serbios deberían ser aplastados como cucarachas, aunque antes se les pueda dar ocasión de convertirse y de rechazar sus creencias. Además, le recuerdo que el Santo Padre nunca ha dicho nada, ni una sola palabra, en contra del asesinato masivo de los judíos aquí en Yugoslavia o de otra parte de Europa porque su santidad no solo es un hombre muy astuto y muy preparado, sino que también es un hombre de Estado, un diplomático, un táctico y un político de primera. Si condenara públicamente a Hitler, tendría que hacerlo también con las atrocidades que cometen los aliados, la Resistencia y los partisanos. Él quiere una Alemania fuerte y anticomunista en el corazón de Europa, pero la oposición de Pío XII a los judíos no solo se debe a sus simpatías por el fascismo, también es más de carácter teológico que

social porque él no los ha tratado viviendo entre las murallas del Vaticano, rodeado de aduladores cardenales de la curia… ¿Cómo dice, usted? —volvió a encenderse un nuevo cigarrillo después de aplastar contra el cenicero concienzudamente la colilla del anterior—. Por supuesto, ¡por Jesucristo redentor! Nosotros los croatas no somos de ascendencia eslava sino gótico-alemana. No vamos a ser menos. Es innegable que todos los pueblos desprecian y ridiculizan a los judíos, un pequeño pueblo disperso por el mundo y perseguido por la maldición de Dios. El amor tiene un límite, ¡por Jesucristo nuestro Señor! No debemos consentir que la semilla del mundo judaico secretamente organizado nos enseñe el significado de lo que es la justicia. Dios ama al pueblo croata, cuyos intereses son Dios y los croatas. Dios no ama a los cicateros ni a los mezquinos ni a los avaros ni a los codiciosos ni a los miserables ni a la sordidez de los judíos. Los descendientes de aquellos que odiaron a Jesús, de aquellos que lo condenaron a muerte, que lo crucificaron y que posteriormente persiguieron a sus discípulos, son culpables de excesos mayores que los de sus antepasados. Desde principios de siglo, el pueblo judío ha llevado a Europa y al mundo entero hasta el desastre, un desastre mundial moral, cultural y económico. La avidez excesiva de poseer riquezas aumentó hasta que solo podían satisfacerse con el mundo entero. Tan pronto como planearon una revolución, acabaron sin piedad con la intelectualidad. Por este motivo y con mucha razón, su santidad Pío XII considera que ellos están recibiendo por nuestra parte y por parte de los alemanes lo que se merecen. Satán los ayudó a inventar el socialismo y el comunismo, y seguidamente dirigieron ese movimiento liberal y mundial de trabajadores. Ellos, los judíos, los hombres más crueles y desalmados, los más terribles capitalistas… Es decir, su santidad disfraza sus posiciones respecto a los judíos en términos teológicos, pero en verdad, incluso me lo ha revelado a mí personalmente, su convicción es que no solo son unos herejes y enemigos de la Iglesia católica, sino que son una auténtica amenaza social y económica.

»Pero vayamos al motivo principal de mi llamada, monseñor, que no hay mucho tiempo. Estará de acuerdo conmigo en que lo que ocurre en el campo de concentración de Jasenovac son rumores, habladurías inventadas por los enemigos de la Iglesia católica, de la cristiandad, los enemigos de Cristo redentor. Todo eso no es más que mera propaganda atea, estalinista, digamos. Mejor dicho, son invenciones judeo-bolcheviques. Como ha sido informado, el prisionero que mandamos bajo su recomendación hace unos días a la avenida Foch se ha escapado —guardó un momento de silencio escuchando al aparato—. ¿Cómo? ¿Qué importancia tiene que los rumores lleguen a los aliados? Vamos a ver… La pregunta, querido

monseñor, sería: ¿quién podrá creer que algo así, cometido por la Ustacha con ayuda y aliento de la Iglesia católica en Yugoslavia, es posible? Pero le recuerdo, monseñor, que los rumores son una cosa, pero las pruebas son algo distinto… Monseñor, desde el Vaticano debe usted realizar llamadas de carácter urgente a nuestros amigos de la Gestapo, a esos dignatarios nazis que no dejan de besarle el anillo del pescador siempre que tienen oportunidad, y asegurarse de que el prisionero altamente peligroso que se ha escapado de la avenida Foch no sale de París. Contacte con el embajador alemán en el Vaticano, nuestro amigo el barón Ernst von Weizsäcker.

»Por cierto, debo recordarle que dentro de unos días, según lo acordado con el secretario del santo pontífice, mandaré un contingente con una docena de cajas llenas de oro incautadas a esos miserables ortodoxos serbios. Por el bien de los ustachis, de los croatas y del fascismo universal, que Jesucristo lo absuelva y yo, por su autoridad, lo absuelvo de todo pecado —no había amor en sus ojos, solo frialdad. Con voz serena, como si estuviese bendiciendo a un muerto, importándole más bien poco si fuese al cielo, al purgatorio o al mismísimo infierno, añadió—: Que la bendición de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo le acompañe en esta tarea, monseñor. Ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen".

Se levantó y se acercó a la ventana. La gran cruz que llevaba colgando sobre el pecho resplandecía con la luz del sol, que entraba a través de los cristales. El arzobispo se quedó mirando el jardín. Con una mano a la espalda y con los dedos de la otra tamborileando acompasadamente en un botón reluciente de su sotana, se maldijo por no haber mandado también a aquel prisionero moreno con aire de campesino al otro lado de aquel muro. Se metió la mano en el bolsillo y sacó su fina pitillera de oro. La llama de su encendedor provocó una nube de humo ante el cristal.

* * *

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Steinbrinck.

—Tiene la cabeza muy dura, sobrevivirá.

Era una pequeña enfermería con todo tipo de material para realizar tratamientos médicos al personal de las SS, incluso operaciones quirúrgicas. El sargento Grimminger, desnudo hasta la cintura, se encontraba sentado en el borde de la camilla con la cabeza vendada. Tenía manchas de sangre seca por todo el pecho velludo.

Steinbrinck le hizo un gesto y el médico, después de asentir, salió de la habitación.

—¡Además de un bestia, es un completo imbécil! —le gritó tras

cerrar la puerta y apoyarse en ella.

—Estaba algo borracho y solo quería divertirme un poco…—dijo cabizbajo el sargento y levantando los hombros dos veces seguidas, como si fuese a caballo y sin controlar las riendas.

—No solo eso sino que desobedeció órdenes, debía de estar en el refugio antiaéreo.

Había cólera en el rostro de Steinbrinck. Cruzó la habitación, miró por la ventana y volvió a pasear con actitud inquieta por la enfermería.

—Ya sabía yo que esa mujer tenía muy buenas cualidades, tiene determinación y coraje —dijo tocándose la mejilla—. En cuanto a usted, responderá ante el Sturmbannführer Otto Kramer cuando vuelva de su viaje. Por el momento, lo relevo de su trabajo en el sótano y se unirá al grupo de búsqueda.

Grimminger se puso de pie. Debido a su altura tuvo que inclinarse levemente para verse en el espejo que colgaba en la pared. Tenía un gran moretón en la frente y un ancho corte. Tanteó con los dedos la cabeza vendada y sintió leves punzadas de dolor.

—Cuando vuelva a ver a esa puta inglesa la descuartizaré viva con mi daga —dijo desenvainando de su cinto la hoja de acero de Damasco de veintidós centímetros con el grabado del lema Meine Ehre Heist Treue (Mi Honor es mi lealtad), regalo personal que le confirió el propio Himmler tras su actuación asesina en la purga de 1934 contra los líderes del Sturmabteilung (SA), una organización paramilitar nazi cuyo líder era el homosexual Ernst Röhm, hasta entonces íntimo colaborador de Adolf Hitler.

—Usted no hará tal cosa —ordenó Steinbrinck sin sentirse intimidado ante la enorme musculatura del sargento y su carácter violento.

—Debo protestar —dijo Grimminger volviéndose hacia él, aún con la daga en la mano.

—¡Póngase firme cuando hable conmigo herr Grimminger! —replicó apresuradamente—. Deme usted un motivo más, sargento, y le hundo la cara en la mierda hasta tal punto que nunca verá la luz del día.

El sargento hizo de inmediato lo que se le ordenaba, como si fuese un perro adiestrado, sin saber el cómo ni el porqué, pero entrenado para obedecer órdenes de comando provenientes de superiores. La disciplina de hierro de las SS se hizo cargo circulando hasta su cerebro, surcando sangre caliente por las venas de aquella bestia gigante.

—Me vuelve usted a contradecir y le mando a la división de infantería de la Wehrmacht en el frente ruso —dijo Steinbrinck con el dedo índice levantado y sin perder los nervios—. Ahora se cambiará el

uniforme y se unirá al grupo de búsqueda. Recuerde que quiero viva a la prisionera, con el hombre con quien se ha escapado puede hacer lo que quiera, si es que lo encuentra.

—Jawohl!

A primera hora de la mañana, Steinbrinck había recibido una llamada desde el castillo de Wewelsburg, la fortaleza esotérica de Himmler y cuartel general de las SS, ordenándole la captura inmediata y con vida de la agente británica huida y el asesinato del prisionero, que no debía salir de París. Había estado hablando con el católico romano Ernst Kaltenbrünner, íntimo colaborador del Reichführer. No comprendía ese interés que mostraban altos cargos en ambos prisioneros, pero sí era consciente de que su carrera estaba en juego en el cumplimiento de esas órdenes.

Capítulo 20

En la cabina del Lysander, con los oídos ensordecidos por el ruido del motor, un nudo en el estómago, nerviosa e impaciente, Noor miraba fuera y no conseguía divisar absolutamente nada. El Canal de la Mancha había estado cubierto por la niebla durante la mayor parte del trayecto. Siempre y cuando se tratase de misiones clandestinas, había una forma común de pensar tanto en la RAF como en la Luftwaffe, según la cual se recomendaba a los pilotos aproximarse a una costa enemiga por debajo del alcance de radar, sobrevolando el mar. Fue un vuelo bastante monótono, a pesar de afrontar los fuertes vientos cruzados.

Tras haber avanzado en línea recta a lo largo del canal, después de una hora de vuelo en la que el piloto aseguró el curso para no sufrir desplazamientos extremos, llegaron hasta Cap de la Hague, donde viró ligeramente hacia el suroeste para evitar baterías antiaéreas alemanas. Poco después, el avión voló hacia el este para no ser divisados sobre las ciudades y entonces Noor pudo apreciar que estaban a pocos cientos de metros sobre una negra campiña francesa.

—¿Todo bien? —gritó el piloto.

—Très bien! —contestó Noor en francés, riéndose y alzando el dedo índice y corazón al estilo Churchill—: Un magnifique paysage!

—¡Vive la France! —dijo el piloto sonriendo y levantando el dedo pulgar.

Aquel Lysander era un avión biplano lento comparado con otros modelos de la RAF y, por tanto, fácil de abatir por cañones antiaéreos, pero tenía una cualidad innegable: podía despegar y aterrizar con escasa luz. Cariñosamente se referían a estos aviones como ‘Lizzies’, y a sus agentes y pasajeros los llamaban ‘Joes’. Los pilotos debían guardar un estricto secreto acerca de sus verdaderos nombres y en ninguna circunstancia debían indicar al pasajero cómo se llamaba la región o ciudad que sobrevolaban. Las conversaciones por el intercomunicador de la cabina podían ser captadas fácilmente por los radares alemanes.

El piloto hizo una señal a Noor con el índice para que mirase abajo. En medio de un terreno fantasmagórico había tres luces marcando una L invertida. Con todo el viento en contra, redujo la velocidad y aterrizó rebotando sobre el terreno de aquel campo francés, según estaba previsto.

—¡Fuera, rápido, rápido! —le gritó el piloto sacando una pistola.

En pocos segundos, Noor se quitó el cinturón y el casco y

descendió por los escalones adheridos a la cabina. Ahora era una espía en territorio enemigo para dar apoyo a la Resistencia, cuyos actos eran definidos por los nazis como terroristas, y si la capturaban, la torturarían. Tres figuras aparecieron entre la oscuridad, por el lado correcto según la normativa.

—Venga, por aquí, corra, no se pare —dijo uno de los hombres sosteniendo una linterna del tamaño de un paquete de cigarrillos mientras que otra figura saltaba en el lugar de la cabina que previamente ella había ocupado.

Ninguna persona debía estar en la izquierda de la L; si eso ocurría, el piloto debía disparar a cualquier silueta próxima y escapar cuanto antes. Sin tiempo para formalidades ni despedida alguna, el avión rugió girando con el nuevo pasajero, avanzó en sentido inverso hacia una de las luces y, mientras recorría los escasos trescientos metros para despegar con destino a Inglaterra, el piloto divisó que otros miembros de la Resistencia estaban esperando a la 'pianista' correctamente, en el lado de la derecha, a bordo de un pequeño camión muy común entre los agricultores. Esa misma noche, los miembros de la Resistencia local habían escuchado por la BBC el siguiente mensaje: "Jasmine toca la flauta". Era un código secreto que significaba que esa madrugada, antes del alba, llegaría a suelo francés un nuevo agente.

Mientras que arriba en el cielo el avión se convertía en un punto tragado por la noche, Noor, en tierra, corría para ponerse a cubierto, sintiendo el fresco aire del campo francés que tanto asociaba a aquellos años de juventud. El camión arrancó y se perdió por un camino que pocos conocían.

—Tenga, coja esta bicicleta —le dijo un hombre orondo con boina negra y bigote—. Yo me llamo Pierre Armand y este es mi sobrino Claude; el pobre chico es mudo.

Tras intercambiar una sonrisa, Claude ayudó a Noor con su equipaje y lo ató con cuerdas, con gran rapidez y destreza, en el ancho sillín trasero de su bicicleta. La otra maleta con material para la Resistencia la tomó tras identificarla por un símbolo dibujado en uno de sus lados y la sujetó también. Se pusieron en marcha en dirección opuesta a la que el camión había tomado.

Estaba amaneciendo, cubriéndose el cielo de un color gris, como si fuese una lámina de acero. A lo lejos se oía el tintineo de los cencerros de cabras y el tañido cercano de una campana de iglesia. Noor se sintió como en casa, respirando hondamente al tiempo que pedaleaba entre Pierre y Claude, que permanecían atentos intentando detectar cualquier señal extraña que los pudiese prevenir de un peligro. Conforme subían despacio por la colina, pudieron divisar tenues columnas de humo blanco saliendo de las chimeneas del pueblo. "Qué

diversos matices de follaje presentan los árboles; parecen como pinceladas de artistas impresionistas; Millet, Monet, Renoir, Morisot, Pissarro… Cada árbol, según su clase, parece que hasta produce un sonido distinto al ser golpeado por el viento. ¡Qué enorme variedad! Unos altos, valientes y robustos; otros, achaparrados y rechonchos; unos rojizos; otros desnudos de follaje; otros amarillos; y otros verdes", se decía Noor para sus adentros. En su interior sentía despertar sentimientos de una dulzura infinita que le recordaban a su padre, cuando ambos caminaban por el campo durante horas en contacto con la naturaleza. De pronto, se giró al escuchar el silbido de una locomotora resoplando por las vías; era un tren carbonero. Al instante, vio aparecer una humareda blanca que acabó convirtiéndose en neblina tan pronto como la locomotora cruzó el bosque.

La carretera que llegaba hasta el pueblo estaba cubierta por hojas secas de color amarillo y rojo que crujían levemente al paso de las bicicletas.

—Está cambiando el tiempo —dijo Noor.

Pierre sonrió y le señaló un puente romano. El agua cristalina circulaba murmurando por debajo de aquellas fuertes arcadas antiguas. Los primeros rayos del amanecer golpeaban a las piedras vetustas. La imagen de aquel paisaje parecía una pintura bellísima. Los tres sonrieron, cómplices de aquel espectáculo reservado para los más madrugadores. Mientras continuaban el pausado pedaleo, las ráfagas de aire seguían desprendiendo de las ramas de los árboles las hojas secas que correteaban a su paso por el camino.

Al llegar al interior del pueblo, Pierre hizo un gesto con la mano para que parasen. En silencio, desde una bocacalle, observó la plaza de la iglesia con atención; la experiencia le había dado ese carácter precavido siempre que recogía a un agente. Era consciente de su responsabilidad, pues un error podía tener consecuencias dramáticas. Lo único que se podía oír era el arrullo de las palomas en las concavidades de los muros limítrofes a la plaza.

La pálida luz eléctrica de una farola brillaba en el paredón de piedra de una de las casas antiguas. A lo lejos se escuchó el maullido de un gato, que salió cruzando el empedrado de guijarros. Las primeras luces del amanecer ya estaban alumbrando la fachada de la iglesia y el centro de la plaza, donde había una fuente de piedra musgosa en la que antaño brotaban chorros de agua fresca.

—Claude, a la estación —ordenó Pierre. Acto seguido, lo vieron pedalear con agilidad y desaparecer por la boca de una calle adyacente a la plaza—. Usted tiene que cambiarse de ropa.

—¿Por qué? —preguntó Noor sorprendida—. Es perfecta.

—Sí, es perfecta, pero a los compañeros de Londres se les olvidó un detalle: usted es la primera mujer operadora de radio que han

mandado a suelo francés desde el comienzo de la guerra, y hoy es domingo, día de mercado aquí, en este pueblo donde inicia el viaje. Usted viaja en tren a la capital, a París, a visitar a su tía, no aquí a la plaza al mediodía para comprar algo de fruta. La estación está fuertemente vigilada y llamaría usted la atención entre los otros viajeros con esta ropa y este sombrero, más propios de una joven que sale de su casa menos de una hora para comprar verdura que para emprender un viaje largo a la capital. En la estación de París habrá muchos ojos puestos en los pasajeros que lleguen, sobre todo agentes de la Gestapo en ropas de civil. Levantaría usted sospechas. Pensarán que se ha escapado o salido con prisa de su casa por algún motivo y la seguirán hasta dar con el apartamento desocupado.

—Pero el tren sale en menos de veinte minutos.

—Ese es el horario que los ingleses tienen, pero a saber cuándo pasa el tren. Tenemos tiempo, pasará dentro de unos cuarenta y cinco minutos, como mínimo. Hay atentados de la Resistencia, sabotajes de los propios ferroviarios… Todo esto ha desquiciado los horarios.

—¿Y qué hago? Mi equipaje se lo ha llevado Claude.

—Esto ya lo tenemos solucionado. Las cosas se hacen despacio, sin alarmas ni prisas. Escúcheme: dentro de cinco minutos, Claude la estará esperando con su equipaje en el cuarto de baño de señoras situado en el lado izquierdo del andén. No entre al baño por la parte delantera, Claude le ha dejado la puerta trasera abierta. Lo verá enseguida sin ninguna dificultad. Su bicicleta estará apoyada en la pared como señal de que todo está correctamente, pero si estuviese tumbada en el suelo significaría que hay peligro por cualquier motivo; hace caso omiso y espera en el andén hasta que Claude le haga algún tipo de señal.

—¿Y cómo se lo ha dicho a su sobrino, si apenas lo he visto comunicándose con él?

—Digamos que la experiencia es la madre de nuestro trabajo, joven. Con solo haberla visto así vestida y haber intercambiado entre nosotros una mirada cómplice, supimos lo que había que hacer para protegerla —contestó afablemente Pierre—. Recuerde, su movimiento corporal puede decirlo todo. Hay franceses que si vieran algo extraño en su modo de comportarse, estarían encantados de informar a los alemanes. Otra cosa, en cuanto se cambie espere diez minutos dentro de los baños y entonces salga al andén. No conviene que esté esperando tanto tiempo sola, podría haber ocasión de que alguien le hiciera preguntas innecesarias. Por último —dijo sacándose del bolsillo una barra de pan partida en dos y envuelta en papel de periódico—, la mayoría de los viajeros pasan por mi panadería a comprar algo de pan o bollería porque es muchísimo mas barato que en la ciudad. Aunque fue horneado ayer, aún está crujiente. No es

precisamente una baguette, es un pain noir hecho con harina de baja calidad mezclado con salvado; es lo único que los panaderos podemos conseguir hoy en día. Cómaselo delante de otros pasajeros cuando el tren haya salido de la estación. Esto le dará un aire de naturalidad. Yo me despido aquí, mi esposa y mi hermana me esperan en la panadería. Buena suerte y viva Francia.

Antes de que pudiese contestarle con un “¡Viva Francia!”, Pierre le había puesto en la mano el billete de tren, el pan debajo del brazo, le había dado un beso en la mejilla y ya se encontraba pedaleando en mitad de la plaza con la maleta que le había traído Noor desde Inglaterra y que contenía material para realizar sabotajes.

Al entrar, encontró a Claude con una fregona y un cubo limpiando el suelo de los baños de mujeres. Había empantanado innecesariamente el suelo de la entrada para evitar que alguien entrase. Con la punta del palo de la fregona le indicó la puerta del lavabo. En cuanto salió con su ropa cambiada, el sobrino de Pierre ya no estaba.

Se había puesto un abrigo y un sombrero pasado de moda, quizá mucho tiempo antes de que la guerra hubiese comenzado. Aun así, le daba más aspecto de viajera. En el andén había varios pasajeros acompañados de familiares para despedirlos y muchos fardos y equipajes. Dos soldados alemanes patrullaban la estación. De la penumbra de la sala de espera salían varios viajeros. Había gente en la ventanilla comprando los billetes.

Cuando el tren se detuvo en la estación, se formó un control de la Gestapo antes de acceder a los vagones. Había gente vestida de cualquier forma: hombres trajeados, quizás empresarios, otros con aspecto de abogados que irían a la capital para resolver asuntos de negocios de bienes inmobiliarios, un pequeño grupo de gendarmes franceses y algunas mujeres de aquel pueblo o de la comarca elegantemente vestidas. En Francia, por entonces, centenares de personas viajaban de un sitio a otro buscando a familiares desaparecidos, sobre todo a hombres jóvenes, detenidos por los nazis, reclutados por la Resistencia o enviados a campos de trabajo en Alemania.

Noor se estremeció de temor mientras los soldados observaban sus documentos falsificados.

—¿Motivo de su viaje a París? —preguntó uno de los hombres uniformados.

Noor ya tenía preparada la respuesta.

—Voy a visitar a mi tía —dijo como pretexto.

Los soldados le tendieron sus documentos de vuelta sin notar nada sospechoso y la dejaron pasar para continuar con los demás pasajeros que aguardaban en la cola. Una campana anunció la salida del tren; la

locomotora avanzó echando bocanadas de humo.

En su compartimento de tercera clase vio cómo una pasajera muy mayor, acompañada por su hija, tenía una maleta exactamente igual a la suya, y girándose levemente observó cómo iban vestidas las señoras. Pierre tenía razón en cuanto a la vestimenta. Tomó el pan que le había dado y comenzó a comérselo como una francesa más. Aun así, se encontraba bastante incómoda, ya que estar en un vagón de tren le hacía pensar que, por cualquier desliz, podía ser atrapada con facilidad; si un policía o miembro de la milicia fuese por ella, no podría salir corriendo con la radiomaleta.

Mientras que un agente varón podía causar desconfianza simplemente por estar deambulando solo por la calle sin hacer nada y fuera del trabajo, una mujer agente podía desplazarse por el país más con mayor libertad, sin despertar sospechas por el hecho de estar caminando sola por la calle o viajando de un sitio a otro. Las excusas podían ser muchas: limpiar una casa, visitar a unos familiares o amigos, ayudar a una anciana, asistir a un parto, comprar, buscar a un hijo perdido, etcétera. Al hombre, especialmente si era joven, yendo solo por la calle podían pararlo de inmediato y pedirle sus documentos de identidad; a la mínima sospecha, lo acusaban de pertenecer a la Resistencia.

Durante su entrenamiento intensivo, la habían prevenido de los collabos. El colaboracionismo francés era, ciertamente, un fenómeno muy complejo. De hecho, sus primeros integrantes provenían de distintas organizaciones de la izquierda socialista y radical o de las filas comunistas. A todos estos ciudadanos, más de cien mil, y organizaciones que cooperaban con el Tercer Reich se les denominó, de forma despectiva, collabos.

Los pensamientos de Noor volvieron al ataque aéreo que ella, su hermano y su madre vivieron cuando dejaron París. Había sido una escena aterradora: el estruendo de las bombas que caían, el continuo zumbido de los aviones, la destrucción, gente llorando, personas enloquecidas viendo a sus más queridos mutilados, sangrando o muertos. Había sido horrible. Al entrar en un túnel, vio su reflejo en el cristal. Pensó que era una locura lo que estaba haciendo, pero sabía que podía contribuir a impedir que los nazis se adueñaran del mundo. Al salir del túnel, se dio cuenta de cómo el sol se alzaba sobre un mundo que cada vez estaba más dominado por aquellos nazis llenos de odio, de antisemitismo, asesinos y crueles que tanto aborrecía.

Pasaron varios pintorescos pueblos franceses, como trazos dejados por el pincel de un artista. En el andén de una estación se detuvieron tras el aviso de que un convoy de transporte militar debía pasar por la vía principal. Desde lejos, los pasajeros oyeron el sonido de aquel tren aproximándose y cánticos alemanes. El convoy comenzó a cruzar la

estación a media velocidad en dirección al frente italiano. Sobre los tanques y la artillería, estaban tumbados jóvenes alemanes sanos y robustos tomando el sol. En los siguientes vagones se pudo oír con estruendo el cántico alemán de los soldados, llenos de entusiasmo y alegría: Ich hab' meon Herz in Heidelberg verloren…

Capítulo 21

Se oyó el ruido de alguien llamando a la puerta con los nudillos. Noor se sobresaltó, tomó la pistola y se acercó con sigilo a la entrada mientras Jakob agarraba la tetera con agua hirviendo como arma arrojadiza. Noor prestó atención al sonido de los golpes y enseguida intuyó que la persona al otro lado intentaba comunicarse en sistema morse, lo cual la impulsó a abrir ligeramente la puerta mientras hacía un gesto a Jakob con el pulgar, indicándole que no había peligro.

—¿Quién es? —preguntó Noor en voz baja.

—Psss, abra de inmediato —dijo una voz femenina—. No debo ser vista en el pasillo frente a la puerta. Soy Zouzou.

Noor y Jakob se quedaron sorprendidos al ver entrar cojeando ligeramente a una mujer vestida de monja, con su toca y crucifijo colgando del pecho. En el brazo llevaba una cesta cubierta con un manto. Sin decir nada, comenzó a dejar todo lo que llevaba encima de un mueble: jamón, queso, patatas asadas, una botella de vino y pan.

Noor se encogió de hombros mirando a Jakob.

Del fondo de la cesta, la visitante sacó una pequeña caja y fue directamente al sofá.

—Ah, no me tengan temor alguno —dijo sacando una jeringuilla y observando el estado de Jakob—. Mi trabajo es mantenerlos con vida hasta que se marchen.

—Por el amor de Dios —dijo mirándola de arriba abajo con ironía —, y nunca mejor dicho, ¿qué va a hacer usted conmigo, buena señora?

—Ja, ja, ja —contestó riéndose—. Tranquilo. Esto es una nueva medicina que le ayudará. Es un antibiótico que se llama penicilina — sin más preámbulos, con sus pequeñas y gordezuelas manos, nerviosas y sin ningún adorno, limpió con rapidez las heridas y le puso la inyección—. Hay que evitar a toda costa que sus heridas puedan infectarse antes de abordar el avión la semana que viene.

Noor se sentó en una silla frente a ella.

—¿Cómo que la semana que viene, Zouzou? Debemos irnos hoy por la noche o mañana de madrugada —dijo sorprendida.

—Mire, joven. En primer lugar no me llame con mi nombre en clave, que me parece más que ridículo. Me lo pusieron desde Londres, vete tú a saber lo que estarían pensando en aquellos momentos. Quizá pensaron que todas las francesas somos morenas, vamos con los pechos al aire y vestidas con trajes de plátanos. Por cierto, viéndola a usted, diría que no es inglesa. Bueno, puede llamarme Bernadette —

hablaba sin interrupción y sin estarse quieta un momento, a pesar de su evidente cojera. Se dirigió hacia la ventana, donde recogió con rapidez las telas extendidas en el tejado y las guardó dentro de un pequeño baúl con naturalidad, como si lo hubiese hecho otras tantas veces—. Y, en segundo lugar, no hay otro vuelo hasta la semana que viene.

—Yo soy…

—Sí, sí, ya sé quiénes son ustedes, jovencita —dijo Bernadette con los brazos en jarras—. Acaban de escaparse de la avenida Foch. Usted es del circuito Prosper —agregó señalando con el índice a Noor—. Nombre clave, Madeleine. Y usted…

—¿Y yo?

—En cuanto a usted, quiero que sepa que la señora de la limpieza que le ayudó era amiga mía.

—Lo siento mucho, Bernadette. Gracias a ella nos encontramos ahora mismo aquí conversando con usted —dijo Jakob inclinándose del sofá—. Fue muy audaz y muy valiente.

—Bueno, este es el precio que pagamos nosotras por ayudarlos a echar a esos cerdos nazis de nuestra querida Francia.

—Bernadette, escuche —dijo Noor levantándose—. No podemos irnos la semana que viene. Debemos marcharnos de inmediato, no solo porque nos estarán buscando por todo París en este mismo momento y él está herido, sino por la importancia de la información que tenemos que llevar a Londres.

—Los agentes están haciendo circular información sobre una nueva arma que los alemanes quieren utilizar, llamada la V-2 —comentó Bernadette mirando a ambos.

—Sí, la Vergeltungswaffe-2. Ya transmití un mensaje a Londres antes de mi detención.

—Bueno, no solamente eso, sino que hay mucho movimiento también debido a los planes de invasión de Europa que realizarán los aliados dentro de poco —dijo Bernadette en tono confidencial, casi en un susurro.

—Sí, los nazis creen que será en torno al paso de Calais.

—Vaya con la jovencita —comentó la francesa otra vez con los brazos en jarras—. Usted sabe mucho. Ya entiendo por qué ese endiablado de Otto Kramer quería agarrarla del pescuezo.

Bernadette se quitó la toca, señaló a ambos con el índice y añadió:

—Jóvenes, primero a comer. Con el estómago vacío no se puede pensar y obtener conclusiones realistas. Doy por entendido que deben de tener ustedes un hambre canina. En las ciudades escasean los alimentos. En realidad son los campesinos los únicos franceses que no pasan hambre. Ahora mismo voy a preparar café de verdad y no esa achicoria y aguachirle que abunda hoy en día.

Bernadette era una mujer de unos cincuenta años. No era particularmente hermosa, más bien tenía un aspecto etéreo, una apariencia un tanto extraña que la hacía pasar desapercibida en la calle. Cojeaba levemente desde su niñez. Tenía el pelo canoso y unas pronunciadas ojeras debido al insomnio que padecía: nunca podía dormir sin pensar que, de un momento a otro, sería llevada por la Gestapo. Era consciente de que un día acabaría en sus garras. Por este motivo siempre era extremadamente cuidadosa en sus acciones y desde la ocupación nazi se había convertido en toda una experta en disuasión y cambios de aspecto. En la avenida Foch habían oído hablar de ella al torturar a miembros y colaboradores de la Resistencia, y la tenían fichada, pero nunca habían dado con la escurridiza Zouzou. Bernadette siempre estaba alerta, e incluso tenía a sus propios informantes dentro de la Gestapo, que la conocían únicamente por su nombre clave: señoras de la limpieza, basureros, cocineros, fontaneros, mecánicos… Poseía una red de información única y muy valiosa. Por este motivo, Londres le había encomendado cuidar los apartamentos de seguridad parisinos para sus agentes operadores en Francia. Cuidaba incluso de un apartamento utilizado por la Resistencia justo en las narices de la Gestapo, al lado de la residencia de Otto Kramer.

No tenía a nadie en este mundo como para que lazos sentimentales no le permitiesen llevar a cabo misiones de máximo peligro. Su madre murió, consumida por el cáncer, siendo ella apenas una niña, y su padre falleció de un fulminante ataque al corazón al ser zarandeado por soldados alemanes cuando se disponía a ayudar a un anciano judío que estaba siendo humillado en plena calle. Bernadette salió corriendo de la tienda de comestibles que regentaban mientras, inútilmente, imploraba ayuda con lágrimas en los ojos. Tuvo que arrastrar por sí misma el cuerpo de su padre hasta dentro del establecimiento, ignorada por los viandantes franceses; sus propios compatriotas habían hecho la vista gorda ante lo ocurrido. La impasibilidad de la gente en aquel momento la llenó de rabia y juró que tanto los nazis como los colaboracionistas pagarían por sus acciones y nunca descansaría hasta ver una Francia libre. Tras enterrar a su padre, se puso su boina negra y su viejo impermeable y salió a la calle en busca de los miembros de la Resistencia.

—En primer lugar —dijo Noor—, tenemos que transmitir por radio a Londres para obtener vuelo lo antes posible. No podemos esperar una semana. Tenemos que tener un vuelo que nos recoja esta madrugada, como muy tarde. Necesitamos un radiotransmisor.

—Aunque con dificultades, es posible que pueda conseguírselo en el mercado negro.

—Bien —añadió—. Luego nos ocuparemos de cómo vamos a sacar

a Jakob del edificio.

—Y yo que estaba tan bien aquí en el sofá, al cuidado de dos guapas mujeres… —dijo Jakob mostrando una expresión taciturna en su rostro.

—Es usted un joven atractivo y habitualmente los halagos la pueden llevar a una a hacer cualquier cosa… —expresó Bernadette, echándose a reír—. Pero viendo aquí a la joven, apruebo su elección —sonrió alzando las cejas en dirección a Noor—. Tiene usted buen ojo. Ahora comprendo por qué le pusieron el nombre en clave de la planta Hawkbit. Según tengo entendido, los halcones la comen para mejorar su visión.

—Efectivamente, señora —dijo con sorna Jakob alzando las cejas —. Digamos que soy admirador de la sutileza y del buen gusto por las florecillas bellas.

—Terminemos esto ya y pongámonos a trabajar —sentenció Noor, algo enfadada por esos comentarios—. ¿Cuándo podremos conseguir ese transmisor?

—Esta misma mañana tendremos que contactar con la gente de la Resistencia, pero esto nos llevará un tiempo, quizá días —Bernadette, apoyada junto a la pared, se quedó pensativa. Después de unos segundos añadió—: Conozco a un español que atiende un café. Sí, él es la única persona que nos lo puede conseguir enseguida. Lo tiene todo.

—Un momento, ¿las radioperadoras de la FANY en Inglaterra no notarán que transmites desde una radio distinta? Puede que piensen que la persona que manda el mensaje es la Gestapo, porque al teniente Starr no lo han descubierto, no han reconocido que su particular ritmo de teclear es distinto a la verdadera Madeleine y les siguen mandado mercancía. Esto quiere decir que tienes que convencerlos de que eres tú la verdadera Madeleine y no la otra persona.

—Sí, este ha sido un desliz del SOE en Inglaterra, una equivocación que ha costado y sigue costando vidas. Las operadoras en Inglaterra han codificado mi contraseña de seguridad, que conoce la Gestapo, y dan por buenos los mensajes. Ese Starr es un verdadero criminal, pero no conoce todas las preguntas y respuestas de emergencia. Tan pronto como contacte desde una radio distinta, la operadora, recelosa, me hará ciertas preguntas de las cuales solo yo conozco las respuestas.

—Los agentes de la Gestapo que se encuentran en la avenida Foch son unos verdaderos maestros en el arte del camuflaje —comentó Bernadette—. Tengo un conocido que trabaja como electricista y me comentó que pueden imitar perfectamente a cualquier radioperador extranjero, tan fácilmente como imitar la voz de alguien.

—Aun así, debes ser extremadamente cautelosa. Mejor manda dos mensajes: el primero sobre el avión y el segundo sobre Starr, la muerte

de Buckthorn, el arzobispo de Zagreb y el Vaticano.

—¿El Vaticano? —comentó Bernadette dando un suspiro—. Ufff, esa gente está metida en intrigas y complots desde hace casi dos mil años. No están haciendo nada para parar a los nazis, al contrario, parece que les dan carta blanca. Ni se preocupan en ayudar a las monjas que están actualmente trabajando en los sitios más duros y depravados de la ciudad, jugándose la vida por salvar a ancianos y niños. ¡Las he visto yo! —dijo dándose un golpe en el pecho—. Al igual que hay párrocos de pueblo que han sido fusilados por ayudar a personas independientemente de que fuesen comunistas, judíos o miembros de apoyo logístico de la Resistencia. ¡Esas personas anónimas son héroes! ¿El Vaticano? —hizo un gesto como escupiendo a un lado—. Esa gente ha pasado del fervor religioso a ser cómplice de los nazis. Están plagados de sociedades secretas y camarillas…

—La verdad es que hay más asesinos que salvadores entre los católicos —dijo Jakob—. No digo que no tenga razón y haya sacerdotes arriesgando sus vidas salvando a personas inocentes, pero lo que sí que es cierto, y nadie puede negar, es que muchos capellanes católicos dan auxilio espiritual, bendiciones y el sacramento de la comunión a soldados que asesinan a judíos. Sin ir más lejos, en la Francia de Vichy, los sacerdotes católicos están ayudando a detener a los judíos para mandarlos a los campos de concentración en Alemania. Hasta ha habido casos en los que los propios curas han agarrado, con sus propias manos, a ciudadanos franceses de religión judía para detenerlos. En Eslovaquia, el gobierno, que tiene a la cabeza a un sacerdote, ha pagado a los nazis para que se lleven a todos los judíos de su territorio. En Lituania, la Iglesia católica ha prohibido que los sacerdotes intervengan a favor de los judíos. Y sobre lo que sucede en Yugoslavia —que es inimaginablemente cruel—, de donde vengo yo como agente operativo, debo informar personalmente al SOE. Además, tengo también información relevante sobre las coordenadas de un enorme campo de concentración en el que matan a seres humanos de las formas más insospechadas, salvajes y crueles. Hasta los sacerdotes participan en las matanzas, con consentimiento del propio arzobispo y del mismísimo Vaticano, que sabe lo que sucede y que recibe oro expoliado de Yugoslavia —guardó una pausa y sentenció la conversación diciendo—: Por cierto, necesitamos ropa nueva.

Jakob quería cambiar de tema al darse cuenta de lo enfadado que estaba, además de que no iba a ningún lado con aquella conversación. Bastante sabía él sobre el tema. Todo lo que había visto con sus propios ojos aún lo tenía fresco en su memoria, como la muerte de su amigo tan solo hacía unos días, y no quería seguir hurgando en sus recientes experiencias hasta llegar a suelo británico.

—No hay problema.

—¿No despertarás la atención de los vecinos al verte entrar y salir? —preguntó Noor.

—Precisamente por eso voy vestida de monja. En el apartamento de abajo vive una señora muy mayor y las veces que he venido para organizar y abastecer este piso siempre le he hecho una visita. Los vecinos, cuando me ven, piensan que voy a pasar un rato acompañando a la anciana. Entre ellos recelan de cada uno y no se inmiscuyen si ven algo raro por miedo a meterse en complicaciones que les pueden costar la vida o el arresto de la Gestapo. Esto no es problema —miró fijamente a Jakob y lo señaló con el índice—. El problema es cómo sacaremos de aquí al caballero…

—Eso lo decidiremos cuando tengamos la confirmación del vuelo —dijo Noor con autoridad—. Yo te acompañaré a ese café. Tráeme ropa nueva; nada que llame la atención.

—¿Y dónde retransmitirás por radio? —preguntó Jakob—. Aquí podrán interceptar la señal, y en ese café dudo que te lo permitan.

—Cada cosa a su tiempo —sentenció Noor—. Primero el receptor, luego decidiremos el paso siguiente.

Cruzaron el suelo empedrado de una pequeña plaza y avanzaron entre un laberinto de calles estrechas. Aunque empezaba a refrescar debido al cambio de estación, el tiempo era cálido, las nubes cubrían el cielo y una capa de aire inmóvil envolvía la ciudad como una sábana. Bernadette le había conseguido ropa nueva que, aunque algo holgada, le sentaba bien y le daba un aspecto natural, como una joven parisina más. Saliendo de una callejuela, llegaron a la rue Saint-Jacques, la calle considerada más antigua de París.

—Tenemos que cruzar el Petit Pont —dijo Bernadette con su paso ligero y evidente cojera—, y ahí, al otro lado, cerca de la basílica del Marché des Fleurs, se encuentra la Casa de Pepe, el establecimiento regentado por el español José Antonio Eizmendi.

Durante el día tan solo transitaba por aquel lugar gente maleante y aviesa, y por la noche lo hacían numerosas prostitutas bravías, borrachos e individuos que hacían negocios de contrabando.

—Doy por entendido que los clientes que frecuentan ese café pueden resultar bastante rudos…

—Digamos que la gente más ruin y canalla de los bajos fondos de la ciudad visita ese local —le interrumpió Bernadette—. Allí coinciden gitanos, prófugos españoles republicanos y criminales, pero en el fondo todos tienen en común su odio hacia los nazis.

Noor tocó su bolsillo derecho, donde tenía guardada su pistola. Bernadette le había proporcionado un nuevo cargador para la Luger.

Tras entrar en aquel recóndito barrio y continuar cruzando calles sucias y oscuras, a pesar de ser tan solo mediodía, escucharon una

música de guitarra, un tremendo ruido continuo de zapateado sobre tablas y unas castañuelas. Antes de entrar en el local, se escuchó un sonoro "¡Olé!" seguido de estruendosos aplausos y silbidos. La fachada era de un color tan inusual como el mostaza y estaba llena de agujeros, como si hubiese sido ametrallada a balazos.

Era un lugar poco iluminado, lleno de humo denso de tabaco negro. A pesar del aspecto externo tan ruinoso, el local estaba repleto de comensales sentados en sillas o en el suelo, con la espalda apoyada en la pared; había quienes tenían las piernas sobre la mesa, con los brazos cruzados, la cabeza abajo y la barbilla apoyada en el pecho, durmiendo sin que el ruido de alrededor los alterase.

Un gitano apoyado justo en la barra rasgueaba una guitarra española y nada más verlas entrar soltó un profundo gemido, como si fuese a comenzar una canción. De repente, se detuvo a afinar las cuerdas.

Después de bajar las escaleras sin barrer, Bernadette y Noor fueron hacia la barra, cruzando varias mesas donde hombres de piel morena y de aspecto agresivo jugaban al dominó. El suelo de cemento estaba pegajoso a causa de la cerveza derramada y lleno de colillas de cigarrillos, de puros, papeles, trozos de comida, incluso había ratones cruzando por debajo de las mesas y correteando tranquilamente entre las patas de las sillas con total impunidad. En las paredes pintadas de blanco había anuncios con preciosos dibujos de toreros y toros, de corridas en Valencia, en Barcelona y otro, muy prominente, de Madrid. En medio del local y sobre la pared, colgaba una enorme cabeza de toro disecada. La barra del bar, de madera y completamente rayada, había perdido su color natural. Las botellas de licores y de vino y alguna que otra garrafa se alineaban contra un espejo antiguo situado tras ellas.

José Antonio Eizmendi se encontraba de pie, detrás de la barra, jugando a las cartas con un hombre muy moreno y muy delgado, de pelo moteado y facciones argelinas. Mientras esperaba su turno, el español se limpió las uñas con las puntas de un tenedor. Era un señor de quien, a pesar de rondar los casi ciento treinta kilos, se decía que bailaba con una suavidad increíble. Se peinaba estirando los pelos empapados de brillantina y teñidos de negro del lado izquierdo hacia el lado derecho a través de la calva. Las mujeres decían que se le despegaban los pelos y se levantaban de un modo grotesco cuando subía al escenario. Como casi siempre, en la comisura de los labios tenía colgado un palillo.

—Me han dicho que hay corrida en la plaza de Salamanca el próximo domingo —dijo Bernadette sentándose en un taburete.

—¿Quién torea? —preguntó José Antonio sin levantar la mirada, aplicado tan solo en limpiarse la suciedad de las uñas mientras su

compañero de juego pensaba pacientemente en la carta que debía echar.

—El venezolano y el Chicuelo II.

—¿Tú sabes cómo se llaman esos toreros, Brahim? —el compañero con el que jugaba a las cartas, sin levantar la mirada, movió la cabeza negando—. Quizá si me dice los nombres, entendería la importancia de esa corrida y pensaría en ir.

—Eh… Juan Montero Navarro se llama uno —dijo pensativa Bernadette haciendo memoria—, y el otro… el otro… César Tomás… César Tomás y algo más que no me acuerdo… Mierda, José Antonio, no me acuerdo…

El argelino, mostrándose ajeno a la conversación pero sonriente, dejó una hilera de cartas encima de la barra, satisfecho de haber realizado una buena jugada.

—Bernadette —dijo el orondo español, dejando el tenedor y cogiendo su puñado de cartas sin perder la vista de ellas—, ¿cuándo de una puta vez te vas a aprender los nombres? El venezolano se llama César Antonio Girón y el Chicuelo II se llama Manuel Jiménez Díaz. Si no te conociese, tu cuerpo ya estaría dentro de un barril hundiéndose en el río Sena. ¿Qué quieres?

Antes de que pudiese decir nada, un niño de aspecto gitano de unos diez años entró corriendo y le dijo algo al oído.

—Parece que por la calle andan buscando a la gitana que te acompaña.

—Oiga, yo no soy gitana —dijo Noor dando un paso al frente. De inmediato notó que un grupo de hombres con aspecto amenazador había dejado sus actividades en la mesa más cercana y, moviendo levemente las sillas en las que estaban sentados, se quedaron mirándola en silencio.

—Bueno, lo que sea —dijo José Antonio levantando la mano en dirección al grupo de gitanos para que mantuviesen la calma—, y por el amor de Dios, no discuta conmigo, especialmente cuando de un momento a otro…

La puerta crujió al abrirse. Todas las miradas se dirigieron hacia ese punto del local. Una patrulla de las SS, con su armamento de asalto, había hecho su aparición. Noor sintió un ramalazo de miedo, pero se obligó a mantener la apariencia de una clienta más del café. Algún jugador apagó su cigarrillo. Otros comensales dejaron el dominó y las cartas. Los que dormitaban se despertaron por inercia, como si hubiesen sido avisados por sus ángeles custodios del peligro que se les avecinaba. El guitarrista gitano dejó de tocar.

En el local se impuso un silencio sobrecogedor, como si la muerte hubiese realizado una aparición. José Antonio levantó la mirada, mientras que Noor percibió que se metía con disimulo un arma dentro

del delantal. El español asió una jarra de cerveza y dio la vuelta a la barra en dirección a una mesa, haciendo ver que servía a un cliente.

—Me sorprende ver a tanta chusma junta en el mismo lugar —dijo el oficial a José Antonio tras bajar las escaleras—. ¡Capitán, registren el local!

—Zu befehl, herr Oberst!

El gitano de la guitarra, sin ser visto, salió del establecimiento por una puerta lateral y antes de sentarse sobre una silla en medio de la calle, cerró con llave la puerta tras él y se puso a tocar. Un grupo de chicas, alertadas por lo sucedido, bajaron del edificio de al lado y se pusieron a bailar haciendo mucho ruido y alzando las palmas al aire con castañuelas, moviendo el cuerpo sensualmente. A unos pocos metros, en la acera de enfrente, el niño gitano se metió dentro del camión con sigilo y golpeó al conductor en la nuca con una barra de metal, tan fuerte que lo dejó inconsciente. Se puso tras el volante y lo condujo a un callejón donde se abrió una pared de ladrillos falsa como si fuese una persiana; introdujo el vehículo y el callejón quedó otra vez cerrado.

Tan pronto como los ocho soldados marcharon entre las mesas zarandeando a los clientes, el oficial reconoció a Noor. Antes de que pudiese dar la voz de alarma, ella había sacado la Luger y realizado un disparo. La bala le impactó justo en la frente y el cuerpo cayó hacia atrás, encima de una mesa. José Antonio pateó al capitán en medio de las piernas y se inclinó hacia delante; introdujo su mano dentro del delantal y extrajo una escopeta recortada Lupara, muy utilizada por la mafia rural italiana y cuyo uso original era el defenderse contra los lobos. La colocó en la nuca del alemán y antes de apretar el gatillo, dijo:

—Esto es por Guernica, hijo de puta.

La detonación sonó como un relámpago en todo el establecimiento. Un chorro de sangre y sesos brotó de la coronilla de la cabeza y el cuerpo inerte cayó contra el suelo. Inmediatamente se formó un paraguas de color rojo a su alrededor. En poco más de un minuto, los gitanos se habían lanzado sobre los alemanes blandiendo sus navajas y los habían matado a todos en menos que canta un gallo. En las paredes, los carteles taurinos estaban salpicados de numerosas manchas de sangre en forma de abanico. Tan pronto terminó la matanza, los gitanos registraron los cuerpos sin vida.

—¡Joder! ¿Por qué todo lo malo tiene que tocarle a uno? ¿No había más cafés en todo París? Creo que me voy a ir hoy mismo con mi cuadrilla una temporada a España —dijo tranquilamente, José Antonio con el rostro inalterado y mostrando una sonrisa irónica.

El argelino, que había mantenido la serenidad todo el tiempo sentado en su butaca frente a la barra, dio a entender que el juego

estaba terminado. Levantó las cartas de José Antonio y dijo tirándolas con enfado:

—¡Uy, mi madre! Jefe, tú has nacido de pie, como yo digo. Yo no sé cómo te las arreglas, que todo te sale a derechas.

El español se quitó el palillo de los labios y se acercó a Bernadette, apoyando todo su peso contra la barra.

—La temporada de las corridas va a comenzar en España y me han dicho que el cartel es muy prometedor —y dijo, señalando a Noor—: Oye, buena puntería tiene tu amiguita morena. Es una agente extranjera, si no me equivoco, ¿verdad?

Pálida, con náuseas y sujetándose a la barra, Noor se giró y vomitó sobre el suelo. Más tarde pensaría en aquel hombre que acababa de matar: la desaparición de un ser humano era un hecho terrible.

—No sé si sería mejor que Dios hiciese sonar las trompetas del Juicio Final y acabase de una vez con todo —contestó Bernadette algo conmocionada por el sangriento espectáculo, más propio de un matadero que de un bar. Aunque no era la primera vez que se sentía a un paso de la muerte, y había vivido en constante peligro y sabía dominar su miedo, cada vez que se encontraba cara a cara con los alemanes uniformados sentía que se le helaba el corazón. Miró al español seriamente y dijo—: José Antonio, necesitamos urgentemente una radio para contactar con Londres.

—Eso está hecho, mi niña —dijo el español rascándose la barbilla —. Una radio de esas que se utilizan para mandar mensajitos, ¿eh? Hace dos semanas atacamos a un camión de suministros alemanes en una excelente emboscada que realizamos cerca de Toulouse. Lo sorprendente es que no tenían ningún producto alemán. Nos encontramos un montón de material procedente de Inglaterra, desde cigarrillos hasta armamento de todo tipo. Supongo que estaba destinado a los grupos de la Resistencia, pero los alemanes debieron interceptarlo —señaló a un gitano que estaba arrancando las medallas del uniforme a uno de los soldados después de haberle quitado todo lo de valor que llevaba en los bolsillos—. Pepe, chico, ¿no tenemos en el almacén un par de radios, de esas que el ejército británico está utilizando?

—Sí, payo —dijo el gitano sin alzar la mirada, continuando con apremio el pillaje de muelas postizas, medallas, dinero en efectivo, armas y demás—. Un modelo nuevo y muy bonito en una sola maleta, el Mark IV, modelo veintiocho creo, o quizá sea el número tres.

—Pues tráelo a estas señoritas —se giró y añadió—: ¡El Mark IV! Vete tú a saber de dónde coño se sacan los británicos esos nombrecitos —mirando a Bernadette, empezó a reírse—. Porque Dios santo, llamarte a ti Zouzou, ¡manda cojones! No se le habría ocurrido ni a Flaubert con toda su inteligencia, ni a Zola con todo su

apasionamiento, ni al mismísimo Hugo con toda su fuerza literaria. Supongo que es parte del estrafalario carácter inglés.

—A estas alturas aún no te has enterado de que los nombres ingleses ya de por sí no tienen ninguna lógica —sentenció Bernadette.

Una gitana de aspecto ratonil le había dado un vaso de agua a Noor y ahora le decía algunas palabras en español para tranquilizarla.

—Oye tú, morena —dijo José Antonio a Noor señalando el cuerpo del oficial alemán—. Aquel hombre habrá dejado a una mujer en su querida Alemania que ahora estará sola y unos niños que crecerán sin padre, pero lo mismo hubiese ocurrido conmigo o con cualquiera de mis compañeros y estos nazis no se lo hubiesen planteado. Tienes que recordar que ellos no andan por aquí con dilemas morales. Quítate eso de la mente y concéntrate en tu misión. No quiero saber detalles, solo cómo puedo ayudaros.

Noor asintió en silencio.

—Y por último, morena —continuó el español señalándola con el índice—. Francia tiene un cáncer que se llama nazismo y que se ha extendido por todo el país. Se ha convertido en metástasis y está amenazando la vida del propio organismo que lo alimenta. Es necesario extirparlo. Para esto se necesitan medidas agresivas si se desea salvar al paciente. No lo olvides.

Capítulo 22

Las primeras emisoras utilizadas se repartían en dos grandes maletas y pesaban unos veinte kilos. En absoluto eran discretas y su utilización conllevaba muchos riesgos para el agente, ya que eran muy peligrosas de transportar. La miniaturización de los equipos de radio se debió a Pierre Julitte, un ingeniero nacido en Chevannes que trabajó durante algún tiempo en misiones clandestinas y sabía que los nazis poseían una vasta red de localización por radio. Por esta razón, la transmisión era un verdadero drama para los radioperadores, porque no podían enviar información dos veces en un mismo lugar sin exponerse a ser localizados por los radares. Al principio, Julitte sugirió distribuir el equipo en tres partes: alimentación, recepción y emisión. Después de varios estudios y diseños, consiguió crear una radio que llamó Mark III y que fue instalada en una sola maleta. Después se fabricaron nuevos modelos, los cuales resultaron ser progresivamente más ligeros que sus predecesores, de casi diez kilos de peso menos que el modelo Mark III. Se realizaron aproximadamente unas siete mil unidades de radiomaletas. Para que el agente no llamara la atención y no fuera descubierto por llevar en la mano una radio en lugares públicos, la maleta se diseñó cuidadosamente con distintos forros, aunque de acuerdo con el tipo de maleta común que se utilizaba en Francia.

Noor caminaba por la calle con la suya forrada de cuero. La tenía algo subida a la altura del muslo para no dar la impresión de que el contenido era pesado. Bernadette iba unos pasos más adelante con su disfraz de monja y se sentía inquieta. Como Noor pudo notar, su paso era rápido y decidido, sin embargo, se podía saber que estaba lisiada por la ligera irregularidad que mostraba al caminar… Tap-tap, tap-tap.

Antes de cruzar una avenida, Noor sintió que las seguía una pareja vestida de civil —con gabardinas y sombreros— e intuyó que era el motivo del visible nerviosismo de Bernadette; ella los había visto hacía un buen rato. Al quedarse paradas entre los viandantes, le hizo un gesto alzando las cejas y miró ligeramente a la izquierda para que viese a los dos agentes de la policía alemana. Tan pronto como cruzaron la calle con el grupo de gente, Bernadette se puso a su lado.

—El tamaño de la maleta les ha despertado la curiosidad. No tardarán en agarrarte del brazo y preguntarte qué es lo que llevas dentro. Escúchame, cuando doblemos la esquina me la das, te quitas el gorro, te pones las gafas falsas que llevas en el bolsillo derecho, te quitas el abrigo y te lo pones al revés —miró de reojo a Noor y presintió su estado de terror al pensar que podía ser detenida de

nuevo—. El abrigo que tienes es reversible, pasarás desapercibida. Quédate tranquila. No muestres nerviosismo, pase lo que pase. Lo haces sin parar, rápido, mientras caminas hacia ellos, das la vuelta a la manzana y me esperas en la próxima entrada del metro. Suerte.

Tras doblar la esquina, Noor estaba tan nerviosa que ni siquiera notó que le quitaba la maleta de las manos. Hizo lo que Bernadette le había dicho, pero en cuanto se dio la vuelta se olvidó del detalle de las gafas. Al sacarlas del bolsillo se le cayeron al suelo, justo a los pies de uno de los hombres de gabardina. El corazón se le paró en el pecho. El desconocido, sin mirarla, en un gesto mecánico, se inclinó con rapidez, las recogió y se las devolvió, para seguir avanzando a grandes zancadas entre la multitud.

Siguió caminando por la acera, temiendo que en cualquier momento notasen que era ella a quien habían estado siguiendo y le dieran el alto de inmediato. Sin embargo, dio la vuelta a la manzana sin contratiempos. Había sido un momento horrible. Pensó que iba a vomitar, pero consiguió reprimir la reacción. Después de esperar con preocupación unos veinte minutos, de pie junto a la boca del metro, vio aparecer a Bernadette con la maleta en la mano. Tan pronto como estuvo a su altura, le indicó, con un leve movimiento de cabeza, que la siguiese.

—Eres más astuta de lo que pensaba. Estoy más que sorprendida —le dijo Noor a su espalda mientras bajaban por las escaleras de la boca del metro.

—Hija, a estas alturas, tras sortear tanto peligro, yo no dejo de sorprenderme por continuar con vida.

* * *

Steinbrinck había recibido una llamada de su jefe, Otto Kramer. Estaba furioso y no había parado de soltar improperios por el auricular. Además, le había puesto al tanto sobre lo mal que estaba la situación en Italia. Steinbrinck le comentó que tenían cercados los posibles terrenos donde pudiera aterrizar un avión para recogerlos, había mandado unidades de élite a los rincones más recónditos de París y pondrían patas arriba el mercado negro por si contactaban con ellos para pedirles ayuda. Hasta le contó que el propio Grimminger se había unido al equipo de búsqueda.

Ahora, de pie en su despacho, mirando por la ventana, Steinbrinck tenía una expresión resignada. Se preguntaba qué sería de Alemania si perdiesen Italia. Sería algo deprimente.

—¡Y encima nos estamos retirando de Arce! —le había dicho Kramer por teléfono, dándole a entender que estaba hecho un manojo

de nervios por el avance de los aliados.

“¿Y qué tenía que hacer el energúmeno de Kramer en Italia que no pudiese hacer aquí? El nepotismo y el compadreo causarán la caída de la Gestapo. Y por otro lado, el loco de Himmler, que con sus paranoias y su grupo de aduladores está resquebrajando al Reich. En una organización donde el fanatismo se valora más que la efectividad, ahora o más tarde se desintegra”, pensaba Steinbrinck mientras se fumaba un cigarrillo. Todo iría cayendo como un castillo de naipes. La idea de que Alemania perdiera la guerra era una tragedia. En la Gestapo había quienes afirmaban muy convencidos que personas como Himmler y Rommel, entre otros, rezaban en secreto por la rápida muerte de Hitler, pero el Führer, ególatra, caprichoso y empecinado como siempre desde el comienzo de la guerra, seguía vivo solo para atormentarlos.

“El general Reinhard Gehlen es uno de los pocos hombres que ha tenido las pelotas de decirle a Hitler la verdad sobre la campaña rusa. Menudo desastre, Dios mío. Tal vez se llegue a un acuerdo con los aliados”, seguía pensando mientras encendía un nuevo cigarrillo y, ensimismado, dejaba con parsimonia la cerilla apagada en el cenicero.

Tenía dolor de cabeza. Le había causado curiosidad el motivo por el cual un grupo influyente de la Gestapo, relacionado estrechamente con el Vaticano, le había dado la orden de que diese muerte al prisionero y que, por otro lado, otros miembros de la Gestapo estuviesen interesados en capturar con vida a Nora Baker, alias Madeleine. Tampoco comprendía qué relación había entre los dos prisioneros como para decidirse a huir juntos. “¡Qué demonios! Lo principal es que el ejército de Rommel consiga arrojar al mar a los invasores y si no habrá que mantener Checoslovaquia y Austria, y devolver Polonia y Francia. No. Francia, no”, se dijo.

No le había comentado nada a Kramer sobre la notificación de la desaparición de una patrulla en los suburbios de París. Sabía que los prisioneros habían contactado con gente de la Resistencia local. Sin embargo, había estudiado las posibilidades que tenían de conseguir un vehículo para salir de la ciudad. Debido al racionamiento de combustible, no podrían llegar lejos. Había marcado con sus ayudantes las posibles zonas donde un avión como el Lysander pudiera aterrizar y calculó el máximo combustible disponible que podrían obtener los prisioneros y la distancia que podrían recorrer desde París hasta un posible terreno de aterrizaje a las afueras. Sabía que no podían abordar un tren; las estaciones estaban bajo constante vigilancia.

Según sus previsiones, por lo ocupados que estarían los aliados y por las heridas de bala en la pierna del prisionero, tardarían como mínimo una semana en conseguir un avión de emergencia para

recogerlos, tiempo suficiente para mantener en alerta los destacamentos en las carreteras comarcales y en los campos cercanos a París. Tarde o temprano, se dejarían ver en un control y serían arrestados.

* * *

—Bravo por mis chicas —dijo Jakob. Se había despertado con dolor de cabeza, pero la llegada de las mujeres le hizo sentir bien, contento y optimista—. Ahora podremos contactar con Londres.

—Aquí no —contestó Noor abriendo la maleta e inspeccionando el interior para asegurarse de que todo estuviese correctamente—. Contactaré en el apartamento donde me detuvieron. Usaré la frecuencia de emergencia.

—Estará vigilado por soldados —comentó Bernadette mientras se tomaba un trago de whisky y preparaba dos vasos más—, o incluso los propios vecinos estarán en alerta, la Gestapo les habrá ordenado informarles a la menor sospecha de ver u oír a alguien dentro.

—La seguridad perfecta es una utopía, querida amiga —dijo Jakob —. Lo sé por propia experiencia.

—Hay una entrada que nadie conoce. Es una pequeña puerta escondida en el rellano de la escalera. Necesitaré tiempo, una media hora. Los alemanes no pasarán sus vehículos con los radares por aquel edificio —Noor cogió el vaso que Bernadette le ofrecía y añadió—: Me vestiré de monja.

—Ni hablar, basta ya de monjas por la calle —dijo Bernadette echando un bufido—. Debes ir de civil por la sencilla razón de que una monja joven y guapa llamaría más la atención.

Noor dejó la maleta en el suelo y la abrió. Le gustaban las cosas ordenadas, le gustaba la pulcritud. Como un experto cirujano, estudió que todo estuviese correctamente. El interior estaba dividido en cuatro compartimentos, dos a los lados y dos en el medio. Con detenimiento, comprobó que todo se encontraba en su sitio: el transmisor con las teclas morse, el receptor con la toma para conectar los auriculares y, a la derecha, la batería. A la izquierda había un conjunto de piezas de repuesto duplicadas, además de una antena, un destornillador, tubos extras y fusibles.

—Como habrán cortado la electricidad en el apartamento, utilizaré la batería. Además, así no localizarán la fuente de transmisión si, por casualidad, un vehículo camuflado con radar anduviese circulando por los alrededores. Todo está en orden —sentenció.

—Oye, y… ¿cómo salgo yo de aquí? —preguntó Jakob con una expresión taciturna en su rostro.

—¿Cómo salgo yo de aquí? ¿Cómo salgo yo de aquí? —repitió Noor burlonamente, poniendo cara de mojigata y sentándose al borde del sofá para limpiarle las heridas una vez más.

—Pues sí, este es un problema, pensemos… —dijo Bernadette.

—Ya está pensado. Se vestirá de sacerdote y caminará con muletas.

—Muy bonito, Noor —señaló sonriendo Jakob.

—Es una excelente idea —Bernadette se echó a reír—. Además, le hará algo de bien a su alma.

—Esperemos que no tenga que celebrar misa o escuchar confesiones.

—Oh, vamos Jakob —atajó Noor—, seguro que sabrás representar el papel de sacerdote tan bien como cualquiera.

—Oh, sí, claro. Como dice la Biblia, la discreción es el mejor valor —comentó Jakob alzando el índice al aire.

—Vaya… Estoy convencida de que hubieses sido un magnífico erudito talmúdico.

—Pasaremos por la puerta de la señora de abajo y si nos ve algún vecino no notarán nada extraño, porque la buena mujer tiene ya un pie en el hoyo —explicó Bernadette—. Y si alguien cuestiona las muletas, está muy claro que ha vuelto del frente. A pesar de esto, los parisinos tienen mucha imaginación y dudo que le pregunten. Ellos tan solo entenderán, nada más verlo, que ha sido herido y por lástima ni preguntarán nada ni harán mención alguna. De todos modos intentaré conseguir alguna insignia o medalla que puedas ponerte en el pecho.

—Noor, ¿no sería mejor dejarme aquí y marcharte tú? —preguntó Jakob—. Es lo más realista.

—Tonterías, ya está dicho y no hay vuelta atrás.

—¿Pero estáis locas? Una monja, un cura herido y... ¿una chica joven de asistente? Porque, ¿de qué vas a ir tú, Noor?

—Veamos… —contestó tocándole el cabello—. Sí, yo iré de monaguilla.

—¿De monaguilla dices? Ja, ja, ja… —rio Jakob—. Pero santa hija de Dios, ¿tú has entrado alguna vez en una iglesia católica? Ahí no hay chicas monaguillas, solo chicos.

—Bueno, pues de familiar que lleva a un sacerdote y a una monja a su casa para confesar a su abuelo moribundo, no hay que darle más vueltas. Será de noche y no creo que tengamos problemas.

—¿Y crees que realmente funcionará? —preguntó Bernadette.

—No tenemos otra alternativa. Cualquier cosa funcionará mientras tengamos fe —dijo Noor—. Además, por el momento a ti te ha ido bien ir por la calle disfrazada de monja precisamente por eso, porque es como llevar un uniforme. Lo que se recuerda no es la cara, sino el aspecto. Las monjas y los sacerdotes simbolizan amabilidad y son

anónimos en tiempos de guerra.

—Bueno chicas, ¿qué viene ahora? —cuestionó Jakob con una mueca tan burlona como alegre.

—Yo me voy a buscar tu traje de sacerdote.

—Y yo a transmitir por radio.

—Otra vez me dejan solo...

—Tú a reposar, que tu cuerpo necesita reponer fuerzas —interrumpió Noor—. Aquí te dejo la bandeja con pan, queso y un poco de vino. Después de comer cierras los ojos y a dormir. Y procura no hacer ruido.

Si alguien del edificio la cuestionase sobre quién era y a quién visitaba, Bernadette le indicó que dijese que era familiar de la anciana del cuarto piso. Salieron las dos en intervalos de cinco minutos y en dirección opuesta.

* * *

Tras años de penuria viviendo bajo la bota nazi, que una mujer en París vistiera ropa vieja sin conjuntar no llamaba la atención. Sin embargo, podría pensarse que una persona caminando con bultos podría estar huyendo de la ciudad por algún motivo sospechoso o portando material de contrabando. Noor vestía una falda hasta los tobillos, un abrigo viejo, unos zapatos visiblemente gastados, unas gafas de cristal falsas y la cabeza tocada con una raída gorra. Al salir de un túnel subterráneo, dos soldados le dieron el alto.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó uno de ellos en francés macarrónico.

—¿Dónde?

—¿Cómo que dónde? —atajó el segundo soldado—. En la maleta.

Noor estaba decidida a reaccionar como la mayoría de los franceses en parecidas circunstancias, haciendo lo que le pedían, pero al mismo tiempo manteniendo una expresión de fría indiferencia.

—Ah, es un cinematógrafo —dijo Noor de súbito.

—Abra la maleta.

Noor hizo lo que le pidieron. Después de agacharse y abrir la maleta en el suelo, la cara de los alemanes le confirmó que no sabían qué eran realmente todos esos cables y se apresuró a explicarles con ingenio su mentira.

—Es un proyector de cine movible, ya saben, muy corriente en estos días —empezó Noor, muy segura de sí misma—. Ahora mismo me iba al colegio de las Carmelitas para hacer una proyección a los niños. Miren, estos cables de aquí son para conectarlos en esta parte que va a la batería de alimentación y así, una vez que se pone la película de dieciséis milímetros, esta empieza a rodar.

Los alemanes fingían saber lo que les estaba explicando asintiendo con la cabeza. Por la acera de enfrente, caminaba una mujer con falda gris ajustada y un abrigo ligeramente desabrochado que le daba un toque muy sensual, haciendo más visible la redondez de sus pechos. Llevaba unas medias de lana blanca y zapatos de ante con tacón de aguja. La joven, desde luego, era consciente de que los soldados le clavaban los ojos a pesar de que, a su alrededor, sus propios compatriotas la estarían llamando 'puta' mentalmente. Noor se dio cuenta de que los dos alemanes le prestaban más atención a los pechos y al trasero de aquella mujer que a ella.

—Bueno, me están esperando los niños —sin esperar una contestación, cerró la maleta y el alemán más corpulento se apartó ligeramente haciendo un gesto con la mano mientras sus ojos desnudaban a la francesa.

Inmediatamente, un Hispano-Suiza modelo 68-Bis, con el banderín nazi ondeando en el aire, se paró. Un oficial sentado en el asiento trasero hizo un gesto a la joven y esta subió al automóvil, que poco después desapareció por la ancha calle.

—Bastardo —murmuró uno de los soldados, caminando de nuevo y dando la espalda al camino que había tomado Noor.

Su compañero hizo un ruido parecido a un gruñido en dirección al coche, tras lo cual se giró y emprendió otra vez su rondín. Dijo mascullando:

—Dios, qué tipo con suerte.

Ambos se fueron echando pestes.

Excepto un joven soldado caminando arriba y abajo por la calle de enfrente, Noor no vio nada que pudiese delatar un peligro inminente. Entró en el edificio por la parte trasera y accedió al apartamento a través del cubículo secreto construido en el rellano de las escaleras. En el interior del apartamento, el aire era rancio y cálido. Se quedó de pie en el salón, rememorando el momento de su detención. Miró a un lado y a otro. La Gestapo había destrozado toda la casa: el papel de las paredes, los armarios, los cojines... Incluso el colchón estaba en el suelo rasgado por todas partes, como si hubiesen buscado algo en el interior. Habían dejado huellas de botas sucias sobre las sábanas y la colcha. Sin embargo, a diferencia de los gitanos, no habían cometido pillaje y la ropa estaba esparcida por el suelo al igual que los libros y los cuadros, que eran reproducciones baratas de famosos pintores franceses. De un vistazo vio que habían abierto las puertas de la alacena de la cocina de par en par y tirado todo el contenido sobre el suelo.

Colocó la maleta cerca de la ventana, sobre una mesita de estudio. Descorrió ligeramente la cortina y unos pocos centímetros la ventana.

Abrió la maleta y se dispuso a conectar los cables correspondientes de la radio. Cuando lo tenía todo listo, pensó que si colocaba los cables de la antena encima del árbol situado justo debajo de la ventana, quizá podría tener mejor transmisión. Al cruzar la habitación, pisó su antiguo abrigo y notó un bulto. Se agachó y al meter la mano, sacó el broche que en su día Vivien le había regalado. Esbozó una sonrisa y se lo guardó dentro del bolsillo del abrigo.

Se subió al tronco del árbol y se agarró a una de sus ramas. Cuando estaba colocando la antena en lo más alto, oyó a alguien aproximarse.

—¿Puedo ayudarla, mademoiselle? —dijo un joven soldado imberbe que sonreía de oreja a oreja.

Por el tono de voz, Noor comprendió que él no sabía lo que verdaderamente estaba haciendo. Sin pensarlo, le contestó:

—Mi madre quiere escuchar la radio, pero al menos que tengamos mejor frecuencia no podremos oír nada sin interrupciones de ruidos.

—Baje de ahí, que yo me encargo —dijo el alemán amablemente con un fuerte acento que evidenciaba que había aprendido francés recientemente con el propósito de agradar a los parisinos recién ocupados.

Sin pensárselo dos veces, bajó, y el joven, poniendo su fusil en la bandolera, escaló con agilidad por el árbol hasta la copa más alta, donde consiguió colocar la antena.

—Ya está, mademoiselle —dijo tras pegar un gran salto desde arriba.

Sin duda, era un soldado ingenuo al que habían mandado para vigilar un edificio sin tener ninguna experiencia. Era el tipo de soldado adolescente al que enviaban para que vigilase un puesto, y él, enardecido por cumplir con su deber militar, pensando que ayudaba a Alemania, era capaz incluso de dejarse matar por defenderlo hasta el final, sin saber por qué ni su importancia.

—Se lo agradezco —dijo Noor antes de volver a entrar en el edificio—. Muchas gracias.

—Au revoir, mademoiselle.

* * *

Bernadette llegó a la rue Raymond-Losserand. Era media tarde y los feligreses salían de la iglesia de Notre Dame du Rosaire, de estilo románico florentino. Abrió la puerta de roble tachonada y entró. Una bocanada de aire gélido, húmedo y con olor a cera le acarició el rostro. Se detuvo delante de la pila de agua bendita e, instintivamente, introdujo las puntas de los dedos en el agua y se santiguó. Había

varios parroquianos rezando en los bancos. Permaneció inmóvil durante un momento, pensando qué hacer, hasta que una feligresa se cruzó con ella.

—Buenas tardes, hermana —dijo sonriendo.

—Buenas tardes —contestó Bernadette con sonrisa dulce mientras apresuraba el paso. Cruzó la nave sin dar motivo a que la retuviese para conversar.

Caminó por el pasillo central y antes de sentarse en un banco, hizo una genuflexión. Desde donde estaba, divisó al sacerdote decorando el altar junto a un joven monaguillo. Esperó sentada, simulando leer un folleto religioso. A los pocos minutos vio que desaparecían por la sacristía y el joven, cambiado con ropa de civil, se marchó por un pasillo lateral y salió a toda prisa de la iglesia. Decidió dirigirse al altar y observar la sacristía. Hacía frío y el ambiente olía a cera e incienso. Todo tenía un aspecto fantasmagórico; no había luces encendidas, sino velas.

Se arrodilló frente al altar, alumbrado por la luz tenue y roja de la lámpara del sagrario, y miró a su derecha. El sacerdote, que se había cambiado de alba, abrió un armario, cogió una biblia y una estola que se colocó alrededor del cuello, salió de la habitación y se sentó dentro de un confesionario. Ella pudo observar que era un hombre de mediana estatura, encorvado y muy mayor al que, de no haber sido por la guerra, seguramente ya habrían jubilado. Sin pensarlo dos veces, se levantó y entró a la sacristía. Cuando se disponía a abrir el armario, alguien llamó su atención.

—Oiga, ¿qué hace usted aquí?

Bernadette se giró y vio al chico que hacía un momento había salido de la iglesia, con un puñado de velas en la mano.

—Soy la hermana Marie Simon —dijo sin pensarlo dos veces—. Me han dicho que tengo que limpiar el suelo y toda la sacristía.

El joven la miró de arriba abajo y entendió que era una de las monjas benedictinas del monasterio de Andorra que habían llegado hacía poco a París para ayudar a los necesitados. Trabajaban en los hospitales, enfermerías, colegios e iglesias, atendiendo los cuidados espirituales de los más necesitados y moribundos. Él sentía lástima por ellas, ya que las veía como mártires de la guerra, consagrando sus propias vidas a ayudar a los parisinos más desdichados. Pudiendo refugiarse en España, habían decidido imponerse ese deber cristiano realizando tareas humildes que nadie quería desempeñar: haciendo la comida para los ancianos, ayudando a los hijos de las prostitutas en su educación, enseñándoles a leer y a escribir, dando consuelo a las viudas y los mutilados...

—Ah, otra vez el viejo Marius se ausenta… —dijo el joven, dejando las velas sobre una mesa para marcharse de nuevo sin prestar

más atención a su presencia—. Menudo vago, la próxima vez me quejaré al padre Dominique de su afición a la bebida. No hay derecho que las hagan trabajar tanto, hermana, cuánto lo siento. Como agarre a Marius, se va a enterar.

En cuanto se hubo ido, Bernadette abrió el armario, cogió una sotana negra colgada en una percha y una estola, sacó una bolsa de entre su ropa y lo metió todo dentro. Miró por la habitación, tomó un cirio con el símbolo de alfa y omega, miró con prisa aquí y allá, abrió el cajón de una enorme y antigua cómoda y extrajo una biblia muy bonita, gruesa y de papel dorado. Se arrodilló de nuevo frente al altar.

—Dios mío, perdóname, pero ya sabes que es por el bien de todos —murmuró.

Hizo una genuflexión frente al sagrario y salió de la iglesia con apremio, sin llamar la atención.

* * *

El capitán Selwyn Jepson estaba en la sala de radio de la base aérea de Tempsford cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Vivien con una expresión agitada. Había sido informada de la última comunicación de Noor desde París. Había viajado en su Jaguar desde Londres a la mayor velocidad posible, haciendo sonar el claxon durante todo el trayecto para dispersar a los agricultores y ganaderos, divididos en distintas cuadrillas de peones que regresaban a casa a paso cansino después de un día de intenso trabajo. Reacia a pisar el freno, había conducido como una auténtica piloto de carreras.

—¿Han comprobado que no se trata de una artimaña de la Gestapo? —preguntó Vivien, entrando en la sala de sopetón.

—Demonios, ¿no le han enseñado a llamar a la puerta antes de entrar? —le espetó Selwyn, que levantó la vista con hostilidad mal disimulada—. Sí, lo hemos comprobado, y es ella. Utiliza los mismos golpes que la caracterizan al teclear en morse y respondió a la operadora positivamente a las preguntas de seguridad. Por lo visto, desde hacía unos días recibíamos mensajes suyos un tanto extraños pidiéndonos material…

—Bueno, las variaciones de ritmo al teclear en morse pueden deberse a que los agentes trabajan bajo presión —lo interrumpió Vivien—, escondidos en habitaciones recónditas, áticos o incluso en cuchitriles de lo más variopinto, con los alemanes detrás de ellos continuamente…

—¿Quiere dejar de hablar, por favor? —dijo Selwyn visiblemente enfadado—. Lo que ha sucedido es que en su último mensaje nos ha comunicado que son los alemanes, desde la avenida Foch, quienes se

encuentran transmitiendo en nombre de operadores nuestros ya detenidos, que estarán ahora mismo muertos después de intensas torturas o en campos de concentración, pasando hambre o enfermos, ¡o sabe Dios qué! El traidor del teniente Starr está colaborando con las SS. Ese desgraciado… Ahora las operadoras están descodificando un segundo mensaje más largo que ha mandado por separado.

Una vez recibidos los mensajes desde el extranjero tenían que transcribirlos, descifrarlos y entregárselos al controlador del agente. Antes de responder, el operador debía consultar la respuesta, si la había, con sus superiores. El proceso podía tardar horas.

—Y ustedes, sin comprobarlo, han estado regalando armamento y material a los nazis, es eso, ¿no?

—Deje sus conclusiones para más tarde, ¿quiere? Para las expertas mujeres que tenemos trabajando, cada transmisor suena diferente, pero los mensajes de Noor han sido mandados desde su propia radio, que debió de ser incautada por la Gestapo. El problema es que con tanto interés en fabricar nuevos modelos, haciendo radiomaletas cada vez pequeñas, esto ha conducido a un deterioro de la calidad del sonido. El oído experto de la operadora FANY hoy se ha percatado de eso, cuando Noor utilizó una radio distinta para informarnos de los últimos acontecimientos. El circuito Prosper ha caído en manos de la Gestapo en su totalidad, excepto ella. Ahora lo importante es que Noor llegue a salvo con el otro agente, que por lo visto está herido de bala en una pierna, y nos informen con detalle de todo lo ocurrido. He movido todos los hilos posibles para conseguir un avión de la RAF de inmediato. Los nuestros están en misiones. He tenido que llamar al secretario del primer ministro y le hemos confirmado a Noor el vuelo que la recogerá esta noche. Es un lugar que conoce nuestro enlace en París, una mujer muy solvente llamada Zouzou, que es quien está con ellos ahora mismo.

—¡Jesús!

Comprendiendo el peligro en que se encontraba Noor con los alemanes detrás de sus talones, Vivien apenas era capaz de pronunciar más palabras. Se quedó mirando por la amplia ventana, desde donde se podía ver la niebla cubriendo la pista. Ahí abajo, en lo que parecía un establo de ganadería, se hallaban los hangares camuflados. A pocos metros, en la pista de despegue, un Westland Lysander estaba siendo puesto a punto para despegar de un momento a otro en una nueva misión.

—Tengo una reunión con un nuevo agente del SOE en mi residencia —comentó Vivien—. Volveré de Londres con tiempo, antes de que lleguen.

Durante el regreso, las carreteras estaban desiertas y aprovechó para ir a toda velocidad. El racionamiento de gasolina era muy

estricto. Un conductor podía acabar en la cárcel por realizar viajes que no fuesen estrictamente necesarios. Vivien detrás de un volante nunca pensaba en riesgos. Las últimas noticias acerca de Noor la habían asustado y dejado impaciente por querer volver a verla sana y de vuelta en casa. Al fin y al cabo, había sido ella quien la había acompañado durante sus últimas horas en Inglaterra y, de una forma u otra, se sentía responsable por lo que le pudiese ocurrir. Al entrar en Londres, cruzó como una exhalación las calles bombardeadas.

* * *

—¿Cabré en el avión con esta pierna lisiada? —preguntó Jakob.

Noor se encontraba dibujando algo sobre un papel.

—Pues claro —dijo ella mostrándole su dibujo—. Mira, un Westland Lysander a unos diez mil pies de altura puede alcanzar la velocidad máxima de trescientos setenta kilómetros por hora. Completamente cargado, solo necesita unos doscientos veinte metros para despegar y aterrizar. Perfectamente se pueden acomodar tres pasajeros.

—Incluso cuatro —dijo Bernadette.

—Incluso cuatro —reiteró Noor—. Así que déjate de heroicidades diciendo otra vez que te quedas.

—Es el modelo que siempre mandan de Inglaterra para efectuar operaciones encubiertas —añadió Bernadette—. Es la clase de aparato perfecto para transportar agentes desde ahí y sacarlos de aquí. Se lo digo yo, que llevo ya bastante tiempo operando con la Resistencia francesa y viendo esos aviones de cerca. Inicialmente estaban pintados en negro, pero como con luna llena eran visibles, tuvieron que pintarlos de azul y verde. Son tan magníficos que hasta los he visto aterrizar en campos llenos de barro —levantándose de la silla, dijo—: Voy a coger las lámparas de bicicleta que necesitamos poner en el prado según el manual de aterrizaje. Las tengo guardadas en un almacén. Los recogeré dentro de cuatro horas con mi furgoneta. A pesar de su aspecto destartalado, su motor funciona a las mil maravillas. Es el que utilizaba mi padre para el reparto cuando teníamos la tienda de comestibles. De combustible andamos sobrados, gracias al abastecimiento que me brindan los amigos de José Antonio. Nunca me ha fallado ni dejado tirada en la carretera, pero aun así le haré una última revisión.

Tras salir Bernadette del apartamento otra vez vestida con los atuendos de monja, Noor se dispuso a limpiar las heridas de Jakob y cambiarle los vendajes.

—Sé que no debería —dijo Jakob acariciando su pelo y con una

sonrisa burlona—, pero… ¿me puedes dar un beso?

—No te pongas tonto otra vez —respondió Noor con una expresión entre divertida y triste.

—Bueno, pues… ¿te importaría quitarte algo? —preguntó sonriendo de oreja a oreja. Sintió que tenía la boca seca y tuvo que tragar saliva—. Si no tienes a nadie esperándote en Inglaterra, cuando lleguemos nos casaremos. Yo terminaré mis estudios y tú…

Siguió mirándola, se inclinó y la besó en la mejilla dulcemente; ella se giró levemente y se besaron. Noor cerró los ojos sintiendo sus labios cálidos y dulces. Él la atrajo hacia sí e intentó desabrochar su blusa, pero ella lo rechazó y se levantó.

—No, basta, Jakob.

Desde el sofá, se quedó observándola. Aquel cuerpo le pareció en aquellos momentos la cosa más deseable del mundo. “Un cuerpo menudo y armonioso”, pensó.

—Me has hecho recordar el sabor de las aceitunas en tu boca —dijo él sin perder su sonrisa.

—Éramos unos niños cuando nos besamos por primera vez, ¿te acuerdas? —preguntó Noor riéndose.

—Bueno, yo no tanto, que soy diez años mayor que tú. Pero el hecho de recordarlo me da vergüenza, qué inexperto era… —dijo Jakob—. Qué años tan maravillosos, ¿verdad, Noor?

—Supongo que habrás tenido docena de amantes desde entonces —comentó, volviéndose a sentar en el borde del sofá.

Él cambió el semblante y ella intuyó que era mejor no profundizar en su pasado. Algo le decía que había sufrido alguna tragedia en una anterior relación.

—Aún no me has comentado cómo acabaste en la avenida Foch —dijo Jakob tras unos momentos de profundo silencio.

—Ufff, parece que fue ayer. Bueno, a decir verdad solo ha pasado una semana. Tenía la radio abierta sobre la cómoda, con las antenas extendidas hacia lo alto de las paredes. Había transmitido a Inglaterra hacía unos minutos. Por lo visto los alemanes habían captado mi señal mientras yo tecleaba en código morse. Se presentaron de golpe, forcejeamos y me arrestaron. Eso es todo.

—¿Pero cómo dieron contigo? Si la furgoneta estaba dando vueltas por los alrededores, quiere decir que tenían conocimiento de que transmitirías desde aquella dirección, ¿no es así?

Capítulo 23

Durante el recorrido en tren, Noor quedó sumida en sus pensamientos sobre cuestiones de identidad. Ella siempre pensaba que era una persona cosmopolita, que no pertenecía a ningún lugar en concreto, por nacimiento o residencia, sino a todos. Cuanto más pensaba sobre esto, más le surgía el conflicto entre la filosofía sufista que le enseñó su padre, que pregonaba la no violencia, y el camino que había elegido seguir. Lo había meditado anteriormente e incluso hablado con su hermano. Era la lucha por el bien, la lucha por la libertad, la lucha por lo que era correcto, la lucha contra el mal, liberar a Francia de la tiranía nazi, ayudar a los que vivían bajo la bota de la represión… Esta había sido su motivación. Aun habiéndose criado bajo el sufismo, eran la filosofía y la literatura hindú las que le habían enseñado muchos valores para aplicar en la vida. Había estudiado el Bhágavad-guitá y ahora, observando por la ventana los campos franceses, le vino a la memoria el pasaje del texto épico hinduista en el cual Krisná, en el campo de batalla durante los instantes previos al inicio de la guerra de Kurukshetra, habla con el príncipe guerrero Áryuna, que se siente indeciso por luchar contra sus propios primos. Respondiendo a la confusión y el dilema moral de Áryuna, Krisná le explica sus deberes como guerrero y le dice que debe de luchar sin vacilación alguna por los resultados.

Mientras miraba a los pasajeros franceses que se encontraban en el vagón, sumidos en el silencio, quizá pensando dónde estarían sus propios familiares —algunos presos, otros en el exilio—, o incluso si alguno de ellos tal vez sería un colaboracionista que intentaba salvaguardar sus propios intereses y sobrevivir durante aquella sucia guerra, Noor pensó una vez más que su deber era luchar contra las fuerzas de ocupación de Hitler y que tanto su familia como sus creencias filosóficas eran secundarias. Acarició con la mano el bulto de su bolsillo derecho, donde tenía guardada la Colt automática, calibre 45.

Un circuito del SOE que trabajaba clandestinamente en territorio ocupado por los nazis estaba compuesto básicamente por tres personas: el organizador, que era la cabeza del grupo; el correo, que era la persona encargada de pasar los mensajes entre el organizador y los contactos locales; y el operador de radio, que era quien transmitía los mensajes a Inglaterra. Los alemanes tenían como principal cometido la captura de los operadores de radio, ya que poseían valiosa información y les podían dar a conocer otros circuitos de la

Resistencia que operaban en territorios ocupados, además de informarles sobre el paradero de sus propios compañeros.

Aunque anteriormente mujeres desempeñaron el papel de correo, Noor fue la primera mujer del SOE enviada como operadora de radio. El tiempo de vida de un operador en Francia no superaba las seis semanas debido a la constante vigilancia de la Gestapo en las estaciones de metro y en las calles. Todos los meses, Londres entrenaba entre dieciséis y dieciocho operadores varones para mandarlos a distintos lugares de Europa.

Noor había memorizado sus instrucciones, entre las cuales estaba una dirección de un apartamento de emergencia, solo utilizado en caso de extremo peligro y con el fin de salir del país. A este apartamento lo llamaban cachette y en él otro miembro clandestino de la Resistencia se pondría en contacto con el agente operativo para su inminente envío de vuelta a Inglaterra. En caso de que no pudiese hacer uso de ese apartamento de seguridad, tendría que viajar a España, donde el consulado británico en Barcelona debía mencionar su nombre en clave y desde ahí lo enviarían a Londres. También había memorizado la pregunta-respuesta de contraseña. Su pregunta era: "¿Puedo ver a Jeanne-Marie, la hija de Carmen?". La respuesta que debía de recibir por parte de la persona que la recibiese en un apartamento desocupado de la Resistencia debía ser: "¿No se referirá a la familia Martínez de España?".

Tras llegar a la estación de París, tenía que ir a la rue Erlanger, número 40, donde en el apartamento 16, en el octavo piso, la esperaba Henri Garry, alias Gary Cooper por su parecido con el actor de Hollywood. Noor iba a trabajar bajo el mando del jefe del circuito Prosper, que era el nombre en clave de Francis Suttill. Este había nacido en Lille en 1910, de padre inglés y madre francesa. Había estudiado derecho en Inglaterra antes de alistarse en el SOE. Fue enviado a la Francia ocupada en 1942 para establecer un circuito de operadores con el propósito de recaudar información y dar soporte a la Resistencia local. Sus actividades fueron ampliándose cada vez más, así como sus responsabilidades y el peligro al que se exponía. Formó subcircuitos gracias a sus contactos tras el alistamiento de personal local, como las hermanas Tambour, que le presentaron a un gran número de personas dispuestas a unirse a la causa de liberar Francia. Una de las hermanas, Germaine Tambour, viajaba con él a todas partes, haciéndose pasar por su hermana.

Asimismo, una de las misiones de Prosper consistía en la recaudación de suministros e información de cara a preparar con antelación la invasión aliada en Europa. Henri Garry era el contacto de Noor en París, además de ser el asistente de Sutill en la creación de subcircuitos con diferentes agentes locales, a quienes llamaban con

distintos nombres clave, como Phono, Cinema, Privet, Falais, Scientist, Chesnut... Este último estaba formado por conductores de coches de carreras. Entre ellos se encontraba el veterano campeón del mundo durante los años veinte, Robert Benoist, que por entonces era el director de Bugatti en París. Utilizaba su puesto para organizar recepciones con el fin de establecer contactos y, además, transportar material utilizando sus vehículos, que conducía con gran rapidez durante la noche, e incluso escondía armas para la Resistencia en su casa de campo.

Poco tiempo antes de la llegada de Noor, el grupo había realizado uno de sus grandes éxitos: el sabotaje a la planta eléctrica de Chaingy, inmovilizando así líneas eléctricas de muchas poblaciones francesas. Hasta entonces, el circuito Prosper había llevado a cabo un total de sesenta y tres actos de sabotaje, entre los que se encontraba el descarrilamiento de numerosos trenes y la muerte de casi medio centenar de soldados alemanes. Justo en el momento más álgido del circuito, Noor apareció. Pero desde la sombra, en la avenida Foch, el jefe de sección Karl-Maria Steinbrinck estaba orquestando la detención masiva del grupo de la Resistencia más buscado. El alemán se estaba tomando su tiempo. Los quería a todos y pretendía arrestarlos a la vez, sin dejar ocasión para que huyeran fuera del país. Sin sospecha alguna, los miembros de Prosper eran vigilados día y noche.

Tras salir del vagón, fingiendo que realizaba ese viaje a diario y sin detenerse, fue directamente hacia las escaleras del otro lado del andén que llevaban al túnel de acceso a la entrada. Sin embargo, aun cruzándose con la gente que pasaba a su lado sin contratiempos, tenía la sensación de que todas las miradas procedían de los ojos de la Gestapo y se clavaban en ella, y que los agentes nazis se escondían bajo ropa de civil, como diciendo: "Mírenla. Ella es una agente británica".

Tras cruzar los arcos neoclásicos y situarse justo en la entrada, un miembro de la Resistencia la reconoció al instante porque Noor no tomó las medidas de precaución básica: pasar desapercibida. Cuando abrió un mapa de la ciudad, este se desplegó y se agrandó debido al viento. Conocía la ciudad, pero solo quería estar segura de la zona y la dirección adonde tenía que ir. Llamó la atención de una patrulla de soldados que se encaminaron hacia ella, pero un hombre elegante intervino.

—¿Pero qué haces? —gritó en voz alta el enfadado desconocido, con un fingido acento francés de pueblo y con maneras teatrales—. Te he dicho muchas veces dónde vive el tío Gaspard. Tira ese mapa del diablo.

Tomó el mapa de las manos de Noor, lo arrugó haciendo una bola y, como si de una pelota de futbol se tratase, le dio una patada con

maestría juvenil.

Los alemanes se pararon, riéndose del manierismo tan gracioso de aquella persona.

—¡Venga, vámonos! —dijo agarrándola del brazo.

Noor se giró ante la estentórea risa de los alemanes y supo del peligro al que se había expuesto, dejándose llevar por el desconocido. Cuando estaban llegando a la próxima boca del metro, aligeraron el paso.

—Por el amor de Dios, Madeleine —dijo el hombre ante el asombro de Noor al escuchar su nombre en clave por primera vez en boca de un desconocido—. Sea más prudente, la inteligencia alemana está al acecho de nuestro circuito. No vuelva a llamar la atención de la manera más tonta. Gary Cooper la espera.

Noor estaba visiblemente nerviosa al divisar a tantos soldados por la calle y por el conocimiento de que habría agentes de la inteligencia alemana vestidos de civil rondando las inmediaciones de la estación.

—Cálmese. Desde lejos se nota que le pasa algo y encima lleva usted una maleta en sus manos —comentó el extraño—. Es su primer día en París, ¿quiere que sea el último de su vida? ¿No? Pues haga lo que le digo. Usted ya ha estado antes aquí. Como ve, nada ha cambiado, excepto la psique del parisiense común. Hay edificios derruidos por bombardeos y muchos nazis. Actúe como si conociese al dedillo la ciudad, con naturalidad. No tema al ver un uniforme alemán ni mire a nadie directamente a los ojos. Recuerde que existen los milicianos, son un hatajo de camorristas franceses partidarios de los nazis; no se le ocurra acercarse a ellos. Paran a los transeúntes por el simple hecho de que no les gusta una cara y arrestan a cualquiera con cualquier excusa.

Noor lo miró a la cara, asintiendo pero sin decir nada. Un grupo de soldados salía de la boca del metro escaleras arriba. El desconocido besó a Noor apasionadamente y, agarrándola de los brazos, le dijo en voz alta antes de desaparecer de entre el gentío:

—Te veré pronto, cariño, deja el equipaje en casa de papá, ¿de acuerdo? Yo me voy a tomar un café con Rémy.

Durante el trayecto, Noor sintió una sensación de dolor al ver que el país que amaba había dejado de existir. Sin embargo, ella estaba ahí para cumplir con un deber que, si se cumplía, ayudaría al retorno de la auténtica Francia. Tan pronto llegó al apartamento del edificio número 40 de la rue Erlanger, llamó al timbre.

—Creo que me esperan —dijo tímidamente después de que un hombre elegante, que parecía haber salido de una pantalla de cine, abriera la puerta. Noor pensó que era Gary Cooper.

—Pase, pase usted adentro, señorita —comentó con ademanes educados—. Me llamó Garry y esta es mi prometida, Marguerite.

Marguerite no solo era muy activa en la Resistencia, sino que era la secretaria del ministro de Agricultura y Alimentos, Max Bonnafous, en el gobierno colaboracionista de los nazis de Pétain. De este modo, conseguía salvoconductos para viajar en tren por Francia, cartillas de racionamiento y tarjetas de identidad con mucha facilidad.

Noor saludó cortésmente, aunque sin desprenderse de su equipaje. Por un momento pensó que se había equivocado y había entrado en el apartamento de una joven pareja, pero los desconcertados eran Garry y su prometida, quienes esperaban que la agente dijese la contraseña. Como la contraseña de Garry era la respuesta a la pregunta, él no podía adelantarse para saber si de verdad era la agente esperada o un anzuelo de la Gestapo.

Marguerite tomó la iniciativa.

—Por favor, siéntese. Seguramente estará cansada llevando todo ese equipaje encima.

Noor se sentó sin quitarse el abrigo y se sintió cohibida en dar a conocer la contraseña. Tras hacer una mueca a su prometida para que continuase cortejando a la visitante, Garry se sentó frente a ella.

—¿Quiere usted un té? —preguntó Marguerite.

—Sí, por favor —contestó Noor sonriendo.

—¿Viene de lejos? —prosiguió Garry.

—Sí, acabo de llegar en tren.

—Ah! Y antes de abordar el tren, ¿se subió a un Lizzi? —preguntó él pausadamente, dando a entender a la visitante que si era la agente que había llegado de Inglaterra, según las normas tenía que hacer la pregunta como contraseña.

—Pues sí —contestó secamente Noor ante la decepción de Garry.

—¿Alguien la espera aquí, en París? —preguntó Marguerite mientras ponía las tazas sobre la mesita y echaba una mirada de complicidad a su pareja—. Quiero decir, ¿quiere ver a alguien en particular?

—Sí, ¿puedo ver a Jeanne-Marie, la hija de Carmen? —preguntó de sopetón Noor.

Garry estalló de risa e inmediatamente Marguerite se unió a él.

—¿No se referirá a la familia Martínez de España?

Noor dio un resoplido de alivio.

—Santo Dios, ¿por qué ha tardado tanto en decirme la contraseña? —cuestionó Garry—. Bueno, lo importante es que estamos todos a salvo. Tómese el té. Mi nombre en clave es Gary Cooper —hizo una mueca y posó como el actor de Hollywood, ante la risa de las dos mujeres—. Y esta señorita tan guapa —dijo agarrando de la cintura a su compañera— es mi prometida.

Marguerite preparó la comida mientras Garry explicaba a Noor los pormenores del circuito Prosper. Acto seguido, le presentaron al líder

del subcircuito Bricklayer, llamado Antelme, quien comunicó a Londres, a través de su propio operador de radio: “Madeleine ha llegado sana y salva”. Después, la llevaron a un departamento desocupado cercano, donde le presentaron al jefe del grupo Prosper, Francis Sutill, y a su operador de radio, Gilbert Norman, que le dio varios consejos sobre el modo en que debía operar en París.

—Por ningún motivo estés más quince de minutos con el receptor encendido y en el mismo lugar —le dijo Gilbert—. Tan pronto como hayas transmitido, siempre lo más rápido posible, te sugiero que cierres y te vayas inmediatamente de donde estés, antes de que las señales sean captadas por los radares alemanes. La Gestapo dispone de equipos radiogonométricos que rastrean las emisiones. Recuerda, si ves furgonetas o coches rondando por la zona, pueden ser de la inteligencia alemana, camuflados como vehículos de reparto de panaderos o de trabajadores de una lavandería. En media hora, todo el vecindario puede estar rodeado de soldados que impedirán tu huida. Si ves a personas con gabardinas caminando frente a tu edificio, huye. Mejor ser una persona prevenida. Recuerda, un hombre tocándose la oreja durante mucho tiempo mientras camina puede significar que tiene cables dentro de su manga y que anda enfrente de los portales con la intención de captar, con más precisión que los radares de las furgonetas, nuestras señales de transmisión. Una vez más —añadió apuntándola con el índice—, te repito lo que habrás aprendido durante tu entrenamiento en Inglaterra: mensajes claros, cortos y rápidos. Por último, nunca lleves nada encima, como libretas, agendas o papeles donde estén escritos códigos o nombres. Esto puede ser incriminatorio y conducirte directamente a la tortura o al fusilamiento por espionaje. Y no solo esto, sino que darías a conocer información relevante sobre el circuito.

Después de intercambiar varias palabras sobre la situación de la guerra, Gilbert la llevó al Colegio Nacional de Agricultura de Grignon, donde le presentó al profesor de biología Alfred Balachowsky; a su esposa, Emily Balachowsky; al director del Colegio Nacional, el doctor Eugene Vanderwynckt; y a su mujer e hijas. Tan solo habían pasado dos días desde su llegada y se sentía como una colegiala recién ingresada a la que le presentan a sus nuevos profesores y compañeras. Ya tenía conocimiento de todos los miembros del grupo Prosper, así como sus direcciones.

Desde un vivero de plantas, ubicado en la comuna agraria de Grignon, transmitió por primera vez a Inglaterra, comunicando que ya había realizado contacto con la Resistencia y que necesitaba un cargamento de armas que le había solicitado Antelme para su grupo, que operaba en el sur del país.

De vuelta a su apartamento desocupado de París, Francis Sutill le

comentó:

—Noor, cuanto menos te involucres con el personal de la Resistencia, mejor para ti y para nosotros. No mantengas una relación con un hombre. Sentirte atada sentimentalmente hacia una persona puede ser tu perdición y no ayudarías a echar a los nazis fuera de Francia, ¿me oyes? Limítate a transmitir nuestros mensajes a Londres y no te mezcles con nadie. Tu trabajo es muy valioso, ya que los operadores de radio son escasos. Si te detuviesen, no solo tendríamos que cambiar nuestras direcciones, sino que tendríamos que esperar semanas hasta la llegada de otro agente de la Sección F como radioperador y otra vez a empezar de nuevo.

Los mensajes de Noor eran recibidos en el pueblo de Grendon, en Inglaterra, donde estaban instaladas unas cuatrocientas operadoras que recibían las trasmisiones enviadas desde el extranjero. Ella utilizaba hasta siete apartamentos desocupados. Tan pronto como mandaba un mensaje desde uno de ellos, cerraba la maleta y salía del edificio sin llamar la atención entre los vecinos. Cuando podía hacerlo, utilizaba las puertas traseras del servicio y con sigilo se marchaba a otro lugar. Antes de llegar, para prevenir que la estuviesen siguiendo o hubiesen captado su frecuencia en una anterior transmisión, durante tres o cuatro horas daba vueltas por el metro de París, entraba y salía, cruzaba calles, avenidas, entraba en un edificio para salir de inmediato por otra puerta lateral o trasera y más tarde, confiada de que nadie la seguía, iba directamente al apartamento determinado, abría el buzón cuando llegaba y sacaba los mensajes que el correo que le habían dejado. Entonces subía al piso y transmitía el mensaje del circuito o de los subcircutos de Prosper y pedía dinero o armamento.

Siempre recibía los mensajes a través de los buzones y muy rara vez personalmente. Si tenía que reunirse con algún miembro de un circuito en persona o con cierto colaborador local de la Resistencia, tenía que utilizar contraseñas. Esto ocurría cuando en el buzón le pedían ir a determinado lugar para recoger un mensaje y le comunicaban la contraseña que debía decir.

—Disculpe, ¿tiene algún libro de Anatole France disponible? —preguntó Noor a un librero.

—Pues sí, mademoiselle, precisamente tengo dos —le contestó el hombre.

Lo que quería decir que el gerente de la librería tenía dos mensajes que darle por parte de miembros de la Resistencia francesa.

Tenía terminantemente prohibido reunirse con otro agente en público, fuese en túneles o bocas de metro, estaciones de tren o autobús, en un bar o en un cine, pues la inteligencia alemana podía estar siguiendo a alguno de los agentes, lo cual llevaría a la captura de los dos o a dar a conocer a un nuevo agente a los alemanes, que

podrían iniciar el inminente seguimiento.

París era muy diferente a como la había conocido. Vio cómo la ocupación había tenido un efecto negativo en la ciudad y en sus habitantes. La comida estaba racionada y existían los cupones para recibir alimentos. Abundaba el mercado negro, donde se vendían productos de diversa procedencia y clase; los cafés siempre se encontraban llenos y el metro funcionaba con puntualidad, excepto en las horas de toque de queda, que por lo regular se efectuaban durante la noche. Por su parte, las tiendas de ropa de alta costura seguían haciendo sus negocios, teniendo como clientas exclusivas a mujeres alemanas con altos cargos que quedaban deslumbradas por Chanel y Dior. Cuando los inmaculados Mercedes circulaban por la carretera ondeando el banderín con la esvástica, recordaban una vez más al parisiense de a pie que aquella era una ciudad ocupada.

Otro aspecto del que Noor se dio cuenta fue que no había judíos. Desde 1942, todos los judíos mayores de seis años debían llevar una estrella amarilla en la pechera de sus ropas como distintivo; poco más tarde serían enviados a campos de concentración ubicados en Polonia y Alemania. Por este motivo hubo muchos apartamentos que enseguida fueron ocupados por franceses por un irrisorio precio, otros quedaron ocupados por los alemanes. Incluso muchos franceses, con el fin de obtener inmuebles, se volvieron colaboracionistas de los nazis. Al final de la guerra, los colaboradores locales habrían denunciado a más de setenta y cinco mil judíos, incluyendo a más de diez mil niños que acabaron en campos de concentración nazis.

El circuito Prosper consiguió crecer tan extensamente por toda Francia, con multitud de subcircuitos, que era inevitable que sucediese un desliz; incluso un agente alemán podía infiltrarse fácilmente. Según las instrucciones a todos los miembros del circuito, los detenidos debían guardar silencio durante las siguientes cuarenta y ocho horas tras una captura. Transcurrido este tiempo, podían decir cuanto les apeteciera. El resto de los compañeros habrían sido avisados y nadie se encontraría en ningún apartamento desocupado; las contraseñas habrían sido cambiadas.

Tras dos semanas trabajando del mismo modo, un día, desde Inglaterra, una operadora anónima de entre cientos que había le contestó a Noor después de recibir su mensaje en morse: “Gracias. Que Dios te proteja”. Esto la puso muy contenta, ya que le hizo pensar que de verdad valoraban su trabajo y que había gente con sentimientos al otro lado y no meras operadoras trabajando mecánicamente sin importarles el valor humano de los agentes destinados en el extranjero. Aquellas mujeres de la FANY, operadoras de radio y especialistas en códigos, escuchaban mensajes procedentes de toda Europa. Eran más de un centenar las que trabajaban con auriculares,

libretas y lápices en salas de transmisiones bajo un total silencio, con una gran concentración, sin oírse más que el tecleo del morse.

Aquellas pocas palabras, aquel detalle, le alegró el día y decidió hacer una visita a sus amigos Marguerite y Garry. Al entrar en el salón se encontró con que tenían compañía, dos parejas de mediana edad. Ella no las conocía, no las había visto anteriormente, de tal forma que debía tomar todas las precauciones posibles. Garry hizo las presentaciones con total naturalidad, comentando que Noor se llamaba Alexandra, una amiga de la infancia de Marguerite que había estudiado música antes de la guerra y ahora era enfermera auxiliar en un hospital cercano. Noor presintió que había tensión en el ambiente, que aquellas personas estaban ahí con el fin de estudiar de cerca a sus amigos y su posible relación con la Resistencia.

Con la intención de agradar, dijo que preparaba el té. Entró en la cocina preguntándose si no se habría mostrado demasiado amable. El exceso de afabilidad podía llegar a despertar sospechas con tanta facilidad como la hostilidad. Tras preparar la bandeja con el azúcar, las tazas y los platos con galletas, Noor se dispuso a servir. Con horror visible en su rostro, Marguerite vio que sus invitados observaban con mucho cuidado las maneras de Noor, sobre todo cuando se percataron de que había vertido la leche en las tazas antes que el té, lo que indicaba que era una costumbre típica inglesa y no francesa. Los habían atrapado.

Mientras se ponía de pie, uno de los varones hizo un gesto extraño, tocándose el lóbulo de la oreja derecha, y comunicó a los presentes que se tenía que ir para hacer una llamada importante a Burdeos. Inesperadamente, el resto sorbió con rapidez de sus tazas y salió del apartamento.

—No le des tanta importancia, querida —dijo Garry—. Son conocidos nuestros desde hace ya varios años, mucho antes de la guerra. No conocen nuestra relación con la Resistencia. No veo nada extraño en que se hayan querido marchar antes de tiempo.

Él no quiso prestar mucha importancia a la preocupación de Marguerite ni tampoco al sentimiento de culpa de Noor por creer que había causado algún agravio o había delatado su pasado inglés. Garry argumentó que también en el sur de Francia ponían la leche antes que el té, ya que era un producto muy escaso, por lo que lo ocurrido era una nimiedad.

Justo al día siguiente Karl-Maria Steinbrinck, desde la avenida Foch, dio luz verde a la detención de los miembros del círculo Prosper por toda Francia. Durante los siguientes días fueron cayendo uno detrás de otro. En el momento de su arresto, Suttil se encontraba en una granja a las afueras de París con un grupo de la Resistencia, falsificando tarjetas de identidad para nuevos agentes que Inglaterra

estaba a punto de enviar a Francia con el propósito de preparar sobre el terreno la esperada invasión de los aliados. En el Colegio Nacional de Agricultura de Grignon el matrimonio Balachowsky fue detenido cuando organizaba una reunión secreta con miembros de un subcircuito en uno de sus viveros. Gilbert Norman fue arrestado en una emboscada cuando se encontraba en el campo, esperando a agentes canadienses junto a su abigarrado grupo de nuevos jóvenes reclutas de la Resistencia, vestidos con ropa vieja y remendada, tocados con gorras raídas y calzado gastado. En cuanto los canadienses pisaron suelo francés dispuestos a esconder sus paracaídas en agujeros cavados en la tierra, fueron apresados. Asimismo, todo el material de armamento que el avión había lanzado dentro de pesadas cajas les fue confiscado.

Por mucho que intentaron resistirse para no delatar a compañeros y amigos, los prisioneros terminaron hablando después de ser sometidos a intensas sesiones de torturas. Hasta el jefe del circuito Prosper, Suttil, acabó cediendo a las atrocidades que le infligió el sargento Grimminger bajo la supervisión de Otto Kramer, quien hizo un trato con ellos: parar a cambio de información detallada que ayudara a los alemanes a lograr más aprehensiones. Finalmente, lograron detener a más de cien personas que habían estado colaborando con la Resistencia o asistiéndola de alguna manera, como granjeros y agricultores que cedieron sus campos para los aterrizajes de aviones o para recibir material aéreo lanzado en paracaídas.

Gracias a la colaboración de Suttil, Steinbrinck confiscó un enorme y variopinto armamento: pistolas, escopetas, metralletas, explosivos plásticos y revólveres, así como granadas cuidadosamente escondidas en establos, habitaciones falsas dentro de cafés y en refugios secretos dentro de apartamentos desocupados. Poco a poco, la inteligencia alemana fue infiltrando a agentes dobles en subcircuitos, con lo cual consiguieron mucha información privilegiada, información que acabó siendo fatal para la Resistencia. La detención de los canadienses, con todo el equipo que transportaban, fue un gran éxito para la Gestapo, ya que se obtuvieron numerosas cartas que traían de Londres destinadas a miembros de la Resistencia francesa, además de documentos para los agentes británicos donde se mencionaban más nombres y direcciones.

Desde Alemania, Himmler llamó a la avenida Foch para felicitar tanto a Otto Kramer como a Steinbrinck. Noor fue avisada mediante mensajes dentro de todos los buzones de correos. Tras enterarse de lo sucedido, por pura inercia, fue doblando esquinas al azar hasta que llegó a una cafetería concurrida, donde se sentó para poner en orden sus pensamientos. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Adónde iría? ¿Habrían sido absolutamente todos detenidos, como se le informaba en los

mensajes de los buzones? Una taza caliente de café aguado, sin duda un sucedáneo con achicoria, la ayudó a recuperarse de la conmoción.

En los días previos, Sutill le había informado de que un agente británico operando en Yugoslavia, con el nombre clave de Buckthorn, se pondría en contacto con ella para transmitir a Inglaterra una información de carácter urgente. Sin embargo, tras la caída del circuito Prosper, recibió un mensaje en el que se le ordenaba huir inmediatamente a España y de ahí a Inglaterra a través del consulado en Barcelona. ¿Estaría el agente Buckthorn en peligro? ¿Podría ser delatado por miembros de Prosper bajo las torturas de la Gestapo?

Noor desestimó la orden y quiso esperar a que el agente británico contactara con ella. Además consideró que, como única operadora en París, era su deber seguir en su puesto transmitiendo los mensajes que le seguían dejando miembros de la Resistencia sobre información industrial alemana, así como apoyo para pedir material a Londres.

Consciente de que tarde o temprano la Gestapo iría a por ella, tomaba extremadas precauciones. Así, evitaba reunirse con miembros de la Resistencia local, como con los miembros de los subcircuitos, incluso rehuía aproximarse a tiendas o establecimientos de simpatizantes con los que ella había contactado anteriormente. Se movía en bicicleta de un sitio a otro, tratando de no subirse al transporte público, ya que la Gestapo reforzó los controles. Evadía a los alemanes no utilizando los apartamentos desocupados donde había estado transmitiendo, aunque sí usaba los de un subcircuito que no pudieran conocer los posibles detenidos del círculo principal del circuito Prosper. También evitaba los restaurantes y cafés, porque era consciente de que la Gestapo —que siempre realizaba inspecciones sorpresa— habría puesto en alerta a informadores locales, tentados siempre por las recompensas económicas.

Noor poseía la especial cualidad de que, en muy poco tiempo, había obtenido un gran conocimiento del mapa callejero de París. Conocía todos los recovecos de la ciudad, podía ir en bicicleta a tal o cual dirección y eludir al máximo las vías públicas de la forma más natural y sin llamar la atención. Había vivido más años en Francia que en Inglaterra, pero de pronto veía como si París perteneciese a un país extranjero. Lo que antes era familiar para ella, como las calles, los parques, los lugares históricos y emblemáticos, incluso su propia gente, ahora tenía un aire hostil; le parecía que cuando andaba por la ciudad todo el mundo la miraba. En la ciudad tenía amigas y compañeras que había conocido en el colegio, pero no pensó en contactar con ellas por miedo a poner en peligro a más personas.

Transmitía en menos de siete minutos, cerraba la maleta y salía hacia otro apartamento ubicado en la otra punta de la ciudad. Cada dos días cambiaba el forro de la maleta utilizando el tejido de los sofás

o confeccionaba faldas, camisas y chaquetas cortando las cortinas de los apartamentos. De este modo pasaba desapercibida. Se teñía el pelo con tanta asiduidad que las raíces, en alguna parte del cuero cabelludo, estaban quemadas, por lo que le picaba horrores la cabeza. Del forro de su mochila sacó un conjunto de documentos falsos con su foto y nombre nuevo, su doble identidad. Como la Gestapo no tenía su fotografía —y aun teniendo su descripción, había cambiado de aspecto—, los soldados alemanes de los puestos de control no podían reconocerla. Todas ellas eran técnicas de supervivencia urbana que había aprendido en las escuelas de entrenamiento del SOE.

Una tarde, Marguerite volvía a su apartamento con una bolsa llena de comestibles conseguidos gracias a su puesto privilegiado en el gobierno de Pétain cuando vio que dos hombres vestidos con traje metían a Garry dentro de un Citroën Traction Avant. De golpe, soltó la bolsa y marchó directamente a la avenida Foch.

Steinbrinck estaba desesperado. De boca de los prisioneros había escuchado numerosas veces el nombre de Madeleine, la operadora principal del circuito Prosper, pero por mucho que la había buscado no había conseguido dar con ella. Era demasiado astuta para dejarse ver por el típico polizonte de la Gestapo. Era escurridiza y más lista de lo que creía, pero ahora podía dar con la dirección desde la que transmitiría gracias a Marguerite, quien se la puso en bandeja cuando concedió delatar a Noor a cambio de liberar a Garry y dejar que los dos se marchasen a España.

Capítulo 24

Tras sonar las sirenas de alarma, Vivien aparcó su Jaguar en la calle y corrió para buscar refugio. Ahora se encontraba como muchos otros miles de ciudadanos: instalada bajo tierra. Estaba dispuesta a pasar las siguientes horas en una estación de metro, comparativamente más seguro que un refugio militar antiaéreo. Hacía unas horas que había recibido una llamada urgente sobre Noor y se encontraba de camino al aeródromo. Apoyada sobre una fría pared, escuchaba el siniestro zumbido de los pesados aviones como una gran bestia gruñendo hambrienta dentro de las profundidades de su estómago. Eran los bombarderos JU88 que llegaban al cielo inglés procedentes de la base alemana de Chartres. La Luftwaffe continuaba con sus incursiones sobre Londres tras haber mejorado la calidad de sus aviones.

No pudo seguir más tiempo en el refugio; se sentía inquieta. Le causaba desasosiego y angustia no poder hacer nada. Observaba las caras de miedo de los más pequeños, a pesar de las alentadoras palabras de sus familiares. Había un grupo de estudiantes de un colegio de primaria y una joven profesora intentaba atraer la atención de todos contándoles un cuento infantil de los hermanos Grimm.

Decidió salir afuera. En la boca del metro, dos soldados que hacían guardia la saludaron militarmente al ver las insignias en su gorra y sobre sus hombros. Llevaba un uniforme militar de más graduación como señuelo para facilitarle el viaje en coche fuera de la capital y pasar los numerosos controles con mayor rapidez. Salió a la calle y se quedó por un momento mirando las ambulancias y a los bomberos apagando los fuegos con celeridad. Donde antes había grandes almacenes y un cine, ahora veía tan solo escombros, edificios demolidos por las bombas alemanas. Pensó en Noor y en los muchos otros agentes del SOE trabajando sin el conocimiento de la inmensa mayoría de los ciudadanos ingleses, poniendo sus vidas en peligro en distintos puntos de Europa para que aquella odiada guerra terminase de una vez. Se alzó el cuello de su viejo y gastado impermeable, se tocó la visera y decidió seguir su camino por carretera aunque le costase la vida.

* * *

Noor se encontraba en el baño, terminando de cambiarse. Jakob estaba vestido de sacerdote. Colgando del pecho llevaba muy

vistosamente una insignia de reconocimiento militar tras haber sido herido en el frente.

—Si me viese mi madre con este atuendo… —dijo Jakob, sosteniendo con la mano la medalla—. Le daría un infarto.

Sentada en el borde del sofá, Bernadette sacó una pequeña caja de su bolsillo.

—Si eso es penicilina o morfina, no llegaré hasta el avión sin dormirme —comentó Jakob.

—No es eso, es algo nuevo, es una droga muy potente, algo así como un estimulante. No solo no notarás dolor alguno en la pierna durante horas sino que te mantendrá con energías. Lo han utilizado los alemanes en el frente ruso para soportar el duro clima.

—Una pregunta, querida Bernadette —dijo Jakob mientras ella le subía la manga de la sotana—, ¿de dónde consigues todo esto? Debe de costar mucho dinero. O eres muy rica o cualquiera diría que robas en un hospital…

—Ja, ja, ja —rio Bernadette—. Digamos que tengo amigos en el mercado negro que harían cualquier cosa para echar a los nazis de Francia. Me proporcionan todo lo que les pido sin cobrarme absolutamente nada porque saben que colaborando conmigo lo hacen con la Resistencia. De este modo contribuyen a acabar cuanto antes con esta maldita guerra. Le comenté a un amigo tu problema sin ninguna explicación innecesaria, y me dio esto, que es una ayuda en lo máximo de sus posibilidades. Pero sí, esta medicina podría costar una fortuna en el mercado negro.

—¿Listos? —preguntó Noor tras haberse cambiado de ropa a algo más propio de una joven recién llegada de un pueblo que visita a un familiar moribundo.

—Aún tenemos algo de tiempo —dijo Bernadette—. Aunque nunca se sabe qué nos puede deparar el destino.

—Como dijo Shakespeare, mejor tres horas antes que un minuto demasiado tarde —añadió Noor.

—¿Sabéis lo que los españoles suelen decir al torero en el instante en que entra a matar en la plaza y no se sabe si saldrá con vida o morirá? —preguntó Jakob mientras se abrochaba la manga—. Lo llaman ‘el momento de la verdad’.

—Pues ¡olé! Vámonos ya —dijo Bernadette sonriendo tras hacer una cabriola, queriendo imitar a una bailaora de flamenco.

Jakob se sostenía con facilidad sobre una muleta de madera. Tras el primer tratamiento, Noor había conseguido eliminar cualquier fragmento de bala y limpiar la herida de cualquier suciedad después de aplicar desinfectante y cerrar los dos agujeros. Por suerte, los proyectiles no habían tocado huesos ni dañado ningún órgano vital, además de que todos habían alcanzado la misma pierna, de lo

contrario la huida hubiese sido mucho más difícil.

Estaba a punto de comenzar el toque de queda, por lo que no se encontraron a nadie entrando ni saliendo del edificio. Sujetándose en el pasamanos de la escalera, Jakob bajó lentamente los gastados peldaños. Noor miró hacia el cielo azul oscuro que anunciaba la noche.

—Si el tiempo se mantiene así de bien —dijo Jakob apoyándose en la muleta—, la luna iluminará la improvisada pista de aterrizaje.

Bernadette se sentó al volante, Noor se situó en el asiento del copiloto y Jakob atrás, con la pierna extendida. Como en Inglaterra, el uso de vehículos en Francia estaba restringido a quienes prestaban algún servicio público, como bomberos y policías. Solo los alemanes podían hacer uso de cuanto quisieran, el resto de los ciudadanos se desplazaban andando o en bicicleta. También el metro se utilizaba, pero tras la deteriorada economía francesa durante la guerra se forzó el cierre de muchas estaciones. Solo se disponía de gasolina, y en este caso limitada, para el transporte de mercancías, aunque era muy frecuente que se transportase comida y productos de primera necesidad en carros tirados por caballos.

Tan pronto como salieron de París les paró una patrulla. El soldado alumbró con su linterna a Bernadette, que dejó ver su prominente crucifijo colgado de su cuello.

—¡Documentación! —ladró el alemán.

—Hemos venido a París a dar la extremaunción a un familiar de esta señorita, un conocido parroquiano que decidió morir en paz en su casa… —explicó Bernadette sacando papeles de su bolsillo con paciencia, esperando ver la reacción que iba a tener al ver a Jakob tumbado en la parte trasera, ya que sabía por propia experiencia que si actuaban como decían que eran, quizá no iba a necesitar mostrar los documentos de identidad falsos.

Tras ojear a través de los cristales del vehículo, el soldado pegó un respingo al ver la figura tendida de un sacerdote.

—¿Qué hace usted ahí atrás? —preguntó alarmado.

Después de alumbrarlo de cerca y ver el cirio y la gruesa Biblia que tenía sobre su regazo, alumbró la insignia que colgaba de su pecho y sonrió.

—Padre, Io sono anche italiano —dijo el soldado parpadeando con sentida emoción y señalándose a sí mismo con la mano, como si fuese la aserción pública de un jugador tras ganar una partida de bingo.

—¿Cómo? —gritó Jakob instintivamente desde dentro, sorprendido al oír hablar en italiano a un soldado alemán.

—¿Como? —preguntó incrédulo el soldado, apuntando otra vez con la linterna hacia su insignia—. Non capisco, che come?

Entonces Jakob se dio cuenta de que la medalla que llevaba puesta

respondía a algún honor en una batalla sucedida recientemente en el frente de Italia.

—Como. Sí, Como! —exclamó Jakob con naturalidad, cerrando los dedos de una mano y moviéndola de arriba abajo con manierismo italiano—. Di Como, vicino a Milan. Io sono di Como.

—Mia madre, un sacerdote di Lombardia! —gritó el soldado con ademanes más propios de un cómico que de un soldado alemán, alzando los brazos al cielo y mirando a su perplejo compañero, que no comprendía nada—. Io sono di Roma. Ho unito i tedeschi.

Tanto Noor como Bernadette se miraban pensando el modo de salir de aquel imprevisto inconveniente.

—Bendícele, padre —dijo Noor con voz suave girándose hacia Jakob.

—Inginocchiatevi, figlio! —ordenó Jakob inmediatamente, señalando al soldado con el cirio en una mano y la Biblia en la otra.

El soldado, siguiendo un impulso religioso, hizo lo que le mandaba, se arrodilló frente a la ventana del vehículo. Jakob se inclinó ligeramente para ver dónde se había metido. Desde donde estaba solo podía divisar el casco. Mirando a Noor, se encogió de hombros.

—Per signum Sanctae Crucis, de inimicis nostris, libera nos, Domine Deus noster. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen —dijo forzando cada palabra para darle una apariencia fonética de profunda devoción.

—Amén —dijo el soldado santiguándose mientras se levantaba del suelo—. Grazie padre, Che Dio ci protegga.

—Ciao, caro figlio! —contestó Jakob en voz alta.

Tras una seña del soldado a su compañero, este último abrió la barrera dando paso al coche conducido por Bernadette. Una vez en marcha, Jakob hizo en el aire el símbolo de la cruz bendiciéndoles.

—¡Ufff! Dios mío —dijo Bernadette soltando un resoplido ya en la carretera desierta—. Menos mal que hablas italiano.

—Grazie alla mia mamma —dijo riéndose Jakob—. Cuando era algo más joven mi madre me llevó con ella a Milán. ¿Te acuerdas, Noor?

Noor, sin decir palabra alguna, clavó los ojos con aprensión en el final de la cinta de asfalto.

—Vaya, lo vuestro sí que es un enigma —añadió Bernadette al volante, mirando de reojo a Noor, que guardaba silencio. De nuevo prestó atención a la carretera, aumentando la velocidad—. Ahora me entero de que habéis tenido una relación antes de la guerra… Qué romántico.

Llegaron al campo. Serpentearon varios viñedos. Ascendían y descendían colinas bajas. La carretera, ahora de tierra, era angosta y

aguda. Algunas casonas antiguas rodeadas de muros de piedra y setos se asomaban entre los vastos campos de viñedos. Cuando llegaron a las inmediaciones de un amplio prado, Bernadette apagó las luces del coche. Había luna llena. Siguió conduciendo en la oscuridad. Sin duda conocía el terreno como la palma de su mano.

—Ufff, ¿qué es este olor tan fuerte? —preguntó Noor.

—Madre mía, ¡qué peste! —exclamó Jakob riéndose.

—¡Ja, ja, ja! Es que hay una granja donde crían cerdos para sacar el tocino —dijo Bernadette riéndose—. Es de un conocido mío llamado Michel, incluso tiene un rebaño de cabras. Sus animales ganaron muchos premios antes de la guerra. Todo un personaje, Michel.

—¡Dios santo! Me trae recuerdos de Murcia —exclamó Jakob—. Ya podrían cultivar cereales en todas estas hectáreas.

Rodearon un gran campo de viñedos y ya olían a cerdos desde la lejanía. Bernadette aparcó el vehículo frente a un cobertizo y apagó el motor. El silencio del bosque resultaba opresivo.

—Las luces de las bombillas se verán desde muchos kilómetros de distancia —dijo Noor tras bajarse del vehículo y observar el terreno.

—Este es un riesgo que corremos quebrantando las normas sobre encendido de luces —contestó Bernadette mientras abría el capote del coche y sacaba los cables eléctricos de las lámparas de bicicleta—. Este sitio lo he utilizado varias veces para mandar y recibir agentes. Esperad aquí.

Se fue al prado y, con rapidez, colocó las lámparas según el manual. Después volvió al vehículo, abrió el capote y conectó los cables eléctricos a la batería.

—¿Habéis oído algo? —preguntó Noor.

—Sí, estoy seguro de que es el motor del Lysander que está dando vueltas —aseguró Jakob—. Ha debido de llegar antes de tiempo.

* * *

Cada casa que se había encontrado por el camino mientras salía del norte de Londres era como un esqueleto negro o una montaña de escombros; los barrios obreros estaban terriblemente castigados. Con pena e impotencia, vio a grupos de mujeres alumbrándose con velas para recoger hortalizas en lugares de lo más insospechados, como patios, aceras e incluso de entre edificios derruidos. Tras salir de la ciudad y con ganas de llegar cuanto antes, Vivien pisó a fondo el acelerador y el vehículo salió despedido como si fuera el corcho de una botella de champán francés entre la campiña inglesa.

* * *

Tras conectar los cables eléctricos a la batería, las lámparas en forma de L invertida con el extremo situado donde soplaba el viento se encendieron proyectando los rayos de luces hacia el cielo para indicar el lugar donde el avión debía tomar tierra. Previsora, y de cara a hacerle saber al piloto que no era una trampa de los alemanes, ya que podía este podía abortar el aterrizaje ante la mínima sospecha, Bernadette sacó una linterna pequeña pero con el cabezal muy grande. Apuntando hacia el cielo, comenzó a hacer una señal en código morse.

Noor había realizado un cursillo en Escocia, impartido por pilotos que pertenecían al escuadrón 161, para aprender a hacer señales desde tierra. Todo parecía muy lejano, pero tan solo había pasado un mes desde su aterrizaje en Francia. Miró a su alrededor y supo que en aquel campo despoblado, lo mejor hubiera sido emplear fogatas, pero al encontrarse tan cerca de los pueblos habría resultado peligrosamente revelador; la linterna era la mejor opción.

Para los pilotos era tremendamente difícil orientarse a la luz de la luna sobre grandes extensiones de campos de cultivo. Era la destreza individual de cada piloto la que permitía un resultado exitoso o el fracaso de una misión. Pasaron unos segundos hasta que pudieron oír de nuevo el lejano sonido del motor del Lysander. Bernadette volvió a hacer la señal con su linterna. Poco a poco el avión fue aproximándose y el sonido se hizo más evidente.

Rápidamente, Noor ayudó a Jakob a salir del coche. Los tres se quedaron mirando hacia el cielo. Bernadette se giró y miró hacia atrás; algo le había llamado la atención.

—¿Qué sucede? —preguntó Jakob tumbándose en la tierra y con la espalda apoyada en la defensa delantera del vehículo—. ¿Va todo bien?

—No, las cosas no van bien —comentó, y corrió unos pocos metros hacia el camino.

Después de unos segundos en completo silencio, puso la oreja al aire. Volvió del camino a toda prisa, cojeando con insistencia.

—Oh, parece que tenemos problemas, ¿no es así? —preguntó Noor con ansiedad, paseando la mirada por la carretera de tierra y sus alrededores.

—No os preocupéis, que aquí está la vieja Bernadette preparada. Sí, tenemos visita.

Abrió la cajuela y de un falso agujero sacó dos metralletas Sten que se colgó en bandolera.

—Escucha, Noor —susurró Bernadette para que no pudiese oírla Jakob desde la otra parte del vehículo—. Aquí, el hombre, cuando se entere de que yo me quedo haciendo frente a los alemanes querrá actuar como un héroe y como el caballero que verdaderamente es —

sacó de otro bolsillo falso de la cajuela una pistola máuser y una bolsa de cuero cargada de plomo con un lazo para sujetarla a la muñeca—. Deja la Luger que tienes y toma esto, por si las cosas se ponen feas, y esta bolsa es para pegarle a Jakob en la cabeza cuando se obstine y no quiera abordar el avión.

Noor hizo esfuerzos para relajarse y respiró hondo. Sintió una aprensión que dominaba su mente y comenzaba a oprimirle el pecho. Bernadette dio la vuelta al coche, abrió la guantera y se metió al cinto una Walther P38 automática.

—Tenemos que dar a entender al piloto que tiene que aterrizar cuanto antes, que corre peligro el aterrizaje. Por la oscuridad en el camino, él no nos habrá visto —dijo Noor—. Desde arriba podrá ver si son muchos o pocos los alemanes. Por lo menos que hay problemas en tierra…

—¡Pero no tenemos radio! —sentenció Bernadette con enfado, sin dejar de moverse y sin ocultar su nerviosismo.

—Utiliza la linterna para mandarle un mensaje —comentó Jakob

—No, hay que incendiar ese cobertizo. Esto lo alertará de que tiene que hacer el aterrizaje de inmediato —advirtió Noor—. Por lo menos verá si es una emboscada. Si le mando un mensaje con la linterna diciendo que hay alemanes, el piloto no podrá analizar el peligro y quizá tenga miedo de ser derribado y perder el aparato. No debemos demorarnos.

—Tengo un bidón de gasolina, será suficiente —dijo Bernadette sacando de la cajuela un bidón en lugar de la llanta de repuesto.

—¿Pero qué es lo que no tienes guardado en esta furgoneta, Bernadette? —preguntó Noor.

—Lo que no tengo son alas para sacaros fuera de aquí —contestó —. Id al campo de aterrizaje, ¡ya! Yo me ocuparé de mantenerlos fuera de vuestro alcance. Dirigíos hacia la tercera lámpara, que es donde se detendrá el aparato si desde arriba ve que no podrán abatirlo.

Noor puso su brazo bajo los hombros de Jakob, lo ayudó a levantarse y ambos corrieron con rapidez por el prado. Desde arriba, el piloto vio a lo lejos a un grupo de soldados que se aproximaba a la furgoneta e inmediatamente después, un gran fuego que iluminó todo el campo. Acto seguido vio a los dos pasajeros, un hombre herido y una mujer, ambos fuera del posible alcance de los disparos del enemigo. Hizo descender con apremio el Lysander. El piloto no necesitaba encender las luces de señalización fijas por encima de las ruedas; estaba todo tan iluminado que parecía el mismísimo aeródromo de Inglaterra. El terreno era firme y sin pendiente, era perfecto para un aterrizaje y despegue de gran rapidez. De lo que debía cuidarse era de no acercarse al borde del prado donde se

encontraba la furgoneta estacionada.

Noor se giró y miró en dirección a Bernadette. Después de incendiar el cobertizo, había corrido hacia el vehículo y se había parapetado detrás de una puerta abierta para protegerse.

—No podemos dejarla atrás, Noor —gritó angustiado Jakob—. Este fuego se debe de ver desde París. En pocos minutos estará rodeada. Yo me quedo y tú te largas de aquí.

—Primero te callas, y segundo, espera a que el piloto consiga aterrizar.

Se escuchó el sonido de disparos. Bernadette aún no respondía; esperaba tenerlos al alcance, lo que indicaba que iban a tener tiempo. Sujetando a Jakob, Noor sintió que su cuerpo de ponía rígido.

—Noor, lo siento, no puedo dejarla atrás —dijo sintiendo un repentino fatalismo—. Vete tú. Obedéceme, por lo que más quieras. Corre más allá del campo.

Sin esperar réplica alguna, Jakob saltó sobre la pata coja en dirección a Bernadette, pero tan pronto como le dio la espalda, Noor sacó la bolsa de cuero, le golpeó la cabeza y lo tumbó en el suelo.

—¡Maldita guerra! —gritó Noor.

El Lysander descendió hasta los cuatrocientos metros. Continuó descendiendo hasta que, con suavidad, se deslizó por el prado y aterrizó perfectamente. Desde donde estaba, Noor escuchó más de cerca los disparos de soldados alemanes, después de lo cual sonó una ráfaga tremenda, como un relámpago, sin duda procedente de la metralleta de Bernadette.

El piloto giró y se dirigió donde estaba Noor.

—¡Rápido, mujer! —dijo el piloto tras saltar de la cabina—. No hay tiempo que perder.

El piloto no detuvo el motor. Debía permanecer en tierra el tiempo imprescindible. Era un individuo de aspecto bonachón, musculoso y de mediana estatura; tenía un bigote fino muy peculiar y un rostro anguloso. Hablaba con un fuerte acento escocés. Noor lo reconoció como uno de los hombres que habían estado bebiendo con Vivien en el bar el día que ella se había marchado. Era el hombre que contó de forma hilarante un chiste sobre Hitler. Transportaron a Jakob por la escalerilla metálica, lo colocaron en el interior del aparato atado con el arnés de seguridad y le pusieron el casco de vuelo. Inmediatamente, el piloto le señaló el lugar donde sentarse en la cabina.

—Yo no voy —sacó de su bolsillo el broche y se lo puso en la mano antes de saltar del Lysander—. Déselo a Vivien Thomas. Buen viaje.

—¡Buena suerte! —gritó el piloto cerrando la cubierta de cristal sin esperar un segundo más en tierra.

Noor corrió hacia donde estaba Bernadette. El Lysander giró y tomó velocidad.

—¿Pero qué haces aquí? ¡Por Dios! —le gritó Bernadette. Ambas se giraron y vieron que el Lysander estaba muy alejado del alcance de tiro; estaba al final del prado y con viento a favor.

—¡Sáqueme de aquí! —gritó Jakob al despertarse por el ruido del motor—. ¡Pare, por Dios!

El avión se ladeó en redondo y pudieron divisar los rostros de Noor y Bernadette iluminados por las llamas del fuego.

—¡Señor! —gritó el piloto desde su cabina—. ¡O se queda quieto o tendré que dispararle yo mismo en la otra pierna!

—¡No podemos dejarlas ahí abajo! —gritó Jakob desesperado.

—¡Yo tengo una misión que cumplir: la de traer a dos agentes de vuelta. La señora ha decidido quedarse y este aparato no puede caer en manos de los nazis. Así que cállese y no toque ninguna palanca! —Tras unos segundos, añadió—: ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho, de veras!

Jakob sintió que se le encogía el corazón presintiendo que nunca más volvería a ver a Noor y comenzó a llorar. Noor y Bernadette miraron hacia el cielo y oyeron el sonido del motor, cada vez más leve hasta que se desvaneció en la noche.

Abajo, en el camino, había silencio.

—Están rodeándonos —dijo Bernadette—. Saben que no pueden atacarnos frontalmente —Noor disparó una ráfaga tras ver varias figuras moviéndose en los arbustos situados a su izquierda. Bernadette se situó en medio del camino, se arrodilló y disparó intermitentemente de derecha a izquierda, vaciando todo el cargador. Tras esto, corrió de vuelta al coche y cargó de nuevo el subfusil.

—Son pocos —comentó Bernadette jadeando—. Yo diría que unos cuatro o cinco.

—Habrán pedido refuerzos una vez que oyeron el avión —señaló Noor—. Eso quiere decir que han estado buscándonos por los posibles campos abiertos y hay otros grupos en la zona. Tendremos unos veinte minutos hasta que los refuerzos lleguen, o incluso menos.

Las llamas ya habían hecho desaparecer el cobertizo, pero aún seguía iluminando parte del prado. Noor era consciente de que, conforme transcurriese el tiempo y llegasen los refuerzos, la preparación militar y la disciplina de los alemanes prevalecerían, por mucho arrojo que ellas tuviesen.

Los alemanes dispararon haciendo añicos los cristales del coche, pero enseguida cesó el fuego.

—Noor, es mejor que nos separemos —dijo con voz nerviosa Bernadette—. Nos reuniremos en el café de José Antonio. Con él podrás viajar a España, si es que no se ha ido ya, pero ahí habrá alguien que pueda ayudarte. Nos quieren atrapar con vida, por eso están esperando refuerzos. Si seguimos aquí más tiempo, cuando amanezca estaremos arrestadas.

Noor se adelantó unos metros y vació la munición de su Sten contra los arbustos en los que estaban tres soldados apostados. Se escuchó un tremendo gemido, lo cual indicaba que había dado a alguno de ellos.

—Está bien —dijo volviendo al lado de Bernadette—. Vámonos. Buena suerte.

Bernadette le dio un beso en la mejilla.

—Cuídate y no dejes que te atrapen con vida. Evita las casas que te vayas a encontrar por el camino, no entres a campo abierto y no te pares —dijo Bernadette señalando al otro extremo del prado—. Tú sales ahora corriendo en aquella dirección y yo lo haré por esa otra. ¡Suerte!

Bernadette salió al camino y comenzó a disparar a derecha y a izquierda. Cuando volvió al vehículo vio que Noor ya estaba corriendo dentro del bosque al otro lado del prado. Recargó su subfusil. Se quedaría protegiendo a su amiga. Cuanto más tiempo mantuviera ahí a los alemanes ocupados, más oportunidades tendría Noor de llegar a París.

Capítulo 25

Tras cruzar el canal, el piloto informó que tan solo llevaba a un pasajero varón herido y que su segundo ‘Joe’, una mujer, había decidido quedarse en tierra para hacer frente a los alemanes junto al enlace local de la Resistencia, también mujer. Vivien había llegado hacía una hora a la sala de radio del aeródromo; se sentía desesperada y con una ácida ansiedad ardiendo dentro de ella. No dejaba de fumar y de tomar una taza de té tras otra.

—Santo cielo, una mujer muy valiente, sin duda —dijo Selwyn rompiendo el silencio—. La recomendaré de inmediato para su ascenso y para que le otorguen una medalla al mérito.

Quería impresionarla. A él le gustaban las mujeres fuertes, con carácter, que no se dejaban doblegar y decían todo con ímpetu sin importarles la reacción negativa del interlocutor. Por este motivo, en aquella ocasión había dado su visto bueno a Noor como agente operativa del SOE. Pero con Vivien la sensación que percibía era distinta: se sentía atraído físicamente por ella desde que la vio por primera vez.

“¿Sabe ella que la estoy observando y ese contoneo de sus caderas es deliberado? ¡Va! ¿Quién puede saber lo que pasa por la mente de una mujer?”, pensaba Selwyn.

Una vez más, mientras seguía de pie detrás del operador de radio, se fijó con disimulo en la blusa del uniforme de Vivien y cómo le moldeaba la redondez de los pechos. Junto a su gorra ladeada desenfadadamente, tenía una imagen de ser una mujer tan osada como sensual y excitante. No sería la primera mujer con uniforme que cortejara.

—Bueno, no pensemos en eso ahora —dijo ella abatida, haciendo un esfuerzo para recuperar la calma y atenerse a los hechos—. Por Dios, esperemos que consiga salir con vida. La información que nos ha pasado es valiosísima ya de por sí y ese agente que está a punto de aterrizar… ¡por lo que habrá pasado! He leído el segundo informe de radiotransmisión en el que Noor menciona al arzobispo de Zagreb y la alianza de la Ustacha con el Vaticano…

—Señor —dijo un oficial interrumpiendo la conversación—, el primer ministro quiere organizar una reunión de urgencia con el M16 y la cúpula del SOE.

—Muy bien —dijo Selwyn, y dirigiéndose a Vivien añadió—: El viejo ya está informado sobre el caso Madeleine, quiero decir… de Nora. ¿Por qué no va a descansar un rato? Luego, más tarde,

podremos tomar un café juntos.

—Aquí Lysander Peter 163060, esperando —se oyó decir al piloto que transportaba a Jakob desde un transmisor.

—Control —dijo un operador de control aéreo situado en otro lado de la sala junto a un amplio ventanal—. Concedido permiso para aterrizar. Viento del sudeste. Fuerza tres a cuatro y refrescando.

—Lo que voy a hacer es esperar al agente Hawkbit en el hangar; quiero conocerlo antes de que lo envíen al hospital —comentó Vivien—. Estoy impaciente por escucharlo e informar cuanto antes a Baker Street.

* * *

La red telefónica francesa se encontraba colapsada después del comienzo de la ocupación nazi. Al poco tiempo, los alemanes instalaron centralitas automáticas, añadiendo kilómetros y kilómetros de cable, y mejoraron los equipos. El sistema telefónico en París funcionaba mucho mejor, pero aun así seguía sobrecargado.

El agente de la Gestapo vestido de civil que se encontraba montando guardia dentro de un Citroën había visto con asombro cómo el sargento Grimminger había entrado en el apartamento junto con otros dos soldados de élite fuertemente armados. La Gestapo tenía controlados todos los apartamentos desocupados de la Resistencia. Con el paso de los minutos, al ver que no salían, llamó a la central desde un café cercano para informar a su jefe, pero no había línea. Decidió mandar a un ayudante a la avenida Foch. Al no encontrar a Steinbrinck, no tuvieron otra opción que llamar desde la centralita de la Gestapo a casa de su amante francesa. Esa noche la había abofeteado, la había sacado de la cama y tirado al suelo. Ella, en camisón, había rogado clemencia. Él, rompiéndole la ropa, había hecho oídos sordos, exponiendo cada vez más su cuerpo desnudo. Steinbrinck poco a poco se iba excitando mientras que ella se debatía teatralmente en el suelo, gimiendo e implorando. Tan pronto le desgarró la ropa interior y tuvo el trasero expuesto, comenzó a golpearla con la mano abierta. Cansado de tanto esfuerzo físico como solía hacer con ella en el clímax de aquel juego sadomasoquista, le ordenó vestirse con su uniforme de la Gestapo, la inmovilizó con su cinturón y escenificaron una violación sobre la alfombra mientras ella le rogaba perdón con lágrimas en los ojos. Finalmente, la dejó sin decir palabra y se tumbó rendido sobre la cama.

Después, el teléfono sonó. Había sido informado de la marcha del avión enemigo y de que solo el prisionero varón había conseguido escapar. Ahora tenía que atrapar a Noor. No debía defraudar a los

peces gordos de la Gestapo en Alemania, que le habían ordenado la captura con vida de la prisionera Nora Baker, alias Madeleine.

—¡Maldito idiota! —exclamó tras colgar el teléfono de golpe y comenzar rápidamente a vestirse. Había pasado el resto de la noche en vela, bebiendo champán, coñac y fumando. No solo tenía la cabeza hecha un bombo, sino los nervios de punta. Tenía que aprehender a Noor con vida antes que a Grimminger se le ocurriesen otros planes y ensuciara así su carrera—. Cuando agarre a ese imbécil, lo mando a Polonia a registrar pajares en busca de viejos judíos.

Su amante francesa, conociendo sus gustos, le preparó café caliente y unos bocadillos de pan crujiente con queso tierno.

* * *

Era ya medio día cuando Noor caminaba por las calles de París. Miraba a los ojos de la gente y sospechaba de todo el mundo. Desconfiaba de los tenderos que se hallaban en la entrada de sus comercios, de los niños que andaban de la mano de sus apresuradas madres, de los viejos que fumaban sentados en los cafés a la intemperie, de la gente sentada en los bancos de los parques y de los peatones que caminaban al otro lado de la acera. Penosamente consciente de que se encontraba en mayor peligro que antes, se obligó a moverse con la máxima cautela.

Intentó evitar que su mirada se encontrase con la de nadie. Había dado la vuelta a la manzana dos veces y no había visto a nadie sospechoso vigilando el edificio. Estaba agotada y la desgarraba la preocupación por Bernadette. No vio ningún coche ni motocicleta sospechosa que estuviera aparcada cerca, pero aquello no la tranquilizó demasiado.

Al tiempo que se decidió a entrar en el apartamento por la entrada secreta situada en el rellano de la escalera, una nube se deslizó sobre el sol y toda la calle quedó sumida en sombras. Estaba tan cansada que pensó en darse una ducha nada más entrar. Había dejado ahí la radio el día anterior, después de transmitir los mensajes a Inglaterra, y tenía intención de informar ahora de que se marchaba al consulado en Barcelona.

Tras abrir la puerta del salón, el rechinar de las bisagras resonó en el silencio del apartamento. Percibió un olor a salchichas y cerveza, pero pensó que provendría de otro piso del edificio; quizás alguien en el pasillo se había dado un festín. Notó que nada había cambiado desde que aquel soldado le ayudó a colocar los cables por encima de las ramas del árbol. Parecía que había pasado muchísimo tiempo y tan solo había transcurrido una noche desde que transmitió por última

vez. La ventana seguía entreabierta y la puerta principal cerrada con llave, tal y como quedó cuando fue arrestada.

Fue a abrir las cortinas cuando, de repente, dos sombras aparecieron en el interior de la habitación: dos soldados estaban de pie, a punto de abalanzarse sobre ella. Instintivamente, echó la mano a la culata del máuser que llevaba metida en la cintura de la falda, a la espalda. Cuando uno de ellos se dio cuenta, levantó su fusil, pero Noor disparó su primera bala y le alcanzó el cuello. El segundo soldado saltó hacia ella, con la boca abierta y emitiendo un sonoro grito de rabia; la segunda bala lo alcanzó justo entre los ojos y se desplomó en el suelo como un saco.

Noor se acercó a ambos cuerpos sujetando todavía la pistola y preparada para volver a disparar a cualquier otra figura que se moviese. Se arrodilló y puso los oídos en alerta ante cualquier sonido extraño. Su instinto le decía que no estaba sola, que había alguien más, y se quedó junto a los cuerpos de los soldados pensando cómo actuar. Dejó de resollar, pero aun así su corazón le latía como un martillo. Si los soldados estaban esperándola dentro con el cerrojo echado significaba que conocían la entrada secreta desde la escalera, así que podrían haberle tendido una trampa y fuera habría más soldados esperándola. "¿Pero dónde?", pensó para sí. Ellos sabrían que por la puerta principal no podría salir porque no tenía llave. No había ningún coche, ni motocicleta, ni furgoneta sospechosa fuera. Además, no había oído llegar ningún vehículo. Aquel modo de actuar de los alemanes era inusual en un arresto. Si la Gestapo realmente se hubiera tomado en serio tenderle una trampa, se habrían abalanzado sobre ella no dos sino veinte soldados, y habrían rodeado el edificio, pero no era el caso. Noor era consciente de que seguía habiendo probabilidades de que hubiera alguien más en el apartamento.

Estaba alerta y lista para reaccionar en cualquier momento. No conseguía ver a nadie en la penumbra. Dio medio giro hacia la ventana y pensó en saltar a la calle sujetándose a una rama del árbol. Todo seguía en silencio. Podía sentir un lejano olor pestilente, una mezcla de sudor seco, cerveza y carne enlatada. Era consciente de que tenía como máximo cinco minutos para huir antes de que una patrulla alemana hiciese su aparición después de que los vecinos informaran de que habían oído disparos. Solo pensaba en sobrevivir y el tiempo pasaba. Corrió hacia la ventana y cuando ya estaba a punto de saltar, un brazo salió de entre las gruesas cortinas y la agarró por la cintura, la lanzó en dirección opuesta y ella cayó sobre una silla. La pistola rodó por el suelo.

Levantó la cabeza y vio la enorme figura del sargento Grimminger.

—Ahora estamos solos, querida —dijo desabrochándose los pantalones y sacando del cinto su daga de las SS—. De aquí ya no

sales.

Noor tenía la cabeza despejada, como si estuviera jugando al ajedrez. Pensó qué paso dar ante aquel gigante que se acercaba con las manos extendidas para agarrarla del cuello del abrigo. Desde afuera se escucharon vehículos que frenaron con estrépito en la entrada del edificio. Sorprendido ante aquel inesperado ruido, el alemán se giró a medias.

Noor se balanceó, extendió la pierna izquierda e impactó de lleno con el pie en la rótula de Grimminger. Tan pronto como el alemán se dobló sobre sí, Noor se puso de pie de un salto, levantó la rodilla hacia su rostro y lo arrojó hacia atrás. Aquel pesado cuerpo fue haciendo zigzags hasta perder el equilibrio y caer contra la pared. Noor escuchó detrás de ella el sonido de un manojo de llaves abriendo los cerrojos de la puerta.

—Ahora no te voy a dejar con vida, bastarda —dijo el sargento, que tiró a un lado su cuchillo y tomó el máuser del suelo.

La puerta se abrió de golpe e iluminó el apartamento. Steinbrinck apareció de súbito con una Luger en la mano.

—¡Deje la pistola, sargento! —le gritó, apartando a Noor hacia un lado.

Grimminger no hizo caso. En aquellos momentos había perdido toda la disciplina de hierro que le habían inculcado en las SS. Sujetándose a la pared, se levantó pausadamente, con los ojos inyectados en sangre. Daba un espectáculo patético: además de tener la camisa por fuera y el pantalón desabrochado, sangraba a borbotones por la nariz.

—No sea imbécil —le dijo Steinbrinck como última advertencia—. ¿Se atreve usted a acercarse a mí de ese modo, empuñando un arma?

El sargento, que iba en dirección a Noor, hizo caso omiso de la advertencia e hizo amago de levantar el brazo en su dirección. Steinbrinck apuntó y disparó con rapidez dos veces; la primera bala alcanzó el pecho del gigante alemán, que seguía sin detenerse, y la segunda le dio justo en una oreja, derrumbándolo de espaldas sobre un sillón.

Noor huyó de la habitación y salió corriendo fuera del edificio, pero fue detenida por soldados que estaban en guardia con los subfusiles en las manos. Desde donde se encontraba, escuchó una tercera detonación procedente del arma de Steinbrinck, que había rematado el cuerpo del sargento Grimminger. Al llegar a la calle, aparecieron más guardias de las SS. Noor fue empujada dentro de un camión y Steinbrinck los siguió, sentado en un sidecar BMW.

* * *

Otto Kramer levantó la mirada, sonrió amistosamente y dijo:

—Es maravilloso comprobar la capacidad que tiene usted de sorprendernos, querida. La sala de tortura está más iluminada que la última vez.

Kramer estaba sentado encima de una pequeña mesa. Se le notaba cansado, exhausto; tenía muchas manchas oscuras debajo de los ojos y parecía que había envejecido durante el transcurso de los últimos días. Su viaje a Italia le había confirmado que podían perder la guerra. Le estaba causando ansiedad saber, por medio de la inteligencia, del continuo e imparable avance de las fuerzas aliadas. Roma caería en cuestión de días y pronto estarían ahí, en su amada París. Tendría que decir adiós a sus amantes, a su apartamento lujoso de altos techos decorado con plata del siglo xviii, a su maravilloso y magnífico reloj de pared Neuchatel de más de cien años, al coñac, al champán, a la buena comida, a las bellas pinturas y esculturas francesas, a Degas, a Rodin… Pero, por otro lado, intentaba no prestar mucha atención a todo ello. Lo principal consistía en no admitirlo, en negarlo. “No, no y no”, se dijo a sí mismo mientras golpeaba la mesa con el puño. Pensó en los saboteadores franceses, aquellos a los que denominaba terroristas, cargados de municiones, pistolas y explosivos, listos para apuñalar a los soldados alemanes por la espalda, entorpeciendo decisivamente los planes de maniobra de generales del ejército del Tercer Reich y abriendo paso a las fuerzas de los ejércitos aliados, convirtiendo los tranquilos pueblos costeros del norte de Francia en campos de batalla. Kramer pegó un sonoro puñetazo en la mesa ante la sorpresa de los presentes.

—Me ha apenado mucho la pérdida de mi eficaz sargento Grimminger. Según me dice aquí herr Steinbrinck, murió en fuego cruzado —Steinbrinck estaba de pie, tieso, mirando al frente a pesar del gélido desprecio que sentía por su jefe—. Nora Baker, alias Madeleine, tiene usted aquí un documento en el que se compromete a no escaparse una vez más —prosiguió Kramer, señalando un papel sobre un lado de la mesa—. Somos más que benévolos con su persona, somos cándidamente cariñosos con usted. Digamos que hay alguien, alto miembro de las SS, interesado en que siga usted con vida, qué le vamos a hacer… Si por mi fuese ya la hubiese despellejado lentamente. No crea que no lo he hecho antes; se necesita tan solo anestesiar partes de cuerpo y el prisionero, horrorizado, puede ver cómo poco a poco se queda sin piel y cada vez se le va aplicando menos cantidad de anestesia… —soltó un prolongado suspiró y añadió, poniendo sobre el papel una estilográfica—. Firme este papel.

—No, no firmaré nada —dijo Noor, que se encontraba de pie con las manos atadas a su espalda y agarrada con fuerza por dos soldados.

—Bien, pues yo ni se lo voy a decir una segunda vez ni tampoco insistiré —hizo una pausa y enarcó las cejas—. Si quiere que sea honesto con usted, me satisface su decisión.

Hizo un ademán con la mano y dos soldados entraron junto con Bernadette, que se encontraba empapada de sangre y con moretones en la cara. Noor la vio con expresión aterrorizada y empalideció. Cuando sus miradas se cruzaron, Noor sintió cómo se le oprimía el pecho con la fuerza y determinación que tenía la mirada de su amiga. Bernadette se mantenía con extraordinaria entereza.

—A los idealismos franceses sin significado, como los de Libertad, Igualdad y Fraternidad, les oponemos las realidades de las SS: pega fuerte, pega más fuerte y sigue pegando. ¡Ja, ja, ja! —rio profundamente e indicó a los soldados, con un movimiento de cabeza, que prosiguiesen con el comienzo de la tortura—. No me gustan las personas con defectos físicos, las aborrezco, más aún a los tullidos y los cojos o con deformaciones físicas, así que tendré que emplear otros métodos para no tocar su impuro cuerpo.

Desnudaron a Bernadette, que miraba de forma inerte a Noor, a quien los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Yo soy de los que opinan que las mujeres son como gallinas: les echas maíz y se van a picar hasta en la mierda. Finalmente, esta señora picó el anzuelo antes de que utilizase la poca munición que le quedaba para quitarse la vida y la atrapamos. Pero eso sí, después de que ella hubiese matado a dieciséis jóvenes alemanes... Tiene que pagar por ello.

Kramer disfrutaba de la situación y las miraba con placer. El miedo, la agonía, la angustia, los lloros, el horror, los gritos, la sangre... Le encantaba ver todo esto en las caras de sus prisioneros, pero más aún cuando dos de ellos se conocían; esto le llenaba de sublime éxtasis, sentía el aumento de su presión sanguínea. Tales sensaciones las comparaba con las que sentía con su secretaria, Erika Schneider, tras provocarle una erección y el orgasmo.

Otto Kramer disfrutaba fracturando huesos con sus barras de hierro, aplicando el baño de hielo que producía estremecedoras convulsiones que congelaban la sangre de los órganos y saboreando ideas de nuevos métodos de torturas. Por el contrario, para sus adentros, Steinbrinck pensaba una vez más que los métodos de Kramer eran totalmente equivocados, ya que se concentraba en el dolor más que en la información. Sí, había tenido éxito haciendo hablar a muchos prisioneros, pero en la mayoría de las ocasiones los había matado salvajemente antes de sonsacarles toda la información.

Según Steinbrinck, un interrogatorio era como una pila de platos de porcelana en el armario de una cocina: si sacas uno del medio, toda la pila se derrumba. Esto era precisamente lo que su jefe iba a hacer

con aquella mujer francesa. “Podría partirle el espinazo a la Resistencia sacando las direcciones y la lista de nombres en clave que tenía la prisionera francesa en la cabeza, pero ahí está, tan solo pensando cómo saborear la satisfacción que le causa su mente enfermiza. Himmler debe de estar loco de remate para que este energúmeno siga aquí al mando”, pensó Steinbrinck. Qué lejos le parecían aquellos años del comienzo de la guerra, cuando opinaba que el Tercer Reich sería como el Imperio romano, trayendo bajo su poder paneuropeo la paz, la prosperidad y la armonía a todos sus súbditos. Tan pronto escuchó a su jefe ordenar que ataran a aquella mujer con las piernas y brazos extendidos en forma de cruz, guardó sus opiniones y emociones tras las puertas de su alma, sintiendo la peculiar frialdad tan común en aquellos momentos, como si un manto de nieve cubriese su corazón haciéndole inmune al espectáculo del dolor ajeno.

Arrastraron el carrito de la máquina de electrochoques y enchufaron el aparato a la pared. Acto seguido, un soldado aplicó dos pinzas en los pechos de Bernadette. Kramer encendió el aparato diez segundos, durante los cuales ella lloró de dolor lo más fuerte que pudo, y luego lo apagó. Bernadette dejó de gritar.

—¡Oh, Dios, oh Dios! —gritó Noor entre lágrimas y al borde del desmayo, intentando ocultar su rostro sin éxito. Los soldados la obligaban a mantenerse derecha—. ¡Oh, Dios, esto es horrible…!

—¿Horrible? Esto es solo la mitad de la potencia. Quiero que permanezcan los gritos y llantos de su amiga en su cabeza durante el resto de su corta existencia —dijo Kramer observando el estado de Noor con una indiferencia solo comparable con el frío de la muerte—. Le causará más dolor no verla reaccionar tras las convulsiones que produce esta máquina eléctrica, esto le dañará psicológicamente. ¿Sabe, madame Nora? Con este aparato puedo despertar hasta el rincón más recóndito dentro de la oscuridad de la consciencia de una persona. ¿Sabe usted lo que hago? Voy echando agua fría al cuerpo desnudo para que las descargas resulten todavía más dolorosas. Ya lo he experimentado anteriormente… —sus labios esbozaron un gesto a medio camino entre la mueca y la sonrisa. Se cruzó de brazos y colocó una mano en la barbilla en actitud pensativa—. Creo que fue con una madre y su hija pequeña —señalando a Noor, dijo a Steinbrinck—. Llévesela de aquí y prosiga con su trabajo.

Mostrándose ante su superior como si fuese el vivo retrato de la eficiencia impasible, Steinbrinck ordenó a los soldados que la sacasen fuera. La metieron en una celda contigua a la sala de tortura, le ataron las muñecas con una cadena y dejaron la puerta abierta para que pudiera oír todo cuanto sucediese dentro de la sala de tortura, a escasos metros de distancia.

Capítulo 26

Tras la tortura que sufrió Bernadette —con la máquina de electrochoques al máximo de su potencia, cubos de agua fría sobre su cuerpo y después de haberle provocado atroces espasmos de náuseas—, Kramer le metió dos disparos y ordenó que tiraran el cuerpo enfrente de Noor sin que ella pudiese tocarlo, atada como estaba a la pared con unos grilletes. Desde ahí podía ver los orificios que le habían destrozado el cráneo a su amiga. Habían convertido el rostro y el cuerpo de Bernadette en algo espantoso. Tuvo la sensación de que el mundo se había derrumbado a su alrededor. Durante las siguientes horas, los ojos de Noor se llenaron de tantas lágrimas que el cuerpo de su amiga se hizo borroso.

Noor permaneció en aquella celda durante los siguientes días. Le daban comida suficiente para sobrevivir, solo lo justo: por las mañanas un tazón de agua gris, mientras que en el transcurso el día le daban una sopa rancia, donde algunas veces había un trozo de carne.

Se llevaron el cuerpo de Bernadette antes de que se iniciase el proceso de descomposición.

—Todo esto que ve no es más que un juego en el que participamos. Unos son fervientes admiradores del juego, otros hemos sido forzados a jugar —dijo Steinbrinck de pie mientras que de la sala de tortura vecina se podían escuchar los gritos espantosos de otro prisionero—. Hoy mismo acaba de firmar el Sturmbannführer Otto Kramer su envío inmediato al campo de concentración de Dachau —Noor siguió guardando silencio. El alemán se quedó observando el estado de la prisionera. Tras los últimos acontecimientos, tenía la sensación de querer conversar con ella, compartir pensamientos—. Todo esto no es más que un carrusel en una feria: resulta algo difícil saltar una vez que se ha puesto en marcha —Noor levantó la mirada y ambos se quedaron observándose en silencio.

Ella enseguida comprendió que Steinbrinck no estaba del todo de acuerdo con los nazis ni con todo lo que se estaba llevando a cabo en aquel edificio. Los gritos seguían oyéndose, pero ya no le causaban estremecimientos. Antes de dar la orden a los soldados para que la sacasen fuera, Steinbrinck añadió:

—Kramer es un monstruo, una aberración de la naturaleza, un esbirro. Los esbirros sostienen los edificios del abuso del poder, sin embargo, yo solo obedezco órdenes, soy un funcionario, un administrativo... Dejé hace tiempo de ser un nazi. Como la felicidad,

poco a poco me fui dando cuenta de que aquel ideario solo fue una ráfaga y no un viento estable. Yo cumplo únicamente con mi deber y mi labor sería igual de ejemplar si estuviese destinado en la Kriegsmarine, en la Wehrmacht o en la Luftwaffe. Lo siento… Lo siento de veras, si pudiese dar marcha atrás en el tiempo, me aseguraría de que no estuviera aquí.

Noor se dio cuenta de que aquellas palabras del oficial alemán reflejaban impotencia. Era la constatación de que la mayor de las aberraciones podía ser realizada por cualquiera para integrarse en un colectivo y sentirse parte de un todo, para prosperar, para sentirse algo o alguien dentro de una estructura definida como la Gestapo. Lo demás eran vagas excusas, verborrea demagógica para eludir responsabilidades. Él era tan criminal como su superior Otto Kramer.

* * *

Los bombarderos B17 de la octava Fuerza Aérea de los Estados Unidos de América, que operaban desde Inglaterra, habían causado graves daños a las vías de distribución del tráfico ferroviario de Alemania, evitando el transporte rápido de las tropas alemanas para repeler la esperada y ansiada invasión aliada. Por este motivo, se había desviado la ruta de la mayor parte de los trenes procedentes de Holanda y Francia.

Cruzaron la deprimente zona industrial del este de París. Viendo aquel paisaje desolador, Noor pensó en las catedrales y en los intrincados callejones del barrio antiguo y del mundo judío de Praga que había leído en los libros de Kafka. Recordó cuando escribía cuentos infantiles. En aquel momento se dio cuenta de que esa actividad era para ella una búsqueda de sí misma. Supo que escribir durante aquellos años de su juventud, tras la muerte de su padre, había significado para ella preservarse de la soledad y, desde luego, huir del caos que reinaba en la casa. Cómo echaba de menos aquellos momentos, cuando leía a su madre sus narraciones para animarla y sacarla de la depresión. Leyó en la biblioteca de su padre un libro de Séneca y recordó que decía algo así como que una gran persona es aquella que no solo se impone a la muerte, sino que sale a su encuentro. Pero no, ella amaba a la vida, aunque si le diesen la oportunidad de cambiar su destino, volvería a aceptar la causa que la había llevado a estar en aquel tren de camino a Alemania.

Pensó en Jakob. Recordó el tacto de sus cabellos negros como el azabache, sus labios que tenían el sabor de las flores y sus ojos azules con destellos de humor. Habían sido una pareja muy feliz antes de que se iniciase la guerra, habían ido a meriendas campestres con amigos y

compañeros de la escuela de música y habían improvisado conciertos en parques y en las mismas calles de París. Cuánto le había gustado el olor de su pelo, de su piel y el sabor de su boca. Recordó sus palabras: “Si esto sale bien, podremos volver a estar juntos”. Ahora él se encontraría a salvo.

Recordó a su padre. ¿La había querido? En el pasado llegó a pensar que no; ahora estaba convencida de que sí, pero comprendía que él se había rodeado de muros que ella nunca podría escalar. Quizás ese fue el defecto en la relación entre padre e hija. Noor empezó a sentirse nerviosa, se estaba alejando cada vez más de sus seres queridos, de su hermano y de su madre. Era consciente de que no había marcha atrás. Respiró hondo e intentó dominar sus impulsos para recuperar la serenidad. Sabía que, aunque no quisiese, tenía que dar la bienvenida a la muerte.

Tras avanzar entre campos de cultivo, el tren paró en una estación de un pequeño pueblo y por las voces que proferían los empleados ferroviarios, entendió que tenían que aguardar ahí unos veinte minutos para dar paso a un tren procedente del frente. En cuanto pasó por la vía contraria el convoy militar, todos los pasajeros, prisioneros o no, sintieron un miedo espeluznante al ver el estado de los soldados alemanes. Los había con aspecto sucio, en camisas interiores de tirantes, tapados con guerreras, cubiertos con mantas o abrigos, incluso había quienes estaban desnudos de cintura para arriba, como si estuviesen enfrentándose a las bajas temperaturas, sentados al aire libre en los vagones de carga mientras balanceaban sus sucias botas, otros tenían latas de conserva abiertas y pinchaban con sus cuchillos la carne y comían mientras conversaban, en otros vagones los alemanes miraban fijamente a las vías, sumidos en sus pensamientos y con las armas automáticas sobre las rodillas.

Mientras pasaba aquel largo tren, los vagones presentaban cada vez un aspecto más siniestro; habían sido ametrallados tan brutalmente que en ningún coche había cristales y todo el carruaje de metal estaba cosido a tiros; algunos estaban semidestrozados por lanzagranadas.

Tan pronto como pasaron los vagones transportando soldados, la artillería y los tanques, aparecieron otros donde viajaban centenares de heridos. Aquello era un hospital rodante de mutilados, hombres semidesnudos, todos con vendas en distintas partes del cuerpo, ayudados por médicos y enfermeras. En aquel convoy reinaban el caos, la suciedad y la podredumbre, todo ello muy lejos de aquella propaganda nazi sobre la disciplina y las heroicidades de sus soldados en el frente.

Noor observó que casi todas las puertas tenían manchas de sangre. Viendo aquel espectáculo tan deprimente que presentaban los

soldados alemanes provenientes del frente, pensó para sus adentros que, en verdad, estaban ganando la guerra contra los nazis. Sus esfuerzos, por pequeños que hubieran sido, no habían sido en vano. Pronto acabaría la guerra.

—Por fin el bien prevalecerá sobre el mal —se dijo a sí misma mientras miraba por la ventana.

Los soldados que custodiaban a Noor, los centinelas Friedrich y Wermer, procedentes de la avenida Foch, se quedaron quietos, inmóviles, mirando pasar aquel tren por el carril opuesto con tanta atención y pasmo como si vieran pasar el mismísimo infierno. ¿Eran todos ellos soldados alemanes o de una división extranjera?

Noor pensó que aquella pareja de soldados sentados frente a ella que sujetaban las cadenas de hierro unidas a los grilletes de sus muñecas, habrían visto cosas terribles desde el comienzo de la guerra, pero seguramente nunca habrían esperado encontrarse algo así. El tren de pasajeros continuó resoplando cansinamente entre la campiña y los bosques. De vez en cuando se detenían, tras fuertes sacudidas, durante una hora en plena vía. Desde su asfixiante compartimento, Noor se asomaba por la ventanilla y veía a trabajadores locales retirando raíles retorcidos, colocando carriles nuevos y cambiando traviesas.

—La próxima estación es donde tenemos que esperar al otro tren que se lleva a la prisionera —dijo Friedrich.

—Oye, cuando mandan a prisioneros a Alemania, ¿no dicen que los meten en vagones de ganado? —preguntó Wermer.

—Sí, eso es lo que he oído.

Se apearon en la siguiente estación. El andén estaba lleno de soldados de la Wehrmacht con sus cascos de acero y fuertemente armados, custodiando prisioneros de toda clase: había un grupo mixto de gitanos sentados en el suelo mientras que otro grupo estaba formado solo por mujeres que, por su apariencia, parecían procedentes de la comarca vecina.

Un oficial alemán se les aproximó.

—De París, ¿no es así? —les dijo señalando a Noor. Ambos asintieron—. Pues tienen que esperar aquí al convoy, no se salgan de esta zona del andén y hagan que suba en el primer vagón que pare justo enfrente.

—¿Y cuándo llegará? —preguntó Wermer molesto por la idea de tener que estar esperando durante mucho tiempo en aquel andén ruidoso y atestado de gente.

—Pregunten a aquel hombre —contestó el oficial señalando al jefe de estación—. Yo estoy ocupado.

El jefe de estación vestía un uniforme tan elegante como anticuado: americana y chaleco negros, pantalones de rayas y una

gorra que no se quitaba ni para comer.

—Hay uno casi todos los días —contestó el funcionario—. El convoy que esperan con destino a Dachau acaba de pasar por Reims. Me imagino que llegará aquí de un momento a otro y estará a rebosar de judíos, comunistas y demás. Tenían que haber esperado al convoy que sale de París, en vez de venir hasta aquí.

—Sí, pero lo perdimos —dijo Friedrich gruñendo audiblemente—, y nos mandaron venir aquí directamente.

—Pues no son los únicos, todos estos chiquillos de aquí también han venido de las cercanías de París —señaló a un grupo de unos quince niños menores de diez años que los soldados habían situado en la misma zona del andén donde estaba Noor. El jefe de estación se quedó pensativo—. Tendremos que regar los vagones cuando lleguen, eso quiere decir que habrá que pedir más agua para las cisternas.

—¿Regar? —dijo sorprendido Friedrich—. No lo entiendo.

—Son vagones de ganado y no hay lavabos… —aquella pregunta le producía tanta sorpresa como inquietud al jefe de estación francés. Le parecía raro que lo que sucedía a diario ante su presencia fuese desconocido por los demás—. Mire, cuando el convoy está a tope de gente, el tren se convierte en un asco, hasta entran ganas de vomitar de lo mal que huele. Solo hay un cubo en cada vagón, ¿lo comprende? Un cubo para setenta personas apiñadas de pie unas contra otras y ya se puede figurar usted… Imagínese a lo que recurren esos prisioneros cuando la sed los lleva al borde de la locura… Por eso a veces sacamos la manguera y les echamos agua. La mitad de esas personas mueren antes de acabar el viaje, pero no lo hacemos por ellos, lo hacemos para que el tren no huela a carne muerta a su paso por estaciones como la nuestra.

Friedrich y Wermer se miraron sorprendidos. ¿Cómo iba a oler tan mal dentro del tren? Aunque fuese de ganado, el olor no podría ser tan fuerte como explicaba el funcionario. Ambos pensaron que estaba exagerando, como era propio de los franceses. Uno de los niños no dejaba de mirar a Noor; ella le sonrió y él esbozó una alegre sonrisa. Todos los pequeños estaban fuertemente abrigados y llevaban en la solapa, a la altura del pecho, una cruz amarilla en la que se podía leer 'judío'. Los había que sollozaban después de haber llorado ininterrumpidamente durante mucho tiempo, otros tenían la cara sucia llena de mocos y lágrimas secas.

En tan solo unos minutos, el andén se llenó de tanta gente que Noor y los soldados estaban codo con codo junto a los niños. Había muchos hombres maduros con los tobillos trabados y las manos atadas a la espalda. Algunos soldados marcaban con tiza líneas en el suelo entre los grupos de gente. La perplejidad y el temor por lo que iba a venir enturbiaron la mirada de Noor. Respiró hondo e intentó dominar

sus sentimientos. Recordó las palabras de su padre durante una charla a sus pupilos: “Belleza y muerte, realidad y mente. Escisiones. El ideal inalcanzable de la belleza convierte a la vida en el largo paseo de un fracaso, de una muerte que se arrastra en su dilatada agonía. Vivimos separados entre una realidad externa, la sucesión de rutinas y rituales y nuestra mente, nuestras ilusiones, ideales, proyecciones, especulaciones, expectativas, recuerdos, anticipaciones, sueños. Todo es según cómo lo vivimos. La experiencia interior. Afuera pueden sucederse los desplazamientos de los otros, volúmenes y movimientos, el cambio de luz, pero ese momento adquiere una relevancia o no según cómo lo vivimos, según cómo lo sentimos, un momento que puede estar compuesto de varios tiempos, el de la expectativa, el del recuerdo, pero también el imaginario”.

—¿Conocéis la historia del rey de la India llamado Sultán Tipu? —preguntó con alegría a los niños, como si estuviese en un colegio con la intención de llamar la atención de los jóvenes estudiantes.

Friedrich fue a darle con la culata de su fusil, pero Wermer, curioso, lo sujetó del brazo y ambos se quedaron a la expectativa de lo que iba a decir. Los niños la miraron en silencio y ensimismados.

—Bueno, pues escuchad, esta es la historia…

Como si la hubiese escrito con antelación y preparado para aquel escenario, Noor hablaba fluidamente, de tal modo que encandiló a los oyentes. Su voz resonaba dulce y su modulación era tan atrayente como su sonrisa y el brillo de sus ojos. Los presentes se quedaron hechizados por su historia. Habían quedado envueltos en una enorme burbuja llamada fantasía. Todo el ruido que sonaba alrededor se había apagado, solo escuchaban la voz melodiosa de aquella mujer.

Les contó cómo era el mundo de la India exótica y llena de ensueño; la historia real del guerrero Sultán Tipu luchando contra los británicos, las riquezas incomparables que tenía, sus magníficos caballos y elefantes, su enorme palacio lleno de oro y objetos brillantes, los bailes tradicionales indios, a la vez que hadas, duendes y dioses variopintos benefactores hacían su aparición; una diosa cabalgando sobre un tigre, uno con cabeza de elefante, otro conduciendo cuadrigas de caballos arengando a soldados antes de una batalla y uno más con cuerpo musculoso de mono sobrevolando las aguas de un mar. Les contó la anécdota de cómo un hombre joven de nacionalidad inglesa que cazaba cerca de Calcuta había sido atacado por un enorme tigre que, según las crónicas de entonces, medía casi metro y medio de alto por tres de largo. La víctima era el único hijo del general Héctor Munro, rival del Sultán Tipu. El indio, para mostrar su valor ante los británicos, decidió dar caza a aquel animal salvaje.

Cuando comenzaba a describir cómo emprendió la caza del tigre en el interior de la selva, sonó un estruendo y, después, un profundo

silbato de un tren, lo que hizo que todo el mundo en el andén alzase la mirada. Un miedo terrible cubrió las facciones de los niños, que corrieron a abrazarse a Noor. Friedrich y Wermer, enamorados por las palabras tan musicales de la prisionera, la dejaron estar con los pequeños.

El ruido de aquel convoy iba en aumento, ensordeciendo a todos.

—Pero… siga contando —dijo Wermer con un tono de impaciencia —. El sultán con su daga saltó de su elefante y siguió a pie al tigre que estaba a pocos metros de él…

Noor, con los niños atemorizados y agarrados con fuerza a su vestido, iba a continuar la historia cuando el tren entró en el andén. El sol se ocultó detrás de una masa de nubes y un soplo de viento frío sacudió la estación. El hedor procedente del convoy conforme reducía su velocidad frente a la estación era de verdad como la peste de ganado; sin embargo, era espantosamente humana.

Formaban aquel tren vagones heterogéneos; los había de mercancías y de ganado, mientras que los destinados al correo también habían sido habilitados para el transporte de personas, aunque sus ventanillas iban cerradas. El jefe de estación, que se tapaba la nariz con un pañuelo, comenzó a dar instrucciones a los empleados vestidos con monos de trabajo para que tirasen agua sobre los abarrotados coches. Tan pronto se encendieron las mangueras, una multitud de brazos salió de los espacios entre las tablas de los vagones originalmente puestos para ventilar a los animales. Los prisioneros imploraban como mendigos, con las palmas abiertas y hacia el cielo.

Los oficiales comenzaron a gritar y a ordenar que cada grupo subiese dentro del vagón situado frente a ellos. Numerosos soldados de la Wehrmacht custodiaban cada puerta para evitar que los que estuviesen dentro saltasen fuera.

—El sultán indio tenía su daga cuando saltó del elefante para dar caza al tigre… —comenzó a decir Wermer observando de nuevo a Noor, que con sus brazos rodeaba a los niños.

Ella hizo un ademán de abrir la boca, pero en ese momento descorrieron los cerrojos y abrieron de golpe las puertas de los vagones. Un viento frío azotó los rostros de Wermer y Friedrich, que estaban más próximos al tren. Ambos soldados se quedaron sorprendidos por el espectáculo tan lamentable que presenciaron. No estaban preparados para esa visión. Se estremecieron al observar los semblantes de las personas que iban dentro y que imploraban comida, sollozaban por agua o pedían que los ayudaran a salir. Noor miró por encima del hombro de Wermer y sintió un súbito frío por todo su cuerpo que condensó su aliento en el aire. El sol no era más que una fugaz aparición entre las nubes.

Con un sonoro golpe contra el suelo, se bajó la plataforma del

vagón que servía de acceso a los prisioneros.

—¡Venga usted aquí inmediatamente! —gritó enojado Friedrich a un empleado que arrastraba una manguera—. ¡Eche agua aquí!

Aun sin entender el idioma en el que le hablaba, el empleado comprendió lo que le quería decir y vertió el agua de la manguera sobre el techo del compartimento que le indicaba. Los soldados comenzaron a empujar a los prisioneros con sus fusiles y estos fueron entrando a trompicones dentro de los vagones.

—¡Eh! —gritó con acento austriaco un oficial muy alto y con hombros de atleta. Su gorra con la calavera y las tibias cruzadas, pantalones bombachos, botas negras y uniforme condecorado acentuaban más su carácter intimidante—. ¡Esos niños al otro vagón!

Con determinación, Wermer dio un paso adelante y se puso frente a él, casi chocando su birrete negro con la visera del oficial, mientras le miraba con fiereza a la cara; sus ojos se habían vuelto grises, fríos como un glaciar.

—¡Los niños se quedan con nuestra prisionera! —replicó Wermer con una voz temeraria que no invitaba a la contradicción.

Se había vuelto loco, pensó su compañero Friedrich, que tendió en el aire el documento de traslado de Noor de forma temblorosa. El rostro del oficial permaneció inmóvil con expresión sombría, reprimiendo una profunda ira a punto de estallar porque un mero subordinado había contradicho sus órdenes. Por un momento, pensó en sacar su pistola y vaciar el cargador contra la barriga de aquel imbécil. Agarró el papel que Friedrich le ofrecía. Tras leer que la prisionera procedía de la avenida Foch, tragó saliva. Por su dilatada experiencia, había visto soldados poniéndose histéricamente violentos y disparando incluso a sus propios compañeros tras sufrir un ataque debido a las presiones a las que se les sometía a diario. Miró de arriba abajo a aquel ridículo y rechoncho soldado y no dudó de que pudiera tener una reacción violenta.

—De acuerdo —dijo finalmente encogiéndose de hombros y evitando discusiones innecesarias. Antes de seguir arengando a otro grupo para que subiesen con rapidez al tren, añadió—: No cambiará nada las cosas. Acabarán todos en el mismo destino y eso si llegan vivos.

Noor, con el rostro pálido y la mirada fija hacia el interior del vagón, ascendió por el tablón de madera junto a los niños que no dejaban de agarrar con fuerza su ropa. Wermer, inquieto, caminó paralelamente a la plataforma y le preguntó en un tono de curiosidad infantil:

—Pero… ¿qué pasó con el tigre? ¿Qué sucedió después?

El rugido metálico del tren producido por el ruido de las ruedas sobre las vías de hierro agitó las copas de los árboles…

Nota del Autor

El primer día después de su llegada, Noor Inayat Khan fue encerrada y atada con grilletes a una pared. Una cadena enganchaba las muñecas con sus tobillos. No podía erguirse, pero sí realizar un leve balanceo. En el campo de concentración habían recibido instrucciones sobre Noor, a quien clasificaron como Nacht und Nebel: Rückkehr Unerwünscht; un eufemismo que significaba que no era necesario para la prisionera "su salida" del campo de Dachau; que su vida era prescindible. Según oficiales del campo que testificaron después de la guerra, Noor fue golpeada y abusada sexualmente por los soldados de forma continua. La noche anterior a su asesinato, el oficial de las SS encargado de las ejecuciones, Friedrich Wilhelm Ruppert, la violó. De acuerdo con testigos alemanes, Ruppert siguió torturando su cuerpo hasta que, agotado, le anunció que por la mañana la mataría. Al día siguiente, fuera del barracón, después de tirarla al suelo lleno de barro, le disparó en el estómago para que tuviese una muerte lenta y dolorosa. Aun así, ella intentó levantarse y mantenerse en pie el mayor tiempo posible de modo desafiante. Antes de caer al suelo, testigos presenciales aseguraron que exclamó en francés, con las pocas fuerzas que le quedaban, "Liberté!". La cargaron en una carretilla y se la llevaron a un edificio de ladrillos. El oficial alemán de las SS gritó que no malgastasen el gas con ella mandándola a una de las cámaras y ordenó que la arrojasen viva dentro de un horno.

Noor Inayat Khan, la primera mujer operadora de radio enviada a Francia como agente británica del Special Operations Executive (SOE), nacida en Rusia, de origen indio y norteamericano pero criada en Francia, murió asesinada el 13 de septiembre de 1944 en el campo de concentración de Dachau, a trece kilómetros al noroeste de Múnich, cuando apenas contaba treinta años de edad.

Muchísimos católicos, legos y religiosos participaron en el asesinato de millones de judíos y de tantas otras personas inocentes. Durante la Segunda Guerra Mundial, el papa Pío XII quiso ser un estadista —desempeñando el papel de pacificador—, cuando el mundo, en aquellos momentos, necesitaba a un sacerdote. La terrible realidad fue que los aliados querían que Pío XII se pronunciase contra el Holocausto y los nazis, pero Adolf Hitler quería que guardase silencio y esto último fue lo que hizo. Razones tuvo muchas, entre ellas su odio al comunismo y el hecho de que estuviese rodeado de alemanes en la Santa Sede, así como su estimación por Alemania o por el miedo a represalias. El Holocausto no fue un crimen católico, pero

sembró la semilla de la hiedra venenosa: el antisemitismo. El Vaticano abasteció de agua y de atención a la semilla, y también proveyó el cuidado que necesitaba para echar raíces y esparcirse por toda Europa. Después de la Segunda Guerra Mundial, en vez de dedicarse por entero a atender a las víctimas, los miembros del Vaticano se ocuparon de proteger a los responsables, ayudándoles a escapar al exilio en países lejanos. En Roma les dieron alojamiento, comida, dinero, billetes para viajar y visados. Sobre todo obispos alemanes interesados en proteger a sus compatriotas de lo que consideraban las ansias de venganza de los aliados. Pío XII era consciente de que el Vaticano estaba ayudando a centenares de nazis, a quienes suministró millones de dólares para emprender sus nuevas vidas en países extranjeros. Incluso el sumo pontífice se opuso a los juicios de Núremberg porque argumentaba que servían para fortalecer a los comunistas en detrimento de una debilitada Alemania y porque creía que los aliados buscaban no la justicia sino la venganza.

Esta novela respeta el marco histórico, pero recurre a todos los artificios del género —incluso el anacronismo— cuando la ordenación artística lo requiere. Es, por tanto, una obra con personajes de ficción entrelazados con personajes históricos reales.

He omitido mencionar a los dos hermanos menores de Noor y centrarme solo en Vilayat, ya que este último ejerció un papel más influyente en el trascurso de la vida de Noor para luchar contra la tiranía nazi. También para no sobrecargar de información al lector, tras haber narrado la biografía del padre y ese aspecto cultural que tanto marcó el carácter y la personalidad de Noor.

Cuando los personajes reales mantienen diálogos con los ficticios, se hace una recreación de lo que pudieron decir realmente, no sin antes realizar una exhaustiva investigación sobre ellos. Esas palabras pudieron haberse pronunciado en la vida real tanto como pudieron haber sucedido en verdad las tramas y escenas de ficción.

Por su parte, después de la guerra, el arzobispo Aloysius Viktor Stepinac fue condenado a dieciséis años de prisión. La reacción del papa Pío XII —sucesor de san Pedro en el gobierno universal de la Iglesia católica— fue la de excomulgar a todos los que participaron en el juicio, incluyendo al jurado, mientras que ni un solo miembro del régimen de la Ustasha o los sacerdotes que asesinaron con sus propias manos a los prisioneros serbios, judíos y demás civiles e inocentes, como niños y mujeres, en el campo de concentración de Jasenovac —considerado el campo de exterminio más cruel de todos los tiempos—, recibieron pena alguna de parte del vicario de Cristo, el papa Pío XII.

En 1951, después de tan solo cinco años en prisión, en los que recibió tratamiento preferente en reconocimiento de su condición clerical, Stepinac fue puesto en libertad. Al año siguiente, en 1952, el

papa Pío XII lo nombró cardenal, y en 1998, el papa Juan Pablo II lo declaró "beato mártir". El papa Benedicto XVI afirmó sobre Stepinac, durante su visita a Croacia en 2011: "Por su firme conciencia cristiana, supo resistir a todo totalitarismo, haciéndose defensor de los judíos, los ortodoxos y todos los perseguidos en el tiempo de la dictadura nazi y fascista, y después, en el periodo del comunismo, 'abogado' de sus fieles, especialmente de tantos sacerdotes perseguidos y asesinados".

Ante Pavelić, dictador croata, líder y miembro fundador del grupo terrorista fascista de la Ustacha, huyó a Roma en 1946, disfrazado de monje y con pasaporte español, donde la Iglesia católica lo ocultó a pesar de su condición de criminal de guerra. Estuvo viviendo en el Colegio de San Girolamo degli Illirici, dirigido por croatas. Meses más tarde, huyó a Argentina pero poco después, gracias a la dictadura de Francisco Franco, que albergaba a otros muchos exiliados fascistas y nazis de diferentes países, encontró refugio en España, donde murió en el ostracismo en un hospital alemán en Madrid el 28 de diciembre de 1959.

Friedrich Wilhelm Ruppert, ejecutor de Noor, fue juzgado por crímenes de guerra y condenado a morir en la horca el 29 de mayo de 1946.

De las treinta y nueve mujeres que Selwyn Jepson envió a países ocupados durante el transcurso de la guerra, trece de ellas no consiguieron volver. Después de la guerra continuó con su carrera literaria. El cineasta de origen británico Alfred Hitchcock adaptó una de sus novelas al cine con el título de Pánico en la escena (1950).

Vera Atkins —Vivien Thomas en la novela— nunca se casó y trabajó toda su vida para mantener viva la memoria de la Resistencia. Tras el fin de la guerra, su trabajo continuó como miembro de la British War Crimes Commission. En 1987 fue nombrada comandante de la Légion d'Honneur. Murió a los noventa y dos años, el 24 de junio del 2002. Se dice que su figura inspiró al escritor Ian Fleming para crear su personaje de Miss Moneypenny.

El personaje de Karl-Maria Steinbrinck está basado en la figura de Ernest Vogt, de origen suizo-alemán, quien trabajó en el número 84 de la avenida Foch como interrogador y traductor. Durante su arresto después de la guerra, le pidieron que identificase a una señora llamada Renée —en la novela, Marguerite—,detenida por ser una colaboracionista. Vogt la identificó como la persona que traicionó a Noor. En la vida real se ha documentado que delató a Madeleine porque estaba celosa de que su hermano, cuyo nombre era Antelme, pudiese tener una relación amorosa con Noor. A pesar de haberla mandado a la muerte, después del juicio celebrado contra ella, al que asistió Vilayat, el hermano de Noor, fue puesta en libertad, ya que la

defensa argumentó que Antelme también fue detenido por la Gestapo y que tan solo existía un testigo de la acusación y ese testigo era un nazi, por lo que su testimonio sobre lo acontecido no era válido contra una ciudadana francesa que había sido miembro de la Resistencia. Ernest Vogt quedó en libertad años después y murió de causas naturales.

El personaje de Otto Kramer está basado en el verdadero Waffen SS Sturmbannführer Hans Josef Kieffer, que fue el jefe de la Gestapo en la avenida Foch de París. Después de la guerra fue condenado a morir en la horca el 26 de junio de 1947.

Agradecimientos

Gracias a María Antonia Orozco. Gracias a Nuria Ochoa por corregirme con tanta sensibilidad, inteligencia e intuición, y a Pilar Fernández por la revisión, poniendo tanta atención en los detalles, sus comentarios y sugerencias. Cualquier error que pueda haber pasado desapercibido es, por supuesto, mío. Gracias a Sol Taylor por diseñar la preciosa cubierta. Gracias a Jesús Gragera por su magnífico trabajo en la maquetación del manuscrito, por su paciencia y dedicación. Gracias al crítico y profesor de cine Alexander Zárate. Gracias a Ashokamitran. Gracias a Pedro J., Carmen, Javier, Irene y Ester, por la amistad y por el apoyo.

He tenido la gran suerte de recibir ayuda del escritor César Vidal, con quien tengo una especial deuda de gratitud por haber sido el primero en leer el manuscrito y por dedicar tiempo a hacerme comentarios y acudir a mi llamada, a pesar de su apretada agenda profesional, y por escribir, a contrarreloj, el prólogo de la novela.

Por último, mi más sincero y cariñoso agradecimiento a María del Carmen Braganza y a Antonio Braganza; sin ellos nada de esto habría sido posible. Gracias Ariam. Gracias Dino. Os quiero.

Fuentes

Para obtener la información sobre el Special Operations Executive —Ejecutivo de Operaciones Especiales—, más conocido por las siglas SOE, sobre sistemas telefónicos, sobre el Tercer Reich, sobre armas y el trabajo de documentación en general, consulté centenares de libros en Inglés, foros de historiadores, vídeos, artículos y páginas web: demasiado material como para poder mencionarlo íntegramente. Algunos trabajos que me fueron especialmente útiles durante el tiempo que estuve escribiendo esta novela en la India: *A History of the British Secret Service*, de Donald McCormick; *Secret agents, spies, and saboteurs*, de Janusz Piekalkiewicz; *Hitler's Pope: The Secret History of Pius XII*, de John Cornwell; *Les Armes de la Résistance*, de Dominique Venner; *Noor-un-nisa Inayat Khan: Madeleine*, de Jean Overton Fuller; *The Women Who Lived For Danger: The Women Agents of SOE in the Second World War*, de Marcus Binney, y del mismo autor, *Secret War Heroes: The Men of Special Operations Executive*, y *Between Silk and Cyanide: A Codemaker's War 1941-45*, de Leo Marks.

Tengo mi propia versión del optimismo. Si no puedo cruzar una puerta, cruzaré otra o haré otra puerta. Algo maravilloso vendrá, no importa lo oscuro que esté el presente.

Rabindranath Tagore

Yo no viajo para ir a alguna parte, sino por ir. Por el hecho de viajar. La cuestión es moverse.

Robert Louis Stevenson

A María y Antonio

Lanza primero tu corazón y tu caballo saltará el obstáculo. Muchos desfallecen ante el obstáculo. Son los que no han lanzado primero el corazón.

Noel Clarasó I Serrat

Prefacio

Había pasado casi cuatro días enteros con Nadia, la pionera de películas del género cinematográfico comúnmente denominado *masala* con referencia al cine realizado en Bollywood.[4] Habíamos viajado juntos de Bombay a Zúrich y de allí a Locarno. El Festival Internacional de esta ciudad iba a entregarle un premio por toda su carrera y a realizar una retrospectiva de sus películas más exitosas producidas a finales de los años treinta y principios de los cuarenta. El festival tuvo lugar en 1994, dos años antes de su muerte.

Tenía a la estrella de aquella noche frente a mí. Me daba la espalda mientras se maquillaba despacio, ajena a la variedad musical que sonaba desde los altavoces del techo del camerino, quizás ausente en sus recuerdos tan lejanos y que marcaron un antes y un después en Bollywood. Aquellos que durante nuestro viaje registré en casetes con una pequeña grabadora y anoté en un cuaderno.

Había centenares de personas fuera. Aguardábamos a que el presentador de la gala anunciase su nombre, tras la proyección de un breve documental sobre su carrera, y a que un empleado del festival acompañase a Nadia al escenario.

Yo trabajaba como becario en la embajada de Suiza en Nueva Delhi, y aquel viaje fue un sueño hecho realidad para mí, ya que, entre otras cosas, fue la primera vez que viajé en un vuelo internacional en primera clase. Durante la ida, Nadia me contó sin reparos muchas anécdotas personales de su vida. Recuerdo que nos bebimos una botella entera de Johnny Walker etiqueta negra, cortesía de la tripulación.

Al principio, dejé la grabadora puesta, pero, más tarde, cuando alguien nos interrumpía y Nadia hablaba de manera interminable con las azafatas o con algún otro pasajero que la reconocía, empecé a economizar cintas. Muchas de ellas se han echado a perder, debido al tiempo transcurrido y por no haberlas guardado con cuidado. Pero, aun así, conservo las anotaciones que escribía de forma paralela.

A las pocas semanas de volver a la embajada, me contrató una multinacional suiza, y terminó de improviso mi labor de becario en Nueva Delhi. Después me casé, tuve hijos y me contrató una empresa de seguros, en la que, en la actualidad, ocupo un puesto destacable como directivo, en la ciudad de Zug.

Recientemente, me encontraba de vacaciones en España, donde tenemos una casa. Fui un día de compras a unos grandes almacenes con mi esposa e hijas. Cuando descendíamos por las escaleras

mecánicas, empezó a sonar por los altavoces una versión de la canción *Afterglow*, del grupo australiano INXS. De inmediato, me vino a la memoria aquel viaje durante el Festival Internacional de Locarno. Surgió en mi mente la figura de Nadia y sus grandes carcajadas mientras conversábamos en aquel vuelo de Air India con destino a Suiza.

Al celebrarse el primer centenario del cine indio, he observado que ni la industria cinematográfica de la India ni la del país de origen de Nadia —Australia— ni en Grecia ni en Escocia —de donde proceden su madre y su padre, respectivamente— se ha recordado su figura. Ha pasado injustamente desapercibida. Ahora, más de dos décadas después, siento la necesidad de rendir tributo a esta singular mujer que llegó a convertirse en la pionera de las películas de acción de la industria del cine indio. Esta es la historia de una gran mujer que tanto amó a la India. Quiero también dedicar este recuerdo a las nuevas generaciones.

1.
Conozco a una actriz de cine

La mayoría de los diplomáticos o el personal de las embajadas no reciben con especial alegría que les destinen a la India. Primero, por el clima: aunque hay un par de meses de mucho frío, el resto del año hace un calor sofocante. En segundo lugar, porque la capital, Nueva Delhi, es una ciudad caótica llena de polución y con un tráfico incoherente. Aun así, hay empleados que escogen este destino y que saben sacarle partido con la esperanza de ser enviados, más pronto que tarde, a lugares más exóticos y placenteros en el sur de Asia o cómodos y de prestigio profesional, como Estados Unidos o Europa, donde se dedican a disfrutar de las largas horas libres para conocer más el país, jugar al golf o, como recuerdo que me dijo un día mi jefe:

—Robert, ¿tú sabes lo que impone tener una foto con el Dalai Lama en el salón de casa? Un empleado indio del Ministerio del Interior ya me ha conseguido la reunión en Dharamsala para dentro de dos semanas.

Yo trabajaba en la sección económica. Aquel día, como era usual, llegué a las 8:30 de la mañana a mi puesto de trabajo. Lo primero que hacía era ir directo a tomarme un café mientras leía los periódicos en la cafetería de la embajada, donde continuamente estaba el televisor encendido. Hacía unos días, Brasil había ganado la Copa del Mundo en el Mundial de Fútbol tras vencer a Italia. Pero mis oídos no estaban prestando atención a las noticias del televisor colgado en un rincón alto de la pared de la cafetería, ni a las hojas de la sección de deportes del periódico que pasaba con desidia mientras sorbía mi café con leche… Lo que ocupaba mi mente era qué iba a hacer durante los siguientes seis días de vacaciones que tenía por delante debido a una festividad hindú que coincidía con el fin de semana.

Varios compañeros se habían marchado el día anterior al estado de Rajastán e iban a visitar Jaipur, Udaipur y, en la ciudad de Jaisalmer, realizarían un *tour* por el desierto. Me comentaron con todo detalle su itinerario y la posibilidad de unirme a ellos, para lo cual, tendría que viajar a Jaipur en tren esa misma tarde. Otros compañeros se habían marchado ya por la mañana al estado de Himachal Pradesh para hacer *rafting*. Solo yo seguía allí y no me decidía entre conocer el desierto indio o ir a la montaña.

Todavía me encontraba en la embajada aquel jueves por la mañana, porque tenía pendiente terminar la planificación de una misión comercial con empresarios de productos de maquinaria para la

construcción que se celebraría en Nueva Delhi después del largo puente de vacaciones.

Llevaba en la India cerca de cuatro meses. Acababa de terminar mis estudios en la Universidad de Bern y, con el propósito de obtener experiencia profesional, me encontraba trabajando en la embajada suiza como becario durante seis meses. Me dieron la opción de ir a un consulado en China, pero me decanté por la India, ya que, según me informé, ese destino me permitiría viajar a numerosos y muy diferentes estados dentro del país y conocer así muy diversas culturas.

Cuando llegué aquella mañana a mi despacho, me encontré sobre la mesa una nota escrita por Venkatesh, el veterano recepcionista indio. En ella, se me ordenaba personarme a las 10:00 en el despacho de mi jefe, el agregado económico y comercial. Me resultaba raro que mi superior no estuviera ya de vacaciones y me picaba mucho la curiosidad saber el porqué.

Si tuviera que describir en pocas palabras a mi jefe, Theo Blickensderfer, diría tan solo que se trataba de una persona algo indiferente y burlona. Su destino temporal como diplomático en la India le daba un aire de pereza y tedio, pero, curiosamente, no un aspecto triste; al contrario, le propiciaba una fuerte tendencia a la sátira. No dejaba de proferir bromas y hablar con doble sentido, de reírse él solo de sus propias gracias. Era muy dado a las fiestas nocturnas y el primero en marcharse fuera de la ciudad, siempre que veía ocasión. Solía ir acompañado por su joven y atractiva novia vietnamita a las discotecas que frecuentábamos en los hoteles de cinco estrellas. Él iba con nosotros, creo, para sentirse joven, no aburrir a su novia y, desde luego, presumir de estatus. Nosotros nos sentíamos más que agradecidos por su compañía, ya que, con su tarjeta de diplomático, nos descontaban los impuestos en las facturas de nuestras copas. En más de una ocasión, pude observar en la embajada como ese poder que creen que ostentan, sin responsabilidad alguna, se le subía a la cabeza a más de un empleado, sobre todo, a los de la sección consular que se dedican a la tramitación de visados. Esa gente se creía que estaba por encima del bien y el mal. Pero volviendo a mi jefe…, aquel hombre de prominentes ojos grises y nariz aguileña parecía haber nacido para burlarse de todos y encogerse de hombros.

Un día celebramos el cumpleaños del secretario del embajador y me tuve que ir para acompañar a mi jefe al supermercado de la embajada de Estados Unidos con el fin de comprar las cervezas para la fiesta. Era increíble, pues allí había de todo. Y los diplomáticos extranjeros con sus tarjetas compraban productos importados libres de todo impuesto como si fuera un gigantesco abastecido *duty free*. Según dicen, Nueva Delhi es la ciudad con más embajadas y cancillerías del mundo. Todos los días se celebra una fiesta nacional de un país, pero,

además, en cada evento social o inauguración, los hoteles de cinco estrellas invitan a los empleados de las embajadas a cócteles gratis sin límite. Incluso a los becarios, que con nuestras tarjetas de visita presumíamos de trabajar para la embajada de un país extranjero como si fuésemos auténticos diplomáticos de carrera, cargo de gran prestigio en India por la cantidad de demandas de trabajo que se reciben a diario y el deseo de querer salir del país en busca de nuevas oportunidades personales y profesionales.

Yo era un recién llegado y mi carácter era más bien obediente, y como tan solo tenía el contrato de becario para seis meses, estaba de mandado. Así, aquel día, lo primero que pensé fue que mi jefe me iba a asignar algún trabajo extra. Nada me podía sorprender. Una mañana me mandó con su chofer a comprarle unos palos de golf; otro día necesitaba una raqueta de bádminton porque le había invitado a jugar un millonario indio; en otra ocasión me mandó a comprar un ramo de flores, pero no de cualquier flor: quería un ramo con orquídeas, caléndulas, jazmines... Quería sorprender a su novia. El chofer y yo hasta tuvimos que meternos en una estrafalaria boda hindú que celebraban por las calles por las que transitamos para obtener de allí los jazmines blancos que no encontrábamos por ningún otro sitio para completar el dichoso ramo.

En esta ocasión, quise estar prevenido y pensé en tener una excusa preparada. Le diría que tenía el billete comprado para viajar en tren a Jaipur y reunirme con mis compañeros. Como él me insistiría, yo le contestaría que ya lo tenía planeado con antelación, incluso, que estarían esperándome para recibirme en el andén, que no tenía la forma de avisarles de que no iba —por aquel entonces no había teléfonos móviles. Por tanto, si no me veían, pensarían que me habría perdido o pasado algo. Eso me obligaba a irme esa misma tarde.

No puedo evitar sonreír al recordar mi primera experiencia con mi jefe. Fue el primer día que llegué a la embajada, un día después de aterrizar en Nueva Delhi, cuando aquel empleado indio, Venkatesh, me comunicó que debía presentarme en su despacho.

—A ver, Robert Schwegler. En la raza blanca no hay más que dos tipos de hombre: el cabeza redonda y el cabeza larga. O eres Caín o eres Abel. ¿Tú cuál eres?

Me quedé en silencio, intentando descifrar sus intenciones. Pensé que era una pregunta trampa. ¿Qué querría decirme? Hice memoria de la historia del Antiguo Testamento. Recordaba que uno de los hermanos se dedicaba a la agricultura y el otro al pastoreo. ¿A lo mejor mi jefe querría decirme algo relacionado con la profesión comercial? Quise decir Caín, ya que mató a Abel, fue castigado por Dios, enmendó su error y edificó la primera ciudad. Pero no por ser un emprendedor dejó de ser el asesino de su hermano, pensé después. Por

el contrario, si decía Abel, sería como condenarme a ser una víctima. Entonces, pensando que la pregunta se trataba de un ardid, se me ocurrió contestarle con timidez:

—¿Moisés?

—Pero, santo hijo de Dios, ¡qué bruto! Ja, ja, ja, ¿qué pinta Moisés aquí? —dijo riéndose mientras se llevaba las manos en la cabeza de forma teatral—. ¿Ves este libro gordo como un ladrillo titulado *Foreign Trade Policy and Trends in India*? —añadió entornando los ojos sin dejar de reírse—. Pues te lo voy a tirar abierto en dos a la cabeza, como si fuesen las tablas de la ley, a la próxima impertinencia que se te ocurra decir mientras estés aquí trabajando a mis órdenes.

Cambió a un semblante serio y continuó:

—Aprende, novato: Caín poseía el carácter violento y orgulloso; Abel era tranquilo e inteligente. Caín, salvaje y fanático; Abel, civilizado y observador. Aquí, en esta embajada, en la sección comercial, mientras esté yo, debes oír, ver, callar y hacer lo que se te dice, es decir, compaginar todos los buenos aspectos de Abel. Y que no me entere de que durante tu tiempo en la India te dé por el vegetarianismo fanático, el misticismo y la vida contemplativa, y mucho menos aún por fumar drogas… Entonces me convertiría en tu Caín: te despido de inmediato y te mando a Suiza de una patada en el culo.

A la hora estipulada, aquel jueves por la mañana, ya conociendo su modo de ser y pensando que me mandaría a hacerle algún encargo personal previo a los días de fiesta, me presenté en su despacho y me dijo sin paliativos:

—Robert, ¿has visto alguna película de Bollywood?

Pensé que me mandaría con su chofer a comprarle unas entradas para él y su novia.

—Sí, fui al cine con mis compañeros de oficina hace una semana. Fuimos al *mall*[5] de Vasant Kunj. No me acuerdo del título… Era en hindi… —le contesté lentamente mientras intentaba descifrar el motivo de su pregunta y sus verdaderas intenciones—. Además, tengo un primo que ha hecho de extra en una película india que rodaron en Suiza, en concreto, en el lago de Thun.

—¡Muy bien, Robert! —contestó dando una fuerte palmada sobre la mesa y forzando una apariencia de satisfacción—. Ya sabía yo que eras la persona idónea. Esta tarde coges un vuelo a Bombay. Nada más llegar, vas a la casa de una veterana actriz de cine y los dos os vais a Suiza. Tu cometido es acompañar a esa señora como representante de la embajada de Suiza en la India al Festival Internacional de Locarno, donde le van a otorgar un premio por toda su carrera y proyectarán algunas de sus películas.

Me quedé atónito. Lo que tenía en mente era largarme del infierno

caluroso de Delhi tan pronto acabase la agenda con los proveedores indios para la misión comercial y así reunirme con mis compañeros para disfrutar de las vacaciones. Ni siquiera me acordé de que tenía una excusa preparada, pero, sin pensarlo, no pude dejar que se me escapase:

—Pero… ¿no debería encargarse de esto la sección cultural?

Mi jefe hizo una mueca, molesto, porque consideraba una impertinencia que alguien le llevara la contraria y más aún un becario. Ya quería zanjar el tema y echarme encima el trabajo. De hecho, de un vistazo, me fijé en que en su mesa tenía los billetes ya reservados con mi nombre impreso. Supuse que antes de mi llegada a su despacho había revisado todo, puntilloso.

—Pues no, Robert —me dijo clavando sus ojos en mí—. He sido yo quien les ha quitado de encima a última hora este trabajo, por la sencilla razón de que, después de tu misión comercial de productos de maquinaria, vamos a organizar una misión comercial a la India para productores audiovisuales suizos. Así pues, quiero que te familiarices con la industria del cine indio y hagas contactos en el festival —explicó agarrando el montón de papeles que tenía enfrente.

Y añadió:

—¡Toma! Aquí tienes tu itinerario: Bombay-Zúrich-Lugano, y la vuelta. Esta es la dirección de la actriz, el dinero en metálico para sufragar gastos durante el viaje y el teléfono de contacto de la persona del festival que os estará esperando a la salida del aeropuerto de Lugano para llevaros en coche al hotel de Locarno. No tienes mucho tiempo. Deja lo que tenías que hacer, te largas ahora a tu apartamento a hacer la maleta y para el aeropuerto con mi chofer. ¡Echando chispas! ¡Ya!

Salí cabizbajo de su despacho. Ni siquiera se me ocurrió preguntar a qué actriz tenía que acompañar. Tan solo pensaba en la pérdida de mis vacaciones en aquellos lugares exóticos de la India que no sabría cuándo volvería a tener oportunidad de visitar. ¡Qué estúpido fui! Tenía que haberme marchado la víspera…

—¡Ojo, Robert! —me avisó mi jefe sonriendo y señalándome con el dedo índice a modo de advertencia—. Y nada de ligar con la actriz. Que te conozco. Mucho decoro, ¿eh?

De inmediato, rompió a reír y sus carcajadas podían oírse por todo el pasillo. Sin duda, el muy gracioso había omitido decirme que la actriz era nada más ni nada menos que octogenaria.

Bollywood guarda una especial relación con Suiza debido a que sus bellos paisajes se utilizan como exteriores en las grabaciones de muchas escenas musicales. Pero de esa industria, yo sabía más bien poco que nada. Tan solo había visto una película entera con mis compañeros de la embajada, pero, como leía muchos periódicos todos

los días, estaba al corriente de los estrenos y leía por encima las críticas y cotilleos sobre los actores del momento. La verdad es que no me entusiasmaban mucho, me parecían tan solo destinadas a un público indio, llenas de clichés, melodramas tórridos y, en general, muy aburridas historias para aguantar casi tres horas dentro de una sala. Constituía la excepción alguna que otra canción en la que salían bailando mujeres indias muy atractivas y que parecían más bien videoclips de MTV. Además, tanto muchas de las canciones y melodías como los argumentos eran copias descaradas de películas extranjeras.

Al llegar a casa, me encontré a mi compañero, Claude, con quien compartía el apartamento, haciendo las maletas mientras su novia Lara terminaba de preparar bocadillos en la cocina, ya que ese mismo día se iban en tren a Cachemira. Les comenté lo sucedido y Lara me explicó que aquella actriz se llamaba Nadia e, incluso, me enseñó un folleto del festival de cine. Ella trabajaba en la sección cultural de la embajada y me dijo que la organización del Festival Internacional de Locarno les había mandado un fax pidiendo un acompañante para la actriz invitada debido a su avanzada edad. En un primer momento, iba a ir ella, pero el día anterior mi jefe dijo que era competencia de la sección comercial porque iban a promover las coproducciones audiovisuales entre Suiza e India. Así entendí el inesperado y precipitado cambio.

Lara me comentó que era una gran oportunidad conocer a una leyenda viva del cine y su historia personal, ya que se trataba de una pionera del cine indio. Me quedé sorprendido cuando me dijo que no era de origen indio sino australiano. Esto me llevó a decidir meter en mi maleta la grabadora y, de camino, pedir al chofer de mi jefe que me acompañara a comprar un montón de casetes y pilas de repuesto.

Con el banderín de la bandera suiza ondeando al aire en el Mercedes con matrícula diplomática de color azul, llegué al aeropuerto de Nueva Delhi con el tiempo justo para coger mi vuelo a Bombay.

A media tarde, nada más llegar a la capital del estado de Maharashtra, cogí un taxi y fui directo a la dirección que me había dado mi jefe.

El apartamento de la actriz se encontraba lleno de perros callejeros que ella había acogido. Tras indicarme la criada dónde se ubicaba el salón, eché un rápido vistazo a la habitación, así como al resto de la casa, y presentí que había conocido tiempos mejores. Había un ambiente de frescura y un aroma placentero, como a palo de rosa y sándalo, todo lo contrario al sahumerio insoportable, tras quemar alguien un montón de basura y hojas secas, que me encontré en la calle nada más bajar del taxi.

Era un apartamento amplísimo; debía de costar una fortuna.

Bombay es una ciudad carísima y el valor del metro cuadrado está por las nubes; aquella zona solo era asequible para millonarios o para ricos herederos. Me fijé en que había lugares en la pared donde la pintura se caía. Pensé que se debía a la humedad de la ciudad y al salitre que corroe los cimientos debido a la proximidad del mar. Vi muchísimas macetas por todos los rincones con plantas de interior. Los ventanales eran grandes y estaban abiertos de par en par. Se oían graznidos de cuervos y algún que otro claxon a lo lejos. Las exuberantes plantas de los balcones amortiguaban el ruido y la polución del exterior. Los muebles se apreciaban muy antiguos, se notaba que se habían oscurecido bastante de su color original, e, incluso, tenían arañazos. Me pude dar cuenta de que para la dueña del apartamento eran detalles sin importancia, al igual que los continuos ladridos de los perros que merodeaban a sus anchas por toda la residencia.

A primera vista, me sorprendió su agilidad cuando entró en el salón a saludarme. No tenía apariencia de ser una persona de ochenta años; daba la impresión de ser mucho más joven. Sus ojos irradiaban entusiasmo. Sin duda, estaba contentísima de viajar aquella noche a Suiza. Aunque yo no había tenido nada que ver con la decisión del festival y ella ya sabía que era un empleado de la embajada con la misión de acompañarla, lo primero que hizo nada más saludarme muy cordial fue darme las gracias por haberle concedido mi país ese premio a su carrera. Me hizo sentir como si fuese un diplomático, el mismísimo cónsul de la embajada. Lo consideré como un gesto no solo de educación sino de humildad por su parte, y esto me hizo sentir muy cómodo en su presencia. Ese gesto fue el inicio de nuestra compenetración. Además, se alegró de conocer que mi nombre fuese igual que el de su hijo, Robert. Atrás dejé olvidados mis pensamientos sobre el tipo de persona que me iría a encontrar. Había supuesto que, quizás, me encontraría a una actriz irascible, prepotente o engreída y, sin embargo, me encontré a una persona muy simpática, jovial y risueña.

Como teníamos tiempo antes de salir para el aeropuerto internacional Chhatrapati Shivaji de Bombay, me sugirió tomar una copa de *whisky* con ella y conocernos. Teníamos por delante cuatro horas.

Le expresé mi intención de poder grabar una entrevista con ella y le conté que, de camino, había elaborado varias preguntas que había anotado en un cuaderno. Me contestó, divertida, que estaría encantada de contarme aspectos anecdóticos de su extraordinaria vida, pero a su modo, no como una entrevista al uso, con preguntas y respuestas, lo cual le parecía cansino.

Desde el principio, quedé fascinado por su historia personal y

profesional, llena de personajes tan característicos del variopinto y caótico mundo de Bollywood y, al mismo tiempo, tan desconocidos por el gran público europeo.

2.
Mary Evans llega a Bombay

Al enterarse de que su hija había visto la película *Salomé*, Margaret la recriminó con dureza. Theda Bara tenía la reputación, debido a sus actuaciones picantes en la pantalla, de ser una inconmensurable devoradora de hombres y, por tanto, las chicas respetables no debían verla en el cine para evitar seguir su ejemplo. Sin embargo, no la recriminó por haber contestado que quería ser actriz, al ser preguntada en el colegio sobre qué le gustaría ser de mayor. Ella misma había formado parte del *show business* realizando la danza del vientre. Además, fue actuando cuando conoció al padre de su hija, su difunto marido, Herbert Evans. Pero ahora, viuda, con una hija en plena adolescencia y con el ajustado sueldo que recibía cosiendo en una fábrica de textil vecina, era consciente de sus dificultades para ofrecer un futuro próspero a su hija Mary. La mala condición económica se había endurecido, principalmente, porque Bombay, ciudad en imparable expansión debido al influjo de inmigrantes, se estaba convirtiendo en un lugar muy caro para vivir.

Herbert era un joven escocés de veintiséis años alistado en el ejército británico y destinado en la ciudad australiana de Perth. Esta ciudad portuaria conoció su mayor desarrollo tras la fiebre del oro y, desde entonces, se convirtió en el núcleo de exportación de materias primas explotadas en la parte occidental del país. Aunque Australia ya gozaba de cierto gobierno interno semindependiente y contaba con su propio parlamento colonial, Inglaterra se ocupaba de su defensa y de sus relaciones con otros países.

Herbert no tenía más trabajo que permanecer en un garito de seguridad en el puerto. Echaba mucho de menos su Escocia natal y durante las noches de permiso deambulaba por las calles en busca de placeres que le hicieran olvidar sus penas y melancolía. En una de esas escapadas, en un cabaré local, se quedó prendado de una bailarina que representaba el baile del vientre egipcio. Se llamaba Margaret.

Margaret nació y se crio en Grecia. Ya desde su adolescencia empezó a aborrecer las costumbres y tradiciones locales, y fantaseaba con vivir una vida como la de los cuentos de hadas cuando fuese mayor. Su padre era pescador, y el destino de una joven de su clase consistía en trabajar cosiendo redes en el puerto y esperar a tener los años propicios para contraer matrimonio, que siempre se realizaba con un hijo de algún conocido de los padres y que, normalmente, vivía en la misma comunidad, apegada a las dichas tradiciones.

La vida anodina y de monótona crueldad de la joven Margaret, cosiendo a diario junto con su madre y vecinas en el puerto, muchas de ellas ya ancianas enlutadas, llegó a su fin cuando un grupo de teatro ambulante hizo su aparición en las inmediaciones del pueblo anunciando su espectáculo folclórico con estridente música.

Su madre le prohibió, tajante, ir. Su padre ya empezaba hablar de una inminente boda con el hijo de un rico vendedor de pescado de la lonja y, por esa razón, no debía pavonearse en público sin la estricta presencia y supervisión de la madre.

Cansada de la vida que llevaba en su pueblo con su familia, decidió fugarse con aquel grupo de artistas. El comienzo no fue nada fácil. Su juventud y su inocencia, así como su ignorancia sobre el mundo más allá de las fronteras de su pueblo, le pasaron factura, y fue continuamente explotada por parte de los miembros de aquel grupo de teatro itinerante. A pesar de eso, supo sacar partido de unas cualidades que desconocía hasta entonces: fuerza interior y tenacidad.

Aquellos gitanos le enseñaron cómo representar bailes tradicionales que, a su vez, mezclaban con estilos locales griegos de cara a llamar la atención de los espectadores. Como era hermosa y disfrutaba de un físico muy atrayente, era la primera en salir al escenario para ir abriendo boca al público.

Poco a poco, fue aprendiendo de la dura vida de aquellos nómadas. Pero al llegar a la ciudad de Atenas se dio a la fuga con el dinero que había estado ahorrando en secreto y se unió a otro grupo de artistas que salían del puerto del Pireo[6] con destino a Perth, en Australia.

Fue allí cuando, después de una función, el grandullón y rubio escocés se presentó en el camerino. Fue un flechazo; se enamoraron al instante y, pocos días después, contrajeron matrimonio. Margaret concluyó así su carrera artística; dijo su adiós definitivo al mundo del espectáculo, por el que tanto había luchado y aprendido.

Herbert era una persona musculosa y garrida. Sus rasgos faciales se mostraban ásperos y sus ojos grises parecían un reflejo del cielo de su nativa Escocia. Tenía muy poca cultura y, aunque se trataba de un soldado sin galones ni estrellas, a Margaret le recordaba mucho a su padre, al que nunca volvió a ver y cuyo recuerdo en más de una ocasión le llenaba de tristeza y nostalgia, al rememorar los momentos felices: cuando de pequeña jugaba con él en la playa, la primera vez que le llevó a dar una vuelta en su bote con motivo de su octavo cumpleaños o el recuerdo de su voz ronca de pescador formada por la humedad en alta mar, el alcohol local y el humo del tabaco barato. También recordaba las riñas de su madre como si fuese ayer, porque, como todas las mujeres de pescadores de entonces, trataban a su prole a fuerza de chillidos, como si imitaran a las gaviotas cuando aparecían en la playa las barcas llenas de pescado.

Tras cuatro abortos seguidos, el doctor les desaconsejó un nuevo embarazo, pero estaban decididos a tener un hijo y, al final, el 8 de enero de 1908, Margaret Evans dio a luz a una niña que bautizaron con el nombre de Mary Evans.

Mary tenía cuatro años cuando el regimiento de su padre fue destinado a Bombay. La armada británica en la India esperaba un inminente ataque por parte de Rusia. A principios del siglo XX era costumbre en el ejército que la mujer siguiese al marido por los diferentes destinos a lo largo y ancho del enorme imperio. De este modo, madre e hija le siguieron una semana después de su marcha.

A diferencia de las esposas de soldados de alto rango, los familiares de soldados rasos lo hacían en barcos de carga económicos, donde los escuálidos camarotes para la tripulación despedían un tremendo olor a salitre. Para los pasajeros que no estaban habituados a viajar en barco, el trayecto podía convertirse en un auténtico trauma debido a aquel mal olor, a la suciedad y a las costumbres de abordo.

A Margaret, habituada como estaba a vivir de un lugar a otro, pensar que iban a Bombay, que tenía fama de ser la ciudad más tolerante y abierta hacia los extranjeros de toda la India, la llenaba de optimismo y alegría, aun no sabiendo muy bien qué les depararía el futuro en tan exótico destino. El país, tan ancestral como rico en materias primas y, al mismo tiempo, tan lleno de pobreza extrema, era diverso en idiomas, religiones y cultura debido a las numerosas invasiones y dominios de pueblos extranjeros. Su historia convulsa e inestable se remonta a unos tres mil años antes de Cristo.

El viaje por mar duró dos semanas. Margaret y Mary desembarcaron en el reciente construido muelle Ballard, justo enfrente del palacio Taj Mahal, construido en 1901, símbolo de la elegancia oriental. Trabajadores del puerto, estibadores, curiosos, aventureros, mercaderes, una multitud de marineros extranjeros de toda procedencia, empresarios, turistas adinerados, elegantes damas con sombrillas… todos formaban parte del paisaje junto a vendedores ambulantes, mendigos, niños, mujeres, ancianos, inmigrantes de lejanas partes de la colonia india con distinto color de piel y religión, encantadores de serpientes, carros arrastrados por bueyes y otros empujados por hombres descalzos, *sadhus*[7] con largas barbas y cabellos enredados, desnudos y cubiertos de ceniza blanca por todo el cuerpo; un verdadero mosaico de gentes en aquel ajetreo rebosante de vitalidad en las inmediaciones del puerto.

En el año 1876, la reina Victoria se proclamó emperatriz de la India, y aquel territorio, al ser considerado uno de los más valiosos por sus innumerables y valiosas materias primas, fue calificado como «la joya de la corona». Sin embargo, bajo el mandato británico, la producción cultural india, floreciente en épocas anteriores, decreció,

fundamentalmente, debido a la falta de mecenazgo, pero también por la imperante y puritana censura victoriana. Los británicos pretendían hacer su vida colonial como si estuvieran en la metrópoli, con sus mismas costumbres y tradiciones, evitando todo contacto no estrictamente necesario con la población local: resultaban infrecuentes los matrimonios mixtos y mantuvieron una estricta y disciplinada separación con el pueblo autóctono indio.

Para Margaret, los primeros días en Bombay no fueron un cuento de hadas. Por un lado, la vida se mostraba tan multicolor como los saris que llevaban las mujeres indias. Pero, por otro, era tan despiadada como el sol, la humedad, las enfermedades, la podredumbre y el monzón. Dejando atrás los recuerdos desvencijados y amargos de su Grecia natal, y tras haber ganado coraje y tesón a fuerza de golpes y a base de tropiezos en Australia, por muy duros que fueran los próximos tiempos venideros, era consciente de su seguridad y fortaleza para afrontarlos en pie. Enseguida pudo aprender las costumbres religiosas, que no le resultaron extrañas a primera vista, ya que aquel mundo de los dioses hindúes marcando usos, formas y costumbres, como las numerosas fiestas locales, se correspondían con historias que se asemejaban a los mitos griegos con los que había crecido.

Desde el primer día tuvo que enfrentarse a su nueva vida administrando los gastos domésticos con el poco dinero que traían consigo. Herbert alquiló un pequeño apartamento en el barrio de Colaba, zona de residencia para las muchas familias de soldados rasos que, a diferencia de los bungalós y casas de los europeos ricos y de los millonarios maharajás, no era muy hermosa: ni había parques cercanos ni jardín verde donde correr. Allí pasó Mary su infancia.

El apartamento se encontraba ubicado en la planta superior de un edificio situado en medio de las conglomeradas viviendas en torno a los muelles del puerto, con calles tortuosas llenas de desperdicios y con un ambiente enloquecido de griterío de vendedores y los ensordecedores e ininterrumpidos estrépitos metálicos, bocinas y sirenas, y gente que andaba con prisas. En los días lluviosos del monzón, las calles se transformaban en un barrizal marrón lleno de escoria, y en los días calurosos de verano se podía ver a los perros sufrir durante el día y a las vacas espantar moscas a la sofocante sombra de los templos hindúes.

Margaret hablaba un inglés con un fuerte acento griego que le acompañó durante toda su vida al igual que a su hija. Este motivo, así como el no ser de origen británico, le dificultó encontrar una ocupación. Pero debido a su condición de esposa de un soldado, pudo obtener trabajo en una fábrica textil cercana, donde se dejaba los dedos y los ojos cosiendo durante quince horas diarias.

A finales del siglo XIX, Bombay se transformó en un auténtico centro textil, ya que Inglaterra dejó de importar algodón de Norteamérica para hacerlo desde la India. Con el paso de los años, Bombay se convirtió en una ciudad cosmopolita, se expandió sistemáticamente y se convirtió en el epicentro del comercio y de la industria de la colonia británica. Atrás quedó lo que, en un principio, fue aquella ciudad: un insignificante enclave pesquero que los portugueses dieron como regalo de bodas a los británicos en 1661, cuando Catalina de Braganza se casó con el rey Carlos II de Inglaterra. Los portugueses llamaron a ese lugar *Bom Bahia.*[8]

Hasta el siglo XIX, aquella bahía pasó desapercibida y no se consideró que tuviera mayor interés, pero todo cambió con la apertura del canal de Suez en 1869, que redujo la travesía marítima a la India a tres semanas escasas. De inmediato se convirtió en una zona estratégica como lugar de salida por el oeste para mercancías procedentes de toda la India. Así, en unos años, emergió como el centro industrial más grande de toda Asia.

Este desarrollo fue posible gracias a la innumerable mano de obra. Pronto, la ciudad de Bombay se convirtió en un refugio de inmigrantes procedentes de todos los lugares de la colonia y, en especial, para aquellos que eran perseguidos por la justicia. El número de fábricas creció rápido en el centro de la ciudad y los trabajadores vivían en sus alrededores en condiciones miserables. Aquel conglomerado de gente construyendo viviendas en tan poco espacio y amontonados en la periferia del puerto pasó factura a la emergente ciudad.

Tuvo que ser la peste bubónica, a finales del siglo XIX, la que concienciase a la administración británica para poner en marcha un plan urbanístico: ampliar calles, crear parques, plantar árboles... porque sin orden no era posible una vida social. En el interior se fueron construyendo suntuosos bungalós señoriales para escapar de la humedad del mar, se erigieron edificios de estilo victoriano en tonos pastel, así como iglesias anglicanas con sus torrecillas, y Bombay fue considerada, por así decirlo, la primera ciudad moderna de la India.

Pero, a pesar de esto, las calles seguirían sucias y estrechas, llenas de vacas flacas rumiando con indiferencia entre el gentío; las casas con aspecto destartalado, la gente desaliñada, de mal aspecto físico y a medio vestir con tan solo una tela sobre la cintura como única ropa. Los numerosos mendigos y trabajadores, aquellos que llaman *coolies,*[9] andaban descalzos sobre el abrasador suelo ya que habían desarrollado varias capas de piel protectora bajo sus pies. Hasta cuando se tumbaban en los alrededores de los muelles esperando a transportar nuevas cargas sobre sus hombros o estirados a la sombra de las carpas de tela de las tiendas ambulantes, dejaban sus llagas expuestas, enconándose al ardiente Surya.[10] Había ocasiones en las

que, incluso, las viviendas en Bombay iniciaban un inesperado descenso hacia el centro de la tierra, desapareciendo por completo, como si hubiesen sido construidas sin cimiento suficiente sobre aguas pantanosas.

3.
Viaje a los interiores de la colonia

Apenas nada rompía la complaciente monotonía en la casa, tan solo los ruidos de los quehaceres domésticos, niños jugando en el patio y corriendo en tropel por las escaleras y conversaciones de vecinas que se adentraban por las ventanas abiertas. Pero la Primera Guerra Mundial había comenzado y, aunque esta tenía muy pocas consecuencias en Bombay, el regimiento de Herbert se preparaba para un próximo traslado a Europa. La humanidad no había presenciado una contienda tan sangrienta desde sus comienzos. Hubo quien dijo que el motivo que llevó a tantas naciones a la guerra fue luchar por la democracia. Otros sostuvieron que se debía al atentado contra el archiduque Francisco Fernando y su esposa, la princesa de Hohenberg, en Sarajevo.

Semanas antes de la partida, Herbert volvía a casa a mediodía junto con sus compañeros con sus *kilts*[11] y sus barbas negras y pelirrojas, y al son de las gaitas organizaban bailes en el vecindario con música escocesa. Con él, sus amigos del regimiento podían estar bebiendo hasta desfallecer sin que se volvieran violentos ni groseros. Para Herbert, la amistad era uno de los bienes más excelsos. En el líquido que llegaban a beber durante aquellas reuniones habría podido flotar un navío real. Mary, desde muy niña, aprendió aquellas polcas y bailes escoceses, y estas fiestas folclóricas con sus típicas danzas, canciones y alegrías hasta bien entrada la noche son las que retuvo en la memoria para siempre asociadas con el recuerdo de su padre.

Meses más tarde, Herbert y sus compañeros de regimiento cayeron en una ofensiva contra las tropas alemanas en Reims. Margaret quedó desolada, herida por tan profundo sufrimiento, a pesar del continuo consuelo de las demás mujeres de su vecindario, que no pudo evitar que su estado de desesperación fuese advertido por su hija pequeña, que apenas lloraba. A su edad, Mary parecía más desconcertada que afligida tras conocer la pérdida de su padre.

Durante los días posteriores a la tragedia, no sabía si debían quedarse o no en la India, volver a Australia o a su Grecia natal. Como Mary estaba en edad escolar, decidió mandarla interna a un cercano colegio de monjas.

Mary permaneció siete años en ese centro y, durante todo aquel tiempo, solo pudo ver a su madre los fines de semana. Mientras tanto, Margaret se mudó a un apartamento de una sola habitación e intentó los más diversos trabajos para poder salir adelante con dignidad.

Pensó volver al oficio del espectáculo de variedades, pero lo desestimó al recordar su promesa a Herbert de que nunca volvería a trabajar de tal forma. Sin embargo, como sabía que era hábil con las manos, decidió seguir empleada por fábricas de textiles para poder subsistir y pagar los estudios de su hija.

La administración británica delegó la dirección de los colegios en la India a los misioneros. Había miles de conventos por toda la colonia regentados por religiosos católicos. Los estudiantes, en su mayoría, eran hijos de padres que no se podían permitir mandar a sus vástagos a Inglaterra para que recibieran una mejor y brillante educación. Fue solo a partir de 1900 cuando niños indios de diferentes religiones pudieron ser admitidos. Poco a poco, los valores extranjeros fueron dejando huella en la sociedad autóctona. La honestidad era una de las virtudes que con más énfasis aleccionaban a los estudiantes de origen indio: «*Di la verdad como un inglés*» era una frase muy habitual que se podía escuchar, ya que, por las costumbres indias inherentes al carácter de sus pobladores, no prestaban ninguna o más bien poca importancia en ser honestos. Muchas veces, al querer evitar ser maleducados, contestaban diligentes, con ademanes de cabeza, «*sí, sí*», aun cuando querían decir «*no, no*», para mayor desesperación del interlocutor.

Pero Mary no tenía el más remoto interés por los estudios. En su mente barruntaba otras cuestiones en las que pensar. No hallaba en ninguna asignatura un aliciente por aprender y, así, su imaginación volaba mientras las horas de clase transcurrían lentas, aburridas y con pesadez.

En las escuelas existía una jerarquía en cuanto a la atención y el cuidado de las alumnas. A las niñas británicas se les trataba con mayor conmiseración que a las nativas y anglo-indias. A Mary la encasillaron en esta última clasificación, ya que, aunque descendía de madre griega y padre escocés y había nacido en Australia, al hablar el idioma inglés con tan fuerte acento griego, las personas que la escuchaban por primera vez y no estaban habituadas a él encontraban incomprensible lo que quería decir y se sentían desconcertadas sobre su origen.

En el colegio debían tener una perfecta dicción de inglés británico y hablar con un vocabulario pulcro. De no ser así, clasificaban a cada estudiante según una escala social concreta. Mary se identificaba más con las nativas que con las británicas, ya que ella había crecido rodeada de gente obrera, indios cipayos empleados en el ejército y de las clases sociales más bajas como la de la comunidad de soldados rasos.

En clase, las niñas británicas, con un carácter mezquino, mostraban su superioridad humillando a sus otras compañeras valiéndose del

buen dominio del idioma inglés, haciendo uso de palabras, connotaciones o frases que dejaban estupefacto al que ignoraba su significado ante las risas burlonas de los demás. Por esa razón, Mary se esforzaba en imitar el acento de sus compañeras inglesas.

—Mary, deja de hablar con ese acento tan artificial, por el amor de Dios —le pedía Margaret a su hija cuando se veían después de muchos días—. Una persona que ve en las palabras no su significado sino su sonido está muy cerca de parecerse a un completo idiota.

Empezó a cantar en los coros de la iglesia cuando las monjas se percataron de su dulce y encantadora voz. Por ello, le daban piezas musicales para cantar ella sola. Aun dándole un trato preferencial sobre sus compañeras, Mary se mostraba rebelde y se ponía a bailar en los pasillos o dentro de las aulas con movimientos locos del charlestón, ante la admiración y el júbilo de sus amigas y la mayor desaprobación de sus profesoras, a quienes imitaba con un extraordinario sentido de la mímica.

Eran los años veinte y las noches en Bombay se vivían hasta el amanecer: el jazz, los bailes de salón, las funciones teatrales, sesiones de cine mudo, ópera con tenores extranjeros… Cuando Mary iba a visitar a su madre durante los fines de semana, esta le daba unas monedas para que fuera al cine con sus amigas. No todas las familias permitían a sus hijas ir al cine, ya que lo consideraban muy chabacano y para clases bajas. Pero Margaret no tenía esa mentalidad y permitía a su hija ir tantas veces como quisiera. Una de las películas que le causó mayor impacto a Mary fue *Salomé*, protagonizada por Theda Bara.

Por entonces, la mayoría de la gente opinaba que dedicarse al cine no representaba una profesión respetable. El eufemismo empleado para referirse a una prostituta era «actriz de cine». Por ello, Mary causó un gran escándalo en su colegio cuando expresó su deseo de ser actriz al ser preguntada por las monjas sobre la profesión que deseaba ejercer cuando fuera mayor. Al día siguiente, fue llamada por la madre superiora, quien se lo volvió a preguntar con la intención de darle un castigo corporal si seguía manteniendo lo mismo. Sin embargo, Mary, que lo presentía, precavida, contestó con alegría ante la perplejidad de la monja:

—¡Payaso!

La superiora era una mujer oronda que consideraba necesario cambiar su tono de voz al dirigirse a las niñas. Así pues, hablando con dulzura, aunque con cierto carraspeo leve, ladeando la cabeza mientras su papada se balanceaba, le dijo:

—Pero si son personas tristes, hija mía… La gente se ríe de ellos por la calle… y en los circos…

—Pues yo seré un payaso distinto en el circo. Me reiré del público,

en medio del escenario. Me reiré hasta volverme loca de la risa. Contrataré a un grupo de enanos, nos desnudaremos en medio de la calle y nos reiremos de todos.

Al oír esos comentarios, la superiora se disgustó tanto que le dejó la cara enrojecida tras un acceso de tos estertorosa con tales convulsiones que tuvo que ser admitida de inmediato en un hospital cercano.

El ejército británico cuidaba más bien poco a las familias de soldados fallecidos de su ejército. Muchas de ellas tenían que buscar apoyo y sustento económico, aunque fuese de algún familiar lejano.

Margaret consiguió que un amigo de su marido las aceptase en su granja, situada en los interiores de la colonia, en concreto, en lo que actualmente es Pakistán. Al anunciarlo en el colegio, las monjas se escandalizaron y llamaron la atención severamente a Margaret, advirtiéndola de que su hija acabaría siendo una perdida. Aquellos lugares en los interiores, cerca de la frontera, lejos de las iglesias, los colegios y de las influencias de valores sociales británicos, los consideraban muy problemáticos para que creciera allí una joven adolescente como Mary.

—¡Allá no hay otra cosa que pecado y miseria! —le advirtieron.

Mary estaba entusiasmada, ya que no había salido nunca de Bombay. Ni las películas que había visto en el cine le habían dado la sensación de plenitud que tenía al contemplar desde la ventana de su vagón tan majestuosos paisajes. Viajaron durante días en tren, cruzando la región de Gujarat, el desierto de Thar y alcanzando el macizo montañoso del Hindú Kush, en dirección noroeste.

Acaba de cumplir los catorce años y siempre había oído de su madre que tanto ella como sus rigurosas profesoras esperaban que se convirtiese en una joven típica de ciudad. Ahora se encontraba imaginándose un futuro totalmente distinto en el campo, en los interiores de la colonia.

El amigo de Herbert, llamado Michael MacPherson, había explicado por carta a Margaret que no solo él y su esposa harían todo lo posible por ayudarla acogiéndola, sino que también conseguirían un trabajo para ella. Pero con relación a Mary le aconsejaron que sería mejor dejarla interna en Bombay, ya que aquellos lugares donde vivían no eran adecuados para adolescentes. De hecho, mencionaron que no había niños en aquel territorio. Pero Margaret se negó a irse sin su hija, aun sabiendo que en aquel nuevo lugar ni siquiera habría un colegio donde educarla.

Al final, el tren llegó a su destino, Peshawar, una ciudad que fue principal centro de la antigua ruta de la seda. Al preguntar en el andén, se dieron cuenta de que la dirección donde tenían que ir se ubicaba a las afueras, territorio más adentro. Cuando por fin llegaron,

se encontraron con una finca llena de caballos. Nunca habían visto tantos caballos juntos, habría centenares, miles. También había muchos perros, gallinas, vacas y cabras. Nada de cines, edificios, teatros o tiendas; nada de aquel mundo cosmopolita en el que habían habitado en Bombay.

El conductor del carromato que las transportó les comentó durante el trayecto algo insólito que desconocían y que dejó a Margaret con un aire de preocupación: aquel lugar, aquel puesto fronterizo del ejército situado en la ruta de Kabul con Delhi, se conocía como una de las zonas más peligrosas de toda la colonia británica a la vez que, estratégicamente, más importantes. Por este motivo, se vivía en alerta permanente por el peligro de ataques de grupos de rebeldes y, además, sucedían de continuo muchos asesinatos y crímenes. Las mujeres y los niños siempre viajaban acompañados por escoltas bien armados. Eran muy comunes los asaltos y ataques con cuchillos por parte de insurgentes. Por cualquier descuido le podían cortar a uno la garganta. Este tipo de incidentes ocurrían en especial por las noches. Por el día, el peligro radicaba en caer en emboscadas.

Aquel lugar también era famoso por ser un centro de fabricación de armas, y los habitantes de la zona disparaban sus rifles contra cualquiera que les faltase el respeto, fuera o no miembro de sus propias familias. Había disparos de forma continuada, tantos que los hospitales y clínicas estaban llenos de pacientes: hombres, mujeres y niños, todos heridos por bala en algún lugar del cuerpo, en la pierna, el rostro, el brazo o el vientre. Disparaban con la misma frecuencia con la que uno se saca un pañuelo cuando se encuentra resfriado. Los clanes tribales de religión musulmana se caracterizaban por el extremismo en sus costumbres y resultaba común cortar la nariz a las mujeres a la menor sospecha de infidelidad.

Las abarrotadas y numerosas celdas de prisión en la cárcel de aquel enclave cercano a la frontera se correspondían con lugares infames donde se propagaban enfermedades infecciosas con una facilidad pasmosa. No solo los prisioneros indios sufrían el contagio sino también los propios jueces, quienes muchas veces morían antes que el criminal a quien acababan de condenar a la pena capital.

En aquella época, la condena a muerte era una resolución penal muy corriente. Como en la metrópoli londinense, la mayoría de los delincuentes recibían la misma sentencia: se sentenciaba a muerte al rebelde, al ladrón, al contrabandista de armas y al que robaba un caballo del ejército. Lo cual tenía la ventaja de simplificar de manera considerable los procedimientos legales. ¡Qué más les daba a los administradores coloniales! Un indio más o menos no podía afectar al comercio lucrativo del imperio.

Mary no había pasado su infancia en salones de té ni rodeada de

miembros de la alta alcurnia británica como para que el choque social le afectase en profundidad. Sin embargo, la lucha de culturas en aquella zona salvaje, comparada con la caótica urbe de Bombay, le pareció enormemente romántico y excitante. Además, pensaba satisfecha para sus adentros: «*¡Qué necesidad habrá ahora de tantos numerajos feos escritos por las monjas en la pizarra, de tantas cuentas interminables en los deberes que tenía que hacer en casa para el día siguiente, de tantas progresiones, ecuaciones matemáticas y demás zarandajas!*». A Margaret, por el contrario, aquel lugar le asustaba.

4.
Vida en el recinto del ejército británico

Michael había sido superior de Herbert en el ejército, además de ser amigos. En una ocasión, Herbert le salvó la vida durante la Gran Guerra. El hecho de estar en deuda de por vida con su difunto compañero fue el motivo por el cual sintió el deber de acoger a Margaret y Mary. Contaba con apenas cuarenta años, pero parecía tener veinte más, por su rolliza figura, por su rostro enrojecido y por su pensamiento refractario de que la India o cualquier otra colonia del Imperio británico se declarasen independientes. Tenía una gordura imponente y una papada que sobresalía en el borde inferior del cuello y que, cuando hablaba, bamboleaba con viveza como si fuese un abultamiento carnoso relleno de gelatina.

Michael albergaba la noble idea de que el mundo se había hecho para ellos. Su divisa era la siguiente: «*La India y todo lo que contiene es y siempre será indiscutiblemente una posesión británica*». Vivía junto con su esposa, Elisabeth, en aquel lugar donde criaban caballos en exclusividad para el ejército.

Con el querido y añorado recuerdo de Herbert en la memoria de todos, pronto dejaron las formalidades y trataron a Mary como una sobrina y a Margaret como una hermana.

Mientras Margaret trabajaba como cocinera en la cantina del cercano puesto fronterizo de soldados, Elisabeth quiso mantener a Mary ocupada instruyéndola en las labores de la casa: cocinar, coser, bordar manteles y sábanas, hacer cortinas escogiendo las telas correctas y mantener el cuidado del bungaló tan grande que poseían, adyacente a la granja situada justo enfrente de la enorme cuadra de caballos. Pero Mary, al igual que su mata de cabello rubio que se resistía a todos los intentos por ser domeñada, no prestaba atención alguna. Había ayudado a su madre a coser bordados durante su estancia en Bombay, ya sabía ella suficiente sobre telas. Así que tan pronto terminaba su trabajo a regañadientes, se marchaba corriendo a explorar los alrededores.

Como consecuencia de sus continuas desobediencias, creció en Elisabeth el odio hacia Mary y las ganas de infligirle un castigo físico y severo. Conteniéndose, mostraba un aspecto como si quisiese echar espumarajos por la boca, rugir, rabiar y ponerse cataléptica.

Elisabeth había sido enviada por sus padres a la colonia con el único fin de contraer matrimonio con algún oficial del ejército. Aquella decisión —que supuso para ella el separarse de sus hermanos

y abandonar para siempre Inglaterra— había dejado huella en su carácter resentido. Poseía un rostro en apariencia delicado, el cabello moreno y de brillo castaño, que solía recoger en un gran moño en la nuca. En su nariz, muy bien formada, radicaba, precisamente, la única alteración visible en su cara. Mary pudo observar cómo en diversas ocasiones los orificios de su nariz cambiaban de color al dilatarse o contraerse. Pero, en general, sus facciones expresaban cualidades que parecía que solo ella percibía: la crueldad y la perfidia. No se podía negar que su rostro fuese hermoso. Trabajaba mucho en la casa, vestida con su delantal, y cuando salía a sus parterres llevaba un distintivo sombrero de paja y pantalón. Después de su baño de las 17:30, se sentaba en una mecedora en el jardín y en silencio se dedicaba a hacer ganchillo.

—El remedio está en la calma, hija —solía decirle Margaret—. Limítate a sonreír, a ser amable y a conservar la cabeza alta. Diga lo que te diga Elisabeth, tú no debes perder los nervios.

La verdad es que Mary era incapaz de hacer nada que le agradase a Elisabeth. Si por la mañana le decía, con gesto risueño:

—Hola, tía Elisabeth. Hoy hace un día estupendo, ¿verdad que sí?

Recibía por respuesta:

—No me llames tía, no soy tu pariente. Y no me digas «*hola*». ¡Debes decirme «*buenos días, señora*»!

Siempre se dirigía a ella con un tono hiriente.

En el recinto del ejército británico, algunas tardes organizaban bailes y obras de teatro. A Mary siempre la hacían cantar debido al gran repertorio de canciones populares escocesas que conocía. Una orquesta del ejército improvisaba canciones folclóricas. Muchas de estas canciones las tenía en discos Michael. Así, durante el día, Mary se pasaba una y otra vez escuchándolos hasta que se sabía la letra y cantaba casi exactamente igual que la cantante profesional.

* * *

Estábamos sentados en el sofá del salón bajo un enorme ventilador que nos brindaba una agradable brisa. Todo el apartamento de Nadia se encontraba decorado con cuadros y artículos de decoración típicos de la India. Daba la impresión de ser una variedad de objetos que habían sido coleccionados durante muchos años. Excepto los espejos y el sofá, que eran de diseño moderno, el resto de los muebles disfrutaban de un estilo tradicional indio.

Después de volver de la cocina con la hielera rellenada porque los pocos cubitos de hielo que había en un principio se habían derretido con una rapidez pasmosa, siguió contándome:

—Una mañana, Elisabeth me mandó ir a la granja a coger zanahorias. Cuando salía de la casa con una bolsa, me dijo:

»—Supongo que ya sabrás que las zanahorias no crecen en los árboles, ¿no es así?

»—¿Y dónde están si no? —le dije tomándole el pelo.

»—Tú, idiota de niña. ¡Escondidas en la tierra!, como los tomates.

»—Querrás decir como un tesoro —le dije con intención de ponerla más avinagrada.

»Elisabeth me lanzó un cubo metálico que acabó impactando justo en el tabique mientras me soltaba improperios cuando salía corriendo por la puerta.

»Una vez en el huerto, me puse a buscar aquí y allá, y no encontré zanahorias ni tomates. Lo que no sabía es que me había confundido y me había metido en otro huerto. Pero yo me puse a cavar y a cavar. En una ocasión, con la pala di con algo metálico. Seguí cavando y saqué de la tierra una espada oxidada. Satisfecha con mi descubrimiento, me propuse seguir y saqué un casco militar roto. Lo dejé a un lado y decidí cavar alrededor, y me encontré un fusil oxidado. Así, seguí y seguí.

»Después del esfuerzo de haber cavado un hoyo enorme en la tierra, me había entrado sed y decidí entrar en la casa para beber agua, pero lo hice sin poder ser vista. Mientras tanto, al haber pasado tanto tiempo desde mi salida, Elisabeth fue en mi busca. Tras ver que en el huerto de la granja no estaba, empezó a dar voces y dando gritos entró en el otro y… ¡catapumba!, se la tragó la tierra y se cayó de cabeza en el agujero que había cavado.

»—¡Ay! —gritó Elisabeth—. ¡Ayuda! ¡Por el amor de Dios, sacadme de aquí!

»Unos soldados llegaron con un grupo de caballos para lavarlos. Pusieron en marcha la noria y el agua empezó a borbotear también por las acequias cayendo al hoyo. Al oír gritos histéricos que salían del agujero del huerto, fueron corriendo y vieron a Elisabeth bañada en barro de pies a cabeza. Pararon de inmediato a la mula que daba vueltas a la noria y la sacaron de allí. Cuando apareció frente a mí cubierta de mugre por completo, le dije deliberadamente, de manera porfiada:

»—¿Sabes, tía Elisabeth? He estado escarbando y escarbando… pero… ¡demonios!, soy tan tonta que no he encontrado zanahoria alguna.

—Aquel día me quedé castigada sin cenar y me mandaron a dormir al gallinero con alrededor de quinientas gallinas de todos los colores. Los gallos dormían en lo alto y los pollos en los cestos tapados con telas de sacos. Por las mañanas, eso era un desmadre; todo lleno de plumas, de quiquiriquíes; un ruido ensordecedor y toda aquella turba



alada saltando de un lugar a otro.

5.
Un caballo llamado Tommy

El principal medio de transporte era el caballo, y a Mary, convertida en una auténtica amazona, con motivo de sus quince años, Michael le regaló un caballo manso castrado y marrón al que bautizó con el nombre de Tommy. Con él iba al mediodía a un río cercano a jugar y por el camino se encontraba con soldados que se dirigían al campo de tiro a practicar. Muchas veces la invitaban a que observase cómo disparaban al blanco y la enseñaban a cargar el fusil, la pistola y la postura reglamentaria que había que adoptar antes de apretar el gatillo. Esta destreza le ayudaría años más tarde cuando actuaba en películas de acción. Un importante consejo que le dieron, y que nunca olvidó Mary, fue la colocación del fusil a la altura correcta del hombro, ya que, tras el disparo, el arma descargaba gran fuerza hacia atrás. Si se colocaba erróneamente, podía dislocar el hueso.

Una vez que estaba sola en el río, Mary imitaba a los soldados utilizando una rama de un árbol como fusil y una pistola hecha de madera. Simulaba que disparaba desde arriba del caballo o simulaba que entraba montando a Tommy y, sin esperarlo, se encontraba en medio de una emboscada, se lanzaba al suelo dando una voltereta, desenfundaba y ¡pum, pum, pum!, iba liquidando a los enemigos hasta que se quedaba sin munición. Entonces silbaba a Tommy, este se aproximaba y ella alcanzaba su munición de reserva para seguir defendiéndose frente al fuego enemigo.

Los soldados eran subalternos de Michael y la trataban con tremenda cortesía. Le enseñaron diversos trucos sobre cómo desenfundar y tomar una posición de defensa rápidamente ante un ataque inminente, desfilar al son de populares canciones militares y le relataron innumerables anécdotas de recientes incidentes de combates contra rebeldes indios.

—Mary —dijo el sargento Williams—, te voy a dar una lección que nunca olvidarás. ¿Has escuchado alguna vez la expresión «*más moscas se cogen con una cucharada de miel*»? ¿No? Pues, siéntate. ¡Escucha! Te lo voy a explicar… Te voy a enseñar la técnica de la perfecta emboscada, llamada en el arte militar «el cebo» —prosiguió el sargento—. Si quieres que un gato tenga ganas de leche, se la debes mostrar antes, pero, si quieres que un perro se arroje sobre su presa, conviene que antes se la dejes ver.

Mary, sentada sobre una enorme roca, embelesada una vez más por tales historias, le escuchaba encandilada. Aunque había un

soldado que exageraba al relatar sus experiencias, describiendo con hilarante mímica cómo luchó cuerpo a cuerpo con veinte asesinos de un culto sagrado hindú que le rodearon para capturarle vivo y sacrificarlo a la diosa Kali.[12]

Sin embargo, algunos de ellos no reprimían su odio hacia los indios en general y exponían sus ideas para hacer volar un pueblo entero y suprimirlo de la faz de la tierra. Expresaban entre ellos sus opiniones sobre qué métodos emplear para poder prescindir de todos los indios de la colonia que no fuesen productivos como mano de obra. Argumentaban que de los que fuesen incapaces de realizar trabajos físicos, holgazanes, escuálidos y miserables se debía prescindir de forma parecida a como ocurría con el exterminio de los perros cuando se les proporcionaba una muerte lenta con pimienta picante en la cola. Pero aquellos cuya muerte pudiese beneficiar al comercio, comentaban que habría que exprimir sus cuerpos con unos rodillos especiales para sacarles la grasa y utilizar esta para la producción de jabones. Experimentos, decían, que ya se estaban llevando a cabo en las montañas del norte y en Cachemira.

El sargento Williams, con su imponente aspecto físico, su fuerte personalidad y su cargo era una persona que transmitía respeto y admiración y a quien los soldados de la compañía de Peshawar tomaban como modelo a seguir y ejemplo de supervivencia en aquellas tierras violentas; lugares lejanos de la metrópoli donde acababan destinados muchos de ellos con mala reputación: la hez del ejército, los individuos más bestiales y crueles.

El sargento era de la opinión de que la navaja nacional francesa —aquella que afeitaba de manera excelente— habría que reinstaurarla en la India para mantener la firmeza a los indios y evitar así los amotinamientos y los deseos de independencia. La guillotina se postulaba como tema de sus continuas bromas.

—Estos serían los beneficios de tener a esa jodida hembra. Primero, sería el mejor remedio para el dolor de cabeza. Segundo, le daría al cutis un color delicado. Tercero, prevendría que el cabello encaneciese. Ja, ja, ja, ja…

En cierta ocasión, el sargento Williams, tras detener a unos delincuentes comunes a las afueras de un pueblo, quiso degollar a uno de ellos. Le gustaba comentar que había leído que las personas ejecutadas en la guillotina durante la revolución francesa *disfrutaban* de un tiempo en el que comprobaban cómo los asistentes a la ejecución les vituperaban cuando el verdugo les alzaba la cabeza para mostrarla al público. Esto solo era unos segundos, que es el tiempo que tarda el cerebro en perder su aporte sanguíneo. La cabeza seccionada del cuerpo continuaba viviendo un cierto tiempo, ya que no estaba muerta, sino moribunda. Así pues, se dispuso a

comprobarlo. Con un repentino ataque enardecido de patriotismo, mientras soldados sujetaban a la víctima estremecida con la frente perlada en sudor, sacó su espada mientras repetía gritando: «*Avanza el enemigo a paso redoblado, al viento desplegado su rojo pabellón. Y nuestros granaderos, aliados de la gloria, inscriben en la historia su página mejor*.»[13] Pero, ante las risas de los soldados, el pobre indio murió de *shock* por la angustia y ansiedad que le causó tal macabra intención.

Las inquietantes opiniones de aquellos miembros del ejército británico hacia los habitantes autóctonos indios obedecía a la consideración de que la madre patria Inglaterra era guiada por jerarcas, oficiales y políticos más malvados que ellos por el hecho mismo de haber impulsado desde un principio la colonización. De este modo, en el subconsciente de aquellos soldados rasos destinados en las inmediaciones y extremos de la colonia india, tenían la idea de que su presencia no era ni mucho menos para evitar la efusión de sangre ni para contribuir en sostener los derechos a la piedad y a la humanidad, que entonces parecían completamente desconocidos. La maldad y la ruindad todo lo disculpaba. Incluso para el sargento Williams y sus cómplices, el mal no era más que la cantidad de sombra necesaria para que brillase el bien y el porvenir de la colonia británica.

Una de esas tardes en las que Mary pasaba el tiempo jugando en el río, no se le ocurrió otra cosa que ser víctima de un ataque de fuego enemigo, pero, esta vez, con cañones, y para simularlo levantó una piedra enorme que dejó caer con fuerza en el agua al mismo tiempo que soltaba un sonoro grito al pretender que había sido alcanzada en una pierna por metralla. El estruendo fue tal que Tommy se asustó, soltó las riendas con las que se encontraba atado a un arbusto y salió galopando.

Cuando volvió a casa, Mary se sentía totalmente devastada. Hasta tuvieron que llamar a un doctor del regimiento, ya que de tanto llorar a raudales y el pánico que le supuso el perder a Tommy se le originó un fuerte dolor de cabeza que se tradujo en fiebre.

Mientras Michael la mimaba y consolaba, Elisabeth la acusó de ser una irresponsable castigándola sin salir de la casa en tres días. Margaret, en deuda con la hospitalidad que les brindaban, no pudo sino encajar una amarga mueca de conformidad y le decía a su hija que, bien mirado, Elisabeth tenía razón.

Durante los siguientes días, iba al río y se quedaba sentada en la orilla con la vaga esperanza de volver a ver a Tommy. Hasta que, al cuarto, mientras se comía una manzana, alguien le golpeó en la espalda y la hizo caer rodando sobre la hierba. De inmediato, al darse la vuelta desafiante, se encontró a Tommy rezumando. Se hallaba rendido e indeciblemente sucio, pero contento de haber vuelto.

6.
Elisabeth y la guerra de los tomates

El tiempo pasó. Tras los días vinieron los meses, y así transcurrieron dos años.

En Elisabeth creció la animadversión hacia Mary. Durante los primeros días, incluso ella pensó que podría hacer de madre, ya que, por la ausencia de Margaret debido a su trabajo a las afueras de la granja, tal vez, encontraría a una niña ansiosa de cariño y protección. No obstante, lo que encontró desde un principio fue que Mary se ponía rígida si ella la acariciaba, no queriendo que se propusiese suplantar a la fuerza a su madre. Mary se volvió desobediente y la evitaba a toda costa. Elisabeth decía en voz baja a la mínima contradicción: «*¡Si te hubiese cogido más pequeña, te habría enderezado a palos!*».

Un día que la vio rezando en su habitación, quiso descargar su ira hacia ella.

—¡Demonio! ¿Me puedes decir que estás haciendo?

Tras guardar unos segundos silencio, mirando durante un momento aquellos ojos fijos y helados dispuestos a aniquilarla, contestó con desafío:

—Estoy rezando mis oraciones.

—Conque rezando, ¿eh? Ya sabía yo que todos mis males son causados por tu culpa desde que has puesto los pies en esta casa. Te propones rezar de rodillas contra mí. Es eso, ¿verdad?

—No rezaba contra ti, sino por ti.

—Ja, ja, ja, ja —rio Elisabeth a grandes carcajadas para cambiar a un rostro serio lleno de odio—. No es verdad. Rezas contra la prosperidad de este hogar. ¡Lo sé! Y no quiero que reces más. No quiero que siga viniendo la mala suerte a mi casa.

En el mismo momento que iba a agarrar del pelo a Mary, se oyó abrirse la puerta principal y sonar la pequeña campanilla de la entrada.

—¡A fe que tienes suerte, jovencita! Si no tuvieses una madre ahora mismo, ¡ya te habría atizado tan fuerte que no podrías levantar los brazos para llevarte el pan a la boca! Ahora levántate y baja a comer a la cocina. Largo de aquí —le gritó con tono hiriente.

Mary no podía tomarse en serio nada proveniente de Elisabeth. En general, siempre se tomaba las cosas por el lado festivo e, incluso, en los momentos de más seriedad y en las situaciones más angustiosas o de intranquilidad, soltaba una frase irónica y justa que sorprendía

cuando no molestaba.

* * *

—En esa mujer ni el frío ni el calor de aquella zona fronteriza tenían ninguna, o más bien poca influencia en ella. No había calor que pudiese calentarla, ni tiempo invernal que la enfriase. Durante los días de intenso frío, granizo y nieve parecía como si tuviese un traje de neopreno como ropa interior. Cuanto más extremo fuese el clima, parecía que más se endurecían sus modales.

»Te voy a contar cómo unos picorcillos me advirtieron de que habitaba con una infinidad de habitantes invisibles, pequeñitos, pero que muy pequeñitos, como los de un punto de rotulador negro, ¡pero con unos dientes tan fuertes como los de un cocodrilo hambriento!

»Cuando Elisabeth cocinaba su budín inglés tan típico de ella, yo notaba dos cosas: un olor tremendo a ropa mojada en la cocina —el trapo que cubría el pastel— y, en segundo lugar, que acababa ella enrojecida y sonriendo de manera inusual; se encontraba algo chisposa de tanto probar el ron que utilizaba como ingrediente. Mientras yo limpiaba los cubiertos, dudaba de que ella supiese la cantidad exacta de gramos de manteca, frutos secos y unidades de huevos que empleaba. Pero, aun haciéndolo todo a ojo, le salían unos pasteles riquísimos.

»Pues estaba yo en la cocina limpiando cuando Peter, uno de los cocineros de los soldados —de roja cara, con una cicatriz que le surcaba desde la ceja de un lado hasta la comisura de la boca del otro, cortándole el labio superior, y con una prominente verruga como la cresta de un pavo encima de la ceja izquierda— me pidió ir, desde fuera de la ventana, a acompañarle a recoger tomates en el huerto. Habían plantado un huerto solo de tomates y crecían tantos que muchos ya se estaban poniendo malos porque nadie los recogía.

»—Vete y me traes una cesta llena, ¿me oyes? —me ordenó Elisabeth—. No quiero que cometas ninguna tontería. Vienes aquí inmediatamente.

»Peter era de Irlanda, grandullón y muy buena persona. Muchas veces me daba chocolate a escondidas que sacaba clandestinamente de la despensa de la cocina del regimiento. Aquel chocolate era puro cacao y tan duro como la piedra. La única forma en que se le podía hincar el diente sin que se te rompiese era calentándolo. En verano, yo ponía la gruesa tableta rectangular sobre una piedra y esperaba a que se derritiese. El irlandés, cuando se ponía a cantar, tenía buena voz, pero durante las fiestas que organizaban los soldados, de manera imprevisible, se ponía a tocar melodías tristes en su acordeón. Hasta

sus propios compañeros se sorprendían de su facilidad en hacer llorar a quien le escuchara, pues eran muy lastimeros y melancólicos los sonidos que salían de su fuelle.

»Peter y el agresivo sargento Williams representaban con frecuencia una parodia de *Guillermo Tell*. El sargento Williams, que era muy fino con los cuchillos que manejaba con diestra habilidad, mandaba a Peter a que se pusiese de pie delante de la puerta del establo con una sandía sobre la cabeza atada con un pañuelo hasta la barbilla. Desde unos metros de distancia, el sargento le tiraba el cuchillo ante la angustiosa mirada de los presentes, que pensaban que podría ser la última vez que presenciasen con vida al cocinero. Después de atravesar la sandía, Peter arrancaba el cuchillo y se ponía a partir la fruta entre las carcajadas de todos.

»Por el camino Peter me preguntó:

»—Vamos a ver, Nadia, ¿el tomate es una fruta o una verdura?

»—Pues yo creo que una verdura porque, en casa, Elisabeth los pone en la ensalada y, por eso, yo creo que el tomate es como el chocolate.

»—¿Qué? —prorrumpió el sorprendido cocinero—. ¿Cómo que como el chocolate? No pondrá la señora Elisabeth cacao en la ensalada, ¿verdad?

»—Quiero decir que el chocolate viene del cacao y este sale de un árbol. Eso es una planta, ¿no? Pues, por lo tanto, el chocolate cuenta como ensalada al igual que el tomate.

»Mientras caminábamos y entrábamos en el recinto del huerto, Peter, sujetando su enorme cesto vacío para llenarlo de tomates, no dejaba de pensar en mi ocurrencia diciendo mientras movía con gracia la cabeza:

»—No sé yo, no sé yo… Déjame que lo piense…

»Encontramos algunos tomates maduros, pero muchos otros ya estaban tan blandos que cuando se cogían se te hundían los dedos dentro y te salpicaba el jugo. Esto es lo que le pasó en un primer momento a Peter, lo que provocó que se manchara las mangas del uniforme.

»—¡Joder con los tomates! —imprecó lanzando uno lejos al aire.

»Aquel tomate cayó en la cara del sargento Williams, que volvía junto con su grupo de soldados de alguna incursión por el terreno. Todos estaban cansadísimos y polvorientos. Al momento, su caballo dio una coz al aire y tiró al jinete a la acequia. Todos nos quedamos helados. Se levantó deslomado, cogió un tomate del tamaño de una pelota, se acercó a nosotros y se lo estrelló en la cara a Peter; el zumo escurrió por su camisa. Enojado, Peter agarró un puñado de tomates y, con la intención de no fallar, se los tiró, pero Williams se agachó a tiempo y los proyectiles se estrellaron en los rostros de los soldados

que habían descendido de sus caballos para ayudar a su sargento. Uno de ellos, enfurecido, cogió un tomate y lo tiró en dirección a Peter, con tal mala fortuna que contrahízo blanco en el sargento Williams. Este, tomando los tomates más hermosos que asomaban, replicó con una puntería tan fina que derribó a dos soldados. Otro recluta tomó uno encendido como las brasas y lo lanzó contra el pecho del uniforme de Peter, para entonces ya manchado por completo de rojo. Enojados unos con otros por aquella broma, cada uno se apresuró en tomar los tomates más grandes que asomaban de la mata.

»En menos que canta un gallo, entre aquella veintena de soldados del ejército británico se generalizó una pelea fuera y dentro del huerto, de tal modo que no había lugar de que saliese un disparo traicionero. A pesar de encontrarse el cielo despejado y sin nubes, llovían tomates por todas partes. Yo repelía el ataque desde detrás de una mata. Aun así, por todos los flancos me caían proyectiles. El cocinero Peter se empezó a reír a carcajada limpia y se quedó mudo cuando recibió por parte del sargento Williams un tomatazo tan fuerte que se le incrustó entre los dientes, lo cual desató el delirio general. Desde lo alto de un torreón, un soldado arrojaba los tomates tan certeramente que tuve que poner pies en polvorosa. Protegiéndome desde detrás de la tapia, veía aquel espectáculo riéndome a más no poder.

»Todo acabó cuando, tras el jolgorio y el griterío encarnizado, Michael hizo su aparición como el Cid Campeador en un campo de moros y cristianos. Todos quedaron paralizados al instante. Unos con los brazos en alto, en ademán de lanzar un tomate, otros doblados en el suelo, queriendo ser tragados por la tierra para evitar ser vistos, otros en actitud guerrera más propia de la danza haka de los maoríes de Nueva Zelanda y otros torcidos más allá. En esto, el cocinero Peter rompió el silencio poniéndose a llorar como un niño. Entre sollozos dijo que toda la compañía se había quedado sin ensalada para el resto del año. En los pocos minutos que había durado la batalla, habíamos echado a perder cientos de tomates, quizá miles.

»Elisabeth vino encolerizada y, agarrándome de una oreja, me llevó a un establo donde un indio escuálido retiraba el estiércol con un rastrillo.

»—¡Desde hoy, todas las tardes ayudarás a los indios a limpiar la mierda de las cuadras! —me gritó fuera de sí.

—Y así fue como cogí ¡pulgas!, de las cuadras. Con la carretilla llena de estiércol, tenía que pasar por la cochiquera, donde había como un centenar de cerdos grandes y hermosos que no cesaban de masticar y gruñir. Aquel lugar estaba infectado de pulgas por todas partes.

7.
Un encuentro con Mahatma Gandhi

Al ser la única chica joven del lugar, Mary no tenía más amigo que su caballo, Tommy, dispuesto a jugar con ella en cualquier momento. A pesar de sus constantes salidas con el animal y de sus ejercicios al aire libre, tenía sobrepeso. Todos le advirtieron de que tenía que adelgazar y dejar de comer a deshora tantos bollos y pasteles. Como pasaba muchas horas en la cocina cortando las verduras, ayudando a cocinar y limpiando los armarios de las despensas, no dejaba de picar entre comidas. Hasta llegó el día en que Margaret le advirtió de su obesidad. Mary no lo asumía, no admitía tener que moderarse con la comida. Era innegable que había heredado el corpachón de su padre escocés.

Un día, Mary iba caminando hacia el río con Tommy cogido por las riendas. Mientras estaba absorta en sus fantasías, al oír un ruido inesperado alzó la cabeza y vio a un joven en medio del camino agitando una lata que producía un sonoro estruendo con su contenido de monedas.

—¿Una contribución? —preguntó el joven, vestido de blanco y con un distintivo *topi*[14] sobre la cabeza, que solían llevar los seguidores de Mahatma Gandhi.

Mary enseguida se dio cuenta de que la fisonomía de aquel joven, a pesar de ir vestido con indumentaria india, denotaba que no era del lugar.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¡Menuda respuesta! —manifestó el joven indio—. Ya lo decía el Mahatma antes de llegar a este lugar. En esta parte de la India faltan dos cosas: salud para rebelarse y decencia necesaria para llevar a cabo una rebelión contra los británicos.

—Tú no eres de aquí —le espetó Mary, muy segura de sí misma, como si hubiese descubierto un secreto.

—No. Yo soy del sur, de Kerala. Me llamo Kumar. He venido con la comitiva de Mahatma Gandhi. Mañana celebraremos un encuentro muy cerca de aquí. Bueno, ¿qué? —dijo al mismo tiempo que agitaba con estruendo su lata llena de monedas.

Cuando cesó el brusco sonido metálico, Tommy se puso nervioso. Tiró de las riendas, se soltó de las manos de Mary y salió a galope tendido en dirección al río. Mary le siguió corriendo mientras gritaba:

—¡Tommy! ¡Tommy!

Aquel día, durante la cena, Michael comentó que Gandhi había llegado a la comarca a dar un discurso multitudinario. Margaret nunca

participaba en la conversación en la mesa, y mucho menos si el asunto que se trataba era político. Le había advertido terminantemente a su hija que tampoco ella lo hiciera. En la mesa debía comer, escuchar y estar callada, a menos que le preguntasen.

—A esta gente la exterminaría yo como lo hacemos con las ratas en los establos —sentenció Michael categórico mientras cortaba un trozo de cordero asado.

—¡Por Dios! ¡Que estamos comiendo! —dijo Elisabeth, con un tono complaciente.

—No hay un solo rostro indio en toda la comarca que no me mire con deferencia cuando paso a caballo con mis soldados, a no ser que sea la deferencia de la esclavitud y del miedo —añadió Michael.

—De verdad que es un cumplido a la grandeza del imperio —añadió Elisabeth orgullosa mientras pasaba una bandeja llena de patatas asadas por la mesa—. El odio es un homenaje involuntario que nos tributan los indios. Deberían estar agradecidos por todo lo que hacemos por ellos. Pero por más que les demos una educación hasta el debilitamiento extremo, por más esfuerzo que hagamos hasta caer rendidos para hacerlos buenos cristianos, por la noche ninguna señora blanca podrá estar segura en la cama.

—Pues así es. De hecho, la represión es la única filosofía de efectos duraderos. Ese gran respeto al miedo que les infundimos conservará a esos perros obedientes al látigo mientras el techo de la corona siga protegiendo el imperio. En cuanto a ese Gandhi y sus seguidores… —añadió masticando la tierna carne, saboreándola, al mismo tiempo que blandía el tenedor como signo de amenaza—, ya me gustaría darles algún que otro escarmiento.

—¡Con lo que se benefician de nosotros! El transporte, el tendido eléctrico, el agua potable… Bueno, bueno, cariño, no te alteres, que ya sabes que no te conviene tener la tensión alta —dijo Elisabeth haciendo un leve movimiento de cabeza como de compasivo reproche, para luego continuar—: Hoy de postre tenemos tarta de manzana con natillas.

Michael se giró y, poniendo un brazo sobre el hombro de Mary, manifestó:

—La gente mala en Europa mató a tu padre. Pero hay gente mala en todas partes, sobre todo aquí, en la India. Hay que tener fe y no olvidar nunca quiénes son los malos y lo que tenemos que proteger para que no nos lo quiten. Recuerda las solemnes palabras que leyó el sacerdote de la compañía sobre la tumba de Herbert: «*Yo soy la resurrección y la vida. Aquel que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. Y el que vive y cree en mí, no morirá jamás*».

Mary decidió ir a la concentración y aquella noche se quedó pensando en aquel joven tan extraño, tan raro y tan fuera de lo común

que le resultaba atractivo.

Al día siguiente, se encontró con una multitud inmensa. Había gente por todas partes. La organización había dividido el enorme recinto en secciones hechas con largos palos de bambú atados entre sí, en las que la gente se aglomeraba como ganado. Desde allí, una y otra vez el gentío gritaba eslóganes como «¡*Mahatma Gandhi ki jai*!».[15]

Mary distinguió a un grupo de gente que, por su elegante vestimenta, parecían de clase media y con los que podría conversar en inglés. Se acercó a ellos y les preguntó cómo podría ir a conocer al señor Gandhi.

—¿Qué? ¿Cómo? —contestó el mayor, que tendría unos sesenta años y quien, por su aspecto, parecía un ser totalmente fanático de la figura del Mahatma—. Joven, este no es el momento ni el lugar. Aquí se viene a escuchar y cualquier otro intento de interrumpir o retrasar la aparición del Mahatma será un acto de *himsa*.[16] Así pues, le recomiendo que, si quiere verlo, guarde silencio y se quede quieta en algún lugar cerca del escenario. Vaya allí, a lo mejor encuentra sitio entre gente de su clase.

Mary se fue en dirección al lugar que le había indicado. Enseguida, un miembro de la organización, viendo que era una persona blanca, le dijo que ocupase otro lugar, justo debajo del escenario, en una zona reservada para periodistas.

Cuando al cabo de unas horas Gandhi hizo su aparición, el murmullo de la gente fue en aumento y prorrumpió al unísono repetidamente: «¡*Gandhi ki jai*!».

Después de saludar durante veinte minutos desde el estrado a sus fervientes seguidores, que no dejaban de pronunciar proclamas enardecedoras hacia su figura, Gandhi se dispuso a terminar de una vez con el vocerío. Haciéndoselo saber a los organizadores del encuentro con sus gestos, estos se lo comunicaron, a su vez, a sus subalternos y subordinados. Algunos tuvieron que dar a más de uno una colleja para que dejase de vociferar.

Gandhi tomó un vaso de agua de manos de un ayudante y acto seguido golpeó el micrófono con la punta de los dedos para cerciorarse de que funcionaba correctamente. El estridente e irritante sonido continuado que prorrumpió los altavoces a altos decibelios dejó aturdidos los tímpanos de todos los asistentes. Se pudo oír de entre los miles de asistentes «¡*Ayyy*!», mientras con gestos de dolor se tapaban los oídos con ambas manos.

El estridente sonido disminuyó de forma gradual y Gandhi tomó la palabra:

—Os voy a hablar en hindi por principios morales y no en el idioma de los colonizadores extranjeros porque…

El público prorrumpió en vítores y aplausos. Gandhi, un tanto

molesto por la inesperada interrupción, volvió a hacer un gesto a los organizadores, que estaban sentados en una fila detrás de él, para que hicieran callar a la gente. Estos delegaron la orden en sus subalternos, quienes, a su vez, llamaron la atención a sus subordinados, quienes también pasaron la orden a sus inferiores...

Tras disminuir gradualmente el vocerío y los fervientes aplausos, Gandhi tomó pausadamente otro sorbo del vaso de agua que le tendía el mismo ayudante y continúo:

—No pretendo ocupar su tiempo expresándoles mis experiencias con el vegetarianismo ni tampoco quiero hablarles de la gran dificultad con la que me enfrenté en Londres para permanecer firme en él. Pero sí me gustaría compartir con ustedes algunos de los pensamientos que he desarrollado con respecto a este. Hace cuarenta años solía mezclarme libremente con vegetarianos. En aquella época, apenas había unos cuantos restaurantes vegetarianos en Inglaterra y me propuse, por curiosidad y para estudiar las posibilidades de la propagación de las teorías del vegetarianismo en Londres, visitar cada uno de los restaurantes vegetarianos indios… Naturalmente, entré en estrecho contacto con muchos vegetarianos. Al estar en la mesa con ellos, me di cuenta de que la conversación trataba en su mayor parte sobre alimentación y las enfermedades. También pude ver que los vegetarianos que se esforzaban para mantenerse en su vegetarianismo encontraban muy difícil hacerlo desde el punto de vista de la salud, ya que lo hacían principalmente por superstición o porque sus gurús espirituales así se lo habían encomendado.

Mary tenía que hacer un esfuerzo por entender lo que decía. Había veces que no sabía de qué estaba hablando, ya que pronunciaba el hindi con un acento muy fuerte utilizado en el interior y usaba de vez en cuando palabras en sánscrito y en urdu.

De repente, vio en el estrado, en la primera fila cercana a Gandhi, al joven de la lata de monedas, pero esta vez sujetando una bandeja con un vaso de agua y una jarra. Mary alzó los brazos para llamarle la atención. Kumar se encontraba erguido escuchando a Gandhi con profunda devoción cuando con espanto vio a Mary moviendo los brazos, histérica, mientras le llamaba: «¡*Kumar*!, ¡*Kumarl*!» El joven, al oír que gritaba su nombre con tanta efusividad, se puso rojo como un tomate. Los seguidores más cercanos al Mahatma giraron la cabeza en ambas direcciones, primero enfocando sus miradas hacia abajo en dirección a Mary y luego, de inmediato, hacia Kumar, interrogándose acerca de la relación que habría entre el compañero indio y aquella llamativa y estrafalaria rubia extranjera.

Gandhi, sorprendido, miraba a hurtadillas a ambos jóvenes pensando qué demonios estaría sucediendo. Mientras, continuaba su discurso:

—… Y ese fue un gran descubrimiento en mi búsqueda de la verdad. A temprana edad, en el curso de mis experimentos, me di cuenta de que una base egoísta no serviría para conducir a un hombre hacia lo más alto en los caminos de la evolución.

Un periodista molesto por los aspavientos de Mary, tras retorcerse con violencia las guías del bigote repetidamente, se giró y le dijo:

—Joven, ¡cállese! y deje de gritar. ¿No ve que la observan desde ahí arriba?

—Es que yo lo conozco —insistió, terca y con el ceño fruncido.

—Sí, claro. Todos lo conocemos —le respondió, pausado, con tono de enfado y alzando los brazos en dirección a la multitud—: Por eso estamos aquí, para escucharle. Así pues, deje de molestar y guarde silencio o, si no, váyase con la gente de ahí atrás.

Gandhi seguía con sus reflexiones sin saber siquiera él mismo su sentido ni a dónde irían a parar:

—… Pero me pude dar cuenta de que los no vegetarianos mostraban, generalmente hablando, una buena salud. Igualmente, pude observar que para algunos vegetarianos era imposible seguir siéndolo, porque habían hecho de la comida un fetiche y porque pensaban que, volviéndose vegetarianos, podrían comer tantas lentejas, judías, garbanzos y queso como quisieran. Desde luego, aquellas personas no podrían mantenerse saludables…

Gandhi interrumpió su discurso para intervenir, mirando hacia Mary:

—¡Observo que alguien no deja de hablar en aquella primera fila de ahí abajo!

Los organizadores sentados en el estrado, con muestras de nerviosismo, hicieron una señal a sus subalternos, estos, a su vez, a sus subordinados y estos a sus inferiores, que buscaron el aplauso del público.

Tras cesar los vítores y el palmoteo ruidoso, el Mahatma continuó tras volver a beber agua del vaso que le ofrecía temblorosamente Kumar:

—No es suficiente que hablen sobre mi persona y me aplaudan para mostrar su aprecio. Quiero que tengan su corazón preparado para un severo cambio… —dijo Gandhi con voz firme—. Fácilmente caemos víctimas de las tentaciones del paladar y, por consiguiente, cuando algo sabe delicioso, no nos importa tomar uno o dos bocados más. Por tanto, tras mi breve experiencia en Londres, descubrí que, para mantener la salud, sin importar lo que comiera, era necesario reducir la cantidad de alimento y el número de comidas. Sean moderados, opten por la moderación. Cuando invito amigos a participar en mis comidas, nunca los presiono para que tomen algo, excepto lo que ellos exijan. Al contrario, digo que no coman algo si no

lo desean.

»Por consiguiente, les digo que, si un vegetariano enfermara y un doctor le prescribiera caldo de carne y este lo tomara, entonces yo no lo llamaría vegetariano. El hombre no nació como un animal carnívoro, sino que nació para vivir de las frutas y las hierbas que la tierra produce. Sé que todos debemos cometer errores. Yo dejaría la leche si pudiera, pero no puedo. Lo he intentado cientos de veces. Después de una seria enfermedad no pude recobrar mis fuerzas hasta volver a tomar leche. Esa ha sido la tragedia de mi vida. Si alguien dijera que voy a morir si no bebo caldo de carne de cordero o de pollo con pimienta negra, incluso por consejo médico, preferiría morir. Esa es la base de mi vegetarianismo.

Gandhi quedó en silencio, cerró los ojos, dentro de su mente se cocían las palabras intentando encontrarles algún sentido. Prosiguió con aire taimado:

—Lo que quiero que comprendan es que los vegetarianos necesitan ser tolerantes, si quieren convertir a otros al vegetarianismo. Hay que tener un poco de humildad. Debemos apelar al sentido moral de las personas que no están de acuerdo con nosotros. Para terminar, les agradezco, a todos, su asistencia y que me hayan permitido ver a personas vegetarianas cara a cara. Yo les saludo.

Cuando Gandhi terminó de hablar, una avalancha de gente se aproximó al estrado. Los organizadores, subalternos, subordinados, inferiores y algunos voluntarios tuvieron que formar una barrera uniendo los brazos unos con otros para crear una cadena humana, a la vez que intentaban con mucho esfuerzo empujar hacia atrás a la multitud. Veteranos organizadores metieron prisas a Gandhi dentro de un ancho coche Bentley de color verde oscuro y este se precipitó a tan alta velocidad fuera de aquel lugar que dejó una enorme polvareda en el aire y a más de uno tosiendo sin parar.

Desde el caos que reinaba en el escenario, Kumar le hizo una señal a Mary para que fuese a un determinado sitio en el borde del recinto, donde había árboles de magnolio, y le esperase allí.

—¿Cómo se te ocurre interrumpir el discurso del Mahatma? —le dijo una vez reunidos.

—Solo quería verte.

—Bueno, pues ya me has visto. ¿Y qué quieres?

El rubor encendió las mejillas de Mary.

—Quería preguntarte cómo puedo convertirme en voluntaria para ayudar a Gandhi.

—¡Ayudar al Mahatma! —exclamó Kumar sorprendido, alzando los brazos al aire con teatralidad—. ¿Pero tú de dónde eres? Si tú no eres india…

—Nací en Australia, pero he crecido aquí, en la India.

—En primer lugar, tienes que quitarte toda esa ropa que llevas y vestir *khadi*, esta ropa de algodón tejida manualmente, que yo siempre llevo puesta. Según los principios de Gandhi, el *khadi* puede salvar a la nación de la ruina y sacar de la India a los británicos —dijo Kumar en tono aleccionador.

Desde aquel día, Mary y Kumar se vieron todas las tardes. El joven indio le explicó que, de momento, no debía decir a nadie que ambos se reunían y que, por tanto, por ahora, no vistiese aquel *khadi* para no levantar sospechas ya que, además, no estaba bien visto que un seguidor de Gandhi estuviese entablando amistad con una extranjera. Tan pronto terminaba de realizar su trabajo recogiendo colectas por las inmediaciones, se marchaba al río a esperar a Mary. Allí le hablaba del movimiento de independencia y de las doctrinas gandhianas.

8.
El falso príncipe azul

Se sentaban en la hierba cerca del río, a la sombra de un árbol torcido. Mary sacaba de una bolsa verduras con pan, incluso traía trozos de bizcochos y tartas que robaba de la despensa de Elisabeth. Después de comer, Kumar le acariciaba el cuerpo con sus manos y ella cerraba los ojos, procurando ser consciente de aquel cúmulo de diferentes sensaciones. Más tarde, Kumar apoyaba su cabeza sobre su hombro y, tumbados sobre la hierba, se quedaban mirando cómo el cielo se cubría de nubes, cómo el viento agitaba las ramas del árbol o, simplemente, viendo volar a los pájaros. Como era habitual, las ardillas correteaban una detrás de otra por el tronco del árbol y saltaban de rama en rama.

—Puede que en nuestra próxima reencarnación nos convirtamos en ardillas —dijo Kumar.

—Eso espero. Me encantaría ser un precioso roedor, aunque eso signifique ser un animal de categoría inferior. Estoy cansada de ser mujer.

—Sí. Y, además, es mejor ser ardilla que pájaro. ¡Qué miedo estar mirando continuamente hacia abajo con la preocupación de si te disparan o no! Imagínate caer en picado tras una herida de bala para que luego te coman los cuervos o un perro sucio.

—Mira, una está encima de la otra.

—Sí, qué bonito. Están haciendo al amor. Es su principal ocupación, aparte de alimentarse y correr de aquí para allá.

—¿Son las ardillas sagradas, Kumar?

—Pues el Mahatma, en una ocasión en la que vio una manoteando un trozo de comida que había en el suelo, nos contó que a Krisna[17] le encantaban. De hecho, tienen sobre el lomo esas cuatro líneas claras porque el dios Krisna las acariciaba con sus cariñosos y largos dedos.

Mary notó la mano de Kumar volviendo a acariciarla mientras los grandes reptiles les observaban desde las piedras y las ardillas continuaban sus quehaceres.

Por la noche, en la agradable confusión de ideas que precede al sueño, con su pelo rubio esparcido por la almohada, su boca ligeramente abierta y sus labios todavía hinchados y amoratados por los besos, Mary sentía que algo extraordinario le estaba sucediendo. Puesto que ella estaba enamorada, él también debía de estarlo. Pero Mary aún no sabía que estas cosas no suelen suceder como uno desea.

—Pero ¿por qué quieres que los británicos se marchen de la India? —le preguntó un día Mary.

—¿Cómo que por qué? ¡Menudas preguntas me haces…! —carraspeó Kumar alzando los brazos al aire pretendiendo mostrarse ofendido.

—Es que no lo entiendo. Siempre he pensado que este territorio es suyo —añadió Mary.

—¡Ah! Ese es el problema, que a la gente acomodada como tú en la India les resulta agradable a la vista, pero, si observas las cosas a la luz del sol, no verás más que violencia por todas partes, un despilfarro horroroso, opresiones, deudas, sufrimiento, hambre, desnudez…

—¿Lo crees así?

—Lo que verdaderamente creo es que me gusta la gente con una chispa de locura, como tú… —contestó Kumar mirándola con ojos centelleantes—. Aunque sean personas que estén siempre en las nubes. Ven aquí, a mi lado. Te lo voy a explicar más despacio y mejor…

Él la besaba y ella se sentía bailar al filo del desmayo, al padecer los efectos del enamoramiento obcecado que anula los sentidos cortando la capacidad para la percepción de la realidad. Entonces Mary era lo suficientemente atontada como para no darse cuenta de que aquel hombre no era ningún príncipe azul. Se correspondía con la clase de personas que nacen solo para aparearse y no entienden otro modo de estar junto a una mujer.

Tras varias semanas de permanencia en ese lugar, Gandhi y sus seguidores se marcharon a otro. Y aquel día, Margaret, advirtiendo que su hija había aumentado mucho de peso, rozando la obesidad, decidió ponerla una estricta dieta. Tras notar durante los siguientes días que sus advertencias no tenían resultado, decidió observarla más de cerca.

El mes de abril iba pasando y el calor aumentaba. Todos los días comenzaba el trabajo diario del mismo modo, pero un día fue mucho más caluroso. Amanecía y poco a poco la claridad aumentaba por momentos hasta que el sol aparecía, alumbrando las montañas, los árboles… y, con su luz, el agua de las fuentes de la granja parecía sangre, así como las paredes de piedra de la casa, que parecían teñidas de rojo. Surgió el canto de los pájaros y uno de ellos se posó canturreando en el alféizar de la ventana de Mary. Empezó el movimiento en la granja.

Iba a ser un día de esos que, en apariencia, son iguales a otros, pero en los que, de pronto, una situación, un suceso, tuerce el curso de nuestra vida y hace que se abra una época nueva. Margaret pensaba ingenuamente que el comportamiento de su hija se debía al clima irritante, al calor seco y denso que, en ocasiones, producía una creciente debilidad por todo el cuerpo. Hasta que notó aquella

mañana como Mary, con una nerviosidad inusual en ella, no quería levantarse de la cama con el argumento de que se sentía rara. Mary, a sus diecisiete años, estaba embarazada.

—Tú has tenido amores con algún soldado del regimiento, ¿no es así?

—No, no, mamá.

—Es inútil que me engañes. Tú has tenido amores con alguno de los soldados y lo que te sucede es la consecuencia natural… ¿Cuál de ellos ha sido?

—No, no, mamá.

—Que sepas que, si Michael se entera, puede hacerlo fusilar. ¿Prometió casarse contigo?

—No, no fue un soldado. Fue un indio —dijo Mary rompiendo en sollozos sobre la almohada.

Las relaciones entre la gente blanca y los indios estaban muy mal vistas por ambas partes. Había señores coloniales que mantenían relaciones sexuales con empleadas domésticas indias, pero los descendientes de una relación así eran apartados de inmediato y estigmatizados como bastardos para toda su vida.

—¡Dios mío, esto empeora las cosas! —exclamó Margaret tapándose la boca con la mano, sofocando un suspiro—. ¿Te engañó?

—No, no me engañó ni tampoco me prometió nada. Él ya se ha ido de aquí. Se marchó hace dos semanas.

—¿Quieres decir que él no sabe que estás embarazada?

—No, no lo sabe —confesó Mary, sollozando otra vez, y ocultándose la cara añadió—: Y, aun así, me da vergüenza decir a alguien en qué estado me encuentro.

—Cálmate, Mary. Ante todo, a partir de ahora, tienes que guardar la tranquilidad. Aquí la única persona que lo sabe soy yo, tu madre. Lo que tenemos que hacer es resolverlo pronto, hoy mismo, antes de que Elisabeth note tu estado. ¿Lo entiendes?

Margaret se inventó una excusa. Tenía que encubrir la situación. Explicó con bastante convicción que unas amigas, esposas de soldados del regimiento de Herbert, le habían llamado para que trabajase en una ciudad cercana a Bombay; que el salario iba a ser muy alto y Mary tendría ocasión de terminar sus estudios. Para hacer más creíble su historia, se escribió ella misma una carta que leyó con prisas antes de metérsela con rapidez en el bolsillo.

Cuando anunció a la hora de la cena que al día siguiente partirían, tanto Elisabeth como Michael se sumieron en la tristeza.

Michael se despidió de ellas en la granja, pero Elisabeth, secándose las lágrimas con un pañuelo que guardaba arrebujado en la manga, insistió en acompañarlas a la estación. Una vez que ellas se encontraban en el vagón, desde el andén, Elisabeth, con mirada

hierática y triste, no podía evitar su sentimiento de angustia y rompió de nuevo a llorar a raudales. Pidió a Mary que la perdonase por todo lo que le había dicho y por su irascible comportamiento. Cuando el tren ya empezó a traquetear, caminando a paso rápido por el andén a la altura de la ventanilla, suplicó a Margaret que volviesen otra vez, prometiéndole que las cosas serían diferentes y que podrían vivir felices todos juntos.

Fueron a una ciudad cerca de Bombay llamada Pune. Margaret, mientras cuidaba en secreto del embarazo de su hija Mary, estuvo trabajando como sirvienta en la casa de la familia de un oficial de alto rango del ejército británico.

A Robert Jones, que nació el 26 de noviembre de 1926, le pusieron como alias Bobby, y, desde entonces, fue así como lo llamaron.

El bebé, con cara rubicunda y hermosa, llorando y gritando cerca de los oídos de Mary, provocaba a la joven remordimientos por haberle permitido nacer. Se sentía engañada. Su príncipe azul se había convertido en un sapo repugnante. El amargo recuerdo de Kumar le dolía con intensidad. Margaret, que se daba cuenta de que su hija se pasaba todo el rato llorando con sentimiento de culpa, intentaba animarla y le enseñaba cómo amamantar al bebé. Con una sensación de vergüenza y una debilitada tristeza, se enjugó los ojos y puso a aquella criatura junto a su cuerpo, dejando que chupara de ella para alimentarlo.

Como quien tira de un fardo, arrastrando una carga inmensa, pidiendo de forma imperiosa un sobreesfuerzo, Mary logró acostumbrarse a vivir con aquella decepción que le causó su primer encuentro con un hombre.

La casa donde trabajaba Margaret era un edificio enorme de tres plantas. Se seguían todas las costumbres inglesas. Todas las tardes, el oficial británico tomaba un té y un sándwich con cerveza en el jardín y se consideraba deshonrado si faltaba a esa costumbre. La vivienda gozaba de una veintena de habitaciones, piscina y dos pistas de tenis. Cuando organizaban partidos con los amigos o decidían jugar durante el imparable carrusel de fiestas en el que vivían inmersos, tenían a ocho niños indios —que no pasarían de los diez años— bien uniformados y con guantes blancos, para hacer de recogepelotas.

Tras tomarse tan solo tres días libres tras el nacimiento del bebé, fue recriminada con dureza y Margaret vio cómo crecía la distancia en la relación con la esposa del oficial, además de notar malestar entre sus compañeras de trabajo, que no dejaban de realizar conjeturas sobre su nervioso comportamiento durante los últimos días. Incluso, una veterana mujer del servicio, originaria de Gales, envidiosa por su buen porte y buena trabajadora como era, con mala intención,

propagó el chismorreo de que Margaret mantenía una relación con el oficial inglés y ese era el motivo de sus ausencias y el no querer encontrarse con sus compañeras después del trabajo. Una vez que el cotilleo llegó a sus oídos, Margaret decidió que la estancia en aquel lugar había tocado a su fin y era hora de volver a Bombay.

Desde ese año de 1926, Margaret, Mary y Bobby fueron una familia unida contra toda adversidad que pudiese presentarse en sus vidas. Sin embargo, la situación de Mary, tan joven, sin marido y con un hijo nacido fuera del matrimonio, era considerada un estigma social que les perjudicaría a la hora de encontrar un nuevo empleo y un lugar donde vivir. De este modo, durante el trayecto en tren a Bombay, Margaret convenció a su hija de que era mejor que ocultase que era ella la verdadera madre del bebé y fingieran que se trataba de su hermano pequeño, un bebé nacido en una familia sin recursos y a quien habían adoptado.

9.
La vida en la India de ayer y hoy

De vuelta en Bombay, se encontraron con la ciudad muy cambiada. Aunque no se había implantado una política social de segregación, la división de clases entre los indios y europeos resultaba más que evidente. En los trenes, aún seguían los carteles en los vagones que anunciaban «*solo para europeos*» e, incluso, se consideraba un escándalo que, en un evento social, un oficial bailase primero con una mujer de origen indio y después con una señora inglesa.

En aquella época de finales de los años veinte y principios de los treinta, los británicos ya habían conseguido destruir por completo la base sobre la que se había basado su poder en la India hasta entonces. Pensando que rescataban del atraso a los indios, habían estado desestabilizando durante años los cimientos del ordenamiento social de la India: la fe y la tradición. El rencor, el odio y la lucha por la independencia empezaron a filtrarse en la colonia y sus gentes, se extendieron por todas las regiones y comenzaron a fermentarse bajo el tórrido sol.

La ciudad de Bombay se encontraba llena de soldados y oficiales que no poseían el más mínimo conocimiento del arte militar, médicos ingleses que se enriquecían curando imaginarios males a sus pacientes, filósofos ateos que trataban de justificar la esclavitud a los negros africanos y a los indios; desvergonzados miembros de la Iglesia con costumbres muy libertinas: todos ineptos para el oficio que les habían encomendado en la colonia porque desconocían los caminos honrosos en la vida. Si esto sucedía en tierra, en el mar, cuando los ingleses apresaban un barco que transportaba esclavos negros, solían ahorcar al capitán y vendían a los negros por su cuenta. Así trabajaban por la humanidad y por el bolsillo.

El racismo colonial seguía siendo visible en los numerosos clubes sociales a los que los británicos acudían durante su tiempo de ocio; un lugar donde leer, beber alcohol o jugar a las cartas. Los limpios y uniformados empleados indios servían la comida y demás aperitivos portando inmaculados guantes para prevenir que tocasen el alimento y, de este modo, evitar a ojos de sus señores que pudiese *contaminarse* la comida. Los elitistas miembros de dichos clubes se pasaban el día allí y evitaban inmiscuirse en los problemas sociales de la localidad. Creían que los acontecimientos sucedían porque sí, que no merecía la pena poner remedio a nada. El imperio se había sustentado desde hacía muchos años y existía la convicción de que nada lo

resquebrajaría. Para ellos, los indios eran seres inferiores.

A diferencia de lo que pudiera pensarse, los hombres no eran principalmente los más racistas, sino las mujeres, llamadas *memsahibs*. [18] Estas señoras, en su mayoría, provenían de la metrópoli y de otras remotas colonias del imperio. Habían sido enviadas a la India, precisamente, para contraer matrimonio con oficiales británicos o, incluso, para ser empleadas como institutrices. Además, los orfanatos londinenses se mostraban encantados de mandar a muchas de sus pupilas a puntos lejanos del imperio colonial para trabajar como chicas de servicio. La mayoría eran feas o poco agraciadas, pero el denominador común residía en que, en su mayoría, casi todas se caracterizaban por su ignorancia y procedencia de familias humildes que las enviaban en busca de un marido. El caso es que, una vez contraían matrimonio concertado, el sentimiento de haber sido deportadas de su lugar de origen, separadas de su familia o abandonadas para mejor suerte por sus padres, lo transformaban en odio hacia las personas más débiles y sumisas, los indios, símbolo de la verdadera sumisión, servilismo y abyecta humillación por la corona británica.

Estas señoras no habían disfrutado de un solo sirviente en Inglaterra o en sus lugares de origen, pero, en la India, querían un buen número de ellos para resaltar su posición social entre los miembros de la élite y para descargar a diario contra ellos su mal temperamento por todo lo que odiaban en la colonia: el polvo, la suciedad, el calor y, sobre todo, la gente autóctona. El pertenecer al club, la asistencia a fiestas y a partidos de polo era tan importante como el ir bien vestidas a la moda: el verdadero talismán y el encanto que se utilizaba para que todo siguiera en su sitio.

Los maharajás y sus esposas, como fieles súbditos, llevaban toda clase de joyas a las fiestas de los británicos, que resonaban complacientemente a cada uno de sus acompasados pasos, como si fueran áureas campanillas. Aquel frágil sonido, el roce de la seda, del delicado lino y del brocado, suponía bastante para que los hambrientos miserables compatriotas indios se alejaran precipitadamente. Los colonos británicos, junto con aquellos maharajás y sus acólitos, parecían vestir para asistir a un baile de máscaras interminable que finalizaría tras el cambio violento que experimentó años más tarde la entonces permisividad pasiva de los indios más desfavorecidos.

A las amistades de Bombay, Margaret y Mary mintieron acerca de Bobby. Les dijeron que, después de la estancia en Peshawar, decidieron probar suerte en Inglaterra y, allí, se encontraron con un señor viudo que no tenía recursos económicos y que quería irse a Irlanda a trabajar, razón por la cual pidió a Margaret que adoptara a

su hijo, ya que después de ahorrar el dinero suficiente quería probar fortuna en los Estados Unidos de América. Así fue como salieron del paso justificando la presencia del pequeño Bobby.

En los meses de embarazo y en los posteriores al parto, el cuerpo de Mary experimentó un cambio radical: se volvió más fuerte que antes. Físicamente, era una joven muy grande para su edad: medía un metro ochenta y cinco centímetros, tenía unos enormes pechos, ancha espalda y muslos gruesos, lo que, unido a la blancura de su piel, sus ojos azules y su suave pelo rubio, lograba que su presencia en cualquier lugar no pasara desapercibida.

Sin embargo, sus modales se aproximaban, más bien, a los de clase baja y, cuando abría la boca, no solo profería uno o dos tacos, sino que, además, era extremadamente sincera en su hablar y utilizaba vocablos y tonos de voz inusuales que ocasionaba el rubor y la vergüenza de quien la escuchaba. Por ese motivo, buscar un buen partido para ella se volvió extremadamente difícil. Margaret era consciente de que su hija no había sido educada según el estereotipo británico; no podía mantener una conversación sobre política o cultura, sobre lo que ocurría en la metrópoli, sobre cómo comportarse a la hora del té. Desconocía lo que significaban la diplomacia y afabilidad en el trato con otras señoras y que esto era un obstáculo para encontrar un marido decente y con buena posición. Si a esto sumaba que Mary no tenía padre y la situación financiera por la que atravesaban, las posibilidades de matrimonio se traducían en más bien nulas.

* * *

Un coche privado de la aerolínea nos recogió para ir al aeropuerto. Ya era de noche, la ciudad estaba completamente iluminada y había un gran movimiento, tanto en la calle como en la carretera. En la India, se vaya donde se vaya, siempre hay gente por todas partes y a todas horas.

Cuando salimos del recinto de la zona residencial, Nadia ordenó al conductor pasar por Marine Drive, junto al mar, en dirección a la playa Chowpatty. De este modo, según me dijo, yo tendría ocasión de tener una vista panorámica de la ciudad.

Había muchísima gente caminando por el paseo, sobre todo, grupos de turistas extranjeros. Aquella playa no parecía muy apta para bañistas, a pesar de lo cual, en la arena había muchas personas sentadas, otras comiendo en puestos ambulantes, niños acróbatas, vendedores de agua de coco… Al bordear la zona Malabar Hill, protegida de las miradas indiscretas por altos muros y por el follaje,

Nadia me dijo que allí, en lo alto de la colina llamada Las Torres del Silencio, fue el lugar donde depositaron el cuerpo difunto de su marido, de religión parsi.

Según me comentó, esta comunidad religiosa, que llegó a la India huyendo de la islamización de Persia, considera que un cadáver no debe contaminar el aire ni la tierra ni el agua ni el fuego y, por esa razón, depositan sus muertos sobre bloques de piedra, para que los buitres los devoren en cuestión de minutos. Posteriormente, los huesos los disuelven en un pozo de ácido.

El conductor pasó despacio cerca de varios templos hindúes, en los que entraba y salía gente, y bordeamos parques donde muchos jóvenes jugaban al críquet bajo la iluminación de enormes farolas. Ya saliendo de aquella zona, como un cambio brusco de viento al cruzar una esquina, el escenario se volvió diferente por completo: no era bonito ni mucho menos placentero a la vista. Pasamos por uno de los muchos barrios de la ciudad de gente pobre, de trabajadores que van sobreviviendo en unas condiciones miserables e insalubres que merman día a día su salud y sus fuerzas.

Ya de camino al aeropuerto, Nadia permanecía en un silencio que me resultó incómodo. La noté triste. Lo atribuí al recuerdo de su marido y quise establecer una conversación para cambiar su estado de ánimo:

—¿Sus vecinos del edificio no se oponen a que usted tenga tantos perros, señora Nadia?

—Llámame simplemente Nadia, por favor. Te lo dije antes —me contestó mirándome de reojo—. Al principio, sí que pusieron objeción, pero, más tarde, cuando por mediación de mi abogado le presenté al presidente de la comunidad de vecinos una orden judicial en la que, entre otras cosas, estipulaba que podía hacer lo que me viniese en gana en mi propiedad, ya callaron las protestas. No obstante, todos los días, cuando salgo del edificio a pasearlos, me miran a hurtadillas desde los balcones deseando enterrarme con una estaca de acebo atravesándome el corazón.

»Lo que sucede es que los indios, en general, cuidan mucho la imagen exterior de sus propiedades. Las miman tanto porque son bienes que pasarán a las próximas generaciones y el coste en esta ciudad es tan exageradamente caro que vecinos de religión hindú no quieren a un musulmán en el bloque de viviendas, y le deniegan el derecho de vivir en el edificio, porque consideran a esa comunidad como de clase baja. Quieren abolengo hindú, clase, distinción, para que su propiedad se sienta revalorizada. Lo mismo sucede en otros aspectos. Teníamos un guardia de seguridad majísimo y excelente trabajador, llamado Iqbal, musulmán, y lo despidieron sin más. El motivo que argumentaron fue que llegaba siempre tarde a su puesto.

Solía alimentar a perros callejeros; todos los días iba por la calle con un cuenco lleno de leche para ofrecérselo a los cachorros que se encontraba por ahí.

»Hoy en día, por ejemplo, parte de una familia se va a vivir a los Estados Unidos y dejan en la India el cuidado de las propiedades a un agente inmobiliario. Ponen como condición que el inquilino sea extranjero y no indio. Los indios son muy rápidos en cambiarse de nacionalidad solo por el beneficio económico. El indio, en general, ama a la nación, pero odia al Estado. ¿Quién es el Estado?, ¿quién lo representa: el policía, el juez, el político? A todo indio a quien se le pregunte sobre uno de estos tres pilares, responderá que son corruptos y no de fiar. Pero cuando hay un partido de críquet entre India contra Pakistán o contra Australia, les gusta sentirse patrióticos, ondear banderitas, aman a la nación. No solo falta civismo en la India; hay falta de inteligencia, de salud mental. La chaladura y la ignorancia son, en realidad, los propios demonios de la India; no llevan cuernos ni huelen a azufre. No hay mayor infierno que la estupidez y las personas falsas.

—¿Pero por qué los dueños no quieren alquilar un apartamento a sus propios compatriotas? —pregunté perplejo por todo lo que me estaba comentando.

—Pues porque tienen la mentalidad de que el indio no cumplirá el contrato de alquiler, que no solo vivirá con su esposa e hijos, sino que llamará a todos los miembros de su familia, padres, hermanos, hermanas casadas, para que acampen en el apartamento. Piensan que todos se instalarán apiñados en el apartamento y, luego, ya no habrá forma de desalojarlos. Por eso prefieren a un extranjero que piensa estar poco tiempo en el país y el pago de la renta mensual está asegurado por la empresa con la que trabaja temporalmente en la India.

»En general, los indios son muy racistas entre ellos. Desde luego, que todos los indios fueran iguales sería tan aburrido como que todos los sexos fueran uno solo. La India acoge a diferentes razas, a gente diversa, y esa diversidad confiere personalidad y color al país. ¿Sabes que la mayoría de los restaurantes indios en Inglaterra los dirigen pakistaníes y bangladesíes? Claro, el poner como coletilla «restaurante indio» resulta más exótico, pero ellos rechazan a los indios como clientes, porque, en general, tienen muy malos modales, se quejan en público de la comida y profieren insultos en voz alta y de forma humillante no solo para el camarero sino para el gerente del negocio.

Nadia quedó en silencio, mirando el paisaje urbano por la ventana mientras cruzábamos una avenida llena de edificios altos en los que se veían carteles con los nombres de numerosas marcas multinacionales.

—¿Tengo que decir que ante la presencia de aquel joven indio

llamado Kumar que me dejó embarazada y al que jamás volví a ver en toda mi vida, estuve tonta, torpe y estúpida? —continuó trayendo a la memoria su pasado—. Estaba yo en aquella época en la edad del pavo. Mi madre trabajaba todo el día, rara vez nos veíamos en la cena. Yo no había tratado nunca a una joven de mi edad, no tenía amigas con quien cambiar impresiones, compartir secretos, no sabía lo que era el amor. Nadie me había hablado del sexo y era naturalmente tímida en este aspecto. Desconocía qué era lo que llevaba a una mujer y a un hombre a formar pareja y el porqué del malestar en mi cuerpo cada mes. Era solo una niña… Viví en un estado de ingenuidad en medio de los acontecimientos y estos me robaron la adolescencia.

»Era demasiado ingenua, porque no había descubierto mi valía interior, porque no tenía confianza en mí misma en aquella época para afirmar mi personalidad y mis ideas categóricamente. La falta de alguien cerca de mí para darme recomendaciones sobre la vida o indicarme el camino más adecuado que tomar hacía que necesitase caer, sufrir, tener malas experiencias que me forjasen para el futuro. No sé por qué, pero las experiencias pasadas parecen llenas de magia melancólica.

»Después del fallecimiento de mi marido, caí en una depresión. Estuve leyendo libros de autoayuda, cosas como *La vida pertenece a aquellos individuos raros y excepcionales que se atreven a ser diferentes* y que hostigan con el cuento de que, para ser una persona diferente al resto, es necesario alejarse de lo que la sociedad llama *ser normal* y que se equipara con ser mediocre, ordinario... Creer en eso de comportarse diferente a los demás es una memez, una estupidez. Yo no soy rara ni normal. Trato de ser moderada, este es el secreto de vivir y no lo que intentan venderte con el cuento de *sobrevivir*. A mí me gusta llevar la contraria; no me importa nada decir cosas que van en contra de la sabiduría popular, mirar algo que todo el mundo ve blanco y decir que es negro.

»Durante la época con Elisabeth y Michael en Peshawar, llegué a pensar que la naturaleza del hombre era egoísta, y con la mujer descarga un comportamiento insensible. Quizá era la mentalidad de la época y los valores y costumbres británicas, pero en aquel tiempo pensé que el hombre era un ser canalla por naturaleza y, con respecto al sexo femenino, cruel y despreciable.

—Estuvimos hablando varios compañeros de la embajada sobre el porqué de la pobreza en la India —añadí queriendo dar a entender que disfrutaba de su conversación—. No intento decir que mi país sea un ejemplo de cómo debería funcionar la India en cuanto a limpieza, seguridad, etcétera. No pretendo decir que un país sea mejor que otro…

—Pero lo que sí es cierto es que en Suiza se vive mejor, hay una

mejor calidad de vida. Por supuesto, negarlo es de necios. Hay algo en las montañas, como en las de Suiza, que añade una nueva dimensión a la vida. Yo estuve en la década de los setenta con mi marido en Zermatt, a los pies del Matterhorn. Después de pasar allí unos días de vacaciones, llegué a la conclusión de que el cambio de aire con respecto al de la India le hace a uno pensar y sentir de una manera diferente. Es necesario huir de vez en cuando de este insoportable calor, de las alcantarillas, de los olores, de la polución, del comportamiento agresivo de la gente, del ruido... Aunque solo sea durante un par de días para regenerarse. Ahora, otra cuestión es que mi amor personal y único por la India me mueva a querer seguir viviendo aquí y no en Suiza, pero bueno, sigue, sigue...

—Pues que llegamos a la conclusión de que el problema en la India no es solo la falta de civismo, como tú has mencionado, sino de educación.

—Pues sí, si el gobierno central apostase por la educación y por otorgar a los ciudadanos la capacidad del pensamiento libre para que ellos desarrollen su propio criterio, el cual les permitiría vivir y tomar decisiones sin depender de las opiniones de los políticos cretinos de siempre y de los pagados gerentes de los medios de comunicación. No difunden más que ideas baratas y sin otro fundamento que el del fanatismo repugnante de siempre. Desde luego, la India podría ser un mejor país en donde vivir. La ignorancia, el olvido o el desprecio de los derechos del hombre son las únicas causas de los males públicos y de la corrupción en el país. Si estamos bien educados, bien asistidos, y disfrutamos de un buen trabajo y de una buena vivienda, resulta obvio que somos más libres porque podemos hacer más y mejores cosas y porque estamos lejos de la ignorancia, de la enfermedad y de la necesidad.

Aquella conversación con Nadia de camino al aeropuerto me recordó un incidente sucedido en el apartamento donde vivíamos los empleados de la embajada. En tan solo un día, la vivienda llegaba a acumular gran cantidad de polvo, que entraba por las ranuras más pequeñas e insospechadas. Contratamos los servicios de una señora que venía a limpiar el apartamento. Cuando llegó el segundo día y esta señora no se presentó, salí de casa y, al bajar las escaleras de camino a la oficina, me crucé con la criada de uno de nuestros vecinos. Con gestos y un inglés entrecortado le dije que, si por la tarde, podía presentarse a limpiar nuestro piso, le prometí pagarle una cantidad fija. Asintió con una sonrisa. Por la tarde, al volver al apartamento, la esperé, pero no apareció. Al día siguiente, nuestra criada se presentó a limpiar a primera hora de la mañana y argumentó que un pariente había fallecido por lo que no había podido venir a trabajar.

En la India siempre ocurren tragedias que sirven como excusas para llegar tarde, no cumplir las obligaciones o evadir compromisos. La hospitalización de un familiar es la justificación más común que pude oír yo entre los trabajadores indios de la embajada. Al salir del edificio, me crucé de nuevo con la criada de los vecinos y le pregunté por qué no se había presentado a limpiar el día anterior. Me contestó que la señora —o sea, mi vecina india— le dijo que no fuese.

Días más tarde, nuestra criada me comentó que ningún vecino compartiría su señora de la limpieza con nosotros, extranjeros, por dos razones: porque no éramos vegetarianos —ellos, supersticiosos, no querían compartir nada con gente que comiese carne— y porque, si le ofrecíamos más salario al mes, pensaban que ella no se presentaría a limpiar en su casa. Qué más daba que nuestro apartamento estuviese ubicado en una de las zonas más exclusivas y caras de la ciudad, e, incluso, que nuestros vecinos fueran muy adinerados, empleados de multinacionales y hubieran estudiado en el extranjero.

Venkatesh, el empleado que teníamos en nuestro departamento atendiendo el teléfono y como persona encargada de los recados para hacer fotocopias o ir al vecino mercado para comprar material de oficina, al comentarle lo sucedido me explicó lo siguiente:

—Robert, tienes que saber que en tu edificio todos se mostrarán contigo de una forma, pero a tus espaldas dirán y pensarán cosas negativas sobre ti. Aquí en la India un sij ayuda a un sij, un hindú brahmán ayuda a un hindú brahmán, un parsi ayuda a un parsi, un sindhi ayuda a otro sindhi, y, así, cada uno ayuda principalmente a un miembro de su comunidad. Curiosamente te digo que, quizás, encuentres al musulmán más cercano a ti en algunos aspectos, a pesar de que puedas pensar que su religión es extremista, e, incluso, al cristiano indio, el más racista de todos hacia sus propios compatriotas. Por otra parte, que no te sorprenda que los indios te digan sobre otro indio «*date cuenta de que esa persona se comporta así porque es musulmán*» o «*date cuenta de que se comporta así porque es brahmán*»… Generalizar siempre es malo, pero los indios, por naturaleza, nos comportamos todos como lobos unos con otros.

Unos días más tarde, la comunidad del edificio entregó unas octavillas en los apartamentos estipulando el salario fijo de las limpiadoras. Los vecinos indios tenían miedo de que nosotros, siendo extranjeros, las corrompiéramos pagándoles más dinero por su duro trabajo. Aunque justificado, ellos querían seguir pagándoles lo mínimo, lo básico.

En la mayor democracia del mundo, me di cuenta de que los derechos sociales presuponen un dilema entre la mucha libertad de unos y la poca libertad de otros. Los favorecidos no quieren que se distribuya entre todos por igual porque, según ellos, al igualar la

libertad de las personas, ellos, que antes tenían más, ahora tendrían menos. Por tanto, jamás de los jamases ellos permitirán que se estableciera la igualdad de derechos y oportunidades. Por eso, promueven la división de castas, por ejemplo, con los anuncios de matrimonios concertados en los suplementos que vienen a diario en los periódicos. La diferencia de clases está instaurada de forma imperante en la India. Nadie la quiere abolir.

—Te voy a poner un ejemplo —me dijo Venkatesh mientras nos tomábamos un café a primera hora de la mañana en la cantina—. Supongo que habrás visto autobuses públicos conducidos con agresividad y a alta velocidad. Te habrás preguntado por qué se les permite que sigan conduciendo así, si suponen una amenaza en las carreteras. Pues, sencillamente, porque muchos de esos autobuses pertenecen a políticos. Cuando un autobús ocasiona un accidente mortal por la negligencia de su conductor, este huye corriendo por miedo a ser linchado por los viandantes o pasajeros. Pero, al mes siguiente, está conduciendo el mismo autobús u otro. Si un político honesto impusiese ciertas normativas o leyes para los conductores, al final, iría contra el propio interés de un compañero de partido. Por tanto, los políticos siempre consiguen paralizar cualquier propuesta que ponga en peligro sus conveniencias. En este país impera el yo, yo y nada más que el yo.

10.
Mary trabaja en el Army & Navy Store

Una vecina y amiga de Margaret, llamada Annabel; fuerte mujer, de generoso pecho y conocida en el vecindario por haber peleado en público con un musculoso soldado de barba pelirroja que un día había intentado aprovecharse de ella en el rellano de la escalera, le aconsejó que buscase un empleo como dependienta en el Army & Navy Store. Así lo hizo y consiguió el trabajo tan solo por ser blanca de piel, rubia y alta.

El Army & Navy Store fue el primer centro comercial que se abrió en la colonia británica de la India. Era un magnífico edificio victoriano de cinco plantas. Los productos expuestos a la venta constituían lo último en moda europea y productos de lujo. Allí se podía encontrar de todo, desde juguetes a perfumes franceses. La clientela era gente adinerada que buscaba, al mismo tiempo, un lugar de recreo social, ya que en las distintas plantas uno podía sentarse y tomar el té acompañado de pastelitos de crema. Pero tenía una cualidad especial: trabajar allí como dependienta podía ser determinante para conseguir pareja. Annabel le dijo a Margaret que la hija de una amiga suya conoció a su marido cuando este paseaba por las plantas del edificio fijándose solo en las dependientas de los distintos departamentos. Y, según contó después, el joven sintió un flechazo al verla a ella por primera vez.

Al ser escogida Mary para ocuparse del departamento de cosméticos, Margaret y su amiga Annabel ya estaban confabulando sobre la gran oportunidad que se le iba a presentar para conseguir pretendiente. Pero Mary debía cambiar mucho, entre otras muchas cosas, su tono de voz, ya que, cuando hablaba, siempre se le tenía que interrumpir: «*Por favor, Mary, que no estoy sorda*. *¿Quieres hablar más bajo, por Dios*?».

Annabel era originaria de la ciudad escocesa de Aberdeen. Al igual que Margaret, también había perdido a su marido durante la Primera Guerra Mundial. Se caracterizaba por ser una señora baja de estatura y gorda. Comunicaba una sensación casi de esfericidad, como si se tratara de una peonza que podía comenzar a girar de un momento a otro. Resultaba muy graciosa y afable, y estas cualidades fueron el motivo por el cual Margaret se hizo muy amiga de ella.

Todas las esposas de soldados con las que había trabado una amistad íntima durante su primera estancia en Bombay se habían desplazado a otros destinos, y el hecho de tener que cuidar del

pequeño Bobby y no querer dar explicaciones le hizo ser muy reservada al hacer nuevas amistades. Por ello, la presencia de Annabel, quien vivía justo en un pequeño apartamento contiguo, siempre era bienvenida y traía un aire de comicidad y alegría a la casa.

Un día, Annabel supo la verdad sobre Bobby. El niño tenía unos ojos muy grandes y era de piel clara, casi blanca. Su pelo era tan negro como el carbón, pero no tenía ningún otro rasgo por el que la gente pudiera pensar que el padre fuese indio. Ya había percibido anteriormente la complicidad entre madre e hija al respecto, pero ese día supo con certeza que el bebé era de Mary. Bobby estaba durmiendo profundamente sobre el sofá. Su rostro denotaba placidez cuando Annabel, sentada junto a Margaret, ambas cosiendo unas telas, mencionó la satisfacción que producía ver dormidas a las personas que se quiere de corazón, y cómo es verdad que cada hijo duerme de una manera diferente. A Margaret se le cayeron las lágrimas y compartió su secreto, que su amiga guardó para siempre.

El comportamiento brusco de Mary evidenciaba que procedía de algún lugar del interior de la India o que se había criado en las minas de Gales o en algún rincón inhóspito de Gran Bretaña. Después de tanto tiempo en Peshawar, había perdido toda noción y conocimiento sobre la vida urbana, la ropa que llevar, el tipo de perfume más adecuado, pero más aún, sobre cómo tratar a un cliente. Y qué decir si se daba el caso de que un posible pretendiente, con la excusa de comprar un perfume para su madre o hermana, se acercara a ella y entablara conversación con ánimo de flirtear... Así las cosas, Annabel pasó con ella un día entero, previo al primer día de trabajo, en su pequeño apartamento, para entrenarla en lo más elemental y básico: «*Buenos días, ¿puedo ayudarle en algo?*». «*Muchas gracias. ¡Qué tenga un buen día!*».

—¡Y nada de estar de pie balanceando el cuerpo! —le espetó Annabel—. Recuerda: los hombros siempre hacia atrás y la espalda bien recta, eso es lo propio en una señorita de bien. ¿Me oyes?

Durante las primeras semanas, sus compañeras de trabajo, al darse cuenta de que tenía más bien poca idea de la vida social, la llevaron a conciertos de jazz y bailes de salón, además de aconsejarla sobre el modo de vestirse. Las jóvenes dependientas no solo se quedaron pasmadas por el traje con el que se presentó el primer día, sino que pensaron que era prestado, que debía de pertenecer a su madre o su abuela, ya que era de un diseño de hacía muchos años. Pero le dieron a Mary un consejo muy específico durante aquellos primeros días: que hiciese algo con su enorme físico, que no resultaba muy femenino.

Los resultados fueron frustrantes. A pesar de ir vestida correctamente e intentar ser amable, los jóvenes que se acercaban a su

departamento y, para entablar conversación, le preguntaban cualquier cosa sobre tal o cual producto, salían decepcionados. En una ocasión, un apuesto oficial, después de oírla hablar y ver cómo hacia piruetas en el pasillo —ya que Mary creía que le agradaría darle a conocer sus habilidades acrobáticas—, se despidió urgentemente con la excusa de que tenía que ir a la estación de tren para recoger a su madre reumática.

A pesar de hacer ejercicio en casa y salir de paseo al parque vecino, donde realizaba actividades físicas —como le habían enseñado los militares en Peshawar, pero no menos estrambóticas, para sorpresa de viandantes y domingueros—, no conseguía bajar de peso y, cuantas más veces pensaba en su físico, más comía.

Decepcionada y cansada de su trabajo en aquel centro comercial, en un anuncio en el periódico leyó que buscaban secretaria en un despacho de abogados y, en un impulso, sin haber leído los requerimientos, al terminar su horario del día en el almacén, se dirigió a la dirección del anuncio.

La recepcionista se quedó sorprendida por la presencia física de la joven y su jovialidad. Habiendo mujeres que escribían a máquina con mucha más eficiencia en comparación con Mary, que mostró que no tenía ni idea de cómo teclear, la recepcionista de la firma de abogados sintió que ella era la persona más sincera y honesta para el puesto entre las demás atractivas jóvenes que optaban a cubrirlo. Así pues, le dijo que, si en dos semanas aprendía taquigrafía básica, le guardaría la vacante.

Desde ese momento, no había nada más en la cabeza de Mary, quien después del trabajo en el Army & Navy Store iba a practicar mecanografía con una vieja máquina que tenía un inquilino del edificio que se dedicaba a copiar actas notariales en los juzgados.

Gracias a su perseverancia y voluntad, cuando el día estipulado volvió al despacho de abogados, obtuvo el puesto de trabajo.

11.
«¡Ya está! Me llamaré Nadia».

Permaneció un año en aquel puesto de trabajo. La rutina diaria acabó haciendo mella en Mary, dado el carácter inquieto que tenía. Su labor consistía en copiar manuscritos de diez o treinta páginas a lo sumo. Debía estar sentada todo el día, pero la mayoría de las veces no había nada que escribir. Así pasaron los meses hasta que, un día por la mañana, para entretenerse, se dedicó a copiar páginas del periódico Times of India. Al ir pasándolas, le llamó la atención un anuncio: «*La bailarina rusa llamada madame Astrova busca estudiantes para su nueva escuela de baile*».

Al volver a casa, se lo comentó a su madre y a Annabel, mientras ambas cosían bordados haciendo horas extras para una fábrica textil vecina. Al oírla, Margaret le dijo que no fuese absurda, pero su amiga le replicó que de verdad podía ser la mejor forma de perder peso a la vez que disfrutaba haciendo algo que le gustaba.

Madame Astrova era una mujer con mucha energía, muy trabajadora e incansable. Una profesora que impartía un peculiar método proveniente de la escuela de baile clásico. Era muy exigente con sus alumnos, a quienes demandaba, ante todo, lealtad y disciplina.

Después de la Revolución de Octubre,[19] muchos artistas como ella optaron por emigrar al extranjero. El público en la india no era ajeno al *ballet*; incluso la famosa bailarina rusa Anna Pávlova dejó una huella significativa en la colonia en 1920. Grupos europeos y americanos habían estado representando obras con asiduidad en el ámbito cultural no solo de Bombay sino en otros lugares del vasto Imperio británico.

El premio Nobel Rabindranath Tagore fue el precursor de la síntesis de bailes del Este y del Oeste. Su *Natir Puja*, una obra de teatro representada en forma de danza, fue un éxito de público. En Bombay existían diversas escuelas de baile tradicionales como el *kathak*, el *manipuri* y de otras regiones indias, además de bailes occidentales como el charlestón o el foxtrot. Sin embargo, abrir una escuela de baile no se consideraba respetable, ya que, como experimentó madame Astrova durante las primeras semanas, muchos hombres civiles, soldados rasos y oficiales entraban pensando que era un burdel. Aconsejada por sus asistentes indios, la rusa puso de inmediato un cartel a la entrada en el que se podía leer bien claro: «*Solo para mujeres*».

Cuando Mary entró en la escuela, tanto las estudiantes de delgadas

y bellas proporciones como la propia Astrova se quedaron patidifusas. La apariencia física de Mary era contraria a la que debía tener una bailarina de *ballet* clásico. Más de una se echó a reír, pero fueron recriminadas con dureza por la rusa. La gracia, la determinación y el comportamiento tan inusual de Mary fueron las razones de madame Astrova para querer admitirla en su elitista y exclusivo grupo de estudiantes.

Madame Astrova se quedó examinando sus zapatos, que rezumaban humedad. Señalando el tacón algo desencajado de uno de ellos, le dijo:

—Joven, cuando no se tiene dinero y se tiene que vivir con lo poco que uno posee o de lo que hereda de familiares, es necesario cuidar más las cosas personales. ¿Me entiendes, niña? Me da igual que uses los zapatos de tu madre, pero recuerda, y que esto se te quede en la cabeza: el movimiento de los pies y la pisada es lo importante. Tienes que pisar con más cuidado, con elegancia, con suavidad, flexionando suavemente el tobillo… Así, ¡mira y observa!

La imagen de Mary vestida con el traje de baile clásico recordaba a la de un boxeador de peso pesado sacado del cuadrilátero para montar en un caballo de carreras como si fuera un yóquey. Pero a ella le daba igual que se rieran a sus espaldas. Tenía un carácter muy fuerte, risueño, y un buen humor contagioso que nunca perdía. Esta fue la lección que dio a sus compañeras: pronto se ganó el respeto y la amistad de todas ellas y dejó de ser el hazmerreír que fue el primer día.

—Y ahora… ¡avanza! Así, muy bien —le indicaba con férrea disciplina la rusa—. Ahora, ¡inclínate! Muy bien. Coge la mano de tu compañera, ¡retírate! Así, así… ¡Sigue! Ahora gira como un sacacorchos, contorsiónate como haciendo una reverencia, ¡muy bien!, enhebra la aguja y…, de nuevo, a tu posición. Cuida el movimiento de tus piernas, ¡sin tambalearse!, ¿me oyes?

Día tras día, después de terminar su tedioso trabajo en el despacho de abogados, Mary iba directamente a la escuela de baile, y dos horas antes de que comenzase la clase practicaba sola o con alguna otra estudiante. Consiguió bajar de peso, aunque no mucho; seguía siendo una joven grande. Según Annabel, que apuntaba minuciosamente sus medidas en un papel después de tomarlas con una cinta métrica que guardaba en su caja de costura, Mary ganó músculo en las piernas.

La escuela de madame Astrova generó mucha publicidad entre la élite de la colonia y fue invitada a representar obras en distintas regiones de la India. La rusa anunció el inicio de la gira a sus alumnas, y Mary fue la primera en mostrar su optimismo y decisión en querer viajar. De camino a casa, pensaba con preocupación en la reacción de su madre. Aquella gira duraría un mínimo de un año.

Margaret se quedó, en verdad, turbada, ya que la ponía en una situación que ella misma había comentado a Annabel que sucedería, que llegaría el día en que su hija iniciase su propio camino personal y profesional, y ella siguiese al cuidado de Bobby como si fuese su hijo.

Annabel les recomendó que, antes de tomar una decisión, Mary debía visitar a una señora armenia que leía el futuro y que vivía en la vecindad.

—Hay mucho imbécil e ignorante que viene a mí. ¡*Oh, là, là*! —decía la gitana mientras se tomaba sus vasitos ante la atónita mirada de Margaret y las risas de Mary—: A esta gentuza hay que tratarla con astucia, sonriéndoles en paz, con beatitud… que se den cuenta de que van a conseguir lo que ellos buscan. Pero ¡por Dios!, que yo leo las cartas, ¡no soy un doctor! ¡Psssh! La mayoría de los hombres… ¿sabéis a que vienen? Sobre todo, oficiales de alto rango me vienen a que les aleje el espectro de la impotencia.

—¿Y tú que les dices? —preguntó Annabel sonriendo con aspecto conspirador.

—¡*Oh, là, là*! Pues muy sencillo: que tomen con el estómago vacío a primera hora de la mañana agua caliente con extractos de una planta que da mucho vigor, llamada ashwagandha; que tomen muchas especias con la comida, que no solo reducen la hipertensión y ayudan a la digestión, sino que también funcionan como reconstituyente; y que compren mi miel casera, que no solo cura la sordera y sana el hígado, sino que también hace crecer el pelo.

La gitana armenia era conocida como madame Pitonisa. Flaca, acartonada, tenía la cara llena de arrugas, los ojos pequeños y vivos, y llevaba dentadura postiza, que dejaba a remojar dentro de un vaso lleno de *whisky*. Siempre que tenía un cliente sacaba una botella de alcohol barato y, con la excusa de explicar que era tradición en su pueblo de origen dar una copita de vodka a los invitados cuando entraban en casa de uno, sabiendo que estos casi siempre rechazaban el ofrecimiento, bien por timidez, bien por sentirse cohibidos ante semejante personaje extraño, ella se tomaba esos chupitos durante la reunión, acababa bebida y no dejaba de decir, queriendo darse un aire de dignidad: «¡*Oh, là, là!, ¡oh, là, là*!». Antes de instalarse en Bombay, había vivido en París ejercitando con mucho éxito su profesión de echar las cartas, pero Annabel sabía por unas conocidas suyas que lo que en realidad había ejercido era una ocupación más antigua.

—¡*Oh, là, là*! El otro día, me vino un oficial y, nada más sentarse, me pidió que le leyese la mano —dijo con tono indignado—. Cuando los bebés nacen, tienen la característica de hacerlo con los puños cerrados. Los han tenido así durante tanto tiempo que se les forman las arrugas en las palmas de las manos: ese es el único significado que tienen esas líneas. ¿Qué tiene que ver eso con el futuro? Nada. Yo leo

las cartas, que es lo más avanzado, profesional, dignificante y seguro. Veamos. ¡*Oh, là, là!, ¡oh, là, là*!

De súbito, se quedó callada. La gitana, sentada frente a una mesa redonda, se mantenía estática en su postura, indescifrables sus pensamientos, erguida dentro de su vestido típico de los pueblos de Armenia, o eso decía ella. Todas la miraban expectantes por lo que iba a decir.

Detrás de los gruesos cristales, con sus ojitos de ratón sobre las cartas, guardó silencio. Atónitos y atentos, con la intención de interpretar su actitud, todas miraban con sorpresa hacia sus ojos de pájaro disecado. Después de unos interminables segundos, la gitana anunció a Mary un éxito en su futura carrera como artista. Sin embargo, predijo una infelicidad en su futura vida personal y, tras decir esto, volvió a quedar callada, con su cara tiesa sembrada de arrugas verticales.

—¡Pero bueno! Si lo llego a saber, no te traigo clientes. ¿Qué hay que hacer, gitana? ¡Habrá un remedio! Digo yo… —le espetó Annabel de inmediato con aspereza.

La pitonisa dijo que solo cambiándose el nombre podría prevenir ese maleficio sobre su futura vida personal. Todas preguntaron al unísono, asombradas con la salida de la gitana: «¿*Cambiar su nombre*?».

La gitana echó de nuevo las cartas del tarot. Le advirtió que su nuevo nombre tendría que empezar con la letra N y tener un total de cinco letras.

Mary, fascinada con el idioma ruso en el que tanto escuchaba a madame Astrova hablar con sus asistentes, exclamó:

—¡Nadia!

En ese instante, se puso a contar con los dedos el número de letras para volver a pronunciar con entusiasmo y determinación:

—¡Ya está! Me llamaré Nadia.

Las demás se dieron la vuelta en dirección a Mary.

—¡*Oh, là, là*! ¿Y eso qué significa? —preguntó la gitana asombrada por su reacción tan entusiasta.

—No creo que tenga un significado en particular, pero me gusta —contestó ella riendo.

—Bueno, suena exótico para una bailarina…, ¿no? —dijo Margaret haciendo una mueca.

—Sí, sí… —añadió Annabel—. A mí también me gusta el nombre de Nadia.

12.
Bailando con madame Astrova

La gira por la India duró más de un año. Bailaron en palacios de maharajás, en pueblos, en teatros de ciudades, en recintos militares situados en el interior e, incluso, al aire libre, en playas, ante improvisados escenarios de tablones de madera sobre la arena.

El piano con el que viajaban quedó pronto en muy mal estado, debido a los golpes que recibía durante su transporte por parte de los porteadores, al subirlo y bajarlo una y otra vez de los vagones de los trenes y, también, al ser trasladado en carromatos hasta el lugar de la función. A veces, el pianista tenía que apretar dos veces instantáneamente la misma tecla para hacer audible el sonido.

En la mayoría de los palacios de los maharajás, todo el público era masculino: el maharajá, sus familiares varones y su séquito. Las mujeres solo veían a las bailarinas a través de unas rendijas de las ventanas del piso superior o detrás de enormes biombos en los que había tallados innumerables agujeros pequeños.

Un hecho insólito ocurrió en la representación ante el maharajá de Hyderabad. Durante la función, este descendió de su trono, se subió al escenario, ante la perplejidad de las bailarinas, y empezó a cabriolar de forma estrafalaria entre ellas como si fuese un duende en un país fantasioso bailando con ninfas. Madame Astrova, al darse cuenta de tal esperpéntica y embarazosa situación, hizo un gesto a sus alumnas para que prosiguiesen como si nada estuviese sucediendo, mientras el pequeño y gordito maharajá se deslizaba como una peonza entre ellas gesticulando y saltando como si estuviese siendo poseído por fuerzas extraordinarias.

Al final de la representación, les pidió que se quedasen donde estaban, sin moverse. Salió del concurrido salón rodeado de sus guardaespaldas y, al instante, volvió por otra puerta adyacente ante el asombro entusiasta de las jóvenes bailarinas al ver que traían, detrás de él, un baúl enorme, precioso, decorado con enormes piedras brillantes incrustadas. Madame Astrova las llamó al orden, ya que empezaron a excitarse como colegialas inmaduras ante la expectación de lo que el maharajá pudiera sacar del baúl. Evidentemente, todas pensaron que se trataría de un generoso regalo como cumplido a la obra representada, tal vez alguna valiosa joya. Los ojos de las jóvenes brillaban como estrellas en la noche, se agarraban unas a otras y alguna, incluso, saltaba profiriendo un leve chillido de entusiasmo juvenil.

Al poner los fornidos y armados guardaespaldas el baúl sobre el escenario, el maharajá empezó a saltar alrededor como si continuase siendo un duende salido de un cuento de hadas y, a la tercera vuelta, lo abrió de un golpe y gritó con entusiasmo:

—¡Naranjas de Valencia!

El maharajá, considerado el hombre más rico del mundo en aquella época, pero, sin duda, uno de los más estrafalarios, nunca vio nada más abyecto que la cara que pusieron las jóvenes bailarinas cuando vieron aquellas formas esféricas de color naranja que él consideraba tan preciadas y valiosas como símbolo sexual por su redondez y jugosidad.

Madame Astrova se encontró con un problema sin precedentes y que no había podido prever que ocurriría: su grupo de bailarinas iba menguando. El motivo residía en que, después de las representaciones, muchas recibían propuestas de matrimonio por parte de elegantes oficiales del ejército y también de empresarios. Poco a poco, se escapaban de las atentas miradas de su asistente rusa y, al día siguiente, anunciaban su compromiso y dejaban el grupo de sopetón. Esto implicaba que, para la función siguiente, con un número menor de bailarinas, madame Astrova tenía que improvisar cambios en las representaciones.

Hasta entonces, Nadia solo bailaba como figurante, situada detrás de las demás o en un extremo o lateral, pues, siendo la más ancha y alta, estando junto a sus compañeras parecía tres veces más grande. Presintiendo que era su momento, le pidió a la profesora rusa que la dejase ejecutar un baile tradicional gitano que le había enseñado su madre. Como madame Astrova estaba muy preocupada por no poder terminar la gira debido a la falta de discípulas, accedió. Sería la única representación individual de una de sus estudiantes ante el público.

Con ganas y audacia, Nadia improvisó y mezcló movimientos que no tenían nada que ver con el folclore gitano. Sobre el escenario, sonreía orgullosa, se movía con gracia; sabía que no podía fallar, que no estaba fallando. Su primera función fue todo un éxito y aquella misma noche, después de su actuación, la rusa le enseñó bailes del vientre y movimientos más sensuales aprovechando sus anchas caderas y dejando más expuesta su piel blanca. El público, sobre todo, soldados, se sentía atraído por aquella bailarina rubia y voluptuosa.

Una representación tras otra, Nadia iba improvisando movimientos, además de asimilar con gran facilidad los que la rusa le enseñaba. Hubo un momento en que se soltó y empezó a mostrarse cómica, haciendo incluso gestos indecorosos al mismo tempo rápido de la música, lo que propiciaba un entusiasmo generalizado entre los soldados que veían el espectáculo, con silbidos y comentarios picantes hacia ella. Gracias al de boca en boca, pronto el público iba a las

funciones del grupo itinerante de madame Astrova porque había una rubia exuberante. Nadia quedaba enteramente fascinada por esa relación que experimentaba con el público desde el escenario.

Sus compañeras empezaron a notar que la rusa estaba más pendiente de Nadia que de ellas. De hecho, madame Astrova la tenía como una pupila privada, le daba clases a diario, y le enseñaba este u otro truco para sacar más provecho de su enorme cuerpo, amoldándolo así a las poses de distintos bailes. Crecieron los celos profesionales entre sus compañeras, para quienes Nadia les estaba robando las simpatías del público.

—¿Y qué tiene ella que no tenga yo? —preguntó con tono mojigato una bailarina presumida y engreída mientras se miraba frente al espejo.

—¡Carne, carne! Ella está metida en carnes y tú estás tan delgada como la rusa —contestó una compañera mientras se desmaquillaba ante un espejo en un improvisado camerino.

A partir de ese momento, madame Astrova hizo de Nadia la estrella del *show*, y así pasó un año más viajando en trenes por toda la India y hospedándose en residencias baratas, donde alquilaban habitaciones por una noche y donde, en una de ellas, dormían hasta cuatro compañeras o más.

Su vida había sido muy intensa en muy corto tiempo y, en ese período, se fue forjando su fama por todo el país. Para entonces, Nadia, frustrada, pensaba para sus adentros: «*Ella cree que no puedo prescindir de su compañía*»; «*Estoy harta de sus aires de superioridad. A la menor ocasión, en público, me intenta humillar y hacerme sentir inferior. Esta forma de actuar yo ya la he visto en ella. Cuando ve a una alumna que sobresale, que llama la atención y le puede hacer sombra, la humilla en público para ponerla en su sitio*». «*Está utilizándome. Juega conmigo como hace con todo el mundo. Le gusta repartir estopa y asustar a las chicas que tienen talento. Sí, es así*»…

Al llegar a Delhi, sintiéndose explotada y mal pagada, pidió un aumento de sueldo, ya que no había recibido ninguno desde el comienzo de la gira y, ahora, ella era el centro de atención del público gracias a su actuación. Aun sabiendo que Nadia lo merecía, que realizaba un trabajo que requería más dedicación en su preparación antes de cada espectáculo, que ensayaba muchas más horas que sus compañeras, madame Astrova se lo denegó. Ante la intransigencia de la rusa, Nadia decidió dejar el grupo, para mayor enfado de la profesora.

13. Viajando sola por la India británica

En Delhi se publicitaba con enormes carteles por toda la ciudad el famoso circo Zarko, que estaba realizando una gira por toda Asia. Muy decidida, Nadia fue a hablar con el empresario que lo regentaba y le propuso trabajar para él: haría una representación de la danza del vientre durante los entreactos de los payasos y acróbatas.

Nadia absorbía como una esponja la experiencia de ver actuar a los payasos, malabaristas y acróbatas profesionales. A aquel público poco exigente le encantaba ver a una enorme mujer rubia llena de dinamismo haciendo movimientos de caderas, además de bailes gitanos mezclados con movimientos de bailes rusos. Pero esta aventura llegó a su fin el día en que el director enfermó y eligieron a Nadia para anunciar cada representación. Ella se sintió utilizada solo por ser de piel blanca y rubia, porque eso llamaba la atención y creaba simpatía entre el público. A pesar de ello, con desenfado, desempeñó ese trabajo un día, durante el cual no sintió el afecto de la gente, ya que varios hombres no dejaron de hacer comentarios despectivos sobre su físico y de proferir en voz alta bromas sobre ella, a la vez que se burlaban de su indumentaria, tremendamente ajustada a la altura del pecho.

Al día siguiente, obtuvo el dinero que le debían y por mediación de una antigua compañera de baile de la escuela de madame Astrova, que había asistido como espectadora junto con su marido para verla actuar, se presentó en las oficinas de la compañía Globe Film Theatre, propietaria de numerosas salas de cine, un negocio que se estaba expandiendo con mucho éxito por toda la India.

El cine sonoro aún no había llegado a la India y tardaría tiempo en llegar, especialmente por la falta de equipo de proyección sonoro en tan enorme colonia. Nadia pasaba sus días viajando en los departamentos de tercera clase de los trenes que la llevaban de un extremo a otro del país. Ella representaba bailes en el escenario antes de las proyecciones de las películas mudas para atraer un mayor número de espectadores. Poseía un estilo y una técnica muy personal. Tal vez, aquel sentido del ritmo y la danza que le hacía destacar en cualquier escenario motivó que un día una pareja ruso-alemana que acudió a ver el espectáculo y que tenía un grupo de bailarines especializados en bailes gitanos, tras el *show*, la invitara a unirse a ellos y a viajar juntos por el norte de la India.

Mientras el cine mudo perdurara a las afueras de las grandes

ciudades y en el interior, se mantendría el negocio para Nadia y sus nuevos compañeros. Sus representaciones nunca estaban preparadas, siempre eran improvisadas. Realizaban bailes y cantos folclóricos, incluso, en alemán, y Nadia compensaba su desconocimiento de este idioma diciendo cosas incongruentes que se inventaba sobre la marcha y gesticulando como si hablara esa lengua. Alguna vez, situándose detrás de la pantalla, ella y sus compañeros hacían sonoras las escenas mudas de los actores. Queriendo difundir sus aptitudes de actriz, Nadia, con agilidad mental e ímpetu, se extralimitaba en sus representaciones y causaba sonoras carcajadas entre el público.

En una función en la que la protagonista se moría, ella hizo una representación totalmente creíble en sintonía con los gestos de la protagonista. El público, ensimismado, guardaba silencio, pero pasaba el tiempo y el personaje en la pantalla no se moría, sino que seguía enferma mientras era consolada. Nadia, tumbada en el suelo del escenario, empezó a cantar repetidamente una canción que consideraba melancólica para esa escena muda, pero, mientras tanto, en la película, la protagonista moribunda seguía sin fallecer y Nadia continuaba improvisando para salir del paso. Seguía repitiendo una y otra vez las mismas frases y gestos hasta que el público estalló de risa. Ella se levantó del suelo con la respiración entrecortada con su potente busto que subía y bajaba acompasadamente y les demostró su sentido del humor, haciendo mojigatas acciones imitando a la protagonista de una cómica manera, pretendiendo desfallecer y contorsionándose exageradamente al ser consolada por su amante. El público se desternillaba de risa en las butacas.

El matrimonio socio de Nadia disolvió el grupo, ya que decidieron viajar a Rusia, y regalaron a Nadia un gramófono con sus discos y un baúl lleno de vestidos y maquillaje. De este modo, Nadia empezó a viajar sola de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, por toda la India británica, con su enorme baúl de cuero.

En aquella época, viajar sola o con un grupo itinerante haciendo una vida nómada y dedicándose al espectáculo era considerado un pecado, según la mentalidad victoriana, y sinónimo de dedicarse a la prostitución. Pero a Nadia le daba absolutamente igual la opinión de los demás. Ella no se consideraba una perdida, ni mucho menos una prostituta. Durante esta andadura, más de un hombre la sedujo y ella se dejó cortejar, aunque sin ninguna ilusión. Sabía que todavía tenía mucho camino por recorrer hasta llegar a alguna meta, aunque entonces no supiera cuál sería. De un pueblo a otro, de un escenario a otro, sabía que cada paso que daba adelante le hacía sentirse mejor, y esta era su motivación para seguir viajando sola por la colonia británica, cada vez más segura de sí misma.

Casi siempre dormía al raso, a la intemperie, y le daba igual que le

advirtiesen de que dormir al aire libre era peligroso. Nadia se llevaba su saco de dormir, una manta gruesa y pesada, y se echaba en el suelo rodeada de perros callejeros que se acurrucaban como ovillos a su lado. Cada mañana se levantaba con todos los músculos del cuerpo entumecidos y se ponía a hacer ejercicios básicos de yoga que había aprendido en la escuela de la rusa.

* * *

—A diferencia de cuando hacía mucho frío durante el invierno, en verano me costaba menos levantarme por las mañanas, ya que, tras noches plagadas de sueños y continuos desvelos, dormía de forma muy precaria y agitada. Por la noche, era un placer el olor a jazmín en el aire y la luz de la luna brillando con intensidad, como si fuese una farola colocada a mi lado. A veces, rompía el silencio el espantoso ruido de guardias golpeando sus palos contra el suelo. Esto lo hacían por las noches mientras caminaban por las calles del pueblo con el fin de espantar a bandidos y malhechores. Eran malos tiempos; había lugares a los que me recomendaban no ir, ya que estaban infestados de rebeldes armados. Cada vez había más ladrones y pillajes, y los guardias y, en ocasiones, soldados cipayos recorrían a oscuras las calles golpeando sus palos. Otras veces, gritaban profiriendo palabras en dialecto local para espantar posibles criminales escondidos en la nocturnidad, ya que el oficio de estas personas era asustarlos y no atraparlos.

»Por las noches, era el momento en que las lagartijas deambulaban por mi cuerpo al libre albedrío, pero resultaban ser grandes protectoras contra los mosquitos y se daban un festín a base de insectos tan pronto como estos aparecían, empleando sus pegajosas lenguas rosadas. En el sur de la india, era un inconveniente defecar al aire libre, pues había poca vegetación y era fácil que la gente de los alrededores te avistara. En cambio, en el norte era algo más privado... Normalmente, me iba cerca de las vías del tren, donde con asiduidad los niños y las mujeres iban por la mañana muy temprano a evacuar con sus cuencos y botellas llenas de agua para limpiarse. Las mujeres indias evitaban los baños públicos de las estaciones de tren por los numerosos casos de violaciones en grupo a mujeres. De este modo, siempre las veía en cuclillas en los campos y me miraban extrañadas. Otras salían corriendo asustadas nada más verme con el culo al aire. Ni en fantasías habían podido imaginarse a una blanca y rubia como yo con el vestido sobre los tobillos defecando al aire libre como ellas hacían…

»Pues hablando de higiene y salud, uno de los aspectos más

beneficiosos de viajar por el interior fue que aprendí sobre la verdadera India. La India es la del interior; la India urbana es solo un oasis, un espejismo irreal de lo que verdaderamente es el país. Conocí a grupos de mujeres viudas apartadas por la sociedad con quienes, incluso, conviví. En aquellos años, habían condenado con leyes severísimas la práctica del *sati*.[20] Eso era un suicido forzoso. Un día, después de una representación, fui a un descampado en las traseras de una estación de tren en busca de un enorme árbol pipal o un baniano donde pasar la noche para, a la mañana siguiente, coger el tren y proseguir mi viaje. Allí me encontré frente a mí a cien personas juntas tapadas con telas viejísimas y algunos con sacos. Cuando hice ademán de acercarme, un grupo de soldados ingleses me advirtieron de no seguir adelante, ya que eran leprosos y los estaban custodiando porque los habitantes de aquel pueblo aquella misma mañana habían intentado lincharlos. Estaban esperando a un vagón de carga de un tren en particular para sacarlos del lugar lo más pronto posible. Tiempo después, también vi a más de ellos. La gente creía fervientemente —y aún muchos lo creen— que la lepra es un castigo por los pecados cometidos en una vida anterior. Los pocos que permitían su ingreso en clínicas y hospitales eran soldados, funcionarios y, rara vez, cipayos que trabajaban para los británicos. La mayoría de las veces los propios familiares se desentendían de los enfermos, que eran aislados, expulsados de sus familias, sus casas y sus pueblos; eran un estigma para la sociedad. Algunos, en la etapa más incipiente de la enfermedad, deambulaban por los pueblos del interior buscando trabajo en el campo y manteniendo en secreto su dolencia hasta cuando era tarde para curarla y morían en las carreteras, campos o en las mismas acequias como si fuesen perros famélicos, con sus muñones atrofiados, la nariz y las orejas carcomidas o bien sin brazos o sin piernas. Esta actitud de los propios indios hacia sus compatriotas y la falta de ayuda por parte de los británicos eran algunos de los motivos por los que no causaba ninguna reacción de rechazo entre la gente leer carteles de «*Prohibida la entrada a perros y a indios*» en las calles principales de las ciudades.

»A mí me fascinaba el tren. Me brindaba una sensación estimulante para todos mis sentidos. Yo saludaba muy a menudo con la mano a desconocidos pasajeros que iban en el vagón en un tren en dirección opuesta; aquellas personas, sin responder, me miraban encantados. Había alguno que me respondía juntando las palmas de las manos sobre el pecho. Muchas veces me preguntaba a dónde irían, de dónde procederían… Los trenes en aquella época significaban para mí un éxtasis, explorar, descubrir, la huida a otro mundo, el romanticismo más puro y duro.

»No solo los mosquitos y el agobiante calor hacían difícil que

pudiese conciliar el sueño durante aquellas noches de verano, sino también debido a la música religiosa que sonaba con un volumen muy alto por los altavoces del vagón. Asqueada y fascinada al mismo tiempo, pronto me acostumbré a dormir con aquel trasfondo de ruido. Las noches de mayo y junio eran las peores. En muchos pueblos, debido a mi condición de extranjera, me proveían de un *charpoy*[21] para dormir, y tenía que tensar las cuerdas para no tocar el suelo con el culo. En aquella temporada del año, los mosquitos salían de las acequias y los charcos, y atacaban impunemente a cualquiera. Yo me envolvía con una fina sabana, como si fuera un cadáver, pero, aun así, hasta las chinches mordían a través de las finas telas y los insectos entraban a través de los numerosos agujeros. Tal reacción causaba mi presencia en aquellos lejanos lugares, con mi largo y suave pelo rubio, que muchas veces niñas, jóvenes e incluso ancianas se ofrecían a darme masajes en la cabeza con aceite de mostaza. Las más expertas aporreaban mi cráneo con sus dedos fuertes, tirando de las raíces del pelo y oprimiendo mis sienes con las palmas de sus manos. Otras veces, deslizaban los dedos entre mi pelo y con suavidad ejercían una leve presión a ambos lados de la cabeza mientras yo me quedaba en un agradable estado de somnolencia…

»Durante aquella época, fui innumerablemente cortejada, sobre todo, por oficiales del ejército. El hacer el amor tan esporádicamente me causaba una sensación de gozo, me transportaba a lejanos lugares. Pero me gustaba mucho hacerlo sobre la hierba húmeda, suave y sensual, manchándome la piel de barro, empapándome de rocío y, después, al lavarme de cuclillas echándome cuencos de agua sobre mi cuerpo me encantaba observar cómo se escapaba embarrada, formando sobre la arenisca tierra un generoso arroyo deseoso de llegar a otro sitio.

»Me acuerdo de una anécdota curiosa. En un pueblo donde había un numeroso regimiento, después de mis actuaciones, pasaba todas las noches al raso cerca de un templo hindú. Siempre cruzaba un enorme árbol que los aldeanos decían que estaba encantado; afirmaban que tenía poderes. El *panchayat*[22] del pueblo me advirtió de que no me acercara a ese lugar, ya que habían visto por las noches las ramas moverse con violencia. Incluso, los perros callejeros ni se acercaban por allí. Según ellos, un fantasma habitaba por las noches escondido en el tronco. Yo quedé tan encantada escuchando aquellas supersticiones y demás historias que contaban que una noche decidí ir a dormir debajo de aquel árbol. Nunca había visto un árbol como aquel. Quizás era un pipal; tenía un tronco torcido hacia un lado y unas largas ramas sinuosas vestidas con muchas hojas. Cuando ya estaba conciliando el sueño, empecé a oír algo sobre las ramas y, de repente, vi que aquel espíritu se abalanzaba sobre mí. De un salto,

cayó de pie a mi lado, y me dijo:

»—¡Voy a clavarte este cuchillo en el estómago y abrírtelo para que, por la mañana, los cuervos se alimenten de tus intestinos!

»—No tengo ninguna intención de ser asesinada —le contesté con tranquilidad, tumbada como estaba, sin causarme sobresalto alguno su presencia.

»—Tú, extranjera, hablas como un hombre. Dame una razón por la que no deba darte una muerte lenta con este cuchillo.

»—Si me mataras, los soldados de la guarnición te ahorcarían nada más darte caza. Además, soy una pobre artista nómada; todas mis pertenencias son estas. Ese baúl, aquel viejo gramófono, la ropa y el saco que tengo aquí.

»—En la India no tienes ninguna razón para ser pobre y no la tendrías si fuese gobernada por los indios.

»—Bueno, pues entonces hazme tan rica como un maharajá compatriota tuyo.

»—¿Te burlas de mí? ¿Crees que si tuviera poderes mágicos estaría escondido todas las noches en la copa de este maldito árbol pretendiendo ser un fantasma para alejar a los aldeanos?

»—¿Y por qué has de esconderte de la gente? —le pregunté, burlona. Sin duda, me pareció un ignorante de tomo y lomo, y no lo vi capaz de hacerme daño alguno.

»—¿Cómo que por qué? Yo soy el gran bandido Trilok Singh Rathore.

»Aquel nombre me era familiar. Lo había oído en boca de soldados por toda la India. Buscaban a aquel bandido que había cometido muchos crímenes contra los intereses de la corona. Decían que era un miembro prófugo del grupo armado de Bhagat Singh.[23] Tan pronto como pronunció su nombre, me incliné y me fijé en su aspecto. Tenía una melena poblada negrísima y sucia que le llegaba hasta la espalda, una barba como la de un *sadhu*; haría por lo menos un año desde la última vez que se afeitó. Lo único que llevaba puesto eran unos calzones. No tenía vello en el pecho y a la luz de la luna llena su piel brillante parecía de color chocolate. En la bandolera tenía un sable colgando y una pistola, y en la mano empuñaba un enorme y afilado cuchillo. De un vistazo, su físico parecía haber sido tallado en madera teca por artesanos profesionales. Sus brazos, al igual que sus muslos, eran extraordinariamente musculosos, ni una gota de grasa le sobraba. Su rostro, a pesar de estar cubierto por aquella espesa y destartalada barba, era enjuto. Con unos enormes ojos hundidos bien enterrados dentro de las cuencas, cuando me miraba tenía una intensidad llameante, como dando a entender que no temía a la muerte y que le gustaba el desafío.

»—Cometiendo crímenes no conseguirás la independencia, sino

que te cuelguen como a tu líder, Bhagat Singh. Deberías utilizar otros medios como el que promulga Mahatma Gandhi.

»—¡Mira quién habla! —dijo el bandido bajando el cuchillo, con las manos en la cadera—. ¿Quieres que vaya besando el culo a los ingleses como hace Gandhi? Él pudo salvarlo. Los soldados, después de apresarlo y condenarlo, le preguntaron y él no movió un dedo para ayudar a Bhagat Singh. Pudo estar encarcelado, pero no… El Mahatma les dejó la puerta abierta para ahorcarlo. Y, además, ¿quién eres tú para hablar sobre Gandhi? ¿Es que no sabías que él no admitió a mujeres en su marcha de la sal?[24] La mujer para él tan solo está para cuidar de la familia según las costumbres hindúes. Así que cállate, mujer blanca. Si por él fuera, te echaría de una patada fuera de la India. Empezaba a sentirme solo ahí arriba en este árbol —continuó—. Si no te importa, dormiré aquí estirado en el suelo junto a este viejo baúl. Encima de aquel tronco acabo con la espalda dolida. Si desde lejos estos ignorantes aldeanos ven un bulto más, no prestarán atención alguna. Pensarán que es alguno de tus fardos. Pero nadie debe saber que me has visto, mujer blanca. ¿Me oyes? Si dices algo mañana por la mañana, si le hablas a alguien de mi presencia, te mataré la próxima vez que te vea y dejaré que los animales salvajes coman de tu cuerpo troceado. No es la primera vez que he matado a una mujer.

»—Estate tranquilo, que no se lo diré a nadie —repuse pausadamente de tal modo como si estuviese prometiendo algo a un niño de cinco años, y dándole la espalda me cubrí con mi sábana y le dije—: Buenas noches.

»De inmediato, aquel bandido se quedó dormido y en tan profundo estado que, cuando amaneció, seguía ahí tumbado como un cadáver. Los aldeanos comenzaron a salir de sus casas a realizar sus labores y las vacas, gallinas, cabras empezaron a corretear husmeando restos de comida por la tierra. El único momento del día para hacer mis ejercicios era justo al amanecer, así que me encontraba haciendo yoga sobre mi manta cuando, de repente, unos niños se acercaron al ver el sable de pie junto al tronco. Al aproximarse para cogerlo, pensando que era mío, dieron un respingo al ver al bandido roncando y durmiendo en postura fetal. Despavoridos, entraron en sus casas llamando a gritos a sus padres. En menos que canta un gallo, el pánico empezó a cundir. Los habitantes del pueblo salieron a la calle con palos. Una mujer de ochenta años saltó desde su ventana y se rompió la crisma; la multitud se acercaba con paso ligero hacia el árbol. Yo seguía a un lado, ensimismada con mi yoga, mi presencia era como una deidad. Así pues, sabía que a mí ni por casualidad me sucedería nada. Varias mujeres se desmayaron. A otras, histéricas, las vi invocar a sus dioses de devoción pidiéndoles clemencia y salvación para sus

hijas. Otras comenzaron a dar alaridos de un lugar para otro. Yo seguía haciendo mi *surya namaskar*[25] pretendiendo no darme cuenta de lo que sucedía a mi alrededor cuando el viejo *panchayat*, junto con la multitud armada de azadas y palos de bambú, se congregó alrededor del árbol.

»—¿Es él el fantasma? —preguntó alguien de entre el grupo.

»—No. Es… ¡Trilok Singh Rathore! —les vociferé plácidamente con la cadera elevada y la cabeza bajo mis brazos extendidos sobre la manta.

»—¡Ohhh! —prorrumpieron todos al unísono.

—Al instante, el bandido se despertó. Se puso de pie de un salto, sacó el sable y, con la otra mano, desenfundó su arma. Quiso disparar al aire, pero la pistola no funcionó. Los aldeanos, que se habían retirado asustados por su aspecto diabólico, empezaron a proferir insultos y corrieron a lincharlo. Antes de huir a toda velocidad y perderse en el bosque, tras hacer continuos virajes por los campos perseguido por la excitada multitud armada, me dijo apuntándome con su sable en actitud amenazadora:

»—¡Traidora! La próxima vez que te vea te mataré, mujer blanca.

14.
El cine mudo está muerto. ¡Viva el sonoro!

En todos los lugares donde actuaba Nadia, daba de comer a los perros que se encontraba a su paso. Y si no veía ninguno por los alrededores, preguntaba a los aldeanos dónde podía encontrarlos. Con estupor y no poca sorpresa le indicaban algún parque vecino o rincón del pueblo o basurero donde generalmente los animales iban en busca de comida. Hasta entonces, ningún ser vivo, exceptuando a su madre, le había mostrado tanto afecto como lo hacían los perros callejeros. Nadia se sentía con la necesidad de darles algo a cambio, algo que los seres pocos agraciados sienten pero que les deniegan: cariño y cuidado. La tristeza que le ocasionaba la soledad, sin las amistades que había hecho en la compañía de madame Astrova, sin sus seres más queridos, junto al hambre y a la fuerza de su juventud, la llevaron a un deliquio de sentimiento, a una necesidad física de ternura, de ser querida. Nada más verlos, les daba de comer, los ataba con cuerdas y se los llevaba a las inmediaciones del edificio donde actuaba para después lavarlos y cuidarlos. Así, cuando salía por la noche a dormir, tenía a su alrededor entre diez y veinte fieles guardaespaldas.

En una ocasión, unas horas después de dejar la ciudad de Quetta, en la región de Balochistán —actualmente en Pakistán—, un terremoto arrasó y destruyó por completo la ciudad y causó la muerte a más de cuarenta mil personas. Nadia estuvo cerca de morir bajo las ruinas del salón donde había actuado la noche anterior al seísmo. Aquel desastre natural que redujo a escombros calles, edificios y causó tantos muertos y desaparecidos, alguno de los cuales habría asistido como público a su espectáculo, le pareció a Nadia una señal de que su época de vida nómada estaba irremediablemente tocando a su fin. Así lo presentía, era consciente de que se encontraba en la cresta de una ola muy grande y no debía bajarse de ella. «*Pero ¿qué debo de hacer y dónde?*», se preguntaba a sí misma.

Un año más lo pasó viajando por todos los rincones del norte de la India con sus bailes, con sus actuaciones cómicas y su espectáculo de cabaré. La ley inglesa que regía en las salas de espectáculos y *music-halls* era muy estricta, tanto que los cómicos tenían que expresarse sobre todo mediante mímica. Había mucha sensación de intranquilidad por entonces debido a las proclamas proindependentistas, sobre todo, en el interior de la India. Las

atracciones y los números de variedades podían contener toda la música y todo tipo de bailes que se quisiera, pero subidos a un escenario, frente a un público, los actores no podían hablar, porque lo que se pudiera decir sobre las tablas probablemente no sería del agrado de la administración británica.

En la ciudad de Lahore, el dueño de una sala de cine la contrató durante cuatro meses para que representara su espectáculo. Se encontró con un teatrucho mal iluminado por candilejas de gas, sin ventilación y cuyas paredes corrían el peligro de ser arrastradas por las próximas lluvias del monzón. El techo era tan precario que podía volar por los aires a la mínima tormenta de arena. Se trataba del lugar de reunión de soldados y trabajadores ingleses que, por las tardes, después de beber unas cuantas cervezas, estaban dispuestos a presenciar espectáculos de variedades antes de la proyección de películas mudas.

El dueño era un musulmán llamado Saif Khan. Su aliento olía a clavo y cardamomo porque estaba constantemente masticando tabaco. Parecía envejecido por las enfermedades y el polvo acumulado en sus pulmones y en los poros de su piel. Al contrario de lo que pudiera parecer, era un alma optimista. Quedó gratamente sorprendido por la estruendosa acogida del público tras los interminables silbidos y aplausos burlones a la desenvoltura y gracia de Nadia. Fue él quien, por propia iniciativa, envió un telegrama a unos jóvenes productores de cine de Bombay.

Una noche, tras el espectáculo, le comunicó a Nadia que sus amigos de Bombay eran dos hermanos conocidos en la emergente industria del cine indio por su apellido, Wadia, y le aconsejó viajar hasta allí para probar suerte como actriz profesional. Ella le escuchaba mientras comenzaba a cambiarse de ropa en aquel cuartucho improvisado como camerino, donde por el suelo había desde sartenes sucias, pucheros oxidados, botellas vacías de *whisky* barato y revistas inglesas enmoheciéndose poco a poco.

—¡Pero si no he acabado el contrato con usted! —exclamó sorprendida Nadia.

—Olvídate del contrato —dijo Saif Khan mientras caminaba por el camerino de un lado a otro—. Mira, Nadia, no sigas paseándote por toda la India con tu baúl de solterona itinerante y este gramófono tan antiguo. Los tiempos están cambiando. Este público no es el que te mereces. Esta gente, después de beber unas cuantas copas, están dispuestos a reírse hasta de su propia hermana. ¡Olvídate de ellos! Tú te mereces más. ¡*Insha'Allah*![26]

—Sí, pero yo estoy ganando dinero y, además, es que no tengo competencia. A ver, dígame usted dónde hay otra rubia como yo actuando en la India —le preguntó mientras se quitaba el vestido

detrás de una sábana atada con cuerdas a la pared dispuesta a modo de biombo.

—Tú no te das cuenta porque estás continuamente viajando por el interior de la colonia, pero el cine mudo está acabado, ¡está muerto! —dijo alzando los brazos hacia el techo—. Los cines están cambiando por el sonoro, ¡todos! Ya no es un espectáculo de barraca de feria como mi podrido local. Ha crecido mucho en Bombay, donde están creando estudios, productoras, salas grandes de cine sonoro; todo está creciendo con gran rapidez. No dejes pasar el tiempo, que nunca perdona… ¿Quieres envejecer de esta forma? ¿Quieres acabar siendo una pobre mujer de mediana edad sobreviviendo gracias a la caridad de los *gurudwaras*[27] y demás *dhramsalas*[28] ofreciéndote comida y refugio, como si fueses una viuda hindú abandonada a quien no quieren ni sus propios hijos? Tú tienes muchas aptitudes como actriz. Puedes ir y triunfar.

—¿Aptitudes? Querrá decir… ¡cualidades! —dijo Nadia hinchando los pulmones y mostrando la sombra proyectada en la pared de sus grandes pechos al mismo tiempo que se desternillaba de risa.

—No te rías. Lo digo en serio —continuó el gerente—. Vale, tienes tu gracia y yo me río mucho con tus espectáculos. Pero entiende esto: el cine es un tren que va ganando velocidad y tú tienes que subirte en marcha o habrás perdido la oportunidad. Mira, para concienciarte de que estoy completamente seguro de lo que digo y de que tengo fe en ti, te voy a pagar toda la cantidad según el contrato que me firmaste y, además, te daré un extra para cubrir los gastos de tu viaje. ¿Qué te parece?

Nadia se despertó muy temprano, bajó la ventanilla y miró el cambiante paisaje; el aire le golpeó en la cara ondeando su bello pelo rubio. La dulce brisa refrescaba su cara. Miró al exterior, al sol naciente, mientras pensaba que aún quedaba un día entero para su llegada en tren a Bombay. Garzas vadeaban entre los lotos en estanques redondos de agua verde, arrendajos azules volaban alrededor de postes telegráficos y niños desnudos realizaban sus abluciones y saltaban a los canales que abrían brechas en los campos. Apreció que, aunque la tierra estuviera húmeda y fresca, el cielo sería despejado y claro. El sol había nacido hermoso, brillante y plácido.

En el asiento de enfrente dormía una familia sij. Los sonidos saludables del enérgico ronquido del patriarca reverberaban por todo el vagón. Al fondo, había unos jóvenes jugando a las cartas y miembros de familias numerosas inundaban el compartimento de ruido y de bultos esparcidos por el poco espacio que quedaba. Unos niños, jugando, volcaron un enorme cuenco de barro lleno de agua, empaparon el suelo y se ganaron una fuerte reprimenda de sus madres. No había especial camaradería en el vagón, excepto cuando el

tren paraba en una estación abarrotada de gente y los pasajeros se levantaban al unísono para agolparse en las puertas de acceso y disuadir de entrar a nuevos viajeros. Aun así, había quien conseguía acceder al vagón trepando por la ventana.

Una especie de predestinación unió a Nadia desde el principio a la industria del cine indio. Como al marinero del cuento, los vientos y las corrientes la habían arrastrado hasta la zona de influencia de la Montaña Imantada, que la atraía sin que ella pudiera evitar ir. No conocía los obstáculos y apenas advertía los peligros; era impermeable al fracaso.

Era el mes de junio del año 1934. Nadia tenía veintisiete años.

* * *

Estábamos sentados en la sala VIP del aeropuerto de Bombay. Ya habíamos facturado, pasado el control de pasaportes y nos encontrábamos cómodamente sentados cerca de la puerta de embarque. Habíamos llegado con varias horas de antelación porque Nadia prefería llegar antes de tiempo a cualquier cita y esperar. Decía que, si no, le podía causar angustia y excitación que por cualquier motivo durante el trayecto sucediese algún contratiempo y llegásemos tarde:

—Además, con el tráfico que hay en la ciudad, nunca se sabe —me dijo.

Desde luego, tenía toda la razón del mundo. La India es un país impredecible, en el que puede pasarte cualquier cosa, por absurda que sea, en cualquier momento. No habíamos tenido ningún percance imprevisto, no nos habíamos quedado atrapados en un interminable atasco ni se nos había pinchado una rueda por el camino.

Un compañero mío de la embajada me contó que, una vez, salió precipitadamente con poco tiempo para coger un vuelo regional y se pinchó un neumático de su taxi justo cerca del aeropuerto. Se bajó con nerviosismo y, con la preocupación de poder perder el avión, intentó conseguir otro taxi de inmediato. Pero ninguno paraba, él pensaba que por miedo a ser robado. Aunque ese no era el motivo. El conductor, mientras intentaba afanosamente cambiar la rueda lo antes posible, le explicó de manera convincente que ningún otro taxi pararía para llevarle a tan corta distancia y que, además, la policía corrupta podía parar al conductor a la salida del aeropuerto y sobornarle pidiéndole dinero. Por eso, por unas cuantas rupias que mi amigo fuese a pagar desde el punto donde se encontraba hasta el aeropuerto, a tan solo medio kilómetro de distancia, nadie se molestaría en parar y asistirle. Al final, consiguió llegar a facturar justo a tiempo.

Nadia dormitaba. Serían las diez de la noche. Habíamos estado hablando y bebiendo té a gusto en la sala VIP, donde el aire acondicionado funcionaba a tope. Desde luego, aquella sala era muy diferente a las actuales modernas, con sus bufetes y demás caprichos. Había unos sillones de imitación de cuero y un diligente camarero con sucio uniforme servía solo té o café. Las tazas eran de cerámica, del tipo de las que se usaban en los puestos callejeros de la ciudad. Aparte de nosotros, había una pareja mayor gordísima, de nacionalidad estadounidense, que por sus vestimentas parecían salidos de un picnic en la playa. El señor estaba rojo como una langosta, con su camisa corta a rayas y su pantalón también corto subido por encima del ombligo. Tenía el aspecto de un niño que acaba de volver a clase después de haber jugado en el patio de recreo del colegio. «*Pero seguro que estará cómodo*», pensé. Yo, en cambio, llevaba traje con corbata y zapatos negros, reservados para las celebraciones oficiales de la embajada, ya que mi jefe me había dicho que fuera bien arreglado. «*Que no se te olvide que con tu imagen representas a la embajada de tu país*», me dijo antes de marchar.

La empleada de la aerolínea Air-India que nos había atendido al facturar las maletas unas horas antes me llamó desde la puerta y, al acercarme, me informó de que el vuelo salía con retraso. Pero en menos de una hora, aproximadamente, nos hizo embarcar para que Nadia estuviese más cómoda.

—¿Qué sucede, hijo? —me preguntó Nadia con los ojos cerrados una vez que me volví a sentar a su lado.

—Que el vuelo sale con retraso —le contesté, para luego añadir después de una pausa—: ¿Quieres otro té?

—¿Sabes lo que quiero? —me dijo mirándome de reojo—. Un *whisky*. Pregúntale a ese pasmarote que está ahí quieto como un clavo.

—Señora Nadia… —le dije después de haber hablado con el camarero.

—¡Que no me llames señora, solo Nadia!

—Sí, disculpa, Nadia. Me dice que solo puede servir ron de la marca Old Monk.

—Pues bueno, vamos a tomar un poco de ese horrible jarabe, ¿no te parece?

Una vez que estábamos servidos, le pregunté:

—Nadia, ¿visitaste Hollywood en alguna ocasión?

—Sí, estuve un par de veces en California con Homi, mi marido. De hecho, durante una de nuestras estancias, hacia finales de los sesenta, nos invitó Burt Lancaster para que le visitásemos durante el rodaje de su película *El nadador*. ¡Ah! Qué gran actor y qué personalidad tenía aquel hombre... Esa película la vi más tarde en Londres. Un verdadero estudio de cómo nos vemos a nosotros mismos

en contraposición a como otros nos ven. Me encanta, y verdaderamente me vi reflejada en ella y simpaticé con el protagonista… ¡Ah! La soledad… Pero siempre hay esperanza. Yo lo he vivido. Siempre hay motivos que van por derroteros que nada tienen que ver con los que quieren vendernos a diario en forma de organizaciones sindicales, partidos políticos, ONG, instituciones diversas o demás pamplinas. La vida, día a día, va consumiéndote poco a poco la vitalidad, cociéndote a diario como un puchero llamado sordidez. Haz lo que te dicta el corazón. ¿Quieres ser alguien en concreto? ¿Quieres conseguir algo? ¿Llegar a alguna meta? ¿Ser actor? ¿Ser actriz? Pues lucha por conseguirlo, ¡diantre! Quejarse es muy fácil.

Nadia quedó en silencio. Parecía que se quedaba una vez más ensimismada por los recuerdos de su pasado.

—¿Y qué piensas de los Oscar? —volví a preguntar.

—¿Los Oscar de Hollywood? ¡Ufff…! Me importan un bledo. Además, ya no sorprende tanto si una película es elegida o no como *la mejor*. Tiene de interés por la gala y porque son como la guinda de una sucesión de premios tanto de la crítica como de la industria estadounidense. Hace años se apreciaba cierta diferenciación entre unos criterios y otros. Hoy en día, no. Es como la existencia de ese arte contemporáneo de calidad extrema… ¿Qué es lo que sucede? Pues que el mundo actual es tan falso que críticos y galeristas pueden compincharse para encumbrar a un mediocre. Más aún, te diré que me parece un poco injusto que a los premios de los técnicos se los considere «menores». Una película es el guion, la producción, la fotografía, la dirección y las interpretaciones, de acuerdo, pero también hay un puñado de gente detrás intentando que todo salga lo mejor posible en sus respectivos departamentos, y estos quedan siempre relegados a una importancia inferior entre los medios y el público, por no decir que no quedan reconocidos dignamente como se merecen. Desde luego, no hay que olvidar que el porcentaje de nominados hispanos, afroamericanos y asiáticos sigue siendo extremadamente bajo.

Tal como dijo, la azafata uniformada con su impecable sari distintivo de la aerolínea india nos acompañó hasta la puerta de embarque donde se apelotonaban más de un centenar de pasajeros de clase turista. Junto con dos azafatas nos hicieron pasar dentro del avión por el lugar preferente, destinado a los pasajeros de primera clase.

En nuestros asientos nos esperaba en nombre del comandante del avión un ayudante de cabina con parte de la tripulación dando muy cortés la bienvenida a Nadia de una forma que rozaba la veneración. Le entregaron un ramo de flores y le dijeron que si hubiese alguna

forma especial de hacerle el viaje más placentero se lo hiciese saber a la azafata designada para asistirla durante el vuelo. A eso Nadia respondió sonriendo, ante la perplejidad y el asombro de los presentes:

—Pues sí. Si nadie tiene inconveniente, me gustaría tener a mano una botella de *whisky* Johnny Walker.

15. Nadia en «Wadia Movietone»

Aquel día se percibía una alegría palpable en el aire, como las nubes transparentes en el cielo. La mañana traía consigo un avance del sofocante verano húmedo; a la sombra hacía fresco, pero el sol calentaba.

Bobby no paraba de correr de un lado a otro del apartamento. Era un niño muy travieso. Annabel lo tenía a su cuidado cuando Margaret tenía que trabajar en la fábrica textil. El niño era muy feliz, y con sus muecas y travesuras alegraba a todos los presentes.

Margaret estaba muy orgullosa de su hija por todo lo que había trabajado en los últimos años. Era una joven responsable, seria y muy segura de sí misma. Durante el desayuno, tras fijar la mirada en su hija, recordó a la niña a quien llevaba en brazos pocos años antes. Ahora, Nadia tenía un rostro agradable, mofletudo pero sensual, cabellos dorados, grandes ojos azules claros y frente despejada e inteligente. Era fascinante el contraste entre sus rasgos físicos tan llamativos, el aspecto de su enorme cuerpo, el brillo de sus grandes ojos y la ironía que tenía su sonrisa.

Annabel le advirtió que tuviese mucho ojo con *aquella gente del cine*, a quienes veía como unos libertinos que se aprovechaban de la inmadurez de las chicas jóvenes. Pero ella era consciente de que el destino recorre sus propios caminos y, en ocasiones, una tenía que agarrarlo por los cuernos con energía, aliento y valor.

Nadia se caracterizaba por una fuerte personalidad. No era como su madre, que había salido adelante marcada a sangre y lágrimas, y cuyas experiencias vividas en la juventud la quemaban como brasas con el solo hecho de evocarlas. Nadia ya había pasado por muchas experiencias personales y, desde luego, enfrentarse al público subida a un escenario, más aún si se trataba de audiciones, no era nada nuevo para ella. Aunque no sabía nada de los hermanos Wadia ni de sus películas, fue a presentarse como si fuese un día normal para ella, con su carácter vivaz e impetuoso.

Llevaba consigo, debajo del brazo, su grueso álbum fotográfico donde aparecía vestida con distintos trajes y demás parafernalia: de gitana, en pose de diosa griega, realizando ejercicios físicos y en otras estampas no menos pintorescas, como en traje de baño y vestida con *kilt* escocés.

Desde la Primera Guerra Mundial, el coste por la distribución y exhibición de películas producidas en Estados Unidos era

considerablemente muchísimo más económico que la producción de películas indias sobre temas mitológicos. Por eso, el ochenta y cinco por ciento de los filmes exhibidos en la India eran americanos. Pero todo cambió con la llegada del sonoro.

Los hermanos Homi y Cyrus Wadia se correspondían con dos de los diez prósperos productores de Bombay que hacían películas y, al mismo tiempo, aprendían sobre la implantación de las nuevas tecnologías durante aquel tránsito del cine mudo al sonoro, sin arruinarse durante el proceso.

El dueño del cine de Lahore, el señor Saif Khan, fue quien les envió un telegrama informándoles del día en que Nadia se presentaría en el estudio Wadia Movietone. El día que se despidieron en Lahore le dijo con contundencia:

—Y ni se te ocurra faltar ese día, ¿me oyes? Es tu futuro. Presiento que tendrás un gran porvenir. ¡*Insha'Allah*!

Tomó el tranvía de la zona de Colaba hacia Parel, a las afueras de la ciudad, en un barrio elitista, limpio y cuidado, donde estaba ubicado entonces el estudio, justo detrás de la casa del, en ese tiempo, gobernador de Bombay.

Cualquier otra joven aspirante a actriz habría decidido transmutarse, adoptando la apariencia de una mujer solvente y enmascarando su verdadera personalidad confundiendo la ignorancia por altanería. Nadia era ella misma, vestida con un extravagante traje azul celeste y con un enorme girasol artificial cosido en un pequeño sombrero sobre su cabeza. Desde luego, estaba pasado de moda y, además, no pegaba con el conjunto absolutamente nada. Pero se lo había recomendado Annabel y, por complacerla, a Nadia le daba igual que resultara algo anticuado.

Tras bajarse del tranvía, vio una tienda de dulces de elaboración tradicional de la localidad y no pudo evitar la tentación de entrar. Después de comerse tres trozos de dulce de leche tremendamente azucarado, junto con un té con jengibre, pidió un *kulfi*.[29] Mientras lo consumía placenteramente, ante la sorprendente mirada del vendedor indio y otros clientes que contemplaban a tan grande mujer rubia con semejante atuendo, comiéndose un helado más propio para niños que para adultos, no se percató de que le caían gotas en el traje. Al darse cuenta, y hacer más visible la mancha al extenderla con un paño que le prestó el boquiabierto vendedor, decidió comprarse un chal en un puesto callejero cercano. Lo ató en forma de bandolera, como hacen los miembros de bandas de música, y así se quedó tan satisfecha de haber resuelto el problema cubriendo su enorme pecho derecho, donde se localizaban las grandes manchas del helado.

Esperó en la acera una calesa o un taxi que le llevase al estudio situado en lo alto de una colina. De repente, vio un llamativo carruaje

de bodas decorado con flores y sin pasajeros que pasaba en dirección contraria. Con agilidad, sin pensarlo, cruzó la calle corriendo, saltó la mediana y, esquivando por solo unos centímetros un coche, le dio el alto. El conductor indio, atónito, tiró de las riendas al instante. Acongojado, pensaba que iba a ser reprendido y, de inmediato, obedeció a aquella enorme divinidad rubia que había hecho su aparición ¡Dios sabe de dónde!

Los guardias de seguridad apostados detrás de la enorme puerta metálica, al ver el excéntrico carruaje de bodas con Nadia sentada detrás, se encogieron de hombros dando a entender que se trataría de una actriz. Así, sin darle el alto, abrieron la puerta de par en par para, después, saludar con respeto a la pasajera juntando las palmas de las manos a la altura del pecho, al tiempo que pronunciaban en voz alta una bendición religiosa en sánscrito.

Nadia se quedó maravillada al entrar en aquellos enormes jardines y creyó que se habría equivocado de dirección. Ya pensaba agarrar del pescuezo al que tiraba de las riendas cuando pudo leer un letrero rectangular sobre la verde y recién regada hierba del césped: «Wadia Movietone».

Esperaba encontrar un lugar frío y sucio. La imagen que tenía de unos estudios de cine era similar a la de una fábrica o almacén industrial y ahí se encontraba, cruzando los jardines botánicos de una hermosa villa donde transitaban técnicos y actores vestidos en trajes de época leyendo en alto diálogos escritos en papeles y ensayando escenas de todo género al aire libre.

Tras frenar el carruaje, se oyó un sonido chirriante de los ejes. El cochero saltó para desplegar los escalones y abrir la portezuela. Nadia bajó del carruaje con ademanes exageradamente cómicos, como si fuera una reina y la mismísima dueña de aquel imponente estudio. Pero lo curioso fue que no se consideró que su desmesurado manierismo cómico fuera una broma: quien la veía, no se reía y se lo tomaba en serio. No todo el mundo tenía ocasión de ver a una mujer blanca y rubia a tan pocos metros de distancia. El conductor del carruaje, cabizbajo, no daba crédito a lo que presenciaba.

Acto seguido, Nadia preguntó al sorprendido recepcionista por la oficina del director con tal naturalidad como si fuese a tomar posesión de ella de inmediato. El empleado, con exagerada cordialidad, se levantó y, tras una inclinación reverencial a la rubia aparición, le indicó tartamudeando la puerta al final del pasillo.

Apoyado en un rincón del porche de la entrada, se hallaba uno de los hermanos, el pequeño Homi, que se encontraba respondiendo a las consultas de un actor vestido anacrónicamente de soldado romano, situado de espaldas de Nadia. Al ver a esta, a Homi se le cayó el cigarrillo de la comisura de los labios.

—¡Dios mío! Pero ¿quién es esa señora? —prorrumpió.

—¡Ave, César! ¡Dios mío! Pero ¿quién es esa señora? —respondió el actor al unísono, frunciendo el ceño.

—Pero ¿qué dices? No, tú ¡no! —le contestó Homi mirando a Nadia hasta que desapareció de su vista al entrar con ímpetu en el despacho de su hermano.

Cyrus tenía unos cincuenta años, diez más que Homi. Llevaba unas gafas de montura negra y gruesa, y se encontraba sentado frente a su gran escritorio leyendo mientras se fumaba un puro. Al momento de exhalar el humo, Nadia hizo su aparición. Sentado en su sillón de cuero, se quedó tan inmóvil como si estuviera posando para un retrato. Tras unos breves segundos, se atragantó con una tos tan profunda que no tenía fin. La figura de Nadia le dio miedo en un primer momento, ya que su rostro se encontraba a contraluz y pensó que era una aparición. El rostro de Cyrus, horrorizado, se volvió pálido y, de repente, se desmayó y su cabeza cayó de golpe sobre la enorme mesa de madera, al mismo tiempo que los brazos quedaban colgando en dirección al suelo.

—¿Señor Wadia? ¡Dios mío! ¿Señor Wadia? —gritó Nadia corriendo hacia la mesa.

Nadia se quedó unos segundos de pie sin saber qué hacer.

—¡Oooh! —chilló mientras salía corriendo de la habitación asustada, pues pensaba que el hombre habría sufrido un ataque al corazón—. ¡Ayuda, ayuda! Una persona ha muerto.

Homi, el conserje y los demás actores corrieron como un torrente dentro de la oficina. Después de zarandear a su hermano y dejarlo semiconsciente, Homi le echó encima un jarrón de agua y consiguió que despertase.

—He tenido una visión. He visto a un hombre enorme vestido de Mary Pickford, con peluca rubia y un vestido horriblemente feo.

—¡Chsss! ¡Cállate, que está aquí!

—¿Cómo? Llama a mamá y dile que voy a casa ahora mismo.

—Calla te digo.

—Señor Wadia… ¿Es usted? ¿Es usted Wadia? Yo soy Nadia. El señor Khan de Lahore me concertó una cita con usted —dijo Nadia alzando la voz desde detrás del grupo de gente agolpada alrededor del escritorio.

En ese momento, todos se volvieron hacia ella. Se miraban unos a otros con asombro: unos subían los hombros en respuesta al no conocer quién era; otros, mirándola de arriba abajo, hacían una mueca a sus compañeros a la vez que movían la mano en señal de sorpresa, ante la presencia de tan llamativa mujer blanca y rubia como caída del cielo.

Era evidente que Saif Khan no le había descrito a Nadia. Por tanto,

los indios ni por lo más remoto se podían figurar que esa mañana se presentaría una mujer tan grande, de piel blanca, rubia, de ojos azules y, mucho menos, tan extravagantemente vestida.

—Soy muy conocida en el mundo del espectáculo —siguió diciendo Nadia con una sonrisa de oreja a oreja—. Me imagino que el señor Khan ya le habrá hablado de mí.

Homi, queriendo controlar la situación, despidió al resto de la gente de la habitación y se acomodó en un asiento al mismo tiempo que se encogía de hombros y hacía gestos a su hermano para que indagase quién era.

—Pues no. No he oído hablar de usted —contestó Cyrus malhumorado mientras terminaba de secarse la cara con una toalla y de arreglar su corbata, con aspecto confuso, como si se estuviese recuperando de los efectos somníferos de algún medicamento.

Se encogió de hombros con un gesto aniñado y añadió:

—Casi me provoca usted un ataque al corazón y, si quiere que le sea sincero, ¡el señor Khan no me ha hablado de usted!

—¡Pues yo tampoco había oído de usted! —dijo Nadia pavoneándose con las manos en la cintura.

Homi se tapó la boca para evitar soltar una risotada.

Nadia no esperó comentario alguno y, tras un sonoro golpe, depositó su voluminoso álbum encima de la mesa. Foto a foto, comenzó a describirlas y a comentar sus habilidades como actriz y bailarina. Mientras pasaba las páginas, le explicó sus destrezas: sabía nadar con rapidez, disparar con rifle y pistola, bailar, montar a caballo, equilibrismo y un largo etcétera.

Para una actriz de cine indio, todas las cualidades que mostraba Nadia eran absolutamente inusuales. Ninguna otra poseía tales maestrías.

—Mire, todo esto es impresionante. Estoy más que sorprendido con sus habilidades. Sí, pero… diga, ¿habla usted hindi, marathi o gujarati? —preguntó con una media sonrisa cargada a partes iguales de sarcasmo y enfado.

—Aparte de inglés, hablo griego y algo de hindi y urdu —respondió Nadia con un gesto de alegría dejando ver sus dientes grandes y blancos.

—Bueno, mire usted. No la esperábamos. Recibimos muchos mensajes de apoderados a diario… Tendré que hablar con mi hermano pequeño... —dijo queriendo zanjar la reunión mientras alzaba el brazo en dirección a Homi, quien se incorporaba en su asiento para dar un aspecto de respetabilidad—. Él es quien decide...

Homi se levantó, sacó del bolsillo una hoja que contenía un diálogo en hindi y dijo:

—Mire. Sepa que le podemos contratar por sesenta rupias a la

semana, que sería un sueldo inicial. No sería un contrato fijo. No, no se haga ilusiones, puede ser despedida al día siguiente de firmar el contrato. Déjeme acabar. Lo que sucede es que, primero, debemos hacer varias pruebas con usted ante la cámara. Apréndase este diálogo que le doy, apréndaselo muy bien, vuelva la semana que viene, este mismo día de la semana y esta misma hora, y estaremos encantados de hacerle una prueba.

Nadia se marchó dándoles las gracias. Al quedar fuera de la vista de los hermanos, el mayor le increpó.

—Pero, vamos a ver, Homi… ¿Tú estás loco? —exclamó Cyrus poniéndose ambas manos sobre la cabeza—. Tengo la cabeza que parece una olla de grillos. A ver, explícame qué es lo que ves en ella. Es grande, rubia, no tiene aspecto de dama, no parece remotamente india, su acento al hablar inglés es casi ininteligible, es que… ¡no es india! No habla ningún idioma indio con fluidez. Es, es…

—Es-pec-ta-cu-lar —dijo su hermano lentamente con los ojos bien abiertos.

De regreso a casa, su madre y Annabel la felicitaron. El salario de sesenta rupias semanales no sería alto, pero no era un mal comienzo que quisiesen hacerle una prueba. Además, Nadia estaba ya cansada del espectáculo itinerante que había estado llevando a cabo durante unos tres años. Ahora sentía que deseaba estar cerca de su madre y de Bobby.

Durante los siguientes días, estuvo estudiando el texto. Al principio, le parecía una tarea dificilísima, pero, con la ayuda de Annabel, poco a poco fue memorizando el diálogo y practicándolo frente al espejo.

16.
Los hermanos Homi y Cyrus Wadia: Voluntad, valor, decisión y trabajo duro.

El día que los hermanos Wadia se sentaron solos en la sala privada de proyección para ver las tomas de Nadia, Homi se hacía el remolón tapándose la cara ante la reacción violenta que preveía de su hermano mayor, quien no mostraba el menor resquicio de nada parecido a la complacencia.

—Pero… ¡Esto es una mierda! —prorrumpió Cyrus después de ver dos rollos de Nadia reproduciendo un supuesto diálogo en una mezcla de hindi y urdu ininteligible frente a la cámara.

Apretó un botón anexo a su sillón que sonó arriba en la habitación del proyeccionista y, enseguida, se iluminó la sala. Se levantó con brusquedad de un salto y, de espaldas a la pantalla, alzando el brazo derecho hacia su hermano, que seguía sentado, le dijo apuntándole con el dedo índice:

—Despídela inmediatamente. Dile que no está seleccionada. Es más, deja de perder el tiempo citándola aquí de nuevo. No quiero verla más. Mandas a un chico para que le envíe un telegrama a esa dirección que nos ha dejado en su formulario. Ya sabía yo que una extranjera no tiene nada que hacer en el cine indio. Pero, Homi, ¿no te das cuenta de que no sirve como actriz? ¡Pero si no se le entiende nada cuando habla en hindi! Te lo dije el primer día. No, no te rías, que no tiene ninguna gracia. Mira, he hecho un esfuerzo por entender lo que decía, pero no he llegado a comprender qué diálogo le has dado tú para que se memorizase, porque no sabe hablar nuestro idioma en ab-so-lu-to.

—Mira, ¿sabes qué? Que tienes razón, hermano. Te doy toda la razón —dijo tranquilamente Homi mientras se reía a carcajadas—. Siéntate a mi lado, que lo mejor está por llegar. Mira lo que te tengo preparado. ¡Ramesh! —gritó Homi hacia el ventanuco del proyeccionista al mismo tiempo que apretaba el botón del timbre adherido al asiento—: ¡Empieza ahora desde el rollo número cuatro al ocho!

Las escenas que se proyectaron en la pantalla eran de Nadia encima de un caballo mientras Homi le daba instrucciones indicándole el recorrido de ida y vuelta que debía hacer en el jardín.

Tras tirar de las riendas y clavar los talones en los flancos del caballo, el animal se encabritó y dio unos cuantos saltos antes de salir a galope tendido. Tras llegar al lugar indicado, Nadia hizo volver al caballo y, en mitad del recorrido, se detuvo y alzó al animal con las dos patas delanteras hacia arriba.

—Dios mío —murmuró Cyrus.

En aquellas dos palabras se concentraba un mundo de sensaciones: pasmo, asombro, sorpresa…

Acto seguido, Nadia saltó del caballo y, riéndose a carcajadas, se plantó frente a la cámara haciendo una reverencia cómica que hizo reír a ambos hermanos.

—Mira, Cyrus —dijo Homi en la penumbra de la sala débilmente iluminada por la luz de la pantalla mientras el proyeccionista cambiaba otra vez de rollo—: No sabe hablar correctamente nuestro idioma, de acuerdo. No sirve como actriz principal, de acuerdo. Pero aquí tenemos a nuestra doble para escenas de acción y de alto riesgo. ¡Mira!

Inmediatamente, aparecieron en la pantalla varias escenas de Nadia tirándose desde lo alto de un trampolín, nadando a braza de un lado a otro de una piscina y, más tarde, en estilo mariposa; haciendo acrobacias en un gimnasio, estirándose los brazos con poleas en forma de crucifijo y abriéndose de piernas en una colchoneta; saltando unos arbustos a la vez que corría por el jardín de un lado a otro; vestida con traje tradicional indio bailando una danza folclórica, vestida con traje de gitana y moviendo las caderas; y así en diferentes y peculiares avatares que no dejaban de ser cómicos a la vez que sorprendentes, vistos en una mujer blanca. Hoy en día, para algún severo crítico del séptimo arte, aquellas variopintas escenas de Nadia como aspirante a actriz serían lo más parecido a ver a un oso *grizzly* realizando la competición atlética del pentatlón.

Los hermanos Cyrus y Homi Wadia nacieron en la ciudad de Surat, famosa por su industria textil. Desde temprana edad quedaron fascinados por la magia del cinematógrafo. Todos los fines de semana iban de una sala a otra junto con sus amigos y veían toda película completa que proyectasen. Conseguían los asientos más económicos, pero, cuando no tenían dinero suficiente, se pasaban todo el día dentro de la sala del proyeccionista viendo las películas desde un ventanuco.

En la India, la primera película que se proyectó fue en el año 1896 y, desde entonces, hubo tal demanda en esta colonia británica que de toda película producida en Estados Unidos, Rusia, Japón, Alemania, Francia o Italia mandaban copias a la India. Al público indio le gustaba la intimidad que producía estar dentro de una sala de cine frente a la pantalla, en penumbra, en donde podían dejar escapar su

imaginación a través de la ventana luminosa abierta frente a sus ojos y evadirse de los problemas políticos y sociales que se iban fermentando fuera en la calle poco a poco, cada vez más radicales, tras las proclamas nacionalistas a favor de la independencia.

Tanto a Cyrus y Homi como a sus amigos no les llamaban la atención las películas de producción india de temática mitológica, les apasionaban las películas del Oeste y los seriales semanales, que solían consistir en unos quince episodios de diez o quince minutos de duración. Las escenas de acción cautivaban a los espectadores con rápidas persecuciones. Cada capítulo concluía en situaciones extremas, por ejemplo, con el protagonista colgado desde un precipicio, con el fin de dejar impacientes a los espectadores durante una semana hasta el siguiente episodio, cuando descubrirían al actor principal *salvándose* a pocos segundos de su muerte gracias a las pericias de su inteligente caballo. Sus ídolos eran Harry *Cheyenne* Carey, Francis Ford, Eddie Polo, Tom Mix, William S. Hart y, sobre todo, Douglas Fairbanks.

Hacerse con una entrada el día de la proyección se convertía en todo un logro. Muchas veces, se formaba una estampida entre el tumulto de gente agolpada frente al edificio para llegar a las ventanillas de las taquillas. Junto con sus amigos, los hermanos ideaban trucos, como lanzar a uno de ellos por los aires hacia delante y, así, que fuera saltando por encima del gentío con tal habilidad como si fuese un macaco. Durante aquel desorden no resultaba extraño encontrar carteristas y que ocurrieran numerosos robos. Cuando la sesión anterior terminaba, las puertas laterales de la sala se abrían para el siguiente público, que se abalanzaba corriendo en busca de los mejores asientos. Cyrus corría y saltaba por entre las butacas y, al llegar a la fila preferida, se tumbaba de golpe tras hacer una cabriola desde una fila anterior cubriendo con su estirado cuerpo butacas para él y sus amigos. Si uno de ellos era más rápido, hacía lo mismo. En menos de un minuto, tenían que estar sentados cada uno en su butaca de cara al revisor. Si se retrasaban en escoger sus asientos, se encontraban a otros jóvenes de su edad postrados como muertos ocupándolos. Más de una vez estuvieron a punto de romperse una costilla. Al regresar a casa, se untaban aceite de mostaza para combatir los dolores en los ligamentos y las magulladuras.

En los cines para la clase alta, la situación era muy distinta: había un portero a la entrada que trataba a los espectadores como si fuesen estrellas de cine. El personal perfumaba mucho el aire de la sala y, antes de tomar el espectador posesión de un asiento determinado, un criado ahuecaba los cojines de terciopelo con esmero.

Cuando los espectadores de las butacas económicas causaban en la planta inferior un irritante alboroto —como si de una cuadra llena de animales se tratara—, desde lo alto, los espectadores privilegiados

miraban con desprecio hacia abajo, como si observaran la basura más inmunda. Incluso, podía ocurrir que algún espectador escupiera desde el palco.

Después de que estudiara literatura y derecho, la familia esperaba del hijo mayor que ocupase un trabajo como empleado en el banco nacional. Sin embargo, no sospechaban que, desde sus inicios en la universidad, Cyrus se había dedicado a escribir guiones de cine, que los mayores estudios de entonces los rechazaron uno detrás de otro. Hasta que un día su suerte cambió. Leyendo el periódico se encontró con un anuncio de un director de fotografía que buscaba socios para abrir una pequeña productora. Cyrus, para sorpresa de su familia, dijo que renunciaba a un puesto de oficinista en un banco y se fue al encuentro de esa persona.

Con la aparición de *El cantor de Jazz*[30] en 1927 en Estados Unidos y su fulminante éxito, el cine sonoro fagocitó no solo a centenares de técnicos y actores, sino que también cambió el curso de la historia del séptimo arte. No fue hasta 1931 cuando la primera película sonora se produjo en la India y, desde entonces, los estudios se dedicaron a buscar financiación para adquirir los nuevos y caros equipos de sonido. Además, requerían guiones e historias con diálogos que se pudiesen adaptar a este nuevo medio.

Las primeras películas indias sonoras eran de muy mala calidad: la voz de los actores apenas se oía y en los interiores de la India resultaba imposible reemplazar de un día para otro los proyectores del cine mudo por los nuevos equipos de sonido, tan caros. De este modo, las películas mudas aún seguirían proyectándose en la vasta colonia británica del sur de Asia durante los siguientes años hasta que, de manera paulatina, las salas de proyección fueron equipadas con la nueva tecnología.

Cyrus era un entusiasta del cine. Conocía la teoría cinematográfica, pero no tenía ni idea sobre cómo producir una película, utilizar la cámara y dirigir actores. Estudió el trabajo de rodaje en unos estudios vecinos gracias a un conocido que era técnico electricista y que le hacía pasar dentro de las instalaciones como su ayudante. Durante varios días, estuvo deambulando entre los decorados, asombrándose ante todo lo que veía, aprendiendo de los pioneros cineastas del cine sonoro indio, siendo testigo mudo sobre la forma de rodaje de los técnicos más prestigiosos de Bombay, aprendiendo de aquella rudimentaria técnica con la que entonces se hacían las películas.

A las pocas semanas, junto al director de fotografía y otros cuatro asociados montaron la compañía. Decidieron realizar la primera película de la recién creada productora basada en un guion de Cyrus, pero, a los pocos días, uno de los socios murió de un ataque al corazón. Otro de los socios, que a la vez quería actuar, se desinteresó

del proyecto y quiso dejar el grupo. Días después, dos de ellos se pelearon por cuestiones políticas relacionadas con los derechos salariales de los trabajadores y los dos se despidieron de la productora. Ya quedaban solo dos, Cyrus y el socio inicial que era director de fotografía.

No tenían financiación para llevar a cabo la primera producción y pidieron un crédito a un fabricante textil. Aun con ese dinero, no tuvieron bastante y Cyrus pidió un crédito al banco. Su colérica madre le amenazó con darle una sola oportunidad: si no conseguía salir adelante con aquel proyecto loco y le veía relacionándose con actrices libertinas, le denegaría toda la fortuna heredada de su difunto padre.

La película fue un fracaso estrepitoso. Apenas nadie fue a verla. Todos los esfuerzos por salvarla fueron en vano. Cyrus no solo hizo de director, sino de asistente de cámara, productor ejecutivo e incluso de extra. Su socio, defraudado, salió de la productora y con el poco dinero que le quedaba, Cyrus creó una empresa de servicios de posproducción. Como estaba él solo controlando el negocio, le pidió ayuda a su hermano Homi, quien todavía estaba estudiando. Ante el horror de la madre, el pequeño se unió a su hermano mayor.

Homi era un hombre enérgico, de gran carácter, muy resolutivo y risueño. Al contrario que Cyrus, él no se sentía angustiado ni se deprimía ante las situaciones adversas. Para alcanzar el éxito, constantemente repetía que se requerían cuatro cosas: voluntad, valor, decisión y trabajo duro.

17.
El nuevo universo de los hermanos Wadia

Durante los primeros pasos del cine sonoro, en la industria del cine indio, otro de los problemas más acuciantes radicaba en que los actores, mayoritariamente de habla inglesa, ni sabían cantar ni hablar fluidamente los idiomas autóctonos. Por ello, la industria cinematográfica se tuvo que reinventar por completo. Aunque el público indio fuera aficionado a historias relacionadas con temas mitológicos o melodramas inspirados en historias populares, pocas producciones llenaban las salas. Por el contrario, los cines que proyectaban películas británicas o americanas se llenaban de espectadores porque estas eran técnicamente muy superiores.

Un día, mientras trabajaban en el laboratorio, Cyrus conversaba con Homi sobre la problemática de la coexistencia del cine mudo y sonoro. Decidieron intentarlo una vez más. Después de estudiar sobre la temática, barajaron la posibilidad de realizar una versión en hindi de bajo presupuesto de la película *La marca del Zorro* protagonizada por Douglas Fairbanks.

Homi se encargó de comprar una cámara de cine y un equipo de grabación de sonido a unos estudios vecinos arruinados. El productor falleció de un ataque al corazón tras las presiones psicológicas a las que se enfrentó durante el frustrado proceso. Ahora solo les faltaba encontrar la versión india del actor Fairbanks, y dieron con un atlético actor llamado Yashwant Davinder, que se hacía llamar artísticamente con el seudónimo de Jess Dave.

La película la titularon *El rayo* y fue filmada en tan solo diez días en exteriores, sin ningún decorado y con un equipo muy limitado. Contrataron la sala de un cine situado en el centro de la ciudad para su estreno. Casualmente, el día del estreno el monzón empezó a hacer acto de presencia. Los hermanos Wadia llegaron con retraso debido al tráfico; el tranvía se paró durante el trayecto por las inundaciones de varias calles.

Al entrar en la sala, entendieron que, a petición de los espectadores, habían empezado la proyección sin esperar a los realizadores para inaugurarla formalmente. Varios de los presentes llevaban paraguas abiertos, ya que había numerosas goteras en el techo. Los más prevenidos tenían los sombreros puestos, otros las chaquetas alzadas y, los más incautos, periódicos abiertos sobre la

cabeza. Todas estas inconveniencias no impidieron que la película fuese un éxito y recaudase suficiente dinero para poder llevar a cabo otra producción. Los hermanos Wadia decidieron centrarse en el género de acción utilizando exteriores y no recreaciones con decorados dentro de los estudios.

Una de las mayores productoras estaba rodando una película con una gran inversión de capital. Había sobrepasado su presupuesto inicial y, debido a presiones de producción, el productor ejecutivo propuso a los hermanos Wadia lo siguiente: si conseguían filmar metraje suficiente encima de unos vagones de un tren a su máxima velocidad por una cantidad limitada de dinero, ganarían un porcentaje de los beneficios finales de la película. Firmaron un contrato y Homi se puso a indagar cómo conseguir un permiso para rodar imágenes desde la parte superior de un vagón de tren en marcha. La administración británica no les dio ningún permiso y no tuvieron otra opción que sobornar a un maquinista y varios empleados ferroviarios para conseguir sus propósitos. Por suerte, el rodaje salió sin problemas.

Este resultado les dio mucho éxito y prestigio entre la pequeña comunidad de cineastas emergentes, ya que les ayudó a buscar financiación para su nueva producción. Tras haber saboreado el éxito de nuevo, rodaron una versión india de *Tarzán*, con la intención de aprovechar sus conocimientos y experiencias en rodajes en el exterior y en escenas de acción. La película se llamó *Toofani Tarzan*, y escogieron al culturista indio John Cawas —quien había ganado recientemente el campeonato nacional de culturismo— como protagonista.

Los periódicos se rieron de los hermanos Wadia en sus crónicas: «*Estos dos hermanos productores nos quieren llevar de vuelta a la época primitiva. ¿Qué se creen, que no hay temas de actualidad que tratar en este mundo civilizado? La India está convulsa queriendo mirar a un futuro moderno, ansiando ser independiente de los británicos, y los Wadia nos instigan rememorando las fantasías literarias de un autor extranjero llamado Burroughs*».

Tras leer las críticas negativas hacia ellos, Cyrus, enfadado, arrugó el periódico y lo tiró al suelo mientras Homi se reía a carcajadas.

La madre pensaba que sus hijos no dejaban de hacer películas infantiles. En general, la mentalidad social era que una persona de bien, de clase alta, con una buena reputación social, no iba al cine, y menos a ver películas de acción de bajo presupuesto rodadas en exteriores.

El hecho de que fuesen de religión parsi, ocasionaba que su opinión sobre la emancipación de las mujeres difiriera de la de hindúes y musulmanes. Los Wadia percibían a las mujeres como

occidentales y no arraigadas en las costumbres y tradiciones indias. Por eso no fue extraño que a Cyrus se le ocurriese otra idea tan ingeniosa como extravagante:

—¿Por qué no una película romántica? Algo así como Shakespeare…

Los dos hermanos se presentaron en las oficinas de uno de los mayores distribuidores de Bombay y le propusieron la idea. El distribuidor quedó tan hechizado, sobre todo, por la labia y el poder de convicción de Cyrus, que les prometió invertir en el filme. La película, con aires de *Las mil y una noches*, fue su mayor éxito hasta entonces. Siguió en cartelera catorce semanas consecutivas, algo inusual por entonces: habían batido récords en taquilla.

El dinero obtenido lo invirtieron en una antigua villa con arquitectura europea rodeada de vastos jardines y la remodelaron para usarla como estudio de producción. Esta había pertenecido a un antiguo maharajá de un pequeño y remoto estado del noreste de la India. Contaba con tres plantas y sus habitaciones eran amplísimas, con colosales ventanales. En la entrada, sobre el jardín principal, realizaron la ceremonia de inauguración, instalando un enorme cartel rectangular y metálico que anunciaba el nombre de la recién nacida productora: Wadia Movietone.

La expresión artística y los dividendos comerciales se unían en una nueva y excitante jungla humana, llena de emociones y aventuras. Este era el nuevo universo de los hermanos Wadia. Sobre los tejados, en los jardines, en los balcones, en la enorme terraza, en la entrada, incluso dentro de la piscina vacía, en todos los rincones de la villa rodaban hasta siete melodramas románticos al mismo tiempo, casi siempre empleando el mismo grupo de actores y equipo técnico. De hecho, había un gran número de carpinteros y electricistas que vivían en el interior de la villa porque eran criminales y temían que la policía los capturara. Así vivieron durante años sin salir a la calle.

Si en un rodaje el trabajo de un técnico no era necesario hasta al cabo de unas horas, se iba a hacer algo útil durante ese tiempo en el rodaje de otra producción en la otra punta del enorme recinto. Todo el personal estaba haciendo siempre algo productivo: los empleados no dejaban de moverse de aquí para allá como piezas de un mecanismo de reloj bien engrasado. Aquellas películas baratas realizadas con prisas cubrían ampliamente los gastos que empleaban en producirlas. El negocio resultaba rentable.

Los dos hermanos vivían en la misma casa junto con su madre, quien siempre les preparaba el desayuno, la comida y la cena con mucho esmero. Aunque ella a veces no cocinaba debido a su avanzada edad, tenía a su cargo unas sirvientas que lo hacían bajo su

supervisión para que la comida de sus hijos estuviese tal y como les gustaba. Con Cyrus, el mayor, trataba de ser menos dominante y más permisiva. Él no tardó en lanzarse de cabeza a la piscina de las relaciones sociales del Bombay colonial más elegante y elitista. Empezó a disfrutar de su éxito: le gustaba ir a los selectos clubes donde permitían beber a los indios y hacer apariciones públicas acompañado de alguna actriz del momento en algún restaurante de moda. Le agradaba la ostentación y llamaba la atención al camarero con un distintivo chasquido de dedos para trazar una rúbrica en el aire; las bebidas quedaban siempre cargadas a la cuenta del Sr. Wadia. Sin embargo, su hermano Homi poseía un carácter totalmente diferente. Detestaba la compañía y charla insulsa de gente arrogante relacionada con el cine o de acicaladas y estúpidas aspirantes a actriz que ofrecían hasta su cuerpo a cambio de un papel, por pequeño que fuese, incluso al productor más feo y repulsivo de la industria. Después del trabajo en el estudio, se marchaba al club de deporte a hacer gimnasia y a tomar baños de vapor para reducir peso. Luego, regresaba a su casa, donde le esperaba su dominadora y solícita madre.

En 1934, Douglas Fairbanks,[31] que había pasado ya la madurez artística, viajó a la India acompañado de un grupo de actores de Hollywood. Cyrus, fan incondicional del actor norteamericano, no quiso dejar pasar por alto la oportunidad y se plantó en el vestíbulo del hotel donde se alojaba. Por mediación del presidente de la organización del cine indio, invitó al actor norteamericano a Wadia Movietone.

Cyrus no paró de hablarle de *La marca del Zorro*, película protagonizada por el actor americano ya en 1920. Dándose cuenta de que era un ferviente apasionado de la película, Fairbanks le preguntó por qué no la exhibía en los cines. Cyrus le pidió permiso para añadir un idioma y una banda sonora que se adaptase al gusto del espectador indio. Firmaron el acuerdo.

Pocos meses después, en uno de los cines más populares de Bombay exhibieron la película con diálogos en hindustaní,[32] en su mayoría inventados espontáneamente por Cyrus durante la grabación con actores de doblaje. El *marketing* que realizaron consistió en venderla al público desconocedor no como una película muda de los años veinte, sino contemporánea, recientemente realizada en la India con actores norteamericanos de Hollywood hablando en idioma indio autóctono.

Los hermanos Wadia acudieron de incógnito a la proyección en una sala y se quedaron admirados por la reacción tan entusiasta e infantil del público, a pesar del popurrí de los breves diálogos inventados a última hora, que incluso no coincidían con el

movimiento de los labios de los actores norteamericanos. La película siguió distribuyéndose con un creciente éxito en las demás salas de cine de la ciudad durante semanas.

En Bombay y en otras ciudades indias donde estaba creciendo la industria cinematográfica, como en Madrás y Calcuta, muchos estudios funcionaban como una organización patriarcal. En Wadia Movietone los empleados se presentaban puntualmente a las ocho de la mañana, tuvieran o no trabajo, y se podían marchar entre las seis y seis y media de la tarde. La asistencia permanente de los técnicos ateniéndose a un horario era muy conveniente dada la flexibilidad que había en los rodajes. Muchas veces, un actor que no tenía trabajo se dedicaba a ensayar malabarismos, practicar lucha libre en el jardín o ayudar en la realización de otra producción. Las actrices que no tenían nada que hacer porque debían esperar que la administración británica diese permiso de rodaje en ciertos exteriores, se dedicaban a coser las cortinas que colgaban en las salas de visita o a ayudar en el departamento de vestuario. La atmósfera de trabajo en el estudio de los hermanos Wadia era tan familiar que no había distinción por religión ni por casta. Incluso, los hindúes brahmanes, que por entonces seguían la ancestral costumbre de no tocar comida alguna preparada por los *intocables*, o personas provenientes de castas más bajas, comían la misma comida con naturalidad junto con los demás empleados. Asimismo, los Wadia proveían de seguro médico a todos sus trabajadores, al margen de su condición o función. Este hecho les atribuyó una reputación ejemplar en la industria del cine indio. Además, se ofrecían clases de costura, literatura mitológica india y cocina a las mujeres cuando no había nada que hacer, y construyeron una escuela adyacente a los terrenos de la villa para que asistiesen los hijos de los empleados.

Un día por la mañana temprano, se encontraban los dos hermanos sentados frente a sus respectivos enormes escritorios de madera sólida *sheesam*,[33] divagando sobre futuros proyectos, cuando Homi le propuso continuar realizando películas de acción. Cyrus respondió que no, que era el melodrama barato lo que les estaba generando dinero. Pero tras la insistencia de Homi, Cyrus tuvo un sentimiento paternal hacia su hermano pequeño y le encomendó que se encargase él solo del proyecto que planteaba con la condición de que emplease uno de sus guiones originales, que tenía guardados desde hacía años.

Homi, en un giro de audacia, adaptó la historia original de vaqueros americanos en el Lejano Oeste a una historia urbana de detectives llena de acción en exteriores. La película recaudó dinero y, desde entonces, Homi acordó con su hermano que lo que debían producir en adelante era cuatro melodramas que hicieran llorar a las piedras y dos películas baratas de acción.

Despachando la numerosa correspondencia, Homi le habló de un telegrama urgente, proveniente de un señor de Lahore llamado Saif Khan, en el que les informaba de una actriz de nombre Nadia a quien auguraba un brillante futuro en el cine.

—¡Bah! Una más. Ni caso… Bueno... Quizás no se pierde nada… Siempre puedes contestarle que sí, que estamos encantados de conocer a una nueva chica atractiva… —dijo Cyrus soltando una sonora carcajada.

18.
El primer papel de Nadia en el cine

—Señora Nadia, estaremos encantados de que forme parte de nuestra gran familia. Verá, le advierto que yo no estoy muy entusiasmado… las pruebas sonoras que hizo fueron horrorosas.

Homi tosió y, alzando las cejas al mismo tiempo, le hizo un gesto con las manos para que prosiguiese.

—Bueno, pues aquí le hemos preparado el contrato. Queremos que actúe como doble en nuestra próxima producción, que será una gran película llena de acción. Tendrá usted que trabajar a partir de hoy tremendamente duro. Pero muy, muy duro. —Cyrus se estiró en el sofá, y continuó—. Joven, mi lema en este oficio es que, si no hay disciplina, no hay manera de hacer nada bueno, nada que merezca la pena. Así pues, le pondremos un tutor personal para aprender hindi, aunque de momento no tiene usted diálogo alguno… Pero, por lo menos, que entienda las instrucciones que damos a los actores durante el rodaje y pueda usted enterarse de qué hablan los técnicos, ya que ellos no saben inglés. Bueno…, alguno sabe algo. Además, le vamos a poner un preparador físico para que pierda peso. Esto es primordial. Tiene usted que reducir volumen de una manera drástica. ¿Me oye? Pero no se ría de lo que estoy diciendo. No se ría, le digo. En pantalla, un actor da la impresión de ser más grande y a usted, viéndola ahora, no le conviene parecer más grande de lo que es. Es más, habrá observado que las actrices indias son más pequeñas y delgadas, y usted las va a reemplazar en todas las escenas de acción. Como comprenderá, cada vez que vaya a aparecer usted en una escena no vamos a poner la cámara diez metros más atrás.

La película se tituló *La amazona*. La actriz principal no era atlética ni sabía nadar; tenía miedo a los caballos y su agente de representación ordenó a los hermanos Wadia la firma de un contrato en el que se estipulara que no realizaría ninguna escena que requiriese saltar o correr o que pudiese poner en peligro físico a su protegida. Según los hermanos Wadia, Nadia encajaba perfectamente para suplantarla en aquellas escenas.

* * *

—A mí me hacía gracia Cyrus Wadia. Era una persona muy seria. Pocas veces sonreía, bromeaba o contaba un chiste. Sin duda, ese

carácter de persona autoritaria le daba a veces una imagen graciosa y yo no podía reprimirme la risa cuando hablaba y explotaba con sonoras carcajadas que le malhumoraban, pero era un malhumor sano. Otros empleados, desde luego, no se tomaban a broma lo que pudiera decir. Todos escuchaban sus órdenes con aspecto serio y solemne.

»A Cyrus, la verosimilitud de aquellas películas, en realidad, le daba lo mismo. Él quería rodar trozos de tarta para el público. Estudiaba muy bien sus proyectos e ideas junto con su hermano Homi. Y cuando tomaban una decisión, estaban muy seguros de lo que hacían y de sus consecuencias. Nunca las tomaban a la ligera y jamás decían «*ya veremos qué pasa*». Lo tenían todo minuciosamente atado por todos los cabos.

En una fila más adelante, una pasajera discutía con una azafata en voz alta, soltando improperios totalmente fuera de lugar. Se quejaba de que la calidad de la comida no se correspondía a primera clase. La azafata le pidió disculpas, lamentando que no estuviese a su gusto. Esto hizo que la pasajera se encarase aún más. Su tono de voz aumentó utilizando más insultos no solo contra la aerolínea sino contra la pobre empleada, que aguantaba el tipo con una leve sonrisa.

—Es que…, fíjate... qué espectáculo tan lamentable está dando esa señora ¡Ufff! —comentó Nadia dando un resoplido—. La comida es pasable, no se puede esperar más de Air-India. Pero no hay derecho a que hable con tanta mala educación. Cualquier extranjero que la vea actuar así pensará que ese es el comportamiento de todos los indios y está creando una opinión errónea. Pero a esta señora le da igual. Ni siquiera en público la gente *educada* de la India se sabe comportar. Se tienen que quejar por todo, de forma arrabalera y chabacana. ¡Qué ordinarios son todos!

—Discúlpeme, Nadia… —le dije mientras pensaba las palabras exactas en inglés para expresar con más amabilidad lo que quería decir—. Espero no resultar entrometido, pero es que te he ido notando un cierto tono de desagravio hacia la India y hacia los indios en general…

Se quedó callada, apretó el botón de su asiento para llamar a la azafata y, antes de que llegase a nuestra fila, Nadia, desde la distancia, señaló su vaso con el índice y gesticuló la frase «Más hielo, por favor». Al momento, ya tenía una hielera llena. Cuando terminó de servirse y se aseguró de haber rellenado mi vaso con la selecta botella de *whisky* que tenía guardada en el bolsillo del asiento delantero, me dijo:

—Mira, chico… Seré sincera contigo. A mí me gusta la India, pero no la actitud, el carácter o, si se quiere, la forma de ser de los indios. Para mí son gente racista, cobarde, poco honesta, mentirosa, maleducada, cínica y un largo etcétera. Pero eso no quita para que ame a la India de todo corazón. Esto lo digo yo, de nacionalidad india,

cuyo difunto marido, a quien tanto amé, era indio y cuyos mejores amigos son indios. Claro que hay excepciones, pero, en general, son los seres más falsos e hipócritas que jamás te hayas encontrado. Y este aspecto de los indios es parte de la idiosincrasia de la India, es parte de su encanto, de su hechizo. Es algo tan característico como el sistema de castas. Sé a través de amigos europeos que, en algunos países mediterráneos, cuando dos personas son amigas lo son tanto en las buenas épocas como en las malas, que se ayudan, se confortan, comparten… Es decir, la amistad no se interrumpe, se mantiene con la misma intensidad y ninguna de las dos personas la cuestiona: afrontan juntos problemas, disgustos o desgracias tanto como las alegrías durante los momentos de felicidad. ¡Pero en la India eso no pasa! Cuando las cosas te van mal, la gente que antes presumía de llamarte con respeto «hermana» o «hermano» o «tío» o «tía»… no se te acerca, te evade. Dejan de quererte cuando saben que no eres de provecho. Cuando un actor cae en desgracia por algún motivo, por alguna desgracia familiar, por caer enfermo, por divorciarse, sus películas no funcionan en taquilla… Pon el motivo que quieras. La mayor parte de sus compañeros de oficio le dan la espalda. Creo…, ¿no es así?

—Me imagino que, por el mero hecho de ser mujer, la situación para salir adelante será más complicada…

—¿Sabes lo que piensan hoy en día los jefes de producción de la industria del cine de las extranjeras que trabajan de extras en Bollywood? Bueno, a decir verdad, ¿la mentalidad que tienen los técnicos acerca de ellas?

—No —contesté sorprendido y lleno de curiosidad.

—Un veterano director que viene a mi casa a jugar a las cartas los fines de semana cuando organizo partidas con mis pocos viejos amigos que conservo, me dijo un día:

»—Nadia, no te puedes imaginar lo que mi *production manager* me ha contestado cuando le dije que necesitaba una rubia extranjera de extra de aproximadamente 35 a 40 años para una determinada escena. El muy sinvergüenza me contesta que eso es fácil de conseguir porque, hoy en día, en Bombay hay muchas chicas veinteañeras procedentes de Rusia y Europa del Este, que no solo se dedican a la prostitución, sino que andan buscando una oportunidad en Bollywood. Y me argumenta que, como en su país de origen pierden la virginidad antes de los quince años, aparentan tener más edad de la que tienen. Me quedé patidifuso ante tal comentario. Lo miré en silencio asimilando lo que me acababa de decir ese hijo de puta y el que es considerado actualmente como el más conocido y exitoso *production manager* de la industria. Desde luego, no era como en tus tiempos. Hoy en día, la cadena de ensamblaje de esta industria está corrompida ética y moralmente. Si supiesen que los cimientos de la industria en donde

trabajan fueron construidos con fuerza y tesón por personas como tú, Nadia, estos técnicos de hoy en día mostrarían más respeto por las chicas extranjeras que llaman a las puertas de Bollywood buscando una oportunidad.

—Las únicas mujeres que valen realmente la pena en la India son aquellas que, si quieren algo, se lo consiguen ellas solas. Son independientes. Yo aprendí a base de palos, de errores, equivocaciones… Lo que llaman *la experiencia* y *la escuela de la vida*. —Se quedó callada, tomó despacio otro sorbo y continuó—: Y sobre la gente tóxica y falsa, a la larga, se va asfixiando con su propia negatividad. ¡Al diablo con todos!

Alzando la copa en dirección a la señora maleducada que había causado tal vergonzoso espectáculo, musitó irónica sin ser advertida:

—Por ti, sinvergüenza.

19.
Nadia es la actriz principal y, al mismo tiempo, su propia doble

Como era muy común entonces hacer secuelas de películas que habían tenido éxito, Cyrus habló con su hermano para realizar un filme sobre la misma historia que la anterior, pero explotando las habilidades de Nadia. Ella sería la actriz principal y, al mismo tiempo, su propia doble. La película se titularía *Hunterwali*.[34]

—A veces, la suerte se encarga de tomar las decisiones por nosotros, hermano —sentenció Cyrus, asumiendo de antemano que el proyecto sería exitoso.

Para evitar que el público notase que no tenía aspecto de india sugirió ponerle un antifaz. Además, el color rubio original de su pelo haría pensar que llevaba peluca y su piel blanca y su estatura la harían pasar por *punjabi*.[35]

Él no pensaba que pudiese haber un accidente, ni se le ocurría esa posibilidad. Lo veía como una inversión. Librándose de una actriz conocida se ahorraban una cantidad elevada de dinero en la producción, que podrían emplear para el *marketing* de la película, así como de las presiones absurdas que los agentes de representación les imponían.

Cyrus era una persona intrépida de pensamiento y en sacar adelante nuevos proyectos, pero excesivamente cobarde ante el dolor físico o moral ajenos. Se había amasado a lo largo del tiempo la imagen, entre los productores y técnicos de la industria del cine indio, como una persona con carácter agrio y con determinación suficiente como para intimidar a quien se le pusiera por delante con tal de alcanzar sus propósitos. Sin embargo, era reverenciado y tratado con sumo respeto por los trabajadores de los estudios de cine. Tenía la reputación de pagar a sus técnicos más de lo estipulado como salario mínimo, si le demostraban ser buenos trabajadores y cumplidores con sus deberes. Tenía fama de haber contratado para Wadia Movietone a personas de toda índole: desde honrados empleados con experiencia en el cine, hasta criminales en busca y captura por los británicos e, incluso, a niños —en aquella época, el término *explotación infantil* no existía, por mucho que la gente idealice con romanticismo aquellos años del surgimiento del cine indio— que se encontraba en los andenes de estaciones de trenes o por la calle, y en los que había visto cualidades que apreciaba, como la valentía, el entusiasmo y la

dedicación en el trabajo.

Hubo quienes, conducidos por la envidia debido al éxito que disfrutaban los hermanos Wadia, quisieron difundir mentiras sobre su tacañería e irascibilidad con los empleados: «*Son personas sórdidas a las que les gusta estrujar los salarios a los trabajadores*», decían.

En la anterior película, Nadia no fue mencionada en los créditos, pero, en este caso, siendo la actriz principal, era lógico que fuese nombrada. En la mente de Cyrus surgió la idea de cambiar su nombre por otro que sonase más indio a oídos del público. Ambos hermanos la llamaron al despacho.

—¿Qué? —exclamó Nadia con las manos en jarras y gesto desafiante—. ¿Cambiarme de nombre? ¡Ni hablar!

—Pero, Nadia, ¿qué hay de malo en llamarte artísticamente *Nanda Devi*? —preguntó Cyrus mientras se reclinaba en su sofá hacia atrás.

Nadia se dirigió hacia él con el puño en alto y, luego, lo volvió a dejar caer a lo largo del cuerpo.

—Ni se te ocurra —gimió con tono amenazante—. La primera actriz protagonista de la historia del cine indio fue un travesti. ¿Cómo es posible que yo, ¡con esto! —espetó agarrándose los pechos—, vaya a ser menos que aquel afeminado?

Cyrus se quedó pálido, blanco como la pared, mientras que su hermano se tapaba la cara muerto de la risa.

—¡Esa es la verdad más grande que jamás se haya dicho sobre el cine indio! —reconoció Homi sin parar de reírse.

Nadia tenía razón. El que es considerado como el padre del cine indio, D. G. Palke, para la realización de su primera película, *Raja Harishchandra* (1913), requería una actriz como protagonista. Se fue al barrio de prostitutas de Bombay para encontrarla. Allí, las callejuelas vomitaban como sumideros sus afrentas de basura, olores y vida. A pesar de tirar el dinero en numerosas fiestas, una a una rechazó la oferta por considerarla como un insulto a la dignidad. Fue cuando en una de esas fiestas, en aquel llamado *barrio rojo* que hedía a crimen, suciedad y miseria, le llamó la atención un camarero afeminado llamado Salunke. Después de mucha insistencia y de proponerle una tentadora oferta económica, el joven aceptó. Pero el día concertado para hacer los ensayos en el estudio, Salunke, vestido de mujer, se negaba a afeitarse el bigote. Palke, al borde de la locura, pudo convencerle, después de mucho insistir, de que su papel de mujer llevando bigote no sería convincente para los espectadores. Así, finalmente, se afeitó, y para los anales de la historia del cine indio quedó que la primera actriz fuese en realidad un hombre disfrazado de mujer, un travestido.

Homi, con carácter más conciliador, quiso tranquilizar a ambas partes y buscar enseguida una solución. Hizo llamar al encargado del

departamento de vestuario, que trajo consigo a varios empleados que portaban enormes cajas llenas de pelucas y de extensiones de cabello de todos los colores y formas imaginables. Homi, para mayor agrado de Nadia, mostró a su hermano que la idea de asociar el posible nombre artístico indio Nanda Devi a la apariencia física de extranjera de Nadia no congeniaba en absoluto y era un error. Al final, su hermano mayor acabó admitiendo que el nombre Nadia daba un toque de exotismo y misterio a la rubia actriz.

—Además, Nadia rima con Wadia: *Nadia-Wadia*, *Wadia-Nadia*… —sentenció Homi con una socarrona sonrisa.

—*Eso* no tiene gracia —añadió Cyrus con gesto mojigato.

Para una actriz recién llegada a la industria, su actitud tan beligerante e inconformista resultaba un caso único e insólito para los Wadia. El hecho de mostrar un carácter tan fuerte y ser tan natural, sin máscaras de artificialidad, constituían cualidades que tanto Cyrus como Homi apreciaban.

Sin embargo, Nadia poco tuvo que decir durante sus primeros días en Wadia Movietone, conociendo personalmente a los empleados y el entramado de los rodajes, porque ella no sabía hablar el idioma indostaní ni el gujarati, que era el idioma indio más hablado entre los técnicos. Estos, por el contrario, no sabían comunicarse en inglés correctamente. Con un profesor de una escuela pública cercana que visitaba el estudio después de la hora de comer, se dedicó todas las tardes a aprender el indostaní, mezcla de hindi y urdu, lengua que prevalecía como unión de comunicación para los indios entre tanto caleidoscopio de lenguas regionales. El profesor le escribía las palabras en alfabeto latino y no en la forma india, y así podía leerlas y repetir una y otra vez las palabras hasta alcanzar la acentuación correcta.

Cada empleado fichaba a la entrada su tarjeta y Nadia todos los días, puntual, así lo hacía. Los trabajadores de los distintos departamentos seguían las instrucciones del nuevo guion de Cyrus como si fuese una biblia, al pie de la letra, como si en él hubiera quedado impreso algo inalterable y sagrado. La historia de la nueva producción con Nadia como protagonista estaba llena de acción una escena tras otra.

Todos los estudios, independientemente de sus creencias religiosas, celebraban el día del rodaje de una nueva producción con un ritual llamado la «ceremonia *Muhurat*», en la cual se rompe un coco en el suelo. Es un acto de buen augurio, proveniente del hinduismo, que técnicos y empleados muy supersticiosos esperan que se cumpla antes de gritar «¡Acción!», para ahuyentar la mala suerte y atraer la buena durante los siguientes días del rodaje.

Aquel primer día decidieron empezar con la escena más sencilla

para que Nadia se sintiera cómoda. Vestida con un sari, tenía que decir un breve diálogo en el torreón de un castillo. Pero el director de arte no había terminado de pintar adecuadamente el fondo, un paisaje tras el ficticio castillo. Homi, después de hablarlo con su hermano y consultarlo con los técnicos, no vieron otra opción para salvar el día de rodaje que rodar otra escena del guion que no necesitaba decorado alguno. Se trataba de una escena de acción sobre un tejado, en concreto, una pelea entre Nadia y diez criminales. La localización: justo encima del despacho de Cyrus y Homi.

Al final del día, después de haberse pasado toda la noche en la sala privada de proyección viendo los metrajes rodados, los hermanos Wadia fueron conscientes de que algo nuevo había nacido en la industria del cine indio, algo inusual, carismático y lleno de misticismo como para satisfacer la idolatría de los espectadores.

Una vez que se encendió la sala de proyección y se quedaron solos los dos hermanos, Cyrus, pensativo, dijo mientras apagaba un cigarrillo para volver a encender otro:

—Mira, tú te encargas de hacerla actuar, pero dale más flexibilidad para que expanda sus cualidades. Yo me encargaré de poner más dinero en la producción y de ampliar el número de canciones. No importa el tiempo que tardemos ni si esta se convierte en nuestra película más costosa hasta el momento. Estoy seguro de que tenemos en las manos una mina de oro, hermano.

* * *

—Yo estaba completamente decidida a lo que fuera, pero, a diferencia de otras veces, también me sentía algo nerviosa. Durante los días anteriores no daba crédito a la cantidad de gente empleada que había para realizar una película. Mi nerviosismo se debía a pensar qué pasaría si decepcionaba no solo a los hermanos Wadia sino también a toda aquella gente. Yo era la única persona blanca empleada en el estudio y cada vez que entraba en una habitación todos los ojos se posaban en mí. Me acuerdo de que, en la cantina, a la hora del almuerzo, había mujeres que me pedían permiso para tocarme el pelo, ya que nunca habían tenido esa oportunidad en sus vidas: el tocar cabello rubio, asociado con los ángeles.

»Aunque Cyrus en más de una ocasión perdió la paciencia y le oí gritar a mis espaldas, Homi y sus asistentes eran especialmente pacientes conmigo a la hora de decir mis diálogos en indostaní. Más tarde, después de la partición, el hindi con una gran influencia sánscrita sería la lengua oficial de la India independiente, y el urdu, con gran influencia de vocabulario persa, sería la lengua nacional en

Pakistán. Resulta que en mis comienzos no sabía el significado de las palabras y me aprendía las frases de memoria. Durante el proceso, hacía juegos de palabras similares con las de inglés. Por ejemplo, si una palabra en aquel idioma era *kabu*, yo la memorizaba como Kabul, la ciudad. Entonces, durante el rodaje se me escapaba, y una y otra vez tenía que repetir la misma frase evitando Kabul o la palabra en inglés que yo relacionaba con la pronunciación.

»En la anterior película, solo hice de doble, y los días que no era necesaria, Homi, muy amablemente, me mandaba a casa con su chófer. En aquel momento no pude darme cuenta del enorme esfuerzo físico, del duro trabajo y del tiempo que conllevaba realizar una producción cinematográfica. Durante los días que duraron mis ensayos, tuve la oportunidad de vagar por el estudio presenciando rodajes de melodramas y aprendiendo la forma en la que hacían las películas.

»Homi me explicó con mucho detalle cómo diferentes planos componen una película: cuando se interrumpe una acción que conviene filmar más cerca debido al interés de la narración o cuando el personaje se desplaza a un punto fuera de encuadre, el emplazamiento de la cámara varía. La frecuencia de estos cambios de plano, me dijo, forma lo que se denomina el lenguaje cinematográfico. Y sobre este sistema de yuxtaposición de planos en movimiento es sobre lo que se construye el ritmo, que es, como si dijéramos, la columna vertebral de la película. Me quedé asombrada por todo lo que aprendía; no tenía la más remota idea de que era así como se producían las películas. Por muchas mudas que había visto anteriormente, nunca me había planteado el modo en que se realizaban. Pero, ahora, lo divertido se encontraba en que te grabaran tu propia voz.

»Estuve practicando saltos casi todos los días con unos ayudantes que provenían de circos. Si la altura lo requería, saltábamos sobre colchones gordos bien rellenos de algodón. Y si no, pues sobre el mismo suelo en el jardín. Aunque rodábamos como se suele hacer en judo, sin causarnos daño, muchas veces, después de nuestros entrenamientos, requeríamos masajes. Annabel me daba masajes con aceite de mostaza. Ella me solía decir:

»—¡Te van a partir en dos estos del cine!

»Para los actores extras que hacían escenas de acción, el estudio tenía a dos masajistas locales. Yo no me fiaba de ellos, pero sé que eran muy habilidosos con mis compañeros masculinos que se rompían fibras musculares y sufrían dislocaciones de articulaciones, hinchazones y un largo etcétera. Recuerdo que un compañero mío se dislocó el hombro. Los masajistas vinieron corriendo —como era habitual en ellos, como si se tratase de enfermeros de un hospital—, le

untaron un aceite rojizo que elaboraban ellos mismos con plantas medicinales y vi cómo le movían el cuello de derecha a izquierda. Estiraron con brutalidad el brazo, haciendo sonar los huesos para, luego, colocar el hombro de manera correcta con un tirón. De repente, un color amarillento surgió en la parte dislocada, que se hinchó a los pocos minutos. ¿Qué hicieron aquellos bestias? Le clavaron unas agujas entre gritos que soltaba el pobre hombre. Y se quedó *como nuevo*, excepto por unas marcas rojizas en la piel.

»Lo mismo sucedió días más tarde con otro compañero que se dio tal golpe en la rodilla que se le hinchó, y aquellos masajistas, con una habilidad sorprendente, le sacaron el líquido sinovial con unas simples jeringuillas y agujas que guardaban en su maletín metálico igualito al que empleaban los carpinteros. El primer día que los vi haciendo de las suyas, fui directamente a Homi y le dije que, si a mí me pasaba algo, aquellos musculosos hombres no me tocaran, y que él fuese quien se encargase de llevarme directamente al hospital.

»Aquel día fue de risa… El asistente de dirección vino a mi camerino y me comunicó que se rodaría la escena en la que yo luchaba con unos criminales en un tejado.

»—Bien, no hay problema —le dije—. ¿Dónde está el tejado? —le pregunté a Homi cuando salí de mi camerino.

»Él se veía terriblemente nervioso y preocupado por si me pudiera pasar algo. Era la primera vez que la actriz principal hacia sus propias escenas peligrosas de acción y temía que pudiera quedarme parapléjica de por vida. Mis compañeros estaban vestidos de criminales y en el tejado, justo encima de las oficinas de los Wadia. Me subí a una escalera y de ahí escalé hasta el lugar. Vestía de bandido, con un antifaz. Tenía que golpear uno a uno y, luego, vendría otra secuencia en la que tendría que saltar desde ahí arriba al suelo. No había problema, todo estaba meticulosamente coreografiado. Recuerdo que habría como cien personas ahí abajo expectantes. Golpeé uno a uno.

»—¡Corten! —gritó Homi.

»Acto seguido, desde ahí abajo, me felicitó. A continuación, se grabaría la escena en la que debía saltar. Todos guardaban silencio, no se oía ni el graznido de los cuervos. Salté. Oí que el cámara decía:

»—¡Perfecto!

»Y Homi:

»—¡*Okay*! ¡Corten!

»Pero yo seguía tumbada sobre aquel colchón. Todos estaban callados viendo que no me levantaba. Homi gritó:

»—¡Que traigan la ambulancia!

»Se acercó tembloroso con los ojos llorosos y, cuando lo tuve cara a cara, no pude aguantarme más y rompí a reír a carcajada tendida.

¿Qué hicieron los técnicos y demás empleados? Rompieron a aplaudir. Nunca lo olvidaré. Cuando mis compañeros me ayudaron a levantarme y Homi me preguntó si de verdad me encontraba bien, le respondí:

»—¡Bah! Ha sido una minucia.

»Al acabar el día de rodaje, Homi nos llamó a todos a su despacho. Sentado sobre la mesa de su hermano Cyrus, quien estaba callado y sonriendo en su sofá, nos dio un discurso paternal diciendo que era el preludio de un gran proyecto, que batiríamos récords en taquilla y pidió a todos que me felicitasen. Desde aquel día, me llamarían «*Nadia sin miedo*». Yo me reía a mandíbula batiente. Me pareció muy graciosa aquella coletilla en mi nombre artístico.

»Ni de lejos pensaba yo que aquella broma de llamarme así junto con mi seudónimo se convertiría en un proclamo de relaciones públicas en los pósteres y en los artículos de los periódicos. De hecho, más tarde supe que el personaje que interpretaba de una mujer heroína que luchaba contra criminales y policías corruptos había sido minuciosamente pensado y elaborado por Cyrus. Ya que era un devorador de películas de Hollywood, había tomado como modelos para crear mis personajes a Helen Holmes, Marie Walcamp, Pearl White, Ruth Holland y Grace Cunard. Sin embargo, como pudo explicarme más tarde Homi, mi personaje consistía en una versión india a imagen y semejanza del Robin Hood de Douglas Fairbanks, pero en femenino.

20. «Nadia sin miedo» como reclamo publicitario

En la película, el personaje de Nadia, Madhuri, era hija de un anciano rey cuyo reinado se veía amenazado por uno de sus ministros. Este funcionario de la corte, llamado Ramanal e interpretado por un actor de nombre Sayani, era perverso y su aspecto físico y su indumentaria evidenciaban al espectador sus inclinaciones hacia el mal. Conduciendo su vehículo, Ramanal atropella a un mendigo, interpretado por el culturista John Cawas. La princesa Madhuri, que regresaba al palacio tras terminar una pintoresca y plácida excursión, sale corriendo en ayuda del mendigo, pero Ramanal la detiene diciendo que no lo toque, por ser aquella persona impura y ella de la nobleza. Madhuri no le hace caso y conduce al mendigo al hospital más cercano. Al querer compensarle económicamente por el accidente causado por el empleado de su padre, el mendigo rechaza humildemente dinero alguno de la princesa. Su honestidad y su sinceridad tocan el lado más profundo del corazón de Madhuri, que se enamora de él.

En la siguiente escena se ve a Nadia en su papel de enamorada tocando el piano en el salón del palacio. De repente, Ramanal entra como un vendaval anunciando que su padre, el rey, ha sido secuestrado y, posiblemente, asesinado por unos bandidos. Junto con los demás ministros de palacio, Ramanal comunica que es su deber casarse con la hija del rey y sucederle en el trono. Pero Madhuri le mira con desconfianza e intuye que él es el verdadero secuestrador de su padre y todo aquello se trata de un entramado bien planeado junto con sus cómplices. Madhuri acude a un pueblo cercano. Rodeada de campesinos, herreros, granjeros, carpinteros, niños y mujeres, comparte con todos ellos las injusticias cometidas por el villano Ramanal, que ahora está decidido a gobernar el reino usurpando el trono al rey. Agarrando un látigo de cuero, jura venganza, y golpea un muro tras un sonoro chasquido rompiendo el aire. Todos la aclaman y vitorean.

Un grupo de soldados se encuentra bebiendo copiosamente en una cantina mientras comentan, entre bromas y risas, la intención de la princesa de luchar por los derechos del pueblo llano. De repente, sin saber de dónde, aparece una figura de una mujer enmascarada, con una camisa ceñida que destaca su enorme busto, con un pantalón

corto que deja ver sus blancos y gordos muslos y con unas botas de cuero altas y negras hasta las rodillas. La desconocida estira su látigo en el aire y, ¡zasss!, agarra un bidón de cerveza que lanza sobre los soldados, presas del pánico por tal aparición fantasmal. Riéndose sobre la barra del bar y con las manos sobre sus caderas a modo desafiante, les grita:

—¡Mi nombre es Hunterwalli, y he venido aquí a enseñaros lo que soy capaz de hacer!

Acto seguido, salta sobre los hombres y uno a uno los deja tirados en el suelo quejándose de los golpes recibidos con habilidad pugilística. Tras acabar con todos, lanza su látigo sobre una viga y, columpiándose, llega al alfeizar de una gran ventana, para darse la vuelta y decir a todos los presentes, antes de saltar y desaparecer tal y como había hecho su aparición:

—¡Hasta pronto! Si no os comportáis como es debido…

Por un pasadizo entra en su alcoba de palacio y, antes de que el malvado Ramanal y sus políticos compinches irrumpan en su habitación con la insistencia de proponerle matrimonio, ella viste los atuendos de princesa y se ríe con una sonora carcajada ante tal proposición, que considera muy alejada de la realidad. A pesar de que la princesa y la desconocida enmascarada defensora de los derechos del populacho tuviesen la misma apariencia —pelo rubio y mismo físico—, nadie sospecha de Madhuri.

Durante la siguiente escena, se ve a grupos de soldados en el pueblo llenando las paredes y puertas de carteles pidiendo una recompensa millonaria por la captura, viva o muerta, de Hunterwali. Por su parte, Madhuri, disfrazada, se dedica a ayudar a los más necesitados y, cuando es requerida, despliega su látigo y… ¡zasss!

Todo tipo de nuevas escenas de aventuras inimaginables se incluían cada semana en la historia de la vida enmascarada de Madhuri. Homi no dejaba de añadir nuevas situaciones para alargar las habilidades de Nadia como acróbata en las escenas de acción y riesgo. Así, sin ninguna prisa o presión, fueron pasando los meses y aumentando las tramas y subtramas en la historia, que no veía fin.

El guapo mendigo de quien se había enamorado en un principio el personaje de Madhuri ahora era el asistente de Hunterwali, pero sin saber la identidad real de la heroína. De este modo, añadieron una escena erótica, en la que Hunterwali necesita lavarse las manos y cambiarse la ropa ensangrentada después de una pelea y se baña en un río con ropa interior mientras el mendigo la espía, oculto tras un matorral, intentando ver el rostro de la mujer sin el antifaz.

Homi, impresionado cada vez más por las habilidades físicas de Nadia, la incitaba hasta el límite de sus posibilidades.

—Ahora, cuando lo hayas golpeado en el estómago, lo coges, lo

pones sobre tu espalda, lo levantas y lo lanzas contra las mesas —le gritaba Homi.

En otra escena, Nadia entraba en el palacio y, después de pelearse contra diez soldados, tenía que lanzar el látigo a la lámpara para colgarse de ella —a veinte metros del suelo— y lanzarse hasta el vestíbulo. Lo que sucedió entonces fue que la lámpara chandelier, debido al peso de Nadia, tras el brusco balanceo, cedió en el último momento, y ella realizó la mayor escena de acción hasta el momento: salió despedida contra la enorme puerta principal de madera, que derribó por el fuerte impacto. El trompazo fue tan impresionante que, aunque no llegó a romperse ningún hueso —ante el enorme asombroso de los compañeros que contemplaron la escena—, necesitó tres días de descanso.

Los actores extras pensaban que Nadia tenía unas cualidades místicas, que había sido elegida por el dios mono Hanuman, patrón de los hombres que ejercen ejercicios físicos, y que, al ponerla bajo su custodia, evitaba a Nadia males mayores que a cualquier otra persona común le habrían supuesto quedar impedida de por vida.

Durante su convalecencia recuperándose del dolor tan fuerte de espalda, fue cuidada por Annabel, que le untaba unos ungüentos elaborados con hierbas medicinales ayurvédicas que le había dado la gitana pitonisa. Margaret, preocupada por aquella situación, viendo a su hija tumbada todo el día boca abajo, le decía una y otra vez:

—Como sigas así… Como sigas con esta locura… ¡Van a cavar tu tumba, hija mía!

Mientras, Cyrus explotaba cada vez más el nombre de «*Nadia sin miedo*» como reclamo publicitario. Tenía a una docena de columnistas a sueldo y supo sacar partido de ello. Consiguió meter como coproductor a un amigo suyo de la industria llamado Billimoria. Era un señor de mediana edad, de piel muy oscura, que vestía muy limpio, siempre con traje. Extremadamente gordo, sonreía con un aire malicioso, siempre con un puro en la boca; a primera vista parecía la viva encarnación de esos budas barrigudos que se colocan sobre las estanterías, en los jardines o sobre las mesas de la gente que cree fervorosamente en el *feng shui*. Su abdomen era tan abultado que parecía que los pantalones estuvieran a punto de caérsele, de tan bajo como se los abrochaba.

En un primer momento, Billimoria, entusiasmado, inyectó mucho dinero en el proyecto, pero, al darse cuenta de que los meses transcurrían y de que Nadia seguía realizando escenas de acción estrafalarias semana tras semana, se alarmó y llegó a la conclusión de que los hermanos Wadia se habían quedado ciegamente prendados de la actriz novel y de sus habilidades físicas, y de que la película estaba tomando unos tintes radicales con aquella versión femenina de Robin

Hood.

Sobornando a un empleado del laboratorio de Wadia Movietone, vio de manera clandestina el material que había sido rodado hasta el momento. Tras esto, se presentó en el despacho de Cyrus amenazándole con que, si no paraba de rodar y ponía fin a la producción, él le pondría una demanda legal paralizándole el rodaje y llevándose consigo el material rodado para poder hacer con él lo que le placiese; venderlo o editarlo tal cual y exhibiéndolo a su gusto.

—Tengo motivos… —argumentaba Billimoria— … motivos graves, motivos serios para sentirme profundamente incómodo. Pero, Cyrus…, ¿no te das cuenta de que corremos el riesgo de que el público no acepte a una mujer como principal protagonista? Además, no es india, sino blanca de piel como la leche, ligera de ropa y ¡con un látigo! No me contaste toda la historia en un principio. ¡Me siento engañado! Me dijiste que era sobre un rey que era secuestrado por un villano para hacerse con el poder del territorio, y que la hija del rey, la princesa, con ayuda de un campesino parecido a Robin Hood, luchaba contra las injusticias del usurpador. Aventuras, acción, música, romance… Pero ya han pasado seis meses, no dejas de gastar dinero en vestuario y me doy cuenta de que el protagonista principal es una mujer, no un Robin Hood. Además, rubia como… como… Te lo digo alto y claro: ¡que es extranjera! ¿Cómo estáis tan convencidos, Homi y tú, de que el público la va aceptar y no va a ser un desastre de taquilla? Esto es demasiado rebelde, habéis ido muy lejos los dos. Yo tiro la toalla…

Mientras, Homi le escuchaba absorto e intentando encontrar una solución rápida y convincente para su principal productor. En cambio, su hermano, con su capacidad de llevar a cabo lo que se propusiese mediante la oratoria y las artimañas, rápidamente le empezó a convencer con sus proyectos de publicidad de que la película sería todo un éxito.

—… y, además —explicaba Cyrus de pie con un cigarrillo entre los dedos, muy seguro de sí mismo con infinita habilidad en calmar mares turbulentos, como si estuviera diligenciando una disputa por unas gallinas—, el estreno será en el Grand Capitol. Pondremos un enorme cartel encima anunciando el título una semana para llamar la atención del público. Dedicaremos toda esa semana a una campaña muy agresiva de publicidad sobre *Hunterwali*. No habrá británico alguno ni indio que no se entere del estreno de nuestra película. Tendré a empleados frente a los cines pregonando los momentos más llamativos de la película. Tengo reservadas hojas enteras en los periódicos para publicidad: «¡*Hunterwali*! ¿Cuál es la visión de esta película?». Y debajo pondremos: «Historia de una valiente chica india…».

—Sí, india… —dijo Billimoria con sarcasmo, después de quitarse el puro de la boca y toser a modo de burla con estruendo, pero con

actitud mucho más sosegada que antes—. Pero tú, sigue, sigue, que te escucho…

Cyrus soltó un resoplido dando a entender que había sido interrumpido y continuó su argumentación con los brazos extendidos y mirando del techo a Billimoria y viceversa:

—«*…de una valiente chica india que sacrificó el lujo de la corte real por la causa de su pueblo y su país*». Y la imagen que representará la película en las revistas y periódicos será la de Nadia sentada en un caballo a imagen y semejanza del cuadro *Napoleón cruzando los Alpes* de Jacques-Louis David, pero… ¡con un látigo en la mano!

Acto seguido, Cyrus, con un chasquido de dedos, llamó la atención a un empleado que había permanecido todo el tiempo en silencio, de pie junto a la puerta, sujetando un enorme y enrollado pergamino. Con diligencia lo colgó en la pared y lo dejó caer a la vista de todos mostrando a una espectacular Nadia caracterizada en el papel protagonista, montada sobre un caballo como Napoleón. A un lado se anunciaba: «*Nadia sin miedo en…*», y en enormes letras mayúsculas se leía «*HUNTERWALI*», con el eslogan a pie de imagen: «*Un auténtico thriller espectacular. Único y por primera vez en toda la India*».

—¡Wooow! —exclamó con admiración Billimoria quitándose el puro de la boca.

Cyrus y sus innovadoras ideas tuvieron éxito. Se vendieron todas las entradas antes del día del estreno. Fue un sonoro y apabullante éxito de *marketing* el que realizaron. Nunca en la India un estudio o una productora habían anunciado de tal manera una película. Wadia Movietone dio un paso adelante en cuanto a relaciones públicas y *marketing*.

Con diligencia, Homi puso fin a las tramas de la historia y terminó de rodar de una vez por todas. A pesar de que la película acaba con el personaje de Nadia restaurando por fin a su padre en el trono, así como la armonía y la paz en el territorio, la protagonista queda soltera, casada, solo a la imaginación del público, con los necesitados, la justicia, el bien, cortando el aire al fustigar su látigo, ¡zasss!

21.
La película india más exitosa de la época

La película fue todo un éxito relampagueante que catapultó a la fama a los Wadia como exitosos productores y a Nadia como la actriz del momento. Tras el estreno, las noticias sobre aquella película de acción corrieron de boca en boca y a la mañana siguiente todos los periódicos de Bombay se hicieron eco del acontecimiento. En sus columnas escribieron halagos como este: «*Una actriz como nunca se había visto antes*». En otro periódico destacaban el carácter femenino de la protagonista luchando de forma ejemplar por los necesitados. Otros se explayaban en el tema tabú de entonces sobre la emancipación de la mujer en la sociedad. Había quien abogaba por más personajes como el que Nadia representaba, ya que, según explicaban, la mujer debía romper aquel esquema de persona dependiente, débil y sumisa que se veía con frecuencia en la pantalla. «*Una vez más se ha demostrado a los distribuidores, a los productores y a todo ese grupo conservador de la industria del cine en la India que minusvaloran el apetito del público por nuevas e inspiradoras historias. Esta película es un fenómeno de éxito nunca antes visto en la pantalla*», escribió un crítico.

Hunterwali fue la película india más exitosa de la época. En la pantalla, Nadia aparecía siempre con una sonrisa cautivadora, electrizante, abierta, encantadora y contagiosa, que no abandonaba ni en la ejecución de las acrobacias más difíciles. Ese magnetismo es el que le permitió conquistar el favor del público indio.

La película estuvo en cartel más de veinticinco semanas seguidas y se proyectó en todos los rincones de la India. Incluso, se fabricó una muñeca del personaje de Nadia y muchas niñas pedían a sus padres que se la comprasen. Se pusieron a la venta en todas las tiendas y en los escaparates se mostraban junto con antifaces e, incluso, látigos de cuero auténtico. Mientras se caminaba por las calles de Bombay se podía oír gritar a los niños jugando: «¡*Yo soy Nadia, la mujer con el látigo*!».

Cyrus no tuvo que continuar haciendo originales y estrafalarias formas de *marketing* ni más relaciones públicas. Fue un auténtico fenómeno que corrió como la pólvora. El éxito de la película con Nadia como protagonista fue a límites insospechados y no menos hilarantes. En Calcuta se anunciaba ropa interior de mujer con forma de antifaz de Hunterwali, y en el sur de la India, utilizando el látigo

como reclamo, se publicitaban pastillas contra la impotencia con el eslogan: «*Látigo en mano, tu mujer te lo agradecerá pidiendo más y más. No seas Ramalan*».

Sabiendo la enorme recaudación que había obtenido en taquilla, nuevos inversores quisieron poner dinero en Wadia Movietone para futuros proyectos. Hubo un antes y un después. Incluso los Wadia aumentaron el salario mensual de Nadia de manera considerable para mantenerla fija en el estudio y evitar que la competencia la tentara con propuestas económicas más elevadas.

Nadia, con tan solo el éxito de esta película, se convirtió en la estrella de cine más importante de toda la India británica a mediados de la década de los años treinta. No solo pasó a ser un nombre popular en el círculo de la industria del cine indio, en estado de ebullición, sino también entre el elitista y respetado círculo de la sociedad colonial. Incluso dormido, Cyrus soñaba con cómo explotar más a Nadia y sus habilidades en rodajes de escenas de riesgo. Ya despierto, en su estudio, en hojas sueltas escribía historias que se le ocurrían sobre la marcha para crear posibles futuras escenas arriesgadas con Nadia de protagonista.

Para la siguiente producción, los hermanos, después de una noche en vela en el estudio lanzándose ideas entre ellos como en un partido de tenis, sentados uno frente al otro en sus respectivas mesas y anotando sinopsis que se les ocurrían con ayuda del *whisky*, acabaron con la idea de Nadia realizando una película al estilo de la actriz Pearl White. Combinarían todos los elementos que considerasen llamativos para el espectador indio de los veintitantos seriales americanos mudos de *Los peligros de Paulina*. La acogida que Nadia obtuvo por parte del público fue tan inconmensurable que a los Wadia les permitió diversificar sus personajes, aun en temas tabú para la sociedad de entonces. Podía ir disfrazada de hombre, vistiendo pantalones y adentrarse en un burdel, con barba y con turbante, y el público lo aceptaba sin protesta alguna. Había conseguido ser una actriz camaleónica a vista del público indio.

Hacía poco, en la ciudad de Lahore, habían quemado un cine entero tan solo por una escena de dos personajes besándose. Por este motivo, los hermanos Wadia eran muy cuidadosos en la forma en que elaboraban los personajes que Nadia debía interpretar para no herir la sensibilidad religiosa o moral del público indio de a pie. De ahí que fuesen pioneros en lo que se denomina actualmente película *masala*, sabiendo mezclar elementos musicales, de acción, de romance, y erotismo al límite de lo sexual, aunque no de forma explícita, mediante símbolos, diálogos picantes y metáforas, gestos y situaciones capaces de disparar la imaginación del espectador. Así, a ojos de los espectadores masculinos la forma de pelear de Nadia podría ser una

alternativa a la satisfacción sexual: mostraba sus piernas, llevaba ropa apretada y empuñaba pistolas, látigo o espada como símbolos fálicos.

Si el malo era interpretado por el actor Sayani, la presencia femenina de Nadia en pantalla la quisieron contrarrestar con la varonil del musculoso John Cawas quien, aunque interpretaba papeles de secundario, siempre era el asistente o ayudante del personaje de Nadia en la lucha contra los malos. Pero los Wadia siempre eludieron que los personajes de Nadia en pantalla se casasen con el personaje masculino. De este modo, ella, como figura enaltecedora en la mente del espectador, seguiría en sus siguientes películas manteniendo su independencia y feminidad.

Otro de los aspectos destacables que explica el éxito de Nadia con la fórmula *masala* que los Wadia propulsaron por primera vez en la historia del cine indio fue que ella era blanca, no india, y era considerada extranjera. La India aún no se había independizado de los británicos —lo haría en 1947—, y una mujer blanca parecía inaccesible, rica, distante, seductora y odiada, alienada en su círculo elitista. Sin embargo, los indios de a pie podían ver a una mujer blanca en pantalla bailando, cantando, luchando, hablando en su idioma y enalteciendo sus fantasías eróticas *exclusivamente* para ellos. Todo esto aún no encajaba en una mujer india ama de casa, sumisa a los deberes y dictámenes del cuidado del marido, de los hijos y viviendo bajo el mismo techo que sus suegros. Ver películas de Nadia en los cines era poder dar un respiro a las emociones, un puro escapismo: gritar, llorar o reír a carcajadas se convertían en experiencias catárticas para el espectador indio.

* * *

—Aquella tarde del estreno de *Hunterwali* fue espectacular. Era el año 1935 o 1936, ya no me acuerdo. Lo que sí recuerdo es que aquel día estábamos Annabel, mi madre, Bobby y yo. Cuando la gente aún no se había sentado y seguía de pie hablando o buscando su butaca, mis ojos dieron con la gitana que, desde la distancia, unas filas más atrás, me gritaba mientras sujetaba algo que supuse que eran partes de un animal, posiblemente patas de conejo: «¡*Wuuu*! ¡*Wuuu*!».

»—Pero ¿quién ha invitado a madame Pitonisa? —le pregunté a mi madre.

»—Tú calla y haz como que no la conoces —me contestó Annabel.

—Sin duda, preocupadas por el éxito de la película, ellas dos la habían invitado pensando que su presencia traería suerte. Desde el palco superior me saludó Homi y, acto seguido, llamó la atención a su hermano. Este, con descaro, me mandó un beso con la mano. Así pues,

tuve que explicarles a mi madre y a Annabel, sorprendidas por tal comportamiento, quiénes eran aquellos señores sentados en el palco principal.

»Mi primera aparición en la película se producía unos quince minutos después del comienzo. Sujetaba el brazo de Annabel y no paraba de taparme la boca para que los demás no notasen que estaba a punto de reírme. Por supuesto, nadie en la sala sabía que yo era la protagonista de la película. Le dije a Homi que, si quería verme en la sala durante el estreno, iría con mi familia, pero de incógnito, pasando desapercibida. Ahí estaba yo en mi primera película como actriz principal y no tomándome en serio a mí misma. Cada vez que se iba acercando el momento de mi primera aparición agarraba más fuerte a Annabel. Hasta que, cuando aparecí en aquella enorme pantalla tuve que taparme la cara desternillándome de risa y agachándome a la altura de las rodillas de cara al suelo.

»Recuerdo que en la escena en la que lucho con los soldados por primera vez en la taberna, y tras azotar en el aire el látigo y decir la frase: «¡*Y desde ahora llamadme Hunterwali*!», el público excitado prorrumpió en aplausos y silbidos de alegría. Desde entonces, durante toda la proyección en toda la sala no se podía oír más que el murmullo del público con un continuo «¡*Oooh*!» y «¡*Aaah*!».

22.
No había límite en la imaginación de los Wadia

—En mi segunda película como protagonista, Cyrus introdujo un nuevo *objeto* para complementar a mi peculiar personaje: un coche.

»—Hoy en día, una persona que no posea un despertador de mesilla, una máquina de escribir y un automóvil, desde luego, no llegará a ser nada en la vida —decía.

»El vehículo era de la marca Rolls-Royce, y yo, la figura maternal de aquel metal niquelado.

»Homi, que tenía unas ideas disparatadas, de hecho no sé de dónde se las sacaba, un día, en medio del rodaje, exclamó:

»—Un momento, un momento. ¡Tengo una idea!

»Se fue a dar un paseo por el jardín y, a los cinco minutos de tener a todo el equipo y a los actores en vilo esperándole, llegó con una ocurrencia que me hizo partirme de risa. Se le ocurrió que el coche se pusiese en marcha con una patada, es decir, sin necesidad de utilizar una llave de contacto. Y ahí estaba yo, cada vez que mi personaje tenía que subirse en aquel coche de lujo, metiéndole antes una patada. Incluso, en una escena posterior Homi me dijo:

»—Ahora volará el Rolls-Royce.

»Y yo le dije que ni hablar, que a mí no me lanzaban dentro del coche al vacío desde lo alto de ningún sitio. Él me explicó el truco visual que había preparado con sus asistentes para hacer creer al espectador que el coche volaba. Más tarde, se le ocurrió la idea de que el coche pudiese conducirse solo y me fuese a recoger cuando yo le llamase, como si fuese un caballo.

»Lógicamente, no eran escenas que realizásemos para que el público se las tomase en serio. Los Wadia fueron muy inteligentes en este aspecto, ya que el mero hecho de añadir aquel coche de lujo en las películas no era por agregar algo extravagante a mis personajes, sino por incorporar el elemento de la tecnología más el elemento de crítica contra los británicos.

»Entonces no había tantos coches como hoy en día. Además, la marca era extranjera, del mismo país al que el pueblo indio quería echar fuera. Pero ahí no quedaba la cosa: indirectamente, estaban haciendo una caricatura de los británicos, se estaban riendo de ellos en sus propias narices con aquel producto símbolo de los colonos extranjeros de forma tan cómica. Por eso, cuando Homi vino con

aquella idea absurda de que yo le pegase una patada donde quisiese para encenderlo, a Cyrus le gustó tanto que no dejaba de reírse en la sala de proyección privada cuando veíamos por la noche las escenas rodadas aquel día.

»Me dijeron que Walt Disney, en los años sesenta, copió la idea de los hermanos Wadia. Una de sus películas, titulada *Ahí va ese bólido*[36], trataba sobre un coche *inteligente* —Volkswagen Beetle— que conduce por sí solo… Pero bueno, esto nunca se ha demostrado y ha quedado en la leyenda popular. Sin embargo, sí creo que la película de aquel extraterrestre de Spielberg llamado E. T. la sacaron de un guion del director bengalí Satyajit Ray. Por su parte, él copiaba dibujos de los cómics de Tintín para muchos de los encuadres de sus películas de detectives. En fin, que la inspiración muchas veces proviene de fuentes inesperadas o recónditas.

* * *

Los hermanos Wadia dejaron a un lado todas las otras producciones de melodramas y se concentraron a partir de entonces en explotar al máximo la figura de «*Nadia sin miedo*.» Reclutaron para Wadia Movietone tal equipo de profesionales que no había mejores técnicos empleados en ninguna otra productora de cine de la India.

Si una vez fue el caballo el medio de transporte de un personaje de Nadia y también un Rolls-Royce, ¿por qué no podría serlo un tren entero? No había límite en la imaginación de los Wadia. Se lanzaban entre ellos temas y posibles argumentos, para después quedarse callados un momento, como si se hubiesen tragado una píldora y estuvieran esperando sus efectos. Uno contestaba con una idea o una frase y el otro, después de asimilarla y expandirla en su imaginación, llegaba a la conclusión con una sinopsis tan extravagante como creativa.

—Mira, Cyrus… —decía Homi extasiado de entusiasmo —, es una historia de una conspiración. El villano es dueño de una línea de aeroplanos y quiere que los pasajeros dejen de usar el tren como medio de transporte. Por ello, planea una serie de accidentes ferroviarios donde hay muchas víctimas para concienciar a la gente de que viajar en tren es muy peligroso y deben hacerlo en avión, que es más seguro. Nadia interpretará el papel de la hija única de un jefe de estación al que el villano de nuestra historia le ha engañado para que no mueva la palanca de cambio de agujas que modifican el rumbo de los trenes. Tras causar un accidente mortal, el padre del personaje de Nadia es acusado de negligencia y asesinato. La hija, que tiene fe en él, lucha por esclarecer los hechos, además de salvar a inocentes

pasajeros en posteriores intentos de sabotajes. ¿Qué te parece, hermano?

—¡Genial! ¿Y sabes cuál será la atracción de esta película? ¡La lucha de Nadia con los malos encima de los vagones del tren en marcha!

Al día siguiente, cuando le explicaron a Nadia de qué trataría la nueva película, ella se negó en rotundo y les contestó que habían ido ya demasiado lejos, que eran fantasías que solo se podían leer en historias de revistas semanales. Tan reacia se mostraba, por no sentirse capaz de mantenerse en pie sobre el techo de un vagón de tren en marcha, que Cyrus, que ya tenía prevista tal situación, llamó a John Cawas, a Sayani y al grupo de compañeros de Nadia que hacían de actores extras para las escenas de riesgo. Estos, aleccionados el día anterior por Cyrus sobre el modo en que debían de alentar a Nadia, se rieron cómicamente de sus preocupaciones, quitando importancia a aquellas escenas de acción. Nadia, viendo la unánime decisión que tenían todos sus compañeros de rodaje, dijo, con alegría y deportividad:

—Bueno. Pues adelante, probaré una cosa nueva.

La llevaron a ensayar a una estación abandonada a las afueras de Bombay. Cuando llegó el día de rodaje, Nadia estaba tan acostumbrada a la altura de los vagones que no bajaba de allí ni siquiera durante el descanso para almorzar. Tenía que ser John Cawas quien, escalando de nuevo, le subiera la bandeja de la comida para que comiera sentada sobre el techo de un vagón.

* * *

—John Cawas, un hombre con fisonomía hercúlea, siempre fue un muy buen amigo. Siempre estuvo a mi lado, en los buenos y malos momentos. No tuvimos una relación sexual porque nuestro cariño y amor mutuo iba más allá de la satisfacción física. Quizás parezca extraño, pero era así. Creo que incluso Homi estaba celoso de nuestra relación tan estrecha. Tenía el pelo muy negro y rizado, y siempre recuerdo su impresionante físico lleno de músculos por todas partes.

»Contaban que su madre murió siendo él un bebé, por lo que vivía solo con su padre. Una noche este se despertó muy enfermo a altas horas de la madrugada y le dijo:

»—Estoy muy malo, creo que me muero.

»—Pues voy a buscar un médico —dijo John, todavía adolescente.

»—No. Solo hay una cosa que podría sanarme.

»—¿Y qué es?

»—Una sopa de rabo de búfalo —le dijo su padre jadeando.

»John se levantó de la cama, cogió un cuchillo y salió de la casa corriendo. Como aún no había amanecido, no había mucha gente en la calle, por lo que podía hacerlo sin ser visto. Pensando dónde podría haber un búfalo, se acercó a los arroyos, pero no vio ninguno. Comenzó a amanecer y creció su preocupación. Como seguía sin ver búfalos, se le ocurrió la idea de dar a su padre carne de vaca en vez de búfalo, y se dirigió a un templo hindú vecino. Allí, en las inmediaciones, vio a un grupo de vacas tumbadas sobre un estercolero. Se acercó sigilosamente y, ¡zis, zas!, le cortó a una el rabo. John salió corriendo y la vaca resoplando detrás de él.

»Alarmado por los sonoros resoplidos del animal herido, el viejo sacerdote hindú salió del templo corriendo detrás de la vaca y gritando:

»—¡Irás a la cárcel, desgraciado!

»John llegó a su casa, dio un brinco y entró por la ventana de la habitación de su padre. La vaca dio un salto y se metió detrás de él. El gato que tenían dejó de prestar atención al ratón que estaba a punto de atrapar con sus zarpas y, al ver lo que se le venía encima, dio un bufido y desapareció subiendo por la chimenea. Su padre, que estaba haciendo té sobre un fuego de leña, se llevó tal susto que saltó por otra ventana y se subió a un árbol con la agilidad de una ardilla. Sin dejar de correr, John salió por la puerta principal para seguir a su padre a la copa del árbol. La vaca se llevó la puerta por delante haciéndola astillas y se perdió por el horizonte bufando sin parar.

»El sacerdote hindú llegó jadeando con un palo de bambú y, agarrando del pie a John, lo bajó del árbol y le arreó una paliza impresionante. Desde entonces, la comunidad los apartó y, según comentan, el padre se convirtió al cristianismo y bautizó a su hijo con el nombre de John por el apóstol —antes se llamaba Abhinav. Le puso el apellido de Cawas, por una mala pronunciación en plural de vaca en inglés, *cows*.

»Según me comentó un día John, tras su hilarante narración de los hechos, después de la paliza recibida, coció el rabo e hizo una sopa buenísima, como para chuparse los dedos, tanto que su padre sanó, o eso dijo él…

»Y de Sayani, ¿qué voy a decir? Que lo quise siempre. Sayani siempre fue el villano de los villanos y eternamente encasillado como tal. Sabía identificarse con cualquier papel que le asignaran y hasta parecer alto si la estatura formaba parte de la maldad requerida. En toda mi carrera nunca lo vi representar otro papel. Su personalidad distaba por completo de la de los personajes que interpretaba: simpático, callado, afable… Muy delgado y alto, con la frente despejada, siempre llevaba el pelo liso echado hacia atrás, con olor a aceite de coco. Tenía un ojo ligeramente desviado, defecto del que

sacaba ventaja, ya que cuando hablaba con alguien a quien no le gustaba lo atormentaba haciendo parecer que estaba mirando a otra persona o a otra cosa. Cuando alguien hablaba con él por primera vez se mantenía serio y algo cohibido al notar que Sayani era bizco y hacía como que no prestaba atención para evitar una situación embarazosa. Pero Sayani, dándose cuenta de que su interlocutor se sentía intranquilo mirándole a la cara, exageraba descaradamente sus movimientos de ojos para desquiciarlo. Siempre, durante momentos de tensión en los rodajes, hacía tales movimientos de ojos delante de mí que me hacían partirme de risa.

»Según me contó él mismo, aunque yo ya lo había oído de terceras personas, una vez, un productor de Bombay no le quiso pagar cierto dinero tras haber participado en una película que fue un éxito en taquilla. Le pagó solo la mitad y le dijo que el resto se lo reembolsaría en la siguiente producción. Sayani se negó e insistió en querer cobrar toda la cantidad según lo estipulado desde un principio. El productor lo despidió del estudio llamando a los guardias de seguridad.

»Al día siguiente, Sayani ya estaba entrando en una armería, pues quería vengarse de aquel productor.

»—¿Qué quiere usted? —le dijo el dependiente desde detrás del mostrador.

»—Quiero algo que sea capaz de matar a un hombre —dijo Sayani con frialdad.

»—¡Eso es diabólico! Aquí barbaridades, no —contestó el vendedor echándose hacia atrás de un salto—. Señor, esta es una tienda respetable, fundada en 1834 por mi abuelo…

»—Tú eres imbécil. ¿Y a mí qué me importa? —dijo Sayani—. Esto es una armería y aquí se venden pistolas, rifles y demás, ¿para qué sirven si no?

»—Para ir de caza a la jungla y matar a algún animal…

»—Pues yo voy a una cacería urbana y el animal al que quiero dar caza es muy gordo y muy peludo.

»—¿Quiere usted munición para una pistola? —le preguntó el acongojado dependiente.

»—¡Algo más grande! —dijo Sayani tras un gruñido imitando a un tigre.

»—Quizá usted quiera comprar una escopeta que tengo aquí en oferta…

»—No. Necesito algo ¡más grande! —volvió a gruñir.

»—¿Quiere usted un arma? Sea más específico, por favor. ¿Acaso busca munición para un rifle? —preguntó el dependiente cada vez más preocupado.

»—Mmm, ¡no! Quiero algo que le haga astillas, que le difumine, algo terriblemente mortal —bramó Sayani.

»—Veamos… —masculló el vendedor—. Tengo explosivos…, pero, a no ser que vaya a volar un edificio… no creo que le sirvan para dar caza a un animal peludo…

»—¡Pues sí! Quizá me sean de ayuda.

»—Pero… ¡eso es bárbaro!

»—Y dale, ¿otra vez? Sí, soy bárbaro y tan diabólico como los monstruos de la prehistoria en la juventud del planeta.

»Lo que hizo Sayani fue dinamitar la residencia de aquel productor, que salió ileso de entre los escombros. Al que acusaron de aquel «*acto de terrorismo*», como lo describieron los periódicos, fue a nada menos que al rebelde indio Trilok Singh Rathore, que por aquellos días era muy conocido por su lucha violenta por la independencia de la India y al que consideraron el único capaz de manejar explosivos de tal envergadura.

23. «Vamos a ver una película de Nadia», pregonaba la gente

—Durante el rodaje con el tren en marcha, tenía que saltar de vagón en vagón. Aquellas escenas, hoy en día, serían impensables sin un doble profesional reemplazando al actor principal. No éramos conscientes del riesgo que corríamos saltando como lo hicimos por aquel tren a toda velocidad. No había seguridad en absoluto. Era nuestro trabajo. Mi personaje debía saltar de vagón en vagón y luchar con ocho villanos. Pues ahí estaba yo. Si me hubiese tropezado y caído, por supuesto, me habría matado. Y, si no hubiese fallecido rompiéndome la cabeza, pues me hubiese quedado impedida de por vida. Pero lo mismo yo como cualquiera de mis compañeros. Todos corríamos igual peligro.

»Homi alquiló la locomotora del tren a una compañía minera y añadió vagones de pasajeros. Las imágenes que realizamos resultaron tan reales en pantalla que la compañía regional ferroviaria mandó una carta legal a los hermanos Wadia instándoles a eliminar las escenas donde se pudiese ver el logo de la compañía.

»Yo quedé tan maravillada de aquella altura y de la sensación de éxtasis que me producía el saltar de vagón a vagón que me quedaba ahí arriba todo el día; me encantaba saltar entre los vagones. John Cawas me dijo el primer día:

»—Imagínate que estás corriendo por una acera, ha llovido y tienes que saltar charcos de agua para no ensuciarte tus zapatos nuevos de terciopelo.

»Y esta es la actitud que tomaba.

»Hubo una vez, tan solo en una ocasión, en la que pudo haber una tragedia. Sayani, que una vez más interpretaba el malo de la película, dando unos pasos hacia atrás, al girarse, perdió el equilibrio y en el último momento se agarró al borde del techo con todo el cuerpo fuera. Yo fui enseguida en su ayuda, pero John Cawas me agarró de la cintura y me echó para atrás, y fue él quien, cogiéndole de un brazo, lo levantó arrastrándole sobre el techo. Acto seguido, estábamos en nuestras marcas realizando otra vez la misma escena como si nada hubiese pasado.

»Homi iba en un coche de pie, atado con cuerdas junto con el cámara. Iban tan rápido conduciendo en paralelo, al lado del tren, que yo temía más por la seguridad de ellos que por la nuestra. Una vez vi

el coche levantarse como si fuese un barco subiendo la cresta de una ola o, más bien, como una ballena saliendo del agua. En una ocasión dieron con un altiplano que, de la velocidad a la que iban, catapultó al vehículo a una altura impresionante, casi al mismo nivel del techo de los vagones donde nosotros, asombrados, vimos que volaban por los aires. Parecía el mismísimo y mágico Rolls-Royce de mi anterior película volando en realidad. Menos mal que ellos estaban atados con cuerdas al vehículo. Si no, hubiesen salido despedidos. Al tomar tierra, se rompió el chasis del vehículo. Las ruedas, arrancadas por el impacto, rodaron oscilando cuesta abajo y otras se hundieron. Tuvimos que parar el tren, y Homi y el cámara, cambiar de vehículo.

* * *

Los hermanos Wadia supieron utilizar a su favor la desventaja de Nadia en hablar correctamente el indostaní. Por ello, Nadia tenía diálogos muy limitados y concretos, y los personajes que interpretaba estaban en continua acción.

En una última escena, después de haber vencido al villano, tenía que decir un diálogo asomando el torso desde la ventana de la locomotora alzando el puño: «*Y ahora el bien prevalecerá. Mi padre será resarcido del crimen del que falsamente fue acusado, saldrá de la cárcel y construiremos la estación de tren más bella que los pasajeros jamás hayan imaginado*».

En el momento del rodaje se le olvidó por completo el diálogo. En ese estado de aumento de adrenalina, debido al vivo estímulo que le causaba la velocidad, no se le ocurrió otra cosa que gritar prolongadamente: «¡*Heyyyyyyyyy*! ¡*Heyyyyyyyyy*!». Aquella espontánea ocurrencia tuvo como consecuencia que el día del estreno y los posteriores en las salas de cine se oyera a los espectadores repitiendo con excitación lo mismo al término de la proyección. Y en las calles de Bombay los niños jugaban sin dejar de proferir «*heys*» de manera continua, a imitación del personaje de Nadia.

Durante aquellos días era muy común ver una película dos e incluso tres veces a la semana. Había ocasiones en que los padres solo permitían a sus hijos ver una película de Nadia una vez al mes para protegerles de las escenas de acción y peleas.

Los espectadores de sus películas pertenecían generalmente a la clase analfabeta: el indio de a pie, la clase baja obrera y los niños de las escuelas de los barrios más desfavorecidos. Por el contrario, la clase alta colonial tenía una idea despectiva de ese tipo de películas, que consideraban destinadas únicamente para los plebeyos, gente despreciable y sin inteligencia. De hecho, había columnas en revistas

de cine, en idioma inglés, en las que aconsejaban a los dueños de los cinematógrafos no proyectar películas de acción, ya que eso les llenaría la sala de escoria y ahuyentaría a los espectadores más decentes y privilegiados. Incluso, había periódicos que también exageraban noticias. Decían, por ejemplo, que en pueblos enteros del norte de la India sus habitantes masculinos habían acabado en la ruina después de haber estado viendo continuamente una y otra vez aquellas películas baratas.

El negocio del cine era, en verdad, arriesgado y, sobre todo, el que realizaban los hermanos Wadia poniendo todas las manzanas en el mismo cesto: si una producción con Nadia como protagonista fuese un rotundo fracaso en taquilla, todo Wadia Movietone se hundiría. Cyrus y Homi estaban obnubilados con la idea de explotar películas de acción *masala* con Nadia, pero, a la vez, eran muy conscientes del riesgo que corrían. Por ello, supervisaban cada detalle por nimio que fuera, desde la selección de los actores secundarios, los extras, la búsqueda de localizaciones, la obtención de permisos de rodajes en exteriores, la construcción de decorados, el vestuario, la calidad de la comida servida por el *catering* del estudio, los vehículos de transporte para desplazar al equipo hasta determinado lugar, el cumplimiento de los horarios, el número de rollos de celuloide que se utilizaría cada día, los accesorios que se emplearían para las escenas como pistolas, jarrones, el número de puros y cigarrillos que fumarían durante el rodaje los villanos y un largo etcétera.

Además, tenían en la cabeza otros asuntos pendientes, como transferir cierta cantidad al hospital para cuidar de algunos actores lesionados tras una determinada escena de acción de riesgo; la situación del colegio al que asistían los hijos de los empleados del estudio, donde había que sustituir temporalmente a un profesor que había tenido que ausentarse quince días debido al fallecimiento de un familiar en su pueblo y, durante los siguientes días también habría que ver el resultado en la enseñanza del sustituto y de la situación de los jóvenes estudiantes. Incluso, el estado de las plantas en el jardín del estudio y la cantidad de agua utilizada para regar era algo de lo que había que ocuparse.

A pesar de que unas películas funcionaron mejor en taquilla que otras, los Wadia no se arruinaron nunca. «*Vamos a ver una película de los Wadia*» o «*Vamos a ver una película de Nadia*», pregonaba la gente. El anuncio de una nueva producción de los Wadia siempre creaba entusiasmo entre el público. Había familias que no permitían a sus mujeres ir al cine porque había veces que se producían peleas dentro de la sala entre los espectadores. Cuando Nadia aparecía en escena tras una majestuosa acrobacia por primera vez en la película, el efervescente público sentado en las filas de butacas más económicas se

ponía de pie silbaba, bailaba o aplaudía, y los que se encontraban en filas posteriores, cuyas butacas eran algo más caras, cuando los de delante les bloqueaban la vista les gritaban con insultos, lo que acababa con la gente que había pagado menos enfurecida y se organizaba tal batalla campal que la policía tenía que intervenir para desalojar a ambos grupos.

24.
Era como estar en el patio de un colegio jugando todo el día

—El lema de los hermanos Wadia era la disciplina. Sin ella, resultaba imposible acometer una producción cinematográfica. Eran muy serios y capaces de hacer cualquier cosa por sus películas. ¡Hasta lo más inverosímil!

»Después de la proyección, el día del estreno de una de mis películas me sorprendieron tanto unas escenas en las que se veían aviones estrellándose contra el suelo y trenes y coches explotando que me quedé pensando cómo fue posible que en Wadia Movietone, que yo conocía tan bien, hubiesen sido capaces de rodar aquellas escenas tan peligrosas y que habrían costado una fortuna. Pero lo que me llamaba la atención era pensar quién de mis compañeros las habría realizado, porque yo no había visto esos rodajes ni oí a ningún técnico ni a nadie que fuera a participar en ellas.

»Al día siguiente, en el estudio, le pregunté a Homi cómo lo había conseguido. Y antes de decirme cómo, se desternilló tanto de risa que las lágrimas le caían por la cara. Resulta que esas tomas las copiaban, literalmente, de películas americanas y británicas. Para mi asombro, mis compañeros John Cawas y Sayani eran sus cómplices. Ninguno de los dos me había dicho nada al respecto; era el secreto mejor guardado. Como su hermano Cyrus era conocido y podrían reconocerlo si entraba en una sala de cine como mero espectador, Homi era quien iba a uno de los cines del barrio más exclusivo de Bombay junto con John Cawas, disfrazado con barba postiza y turbante. Homi se quedaba sentado en mitad de la sala, mientras que John, como tenían planeado, entraba arriba, en la habitación del proyeccionista. Con su corpulencia y aspecto, había convencido al proyeccionista, aspirante a actor, de que era de un pueblo del interior, y este, apiadándose de él, le dejaba ver películas desde el ventanuco. Al comienzo, John sacaba una botella de alcohol barato y la compartía con aquel empleado mientras quedaba pendiente de la reacción de Homi, sentado abajo frente a la pantalla. El empleado bebía y bebía y no se enteraba de lo que sucedía, ya que acababa borracho. Era el propio John quien, incluso, cambiaba las bobinas. Cuando un avión estaba a punto de caer en picado o explotar, Homi levantaba el brazo y, teatralmente, golpeaba con suavidad el asiento de delante. Era una señal para que John pusiese un papel inmediatamente en el rollo de

celuloide. Al acabar la proyección, John se quedaba un tiempo más bebiendo con el proyeccionista hasta que este se dormía. Acto seguido, cogía los rollos que había marcado y se los llevaba a un coche estacionado cerca del cine y en el que Sayani estaba durmiendo al volante. Se los llevaban a Wadia Movietone, hacían copias de aquellas escenas e, inmediatamente, se llevaban de vuelta los rollos.

»¿Qué es lo que sucedía? Que John muchas veces acababa borracho y era impreciso al poner el papel con exactitud tras la señal de Homi. Al hacer las copias, resulta que hacían más metros de lo debido, lo cual ocasionaba más coste. Cyrus le llamó la atención a Homi y este le explicó lo que sucedía.

»Así pues, cuando un día Cyrus quiso que su hermano *tomara prestadas* escenas de acción de una película que se iba a proyectar en ese cine de barrio del director americano Howard Hawks, esta vez le dijo que dejase a John esperando fuera con el coche y que fuese Sayani quien pusiese los papeles. A la vuelta, devolverían los rollos utilizando un coche más rápido para evitar que el proyeccionista se despertase.

»Homi, John y Sayani se pusieron a pensar en la excusa que este último le diría al proyeccionista sin levantar sospecha alguna después de la *chocante* presencia días anteriores de John Cawas, cuando le dejó borracho para llevarse los rollos de celuloide. Después de una noche argumentando disparatadas ideas, Cyrus se presentó en el despacho por la mañana temprano, fresco y bien acicalado, como siempre. Al verlos dormidos en el sofá, los despertó. Como no obtuvo respuesta, hizo un chasquido con los dedos y dijo:

»—¡Ya lo tengo! Tú, Sayani, te disfrazarás de mujer… Ahora fuera, a descansar, que tenéis que estar frescos esta noche.

»Estando los tres en el coche en frente del cine, Sayani no se atrevía a salir:

»—Esto es indignante, Homi. Yo hago papeles de villano…

»John le recriminaba por quejarse tanto y le daba instrucciones sobre cómo emborrachar al proyeccionista antes de que pudiese mostrarse *fresco*. Homi miraba el reloj con preocupación y trataba de convencerle rápido, porque la película iba a empezar en pocos minutos. Según me comentó Homi, le tuvo que amenazar con hablar con su hermano para no renovarle el contrato si no salía del coche. Al final, salió entre las risas de John sentado al volante y entró en el cine con Homi.

»El proyeccionista era un señor mayor alcohólico que, con solo tomarse varios sorbos, ya estaba borracho. Así, Sayani no tuvo problemas en dejarlo K. O. antes de tiempo. Además, como él sabía cambiar las bobinas del proyector, no tuvo obstáculo alguno.

»Por las noches, bien entrada la madrugada, Cyrus se quedaba

esperando en el laboratorio junto con un empleado experto en crear efectos especiales. Este señor era conocido en Wadia Movietone por el seudónimo de «el Pimpinela». Era maestro en crear maquetas para el rodaje de escenas de diluvios, inundaciones, terremotos… Además, creaba miniaturas para rodajes: junglas, desiertos, playas, maquetas de barcos navegando por el mar y un largo etcétera. Este empleado se encargaba de bajar la calidad y el color a las copias de aquellas escenas de películas americanas y británicas para que el espectador no notase el cambio brusco de calidad de sonido e imagen, aunque fuesen inevitablemente anacrónicas con la historia de la película india.

»Con Sayani prosiguieron *cogiendo prestado* de películas extranjeras las escenas de accidentes, balas rompiendo cristales de ventanas o incrustadas en la pared siendo visibles los orificios, ráfagas con humo de metralletas disparando, coches dando vueltas de campana y diferentes accidentes por carretera o acantilados, grupo de jinetes cabalgando por el horizonte, aviones de guerra, de pasajeros, barcos, etcétera.

»Cyrus veía las películas extranjeras durante su estreno y anotaba en una libreta lo que le llamaba la atención. De este modo, avisaba a Homi sobre ciertas escenas. Al mismo tiempo, Cyrus cavilaba sobre la forma de perfeccionar sus señales para que Sayani pusiese el papel en el lugar exacto y, así, ahorrar metros de celuloide al hacer copias.

»Un día, por la tarde, a unas horas antes de salir a otra de sus incursiones, llamó a los tres.

»—¿Sabes lo que es esto, John? —le preguntó Cyrus señalando hacia un taladrador colocado junto a una caja de herramientas sobre su mesa.

»—Sí, jefe. Es un taladrador.

»—Muy bien, John, y… ¿para qué sirve?

»—Para hacer agujeros, jefe.

»—Muy bien, y… ¿esto qué es, Sayani? —le preguntó Cyrus señalando hacia una campanilla.

»—Es una campanilla, jefe.

»—Muy bien, Sayani. ¡Mirad lo que voy a hacer! Voy a atar este hilo a la campanilla y me voy a alejar —dijo alargando el hilo mientras caminaba a un extremo de la habitación—. Y, ahora, tiro del hilo y hago sonar la campanilla. ¿Lo veis?

»—¡Sí, jefe! —dijeron los dos al unísono.

»—Entonces, lo que vais a hacer es lo siguiente: esta noche, después de la última proyección, cuando hayan cerrado el cine y el proyeccionista se haya quedado completamente dormido, Homi se sienta en una butaca, justo debajo del ventanuco, John entra en la sala de proyección, hace un agujero en el suelo o en la pared, pero en el lugar que tú consideres apropiado para que, desde donde está sentado

Homi, pueda tirar del hilo y tú tengas la campanilla cerca para poder oírla. Así, mañana, en vez de hacer extravagantes gestos con el brazo, Homi, tiras del hilo, y Sayani pondrá exactamente el papel en el lugar preciso de la escena que tú le señales. Pero, claro, ya mañana conviene que estéis unos veinte minutos antes de empezar la proyección, para poneros en vuestros sitios, colocar la campanilla y el hilo; si no, cabría la posibilidad de que el hombre, no estando ebrio, oyera el tintineo de la campanilla. ¿Lo entendéis?

»—¡Wow, jefe! Menuda idea —dijo Sayani.

»—Homi, no te olvides de cuando salen los elefantes en grupo… —comentó Cyrus a su hermano sacando una hoja con anotaciones de su bolsillo—. ¡Esas nos interesan! Y, sobre todo, marca los de un elefante que es una mascota del personaje de Víctor McLaglen cuando este le da de comer… Y estate atento a una escena donde el elefante rompe un muro de la prisión donde se encuentra encarcelado Cary Grant… Aquí tienes apuntadas las escenas que necesitamos cronológicamente según irán saliendo en *Gunga Din*.[37]

»Tras realizar la copia, mezclaban sonidos más familiares a oídos de su propio público: el sonido de las pistolas o fusiles al ser disparados —siempre sonaban igual en una película india—, así como explosiones, el motor de un avión, el ruido de un coche, la lluvia o el galope de los caballos —realizado chocando dos mitades de cocos entre sí. Para el público indio, todos estos detalles pasaban desapercibidos.

»Después del tremendo éxito de *Hunterwali*, los Wadia consideraron que la fórmula del éxito con los espectadores residía en sorprenderles con escenas y efectos especiales cada vez más novedosos. Sin duda, era todo un acierto, ya que la gente en aquella época era muy ignorante y aceptaba cualquier escena por muy inverosímil o anacrónica que fuese con tal de ver al protagonista vencer a la adversidad: «¡*Mirad qué fuerte es! Rompe paredes, estrella coches, habla con los animales*… ¡*No hay hombre que pueda con ella*!», decía la gente reaccionando de modo entusiasta.

* * *

—John Cawas, Sayani y yo formábamos un grupo como el de los tres mosqueteros; todos los días entrenábamos juntos con los actores extras. En unas escenas estos figuraban disfrazados de soldados y yo les arreaba mamporros uno detrás de otro; y en otras, estaban caracterizados como campesinos plebeyos a quienes yo ayudaba. Realizábamos ejercicios todos los días, hubiese o no rodaje. Para Homi, el ser disciplinado era clave para subsistir en la industria del

cine. Así pues, por ejemplo, un día ensayaba con John cómo levantar a los hombres con más comodidad y seguridad para no dañarme la espalda como ponerme de cuclillas, inclinarme y el lugar del hombro en el que debía sostener el peso.

»John había sido culturista profesional y había ganado muchos premios. En aquellos tiempos, disfrutar de un cuerpo como el suyo era un logro notable, principalmente porque los indios no tenían la genética para aumentar masa muscular con tanta facilidad, ni la alimentación adecuada, ni el dinero para costeársela, ya que el alimentarse con comida no vegetariana era un lujo que no todos podían permitirse. ¡Pero en la cantina de Wadia Movietone teníamos para nosotros toda clase de alimentación proteínica! Comíamos a lo largo del día cada uno ¡ocho huevos duros! Entre todos nosotros yo creo que consumíamos unos veinte kilos de pollo diario, con o sin curry, con arroz o con *chapati*.[38] Cuando Homi no encontraba pollo, le mandaba al cocinero a comprar carne de búfalo, y cuando terminábamos de entrenar, cada uno de nosotros se bebía medio litro de leche y se comía dos plátanos. Éramos el equipo de actores más sanos y atléticos de toda la India británica.

»Llegué a ser la primera actriz *india* en trabajar sin un doble que me sustituyese en las escenas de riesgo. Cyrus lo publicitaba mucho y mis fans lo sabían, por lo que no podía defraudarles. Tenía que estar en perfecto estado físico. Había actores famosos que en las entrevistas afirmaban con toda la integridad del mundo a los periodistas que sus escenas de acción las realizaban sin dobles y, después, ante la evidencia en pantalla donde se podía uno dar cuenta de que la persona que realizaba las escenas peligrosas, a quien no se le veía el rostro, tenía la espalda más ancha y ejecutaba movimientos más atléticos, no era tal famoso actor. Este, entonces, rectificaba argumentando algo así: «*Bueno… Tuve un poco de ayuda… Era una escena difícil que solo podía haber sido realizada por un profesional…*».

»Yo me colgaba en lámparas de techo a una altura de veinte metros, nadaba en ríos fangosos, montaba a caballo a galope tendido ¡y saltaba desde el caballo al suelo!, esgrimía, disparaba y un largo etcétera. Mi éxito no solo se debió a estas cualidades, sino también al carisma de mi personaje en la pantalla. No había hombre que me igualase. De hecho, desde que por primera vez levanté sobre mis hombros a Sayani, quien interpretaba siempre al villano, como al público le entusiasmaba ver haciendo esto a una mujer, siempre en todas las películas, por orden de Homi, en un momento u otro tenía que llevar sobre mis espaldas a algún hombre para lanzarlo al suelo.

»Es importante mencionar que en aquellos días cualquier actor podía tener conocimiento de todos los aspectos relacionados con el cine: el entramado de la iluminación en el estudio, las lentes de la

cámara, el cambio de los rollos, los aspectos relacionados con el sonido, la posición para no irse fuera de encuadre, los metros de celuloide sobrantes que quedaban en la cámara, la entonación de los diálogos teniendo en cuenta el lugar de colocación del *boom*…[39] Hoy en día, esto no es así, el actor solo sabe sus diálogos para determinada escena y poco o nada sobre otros aspectos de la realización de una película; no presta atención al trabajo de otros técnicos, espera que le informen y se toma días de vacaciones después de un rodaje.

»Por aquel entonces, el actor que no tenía nada que hacer se ponía a trabajar en cualquier departamento, ya fuese carpintería, electricidad, etc., pero nunca estaba sin hacer nada. Trabajar suponía un disfrute, un placer, y era una pena ver a alguien sin trabajar o saber de alguien que no tenía trabajo. A los técnicos les parecía aburridísimo no hacer nada. Estar en Wadia Movietone era como estar en el patio de un colegio jugando todo el día con amigos y compañeros. Aquel ambiente de gozo, idílico, ¡casi utópico!, se acabó años más tarde tras la independencia. Con los tejemanejes de los líderes de las uniones de trabajadores que surgieron en cada departamento limitando las horas de trabajo de sus asociados y promulgando huelgas; justas pocas veces, amenazantes y violentas la mayoría de ellas.

25.
Tragedia y peligro en exteriores

Un día se fueron a rodar en los interiores de una jungla en la zona de Maharashtra, ya que el guion requería unas escenas en las que los personajes descendían por una cascada, y lo que encontraron fue una auténtica catarata.

Todos los actores estaban asustados, a pesar de que iban atados con cuerdas. Las piedras resbalaban terriblemente debido al húmedo musgo pegado en las rocas, que propiciaba las caídas. El descenso paralelo a la catarata era tan alto que los actores se pasaron todo el día, incluso sin descanso para el almuerzo, atados con cuerdas y con las ropas mojadas intentando descender poco a poco mientras grababan a intervalos con tres cámaras: en la orilla, desde abajo, en el agua sobre una barca y desde arriba.

Por desgracia, un niño que hacía de extra se resbaló y cayó. La muerte del pequeño hizo que el rodaje se paralizase y todo el equipo volviese a Bombay. Mientras duró el viaje de vuelta por carretera, los técnicos empezaron a afirmar que el rodaje estaba gafado y que habría que eliminar en la película esa escena del descenso.

Al llegar a Wadia Movietone, Homi y Cyrus compensaron económicamente a la familia del niño, además de organizar el ritual de la cremación. Los supersticiosos actores extras hablaron con Nadia para que persuadiese a Homi y, así, evitar ir otra vez al sitio del accidente, ya que aseguraban que el lugar traía mala suerte. Sabían que Nadia estaba compenetrada con Homi y confiaban en que ella pudiese interceder por ellos y convencerle.

—¡Supercherías de niños! ¡Por Dios! ¡Ni hablar! —contestó Homi en el despacho ante la petición de Nadia—. Esa escena está en el guion y esa escena se graba.

—¡Paparruchas! —sentenció Cyrus—. Agradecemos tu preocupación y consideración por tus compañeros, pero ¡el guion no se toca!

Sin embargo, a pesar de convocar de nuevo a todos los actores extras en aquella localización, por el camino, Homi hizo ligeros cambios en el guion: en vez de ser los personajes secundarios quienes acompañaran a Nadia en determinado sitio, sería solo ella quien bajase por la catarata y los demás la esperarían abajo, dando a entender al espectador que ellos habían descendido antes que la protagonista. Pero no informó a nadie de sus cambios de planes, excepto al director de fotografía y a su ayudante.

* * *

—Estábamos todos ahí en la orilla tomando té. Acababa de amanecer. Hacía una hora que habíamos llegado al lugar y el ayudante de Homi nos había informado de que nos quedásemos esperando hasta nueva orden y que, mientras, debíamos desayunar.

»Sentados en círculo en la hierba mientras charlábamos de cosas incongruentes y sorbíamos nuestro té calentito, oímos un lejano «¡Acción!». Sayani, señalando a lo alto de la catarata, dijo:

»—¡Pero si es Nadia!

»John Cawas, que estaba junto a mí, se levantó y dijo que era mi fantasma y demás parafernalias supersticiosas. El jefe de *catering* tiró al suelo la mesa donde estaba preparando el desayuno… En fin, hubo un gran revuelo. Incrédulos, todos nos quedamos mirando hacia arriba y vimos aquella figura que se lanzada desde lo alto hasta abajo de la catarata.

»—¡Es un maniquí! —dijo un extra.

»—¡No, es un espíritu fantasmal! —dijo otro gritando.

»Al cabo de un rato, saliendo del agua en dirección a nosotros se aproximaba la figura a imagen y semejanza de mi personaje, ante el miedo y sopor de todo el equipo que se echaba hacia atrás. ¿Quién era? Homi disfrazado de mi personaje con una peluca rubia y unos pechos más grandes que los míos hechos de cartón, que, llenos de agua, le llegaban a la cintura y le daban un aspecto grotesco. Me caí al suelo de la risa. Él se quitó todo el disfraz y se tiró semidesnudo al suelo riéndose conmigo a lágrima viva.

»Acto seguido, nos mandó a todos de vuelta al estudio. Lo que Homi pretendió fue darnos una lección: llevaría a cabo todo lo que se propusiese aún con supercherías o mal de ojo. Él quería dar una imagen de profesionalidad a todo el equipo, quería que pensasen que estaban en buenas manos, que estaban en un barco llamado Wadia Movietone cuyo capitán no se amedrentaba por nada y sabía salir de cualquier situación, por anómala que fuera, y así proteger a su tripulación.

»Desde luego, la pérdida de aquel niño adolescente durante el rodaje nos entristeció muchísimo. Los hermanos Wadia donaron una gran cantidad de dinero a la familia. Incluso, abrieron dos cuentas bancarias, una para los padres y otra para la hija que tenían. Homi se encargó de que el dinero de la niña no se tocara hasta su matrimonio. Años más tarde, es más, ambos hermanos asistieron a la boda y regalaron a la pareja una casa. Ellos nunca se olvidaban de compensar, ayudar o gratificar a un empleado o a sus familiares. Para

ellos, sus empleados —fuesen de cualquier departamento, posición o religión— constituían la base en la que se sustentaba Wadia Movietone. Este comportamiento difiere mucho del de los productores de hoy en día. Si un empleado se rompe un brazo, pierde una pierna debido a un accidente o está mayor para poder seguir haciendo cierto trabajo físico, se va a la calle y se le reemplaza por otra persona, a quien se le paga lo mismo o incluso más.

»Durante los rodajes, los accidentes eran continuos, formaban parte del oficio. Yo aprendí a conducir en un viejo coche Morris desvencijado que tenían en el estudio. De este modo, cuando conducía el Rolls-Royce para mis películas, tenía que tener cuidado porque tanto el freno como el acelerador eran más suaves que los del duro Morris, en el que tenía que poner toda la fuerza al presionar los pedales con el pie.

»Los primeros días, para hacer prácticas con el Morris, me levantaba a las cuatro de la mañana para no encontrar tráfico en las carreteras. Homi me acompañaba y, sentado en el asiento de copiloto, me daba instrucciones. Pero a mí me resultaba dificilísimo obligar a cada mano y a cada pie a que procediesen con independencia, y parecía como si estuviese haciendo juegos malabares. Aquel coche era durísimo… Para mover el volante, tenía que mover con fuerza la espalda. Una vez me subí a la acera e, incapaz de controlar la velocidad del coche, casi paso por encima de un *pandit* hindú que iba con su cacharrito de agua sagrada camino de su templo.

»—¡Asesina! —me gritó.

»Pisaba aquí y allá de forma alocada, me encogía y sacaba el brazo haciendo señales a la gente despreocupada y somnolienta que pasaba a esas horas por la calle para que se apartasen de nuestro camino. En más de una ocasión, Homi me lanzaba gritos, pero conseguí dominar la situación, y una semana después ya sabía conducir como si lo hubiese estado haciendo desde la adolescencia.

»Un día en el estudio, Cyrus me dijo:

»—Nadia, eres nuestra actriz principal, y no podemos tolerar ningún accidente que puedas provocar en la calle. De modo que, si alguna vez atropellases a alguien, ¡Dios quiera que no!, a la policía siempre tendrías que ofrecerle la siguiente tesis: que fue tal persona quien te atropelló. Sí, no te rías. Que fue esa persona quien se tiró encima de ti. Te creerán, sin duda, ¿me entiendes? Muy bien. Siempre habrá alguna excusa que justifique tal motivo de suicidio; su vida personal era un desastre, perdió todo su dinero en el juego… Lo que sea.

»Durante aquellos días, sucedió un hecho que conmovió a la opinión pública de Bombay. Un director de cine muy conocido, llamado Hariharan, iba de camino a su estudio detrás del volante a

una velocidad extrema cuando, de repente, golpeó por la parte de detrás a una bicicleta montada por un niño. Tras el impacto, el niño salió despedido y, al caer de cabeza contra el suelo, el impacto fue tan brutal que lo mató al instante. Aquel director quiso darse a la fuga, pero los habitantes de aquel barrio acordonaron la calle e impidieron que se escapase. Cuando iba a ser linchado, llegó la policía a rescatarlo y con sus palos dispersaron con violencia al gentío. El caso ni se llevó a juicio. El director, que tenía sus contactos y era conocido entre personas influyentes de la administración británica, argumentó que la culpa había sido del muchacho por montar una bicicleta grande para adultos e, incluso, penalizaron a la familia por haber permitido al niño salir así a la calle. Creo que, al final, mandaron al padre a prisión. De hecho, Nehru quiso intervenir ante tal injusticia y criticó públicamente aquella decisión por racista e inhumana. Sin embargo, nunca se celebró un juicio ni aquel director de cine fue castigado.

»Es más, yo en una película casi tuve un accidente mortal. Si no me maté fue gracias a que Homi, por precaución, le había dicho al mecánico del estudio que quitase todos los cristales delanteros del Rolls-Royce. Tenía que conducir por el campo. En un determinado lugar, Sayani se encontraba con su grupo de villanos detrás de un arbusto y habían puesto un tronco en medio del camino. Este tronco era de cartón y, más adelante, había un gran árbol sobre el cual habían atado con cuerdas una cámara. Ahí estaba también colgado un ayudante del director de fotografía. Cuando fui a frenar, lo hice demasiado tarde y, debido a la gravilla que había en el suelo, el coche patinó. Pasé por encima de aquel tronco, me choqué con el árbol y salí despedida por encima del parabrisas para acabar abrazando el capó bruñido del automóvil. De inmediato, el empleado sujeto con la cámara cayó del árbol como si fuera un pájaro abatido por un disparo en una cacería. Me acuerdo de que Homi salió corriendo horrorizado. Cuando llegó a mi lado, al verme quieta como un poste, se puso blanco, luego verde y, al final, amarillo. Su cuerpo entero temblaba y los dientes le castañeteaban:

»—¡Nadia! ¡Nadia!

»Yo seguía postrada boca abajo sobre la parte delantera del coche con los brazos abiertos abrazándolo.

»—¿Estás bien? ¿Te has roto algo? —me preguntaba el muy gracioso…

Podía haberme roto cualquier hueso de mi cuerpo por pequeño que fuese, y ahí estaba Homi preguntándome que si me había roto *algo*.

»—Sí, creo que sí —le contesté simulando estar herida—. Creo que me he roto el sujetador. —Y empecé a reírme de la cara de susto que tenía.

»Una de las muchas cosas que aprendí de madame Astrova fue la

de superar el miedo. A partir de entonces, con permiso del anonadado Homi, siempre conducía yo sola el Rolls-Royce de vuelta al estudio para familiarizarme con el uso de los pedales. Ahora que lo pienso, qué original hubiera sido bautizar a aquel coche como Faetón, en honor al hijo del Sol que, en la mitología griega, conducía el carro de su padre.

26.
Pioneros del marketing publicitario

Los parsis[40] tenían fama de ser hombres de negocios. Hubo quien, aprovechando que los británicos y otros extranjeros no frecuentaban ciertos barrios de Bombay donde vivía mucha población inmigrante india, decidieron construir teatros para un público autóctono, como el Royal Road Theatre, dedicado fundamentalmente a espectadores que no eran ajenos a la cultura folclórica parsi. Ellos fueron los pioneros del mundo del entretenimiento en la India, importando tecnología moderna de Inglaterra para iluminar o mejorar sus escenarios para las actuaciones teatrales que no eran en inglés sino en idioma indostaní.

Los actores locales aficionados se convirtieron en profesionales debido a la demanda del público por el entretenimiento y tras la expansión de teatros por otras ciudades. Muchas veces, elementos europeos con historias tradicionales indias se mezclaban en las representaciones, pero siempre con la finalidad de satisfacer el gusto del público por el escapismo con historias en las que no se requería que el espectador tuviese una educación intelectual o un previo conocimiento para comprender de qué trataban.

Los Wadia supieron recoger los principios del cuentacuentos de tradición parsi y adaptarlos a historias para la gran pantalla. Los personajes interpretados por Nadia eran deudores de ese estilo de narración. Reunían todos esos elementos, como, por ejemplo, cuando en un doble papel interpretó a gemelas, una de ellas era una joven mujer perdida en la inmundicia de la sociedad como empleada en un burdel, según la mentalidad de la época, y otra encarnaba la pureza sofisticada y de familia de clase alta. Durante el proceso de la historia, los papeles de ambas se intercambian con el fin de crear inquietud en el espectador sobre cómo se comportaría una en el papel de la otra. En otra película, Nadia interpreta a una niña de religión hindú criada por una familia musulmana. En otra es una bebé raptada por los gitanos, criada por ellos y que se convierte en una gitana más para, después, descubrir su pasado. Si en su primera película fue una princesa que luchaba enmascarada para defender a los pobres, pero escondiendo su verdadera identidad, en otra posterior, explotando sus habilidades físicas, interpretaba a la directora de una escuela de deporte que canta mientras da clases de baile a sus alumnas vestidas de marineros, y, mezclando el cabaret y bailes europeos con movimientos gimnásticos a la vez, sujeta un bate de béisbol.

Desde pequeños, tanto Cyrus como Homi habían sido asiduos a los

teatros de barrio donde se representaban historias tradicionales con los más variados efectos para atrapar la atención del espectador. Por ejemplo, espadas que expulsaban chispas de fuego al ponerse el actor cables dentro de su disfraz o causando explosiones pirotécnicas en el escenario para mantener la sorpresa al público. Cuanto más ruidosa, ensordecedora y magnánima fuese la obra teatral, mayor era el magnetismo del público en la sala.

Un hecho curioso se daba en que, en un inicio, el papel de las mujeres en las representaciones teatrales era interpretado por hombres travestidos. Por eso, años más tarde, al público le resultaba aceptable ver en el cine a Nadia vestida con pantalones masculinos entrando en un bar a beber o en un prostíbulo. Ni armaban jaleos ni los grupos religiosos más radicales organizaban sonoras protestas, ni quemaban el cine o destrozaban las butacas… Lo aceptaban, por considerar el cambio de identidad como parte del elemento de la tradición teatral al contar historias.

Cuando surgió el cine sonoro, muchos dueños de estos teatros de barrio invirtieron su capital remodelando sus instalaciones de cara al negocio del cinematógrafo. Maestros del *marketing* y otros expertos ponían a un empleado todo el día fuera del cine para narrar a los transeúntes aspectos relevantes de la película y así despertar su interés y entusiasmo con el fin de que compraran entradas. Aquel boca a boca resultaba muy efectivo.

Los hermanos Wadia, que no eran ajenos a este tipo de *marketing* publicitario, también pusieron a sus empleados a las puertas de los cines de la ciudad para incitar al público a ver sus películas. También fueron los primeros en realizar tráileres de sus películas. Además, estaban interesados en la promoción impresa a través de folletos con coloridos dibujos artísticos junto con fotografías y con eslóganes de los personajes que representaba Nadia, como: «*Yo, Indira, la todopoderosa princesa del país de Ramnagar. Entre otras cosas, salvaré a los niños huérfanos de las garras del villano Durjan*».

Ellos eran conscientes de que el público no esperaba ser adoctrinado. Por esa razón, los intentos políticos de influir en las masas por ese medio fracasaron. A pesar de que Cyrus era miembro del partido del Congreso y apoyaba la independencia de la India, cuando los británicos iniciaron la creación de un consejo de asesoramiento de películas y le propusieron ser el director de esa institución, él, siempre queriendo hacer cosas nuevas e innovadoras, aceptó de inmediato. Este consejo estaba encargado de asesorar sobre las películas extranjeras que deberían ser distribuidas en la India y la creación de documentales de breve duración sobre acontecimientos políticos para exhibirlos en los cines antes de las proyecciones.

Todo lo que fuesen críticas directas hacia la presencia británica en

la India o propaganda que causase incitación o en la que se publicitase la independencia se censuraba. Aun así, la administración británica dejaba las riendas sueltas a los productores indios para expandir su imaginación en la transformación de problemas contemporáneos con temas mitológicos o narraciones de historias irreales que incorporaran indirectamente propaganda nacionalista con subterfugios. De este modo, en escenas de una película basada en la India del siglo XVII durante el imperio mogol,[41] sin conexión narrativa alguna, podía aparecer colgado en la pared de una habitación el retrato de Gandhi, lo que provocaba que el público vitorease con estruendosos aplausos la escena.

En películas de Nadia, Cyrus y Homi incorporaban diálogos o situaciones pronacionalistas. Por ejemplo, un personaje camina por la calle. Lleva un sombrero típico colonial británico sobre su cabeza; se queja de un perro que no deja de ladrarle y el dueño del perro le contesta: «*Solo si te quitas el sombrero dejará de ladrarte*».

Pronto, sus películas también fueron pioneras en cuanto a estos mensajes subliminales que el público reconocía con facilidad y, aunque la historia fuese totalmente irreal, el espectador se sentía identificado en el contexto.

Otro elemento común en todas las películas de los hermanos Wadia hasta entonces era el uso del mismo grupo de reparto y personajes: Nadia, la heroína, versátil en sus proezas acrobáticas; John Cawas, el asistente de la heroína; Sayani, el villano. Y siempre el mismo grupo de actores extras al servicio del malo y una comunidad compuesta de niños, campesinos, trabajadores manuales, amas de casa… Todos viviendo en un mundo inexistente y anacrónico. Por ejemplo, un reino ancestral de la India cuyo rey se desplaza en coche a su palacio y puede hacer uso de algo tan moderno como un teléfono fijo en su habitación. Incluso, la decoración de los salones parecía sacada de una revista contemporánea de moda parisina, por más que la historia estuviera basada en la India del siglo XVIII.

Todos estos personajes se aglutinaban alrededor del personaje principal de Nadia, creando una estructura recurrente en todas las películas, en las que solo variaban las peripecias acrobáticas, el entorno y las escenas de acción de riesgo.

Gracias a ese mundo anacrónico en el que se basaban sus películas, Wadia Movietone nunca tuvo problema alguno con la censura británica. Aunque pareciese artificioso e incluso infantil, todo estaba minuciosamente preparado y calculado para que el público indio pudiese percibir sutilmente y entender *aquella propaganda nacionalista*.

Uno de los claros ejemplos fue *La reina del diamante* (1940).

En esa película Nadia interpreta a una joven que acaba de terminar sus estudios en un colegio en Bombay y vuelve a su pueblo natal en el

interior de la India. La economía de esta región depende principalmente de la extracción de piedras preciosas, en concreto, diamantes. En el Hotel Diamante se celebra una reunión entre los habitantes para pedir el fin de la explotación a los trabajadores, libertad para todos y, sobre todo, educación para erradicar el analfabetismo, porque, como dicen, solo el 8 por ciento de la población sabe leer y escribir. El villano, Sayani, ordena que toquen música y comience el baile para así acabar con esas manifestaciones. Pero Nadia, que había aparecido montando en bicicleta por el pueblo, bate a todos *los malos* con ayuda de un atractivo y fuerte hombre llamado Diler, interpretado por John Cawas. La gente del pueblo advierte a Nadia que no se fíe de Diler porque tiene fama de ladrón. Tan pronto como termina la pelea, Diler desaparece llevándose consigo la bicicleta de Nadia. El maharajá del territorio se alía con el villano y ordena la muerte de Nadia porque es peligrosa para sus intereses en la extracción de diamantes. Los villanos intentan varias veces, aunque de forma infructuosa, matar a Nadia, que lucha con la ayuda de Diler, una especie de Robin Hood apareciendo y desapareciendo en pantalla. Al final, Nadia da a entender al príncipe del territorio las injusticias que se cometen con sus súbditos y este promete restaurar la ley ordenando el arresto de los villanos. Pero el maharajá intenta huir en una carroza conducida a toda velocidad. De inmediato, Nadia atléticamente sale corriendo y, agarrándose a ella, la va frenando mientras sus talones echan chispas de fuego. El maharajá, al final, es apresado, Diler es resarcido públicamente —se reconoce su labor en la lucha por el bien de los habitantes del territorio—, y Nadia le dice que algún día se casará con él.

Esta película fue un éxito rotundo y volvió a encumbrar a los hermanos Wadia como expertos en películas de acción.

Para el año 1939, los Wadia habían producido unos cinco éxitos de taquilla con Nadia. Wadia Movietone se había convertido en el estudio número uno de Bombay empleando a más de seiscientas personas. Habían creado un mundo alrededor de Nadia, y sus películas se podían ver proyectadas en cines de Beirut a Atenas, de Nairobi a Ciudad del Cabo.

Pero en la India los periódicos acusaban a los hermanos de ensalzar la violencia y la gente de la clase elitista despreciaba el triunfo de Nadia como actriz, no reconocía su mérito y argumentaba que sus actuaciones eran meros pastiches comerciales para alegrar a las clases más bajas de la sociedad india.

La popularidad de Nadia fue tal que, tras el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, durante la contienda, los soldados indios veían en Europa películas de Nadia en copias de 16 milímetros. Pero el lema «*Libres de tiranías*» que se percibía en los argumentos de las

historias llegó a ser percibido por los británicos como subversivo y negativo para las tropas indias que luchaban junto con los británicos para liberar a Europa de la tiranía hitleriana.

En un primer momento, la administración británica paralizó el envío de esas copias, pero el consejo de administración de películas en el que colaboraba Cyrus, al no detectar problema alguno directo pronacionalista, las dejó pasar de nuevo para mayor deleite de los soldados.

Para la mayoría de los indios, la guerra en Europa representaba una exótica aventura. Hitler había mencionado vehementemente en su *Mein Kampf*[42] la raza aria india e, incluso, había cambiado el orden de la esvástica hindú para hacerla símbolo del nazismo. Hasta el momento en que Hitler atacó la Unión Soviética, los indios no percibieron peligro alguno. Pocos pudieron imaginarse las consecuencias negativas de la Segunda Guerra Mundial con la expansión de la hambruna y la guerra en Birmania[43] amenazando la inestabilidad en la India.

27.
El precio de la fama

—¿Cuándo descubriste tu popularidad? Es decir, ¿tuviste alguna experiencia cara a cara con la gente de a pie por la cual llegaste a pensar que eras reconocida como una estrella?

—Pues, si te digo la verdad, me di cuenta fuera de Bombay. Iba del estudio a casa y de ahí vuelta al estudio otra vez. Wadia Movietone era como un segundo hogar, un lugar de trabajo y, al mismo tiempo, de entrenamiento y de divertimiento. Algunos fines de semana yo salía fuera de la ciudad a algún *resort* u hotel en las montañas para escapar del calor húmedo. Y como mis personajes en pantalla llevan tanto maquillaje, vestuario y antifaces, pues la mayoría de las veces pasaba desapercibida en la calle.

»Sin embargo, fue durante un incidente durante una estancia en Calcuta en el que descubrí las verdaderas dimensiones de mi popularidad de entonces. Habíamos rodado unas escenas a las afueras de la región de Bengala. John y yo decidimos ir a Calcuta a presenciar el último día de la festividad Durga Pooja.[44] Fuimos cerca del río para ver cómo sumergían las estatuas de la diosa Durga.[45] El lugar estaba a rebosar de gente de todas partes de la ciudad y regiones de la India. Por entonces, solo había algunos altavoces en las esquinas —hoy en día muchísimos más— con sonido ratonero desprendiendo interminables cánticos en bengalí. Pronto cayó una lluvia torrencial, lo que no impidió que terminasen de formalizar el ritual dedicado a aquella divinidad.

»John cogió un taxi y nos fuimos directos a la estación de tren, ya que teníamos que irnos a una ciudad más al norte, llamada Siliguri. Una vez allí, teníamos que coger el autobús para Darjeeling, donde nos esperaba Homi y el resto del equipo.

»Cuando nos apeamos del coche al llegar a la estación, noté que, tras pagar al taxista y dejarlo atrás estacionado, el conductor se quedó hablando con gente de su gremio. No le di importancia, pero, una vez en nuestro vagón, ya con el tren en marcha, pudimos escuchar a una multitud desordenada:

»—¿Dónde está? ¿Dónde está?

»Enseguida, John, dándoselas de conocedor de las costumbres de la India más profunda, ya que su madre procedía de esta región, empezó a explicarme sobre cómo los bengalíes son alborotadores al hablar y me contó un par de chistes. Nos reímos los dos sin parar. Pero pronto nos sobresaltamos al oír en el pasillo:

»—¿Dónde está Nadia? Exigimos verla. ¿Dónde se esconde?

»—¡Aquí! —dijo John saliendo al pasillo.

»Entonces una turbamulta entró en nuestro compartimento y se me quedaron mirando como si fuese la mismísima diosa Durga que habíamos visto horas antes sumergirse en las aguas sagradas.

»Yo, que estaba poco acostumbrada a estas manifestaciones, observé todo aquello sin llegar a creérmelo. Pararon el tren y exigieron a John que me llevase al pueblo vecino, ya que querían que yo lo bendijese con mi presencia. En aquel largo tren habría como quinientas personas o más, una multitud enorme. Claro, inmediatamente se corrió la voz de que el actor John Cawas y Nadia viajaban de pasajeros de incógnito. Cuando el tren paró, todos bajaron y se subieron, incluso, encima de nuestro vagón para vernos.

»El tren, por orden de aquel grupo enfervorizado, paró justo entre dos estaciones; estábamos allí en medio de una jungla. Cuando salimos del vagón, la multitud, enardecida, rugía por todas partes.

»El anciano *panchayat*, que es como se denomina el líder de un pueblo, apareció de entre la multitud con su séquito y la gente le dio paso. Tras intercambiar unas palabras de cortesía y llenas de admiración hacia John y hacia mí, nos pusieron guirnaldas de flores perfumadas y de colores vibrantes. Después de tocar varios hombres los pies de John en señal de respeto, el anciano nos pidió que le siguiésemos. Hicimos lo que nos ordenó para no infamarlo. A mí no me hablaban, por respeto y tradición, ya que a las mujeres los hombres no les dirigían la palabra cara a cara. Di mil gracias a Dios por haber sido acompañada en aquel viaje por John, ya que por su musculatura y la fama que tenía entre el público como actor forzudo comandaba con su presencia respeto, seguridad y no menos que autoridad. Si me hubiesen acompañado Homi o, incluso, Sayani, habríamos acabado literalmente aplastados.

»John me dijo que no me separara de él y no me soltara de su brazo. Cruzamos las vías y nos dispusimos a seguir al *panchayat* ante las miradas llenas de admiración y sorpresa de aquellos cientos de personas. Al llegar al pueblo, que estaba tan solo a escasos metros, me sentí tremendamente abrumada. Vinieron corriendo a mí niños que me cogían de la mano y me tocaban la ropa; a muchos tuve que levantarles, ya que se postraban a mis pies y me impedían seguir. John increpaba al *panchayat* para que se diese prisa, ya que teníamos que llegar a tiempo a nuestro destino. Nos dirigimos hacia la casa del jefe del pueblo, donde nos ofrecieron bandejas de dulces y té. Por educación, nos lo bebimos y probamos bocado. Mientras, la multitud nos rodeaba y nos miraba como si hubiésemos caído del cielo. Se me acercaron mujeres y me pidieron que les dejase tocar mi pelo rubio. Me deshice el moño que llevaba y dejé mi pelo suelto ante un

tremendo «¡*oooh*!», como si se hubiesen abierto las puertas del cielo.

»Cuando la mujer del *panchayat* me pidió que le diese un mechón, John tuvo que refrenar el entusiasmo de las mujeres explicándole al jefe del pueblo que entendiese que en la película que teníamos que rodar mi cabello no podía parecer más corto. El viejo señor pretendiendo que lo entendía y mostrando seriedad le dijo con autoridad manifiesta a su mujer que nada de cortarme el pelo.

»Nos llevaron de inmediato al templo del pueblo y ahí el sacerdote hindú realizó un breve ritual religioso y me pidieron que echase flores sobre la estatua de Durga y que sobre su frente pusiese con mi dedo pulgar una pintura roja llamada *tilak*. De ahí fuimos por fin de vuelta al tren. ¡Tremendo espectáculo!

»Cuando me senté en el vagón con el gesto congestionado, seguía intentando exhibir mi ya rota sonrisa en el rostro. Al momento de ponernos en marcha, avanzando a trancas y barrancas, aquellos cientos de personas corrían en paralelo a las vías gritando nuestros nombres con vivas y vítores. El sudor me empapaba la ropa no solo por el bochorno de la tarde, que ya se oscurecía, sino por la angustia de aquella experiencia, agitando la mano a través de la ventanilla saludé a aquella multitud. Cuando John terminó de dispersar a las personas fuera de nuestro departamento y cerró la puerta, me dijo echando un largo suspiro:

»—¡Ufff! Este es el precio de la fama, Nadia.

»Un rescoldo de razón me advertía de que era una locura seguir aquel viaje, pero no teníamos ninguna otra alternativa que seguir en aquel tren hasta completar el trayecto. Yo no estaba acostumbrada a esas manifestaciones: me abrumaban, me hacían sentir mal. Cuando llegamos a la siguiente estación, la gente se aglutinaba en el andén y por las inmediaciones. Entonces pude darme cuenta de la enorme popularidad de mis películas. La voz corrió entre los poblados y estaciones del recorrido ferroviario, y la policía tuvo que subirse al tren para que no lo saboteasen, ya que querían pararlo antes de llegar a nuestro destino, para hacer lo mismo que hizo aquel *panchayat*, llevarme a sus pueblos para que, con mi presencia, les bendijese dándoles suerte, bienestar, riqueza, salud y buen clima para la producción del campo.

»Cuando llegamos a la ciudad de Siliguri, estaba esperándonos Homi, a quien sin duda alguna le había llegado la noticia de lo sucedido. Nos escoltaron hasta un camión militar. Una vez dentro y puesto en marcha, los soldados británicos nos custodiaron hasta la casa del administrador británico de la zona. Tras disolverse la marabunta de gente, pudimos emprender el viaje a Darjeeling y terminar cuanto antes el rodaje de las escenas para enseguida volver a Bombay.

»En ningún viaje de los que haría con posterioridad me encontré en tal situación de miedo y angustia, en la cuerda floja entre los vivos y el abismo de la muerte. La idolatría con la que veneraban mi figura podría llevar a una multitud como aquella, en mitad de la jungla, a límites insospechados.

»Homi estaba enfadadísimo, echaba chispas. Se encontraba pálido en aquel andén. Tenía grabado en el rostro el miedo de que algo hubiese podido ocurrir. Dijo que nunca más me permitiría ir de tal forma a visitar ningún sitio ni hacer turismo por mi cuenta sin la debida precaución. Según el funcionario británico que dispuso para nuestra protección aquel contingente de soldados armados, ninguna persona, y menos una mujer, había puesto a prueba la seguridad y estabilidad de aquella región como yo lo había hecho tan solo con mi presencia. Para él era un alivio que nos marcháramos cuanto antes, y de ahí su diligente ayuda y su precaución para evitar cualquier inconveniente que pudiese manchar su carrera.

28.
La familia Wadia no acepta a Nadia

Desde los tiempos cálidos en el Edén hasta los actuales, el mundo del varón toma siempre un mismo camino invariable —aquel que conduce al amor—, que también tomó Homi. No había hablado con ella del asunto, no había pronunciado palabra alguna o realizado gesto que diera a entender que estaba enamorado. Pero al igual que en una película india melodramática, por convenciones sociales, casta o religión, aunque el amor estuviese uniendo a un hombre y a una mujer, estos no podían contraer matrimonio.

Homi, como supervisor constante durante los rodajes de las películas protagonizadas por Nadia, había compartido con ella momentos de alegría, miedo, satisfacción, coraje, aventuras reales en localizaciones; habían comido juntos, pasado mucho tiempo conversando entre tomas y viajes. Todo eso causó que creciera en ellos un sentimiento de aprecio que poco a poco terminó en afecto mutuo.

La madre de los hermanos Wadia, llamada Dhunmai, se negó en rotundo, desde el principio, a la relación de Homi con Nadia. Para ella Nadia era una extranjera, una católica, una actriz, una *blanca*, y, sobre todo, circulaban rumores acerca de un hijo nacido fuera del matrimonio, una situación que resultaba inconcebible que la jerarca de la familia aceptase. De ese modo, Homi no tuvo otra alternativa que mantener su romance con Nadia en privado.

Cuando la relación entre ambos se hizo pública, familiares de los Wadia, con intención de que Homi no llegase a más con la actriz, le presentaron a Homi una posible candidata con la que contraer matrimonio.

La chica era muy guapa, femenina y de religión parsi. Homi se prendó de ella al instante y, en un principio, estuvo dispuesto a contraer matrimonio. La madre y sus familiares no perdieron oportunidad para que Homi estuviese el mayor tiempo posible junto a la joven, llamada Homai. Toda la familia y parientes cercanos organizaban excursiones a la playa los fines de semana y visitas a lugares turísticos a las afueras de Bombay.

Durante estas escapadas familiares en grupo, tanto la madre como las primas dejaban escapar indirectas, cuando salía el tema del cine, sobre que Nadia posiblemente estaría disfrutando aquel día en brazos de algún marinero, y no dejaban pasar ocasión para que algún miembro sacase a relucir que las mujeres de aquella época querían ser actrices para obtener dinero lo más rápido posible y relacionarse con

muchos y diferentes hombres.

Homi, de carácter callado y algo sumiso entre los miembros familiares, y especialmente ante su madre, se callaba, nunca replicaba y tomaba aquellos comentarios como meras ocurrencias y no como un insulto personal. Sin embargo, al conocer que la joven Homai, idolatrada por su propia madre como la esposa perfecta, también hacía comentarios irrespetuosos sobre Nadia al igual que los demás, acabó defraudado y evitó las siguientes reuniones familiares.

* * *

—Bobby era ya un adolescente y, desde luego, que se me viese en público con él habría causado un escándalo capaz de arruinar completamente no solo mi carrera como actriz sino a Wadia Movietone como productora y dañar personalmente a los hermanos Wadia y a todos mis amigos actores. Yo era consciente de ello. Mi vida no había sido nada fácil; siempre me había sostenido por mí misma y, en ese momento, quería asentarme y crear una familia.

»La familia de Homi no me aceptaba. No me invitaban nunca a comer o pasar el fin de semana fuera, como solían hacer de vez en cuando entre ellos. Una vez estaba paseando por la playa con Bobby y mi madre y tuve que decirles que me encontraba mareada y que se diesen prisa en recoger, porque nos íbamos, ya que pude ver a Homi caminando del brazo de su madre entre un grupo de personas con sombrillas y cestas de picnic. Aquel día me avergoncé por tener que esconderme.

»Cuando Homi y yo íbamos juntos al cine a ver una película, teníamos que entrar cuando ya había empezado para que nadie notase nuestra presencia, y cuando cenábamos en el Hotel Taj Mahal, nos veíamos obligados a hacerlo encerrados entre cuatro paredes en una habitación privada y no en el restaurante como los demás clientes, como personas normales. En más de una ocasión le planteé a Homi que su familia tendría que aceptarme, pero llegó lo inevitable: Dhunmai, la madre de los Wadia, hizo que Cyrus contrajera matrimonio con una chica parsi a su gusto, ya que temía que el hijo mayor se desbocase como, según pensaban ellos, le había sucedido a Homi al relacionarse conmigo.

»La esposa de Cyrus se llamaba Hilla Patel. A ella le gustaba todo lo que estuviese relacionado con Francia y, en concreto, todo lo que estuviese de moda en París. De hecho, recuerdo que admiraba muchísimo a la escritora francesa Colette.

»Yo, por supuesto, no fui invitada a la boda ni a los días de la celebración. Tras el matrimonio, Hilla visitaba el estudio con

asiduidad. Primero, asistía callada a los rodajes, pero pronto empezó a dar consejos y a participar en todas las reuniones para definir las nuevas tramas de futuras producciones. Se metió de lleno en el departamento de vestuario, aconsejando sobre la ropa y los colores que debíamos llevar los actores en cada escena.

»A Cyrus le gustaba que su esposa tomara parte en el negocio. Pero Homi, aun estando en desacuerdo, no tenía otra opción que ver, oír y callar. A las pocas semanas, Homi hizo trasladar a una habitación adyacente el escritorio y la librería que compartía en un mismo despacho con su hermano desde hacía años. Evidentemente, aquel mismo día Hilla se puso a remodelar el despacho de Cyrus y reservó un espacio también para ella, que, a partir de entonces, se hizo llamar «consejera de producción».

»Homi, diez años menor que Cyrus, era de la misma edad que su cuñada y no le gustaba nada que ella interfiriese en su trabajo porque, al fin y al cabo, era el trabajo que realizaba con su hermano. Una vez en el estudio, ella negó que Cyrus hubiera dicho algo determinado.

»Él la miro muy serio, no la contestó y siguió haciendo su trabajo como si nada. Hilla salió furiosa por ser ignorada de tal forma en público, delante de todos los técnicos del estudio.

»Recuerdo que ella nunca estaba satisfecha con nuestro vestuario. Continuamente estaba cambiando nuestra ropa y retrasando el rodaje por ese motivo. Pero eso sí, al final, daba con la combinación perfecta y todo el mundo quedaba contento. Pensaba que hasta entonces habíamos utilizado ropa y complementos muy chillones y llamativos. Era muy buena en vestuario, esto sí hay que admitirlo, pero… ¡a mí que no me tocase mi ropa! Siempre me había encargado de mi vestuario personalmente, nadie había interferido en ese aspecto. Ahora no iba a dejar que la mujer de Cyrus se metiese en mi camerino a sacar, poner, modificar o tirar mi ropa, y así se lo dije a Homi, que me permitió que continuase como hasta entonces y me aseguró que ella no me crearía ningún problema.

»Lo que pasó —y yo la verdad es que tardé mucho en darme cuenta, según me dijo Annabel una noche de vuelta a casa para cenar después de un día de rodaje— es que me había vuelto imprescindible:

»—Te odian y te quieren porque te has convertido en la persona de la que dependen para el sustento de Wadia Movietone. Sin ti se van al traste, y lo que más irrita a esa esposa del señor Wadia y a su madre ¿sabes qué es? ¡Que encima eres una mujer!

»Efectivamente, tenía razón. Pero lo que sucedió fue más grave. Me vieron por lo que interpretaba en mis películas, es decir, por una rebelde que instiga a las masas y, por tanto, me consideraron una amenaza para Wadia Movietone. Hilla empezó a presentar a Cyrus a gente de negocios para reestructurar las futuras producciones.

Recuerdo un día que había terminado de entrenar con John Cawas y Sayani y nos dirigíamos a la cantina. Yendo por el pasillo, al pasar por delante del despacho de Cyrus, vimos que todos estaban allí reunidos. Entonces pudimos oír a un señor que habían empleado recientemente como consejero del estudio decir en voz alta, de manera prepotente, soberbia:

»—Yo estoy muy orgulloso de presentarles esta nueva visión para el futuro de Wadia Movietone. Ya no veremos más a Nadia con su estúpido caballo, con su perro, ni con su infantil Rolls-Royce, que es un coche gordo, burgués, tradicionalista e hipócrita, haciendo sonar su claxon con esa tristeza con la que los perros aúllan a la luna. Ja, ja, ja, ja, ja…

»John puso su pesado y musculoso brazo sobre mis hombros, y me dijo:

»—Esto se veía venir. Coraje, amiga.

»Lo que querían proponer era cambiar por completo la forma en que había estado dirigido el estudio, producir películas con más clase, sofisticadas, y no de acción. Querían complacer a los críticos y dejar a un lado el tipo de cine *barato* que habían estado produciendo hasta entonces, argumentando que era para el proletariado.

»Homi me dijo que no me preocupase, que no harían ninguna transición de un día para otro sin su consentimiento y que los cambios tardarían en llegar. Aunque eran acaloradas discusiones y opiniones sobre cómo enfocar el futuro de Wadia Movietone, todo quedaba de momento en el aire. Además, él, como director y productor, en Bombay era el rey de las películas de acción y yo su reina. Aunque algunas veces había delegado el puesto de director a otras personas para que él se centrase en la producción en general, él era quien tenía la última palabra en la elección de las tomas, escenas, localizaciones y todo el engranaje. ¡Qué equivocado estaba mi «gordito parsi»!

»Durante aquellos días, Homi compró un bungaló junto a la playa de la zona de Juhu. Allí nos reuníamos y pasábamos los fines de semana. Era una casa pequeña de bambú, nada lujosa, muy sencilla y acogedora. Teníamos unos anchos ventanales y por las noches dejábamos entrar la brisa del mar. Era un paraíso. Era nuestro refugio.

»Un día, a Homi se le ocurrió celebrar una cena con nuestros amigos más cercanos y conocidos de Bombay. Yo me sentí rara, me extrañaba que Homi quisiese dar a conocer nuestro lugar privado a la gente, a pesar de que muchos de aquellos invitados eran los verdaderos amigos a los que los dos podíamos confiar secretos: John Cawas, Sayani, técnicos ayudantes de Homi y mis compañeros acróbatas.

»Estando todos juntos sentados en la arena de la playa alrededor de un fuego, Homi me dijo de manera inesperada que sacase una

botella de *whisky* selecto que tenía guardada en un armario, reservada para ocasiones especiales, ya que se la había regalado un amigo que había estado recientemente en los Estados Unidos. Cuando volví de la casa, todos me esperaban haciendo el pasillo y Homi, al fondo, con un collar de flores. Se me cayeron las lágrimas. Eso era un símbolo de matrimonio, aun no siendo legal, y Homi lo quería hacer público entre nuestros amigos para acallar las habladurías que vertían sobre nuestra relación: que nos veíamos a escondidas, en secreto y muchas otras cosas sucias que decía la gente malpensada con intención de causarnos daño y con verdaderas ganas de desprestigiarnos no solo socialmente, sino también en lo profesional.

29.
«¡Mirad, mirad qué salvajes y bárbaros son los indios!»

Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el conflicto entre las fuerzas coloniales británicas y el movimiento indio independentista se agravó. La administración británica se encontraba tan desesperada en la defensa de sus posiciones en la colonia que aumentaron las represiones, la intimidación y la violencia. Aquel movimiento encabezado por Mahatma Gandhi no dejaba de ganar adeptos proclamando la no-cooperación con los británicos, la no-violencia y la resistencia pasiva.

Durante la contienda, los estudios de cine afloraron de forma masiva, a pesar del limitado número de productos químicos y de celuloide. Surgió un mercado negro y de lavado de dinero que consiguió que el cine se convirtiese en el entretenimiento hegemónico entre los indios. Sin embargo, la restricción de materia prima para la realización de películas las limitó a dos horas de duración, así como los diálogos, aunque las escenas de acción aumentaron.

Por otro lado, los censores seguían buscando en las películas producidas en la India indicios de crítica o propaganda anticolonial. En las películas de Nadia no consiguieron leer los mensajes subliminales o indirectos en las tramas de los argumentos, en las vestimentas, los gestos o incluso en los diálogos.

Cada una de las películas de Nadia comenzaba resaltando un problema social. Lo que hacían los hermanos Wadia era leer los periódicos locales y nacionales todos los días y cuando se sentaban juntos para elaborar sinopsis, cada uno sacaba su cuaderno de notas y los recortes de hojas de periódicos que durante días antes habían estado acumulando. Los argumentos podían empezar resaltando la convivencia entre los musulmanes e hindúes, la corrupción de un gobierno, la emancipación de las mujeres, las campañas de alfabetización, el mercado negro, el robo sistemático de tierras a los campesinos, la lucha por la libertad de unos agricultores explotados por un señor feudal, etcétera. Debido a las represiones que adoptaba la administración de la colonia, no era posible que los campesinos, los granjeros o las clases más pobres adoptaran la postura de activistas sociales en público. La población podía ser enviada a prisión por razones nimias. Por ese motivo, los espectadores se sentían identificados con la figura representada por Nadia en la pantalla.

Una simple frase como encabezamiento de una noticia en una revista, un periódico o un panfleto insuflado de propaganda proindependentista podía dar pie a una historia para una película de acción. Homi podía leer a su hermano en alto una frase que había apuntado días antes en su libreta, por ejemplo: «*Con la fuerza de los campesinos, la fuerza de la nación crecerá*». Y alrededor de esta premisa, creaban más frases contundentes hasta que desarrollaban una breve historia a la que poco a poco iban dando forma.

* * *

Durante todo el viaje no tuvimos incidencias, salvo al llegar a Zúrich. Tras el aterrizaje y el control de inmigración, nos encontramos esperando y esperando junto con los demás pasajeros en la cinta de recogida de equipaje. Tras pasar algo de tiempo sin que apareciera ningún bulto, le dije a Nadia que esperase sentada, que iría a preguntar. Vi a un empleado del aeropuerto con un chaleco fosforescente sacando unos voluminosos paquetes de una cinta de equipaje vecina. Por su aspecto, parecía provenir del sur de Asia. Le pregunté qué es lo que pasaba con el equipaje del vuelo de Nueva Delhi y, encogiéndose de hombros, me dijo que posiblemente la puerta donde guardan las maletas no se habría abierto, algo que ya había pasado anteriormente. Enseguida aparecieron dos empleados del aeropuerto muy elegantemente vestidos diciendo a grito pelado:

—¡Pasajeros Mary Evans y Robert Schwegler! ¡Pasajeros Mary Evans y Robert Schwegler!

Nos acompañaron hasta una sala de espera VIP. Nos comunicaron que, efectivamente, el motivo del retraso era que la puerta del compartimento de las maletas del avión no se abría. Una vez tuviesen nuestras maletas, un mozo nos las traería.

Serían como las once de la mañana. Dejé a Nadia sentada en la sala VIP y me fui a hablar con la oficina de turismo. Teníamos tiempo suficiente para coger el tren de la tarde, ya que habíamos perdido la conexión con el vuelo regional con destino al aeropuerto de Lugano. Llamé por teléfono a la persona de contacto del festival para informarla de nuestro retraso y sobre nuestra llegada a la ciudad en tren. Los organizadores me aseguraron que no habría problema y que nos estarían esperando con un coche en la estación.

La espera de algo más de cuatro horas se nos hizo placentera porque desayunamos copiosamente con la comida que nos ofrecían con el magnífico *bufet*. Yo, que me encontraba en mi país de origen después de varios meses, harto de la comida india donde encontraba picante en todas partes, aproveché la ocasión y me hinché a panecillos

recién horneados, queso y fiambre. Cuando ya tenía los ojos puestos en la variedad de postres, entre los cuales había yogures, bollos y chocolates, Nadia me preguntó:

—Robert, ¿y si me pides una cerveza típica de tu país?

Llamé a la joven camarera y estuvimos debatiendo sobre qué cerveza podría gustar más a Nadia, como persona que nunca había probado cerveza suiza. Yo decía que la Ueli Bier era la mejor y la camarera, por el contrario, opinaba que una Cardinal o Calanda sería algo más placentera por su suavidad. Nadia me oyó pronunciar en alemán la favorita de mi padre, la Appenzeller Quöllfrisch; le llamó tanto la atención aquel nombre comercial que quiso probarla. A decir verdad, durante aquel largo tiempo de espera hasta que nos trajeron en un carrito nuestras maletas, acabamos probando las cuatro.

Mientras disfrutábamos de nuestras bebidas tan a gusto y con tanta tranquilidad, quise que prosiguiese con la narración de su vida en el cine, que no solo encontraba muy entretenida, sino que me estaba pareciendo más que fascinante.

—¿Por qué crees que al público le atraían tus películas en aquella época en que tenía lugar la guerra en Europa y estaba el movimiento por la independencia de la India? ¿Era por aquella fórmula que llamaron *masala*, creada por los hermanos Wadia?

—Mis películas eran apreciadas por el público porque trataban sobre temas relevantes para la persona de a pie. Las situaciones y los conflictos de las tramas les resultaban cotidianos. Por muy inverosímil que el argumento de la película pudiese aparecer, los hechos que se contaban en la pantalla sucedían en realidad en los pueblos del interior de la colonia.

»Ten en cuenta que el concepto *masala* hace mención a la variedad de especias que se utilizan para condimentar la comida india. Se llama película *masala* por esa mezcla de canciones, acción, drama, comedia, bailes aquí y allá que incluyen. Pero las historias, que son el eje de *esos* ingredientes, tienen su origen muchos siglos atrás. Los cineastas obtenían su inspiración en los libros antiguos del *Ramayana, Puranas* y del *Mahabarata*, que son una inagotable fuente de leyendas, de fábulas, etc., que los productores convertían con mucho ingenio en temas de actualidad. En estas historias, los innumerables dioses hindúes luchan contra demonios, pero también hay reyes, guerreros e, incluso, miembros familiares conspirando entre ellos: se odian, se matan, se aman, sufren… De hecho, hay un tratado que fue escrito muchos años antes del nacimiento de Cristo, llamado *Natya Shastra*, que proponía la teoría de tres tipos de actuación: la interpretación, la danza y la música clásica vocal e instrumental. Aquel estudio de cómo representar obras teatrales fue transmitido exclusivamente por vía oral. Aunque, hoy en día, existen ensayos y libros sobre el tema,

propone que cada representación debe incluir elementos del lenguaje como la canción, el baile y la interpretación. Además, menciona que, para ampliar el entretenimiento, cada interpretación debe incluir multitud de estados y situaciones emocionales acordes con la filosofía hindú.

»¿Qué es lo que sucedió durante la época de la guerra en Europa? Pues que dejaron paso a las proyecciones de películas extranjeras que simbolizaban una justificación para que los británicos siguiesen colonizando la India. Por ejemplo, películas que justificasen: «¡*Mirad, mirad qué salvajes y bárbaros son los indios*!».

»Me acuerdo de que en aquellos años hubo películas con un cierto tono racista, o al menos eso es lo que denotaban los espectadores indios deseosos de libertad. Películas americanas como *Gunga Din*, muy conocida por entonces. Pero más oprobio aún generó la proyección de una película de producción alemana titulada *El tigre de Esnapur*. Fue un claro ejemplo de cómo las producciones extranjeras utilizaban la India como telón de fondo para sus historias. Al mismo tiempo, la administración británica las utilizaba como justificación para seguir dominando a su colonia. La película se proyectó por primera vez en Bombay, creo que unos tres años después de su estreno en Europa. Según me dijo Homi, se rodó en la zona de Rajastán y el director recibió mucha ayuda gratuita por parte del maharajá de entonces de la ciudad de Udaipur. Este incluso les prestó extras, elefantes, todo tipo de animales y facilidades. El director de la película realizó unas declaraciones muy negativas sobre el país cuando fue entrevistado en Alemania con ocasión del estreno en la India; algo así como que los nativos eran muy indisciplinados y estúpidos, y que le hubiese sido más fácil el rodaje, si en vez de extras indios hubiesen utilizado perros. El maharajá, quien, además, años antes durante el rodaje había cedido su propio palacio, se sintió ofendido y pidió a la administración británica boicotear el estreno. La distribución del largometraje en la colonia siguió adelante haciendo oídos sordos a las protestas. Con horror, el propio maharajá vio cómo un actor alemán representaba el papel de maharajá indio como loco y depravado sexual.

»Los británicos —me acuerdo que me comentó Homi— utilizaban este tipo de películas en las que representaban a los indios como bárbaros, enfermos sexuales, estúpidos y peligrosos, como una estrategia para seguir reteniendo su poder colonial.

»Por el contrario, mis películas eran apreciadas por los espectadores indios porque, aun diciendo *indirectamente* breves y precisos diálogos proindependentistas justo en los momentos apropiados, el público se sentía electrizado por ese entusiasmo nacionalista y por poderse escapar momentáneamente de los

problemas cotidianos.

»En aquellas salas oscuras de los cinematógrafos, ubicadas en edificios desvencijados —la mayoría de las veces sucios, hasta con ratones correteando por el suelo impunemente entre las butacas y por los pasillos, comiendo los retazos de la copiosa comida que la gente llevaba consigo y que tiraba despreocupadamente a sus pies—, los espectadores podían reírse de sus propias frustraciones y podían identificarse con las peripecias y aventuras de una mujer insólita y única luchando por su orgullo, su individualidad y su supervivencia. Mi secreto fue que conecté con su sensibilidad. Yo, Nadia, me convertí en la favorita, en la paladina, en el orgullo de los humildes, de la gente pobre de la India. Fui la primera actriz en hablar en aquellas pantallas de salas oscuras con olor a tabaco barato, de la dignidad, del coraje, de la fuerza y la lucha de la mujer. Curiosamente, eran los hombres los que más se sentían identificados con mis personajes y los que veían mis películas repetidamente.

»En una de mis exitosas películas durante aquellos años de la guerra titulada *La tigresa*, yo incluso me disfrazaba literalmente de ese animal. Decía Homi que mi disfraz era un elemento erótico. Recuerdo que la mujer de Cyrus quiso que mi personaje llevase más ropa porque dejaba ver mucho mi cuerpo, pero yo me negué en rotundo, no solo por llevarle la contraria sino porque podía crearme problemas a la hora de realizar mis acrobacias. Mi personaje representaba también elementos masculinos como el coraje, la fuerza, el espíritu de pelea y la determinación. Y, según me dijo Homi, era una combinación de elementos masculinos y femeninos que querían fusionar como elementos alegóricos. Yo, incluso durante las peleas, hacía gestos como si de verdad fuese una tigresa arañando a mis víctimas. Mi personaje había sido creado por los hermanos Wadia como paradigma del feminismo y pensado como crítica a la represión sexual de la época utilizando el erotismo contra la mentalidad victoriana imperante en todos los aspectos sociales de aquellos años.

30.
Metáforas, símbolos y propaganda anticolonial

Los críticos de cine contrarios a las películas de acción de Nadia y, en general, a las producciones de Wadia Movietone, tuvieron que sacar a la palestra la condición de extranjera de Nadia. Pero no funcionó. Este tipo de críticas que quisieron propagar se acallaron enseguida porque el público estaba enamorado de Nadia. A quien se le preguntase por la calle contestaba: «*Qué más da que digan que Nadia es extranjera. Ocasionalmente habla en hindi y viste con sari. Para mí, este es suficiente motivo para llamarla india*».

Con aquel toque de magia de los hermanos Wadia, irónicamente, convirtieron a una hija de un soldado del ejército británico y nacida en Australia en símbolo de culto cinematográfico en la India.

Tras la película *La tigresa*, los hermanos Wadia añadieron en las narraciones de sus películas un elemento nuevo que antes jugaba un papel pequeño: la mitología. El traje de Nadia como tigresa no era sino el símbolo del dios Shiva, que se representa cubierto por una piel de leopardo. Simbólicamente, su personaje era mitad ser humano, mitad animal, tal como se ilustraba pictóricamente a los dioses hindúes.

Durante los días en que los críticos más acérrimos quisieron estigmatizar a Nadia y Wadia Movietone como productos extranjeros que el público debía rechazar, si de verdad querían la independencia de los británicos y encontrar la libertad, los hermanos Wadia, para callar bocas, decidieron dar ese *toque* indio a Nadia.

—El elemento en el que tenemos que poner más énfasis en estos momentos es el mitológico hindú —le explicó Cyrus a Homi—. La próxima imagen que vamos a crear de Nadia en pantalla el espectador tiene que asociarla con una deidad hindú.

—La idea es muy buena, hermano. Incluso podemos explotarla empleando más acrobacias definiendo la gravedad. Esto atraería al público. Bueno, de hecho, los dioses griegos tienen una similitud con los dioses del hinduismo.

—Sí, Homi, pero no vamos a explotar públicamente que Nadia sea medio griega. De lo contrario, ya sí que se nos echarán encima los críticos, ¡y el público nos dará la espalda! Bastante tenemos con que naciera en Australia, sea rubia, blanca y de ojos azules.

—¡Ya! Pero lo que quiero decir es la similitud que hay entre los

dioses del hinduismo y de la mitología griega, que no existe en otras religiones, como la parsi, la cristiana o la judía.

—A ver, ¿cuál es *esa* similitud?

—Las cualidades humanas —le contestó Homi—. Tienes razón: los elementos del hinduismo ya los hemos visto en multitud de películas mitológicas, sobre todo en el cine mudo. Pero siendo Nadia de origen griego, ella no es ajena a la mitología y será capaz de entender este nuevo elemento que vamos a explotar en sus personajes. Porque, al fin y al cabo, los dioses hindúes, al igual que los griegos, cometen errores, son celosos, tienen hijos, beben, se pelean y ocasionan guerras. Justo lo que hacen sus personajes en pantalla.

—¡Ya está! ¡La diosa Durga cabalgando sobre un león! Representa la victoria del bien sobre el mal… Si el dios Ganesh tiene como fiel amiga a una rata, el dios Yama a un búfalo, la diosa Lakshmi a un búho… Nadia, como mujer invencible y luchadora contra el mal, puede ser vista como ¡una moderna Durga con un león!

—¡Efectivamente! Y un león en las películas ¿qué puede representar? —preguntó Homi al mismo tiempo que realizaba un sonoro chasquido con los dedos esperando que su hermano contestase dando en el clavo.

—¡África! ¡Tarzán! —sentenció Cyrus pegando un golpe sobre su mesa.

La película se titularía *La princesa de la jungla* y sería un popurrí a lo *Tarzán*.

En otras películas, el personaje de Nadia había tenido como animal de compañía a un caballo llamado Punjab Ka Beta y también un pastor alemán llamado Gunboat, ambos mencionados en los créditos en un lugar bien visible. En otras producciones habían sido sustituidos por un coche con habilidades supernaturales o un tren. Ahora serían leones que contratarían de un circo.

La historia trata sobre el hundimiento de un barco en la costa de Nigeria y cómo un bebé sobrevive siendo cuidado por leones. El personaje de Nadia se convierte en una especie de Tarzán femenino con el nombre de Mala. Esta fue una idea de Homi, para la que argumentó que, en el libro épico del hinduismo *Mahabharata*, había un rey llamado Nala que reinaba en una jungla inaccesible. Así pues, feminizando el nombre lo transformaron en Mala. África sería una metáfora como símbolo representativo de dominación colonial a la vez que mitológico.

Después de enternecedoras imágenes de un bebé jugando con cachorros de león, veinte años más tarde vemos a una amazona, con un minivestido, ejerciendo de reina de los leones, a la vez que su presencia simbólicamente representa una deidad terrenal como nimbada de gracia celestial.

En Bombay surgen noticias sobre la heredera de una multimillonaria fortuna aún por reclamar que desapareció en África. Una expedición liderada por un abogado en busca de justicia pretende constatar que el bebé no encontrado en su día entre los restos del barco ahora sería una mujer y podría seguir viva en la jungla. Mientras, el tío de Mala, interpretado por Sayani como el villano de la historia, quiere hacer todo lo posible para que no la encuentren y así hacerse él con todo el dinero como único descendiente directo vivo.

Sorteando muchos problemas, la expedición se adentra en la poblada vegetación, pero los villanos consiguen divisar antes a Mala sobre un árbol y la disparan. Aunque herida, ella escapa, y le comunica a un león llamado Shankar, que es como también se denomina a un dios de la mitología hindú:

—Vete y tráeme las hojas curativas.

El león, obedeciendo la orden, desaparece en busca de las hojas y se las lleva a la mujer para curarla.

Después de recuperarse, gracias a la diligencia de Shankar y el cariño de sus otros fieles leones, la mujer coge fuerzas y lucha imparable contra los malos, hasta descubrir su pasado. Finalmente, se despide con ternura de su familia animal e inicia su vuelta a Bombay, a la civilización, a la India.

* * *

—Aquel rodaje fue una verdadera locura. Desde luego, las medidas de seguridad y el cuidado que hay hoy en día nada tenían que ver con los de aquellos tiempos. Construyeron una enorme jaula que sería mi cueva, donde mi personaje vive con aquellos animales salvajes. Soltaron a los leones, creo que había cuatro, más un par de leonas. Empezaron a dar vueltas y a rugir estruendosamente.

»—A mí me parece que estos animales aún tienen hambre —le dije a Homi.

»—¡Qué va! Acaban de recibir ración doble. Ahora están amansados, cansados y solo quieren familiarizarse con el terreno. Por eso dan vueltas… ¡No te preocupes!

»Yo tenía que entrar en la jaula tan solo con el cámara y tumbarme en lo que se suponía que era mi cama. Después, debíamos cerrar la puerta tras nosotros y estar continuamente animados a seguir hacia nuestras posiciones. De repente, una leona que no había visto los barrotes de la jaula porque estaban tapados con ramas, saltó y quedó atrapada, con el cuerpo dentro y la cabeza fuera. El rugido que emitió fue tan fuerte que el resto de los leones se alteraron y empezaron a dar vueltas amenazadoramente alrededor de nosotros. La leona no paraba

de rugir más y más fuerte.

»Homi se puso histérico y gritó al cuidador. Golpeó a un empleado que había cerrado con llave y no conseguía dar con ella de entre el manojo. El cuidador empezó a gritar a los animales desde fuera de la jaula sosteniendo un palo y un látigo. El cámara, muerto de miedo, tiró el equipo al suelo y empezó a llorar. Estábamos tan atemorizados que las piernas nos flaqueaban y, cuando hacíamos ademán de caminar, parecía que éramos de gelatina ya que no podíamos permanecer de pie.

»Aquel era un momento por el cual yo estaba segura de que habría de pasar alguna vez durante aquella locura de rodajes extremos. Quizá mi sino, pensé, sería morir así, devorada por unos leones enfadados. ¡Sería recordada como una heroína que luchó hasta el fin con fiereza, y los técnicos y miembros de la industria del cine indio me honrarían construyendo un monumento junto al Hotel Taj Mahal como personaje de leyenda!, pero con más estilo propio que la lady Godiva esa.

»Todos los empleados empezaron a gritar a los leones para que se fuesen hacia otro extremo de la jaula y así nosotros pudiésemos volver a la puerta por donde habíamos entrado. Pero los gruñidos de la leona no paraban y los leones incrementaban su fiereza y se acercaban cada vez más hacia nosotros, dando vueltas y más vueltas a nuestro alrededor, como a punto de soltarnos un zarpazo o saltar sobre nosotros.

»Los golpes metálicos que los técnicos propiciaban en los barrotes y los gritos del cuidador, los de la leona herida, y los nuestros, no mejoraron nada, ya que los propios leones se excitaban más al percibir nuestra presencia física como una amenaza.

»Gracias a Dios, Homi consiguió abrir la puerta. El cuidador entró, los echó hacia atrás con chasquidos continuos de su látigo, liberó a la leona enganchada entre los barrotes y el cámara y yo, finalmente, salimos. Yo estaba que me desmayaba.

»Cuando notas que la muerte está tan cerca, dicen los expertos que hierven muchas ideas en el cerebro. Pero yo en aquellos minutos que parecieron horas no sentí nada, excepto una paralización de mi cuerpo. Juré que no volvería más, que no haría esa película. El resto del día me quedé con el cuerpo temblando. Hasta el cámara se orinó encima.

»Pararon el rodaje durante el resto del día y Homi intentó explicarme que no habían tomado las medidas de precaución oportunas y que eso no pasaría otra vez. Al día siguiente, cambiaron el ancho de los barrotes y la jaula la hicieron más grande, para que los leones se pudiesen mover con más facilidad. Al domador le dijeron que se quedase dentro prudentemente, detrás del cámara.

»Para calmar al personal, Homi entró y se dio un paseo muy

despacio alrededor del decorado, se tumbó en mi cama, se levantó y tranquilamente se dirigió a la puerta, salió y me calmó una vez más. El domador me dijo que todo había sido una equivocación: el día anterior debía de haber estado él también dentro, así los leones no se habrían sentido amenazados al ser enjaulados con personas extrañas. Ahora estaban calmados y dóciles.

»—¡Parvathi! —gritó el domador.

»Inmediatamente, apareció una niña pequeña, su hija, con un enorme cubo lleno de leche encima de una carretilla. La niña, que no tendría más de unos ocho años, entró en la jaula y vertió tranquilamente la leche en un enorme cuenco mezclándola con el agua que había. Los leones, como si fuesen gatitos, se acercaron despacio moviendo la enorme cola y empezaron a beber mientras la pequeña les acariciaba el lomo. Entonces ya sí que me atreví a entrar y actuar como una mujer a lo Tarzán.

»Sin duda, fue la película en la que más peligro corrí y en la que más cerca estuve de la muerte. De hecho, el domador dijo a Homi que, si se hubiesen demorado en entrar unos segundos más, nos hubiesen atacado al cámara y a mí.

31.
Los tiempos cambian y los hermanos Wadia se separan

Lo que sucedió a partir de *La princesa de la jungla* fue inevitable: la disparidad de ideas sobre cómo llevar a cabo el futuro de Wadia Movietone enfrentó a los hermanos.

Mientras Homi estaba todo el día centrado en el trabajo de esta película y a diario supervisaba las medidas de seguridad con los leones y otros animales salvajes que habían contratado de un circo y que estaban en jaulas en varios recintos del estudio, su hermano, Cyrus, estaba produciendo otra película, pero con el innovador aspecto de que era en inglés. Al mismo tiempo, Cyrus estaba haciendo una versión bilingüe de esa película en indostaní y bengalí, con lo cual, no solo estaba utilizando todos los recursos económicos de Wadia Movietone sino que estaba acabando con toda la materia prima limitada de celuloide.

Después de haber sido advertido por uno de sus asistentes, Homi entró en el despacho de su hermano con la intención de pedirle explicaciones. En vez de a él, se encontró a su esposa, Hilla, sentada detrás de su mesa, con gesto agrio al haber irrumpido en la habitación sin llamar.

—Vaya… Mi felicitación, cuñada. Ahora no solo te dedicas a mejorar el departamento de vestuario, sino que, por lo que veo, haces de productor para Wadia Movietone… —dijo con sarcasmo Homi. Acto seguido, preguntó—: ¿Dónde está mi hermano?

—Te agradecería que antes de entrar llamases a la puerta —respondió Hilla, sentada con el sillón girado hacia un lado, las piernas cruzadas y un brazo descansando sobre el respaldo. Con aire fingidamente burlón y una ceja enarcada, añadió—: Lo digo más que nada como medida de cortesía y para guardar los modales entre nosotros.

—Bien, mis disculpas. ¿Dónde está mi hermano? —balbució azorado.

—¿Sucede algo en la jungla que tú o la salvaje mujer Tarzán no podáis solucionar? —preguntó Hilla con la cabeza ligeramente ladeada, con coquetería.

—¿Dónde está Cyrus? —volvió a repetir Homi pausadamente, reprimiendo su enfado.

—Tu hermano está en Madrás firmando un acuerdo con un

distribuidor para la compra de celuloide —le contestó con frialdad.

—¿Y yo no soy informado de que nos estamos quedando sin *stock*? Bien, bien… —sentenció Homi antes de salir dando un portazo que hizo que cayese un trozo de yeso blanco de encima del tabique.

La película que estaban produciendo en tres idiomas; inglés, hindi y bengalí, se titulaba *La bailarina de la corte* y fue un rotundo éxito en taquilla. El director y la actriz contratados por Cyrus eran bengalíes, y la idea de realizar ese género melodramático y serio, totalmente ajeno a las producciones de Nadia, había sido de Hilla y del consejero que habían empleado. Los críticos la describían en sus columnas como «*ejemplo de una película embajadora del cine indio en el extranjero*» o «*un regalo patriótico a la nación*». Además, mencionaban que la versión en bengalí había superado con creces la recaudación en taquilla de otras películas.

Cyrus recibió tantas felicitaciones y augurios para seguir ese cambio en Wadia Movietone que decidió cortar por lo sano con las películas de acción *masala* de Nadia.

Después de que se extendiese el rumor entre los empleados del estudio y llegase a oídos de Homi, los dos hermanos se reunieron a solas en el despacho de Cyrus.

—Lo que pasa es que te has visto ofuscado por ese grupo de gente bengalí —le achacó Homi—. Pero lo que más me duele es que me tenga que enterar por terceras personas, ¡por chismorreos…!

—Que no, que no… —dijo con aspereza Cyrus—. ¡Estoy harto! Ya no puedo más con las películas centradas alrededor de Nadia. ¡Estoy harto! No quiero seguir más con esta locura. Se han acabado. De hecho, aquí tienes el documento para rescindir el contrato no solo de ella sino del musculoso John Cawas y el dichoso villano de Sayani. Todo llega a su fin, y este es el ellos. Es inevitable, Homi. Compréndelo. Los tiempos cambian.

—¿Comprenderlo? Pero es injusto. ¿No ves que si estamos aquí es por ellos? Hemos llegado a ser la productora número uno de todo Bombay. ¡Nos hemos hecho ricos gracias a ellos! Es una injusticia tratarlos así ahora. Te has dejado convencer por todo ese grupo de la alta sociedad de la cultura que tanto le gusta a Hilla, ¿no es eso?

—Pues mira, ahora que mencionas a Hilla, ¿has visto qué bien le queda el sari a su figura? Y eso que no es una actriz, pero juega al tenis en el club, en fin, se cuida, hace ejercicio… Por el contrario, ¿notas algo, digamos… *algo* extraño en Nadia recientemente o eres tú el ofuscado? Su problema, que ni tú ni ella lo veis, es que está más subida de peso que nunca. ¡Ah!, pero no es la comida… —dijo con sarcasmo mientras levantaba los brazos teatralmente para continuar —. Ahora, resulta que nuestra exitosa actriz, ¡bebe como los peces! Que ha estado bebiendo y tiene un problema con el alcohol, ¿no es

así? Y te lo estoy diciendo yo, que no la veo todos los días como tú lo haces con tanta asiduidad…

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Homi con carácter abatido mientras deslizaba nervioso las manos por los muslos.

—¡Qué más da quién me lo haya dicho! Pero ¿tú eres tonto? ¿Te crees que sucede algo aquí sin que yo me entere? O sea… que mi hermanito se ha enamorado locamente de su actriz principal y no ve que su chica tiene un problema con el alcohol, ¿no es eso? Si quieres que te dé un consejo… ¡déjala ya!, Homi.

—No es de tu incumbencia decirme lo que debo o no debo hacer. Proviniendo de ti tal consejo, ¡parece mentira! Te repito que, gracias a sus películas, seguimos los dos aquí, ¿o se te ha olvidado? —Mirando a su hermano con estupor, añadió con aspereza—: Ha sido Hilla, ¿no es así? Te ha contado todo esto ella, ¿no es verdad?

Cyrus mantuvo su sonrisa irónica, como dejando claro que no se sentía ofendido, pero que ya había ido muy lejos con aquella reflexión.

—Oye, hermano. Ya es la segunda vez que mencionas a mi esposa. No te lo voy a permitir una tercera vez…

Homi, sin decir nada, salió de la habitación dejando la puerta abierta.

* * *

—¿Y tú no tuviste ningún *encontronazo* durante aquellos días con Hilla? —pregunté a Nadia.

—Pues, mira... Los soldados del regimiento destinado en aquel rincón de la colonia me dijeron un día: «Cuando se acecha a una presa, es mejor que se tome su tiempo, porque más temprano que tarde le picará la curiosidad y saldrá». Ella y yo nos evitábamos. Cuando me veía yendo por un pasillo, inmediatamente ella cambiaba de rumbo y, si yo iba a entrar a una habitación y veía que estaba ella, dejaba bien claro a todos los presentes que su presencia no me gustaba y me iba al momento. Para mis adentros, sinceramente, estaba esperando la ocasión para que me diese una excusa. Y llegó, inevitablemente, el día en que nos enfrentamos. Fue en la cantina. No se dio cuenta de que yo estaba justo detrás de ella cuando empezó a increpar al cocinero diciéndole que las especias que ponía en la comida eran muy malas y que dejase de cocinar como si estuviese en su pueblo de Bihar.

»—¿Y a ti que más te da? Si tú no comes esta comida con nosotros. ¿Ahora nos vas a decir que eres tan lista que sabes identificar el aroma al cocinar de una zarigüeya con el de un pollo? —le espeté ante su

sorpresa.

»Hilla enrojeció, se mordió los labios, frunció las cejas y presentó síntomas de enfurecimiento.

»—A ti lo que te pasa es que estás enojada conmigo, ¿no es así? —me dijo muy ufana.

»—Mira, Hilla. No solo eres una entrometida, sino también una bocazas —la provoqué con las manos sobre las caderas esperando un insulto como contestación por su parte para que me sirviese de excusa para poder abofetearla con todas mis fuerzas.

»—¡Estás acabada, Nadia! —me gritó, sombría, enarcando las cejas y, alzando la voz, dirigiéndose a todos los presentes, añadió—: ¡Y todos vosotros, también! Ya podéis estar buscando otro trabajo fuera de aquí, porque vuestras estúpidas películas infantiles se han terminado.

»Con apremio, John Cawas se interpuso entre nosotras justo en el momento en que iba a atizarle un bofetón que la hubiese levantado del suelo. Vino Homi, tras haber sido alertado por un empleado, y me llevó consigo a su despacho para calmarme. Al mismo tiempo, muy engreída, como si hubiese ganado el envite, vi cómo Hilla se iba de la cantina con aire jactancioso, como un gallo de pelea.

»Hilla se enteraba de todo cuanto sucedía en el estudio. No sé por qué medio, pero hasta sabía los problemas personales de cada empleado. Era como una de esas arañas panzudas que están en su rinconcito bien resguardadas pero que, cuando sienten que la tela se mueve, salen enseguida a devorar la presa.

»Durante el rodaje de *La princesa de la jungla*, una mañana se presentó en el estudio preguntando por mí. Quería saber algo con relación al vestuario y a las telas que utilizábamos con diseño de leopardo, ya que, según comentó, habíamos gastado más metros de lo debido de acuerdo con el presupuesto inicial, lo cual no era verdad. Yo estaba justo detrás de John Cawas, sentada en el suelo mientras me ponía unas enormes botas, pero ella, desde donde estaba, no podía verme.

»Se quedó de pie mirando a todos lados de una manera inquisitiva, escrutadora.

»—¿Dónde está Nadia? —preguntó en voz alta, con intención de causar una impresión de autoridad, pero sin conseguirlo.

»—Está muy lejos de aquí —contestó Sayani, haciendo círculos de humo con la boca tras inhalarlo del cigarrillo que se estaba fumando.

»—¿Y por qué no viene, por qué no está aquí?

»—No puede venir.

»—Pero ¿por qué? ¿Está enferma?

»—Se ha hecho pirata, señora —le contestó en tono muy serio.

»Detrás de John, solté una risa inesperada al mismo tiempo que

este me daba un golpe con su talón para que guardase silencio.

»—¿Qué tontería es esa? Como no me hables en serio, Sayani… —le dijo apuntándole con el dedo índice—, te quedas sin trabajo en este estudio.

»—Señora, le digo la más pura verdad. Se lo juro. Nadia se ha hecho pirata. Ha sido capturada por un barco inglés, la han llevado a presidio en un castillo aislado en Inglaterra, donde está presa con cadenas más grandes y pesadas que las de un elefante en un circo. La han dejado ¡desnuda! y le han tatuado unas letras a la espalda con hierro candente que dicen: «*Recen por mí*».

»—Más vale que empieces tú a rezar cuando este rodaje se acabe —dijo con enfado Hilla antes de irse con prisa.

»—¡Tú sí que estás hecho un auténtico pirata! —le dije después a Sayani riéndome mientras terminaba de atarme los cordones de las botas—. Como sigamos llevándole la contraria, tendremos que hacernos a la mar en busca de más aventuras.

»Sin duda, Cyrus había sido presionado e instigado por Hilla para tomar aquella decisión. Además, por lo visto, se rumoreaba que los bengalíes pondrían dinero en próximas producciones. Por esa razón, Cyrus, viendo ya ganancias, no mostraba ningún interés en si *La princesa de la jungla* respondía bien o no en taquilla tras su estreno. Le presionaron mucho. De hecho, supe que Hilla le insistió en que las películas protagonizadas por mí eran ya cosa del pasado, que tenían elementos infantiloides, que la gente educada se reía de esas historias y que Wadia Movietone se estaba convirtiendo en el hazmerreír del círculo intelectual que tanto frecuentaba ella.

»Hilla estaba muy muy celosa de mi éxito y quería quitarme de en medio. No podía seguir pensando que el estudio se sustentase gracias al dinero que generaban mis películas de acción. Por eso, introdujo a ese grupo de Calcuta y propusieron esa película a Cyrus.

»De hecho, creo que empleados pagados por Hilla ocultaban los rollos vírgenes de celuloide para que el cámara de Homi no los encontrase y se limitasen con los pocos metros de negativo que tenían para terminar *La princesa de la jungla*.

»Homi, según me comentó, tuvo una conversación muy acalorada con su hermano. Se llamaron de todo. Por lo visto, Cyrus argumentó cosas personales sobre mí que no gustaron a Homi. Cyrus lo tachó de egoísta y pretencioso por actuar así, cegado por el dinero. Homi le pidió hacer paralelamente las películas de acción protagonizadas por mí, que tanto dinero habían recaudado. Pero Cyrus siguió negándose y dijo que la decisión ya estaba tomada. Ahí tenía los papeles en los que se terminaba mi contrato y el de mis compañeros con Wadia Movietone. Desde entonces, Cyrus y Homi no intercambiaron palabra alguna por lo menos durante un año.

32.
Empleada en una floristería

Cyrus siguió produciendo sus películas, pero no por mucho tiempo. Wadia Movietone desapareció como tal antes de que terminase la guerra en Europa.

La Segunda Guerra Mundial no solo trajo la inflación y la restricción en la cuota en productos como el celuloide, sino también el surgimiento de productores independientes gracias al mercado negro. Se invertía en producciones cinematográficas para blanquear dinero. El productor independiente contrataba a actores y a técnicos por un breve periodo de tiempo y, tras la realización de la película, el contrato ya estaba acabado.

El anterior modelo de trabajo de los estudios desapareció. Ya no hubo estudios financiando escuelas, protegiendo los intereses de sus empleados y los de sus familias, las cantinas dentro de las instalaciones donde se servía gratuitamente comida a diario… Todo acabó.

Para Nadia, el hecho de que Homi dejase de trabajar en Wadia Movietone significaba el fin de su carrera como actriz. Tras el fin de la época de los estudios, las actrices fueron demandadas por los numerosos productores independientes y sus salarios aumentaron. Homi presionó a Nadia para que obtuviese papeles en géneros dramáticos y le insistía en que era el momento de dar el salto e interpretar personajes en producciones centradas en dramas sociales. Pero ella decidió no dar ese paso ni enfrentarse cara a cara con aquel cambio tan radical que se estaba generando. Tan solo había pasado un breve lapso de tiempo y la gente llamaba a las películas de Nadia «*películas antiguas*» por no estar ya de moda aquel género de acción.

* * *

—Yo tenía solo treinta y cuatro años y ya me consideraban «*vieja*», «*pasada de moda*» y llamaban a mis películas «*celuloide rancio*». Homi continuamente me insistía en que obtuviese tal papel en tal película que trataba sobre un drama social con canciones tristes y diálogos realizados por un conocido poeta musulmán de Cachemira que no paraba de contar cosas melancólicas. Pero yo me negaba. Había aumentado de peso, sí que es verdad. Y bebía más de la cuenta, también. El alcohol, desde luego, se convirtió en un vicio para mí.

Bobby ya había pasado la adolescencia y era un joven problemático. La gente rumoreaba acerca de que yo era su madre y los columnistas no dejaban de escribir coletillas sobre el asunto una y otra vez.

»La vida, desde luego, es conflicto. El deterioro es una ley de la naturaleza. Ninguna situación permanece inmutable por perfecta que sea. De este modo, lo consulté con mi madre y Annabel, y decidí en aquellos días poner fin a mi carrera como actriz.

»Con el dinero que tenía era suficiente para seguir viviendo, por el momento, en el modesto y pequeño apartamento que había comprado, y en el que vivíamos Annabel, mi madre, Bobby y yo. Pero el problema era, ¿qué pasará mañana? No había ahorrado nada. ¡No tenía ahorros! Mi madre y Annabel trabajaban juntas en una boutique de ropa como dependientas gracias a la recomendación de Homi, pero ¿y si había alguna emergencia o eventualidad? Yo no tendría dinero al año siguiente. Había estado viviendo al día, sin preocupaciones.

»Homi y Cyrus no volverían otra vez a crear la magia de Wadia Movietone. De hecho, Cyrus vendió el terreno y todo el equipo a un hombre de negocios. Creo que pensaban construir un hotel. Así pues, una reconciliación entre los hermanos era inconcebible, lo mismo que seguir pensando que los anteriores buenos tiempos volverían otra vez.

»Sayani siguió actuando de villano de forma independiente con un representante que le conseguía los contratos y mi amigo John Cawas se convirtió en director de escenas de acción. Era muy demandado para dirigir las coreografías de las peleas. Por su parte, Homi tenía sus propios problemas también y tenía que ganar dinero. Al disolverse el estudio, Homi recibió una compensación económica, pero tuvo que hacer frente a numerosos gastos que habían quedado pendientes en créditos a bancos con intereses, distribuidores y un sinfín de pagos atrasados que le dejaron diezmado, prácticamente sin dinero. Junto con unos amigos se decidió a fundar una productora que llamaron Basant Pictures, pero no con el entusiasmo que en su día le causó emprender Wadia Movietone, sino con el propósito de hacer caja y pagar facturas. Antes de que tuviese una oficina donde trabajar, se reunía con sus socios para discutir posibles proyectos debajo de un gran árbol en un parque. Tan precaria era la situación al comienzo que no tenían ni un despacho.

* * *

La primera película que Homi produciría con su nueva creada productora Basant Pictures fue un drama contemporáneo, que es lo que estaba de moda y lo que el público demandaba entonces. Ofreció un papel secundario a Nadia. Sería la primera vez que no fuese la

protagonista. Aunque le dio este papel, de mujer fatal, Nadia lo aceptó sin problemas. Sabía que las cosas estaban cambiando y se tenía que adaptar a los nuevos tiempos. Además, según Homi, aquel papel era nuevo y podría mostrar sus facetas como actriz dramática.

Pero surgió un inesperado problema entre los actores principales. Con el nuevo sistema de contratos por productores independientes, el salario de estos actores había subido tanto como su ego. El llegar tarde, nunca ser puntuales y pedir caprichos innecesarios a los productores eran modos de demostrar a técnicos y empleados de estudios quiénes eran los verdaderos jefes y que la producción dependía solo de la presencia y comodidad de ellos. Si no se cumplían sus demandas, con su inesperado abandono del proyecto podrían echar abajo una sola producción de un día para otro.

Lo que sucedió fue que el actor principal le comunicó a Homi que se negaba a actuar junto a Nadia porque consideraba que ella estaba estigmatizada por el público como una actriz del género de acción. Además, argumentaba que ella no hablaba correctamente el hindi, con lo cual, no se podía permitir causar un daño a su imagen de cara al público actuando junto con aquella *extranjera*. Sin embargo, por insistencia de Homi, que con mucha paciencia se tuvo que tragar los exabruptos de su actor, Nadia siguió con su papel, aprendiéndose muy bien los diálogos, y, cuando llegó el momento del rodaje, los actores se quedaron admirados de su carácter y profesionalidad, y ella se ganó su simpatía. Pero todo esto no sirvió para que la película no fuese un rotundo fracaso.

En los créditos, por primera vez, Nadia aparecía no en primer lugar sino además sin la coletilla «*sin miedo*». Durante el estreno, cuando su personaje surgía en pantalla y decía unos diálogos largos, muy distintos a los de sus papeles anteriores como la heroína Nadia, el público vociferaba con estruendo mostrando su rechazo y profiriendo un continuo «¡*Buuu*!».

Al final de la película, con ojos llorosos, Nadia mantenía un diálogo sentimental con la protagonista para evitar que se suicidara: «*Chanda, tú sabes que el corazón de una mujer es como el cielo. El cielo cambia en otoño. Cambia desde la mañana a la tarde. Como una tranquila nube cogida en una tormenta. ¿Qué es lo que sucede entonces, Chanda? Que el corazón del cielo se vuelve triste. Llora. Entonces las lágrimas caen*».

El público, con su continuo y sonoro «¡*Buuu*!», dejó inaudible el resto del diálogo y lo que quedaba de película. Hubo espectadores que arrancaron los reposabrazos de los asientos y los lanzaron hacia la pantalla; hubo incluso quien tiró la butaca entera.

Según mencionaban los periódicos en sus columnas el día después del estreno, el proyeccionista, tuvo que atrincherarse en su habitación,

en el piso superior, montando una barricada con los pocos muebles que tenía para sujetar la puerta y evitar que le asaltasen y destrozasen las bobinas, como le amenazaron que harían. Los distribuidores y los dueños de las salas de cine se negaron a seguir proyectando la película un día más.

El público se sentía engañado: no aceptó ese cambio tan radical de Nadia. Había sido encasillada interpretando personajes de acción y aventura, además, la gente quería verla en papeles «picantes» con atuendo «sexy», y no en papeles sentimentales o melodramáticos. Un sector de la prensa incluso la atacó con energía.

En la India, una vez que una actriz interpretaba a una madre en pantalla, quedaba encasillada por el público en ese papel. Incluso los productores, como norma, nunca la contrataban para interpretar un papel de joven amante o de estudiante. Para la moral del público, resultaba repugnante. Lo mismo sucedía si, en su vida personal, una actriz estaba casada o se conocía que tenía hijos. Los espectadores no asistían al cine para ver en pantalla su interpretación como recién casada o como hija del protagonista o de su hermana: lo consideraban sucio e intolerable. Incluso, el hecho de que una actriz contrajera matrimonio podía suponer el fin de su carrera profesional, según los convencionalismos del público indio.

Nadia estaba abatida por aquel estruendoso fracaso. Sus expectativas de poder ampliar sus recursos como actriz dramática se fueron al traste. Ahora más que nunca sabía que tenía que cambiar su rumbo profesional.

Annabel le sugirió trabajar como dependienta en una floristería que vendía, además, productos de artesanía, situada cerca del Hotel Taj Mahal y regentada por una amiga suya judía. Si se teñía el pelo, sugería Annabel, se cambiaba el peinado y salía a la calle sin maquillar, la gente no la reconocería.

33.
Los días de estrellato han acabado

Ya estábamos de camino en tren a Locarno y a su Festival Internacional, uno de los más importantes de Europa y el tercero más antiguo tras el de Cannes y el de Venecia.

A pesar de sus dificultades topográficas, hasta las últimas y más recónditas regiones están comunicadas en Suiza. El tren es, indiscutiblemente, uno de los medios de transporte más cómodos, seguros y placenteros para admirar la belleza del paisaje desde la ventanilla.

Nadia estuvo disfrutando del maravilloso paisaje hasta que, cerrando los ojos paulatinamente, se quedó dormida.

Empezó a oscurecer. Aún nos quedaban unas tres horas de viaje. Cada vez se distinguía menos el paisaje verde y las tradicionales casas con sus techos de pizarra negra, y más nuestro reflejo en el cristal de la ventanilla.

Cuando Nadia se despertó, comimos los bocadillos que la joven camarera de la sala vip del aeropuerto nos había preparado. Quedó tan encantada con la breve explicación que le hice del motivo de nuestro viaje que quiso poner de su parte en lo que estaba en su mano para hacernos la travesía más agradable. Nos preparó y empaquetó en papel de aluminio unos bocadillos de salmón ahumado y de salchichas, riquísimos. Además, nos puso en la bolsa ocho cervezas *lager* Feldschlösschen Original, que es ideal para saciar la sed en verano o para acompañar cualquier comida.

Mientras disfrutábamos de nuestro almuerzo tan campestre le pregunté qué es lo que pasó después de aquel fracaso tras el estreno de la primera película de la nueva productora de Homi.

—Pues la verdad es que me sentí como si hubiera recibido un infinito desprecio por parte del público indio, aplastado violentamente en pleno rostro, como a esos actores a los que le lanzan una tarta a la cara. Pues igual. Me sentí desfigurada, despreciada. La verdad es que me sentí inferior e infeliz. Desde luego, ¡qué ingrato y cruel puede ser a veces el público!

»Como una piedra que arrojas al agua ondulando la superficie para que al poco rato vuelva a ser un espejo liso, así, tan rápido, me pareció que había pasado del éxito encumbrado a la postergación. Durante los siguientes seis meses estuve trabajando en una tienda frecuentada por clientes adinerados. Me recomendó aquel trabajo Annabel. En más de una ocasión, se me insinuaron maharajás y

miembros de familias reales del interior de la India. A mí me agradaba el trabajo. La dueña me trataba como a una verdadera hija, siempre con mucho mimo, me quería muchísimo.

»Los clientes no me reconocían porque no me maquillaba. Llevaba un vestido muy normal, es decir, ni de lejos podían creer que yo fuera aquella estrella de cine llamada Nadia, ahora caída en desgracia... Principalmente, porque Bombay era una ciudad donde la vida transcurría muy rápido, las modas cambiaban y lo mismo sucedía con las películas, con continuos estrenos semanales. Esto, por el contrario, no ocurría en el interior, donde una película mía podía estar proyectándose durante meses en un mismo cinematógrafo. Yo no me lo tomaba mal. «*Todo viene y todo se va, hija mía*», me decía mi madre.

»Había tenido unos años estupendos. En tan poco tiempo, habían pasado tantas cosas que necesitaría años para clasificarlas. Bueno, nunca lo he hecho. Es esta la primera vez que rememoro mi pasado con tanto detalle. Me imagino que es porque me he convertido en una vieja habladora. El caso es que me lo había pasado genial, ¿quién hubiera podido soñar con haber sido encumbrada hasta los mismísimos altares de los dioses?, ¿eh? Además, del mismo modo que los pájaros saben a dónde ir cuando llueve, yo sabía que aquel era el momento de dar un nuevo rumbo a mi vida.

»Si por entonces se hubiera acabado el mundo o me hubiera muerto, mi extraordinaria historia de cómo una extranjera, rubia, de ojos azules, blanca e hija de un soldado súbdito del Imperio británico había conquistado lo que hoy en día se llama Bollywood, hubiera quedado completamente cerrada y perfectamente sellada como un círculo, como sucede en las películas y en las novelas románticas. Pero no en la vida real, ya que nuestra historia perdura hasta que nos convertimos en ceniza.

»Cuando le conté a Homi mi intención de trabajar en aquella tienda de artesanía, me dijo que ni hablar, que no lo consentiría, que bla, bla, bla y bla. Cuando se calmó y entró en razón, no tuvo más remedio que admitir que era mi única opción de poder trabajar y llevar dinero a mi casa. No podía dejar que mi madre y Annabel nos mantuvieran a Bobby y a mí, además de los gastos de la casa.

»—Te mandaré flores todos los días —me dijo Homi con cara de perro apaleado.

»—Pues mira… Te ahorras el gastarte el dinero en otro sitio y vienes a la tienda a comprarlas, que también es una floristería, ¿me oyes?

»Y venía todos los días «mi gordito parsi». Y ¿qué hacía? Se quedaba callado en un rincón, sosteniendo con las manos el sombrero, mirando al suelo, dando vueltas a su alrededor como un tonto o se quedaba fuera a la entrada, sonriendo a los viandantes.

»—¿Quiere usted un café? —le preguntaba los primeros días la dueña de la tienda, llamada Esther Lieberman.

»Días más tarde, ya que siempre rechazaba la invitación, le volvía a preguntar:

»—¿De verdad que no quiere usted un café?

»Desde entonces ya no le preguntaba nada.

»—¡Ufff! Qué cenizo de hombre tienes, hija mía —solía decirme Esther.

»Homi llegó un día eufórico. Me agarró de la cintura y me dio un beso. Se volvió a la perpleja Esther y le dijo:

»—¡Hoy sí que quiero un café!

»Me comunicó entusiasmado que había conseguido el dinero para una nueva producción. Yo me alegré por él, pero enseguida me dijo que yo participaría en ella. Ya me imaginaba yo en papeles secundarios de mujer fatal, de prostituta o de dueña de un burdel… cuando me dijo que no, que sería una película de Nadia, «¡como las de antes!».

»—Mira, Nadia —me dijo Homi viendo mi cara de preocupación—, el que tengamos todo en contra y un no por parte de los distribuidores, críticos y el público antes de empezar no es motivo para que no intentemos vencer.

»Sentí despedirme de Esther. Annabel consiguió una persona que me sustituyera. Según supe después, al poco tiempo, Esther vendió su tienda y se fue a Israel.

»Hoy en día, poca gente se acuerda de esa pequeña comunidad de judíos que vendieron sus comercios para emigrar a la tierra prometida. De hecho, desprecian cualquier labor de los extranjeros en la India. Yo soy un ejemplo. Tiene que ser un festival suizo quien decida honrarme públicamente y reconocer mi trabajo en la historia del cine indio.

»La gente en Bombay me mira y trata como si fuese una extranjera recién llegada, y no como a una compatriota india. Está bien, mi piel no es morena y mi acento da a entender que no soy nativa. Pero yo soy india. Aun así, hay gente a la que le causa placer estigmatizarte con la etiqueta de «extranjera», de no pertenecer al país, de ser foránea, como decía mi madre, de *meteco*.

»Después de la independencia, como la India pasó a ser un país mayoritariamente de religión hindú, muchos actores de origen musulmán se cambiaron el nombre por uno hindú, que consideraban más comercial. Pero lo que la gente desconoce es que el cine indio empezó con actrices de origen no indio, como por ejemplo yo, tras el comienzo del sonoro. Aunque lo que verdaderamente ignora el público, hoy en día, y la industria tiende a ignorar y no reconoce, es que antes de mí hicieron sus pinitos en el cine mudo indio actrices de

origen judío como las hermanas Sophia y Esther Abraham, que se hacían llamar Romila y Pramila, y fueron denominadas en su día popularmente como «*las hermanas melocotón*». ¿Quién se acuerda de ellas? Absolutamente nadie.

»La gente del cine es tan ingrata que hasta los productores indios actuales tienen podrida el alma. Con el paso del tiempo, estoy segura de que después de mi muerte, incluso, ni hablarán de mí ni reconocerán mi labor en la industria.

»Es muy triste saber que el rencor que hay en la India por ser de distinta religión, origen, color o procedencia alcance hasta a los muertos.

* * *

Homi, con la intención de dar un éxito a su reciente creada productora, quiso atenerse a lo que conocía como maestro único que era de las películas de acción, y de aquella fórmula *masala* que él y su hermano habían empleado con tanto éxito y había propiciado que Wadia Movietone fuese considerada la productora número uno de Bombay.

La película se titularía nada menos que *La hija de la mujer del látigo*, una secuela del primer éxito que había encumbrado a Nadia, *Hunterwali*. En ella, Nadia tendría un doble papel: actuaría como madre y como hija. El presupuesto era tan bajo que alquilaban distintos estudios según el precio que les ponían por el alquiler diario.

Homi quiso combinar todas las escenas exitosas de acción que funcionaron en el pasado. Su intención era querer dejar más claro al espectador la deidad en pantalla del personaje de Nadia y mezclar fuertes dosis de sentimentalismo con acción y comedia.

Para los exteriores, Homi localizó unos terrenos a las afueras de Bombay. Como los representantes del dueño del terreno le querían cobrar mucho, decidió comprarlo, ya que le salía más económico que estar pagando grandes cantidades a diario; además, así podría construir casetas temporales durante el rodaje para instalar a los técnicos con todo el equipo de rodaje, y se ahorraría el coste del transporte de Bombay a la localización, ida y vuelta, todos los días.

Nadia es la reina del lugar. Los campesinos viven alegres, todos disfrutan de las ganancias que obtienen de la tierra, del agradable clima y de la paz. Todo cambia con la aparición de un primo lejano que asesina a los más cercanos de la reina y encierra a esta en prisión. Antes de ir matar a su pequeña princesa, esta es salvada por un granjero que la cuida en el bosque en secreto. Doce años después, la hija de la reina se ha convertido en una agitadora social que pregona

la libertad y la justicia entre los campesinos contra la tiranía del dictador. Descubre su verdadero pasado, desempolva de un baúl el antifaz, el látigo y la vestimenta utilizada en el pasado por su madre y se transforma en… *La hija de la mujer del látigo*. Nadia monta al galope, salta al suelo desde encima de los caballos, hace piruetas, hace de todo…; nunca se había encontrado tan ágil. Su personaje se ríe a carcajadas luchando contra los malos con tan solo pasteles de crema que tira uno tras otro al descubrirlos extorsionando a un pastelero. Esgrime mejor que nunca, y fustiga con más fuerza una y otra vez su látigo contra los villanos.

Todas las escenas estaban meticulosamente coreografiadas por Homi ya que se jugaba definitivamente en esta película el futuro no solo de su productora, sino el suyo propio y el de Nadia.

La película fue un éxito rotundo de taquilla. Homi invirtió las ganancias en construir un modesto estudio en aquellos terrenos donde había rodado los exteriores.

Aun así, ya para 1943 los días de estrellato de Nadia habían terminado. Sin embargo, Homi era consciente de que Nadia tenía un público fan de sus películas *masala*, no solo en la India sino también en el extranjero, donde había un gran número de inmigrantes indios. Por este motivo siguió produciendo dos películas al año, con Nadia como protagonista, que generalmente eran secuelas o nuevas versiones baratas de sus mejores éxitos en pantalla de años anteriores. Nunca llegaron a ser tan exitosas y conocidas como las realizadas por Wadia Movietone, pero hacían caja; ganaban dinero y lo invertían en Basant Pictures añadiendo salas de posproducción, comprando equipos modernos de sonido, laboratorios y salas de proyección.

34.
Homi, el amor de su vida

—Un día de noviembre del año 1947 ocurrió un hecho insólito. Homi y yo estábamos en el bungaló de la playa. Seguíamos viviendo aún separados: él en su casa con su madre y yo con la mía. Pero casi todos los fines de semana los pasábamos juntos.

»Como de costumbre, me levantaba a las cinco y media de la mañana, daba de comer a mis perros —en aquellos tiempos tenía como diez o quince perros callejeros—, y luego me iba la playa, donde hacía mis ejercicios físicos. Pero aquella mañana, cuando volví a casa, Homi, mientras tomaba tan tranquilamente su té con jengibre sentado en su ancho sillón de mimbre, donde tenía la costumbre de leer los periódicos por las mañanas, me comunicó sin inmutarse que acababa de recibir una llamada telefónica y que estábamos invitados a una reunión familiar en casa de su hermano Cyrus. Incluso, iban a asistir miembros de la industria cinematográfica de Bombay, además de la madre. Yo me quedé sorprendida.

»—¿Los *dos*? —le pregunté.

»Era la primera vez en todos estos años que recibía una invitación por parte de la familia Wadia.

»—No, yo no voy —le dije muy segura de mí misma.

»—Nadia, ¿qué dices? —me dijo levantándose y cambiando de expresión.

»—¿Para dar una excusa a Hilla para que me humille en público?

»—No. Eso no ocurrirá —me dijo sonriendo cariñosamente. Cogiéndome por los brazos, continuó—: Después de hablar conmigo, Cyrus pasó el teléfono a Hilla. Y ella, conociendo tu cabezonería, me insistió en que te esperan, que no aparezca yo sin ti. Nadia, quieren admitirte en la familia.

»Nos abrazamos. Me puse a llorar en su hombro. El sentimiento que experimenté fue el de haber ganado una gran batalla, como el de haber sido nominada para el mayor premio jamás creado. Estaba extasiada. El mero hecho de que Hilla y Cyrus, que se habían portado tan mal con nosotros, requiriesen ahora mi presencia, significaba que la unión entre Homi y yo quedaba reforzada al admitirnos públicamente nada menos que la jerarca de los Wadia: la señora Dhunmai. Ya que, sin su consentimiento personal, no me habrían invitado.

»Fui a casa de mi madre para que Annabel me hiciese el peinado. Mi madre estaba muy contenta y me ayudó a vestirme con un sari que

tenía yo guardado para ocasiones especiales. Una vez que estuve maquillada, me quedé esperando a Homi, que vino a recogerme a la hora que habíamos acordado con su flamante nuevo coche, un Mercedes. La casa de Cyrus e Hilla se llamaba Casa da Vinci, y desde luego aquella mansión no defraudaba para tener tan pomposo nombre. Yo entonces no podía comprender la diferencia que existía entre la ostentación lujosa y el buen gusto, y quedé maravillada. Era una construcción *art decó*. Desde luego, con el gusto que sabía yo que tenía Hilla por todo lo europeo, el diseño no decepcionaba.

»Apoyada en el brazo de Homi, noté de inmediato que docenas de pares de ojos nos escrutaban con total descaro, actitud típica de los indios. Cyrus nos recibió con una cordialidad exquisita. Nos ofreció unas copas, no paraba de sonreírnos y no dejaba de mostrar su admiración, algo artificial y teatral, por mi sari, que también comentaba con otras señoras invitadas esperando aprobaciones. Desde luego, ver a una rubia en sari era algo singular, extraño, inconcebible en aquella época.

»Cuando nos encontrábamos en el salón principal bajo alguna que otra mirada de mal disimulada curiosidad, una inoportuna tía mayor de Homi se acercó a nosotros y, sin mirarme ni prestarme atención, saludó a su sobrino para, acto seguido, desaparecer por una habitación adyacente. En ese momento, me asusté. Sentí que algunos invitados se habían dado cuenta de lo sucedido. Se me cayó el alma a los pies. «Me ignorarán el resto de miembros de su familia», me quedé pensando.

»Le susurré a Homi que me iba, que había sido una mala idea ir, que no podía recibir otra humillación en público, que no me hiciese pasar por eso… De repente, Cyrus, queriendo salvar la situación, con su ademán teatral, apareció en medio del salón comportándose como un viejo galante de la corte de Versalles. Como no dando importancia a las habladurías, se acercó a nosotros sin perder la sonrisa. Nos cogió a ambos del brazo y alzando la voz, dijo:

»—Pero ¿es que todavía no habéis saludado a *mamá*?

»Yo ya pensé que me llevaba a la boca del lobo. Si me humillaba tan descaradamente en público la jerarca de los Wadia, yo ya sería un caso cerrado para siempre, sin desagravio posible.

»Cyrus actuaba como un galán de cine. ¡Mira que le gustaba! No quería perder aquella celebración como una ocasión para dar a entender a los invitados su condición de magnate del cine indio. Cuando entramos a una habitación, al otro lado del pasillo, ahí estaba la matriarca de la familia sentada en un enorme sofá. También se encontraban el actor Dilip Kumar y la actriz del momento, Nargis. Ambos acababan de participar en una película de Cyrus, que fue idea de Hilla, titulada *Mela*, sin duda el mayor éxito en toda la India tras su estreno al año siguiente, en 1948.

»Hilla, quizá un poco desconcertada, en un primer momento frunció el entrecejo al verme en tal resplandeciente vestido. Pero enseguida, con las finas cejas ligeramente arqueadas, tranquila y más dueña de sí, vino a recibirme esbozando una sonrisa de oreja a oreja. Su cara seguía teniendo un aspecto aniñado, un poco enfurruñado. Me miró, pero ya no había desafío ni cinismo en su mirada. Me dio un beso en la mejilla, como si nada hubiese ocurrido entre nosotras en el pasado, y me presentó a los actores que charlaban a un lado mientras tomaban sus copas de champán. Acto seguido, bajo la atenta mirada de los presentes, me llevó hasta Dhunmai.

»Tuve la sensación de encontrarme ante una de aquellas últimas hojas muertas de un árbol dispuestas a que el viento las arranque. Aun así, me sentía pequeña y apretada entre fuerzas del más allá, cósmicas, como un héroe de una tragedia griega. Mirándome fijamente, la matriarca de la familia se iba levantando despacio. Nadie hizo ademán de ayudarla a incorporarse, conscientes como eran de que la anciana señora les rechazaría elevando la voz en cuanto la sujetaran por el brazo. Le gustaba valerse por sí misma y hacer entender a la gente que, a pesar de su edad, aún tenía fuerzas suficientes. Cuando por fin se hubo puesto de pie frente a mí, la anciana Dhunmai me dijo pausadamente:

»—Hermoso sari, Nadia. Dame un beso, hija.

»Aquel gesto de la matriarca de la familia Wadia abriendo sus brazos hacia mí para que la besase simbolizaba que, oficialmente, era admitida en la familia. Se me cayeron las lágrimas, y estoy segura de que a más de un invitado también, aunque, cuando quise mirar a mi alrededor, todos hacían como si no hubiesen visto nada. Homi alargó sus pesados brazos y nos abrazó a las dos a la vez, y como en un melodrama indio de ininterrumpidas tres horas y media, Cyrus tuvo que poner la guinda también abrazándonos. Hilla, con lágrimas en los ojos, se puso a aplaudir y acto seguido, el resto de los invitados dejaron de pretender que no se daban cuenta de nada y la acompañaron efusivamente.

»Días después, Dhunmai sufrió un ataque al corazón que la dejó permanentemente en silla de ruedas hasta su fallecimiento, poco después. Homi siguió viviendo en su casa y yo en la mía, porque ya debido a mi edad, pasados los cuarenta, me encontraba incapaz de hacerlo sin la presencia de mi madre y Annabel. A Bobby lo mandamos a estudiar a un internado en Inglaterra, desde donde nos escribió contándonos que se lo estaba pasando muy bien y aprendiendo mucho. Mi hijo fue un caso perdido. Tenía una mente algo inestable, aunque era muy bueno de corazón, muy bondadoso, extrovertido y cariñoso con la gente. Nunca faltaba el respeto a nadie.

»Aunque no convivimos ni nos casamos, Homi no solo era el amor

de mi vida, sino una compensación hermosa que me hacía los días más llevaderos y me servía de apoyo emocional.

»El día de Navidad lo pasábamos en la casa de la playa y organizábamos extravagantes fiestas de disfraces, en las que el alcohol corría como la espuma: una curiosa mezcla de tradición cristiana y heterogeneidad india, por así decirlo… Un año, para sorprender a los invitados sentados en el jardín frente a la playa, Homi llegó a la casa disfrazado de Papa Noel montado sobre un enorme elefante;0 y otro año entró dentro del salón con un camello. Hubo quien del susto saltó por la ventana y cayó sobre la arena. En este mundo no hay nada más irresistiblemente contagioso que el buen humor y la risa. Cuando había que cantar, era él quien lo hacía con más ímpetu, a pesar de que desentonaba cualquier tipo de canción, incluso a coro. Su voz profunda sonaba atronadora a más no poder, pero no se le enrojecía el semblante ni se le hinchaban las venas de las sienes con tanta facilidad como le sucedía a nuestro amigo Sayani ante las risas de todos nosotros.

»Durante los días calurosos de verano, nos íbamos a las montañas, a las llamadas *hill station*, como Mussoorie, Darjeeling y Shimla. Estas fueron enclaves rediseñados por los ingleses para que los funcionarios de la administración de la colonia india dejaran los centros urbanos para pasar el tiempo de los meses de más calor seco, en la meseta, en aquel benévolo clima montañoso. Siempre viajamos allí en tren desde Nueva Delhi. La primera vez que vi una montaña cuando era una adolescente, de camino a la granja de caballos de Michael y Elisabeth, la verdad es que no me sorprendió. Sí que fue algo estimulante y diferente al paisaje urbano de Bombay en el que me había criado, pero, en cualquier caso, sentí que ya había visto aquellos paisajes antes. Incluso, cuando somos niños, vemos cosas familiares en lugares nuevos o en nuevos rostros. Parece que somos viejos en experiencias; no somos conscientes de que hay un principio, solo eternidad.

»Aunque los británicos ya hacía años que se habían marchado de la India tras la independencia en 1947, los *rickshaws* tirados por *coolies* todavía se podían ver por las empinadas calles, de un lado a otro de las estaciones de montaña, transportando a obesos hombres de negocios de Calcuta, Bombay, Delhi y Madrás, con sus rollizas, pelonas y estridentes esposas. Yo me reía con Homi viéndolos cómo presumían de ser una nueva clase india esnob y rica, como si quisieran sustituir la prepotencia de los blancos ingleses. Parecía que estuviesen reconquistando una colonia inglesa ya abandonada, adoptando la vestimenta y la actitud de los extranjeros británicos.

35.
El final del rebelde y asesino Trilok Singh Rathore

—Me gustaría preguntarte sobre la situación política de aquella época, porque durante aquellos años se recrudecieron la violencia y el terrorismo. Además del baño de sangre que hubo tras la independencia en 1947, ¿viviste alguna situación cercana de peligro?

—La más escalofriante y no menos anecdótica, que Sayani nunca se cansó de contar años después, fue cuando estábamos rodando en exteriores para unas escenas que necesitábamos de persecución en un bosque durante el rodaje de aquella primera película que realizamos para la nueva productora de Homi, Basant Pictures, a la que titularon *La hija de la mujer del látigo*.

»Nos habíamos trasladado a una zona muy a las afueras de la región de Maharastra. Cuando terminamos el rodaje a mediodía, Homi decidió irse en un camión con parte del equipo a toda velocidad, porque quería llevar las cajas de celuloide al laboratorio. Considerando las altas temperaturas, no se fiaba de que no ardieran, como en alguna ocasión sucedió debido a una gran ola de calor: las cintas ardieron y el fuego se propagó muy rápido a nuestras tiendas de campaña y convirtió en cenizas todo lo que las llamas pillaron por delante. Pero Homi decidió, por precaución, que Sayani, John y yo nos quedásemos en un hotel pequeño que había en un pueblo vecino, entre otras cosas, porque la carretera no era segura debido a la violencia de grupos armados. Al día siguiente, por la mañana, él vendría a buscarnos.

»El hotel estaba muy bien y la habitación era muy amplia. Parecía un apartamento, ya que tenía muchas habitaciones. Se trataba de un hotel turístico para pasar largas temporadas en familia, ya que había una reserva de animales salvajes en las cercanías y por las mañanas se podía incluso divisar grupos de tigres caminando por los bordes del camino en dirección al lago a beber agua.

»Empezó a hacer muy mal tiempo por la noche. El edificio parecía un barco: las ventanas del piso inferior se podían oír golpear con furia y el ruido del viento entraba silbando por rendijas de manera fantástica. De repente, empezó a llover con mucha fuerza. Una vez terminó aquel temporal, hubo un profundo silencio en todo el edificio.

»Me encontraba durmiendo profundamente cuando John me despertó sobresaltado.

»—Nadia, creo que hay alguien dentro —me susurró al mismo tiempo que me sacudía con suavidad.

»—John, ¿qué dices? Será Sayani, que habrá ido al baño —le contesté con voz soñolienta.

»—¡Chsss! No grites —refunfuñó.

»—Pero si no grito. Hablo fuerte. Y deja de moverme más con tu pesada mano, que ya has conseguido despertarme.

»John, como un cazador esperando a escuchar a su presa, se encontraba con el oído puesto en aquella oscuridad, con el cuello estirado a más no poder hacia un lado. Yo volví a cerrar los ojos intentando conciliar de nuevo el sueño.

»—Nadia, que te digo que hay alguien aquí. Sayani aún duerme ahí en el suelo, ¡míralo! —me dijo susurrando

»—Pero ¿quién? —le pregunté bostezando y no dando crédito a lo que decía mi amigo.

»—Puede ser un terrorista y puede que haya más. Escucha, escucha ese ruido… —musitó John.

»Yo puse toda mi atención en oír, con los ojos abiertos de par en par y boca arriba hacía esfuerzos por intentar escuchar algo inusual. Agucé el oído, escuché, y sí, un sonido captó mi atención. Se me puso la piel de gallina. John tenía razón. Alguien estaba recorriendo la habitación contigua. Subí el pequeño interruptor de la luz, pero no había electricidad. La habrían cortado o, quizá, debía de haberse caído un árbol sobre los cables; eso pensamos. Para colmo, John dijo que se nos habían olvidado las velas y la caja de cerillas en recepción. El dueño del hotel las había puesto encima del mostrador cuando firmamos en el registro, diciendo que eran por si acaso se producía un corte de luz, como es tan común, incluso hoy en día, en la India. Pero como estábamos tan absortos en mantener nuestra verdadera identidad en secreto, ninguno se preocupó de cogerlas.

»—Quizás sea un ladrón —dije a John en voz muy baja—. Haremos una cosa. Despierta a Sayani, que él sabe dónde está el revólver que nos ha dejado Homi. Creo que lo guardó en uno de sus fardos.

»La verdad es que todos los días se leía en los periódicos sucesos escabrosos de muertes por asesinatos, degollaciones y demás… Aquellos años fueron muy violentos. Mucha gente iba armada.

»Cuando despertó a Sayani, los dos se subieron en mi cama en torno a mí, como si yo fuese un escudo protector. Desde los grandes ventanales entraba la única luz tenebrosa que envolvía toda la habitación. El cielo se había despejado algo de nubes y una luna pálida apareció. Sudábamos a chorros debido al bochorno de aquella noche.

»—Sin duda, hay un intruso —dijo Sayani con el revólver en la

mano—. ¿Oís?

»—Sí, sí ¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? —preguntó lacónicamente un acongojado John.

»—Lo que te corresponde hacer. ¿No eres tú el musculoso hombre míster India? Pues vas ahora mismo a aquella habitación y preguntas a esa persona qué quiere.

»—A lo mejor solo tiene hambre —afirmó Sayani en voz muy baja.

»—¿Y tú como sabes que es uno solo? A lo mejor, hay más personas —dije susurrando, como si se tratara de un secreto—. Y salid los dos ya de inmediato de mi cama, que me estáis haciendo daño en la pierna.

»Como no salían de mi cama, tuve que levantarme y coger el revólver a Sayani, y ahí estaban, detrás de mí, como niños… Sin embargo, confieso que me daba mucho miedo enfrentarme con alguien desconocido. ¿Quién podría ser?, ¿un criminal, un gánster, un terrorista? ¿Tendría más amigos esperando fuera? ¿Habría más gente en el apartamento? ¿Sabrían que éramos actores y querrían raptarnos?

»Sayani intentó llamar por teléfono, pero la línea estaba cortada, lo que acentuó aún más nuestra preocupación.

»—¿Y si es el señor de recepción buscando algo que ha perdido? —planteó John.

»—La verdad es que a mí me pareció una figura siniestra. Quizás sea él y esté abriendo nuestras maletas para saber quiénes somos, como no nos reconoció por la suciedad que teníamos al entrar en el hotel… —dijo Sayani—. Además, Homi nos hizo la reserva y nos registró en el libro de huéspedes con nombres falsos. Quizá no fuimos muy convincentes al decirle que éramos familiares y hayamos levantado sospechas…

»—No, no es el recepcionista, como tampoco es ese enorme gato que vimos fuera en el pasillo. Tampoco puede ser él —argumentó John.

»—Qué cosas dices, John. Pero ¿qué gato va a hacer ese ruido tan pesado? —pregunté enojada tras tanta observación estúpida que no llevaba a ningún sitio y que solo ayudaba a prolongar aquella noche de vigilia.

»—Es imposible que sea un gato. Tampoco puede ser una rata, porque no puede hacer ese ruido —dijo de manera categórica Sayani.

»—A ver, ¡tú!, ¿por qué imposible? —se encaró John—. Tú siempre llevando la contraria y ahora argumentas rotundamente que es *imposible* que sea una rata. Las ratas, amigo mío, hacen cosas muy raras por las noches. Hacen muchas tonterías, que lo sepas.

»—Yo no llevo la contraria a nadie. Solo hablaba del ruido; ya sé que cuando se trata de defender la vida, nada hay imposible —dogmatizó Sayani—. Parece imposible que yo me coma el hueso de un

mango, pero sucede, soy capaz de comérmelo si tengo hambre… Pero bueno, no quiero hablar de mí.

»—Pero ¿qué tonterías estáis diciendo los dos? —salté enojada.

»Con una lentitud enervante y con los dos amparándose detrás de mí, habíamos llegado sigilosamente frente a la puerta de nuestra habitación. Los pasos sonaron más cercanos detrás de la puerta. Abrí de golpe y encañoné el revólver hacia el fondo del pasillo. No había nadie.

»—Quizás esté en la salita —insinuó Sayani pegando su cabeza a la mía y sin apartar la mirada hacia el fondo del pasillo.

»—Sí, quizás esté allí, en la entrada —secundó John, pálido como un difunto.

»Los pasos volvieron a sonar. Sentí un escalofrío. Algo pesado se había caído al suelo y acto seguido había sido recogido.

»—Eso ha sonado tan pesado como un arma, como una escopeta o algo así, ¿no? —susurró John.

»Con sigilo, recorrimos el oscuro pasillo que daba hacia la salita junto a la puerta principal. Pero cuando llegamos, no había nadie.

»En un susurro, llegamos a la conclusión de que el ladrón, criminal o quien diablos fuera, con destreza, se había deslizado junto a la pared y, utilizando la oscuridad como camuflaje, se habría escurrido entre nosotros por el pasillo y estaría ahora atrás, ¡en nuestra habitación!

»Llegamos al sitio desde donde habíamos partido, pero tampoco había nadie allí. Habíamos sido burlados, pensamos. Ahora oíamos los pasos en el pasillo, pero, en cuanto nos acercábamos, se oían en la habitación. Cuando volvimos con premura, el taconeo se alejaba en dirección opuesta hacia la salita. Recorrimos toda la casa, y nada de nada. No vimos a nadie, por mucho que la inspeccionamos de arriba abajo.

»John llegó a la conclusión de que habíamos recorrido más de cinco kilómetros. Cuando escuchamos un quiquiriquí desde el jardín vecino, las fuertes pisadas cesaron y, rendidos a más no poder, nos tumbamos los tres juntos en mi cama, y ahí nos quedamos dormidos.

»Al cabo de un par de horas, Homi se presentó en medio de la habitación, bien acicalado, fresco, como nuevo, cargado de *tiffins*[46] metálicos llenos de comida para desayunar. Nos dijo:

»—¿A que no sabéis a quién habéis tenido como vecino en la habitación de arriba?

»—Jefe, no sé lo que sucede en este hotel, pero creo que o hay almas en pena o cualquiera diría que hay brujas —le contestó Sayani —. Toda la noche oíamos pisadas de un individuo, pero no conseguíamos dar con él. Se movía con rapidez de aquí para allá.

»—¿Brujas? No digas tonterías. No estaba aquí dentro el misterioso personaje que perseguíais. Habéis tenido toda la noche ahí arriba, en

la habitación de arriba… —dijo Homi señalando con el índice al techo —… al criminal más buscado de toda la India. ¡Trilok Singh Rathore! Nada más amanecer, los soldados lo han apresado cuando intentaba escapar con una bolsa que contenía la cabeza de un líder musulmán al que había decapitado ayer por la mañana.

»Con las emociones y el cansancio se nos abrió el apetito. Abrimos los recipientes y, sentados sobre mi cama, devoramos por completo toda la comida sin más cubiertos que nuestras propias manos.

»El fin del mandato británico, en 1947, fue recibido con entusiasmo por indios de cada credo religioso y creencia política. Sin embargo, con la división de la India, la zona del Punjab, donde tradicionalmente eran anti musulmanes, quedó bajo la jurisdicción de Pakistán. Tuvo lugar un éxodo masivo de musulmanes desde el territorio de la India hasta Pakistán y de sijs e hindúes desde Pakistán hasta el territorio de la India. En el curso de las migraciones, que involucraron a más de cuatro millones de personas solo en ese año, hubo cruentas luchas; muchos convoyes de refugiados fueron atacados y masacrados por partisanos fanáticos.

»Aquel rebelde y asesino llamado Trilok Singh Rathore, que había conocido yo años atrás, según leímos en el periódico, también estaba acusado del delito de terrorismo, por haber volado con dinamita la residencia de un productor de cine —que en verdad fue nuestro amigo Sayani—, también se le atribuía el delito de asesinato tras haber decapitado a más de cuarenta musulmanes en una estación de tren cercana al lugar donde nos encontrábamos. Habíamos pasado la noche a escasos metros del más sanguinario criminal de toda la India. Menos mal que no hicimos ruido como para alarmarle; hubiese sido fatal. Le hubiese dado un síncope al vernos durmiendo juntos en una misma habitación: John, siendo cristiano, Sayani, musulmán, y a mí, a quien ya había amenazado con matar cuando me volviese a ver.

»Siempre me repugnó la arrogancia de las personas que consideraban a los indios seres primitivos y salvajes. Quien pensaba así era porque vivía encerrado entre la gente blanca, en su burbuja, y no tenía amigos indios o no se mezclaba en la sociedad para conocer y ver la realidad. Esta gente pensaba que los europeos, sobre todo los británicos, habían sido elegidos para poner sus botas sobre la cara de los nativos para convertirlos en súbditos sumisos de la corona. Pero, sin duda, estaba bastante harta de ver cómo actuaban los innumerables cínicos y arrogantes maharajás, rajás y demás multimillonarios capaces de sacrificar a los pobres habitantes de sus mini reinos para complacer a los británicos, como hicieron mandando a jóvenes como corderos al matadero durante la guerra en Europa.

»El fanatismo religioso continúa en nuestros días. No hay nada más que ver a Bal Thackeray.[47] De hecho, Bal se mostró siempre

partidario de una dictadura en la India y no ocultó su simpatía hacia Adolf Hitler. Lo peor con los nacionalistas excluyentes es hacerles caso. Sinvergüenzas, todos.

36.
Nadia y Homi contraen matrimonio

La industria del cine indio rendía sabrosos y rápidos beneficios para sus nuevos productores. Tras la independencia de los británicos, el cine indio de Bombay, aquel que llamarían años después Bollywood, creó una industria más con fines económicos que artísticos en la cual los insatisfechos, los individualistas y los ambiciosos, los trúhanes, los sensibles y los tramposos, los prepotentes, los capitalistas y los recién llegados luchaban entre sí para conseguir un equilibrio de fuerzas, de dominación.

En los años cincuenta, Cyrus y Homi, ya reconciliados, iniciaron juntos proyectos con Basant Pictures. Dejaron las películas de acción en un segundo plano y se dedicaron principalmente a producir películas siguiendo la demanda del público de entonces, las que llamaban «de clase»: puros melodramas con canciones cuyas letras eran escritas en su mayoría por poetas musulmanes y que hablaban del enamoramiento, del amor no correspondido, de la crueldad del mundo…

Con el paso del tiempo, el público y la industria cinematográfica —siempre ingrata con las actrices que se hacen mayores y envejecen en la más absoluta indigencia— se fueron olvidando de Nadia. A principios de los años cincuenta, consiguió dejar de fumar, tras muchos esfuerzos, por insistencia de los médicos debido al asma que padecía. Sin embargo, esto provocó que aumentase su consumo diario de alcohol.

Pocos años más tarde, Margaret, fumadora empedernida, falleció a causa de un cáncer de pulmón. Annabel, fiel amiga, vivió con ellas hasta su fallecimiento, poco después de Margaret, a la edad de ochenta y ocho años y sin perder nunca su buen humor.

Nadia comenzó a pasar muchas noches sola y encerrada en su dormitorio, bebiendo hasta estar completamente embriagada. Durante el día, tras levantarse, sentía dolores en todas las articulaciones. Solía estar de un humor de perros, febril, en un estado de abatimiento profundo y la cabeza le solía arder. Por la noche seguía igual, bebiendo y bebiendo.

Bajo aquella embriaguez, se dedicaba a llamar inesperadamente por teléfono a sus conocidos y hablar de cosas incongruentes. John Cawas había estado recibiendo insistentemente llamadas de Nadia durante una semana entera a altas horas de la madrugada. Preocupado porque la gente chismorreaba sobre la posible caída en el alcoholismo

y la inestabilidad mental de su querida amiga, John se apresuró a llamar la atención a Homi, quien se presentó sin más dilación una tarde.

Después de estar llamando y aporreando insistentemente a la puerta sin tener respuesta, bajó a la recepción y desde el teléfono intercomunicador del edificio, estuvo llamando una y otra vez al apartamento de Nadia, sin obtener repuesta.

Presintiendo que algo habría ocurrido, Homi llamó a John Cawas, quien se personó para ayudar a su amiga. Tras seguir golpeando la puerta, John decidió derribarla de un empujón. Una vez dentro, recorrieron la estancia, llena de botellas vacías de *whisky* y cerveza esparcidas por el suelo.

Homi entró en el cuarto de baño y se encontró a Nadia desnuda e inconsciente en la bañera. Entre él y John consiguieron sacarla de la bañera. La dejaron en el suelo de la habitación y le practicaron primeros auxilios. John corrió a llamar una ambulancia mientras Homi, llorando como un niño desconsolado, le ponía un albornoz.

Al día siguiente, ella se encontraba ya despierta y consciente en la cama del hospital.

—Que sepas que no te está haciendo ningún bien —le dijo con enfado Homi.

—¿Te molesto a ti? ¿Te hago algún daño? Si hago algo malo, ya resolveré lo que se haya de hacer —dijo girando la cabeza hacia la ventana, sin duda, algo avergonzada por lo sucedido.

—Pero, vamos a ver… La próxima vez, ¿a quién quieres que llame para que te vean desnuda y medio muerta?, ¿eh? ¿A los vecinos de tu edificio, para que tengan motivos para hablar con la prensa y acaben echándote con una orden judicial?

—Vamos… Ni que John no me hubiese visto antes como vine al mundo… ¡Las veces que nos hemos cambiado de ropa juntos durante los rodajes! ¿Ahora me voy a sonrojar?

—¿Sabes que le tuve que decir al presidente de tu comunidad de vecinos? Que te habías resbalado en el cuarto de baño debido a unas goteras… y le di la vuelta al tema amenazándole con que, si el edificio seguía con un mantenimiento tan penoso, tendría que hablar con mi amigo el alcalde para que os pusiese una cuota para el abastecimiento del tanque del agua. Ahí se arremolinó el hombre. Debes saber que este tipo de conductas predicen ciertos fines a los que se llegará si se sigue igual, Nadia. Pero si uno corta por lo sano tal conducta, el fin ha de variar.

—Bueno, tampoco es para tanto… —murmuró Nadia.

—¿Qué? No, mira. Esto se acaba ahora mismo para evitar males mayores.

Homi cogió una flor del florero que estaba sobre la mesilla.

Salpicando de agua toda la moqueta y poniéndose de rodillas junto a la cama, le dijo, con la mirada luminosa y llena de cariño:

—Nadia, ¿te quieres casar conmigo?

Nadia se quedó mirándolo. Después de un silencio, rompió a reír a carcajadas.

—¿De qué te ríes? —protestó Homi desde el suelo.

—Pero ¡mi gordito parsi! Levántate, por favor, que me vas a hacer reírme de ti —le contestó Nadia con lágrimas en los ojos—. Es tu cara. Tienes la cara larga como la cabeza de un caballo afligido.

En ese mismo momento, John Cawas y un grupo de gente, entre los que se encontraba Sayani y Cyrus, abrieron la puerta de sopetón. Viendo la escena, John, con el picaporte en la mano, musitó al mismo instante que con su corpachón empujaba al grupo hacia atrás fuera de la habitación cerrando tras de sí la puerta:

—¡Ups!

Se pudo oír al otro lado desde el pasillo a Sayani gritando en voz alta:

—¡No hemos visto nada!

Se casaron en la intimidad en una ceremonia civil. Nadia tenía cincuenta y dos años y Homi unos diez más que ella. Hicieron una celebración en la casa de la playa invitando a los amigos más cercanos. Pocos días después, realizaron un largo viaje por Europa y por los Estados Unidos.

Viajaron a Hollywood, donde Homi tenía muchos conocidos, y fueron recibidos como invitados de honor en varias ocasiones a rodajes y a fiestas privadas en casas de actores célebres de la época. En una de aquellas fiestas, en la residencia de un productor, Nadia, bajo los efectos del alcohol tras varios *zombie cocktails*, sin saber quién era, ante la atenta mirada de los sorprendidos invitados, entabló una cordial amistad con la entonces veterana columnista Louella Parsons, quien fue una protegida de William Randolph Hearst durante los años treinta, entre otras cuestiones, por haber escrito favorablemente acerca de Marion Davis. Al mismo tiempo, era temida y odiada por los actores de entonces, cuyas carreras ella podía perjudicar a través de sus columnas en los periódicos y en su programa de radio. Louella se quedó admirada por la bella tela tan fina que Nadia llevaba sobre los hombros. Ella le explicó con todo detalle la historia de este tipo de chal, llamado *pashmina* y fabricado en el norte de la India, en Cachemira. Tejida con lana de cabra, antiguamente se denominaban «chales de anillo», porque son tan finos que se podían hacer pasar por un anillo. Nadia siguió describiendo la belleza de los parajes de aquel lugar de la India británica igualándolo a la mismísima Suiza, país que junto a Homi habían visitado durante aquel largo viaje. La crítica columnista norteamericana quedó tan cautivada por el habla, la

presencia y el carácter tan jovial de Nadia que en la columna que escribió más tarde no hubo ningún comentario dañino o irónico, sino lleno de amabilidad y admiración hacia la prometedora industria del cine indio. Nadia, por otro lado, nada más volver a Bombay, le mandó por correo un paquete con once bellas *pashminas*.

* * *

—El alcoholismo, desde luego, es un vicio que degrada y humilla a las personas porque la embriaguez nos hace perder nuestra mente, el raciocinio, el orgullo y, sobre todo, nuestra dignidad natural. La prostitución es degradante, de acuerdo, pero una prostituta puede mantener su dignidad; la mendicidad igual, es degradante, pero no resulta tan indecorosa como el alcoholismo. Gracias a Homi, conseguí reponerme. Si no, hubiese caído en un pozo que me hubiese llevado directamente a la tumba.

—¿Y tu hijo Bobby?, ¿nunca quiso ser actor o trabajar en algún área relacionada con el cine, como productor o director?

—¡Bah!, qué va… —me contestó riéndose—. ¿Sabes lo que quería ser? Policía en Londres. A él gustaba todo lo inglés.

»Como nació cuando la India estaba bajo el mando británico, recibió una enseñanza acorde con esa situación. Cuando se hizo mayor, lo mandamos allá para que tuviese una mejor educación. Homi, incluso, le propuso trabajar como socio suyo en Basant Pictures, pero Bobby no quiso. Decía que se estaba preparando los exámenes para entrar en la policía, pero suspendió.

»Cuando viajé con Homi a Inglaterra para visitarlo, lo encontramos trabajando de ¡cartero!, y estaba muy feliz. Decía que le entusiasmaba el uniforme y que le parecía incluso más bonito que el de policía. Sin embargo, su salud se estaba deteriorando y el clima no ayudaba: la humedad, la niebla, el frío, le hacían enfermar, y eso le impedía realizar su trabajo. Así pues, le pedimos que se viniese con nosotros. Aunque al principio se opuso a la idea de volver a la India, se dio cuenta de que, si se quedaba en Inglaterra, llegaría el momento en que no tendría a nadie que le cuidase. Físicamente estaba muy débil, y después de nuestro viaje por Europa, pasamos de nuevo por Londres para que se uniese a nosotros. No podía andar y tuvimos que llevárnoslo en silla de ruedas.

»De vuelta a Bombay, todas las mañanas hacía ejercicio conmigo y yo le movía las articulaciones, a pesar de los numerosos alaridos que soltaba. Le tenía que forzar a realizar ejercicios de yoga. Todo esto, más los cuidados que recibía de un especialista, hizo que en menos de un año estuviera como nuevo. ¡Hasta se convirtió en jugador

profesional de *hockey*! No es un deporte de mucho prestigio en la India ni tan popular como el críquet, pero mejor eso que estar andando kilómetros y kilómetros todos los días por las húmedas calles de Londres y estar echando cartas en los buzones de las casas.

37.
Rescatando a Nadia del olvido

Después del matrimonio, Nadia dejó de participar en películas de acción de escaso presupuesto. Visitaba casi todos los días a Homi en el estudio, donde los empleados se referían a ella con todo el respeto como «la *madam*».

Era feliz y se dedicó a cultivar una pasión que siempre le había gustado, pero a la que hasta entonces no había podido dedicar tiempo ni dinero: la cría de caballos de carreras. Ante la sorpresa y no menos admiración de Homi y sus amigos, su caballo Nijinksy ganó ocho carreras consecutivas en el hipódromo de Bombay.

Toda la prensa se hizo eco de esas hazañas. Como consecuencia, Nadia se prodigó entre la alta sociedad de la India y, tras ganar sus trofeos hípicos, organizaba fiestas inolvidables en las que corría en grandes cantidades el champán.

Para finales de los años sesenta, a Homi le resultaban pesadas las producciones que estaba llevando a cabo; no encontraba motivación para continuar. Su productora, Basant Pictures, había dado oportunidades a muchos actores noveles que por entonces estaban encumbrados en la fama, pero ahora se encontraba pasando por dificultades: no había historias nuevas ni carismáticos actores nuevos que pudiesen introducir en la industria. Se encontraba sin ganas ni entusiasmo.

Su asistente le dijo tímidamente una buena mañana:

—*Sir*, ¿por qué no hacemos una película con la *madam*?

Homi, sin paliativos, estuvo a punto de despedirle por bocazas. De pie, con el brazo en alto dispuesto a señalarle la puerta de salida del estudio al entrometido empleado y descargar contra él improperios por haber sido capaz de mencionar a su mujer, se quedó callado y, antes de volver a sentarse en su sillón, dijo:

—Un momento. Quizá, tengas razón.

Nadia tenía sesenta y un años, y hacía más de diez que no se había puesto frente a una cámara. Aun así, gozaba de un imponente físico. Todos los días hacía ejercicios con mancuernas y realizaba diligentemente sus posiciones de yoga, además de meditación. Incluso, fue entrevistada varias veces para la revista *Health and Nutrition*, en la que daba innumerables consejos sobre dietética y hablaba sobre los hábitos alimenticios, las calorías, la importancia de dormir bien, ejercicios básicos para hacer en el suelo nada más levantarse por la mañana temprano y, en general, sobre cómo mantener un cuerpo ágil.

En aquellas entrevistas en las que le preguntaban por sus consejos y opinión sobre cómo mantenerse en forma, Nadia hacía hincapié en el efecto yoyó. Ella decía que nunca hay que ponerse a dieta, sino conseguir comer equilibradamente y que el ejercicio físico se convierta en parte de un modo de vida. No como si fuesen carreras de corto alcance, sino un maratón de por vida, donde lo importante es ir despacio y continuar.

Argumentaba que, cuando una persona dice estar a dieta, es posible que adelgace. Pero el problema surge cuando no lo está, porque entonces se produce el efecto yoyó. De este modo, argumentaba, hay que olvidarse de dietas y llevar solo una alimentación sana y equilibrada llena de verduras, cereales y frutas. También criticaba la música durante los entrenamientos. Ella aconsejaba que lo importante es conseguir tranquilidad, un estado mental que ayude al físico, por eso recomendaba hacer ejercicio al aire libre.

—Es preciso andar —recomendaba Nadia—. Ayuda a quemar grasa corporal y, además, se respira aire puro realizando una gimnasia muy aconsejable para aumentar nuestra capacidad torácica. Por eso aconsejo ir a pie a todas partes y dejarse de motos, autobuses y coches.

Cuando actuó en *Hunterwali*, Nadia ayudó a propulsar Wadia Movietone a la cima del éxito. Luego, hizo lo mismo con Basant Pictures. Ahora, por tercera vez, Homi sentía que la necesitaban para dar un empujón en taquilla a su productora. Necesitaban un éxito comercial.

—¡Será una película de espías! —le dijo Homi a una reluctante Nadia—. Eres un agente secreto. Eres… James Bond.

—No me estás hablando en serio, *mi gordito parsi*, ¿no es así?

—Ja, ja, ja —rio Homi—. Pues sí.

Aquella fue la última interpretación de Nadia. Esta vez, debido a su edad, no hizo todas las escenas de acción. Tuvo dobles, hombres fornidos vestidos de mujer con pelucas rubias.

La película se tituló *Khiladi*. En ella, Nadia lucha contra una organización criminal, llamada Golden Dragon, que pretende desestabilizar el mundo con un reino de terror. El nombre de su personaje es Madame X1 y su compañero de lucha, John Cawas, como Agente 707.

La singularidad de Nadia al interpretar esta película es que, a su edad, no cayó en clichés sociales. Pasados los sesenta años no actuó en papeles de abuela, o de anciana, que era lo común y habitual en actrices que habían superado esa edad, sino que, al contrario, interpretaba a un personaje atlético, lleno de elegancia y dignidad. A pesar de ser una película totalmente sin sentido alguno, no deja de ser

una experiencia escapista pura y *masala*, llena de elementos cómicos y absurdos. El hecho de ser un agente secreto le daba a Nadia motivo suficiente para disfrazarse de muchos personajes en numerosas escenas, para poner micrófonos en casas de los villanos o engañarlos; de camarero con bigote, de barman, de mujer sexi con vestido de gala y llamativo collar de perlas, de conductor de taxi con turbante y barba, etcétera. Su código secreto era aún más hilarante: «*La viva bola de fuego*».

* * *

Sentada frente a mí en el camerino, Nadia daba los últimos retoques a su maquillaje. Una señora entró y le arregló el pelo magistralmente en pocos minutos. Acto seguido, vino un joven de la organización del festival y dijo que era hora de salir.

El público estaba acabando de ver la proyección del documental sobre su carrera y, según dijo aquel empleado del festival, había sido todo un éxito, tanto que varios críticos y periodistas habían contactado con el departamento de publicidad del festival para entrevistarla antes de que regresara a la India. Recuerdo que, al oírlo, a Nadia le brillaron los ojos. Estaba muy contenta por aquel homenaje.

El público extranjero, en su mayoría suizo, estaba embelesado por aquella figura inusual del cine indio. No se imaginaban que pudiese existir una persona así y mucho menos aquellas películas de bajo presupuesto llenas de acción. Estaban encantados de poder rescatar del olvido a aquella pionera actriz de películas *masala*, que denominaban de culto.

El hecho de que no fuese india de nacimiento, además de blanca, rubia y de ojos azules, despertaba aún más el encanto de los espectadores que pensaban hasta entonces que la historia de cine de Bollywood había estado relegada a avaros y codiciosos productores de interminables películas melodramáticas en blanco y negro, llenas de canciones inacabables y aburridas a más no poder, cuando, en verdad, hubo una época en la que hacer películas en la India tenía más que ver con crear historias de aventuras.

Cuando hizo su aparición en el escenario, los espectadores se pusieron en pie y rompieron en aplausos.

Mary Evans, la niña nacida en Australia, de madre griega y padre escocés, metida en la India dentro de la piel de Nadia, con sus zozobras y audacias, sus perplejidades y mistificaciones, vivió los últimos años de su vida en un apartamento cerca del mar de Bombay, un mar que, a pesar de su fealdad, a ella le gustaba; un mar que representaba épica y aventura, como en sus películas; un mar cuyas

aguas inquietas bordean una ciudad plagada de inmigrantes indios de todas partes del país, gente inquieta, que no sabe su destino, a dónde va hoy, a dónde irá mañana, que siempre está en todas partes, buscando trabajo, sobreviviendo día a día, luchando por sueños y metas; un mar que, por aquellos años de su comienzo como actriz, no era mejor ni más tranquilo, aunque sí algo más pintoresco, más hermoso, quizá, cálido y un poco más joven; un mar de color, a veces, de arcilla y de olor a salitre y podredumbre, debido a los desechos con que le convidan sin cesar; un mar cuyas olas hoy están tranquilas, pero que mañana, movidas por el viento, se lanzarán furiosas contra las rocas; un mar que, sin saber por qué, suponemos que es mujer, dotada de una personalidad enigmática, instintiva y endiosada; un mar cargado de abundante líquido de sales que sugiere una fuerza espiritual, de algo infinito.

Vivió sus últimos días como una actriz olvidada por un público desagradecido y una sociedad ingrata. Pero en las postrimerías de su existencia, de las que fui testigo, vivió como una mujer digna, soñadora, con ganas de disfrutar de la vida, optimista, sentimental y dada a la remembranza.

Nadia, pionera y coronada en su día como reina de una industria a la que ayudó a nacer, falleció el 9 de enero de 1996, un día después de su cumpleaños, como consecuencia de un ataque al corazón.

Desde entonces, John Cawas, amigo y compañero de reparto a lo largo de su carrera, no dejó de visitar a diario su tumba, que decoraba con flores como si fuese un altar, y de perfumar el suelo de mármol oscuro.

Epílogo

Basta disponer de una reputación, buena o mala, para que la sociedad vaya poniendo sus piedras en el monumento de valor o cobardía, de nefasto o maravilloso, de admirable o miserable que a cada uno se le asigne.

Hoy en día, la mayoría de las actrices de Bollywood nadan en el océano de la vulgaridad y nada o muy poco tienen que contar con interés sobre su vida en la industria del cine, a no ser que la exageren y la transformen. Los actores están movidos como marionetas por sus agentes, representantes y empleados de relaciones públicas y poco por sí mismos. Las multinacionales indias van uniformando a la sociedad en cuanto a las ideas, el consumo, los pensamientos, la vida, las aspiraciones de todos, creando gente opaca y carente de interés.

Con el paso de los años, debido al aumento de mis responsabilidades profesionales y familiares, no encontré la ocasión de poner la historia de Nadia por escrito, tal como me la contó en los años noventa del siglo pasado. Sin embargo, he considerado que su figura debe ser recordada, porque me he dado cuenta de que esta persona tan singular, pionera del actual Bollywood y con una personalidad tan fuerte como la de Katharine Hepburn o la de Bette Davis, ha sido defenestrada con descaro por la India, quizá por su condición de «extranjera». Los cariñosos recuerdos de aquel viaje que me vinieron a la memoria fueron los causantes, sin duda, de que se despertasen en mí las ganas de escribir este libro.

Durante el vuelo de vuelta, nos reímos mucho. Nadia estaba cansada, pero no perdió su sentido del humor; siempre con un aire jovial y divertido.

—¿Qué te parece esta sinopsis para una película de Nadia? —le dije con el pretexto de iniciar una conversación—. Una mezcla de lucha de clases, política, reyes, príncipes, clero, pueblo; una parodia satírica de los romances caballerescos europeos trasladada a la India.

—Venga, dime qué se te ocurre.

—Es una historia muy al gusto del público indio, que he conocido gracias a ti, tendente a la tragedia, al drama y a las historias de enamorados en apuros. Un humilde campesino huye de su casa junto con su mujer tras contraer matrimonio con ella porque el propietario, pendenciero y no menos lascivo, quiere ejercer su derecho de pernada la noche de bodas con la novia… No, no. Creo que me estoy liando. Veamos…, empiezo de nuevo:

»Nadia es una princesa que ha salido de palacio para hacer

ejercicio físico, como todas las mañanas. Después de cabalgar placenteramente por el bello bosque, entra en una taberna para refrescarse. Algunos instantes después, un gran monje, tuerto, que había visto anteriormente en palacio, se le acerca y le ofrece unirse a la mesa que él y unos amigos comparten detrás de la posada, en el jardín, donde están celebrando un banquete en honor a su padre por lo bien que cuida de los aldeanos. Allí, el famoso villano, interpretado por Sayani, intenta raptarla, pero la princesa lucha con cada uno de los malos ayudada por un cliente de la taberna, interpretado por John Cawas. Perseguidos, huyen del lugar. Se dan cuenta de que el palacio ha sido asediado por un ejército enemigo encabezado por Sayani y el rey ha sido hecho prisionero. Quieren atrapar a la princesa a toda costa. Ella no tiene más remedio que huir fuera del reino con su nuevo amigo y ayudante, disfrazados de mendigos. Son muy bien acogidos en las montañas por un aldeano del burgo. Se enamoran y allí reúnen a centenares de campesinos que, como sucede en *Espartaco*, entrenan en el arte militar y de combate cuerpo a cuerpo. Vuelven en tropel al reino, luchan contra los malos, vencen a Sayani, reinstauran al rey en el trono y Nadia promete a su ayudante que se casará pronto con él. Fin.

—¡Ufff! Querido Robert, menuda historia; muchas aventuras están acumuladas ahí —me dijo sonriendo Nadia—. Vamos a ver… Qué se me ocurre, qué se me ocurre… Escucha: para una película de esas de animación que están de moda hoy en día en los cines, de esas de Walt Disney:

»Ranifuga, es decir, yo, Nadia, es la hija de Sanguileón, rey del reino de Kerala. Las hormigas, encabezadas por el villano rey escarabajo Mogambo, cogen prisionero al rey y se lo llevan lejos, al reino de los malos. La princesa, enfadada, se pone en campaña, asistida por Denge, el rey de los mosquitos, Mariposón, el rey de las mariposas, Zuzuzú, el rey de las moscas y demás dípteros. Los ejércitos se reúnen con gran estrépito. Son pronunciadas arengas para animar a las tropas que se embarcan, con planes de atacar el país de las hormigas. El rey Mogambo está preparado para rechazar la invasión; firma una alianza con los piojos, las chinches, las arañas y las pulgas; está seguro de recibir el apoyo a última hora de los tejones y los perros. Después de hacer frente a una horrible tempestad, llega la flota de la hija del rey Sanguileón. Desembarcan en el reino de los malos y ponen en estado de sitio la capital de las hormigas. Empieza una batalla cruenta, de las más encarnizadas, descrita por una parte y la otra por admirables hazañas. Al fin, las moscas, mosquitos y otros insectos alados vencen y destrozan al enemigo. El rey escarabajo Mogambo queda el último sobre el campo de batalla; combate como un héroe y perece abrumado bajo el número de sus adversarios, pero

no sin hacerles pagar caro su triunfo. Ranifuga libera finalmente a su padre, con quien se va a vivir al castillo, promete casarse en un futuro con el joven apuesto hijo del rey Zuzuzú, que tanto le ha ayudado en la batalla, y son felices durante muchos años. Fin.

—Vaya… Eso sí que es inventarse una historia de forma espontánea y no menos estrambótica. Pero te falta poner en un papel más relevante al personaje del compañero de peleas de Nadia, el que siempre interpretó John Cawas.

—¿Quieres un compañero? De acuerdo, veamos…

»El villano, desprovisto de todo escrúpulo con su ejército, ataca el palacio y da muerte al rey y a su hijo. La reina, que se encuentra embarazada, huye con la ayuda de un soldado fiel. En el exilio, al dar a luz a una niña, la madre fallece. La niña crece, ignorando su ilustre origen y, desde su primera juventud, promete ser la más audaz luchadora contra el mal. Pero ella es algo traviesa y se asocia con diversos compañeros, entre los cuales se distingue el luchador de lucha libre, John Cawas, llamado el sutil forzador de cerraduras y ladrón del cepillo de las iglesias, entre otros apodos. Decían de él que podía coger un gran toro por los cuernos y hacerlo girar con facilidad en torno a su cabeza. Todo lo que ganaba con su pala y azada, John lo gastaba en borracheras y en tabernas. Después de haber llenado de disturbios el pueblo, los soldados encierran a la niña en prisión por vandalismo. John Cawas, disfrazado de fraile cordelero, la visita en su calabozo bajo el pretexto de confesarla, y le provee de los medios para evadirse. Entonces, pasando de un país a otro, corriendo por tierra y por mar, la joven cumple proezas dignas de caballeros andantes. Resarciéndose de su carácter anterior, destruye tanto a corsarios como a vikingos y extermina a los hechiceros en continuas relaciones con el diablo. Reencuentra a su padre, que se había hecho ermitaño y que muere después de predecir elevados destinos para ella. Vuelve a su reino, lucha contra Sayani, lo vence y reinstaura un brillante y longevo reinado de bien. Pero antes viaja a África, a las fuentes del Nilo, al desierto árabe, y cruza las montañas del Himalaya para llegar a la India, el país del charlatanismo y del embuste, donde están los nigromantes, los astrólogos y los poetas. Fin.

—Ha estado muy bien, pero falta algo de la acción que te hizo ser tan famosa —dije sonriendo.

—Acción, ¿eh? Mmm… Ja, ja, ja —Nadia soltó una sonora carcajada que hizo que más de un pasajero girara la cabeza en nuestra dirección preguntándose cuál sería el motivo de aquel estruendo. A continuación, se puso seria y dijo:

—Veamos… Pero esta vez no diré ¡fin!, ya que no hay fin en la vida, es tan solo un punto en el espacio y en el tiempo. Siempre intranquiliza a las personas el fin. Bueno… Ahí va. Esta es la historia

de una princesa…

Aquella carcajada tan sonora y contagiosa me vino a la memoria al tiempo que bajaba las escaleras metálicas de los grandes almacenes con la canción Afterglow, del grupo australiano INXS sonando en los altavoces.

[…] Here I am, lost in the ashes of time, but who wants tomorrow?
In between the longing to hold you again
I'm caught in your shadow, I'm losing control
My mind drifts away, we only have today. […]

En momentos de rara intimidad, dos personas se transforman en un único cuerpo y en una única mente. Conscientes el uno del otro, son capaces de comunicarse solo a través de pensamientos. Incluso estando hoy en día tan lejos, su voz resuena en mí cuando la rememoro: «*No creo en ninguna religión en particular. No creo en la reencarnación ni en las pamplinas sobre el karma. Creo en la muerte de la carne, pero no en el fin de la vida*». Esto me dijo Nadia en una ocasión, cuando quiso explicarme cómo a los fanáticos religiosos en la India les gusta monopolizar a Dios bajo distintos avatares y llevarlo de una correa como si fuese un perro que va sembrando sus excrementos por el vecindario.

Agradecimientos

Deseo expresar mi agradecimiento de todo corazón a María Antonia Orozco, por su ayuda y generosidad. Sin ella, este libro no hubiera sido posible. También quiero dar las gracias a Pedro J., por los ánimos que siempre me ha transmitido. Gracias también a Carmen, Javier, Irene y Ester, por estar siempre ahí y, sobre todo, por su aliento durante los largos meses de escritura.

En España, me gustaría dar las gracias a Nuria Ochoa, por sus habilidades como revisora, por su confianza y por creer en esta novela; sin ella, esta obra sería muy distinta.

Durante las diversas pesquisas realizadas sobre el terreno en la India y la búsqueda de datos precisos, quiero expresar mi gratitud, en primer lugar, al actor *superstar* Rajnikanth —desde sus inicios como conductor de autobús, se ha convertido hoy en día en una de las personas más influyentes del sur de Asia—, y a su pariente, el también actor Ravichandra, por su amistad y por compartir historias y anécdotas del cine indio siempre con un espíritu de comicidad envidiable.

En Bombay, también quiero mencionar al productor Subhash Ghai y a los jóvenes empleados de su escuela de cine, por la amabilidad con la que me recibieron, así como al profesorado de esta durante mi visita a Filmcity. Gracias por sus consejos inestimables y por las largas conversaciones sobre el Bollywood actual y durante sus comienzos.

En Mussoorie, por sus consejos y amistosa acogida, quiero mencionar a mi amiga Meenakshi Dufault, al escritor Ruskin Bond, por ser una fuente de inspiración y al actor Víctor Banerjee, a quien aprecio desde que visioné por primera vez su actuación en *Pasaje a la India* y en *Shatranj Ke Khilari*, entre otras grandes interpretaciones de su extensa filmografía.

Estoy muy agradecido al veterano escritor Ashokamitran, por haber compartido conmigo durante muchas horas en su residencia de Chennai sus experiencias y testimonio cuando trabajaba en Gemini Studios —bajo el liderazgo del productor, pionero del cine indio y más tarde miembro del Parlamento, S. S. Vasan—, realizando películas en hindi y tamil con los actores más influyentes de la época.

Quiero mencionar, especialmente por sus contactos, a Dilip Lahiri, antiguo embajador de la India en España y en Francia, y a mi amigo Deepak Vohra, personalidad televisiva e incansable miembro del cuerpo diplomático, por su valiosa y siempre eficaz ayuda.

En Hyderabad y Chennai, quiero expresar mi agradecimiento a la

generosa atención y acogida recibida por parte de los técnicos y empleados de los estudios de cine Prasad, fundados por otro de los pioneros del cine indio, L. V. Prasad, por mostrarme en la práctica las técnicas cinematográficas y por permitirme asistir a numerosos rodajes de películas en sus instalaciones. Gracias asimismo a los estudios AVM Productions en Tamil Nadu, por su paciencia y generosidad al permitirme ser espectador de sus numerosas producciones cinematográficas, entablar conversaciones con técnicos profesionales de la industria, tanto del norte como del sur de la India y facilitarme así que aprendiera sus dispares diferencias, y también por brindarme la oportunidad de conocer personalmente a muchos actores principales y secundarios líderes de taquilla.

[1] Hablar es plata, pero el silencio es oro.

[2] Lavandería Dauphin.

[3] El Colegio del País de las Hadas.

[4] Cine producido en India. El término también hace referencia a la industria cinematográfica en idioma hindi establecido en la ciudad de Bombay.

[5] En inglés, centro comercial.

[6] El mayor puerto marítimo de Grecia y uno de los mayores en la cuenca del mar Mediterráneo

[7] Asceta hindú o monje que sigue el camino de la penitencia y la austeridad para obtener la iluminación.

[8] En portugués, buen puerto.

[9] Porteadores.

[10] Dios del sol.

[11] Falda escocesa.

[12] En la mitología hindú, Kali está considerada como la diosa de la destrucción y de la muerte, y es una parte importante en el mito de la creación del mundo.

[13] Letra de La Marcha de San Lorenzo, marcha militar argentina utilizada en la ceremonia de acceso al trono de Jorge V de Inglaterra, emperador de la India.

[14] Sombrero típico de India, Bangladesh, Pakistán y otras regiones del sur de Asia.

[15] En la India es común desear la victoria de alguien añadiendo el nombre de la persona seguido de ki jai. Es una forma de expresar el apoyo a una cierta creencia, y puede ser aplicado también a las deidades. En este caso concreto, se puede traducir como: «Larga vida a Mahatma Gandhi» o «Que Mahatma Gandhi sea victorioso».

[16] Crueldad.

[17] Según el hinduismo, Krisna o Krishna es una de las numerosas encarnaciones del dios Visnu o Vishnu.

[18] Término utilizado para referirse de forma respetuosa a la mujer europea en la India colonial, por lo general, perteneciente a un estatus social alto.

[19] También conocida como «revolución bolchevique», fue la segunda fase de la Revolución rusa de 1917.

[20] La viuda se inmola sobre la pira donde yace su difunto marido.

[21] Catre de cuerda trenzada.

[22] El representante del consejo del pueblo.

[23] Famoso revolucionario que los británicos condenaron a muerte porque a diferencia de Mahatma Gandhi, él y su grupo de simpatizantes luchaban de manera violenta por la independencia de la India.

[24] Tuvo lugar entre el 12 de marzo y el 15 de abril de 1930. Fue una manifestación dirigida por Mahatma Gandhi que se convirtió en uno de los más importantes acontecimientos que condujeron a la independencia de la India del Imperio británico.

[25] Ejercicio yóguico de saludo al sol.

[26] ¡Que sea la voluntad de Dios!

[27] Templos de la religión sijs.

[28] Refugio de carácter público.

[29] Helado cónico de leche con almendra y pistacho.

[30] Dirigido por Alan Crosland, fue el primer largometraje comercial con sonido sincronizado.

[31] (1883-1939) Actor, guionista, director y productor estadounidense que destacó en películas de acción de la era del cine mudo. Considerado como el «rey de Hollywood», fue el primer presentador de los Premios Oscar, en el año 1929. Padre del actor Douglas Fairbanks, Jr., y amigo y socio de Charles Chaplin hasta su

muerte.
[32] El hindustaní o indostánico, también conocido como hindī-urdū, es el conjunto de idiomas de la rama indoirania de la familia indoeuropea, muy relacionados entre sí, y que se hablan en las regiones norte, central y noroeste del subcontinente indio. Abarca dos registros estandarizados, el hindi y el urdu, idiomas oficiales de la India y Pakistán, respectivamente.
[33] Árbol de hoja caduca, originario de la India, Pakistán y Nepal.
[34] Se traduce como «La mujer con el látigo».
[35] En la región del Punjab, situada en el norte de la india, el color de piel de la población es más claro, a diferencia del cetrino común indostaní.
[36] Película dirigida por Robert Stevenson en 1968. Su buena acogida por parte del público propició la producción de varias secuelas para cine y televisión.
[37] Película de aventuras dirigida por George Stevens en 1939. Narra la amistad entre varios jóvenes que trabajan como sargentos en la India.
[38] Tipo de roti (pan indio plano) hecho de una masa de harina integral, agua y sal.
[39] El boom, o jirafa, es el soporte telescópico que se utiliza para sujetar el micrófono sobre los actores y moverlo al lugar necesario para captar todos los diálogos. Se coloca a suficiente altura sobre los intérpretes con el fin de que la cámara no lo filme.
[40] Miembros de una comunidad de religión parsi o zoroástrica que habitan en el oeste de la India, especialmente en la ciudad de Bombay. Descienden de los persas que emigraron a la India en el siglo VII para escapar a la persecución religiosa.
[41] También denominado Gran Mogol fue un poderoso estado turco islámico del subcontinente indio, que existió entre los siglos XVI y XIX. Abarcó en su período de apogeo la mayor parte de los territorios actualmente correspondientes a la India, Pakistán y Bangladesh, y llegó a poseer zonas de Afganistán, Nepal, Bután y del este de Irán.
[42] Manifiesto autobiográfico por el líder nazi, Adolf Hitler, en el que plasma su ideología política y los planes de futuro para Alemania.
[43] Durante la Segunda Guerra Mundial, la campaña de Birmania engloba todos los combates librados en la Birmania británica (actual Birmania), entre las fuerzas aliadas y las fuerzas japonesas, apoyadas por movimientos independentistas locales. Birmania se refiere a veces como la «Colonia de Escocia», debido al gran papel desempeñado por los escoceses en la colonización y la gestión del país.
[44] Esta festividad se lleva a cabo dos veces al año (una en marzo y la otra entre septiembre y octubre), especialmente en el noroeste de la India (Bengala Occidental). Se celebra el triunfo del bien sobre el mal y las personas rezan por la salud y la riqueza.
[45] Diosa hindú que representa a la madre del universo, que cabalga sobre un león y es símbolo del dinamismo femenino.
[46] Tartera.
[47] Líder del movimiento ultraderechista hindú Shiv Sena.